ELIZABETH PETERS

La serpiente, el cocodrilo y el perro

Elizabeth Peters
La serpiente, el cocodrilo y el perro

Argumento (Temporada de excavación 1898-99)

Con Nefret, ahora pupila de Amelia y Emerson, y Ramsés siguiendo sus estudios en casa, en Inglaterra, la pareja vuelve a Amarna en 1898 para una excavación que promete ser como en los viejos tiempos. Sin embargo, ¡el viaje resulta ser más parecido a los viejos tiempos de lo que planeaban! cuando se convierten en objetivos del complot malvado del Maestro del Crimen. Emerson es secuestrado y Amelia le rescata para descubrir que ha perdido la memoria. Tentadoramente cerca de su más importante descubrimiento, una tumba que podría ser la de Nefertiti, Amelia debe concentrar su atención en recobrar el amor de su marido.

NOTA DE LA EDITORA

Una breve explicación de los términos árabe y egipcio antiguo puede ser útil para beneficio de los lectores no familiarizados con los idiomas. Al igual que ciertas lenguas semíticas, el árabe y los jeroglíficos egipcios no escriben las vocales. Es por esta razón que la ortografía inglesa de tales palabras puede variar legítimamente. Por ejemplo: la escritura jeroglífica del nombre de las pequeñas figuras de criados se compone de cinco signos: sh, wa, b, t, i o y. (Algunos de estas pueden parecer vocales, pero no lo son. Acepte la palabra de la editora, por favor. Realmente no quiere oír hablar de semi-vocales y consonantes débiles.) Esta palabra puede ser transcrita al inglés como "ushebti", "shawabti", o "shabti". NOTA: Puede encontrar un glosario de palabras en árabe y frases al final del libro.

Los nombres árabes de personas y lugares están sujetos a variaciones similares cuando se escriben en inglés. La moda en estos asuntos cambia, la ortografía común en los primeros días de la señora Emerson en Egipto a veces ha sido sustituida por otras versiones más modernas. (Dahshoor con Dashur, Meidum con Medum, etc.) Como la mayoría de nosotros, la señora Emerson tiende a aferrarse tenazmente a los hábitos de su juventud. En algunos casos, ha modernizado su ortografía, en otros casos no. Dado que esto no le molesta, el editor no ve ninguna razón para molestar a los lectores y siente que una coherencia estéril en estas materias podría dañar en cierta medida la espontaneidad de la prosa de la señora Emerson.

(La editora también desea señalar que ella no es la persona a la que se refiere en el capítulo uno. Ella no tiene absolutamente nada en contra de la poesía.)

Las citas al comienzo de cada capítulo son de las *Obras Completas de Amelia Peabody Emerson,* Oxford University Press, 8ª

ed., 1990.

Capítulo 1

"Algunas concesiones al temperamento son necesarias si ha de prosperar el estado marital."

Creo que puedo declarar sinceramente que nunca me he sentido intimidada por el peligro o el trabajo pesado. De los dos prefiero lo último. Como la única hija soltera de mi enviudado y muy distraído padre, fui la responsable de la gestión de la casa, lo que, como toda mujer sabe, es la más difícil, inapreciada y peor pagada (es decir, no pagada) de todas las ocupaciones. Gracias a la distracción ya mencionada de mi padre logré evitar el aburrimiento siguiendo estudios poco femeninos como historia e idiomas, pero a papá nunca le importó lo que hiciera siempre que sus comidas fueran puntuales, su ropa estuviera limpia y planchada, y no le molestara nadie por ninguna razón. Por lo menos pensé que no estaba aburrida.

La verdad es que no tenía nada con que comparar esa vida, y ninguna esperanza de una mejor. En esos últimos años del siglo XIX, el matrimonio no era una alternativa que me atrajera; habría sido cambiar la cómoda servidumbre por la esclavitud absoluta, o eso creía entonces. (Todavía soy de esa opinión con respecto a la mayoría de las mujeres). Mi caso iba a ser la excepción a la regla, y si hubiera sabido la clase de delicias inimaginables que me aguardaban, los vínculos que me irritaban habrían sido inaguantables. Esos vínculos no se rompieron hasta la muerte de mi pobre padre, cuando me dejó en posesión de una modesta fortuna y me embarqué para ver los antiguos lugares que sólo conocía por los libros y las fotografías. En la antigua tierra de Egipto conocí por fin lo que me había estado perdiendo: aventura, entusiasmo, peligro, el trabajo de una vida que empleaba todos mis considerables poderes intelectuales y el compañerismo de ese hombre notable que me

estaba predestinado al igual que yo a él.

¡Qué locas persecuciones! ¡Qué luchas para escapar! ¡Qué éxtasis salvaje!

* * *

Me informa, cierta persona de la editorial, que no me he puesto a esto de la manera correcta. Mantiene que si un autor desea captar la atención de sus lectores debe empezar con una escena de violencia y/o pasión.

—He mencionado... esto... éxtasis salvaje —dije.

Esa persona me sonrió bondadosamente.

—¿Poesía? Nosotros no permitimos la poesía, señora Emerson. Ralentiza la narrativa y confunde al Lector Medio. —(Este individuo apócrifo siempre es mencionado por el personal de la editorial con una mezcla de condescendencia y admiración supersticiosa, de ahí mis mayúsculas).

—Lo que deseamos es sangre —continuó, con creciente entusiasmo—. ¡Y mucha! Eso debe ser fácil para usted, señora Emerson. Creo que se ha encontrado con un gran número de asesinos.

Esa no era la primera vez que yo había considerado redactar mis diarios para una posible publicación pero nunca antes había ido tan lejos como para consultar con un editor, como se les llama. Me vi forzada a explicar que si sus puntos de vista eran característicos de la industria editorial de hoy, esa industria tendría que arreglárselas en adelante sin Amelia P. Emerson. ¡Cómo desprecio las artimañas mezquinas del sensacionalismo que caracterizan a las producciones literarias modernas! ¡Hasta dónde ha caído el noble arte de la literatura en estos últimos años! Ya no se admira una exposición razonada y pausada, en su lugar el lector es aporreado con recursos que apelan a los instintos humanos más bajos y más degradantes.

La persona de la editorial se fue sacudiendo la cabeza y murmurando entre dientes acerca de asesinatos. Sentí decepcionarla puesto que era agradable, para ser norteamericana. Confío en que esa observación no me dejará abierta a una acusación de chovinismo, los norteamericanos tienen muchas características admirables, pero el gusto literario rara vez está entre ellas. Si considero este procedimiento otra vez, consultaré a un editor *inglés*.

* * *

Supongo que podría haber indicado a esa ingenua persona de la editorial que hay peores cosas que un asesinato. He aprendido a aceptar los cadáveres en mi camino, por decirlo de alguna manera, pero algunos de los peores momentos de mi vida ocurrieron el último invierno cuando me arrastré a gatas por desechos indescriptibles hacia el lugar donde esperaba, y temía, encontrar al individuo más querido para mí que la vida misma. Llevaba desaparecido casi una semana y no podía creer que alguna prisión pudiera retener a un hombre de su inteligencia y fuerza tanto tiempo a menos que... Contemplar las horrorosas posibilidades era demasiado doloroso, la angustia mental borraba el dolor físico de las rodillas magulladas y las palmas arañadas, y se volvía insustancial ante el temor de los enemigos. Ya el orbe hinchado de día colgaba bajo en el oeste. Las sombras de las matas secas se estiraban grises sobre la hierba, tocando las paredes de la estructura de nuestro objetivo. Era un pequeño edificio de ladrillos de barro manchados que parecía acurrucarse tristemente en su parche de tierra lleno de basura. Las dos paredes visibles no tenían ni ventanas ni puertas. Un propietario sádico quizás mantuviera un perro en tal perrera...

Tragando con fuerza, me giré hacia mi fiel *reis* Abdullah, que estaba cerca de mis talones. Él sacudió la cabeza pidiendo cuidado y se llevó un dedo a los labios. Un gesto transmitió su mensaje: el techo era nuestro objetivo. Me tendió la mano y luego siguió hacia adelante.

Un parapeto que se caía a trozos nos protegía de la vista y Abdullah dejó salir el aliento en un jadeo. Era un anciano, la tensión de la ansiedad y el esfuerzo se habían cobrado su peaje. No tenía compasión para darle entonces, ni tampoco él la habría deseado. Deteniéndose apenas, se arrastró hacia el centro del techo, donde había una apertura de poco más de treinta centímetros cuadrados. La cubría una rejilla de metal oxidado que descansaba sobre un saliente o borde justo debajo de la superficie del techo. Las barras eran gruesas y estaban muy juntas.

¿Habían concluido los largos días de ansiedad? ¿Estaba él dentro? Esos segundos finales antes de alcanzar la abertura parecieron estirarse interminablemente. Pero eso no fue lo peor. Eso estaba por venir.

La única otra luz de la asquerosa guarida provenía de una abertura sobre la puerta. En la penumbra de la esquina opuesta vi una forma inmóvil. Conocía esa forma, la habría reconocido en la noche más oscura, aunque no podía distinguir sus rasgos. Mis sentidos se agitaron. Entonces un rayo del sol agonizante entró por la estrecha apertura y cayó sobre él. ¡Era él! ¡Mis oraciones habían sido contestadas! ¿Pero... oh, cielos... habíamos llegado demasiado tarde? Tieso e inmóvil, yacía sobre un catre mugriento. Los rasgos podrían haber sido los de una de esas máscaras mortuorias de cera, amarilla y rígida. Mis ojos buscaron algún signo de vida, de aliento... y no encontraron ninguno.

Pero eso no fue lo peor. Eso todavía estaba por venir.

Sí, es cierto, si iba a recurrir a estratagemas despreciables del tipo que la joven me sugirió, podría extender la historia... sin embargo, me niego a insultar la inteligencia de mis (todavía) hipotéticos lectores haciéndolo así. Ahora reasumo mi narración de manera ordenada.

* * *

Como iba diciendo: "¡Qué locas persecuciones! ¡Qué luchas para escapar! ¡Qué éxtasis salvaje!" Por supuesto, Keats hablaba en otro contexto. Sin embargo, a menudo he sido perseguida (a veces locamente) y he luchado (exitosamente) para escapar en más de una ocasión. La última frase es también apropiada, aunque yo no lo habría expresado así.

Las persecuciones, las luchas y el otro sentimiento comenzaron en Egipto, donde me encontré por primera vez con la antigua civilización que iba a inspirar el trabajo de mi vida, y al hombre notable con quien iba a compartirla. ¡La Egiptología y Radcliffe Emerson! Los dos son inseparables, no sólo en mi corazón sino en la estima del mundo erudito. Como se puede decir, de hecho yo a menudo lo he dicho, Emerson es egiptología, el mejor erudito de esta o de cualquier otra era. En el momento que escribo esto estábamos en el umbral de un nuevo siglo, y no dudaba que Emerson dominaría el vigésimo como había hecho con el decimonoveno. Cuando agrego que los atributos físicos de Emerson incluyen ojos azul zafiro, espesos mechones negros y una forma física que es el paradigma de fuerza y gracia varoniles, creo que el lector sensible comprenderá por qué nuestra unión había

demostrado ser tan completamente satisfactoria.

Emerson tiene aversión a su primer nombre, por razones que nunca he comprendido enteramente. Nunca le he preguntado por ellas porque yo misma prefiero dirigirme a él por la denominación que indica camaradería e igualdad, y eso rememora los buenos recuerdos de los primeros días cuando nos conocimos. Emerson también tiene aversión a los títulos, sus razones para estos prejuicios provienen de sus radicales puntos de vista social, puesto que él juzga a un hombre (y a una mujer, apenas debo agregar) por su capacidad en vez de por la posición material. A diferencia de la mayoría de los arqueólogos, se niega a responder a los títulos zalameros usados por los *fellahin* hacia los extranjeros. Sus trabajadores egipcios le habían honrado con el título de "Padre de Maldiciones," y debo decir que ningún hombre lo merece más.

Mi unión con este individuo admirable ha tenido como resultado una vida especialmente apropiada con mis gustos. Emerson me aceptó como una socia profesional y matrimonialmente, y pasamos temporadas excavando en varios sitios de Egipto. Puedo agregar que fui la única mujer que participó en esa actividad, un triste comentario sobre las restrictivas condiciones de las mujeres a finales del siglo XIX de nuestra era, y nunca podría haberlo hecho sin la cooperación incondicional de mi notable cónyuge. Emerson no insistió mucho en mi participación, sino que la dio por hecha. (Yo la di por hecha también, lo que puede haber contribuido a la actitud de Emerson).

Por alguna razón que nunca he podido explicar, a menudo nuestras excavaciones eran interrumpidas por actividades de naturaleza criminal. Habían intervenido asesinos, momias reanimadas y Maestros del Crimen; parecíamos atraer a ladrones de tumbas e individuos de tendencias homicidas. A pesar de todo eso, había sido una existencia deliciosa, estropeada por sólo un defecto secundario. Ese defecto era nuestro hijo, Walter Peabody Emerson, conocido por amigos y enemigos por su apodo de "Ramsés".

Todos los chicos jóvenes son salvajes, esto es un hecho admitido. Ramsés, cuyo apodo deriva de un faraón tan resuelto y arrogante como él mismo, tenía todos los defectos de su género y edad: una increíble atracción por la suciedad y los objetos muertos y malolientes, una magnífica indiferencia por su propia supervivencia

y un desprecio absoluto por las reglas de la conducta civilizada. Ciertas características extraordinarias de Ramsés hacían que incluso fuera aún más difícil tratar con él. Su inteligencia era (no es que fuera sorprendentemente) de alto nivel, pero se exhibía de maneras desconcertantes. Su árabe era de una fluidez espantosa (no puedo imaginar cómo seguía aprendiendo esas palabras, ciertamente nunca las oyó de mí), su conocimiento de los jeroglíficos egipcios era tan grande como el de muchos eruditos adultos, y tenía una habilidad casi extraña para comunicarse con animales de todas las especies (menos los humanos). Él... pero describir las excentricidades de Ramsés pondría a prueba mis habilidades literarias.

En el año que precede a la presente narración, Ramsés había mostrado signos de mejora. Ya no se apresuraba de cabeza al peligro y su locuacidad atroz había disminuido algo. Una cierta semejanza a su guapo progenitor comenzaba a surgir, aunque su tez era más parecida a la de un antiguo egipcio que a un joven muchacho inglés. (No puedo justificar esto más de lo que puedo justificar nuestros encuentros constantes con el elemento criminal. Algunas cosas están más allá de la comprensión de nuestros limitados sentidos, y probablemente eso esté bien). Un desarrollo reciente había tenido un efecto profundo aunque todavía indeterminado sobre mi hijo. Nuestra última y quizás más notable aventura había ocurrido el invierno anterior, cuando una petición de ayuda de un viejo amigo de Emerson nos guió a los desiertos occidentales de Nubia, hasta un remoto oasis donde perduraban los restos moribundos de la antigua civilización meroítica.

Nos encontramos con las habituales catástrofes, al borde de la muerte por sed después del fallecimiento de nuestro último camello, intento de secuestro y asaltos violentos (nada extraordinario), y cuando alcanzamos nuestro destino nos encontramos con que a los que íbamos a salvar ya no estaban. Sin embargo, la desgraciada pareja había dejado una hija, una joven a la que, con ayuda de su caballeroso y magnífico hermano adoptivo, pudimos salvar del horrible destino que la amenazaba. Su difunto padre la había llamado “Nefret,” muy apropiadamente, ya que la antigua palabra egipcia significa “hermosa”. La primera visión de ella dejó a Ramsés mudo, una condición que yo nunca esperé ver, y que se hubiera

quedado en esa condición desde entonces, sólo podía considerarlo con el más horrible de los presentimientos. Ramsés tenía diez años, Nefret trece, pero la diferencia en sus edades sería de poca importancia cuando alcanzaran la edad adulta, y supe que mi hijo también desecharía sus sentimientos como romanticismo juvenil. Sus emociones eran intensas, su carácter (por decirlo suavemente) decidido. Una vez que se le metía una idea en la cabeza, estaba fijada con cemento. Había sido educado entre egipcios, quienes maduran antes, física y emocionalmente, que los fríos ingleses; algunos de sus amigos ya habían engendrado niños para cuando llegaron a la adolescencia. Añade a esto las dramáticas circunstancias bajo las que puso sus ojos en la chica por primera vez...

Ni siquiera sabíamos que tal persona existía hasta que entramos en la cámara inhóspita e iluminada por lámparas donde nos aguardaba. Verla allí en toda su resplandeciente juventud, con el pelo de color dorado rojizo cayendo sobre la diáfana túnica blanca, percibir su sonrisa valiente que desafiaba los peligros que la rodeaban... Bien. Incluso a mí me afectó profundamente.

Habíamos devuelto a la chica a Inglaterra con nosotros y la alojamos en nuestra casa. Esto fue idea de Emerson.

Debo admitir que tuvimos muy poca elección, su abuelo, su único pariente vivo, era un hombre tan inmerso en el vicio que no era apto ni para ser guardián de un gato, mucho menos de una joven inocente. Cómo persuadió Emerson a lord Blacktower para que renunciara a ella, no le pregunté. Dudo que "persuadir" sea una palabra apropiada. Blacktower se estaba muriendo (de hecho, completó el proceso unos meses más tarde), o ni siquiera los considerables poderes de elocuencia de Emerson habrían prevalecido. Nefret se nos adhirió, hablando en sentido figurado, puesto que no era una niña demostrativa, como los únicos objetos familiares en un mundo tan extraño para ella como la sociedad marciana (asumiendo que existiera) lo sería para mí. Todo lo que ella sabía del mundo moderno lo había aprendido de nosotros y de los libros de su padre, y en ese mundo ella no era la Suma Sacerdotisa de Isis, la encarnación de la diosa, sino algo menos, ni siquiera una mujer, que el Cielo sabe que ya era suficiente bajo, sino una chica-niña, un poco más arriba que una mascota y

considerablemente más abajo que un hombre de cualquier edad. Como Emerson no necesitaba indicar (aunque lo hizo con aburridos detalles), nosotros estábamos especialmente equipados para tratar con una joven que había sido criada en tales circunstancias extraordinarias.

Emerson es un hombre notable, pero es un hombre. Creo que no necesito decir más. Habiendo tomado su decisión y después de persuadirme de que la aceptara, no confesó sus presentimientos. Emerson nunca confiesa que tiene presentimientos y llega a encolerizarse cuando menciono los míos. En este caso, tenía un buen número de ellos.

Un tema de considerable preocupación fue cómo debíamos explicar dónde había estado Nefret durante los últimos trece años. Por lo menos, a mí me preocupaba. Emerson trató de desechar el tema como hace con otras dificultades.

—¿Por qué debemos explicarlo? Si alguien tiene la impertinencia de preguntar, diles que se vayan al infierno.

Afortunadamente Emerson es más sensato de como suena, e incluso antes de que saliéramos de Egipto tuvo que admitir que teníamos que confeccionar alguna historia. Nuestra reaparición saliendo del desierto con una joven de linaje obviamente inglés habría atraído la curiosidad del más tonto, ella tendría que admitir su verdadera identidad si iba a reclamar su posición por derecho como heredera de la fortuna de su abuelo. La historia contenía todos los rasgos que los periodistas adoran: belleza juvenil, misterio, aristocracia y grandes cantidades de dinero y, como indiqué a Emerson, nuestras propias actividades habían atraído no poca atención de los chacales de la prensa, como él se complacía en llamarlos.

Prefiero decir la verdad siempre que sea posible. No sólo es que se nos supone la honradez a causa del código moral superior de nuestra sociedad, sino que es mucho más fácil atenerse a los hechos que permanecen coherentes dentro de la mentira.

En este caso la verdad no era posible. Al salir del Oasis Perdido (o de la Ciudad de la Montaña Sagrada, como sus ciudadanos la llamaban), habíamos jurado mantener no sólo su ubicación en secreto, sino también su propia existencia. Las gentes de esta civilización agonizante eran pocas en número y desconocían las

armas de fuego, así que habrían sido presa fácil para aventureros y cazadores de tesoros, por no mencionar arqueólogos poco escrupulosos. Estaba también la cuestión menos imprescindible pero sin embargo importante de la reputación de Nefret. Si se sabía que había sido criada entre los llamados pueblos primitivos, donde había sido la suma sacerdotisa de una diosa pagana, la especulación grosera y bromas de mal gusto que tales ideas inspiran en el ignorante habrían hecho su vida insoportable. No, los hechos verdaderos no podían hacerse públicos. Era necesario inventar una mentira convincente, y cuando me veo forzada a abandonar mis estándares usuales de candor, puedo inventar una mentira tan buena como cualquiera.

Por suerte los siguientes acontecimientos históricos nos proporcionaron una base razonable. La rebelión de *el Mahdist* en Sudán, que empezó en 1881 y había mantenido a ese país infeliz en un estado de confusión durante una década, terminaba con tropas egipcias (dirigidas, por supuesto, por oficiales ingleses) reconquistando la mayor parte del territorio perdido, y algunas personas que habían sido dadas por perdidas reaparecieron milagrosamente. La fuga de Slatin Pachá, anteriormente el Slatin Bey, era quizás el ejemplo más asombroso de una supervivencia milagrosa, pero había otros, inclusive el del Padre Ohrwalder y dos de las monjas de su misión, que aguantaron siete años de esclavitud y tortura antes de huir.

Fue este último caso el que me dio la idea de inventar una familia de misioneros bondadosos como padres adoptivos de Nefret, cuyos padres verdaderos (como expliqué) habían perecido poco después de su llegada por enfermedad y a causa de las dificultades. Protegida por sus leales conversos, los bondadosos religiosos habían escapado a los estragos de los derviches, pero no se atrevieron a abandonar la seguridad de su remota y humilde aldea mientras el país estaba perturbado.

Emerson observó que, según su experiencia, los leales conversos eran generalmente los primeros en echar a sus líderes espirituales a la cazuela, pero pensé que era una historia muy convincente y a juzgar por los resultados, también lo hizo la prensa. Me había atenido a la verdad siempre que pude, una regla suprema cuando uno confecciona una historia ficticia, y no hubo necesidad de

falsificar los detalles del viaje por el desierto. Desamparados en la baldía inmensidad, abandonados por nuestros sirvientes, nuestros camellos muertos o muriéndose... Fue una historia dramática y, creo, distraje tanto a la prensa que no preguntaron por otros detalles más importantes. Añadí una tempestad de arena y un ataque de beduinos por si acaso.

El único periodista al que más temía logramos eludirlo. Kevin O'Connell, el insolente joven periodista, estrella del *Daily Yell*, estaba camino de Sudán cuando nos marchamos, ya que la campaña progresaba rápidamente y se esperaba la recuperación de Jartum en cualquier momento. Kevin me caía bien (a Emerson no), pero cuando sus instintos periodísticos sobresalían no habría confiado en él más de lo que podría haberle desconcertado.

Pero todo eso acabó bien. La dificultad más grande fue Nefret misma.

Yo sería la primera en admitir que no soy una mujer maternal. Me aventuro a observar sin embargo que la Madre Divina misma habría encontrado sus instintos maternales debilitados por una exposición prolongada a mi hijo. Diez años de Ramsés me habían convencido de que mi incapacidad para tener más hijos no era, como lo había visto primero, una triste desilusión, sino más bien una disposición bondadosa de la inteligente Providencia. Un Ramsés era suficiente. Dos o más habrían terminado conmigo.

(Comprendo que ha habido cierta cantidad de especulación impertinente con respecto al hecho de que Ramsés es hijo único. Sólo diré que su nacimiento tuvo como resultado ciertas complicaciones que no describiré con todo detalle, dado que no es de la incumbencia de nadie excepto mía).

Ahora me encontraba con otro niño en las manos, no un niño maleable sino una chica en el umbral de ser mujer, y una cuyos antecedentes eran aún más inusuales que los de mi hijo catastróficamente precoz. ¿Qué demonios iba a hacer con ella? ¿Cómo podría enseñarle yo las gracias sociales y completar los enormes vacíos en su educación que serían necesarios si iba a encontrar la felicidad en su nueva vida?

Me atrevo a decir que la mayoría de las mujeres la habría mandado a la escuela. Pero espero conocer mi deber cuando me veo obligada a ello. Habría sido una crueldad de la variedad más

exquisita enviar a Nefret al estrecho mundo femenino de un internado. Yo estaba mejor equipada para tratar con ella que cualquier maestra, porque comprendía el mundo del que provenía y porque compartía su desprecio por los estándares absurdos que el llamado mundo civilizado impone al sexo femenino. Y... porque me gustaba la chica.

Si yo no fuera una mujer honesta, diría que la adoraba. Sin duda así es cómo debería haberme sentido. Tenía cualidades que cualquier mujer desearía en una hija, dulzura de carácter, inteligencia, honradez y, por supuesto, belleza extraordinaria. Esta cualidad, que muchos de la sociedad situarían primero, no cuenta tanto para mí, pero la apreciaba.

El suyo era el tipo de aspecto que yo siempre había envidiado. Tan diferente al mío. Mi cabello es negro y tosco. El suyo fluía como un río de oro. La piel era cremosa, los ojos azul aciano. Los míos... no. Su figura pequeña y delgada probablemente nunca desarrollaría las protuberancias que marcan la mía. Emerson siempre había insistido que estos rasgos le complacían pero noté cómo sus ojos seguían de modo apreciativo la forma delicada de Nefret.

Habíamos vuelto a Inglaterra en abril y nos establecimos en Amarna House, nuestra casa de Kent, como de costumbre. Aunque no exactamente como de costumbre. Normalmente nos habríamos puesto a trabajar inmediatamente en nuestros informes anuales sobre la excavación, puesto que Emerson se enorgullecía de publicarlos tan pronto como fuera posible. Este año tendríamos menos que escribir, ya que nuestra expedición al desierto había ocupado la mayor parte del invierno. Sin embargo, después de nuestro regreso a Nubia tuvimos varias semanas productivas en los campos de pirámides de Napata. (En cuya actividad, debo agregar, Nefret fue de gran ayuda. Mostró una aptitud considerable para la arqueología).

No pude ayudar a Emerson como hacía generalmente. Estoy segura que no debo explicar por qué estaba distraída. Esto colocó una carga considerable en Emerson, pero por una vez no se quejó, desechando mis disculpas con una buena naturaleza que no presagiaba nada bueno.

—Está bien, Peabody, las necesidades de la niña vienen primero.

Hazme saber si hay algo que pueda hacer para ayudar. —Esta afabilidad inusitada y el uso de mi apellido de soltera, que Emerson emplea cuando se siente especialmente cariñoso o cuando desea persuadirme para algún curso de acción al que me opongo, despertó la más horrible de las sospechas.

—No hay nada que puedas hacer —repliqué—. ¿Qué saben los hombres de los asuntos de las mujeres?

—Humm —respondió Emerson, retirándose a toda prisa a la biblioteca.

Confieso que disfruté a la hora de encargar para la chica un guardarropa apropiado. Cuando llegamos a Londres apenas tenía una puntada de ropa a su nombre, excepto las gastadas túnicas de brillantes colores de las mujeres nubias y unas pocas prendas de vestir baratas que había comprado para ella en El Cairo. Un interés por la moda, creo, no es incompatible con la habilidad intelectual de igualar o superar a cualquier hombre, así que me regodeé (la palabra, apenas debo decir, es de Emerson) en camisones y enaguas con bordes de encaje, prendas íntimas con adornos y blusas con volantes, guantes, sombreros, pañuelos de bolsillo, trajes para el baño, bombachos para andar en bicicleta, chales, botas y un surtido arco iris de fajas y cintas de raso.

Me consentí con unas pocas compras para mí misma, dado que un invierno en Egipto siempre tiene un efecto deplorable en mi guardarropa. Los estilos de moda este año eran menos ridículos que el anterior, los miriñaques habían desaparecido, las mangas globo del pasado habían encogido hasta tener un tamaño razonable, y las faldas eran suaves y arrastraban en vez de amontonarse arriba sobre capas de enaguas. Eran particularmente adecuadas para las personas que no requerían "adiciones artificiales" para ayudar a delinear ciertas áreas del cuerpo.

Por lo menos, yo pensé que los estilos eran menos ridículos hasta que oí los comentarios de Nefret sobre ellos. La idea de ponerse un traje para bañarse le hizo reír.

—¿Por qué hay que ponerse ropa que va a empaparse? —preguntó (con algo de razón, tuve que admitir)—. ¿Es que aquí las mujeres llevan ropas cuando se bañan?

En cuanto a sus observaciones sobre el tema de los calzones... Afortunadamente no las dirigió a la empleada, ni a Emerson o

Ramsés. (Por lo menos espero que no lo hiciera. Emerson se avergüenza fácilmente por tales asuntos y Ramsés nunca se avergüenza por nada).

Ella encajó en nuestra casa mejor de lo que yo había esperado, ya que todos nuestros sirvientes estaban más o menos acostumbrados a los visitantes excéntricos. (O se acostumbraban o dejaban nuestro servicio, generalmente por propia voluntad). Gargery, nuestro mayordomo, sucumbió inmediatamente a su encanto, la siguió con tanta devoción como hacía con Ramsés, y nunca se cansaba de oír la (revisada) historia de cómo la habíamos encontrado. Gargery es, siento decirlo, una persona romántica. (El romanticismo no es una cualidad que desprecie, pero es inoportuna en un mayordomo). Apretaba los puños y sus ojos brillaban mientras declaraba (olvidando la dicción en su entusiasmo):

—¡Oh, ojala hubiera etao allí con usted, señora! ¡Habría zurrao a esos sirvientes traicioneros y luchao contra esos beduinos salvajes! Habría...

—Estoy segura que habrías sido de gran ayuda, Gargery —contesté—. Otra vez, quizás.

(¡Poco sabía cuando ese comentario descuidado salió de mis labios, que sería una profecía!)

El único miembro de la casa que no cayó víctima de Nefret fue la querida Rose, nuestra devota criada. En el caso de Rose fueron los celos, lisa y llanamente. Había ayudado a criar a Ramsés y tenía un cariño inexplicable hacia él, un cariño que era, o había sido, recíproco. Ahora las ofrendas de Ramsés de flores y especímenes científicamente interesantes (hierbas, huesos y ratones momificados) eran concedidas a otra. Rose lo sentía, podía ver que lo hacía. Yo encontraba en Rose un gran consuelo siempre que la adulación combinada de los miembros masculinos de la casa se volvía demasiado para mí.

La gata Bastet no era de ningún consuelo, aunque fuera hembra. De algún modo había tardado en descubrir las atracciones del sexo opuesto, pero había compensado su demora con tal entusiasmo que el lugar estaba invadido con su progenie. Su última camada había nacido en abril, poco antes de nuestra llegada, y Nefret pasó algunas de sus horas más felices jugando con los gatitos. Una de sus responsabilidades como Suma Sacerdotisa de Isis había sido el

cuidado de los gatos sagrados, quizás eso explicaba no sólo su afición a los felinos sino sus poderes casi extraños de comunicación con ellos. La manera de llevarse bien con un gato es tratarlo como a un igual, o incluso mejor, como el superior que sabe que es.

Las únicas personas que supieron la verdadera historia de Nefret fueron el hermano pequeño de Emerson, Walter, y su esposa, mi querida amiga Evelyn. Habría sido imposible ocultarles la verdad incluso si no hubiéramos tenido completa confianza en su discreción, y verdaderamente yo contaba con Evelyn para que me aconsejara en el cuidado apropiado y la crianza de una jovencita. Ella tenía una experiencia considerable siendo la madre de seis niños, tres de ellos chicas, y el corazón más amable del mundo.

Recuerdo bien un hermoso día de junio cuando nosotros, los cuatro adultos, estábamos sentados en la terrada de Amarna House mirando jugar a los niños sobre el césped. El gran Jefe podría haberse quedado atrapado por la belleza idílica del paisaje, cielos azules, algodonosas nubes blancas, hierba esmeralda y árboles majestuosos, pero los talentos de otro tipo de pintor habrían sido necesarios para pintar a los niños sonrientes que adornaban la escena como flores vivientes. La luz del sol convertía sus rizos en oro brillante y caían acariciando miembros sonrosados y rellenitos por la salud. Mi tocaya, la pequeña Amelia, seguía con cuidado maternal los pasos titubeantes de su hermana de un año; Raddie, el mayor de los hijos de Evelyn, cuyos rasgos eran una versión juvenil del semblante apacible de su padre, procuraba refrenar la euforia de los gemelos, que tiraban una pelota de aquí para allá. La imagen de juventud inocente bendecida con la salud, la fortuna y el tierno amor era una que conservaría mucho tiempo.

Me imaginé que los míos eran los únicos ojos fijos en las encantadoras figuras de mis sobrinas y sobrinos. Incluso su madre, cuyo hijo más joven dormía apoyado en su seno, miraba hacia otra parte.

Nefret estaba sentada aparte, bajo uno de los grandes robles. Tenía las piernas cruzadas y los pies desnudos asomaban bajo el dobladillo de su vestido, una de las prendas de vestir nativas de Nubia con las que la había vestido, a falta de algo mejor, mientras trabajábamos en Napata. El color de fondo era un estridente verde loro con grandes salpicaduras de color, rojo, amarillo mostaza y

azul turquesa. Una trenza de pelo dorado rojizo le colgaba sobre un hombro y estaba jugando con el gatito con la punta. Ramsés, su inevitable sombra, estaba agachado cerca. De vez en cuando Nefret alzaba la mirada, sonreía mientras miraba a los niños jugar, pero la mirada fija de los ojos oscuros de Ramsés nunca abandonaba su cara.

Walter bajó la taza y alcanzó el cuaderno que se negaba a abandonar incluso en esta ocasión social. Hojeándolo, observó:

—Creo que ahora veo cómo se ha desarrollado la función de la forma del infinitivo. Me gustaría preguntarle a Nefret...

—Deja a la niña en paz. —Fue Evelyn quien interrumpió a su marido, su tono era tan agudo que me giré para mirarla con asombro. Evelyn nunca hablaba bruscamente a nadie, mucho menos a su marido, a quien dotaba (en mi opinión) de una adoración ciega.

Walter la miró con sorpresa herida.

—Querida, sólo quiero...

—Sabemos lo que quieres —dijo Emerson con una risa—. Ser conocido y honrado como el hombre que descifró el antiguo meroítico. Encontrarse con un hablante vivo de un idioma supuestamente muerto es suficiente para agitar el cerebro de cualquier erudito.

—Ella es una Piedra Rosetta humana —murmuró Walter—. Ciertamente el idioma ha cambiado casi más allá del reconocimiento durante más de mil años, pero para un erudito entrenado, los indicios que ella puede ofrecer...

—Ella no es una piedra —dijo Evelyn—. Es una jovencita.

¡Una segunda interrupción! Fue desatendida. Emerson miró fijamente a Evelyn con sorpresa y algo de admiración, él siempre había considerado que tenía un temperamento deplorablemente suave. Walter tragó y dijo sumisamente:

—Tienes razón, querida Evelyn. No es que para el mundo fuera algo...

—Entonces vete —dijo su esposa—. Id a la biblioteca los dos y sumergiros en idiomas muertos y libros polvorientos. ¡Eso es todo lo que os interesa, hombres!

—Venga, Walter. —Emerson se levantó—. Estamos en desgracia y bien podemos ahorrarnos los problemas de la defensa propia. Una

mujer convencida contra su voluntad...

Le tiré un panecillo. Lo agarró en el aire, sonrió y se alejó, arrastrado a regañadientes por Walter.

—Discúlpame, Amelia —dijo Evelyn—. Si he puesto a Radcliffe de mal humor...

—Tonterías, tu crítica fue mucho más templada que la que está acostumbrado a recibir de mí. En cuanto a ponerlo de mal humor, ¿lo has visto alguna vez más contento consigo mismo, más malditamente satisfecho de sí mismo, más exasperantemente amable?

—La mayoría de las mujeres no lo encontrarían motivo de queja —respondió Evelyn sonriendo.

—No es el Emerson que conozco. Porque, Evelyn, no ha utilizado palabrotas, ni un solo ¡maldición! desde que volvimos de Egipto. —Evelyn rió y yo pasé a la indignación creciente—. La verdad es que simplemente se niega admitir que tenemos un grave problema entre manos.

—O más bien, bajo el roble. —La sonrisa de Evelyn se desvaneció mientras contemplaba la figura elegante de la chica. El gatito se había alejado y Nefret estaba sentada perfectamente inmóvil con las manos en el regazo, mirando a través del césped. La luz del sol que se colaba entre las hojas extraía chispas de su cabello y la difusión de luz hacía que pareciera estar encerrada en una sombra dorada.

—Es tan remota y hermosa como una joven diosa —dijo Evelyn suavemente, haciéndose eco de mi propio pensamiento—. ¿En que se convertirá?

—Está dispuesta y es inteligente, se amoldará —respondí con firmeza—. Y parece bastante feliz. No se ha quejado.

—Ha aprendido fortaleza en una escuela dura, imagino. Pero, mi querida Amelia, tiene poco de que quejarse hasta ahora. La has mantenido, en mi opinión con bastante acierto, relativamente refugiada del mundo de exterior. Todos la aceptamos y la queremos como es. Sin embargo, más pronto o más tarde deberá tomar su lugar por derecho en el mundo que es suyo por nacimiento, y ese mundo es despiadadamente intolerante con lo diferente.

—¿Crees que ignoro eso? —Pregunté, agregando con una risa—. Hay algunos individuos que realmente ME consideran excéntrica.

No les presto atención, por supuesto, pero... bien, admito que me he preguntado si soy la mejor mentora posible para Nefret.

—No podría hacer nada mejor que emularte —dijo Evelyn con calidez—. Y sabes que puedes contar conmigo para ayudarte de cualquier manera que pueda.

—Espero que nos las arreglaremos —dije, mi optimismo natural reafirmándose—. Después de todo, he sobrevivido diez años a Ramsés. Con tu ayuda y la de Walter... Quizás has sido un poco dura con él, querida Evelyn. El descifrar antiguos idiomas desconocidos no es sólo su profesión sino su más apasionado interés. Después de ti, por supuesto, y los niños...

—Me pregunto... —Evelyn parecía una Madonna de Raphael, cabello dorado y cara dulce con un bebé acunado en los brazos, pero su voz contenía una nota que nunca había oído antes-... Qué manera extraña tiene el tiempo de cambiarnos con los años, Amelia... anoche soñé con Amarna.

Era la última cosa que jamás había esperado oírle decir y tuvo el efecto más extraño sobre mí. Una imagen destelló a través de mis ojos, tan vívida que reemplazó la realidad: una escena de las ardientes arenas del desierto y adustos precipicios, tan vacíos de vida como un paisaje lunar. Casi podía sentir el aire seco caliente contra la piel, me parecía oír otra vez los espantosos gemidos de la aparición que había amenazado nuestras vidas y cordura...

Con un esfuerzo me sacudí esa imagen seductora. Ignorante de mi distracción, Evelyn había seguido hablando.

—¿Recuerdas su aspecto de aquel día, Amelia, el día que declaró su amor? Pálido y guapo como un joven dios, sosteniendo mis manos en las suyas mientras me llamaba la más encantadora y valiente de las mujeres. Entonces ningún papiro desmenuzado ni ninguna Piedra Rosetta me habría reemplazado en su corazón. ¡El peligro, la duda y las molestias, esos fueron días maravillosos! Me encuentro pensando cariñosamente en aquél hombre despreciable y su absurdo disfraz de momia.

Suspiré profundamente. Evelyn me miró con sorpresa.

—¿Tú también, Amelia? ¿De qué puedes arrepentirte? Has ganado todo y no has perdido nada. Apenas puedo coger un periódico sin encontrar un artículo sobre alguna nueva escapada, perdóname, aventura tuya.

—Oh, aventuras. —Hice gestos de desdén—. Es normal que ocurran. Emerson las atrae.

—¿Emerson? —Evelyn sonrió.

—Sólo considera, Evelyn. Fue a Emerson a quien lord Blacktower apeló para que le ayudara a localizar a su hijo perdido. Emerson quien desenmascaró al criminal en el caso de la momia del Museo Británico. ¿A quién recurrió lady Baskerville cuando vino a buscar a un hombre para continuar las excavaciones de su marido, sino a Emerson, el erudito más preeminente de su tiempo?

—Nunca lo había pensado de ese modo —admitió Evelyn—. Tienes razón, Amelia. Pero sólo has reforzado mi argumento. Tu vida está tan llena del entusiasmo y aventuras que le falta a la mía...

—Cierto. Pero no es lo mismo, Evelyn. ¿Me atrevo a confesarlo? Creo que sí. Como tú, a menudo sueño con esos días desaparecidos hace tiempo, cuando lo era todo para Emerson, el único, el objeto supremo de su devoción.

—Mi querida Amelia...

Suspiré otra vez.

—Él casi nunca me llama Amelia, Evelyn. Bien, tiernamente, recuerdo su gruñido cuando se dirigió a mí por ese nombre. Ahora es siempre Peabody, mi estimada Peabody, mi querida Peabody...

—Te llamó Peabody en Amarna —dijo Evelyn.

—¡Sí, pero en un tono tan diferente! Lo que empezó como un desafío ahora se ha convertido en un término de cariño complaciente y perezoso. Fue tan autoritario entonces, tan romántico...

—¿Romántico? —repitió Evelyn sin estar convencida.

—Tú tienes tus buenos recuerdos, Evelyn, yo los míos. Recuerdo bien la curva de sus hermosos labios cuando me dijo: “no eres tonta, Peabody, para ser una mujer”, cómo ardieron sus ojos azules en esa nunca olvidada mañana después de que le cuidé durante la crisis de fiebre y él gruñó: “Considérese agradecida por salvar mi vida. Ahora váyase.” —Manoseé buscando un pañuelo—. Oh, querida. Perdóname, Evelyn. No tenía la intención de sucumbir a la emoción.

En silencio comprensivo me dio golpecitos en la mano, mientras yo me llevaba el pañuelo a los ojos con la otra. El humor pasaba, un

chillido de Willie y un chillido de respuesta de su hermano gemelo presagió uno de los turbulentos encuentros que caracterizaban su relación cariñosa. Raddie se apresuró a separar la pelea y se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la nariz. Simultáneamente Evelyn y yo suspiramos.

—Nunca creas que me quejo —dijo suavemente—. No cambiaría ni un rizo de la cabeza de Willie por volver a esa vida. Adoro a mis niños. ¡Sólo... sólo, querida Amelia, hay tantos!

—Sí —dije tristemente—. Los hay.

Ramsés se había acercado a Nefret. La imagen era irresistible y desconcertante: la diosa y su sumo sacerdote. Y estarían conmigo, día y noche, verano e invierno, en Egipto y en Inglaterra, durante los años venideros.

Capítulo 2

"Uno puede estar decidido a abrazar el martirio con gracia, pero un día de respiro, no es desdeñable."

Yo creo en la eficacia de la oración.

Como mujer cristiana, estoy obligada a hacerlo. Como racionalista, así como cristiana (los dos términos no son necesariamente incompatibles, como Emerson puede decir), no creo que el Todopoderoso tenga un interés directo en mis asuntos personales. Tiene demasiada gente por la que preocuparse, la mayoría de ellos con necesidad de asistencia mucho mayor que yo.

Sin embargo casi podía creer, cierta tarde algunos meses después de la conversación que he descrito, que un Ser benevolente había intervenido para responder a la oración que no me atrevía a formar ni siquiera en mis pensamientos más secretos.

Estaba de pie, como lo había hecho tantas veces antes, en la borda del vapor, forzando los ojos para mi primera mirada de la costa egipcia. Una vez más Emerson estaba a mi lado, tan ansioso como yo por comenzar una nueva temporada de excavación. Pero por primera vez en ¡oh! tantos años, estábamos solos.

¡Solos! No cuento a la tripulación o a los pasajeros. Estábamos SOLOS. Ramsés no estaba con nosotros. Ni arriesgando la vida tratando de escalar la borda, ni con la tripulación incitándolos a la rebelión, ni en su camarote inventando la dinamita. No estaba en el barco, estaba en Inglaterra, y nosotros... no. Nunca había soñado que llegaría a pasar. No me había atrevido a esperarlo, mucho menos rezar, por tal felicidad.

El funcionamiento de la Providencia es verdaderamente misterioso, ya que Nefret, quien yo esperaba que fuera una fuente adicional de distracción, había sido la responsable de este feliz evento.

* * *

Durante algunos días después de que los jóvenes Emerson nos dejaran, vigilé muy de cerca a Nefret y concluí que los presentimientos que había sentido esa agradable tarde de junio no eran más que fantasías melancólicas. Evelyn estuvo de un estado de ánimo extraño ese día y su pesimismo me había infectado. Nefret parecía estar muy bien. Había aprendido a manejar el cuchillo y el tenedor, un abrochador de botones y un cepillo de dientes. Incluso aprendió que en la mesa uno no debe entablar conversaciones con los sirvientes. (Eso la puso un paso por delante de Emerson, quien no podía o no quería ajustarse a esta norma de conducta social aceptable). Con sus botas abotonadas y delicados vestidos blancos, con su cabello atado con cintas, se parecía a cualquier bonita colegiala inglesa. Odia las botas, pero las llevaba, y ante mi petición guardó sus brillantes ropas de Nubia. Nunca dijo ni una palabra de queja o desacuerdo con cualquiera de mis sugerencias. Por lo tanto, concluí que era hora de dar el siguiente paso. Era el momento de introducir a Nefret en sociedad. Por supuesto, la introducción debía ser gradual y suave. ¿Qué mejores compañeros amables, pensé, que niñas de su misma edad?

En retrospectiva, seré la primera en admitir que este razonamiento fue ridículamente erróneo. En mi propia defensa permítame decir que yo había tenido muy poco que ver con niñas de esa edad. Por lo tanto consulté a mi amiga, la señorita Helen McIntosh, directora de la cercana escuela de niñas.

Helen era escocesa, directa, bulliciosa y marrón, desde su cabello canoso a su práctico traje de tweed. Cuando aceptó mi invitación para tomar el té no ocultó su curiosidad acerca de nuestra nueva pupila.

Me esforcé mucho por asegurarle que Nefret causaría una buena impresión, advirtiéndole que evitara resbalones involuntarios de lengua que pudieran plantear dudas sobre la historia que habíamos contado. Tal vez me pasé. Nefret estuvo sentada como una estatua apropiada durante todo el tiempo, los ojos bajos y las manos juntas, hablando sólo cuando se le hablaba. El vestido que le había pedido que llevara era muy adecuado para su edad, blanco, con puños de volantes y un cinturón ancho. Le había recogido el pelo en trenzas y se lo había sujetado con lazos blancos.

Después de excusarla, Helen se volvió hacia mí, con las cejas levantadas.

—Mi querida Amelia —dijo—. ¿Qué ha hecho?

—Sólo lo que la caridad cristiana y la decencia común exigía —dije erizada—. ¿Qué culpa podrías encontrar en ella? Es inteligente y deseosa de complacer...

—Querida, los lazos y volantes no hacen el trabajo. Podrías vestirla con harapos y seguiría siendo tan exótica como un ave del paraíso.

No podía negarlo. Me quedé sentada, lo confieso, en un resentido silencio, mientras Helen tomaba un sorbo de té. Poco a poco las líneas de su frente se suavizaron y por fin dijo, pensativa:

—Al menos no puede haber ninguna duda sobre la pureza de su sangre.

—Helen. —Exclamé.

—Bueno, tales cuestiones se plantean con los hijos de los hombres apostados en las zonas remotas del imperio. Madres convenientemente fallecidas, niños con límpidos ojos negros y mejillas besadas por el sol... Ahora no me mires con el ceño fruncido, Amelia, no por expresar mis prejuicios, sino los de la sociedad, y como ya he dicho no puede haber ninguna duda de que Nefret es... Debes encontrar otro nombre para ella, ya lo sabes. ¿Qué tal Natalie? Es raro, pero incuestionablemente inglés.

Los comentarios de Helen indujeron ciertos sentimientos de inquietud, pero una vez que su interés se centró en la cuestión con tanto entusiasmo fue difícil discrepar con ella. No soy una mujer humilde, pero en este caso me sentí un poco insegura. Helen era la experta en jovencitas, así que después de haberle pedido su opinión no me sentía en condiciones de cuestionar su consejo.

Debería haber sido una lección para mí no dudar de mi propio juicio. Desde entonces sólo lo he hecho una vez... y eso, como se verá, casi terminó en una catástrofe peor.

Los primeros encuentros de Nefret con las “señoritas” cuidadosamente seleccionadas por Helen parecieron ir bien. Pensé que eran muy tontas, y después del primer encuentro, cuando una de ellas respondió al saludo cortés de Emerson con un ataque de risitas y otra le dijo que era mucho más guapo que cualquiera de sus maestros, Emerson se atrincheró en la biblioteca y se negó a

salir cuando estaban allí. Sin embargo reconoció que probablemente era bueno para Nefret mezclarse con sus contemporáneas. A la niña no parecía importarle. No esperaba que disfrutara activamente al principio. Conlleva bastante tiempo acostumbrarse a la sociedad.

Al final Helen decidió que había llegado el momento de que Nefret devolviera la visita, y emitió una invitación formal a la niña para tomar el té con ella y las jóvenes "señoritas" seleccionadas en la escuela. No me invitó. De hecho, se negó rotundamente a permitir que fuera, añadiendo de esa manera brusca suya, que quería que Nefret se sintiera a gusto y se comportara de manera natural. La implicación de que mi presencia impedía a Nefret sentirse a gusto era, por supuesto, ridícula, pero en ese momento no me aventuré a discutir con una autoridad bien conocida entre las jóvenes. Sentí todo el reparo de cualquier madre ansiosa cuando vi partir a Nefret, sin embargo me aseguré de que su aspecto no dejara nada que desear, desde la punta de su bonito sombrero con adornos rosas hasta la suela de sus escarpines. William, el cochero, era otro de sus admiradores, y había preparado los caballos hasta que sus pelajes brillaron y los botones de su chaqueta resplandecían a la luz del sol.

Nefret regresó antes de lo que esperaba. Yo estaba en la biblioteca, tratando de ponerme al día con una acumulación masiva de correspondencia, cuando Ramsés entró.

—Bien, ¿qué pasa, Ramsés? —Le pregunté con irritación—. ¿No ves que estoy ocupada?

—Nefret ha regresado —dijo Ramsés.

—¿Tan pronto? —Dejé la pluma y me giré para mirarlo. Con las manos a la espalda y los pies separados, se encontró con mis ojos con una mirada firme. Sus rizos oscuros estaba despeinados (siempre lo están), su camisa estaba manchada de tierra y productos químicos (como siempre). Sus rasgos, especialmente la nariz y la barbilla, eran demasiado grandes para su cara delgada, pero si continuaba llenándola como estaba haciendo, estos rasgos podrían con el tiempo no parecer desagradables, sobre todo la barbilla, que mostraba el embrión de un hoyuelo o hendidura como la que encontraba tan encantadora en la parte correspondiente de su padre.

—Espero que se lo haya pasado bien —continué.

—No —dijo Ramsés—. No lo ha hecho.

Su mirada ya no era fija. Era acusadora.

—¿Ha dicho eso?

—ELLA no lo diría —dijo mi hijo, que no había superado totalmente su hábito de referirse a Nefret en letras mayúsculas—. ELLA consideraría la queja una forma de cobardía, así como una expresión de deslealtad para contigo, por quien siente, muy acertadamente en mi opinión...

—Ramsés, a menudo te he pedido que te abstengas de utilizar esa frase.

—Te pido perdón, mamá. Voy a tratar de cumplir con tu solicitud en el futuro. Nefret está en su habitación con la puerta cerrada, y creo, aunque no estuve en condiciones de asegurarme dado que pasó corriendo por delante de mí con el rostro apartado, que estaba llorando.

Empecé a apartar mi silla de la mesa y luego me detuve.

—¿Crees que debería ir con ella?

La pregunta me sorprendió a mí tanto como a Ramsés. Yo no tenía intención de pedirle consejo. Nunca había hecho eso antes. Sus ojos, de un marrón tan oscuro que parecía negro, estaban muy abiertos.

—¿Me estás preguntando, mamá?

—Eso parece —le contesté—. Aunque no puedo imaginar por qué.

—Si la situación no fuera de cierta urgencia —dijo Ramsés—, expresaría largamente mi agradecimiento por tu confianza en mí. Me agrada y me conmueve más de lo que puedo expresar.

—Espero que sí, Ramsés. ¿Y bien? Se sucinto, te lo ruego.

Ser sucinto le costó a Ramsés una lucha. Fue una muestra de su preocupación por Nefret que en esta ocasión fuera capaz de tener éxito.

—Yo creo que deberías ir, mamá. Rápido.

Así lo hice.

Me encontré extrañamente incómoda ante la puerta de Nefret. Me había encontrado antes con señoritas llorosas y había tratado con ellas de manera eficiente. De alguna manera, dudaba que los métodos que había empleado en aquellos otros casos funcionaran muy bien aquí. Me puse, se podría decir, en el lugar de los padres, y

ese papel no me era agradable. ¿Y si ella se arrojaba llorando a mi regazo?

Cuadrando los hombros llamé a su puerta. (Creo que los niños tienen el mismo derecho a la intimidad como seres humanos.) Cuando respondió me sentí aliviada de comprobar que su voz era perfectamente normal, y cuando entré me la encontré sentada en silencio con un libro en el regazo, no vi ningún rastro de lágrimas en sus suaves mejillas. Entonces me di cuenta de que el libro estaba al revés, y vi la ruina arrugada en el suelo cerca de la cama. Había sido su mejor sombrero, una bonita confección de fina paja y cintas de raso, el ala ancha repleta de flores de seda rosa. Ningún accidente podría haberlo reducido a tal estado. Debió pisotearlo.

Se había olvidado el sombrero. Cuando volví a mirarla, había apretado los labios y enderezado su forma, como si esperara una reprimenda o un golpe.

—El rosa no es tu color —le dije—. Nunca debería haberte convencido de que usaras ese objeto absurdo.

Pensé por un momento que se vendría abajo. Le temblaron los labios, luego se curvaron en una sonrisa.

—Salté sobre él —respondió.

—Eso pensé que habías hecho.

—Lo siento. Sé que cuesta mucho dinero.

—Tú tienes gran cantidad de dinero. Puedes pisotear todos los sombreros que quieras. —Me senté a los pies de la chaise longue—. Sin embargo, es probable que haya formas más efectivas de lidiar con el asunto que te preocupa. ¿Qué pasó? ¿Alguna fue grosera contigo?

—¿Grosera? —Examinó la cuestión con una indiferencia desconcertantemente adulta—. No sé lo que eso significa. ¿Es de mala educación decir cosas que hacen que otra persona se sienta pequeña, fea y estúpida?

—Muy grosera —le dije—. Pero ¿cómo es posible creer tales provocaciones? Tienes un espejo, debes saber que eclipsas a esas criaturas simples y maliciosas como la luna oscurece a las estrellas. ¡Dios mío, creo que estoy a punto de perder los estribos! Qué inusual. ¿Qué te dijeron?

Me estudió con seriedad.

—¿Promete que no saldrá corriendo hacia la escuela y las

golpeará con la sombrilla?

Me llevó un momento darme cuenta de que la luz de esos ojos azules era provocada por la risa. Ella casi nunca hacía bromas, por lo menos no conmigo.

—Oh, muy bien —le contesté, sonriendo—. Estaban celosas, Nefret, esos pequeños sapos desagradables.

—Tal vez. —Curvó sus delicados labios—. Había un joven, tía Amelia.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamé—. Si lo hubiera sabido...

—La señorita McIntosh tampoco sabía que iba a ir. Estaba buscando una escuela para su hermana, de quien es tutor, y expresó su deseo de conocer a algunas de las otras jóvenes con el fin de ver si serían adecuadas para relacionarse con ella. Debe ser muy rico, porque la señorita McIntosh fue muy amable con él. Además, era muy guapo. Una de las niñas, Winifred, le deseó. —Vio mi expresión y se desvaneció su sonrisa—. He dicho algo mal.

—Esto... mal no. Esa no es la manera en que Winifred lo diría...

—¿Lo ves? —Extendió las manos en un gesto tan elegante que de algún modo fue extraño—. No puedo hablar sin cometer errores. No he leído los libros que han leído o escuchado la música que no puedo tocar al piano o cantar mientras ellas cantan, o hablar otros idiomas...

—Ellas tampoco —le dije con un bufido—. Unas pocas palabras de francés y alemán...

—Lo suficiente como para decir cosas que no entiendo, y luego se miran entre sí y ríen. Siempre han actuado así, pero hoy, cuando Sir Henry se sentó a mi lado y me miró a mí en vez de mirar a Winifred, cada palabra era un insulto velado. Hablaron sólo de cosas que yo ignoraba y me hicieron preguntas, ¡oh, tan dulcemente!, para las que no sabía las respuestas. Winifred me pidió que cantara. Ya le había dicho que no podía.

—¿Qué hiciste?

La expresión Nefret fue particularmente recatada.

—Canté la invocación a Isis.

—La... —Hice una pausa para tragar—. ¿El cántico que cantaste en el Templo de la Montaña Sagrada? ¿Bailaste... como hiciste entonces?

—Oh, sí, es parte del ritual. Sir Henry me dijo que yo era

encantadora. Pero no creo que la señorita McIntosh me pida que vaya a tomar el té otra vez.

No lo pude evitar. Me reí hasta que las lágrimas fluyeron de mis ojos.

—Bueno, no importa —le dije, secándomelas—. No tendrás que ir allí de nuevo. Voy a tener que decirle algo a Helen... ¿Por qué la he escuchado?

—Pero voy a volver —dijo en voz baja Nefret—. Pronto no, pero después de haber aprendido lo que se debe saber, cuando haya leído los libros y aprendido sus idiomas tontos y cómo manejar una aguja. —Se inclinó hacia mí y puso su mano sobre la mía, un gesto raro y significativo de una niña poco demostrativa—. He estado pensando, tía Amelia. Este es mi mundo y tengo que aprender a vivir en él. La tarea no será tan dolorosa, hay muchas cosas que deseo aprender. Tengo que ir a la escuela. ¡Oh, no a un lugar como ese, no me pueden enseñar lo suficientemente rápido, y no soy lo bastante valiente para hacer frente a niñas como esas todos los días. Dice que tengo gran cantidad de dinero. ¿Será suficiente para pagar a maestros para que vengan a mí?

—Sí, por supuesto. Yo estaba a punto de sugerir algo por el estilo, pero pensé que necesitabas tiempo para descansar y acostumbrarte a...

—Lo hice y lo he tenido. Estas semanas contigo, el profesor, mi hermano Ramsés, mi amigo Gargery y la gata Bastet han sido como el cielo cristiano sobre el que mi padre me contó. Pero no puedo ocultarme en mi jardín secreto para siempre. Has pensado, creo, llevarme con vosotros a Egipto este invierno.

—Había pensado... —Por un momento no pude hablar. Conquisté la emoción indigna y despreciable que me ahoga, y me obligué a expresar las palabras—. Lo habíamos pensado, sí. Pareces estar interesada en la arqueología.

—Lo estoy, y un día, tal vez, voy a seguir esos estudios. Pero primero tengo que aprender muchas otras cosas. ¿Permitirían la señora Evelyn y el señor Walter Emerson que me quedara con ellos este invierno? ¿Qué te parece? Si tengo tanto dinero, puedo pagarles.

Con mucho tacto, como es mi costumbre, le expliqué que los amigos no aceptan ni ofrecen pagos por actos de bondad, pero en

todo lo demás el plan era exactamente lo que yo habría sugerido si me hubiera atrevido a proponerlo. Podría haber contratado tutores y profesores que habrían llenado a Nefret con información como a un ganso se le alimenta para convertirse en foie gras, pero no podía aprender de ellos lo que realmente necesitaba, la gracia y el porte de una dama bien educada. No podía haber ningún modelo mejor que Evelyn, ni una guía más comprensiva. Walter podría alimentar la lujuria de la chica por el aprendizaje, mientras satisfacía la propia. En resumen, la solución era ideal. Yo no la había propuesto porque no quería ser acusada, incluso por mi propia conciencia, de dejar de lado mi deber. Además, no me había imaginado ni por un momento que sería considerada como aceptable por cualquiera de las partes interesadas.

Ahora Nefret había propuesto el plan y se aferraba a su decisión con una firme determinación contra la que era imposible luchar. Emerson hizo todo lo posible para convencerla de que cambiara de opinión, especialmente después de que Ramsés, ante el asombro de todos excepto del mío, llegara a la conclusión de que también se quedaría en Inglaterra ese invierno.

—No sé por qué te empeñas en discutir con él —le dije a Emerson, que estaba caminando de aquí para allá por la biblioteca como es su costumbre cuando está perturbado—. Sabes que cuando Ramsés toma una decisión, nunca la cambia. Además, el plan tiene una serie de cosas que recomiendo.

Emerson se detuvo y me miró.

—No veo ninguna.

—Muchas veces hemos discutido la unilateralidad de la educación de Ramsés. De alguna manera él es tan ignorante como Nefret. Oh, te lo aseguro, nadie momifica ratones o mezclas explosivos mejor que Ramsés, pero esas habilidades tienen una utilidad limitada. En cuanto a la gracia social...

Emerson dejó escapar un gruñido. Cualquier mención a la gracia social tiene ese efecto sobre él.

—Te he contado —continué—, cómo las chicas se burlaron de Nefret.

El hermoso rostro de mi marido enrojeció. La cólera frustrada era la responsable por no haber podido, en este caso, aplicar su reparación favorita de la injusticia. Uno no puede golpear a las

jóvenes señoritas en la mandíbula o pegar a una respetable directora de mediana edad. Parecía más bien triste mientras permanecía allí, con los puños apretados y los hombros tensos, como un gran toro atormentado por los pinchazos y estocadas de los picadores. Triste pero majestuoso, porque como he tenido ocasión de remarcar, el impresionante desarrollo muscular de Emerson y los nobles rasgos nunca pueden parecer menos magníficos. Levantándome, me acerqué a él y puse mi mano sobre su brazo.

—¿Sería tan terrible, Emerson? Sólo los dos, solos, como solía ser. ¿Es mi compañía lo que te disgusta?

Los músculos de su brazo se relajaron.

—No digas tonterías, Peabody —murmuró y, como había esperado, me tomó en sus brazos.

Así que se organizó todo. Ni que decir tiene que Evelyn y Walter aceptaron encantados el plan. Me apresuré a tomar las medidas necesarias para la partida antes de que Emerson pudiera cambiar de opinión.

Se deprimió un poco, antes y después de marcharnos, y debo confesar que yo sentí una sensación inesperada de pérdida mientras el vapor se alejaba del muelle y me despedía de los que estaban abajo. No me había dado cuenta de que Ramsés había crecido tanto. Parecía robusto y fiable mientras se quedaba allí, junto a Nefret por supuesto. Evelyn estaba al otro lado de Nefret rodeando a la niña, Walter sostenía el brazo de su esposa y agitaba su pañuelo enérgicamente. Formaban un bonito grupo familiar.

Como habíamos sido capaces de partir a principios de la temporada, decidimos tomar el barco desde Londres a Port Said en lugar de seguir la vía más rápida, pero menos cómoda, en tren a Marsella o Brindisi antes de embarcar en un barco de vapor. Yo esperaba que el viaje por mar reconciliara a Emerson y lo pusiera de un estado de ánimo apropiado. La luna extendía sus ondas de luz plateada sobre el agua hasta la ventanilla de nuestro camarote mientras paseábamos por la cubierta cogidos de la mano, y esa luz me inspiró las más tiernas manifestaciones de afecto conyugal. Y debo decir que fue un cambio agradable disfrutar de las manifestaciones sin preguntarnos si se nos había olvidado cerrar con llave la puerta de comunicación con el camarote de Ramsés.

Emerson no respondió tan rápido como yo había esperado, cayendo en estados ocasionales de abstracción y frunciendo el ceño, pero estuve segura que su estado de ánimo sombrío se levantaría tan pronto como pusiera los pies en la tierra de Egipto. El momento estaba a sólo unas horas y me imaginaba que ya podía ver la silueta oscura de la costa. Moví mi mano más cerca de la fuerte mano bronceada que se encontraba a mi lado en la borda.

—Casi hemos llegado —dije alegremente.

—Humm —dijo Emerson, con el ceño fruncido.

No tomó mi mano.

—¿Qué diablos te pasa? —Le pregunté—. ¿Todavía estás enfurruñado por lo de Ramsés?

—Yo nunca me enfurruño —gruñó Emerson—. ¡Vaya palabra! El tacto no es uno de tus puntos fuertes, Peabody, pero debo confesar que esperaba que demostraras la empatía de comprender lo que dices sentir por mí y mis pensamientos. La verdad es que tengo un extraño presentimiento...

—Oh, Emerson, ¡qué espléndido! —Grité, incapaz de contener mi alegría—. Sabía que un día tú también...

—La palabra fue mal elegida —dijo Emerson, ceñudo—. Tus presentimientos, Amelia, son solo el producto de tu desbordante imaginación. Mi... esto... malestar se debe a causas racionales.

—Como todos los indicios de desastre inminente, entre ellos los míos. ¡Espero que no creas que sea supersticiosa! No, las premoniciones y presagios son el resultado de pistas que la mente consciente no nota, pero registra e interpreta con la parte dormida del cerebro que...

—Amelia. —Yo estaba encantada de observar que los ojos azules de Emerson habían adoptado el brillo de zafiros indicativo de su temperamento. El hoyuelo (que él prefiere llamar “hendidura”) en su bien formada barbilla temblaba siniestramente—. Amelia, ¿estás interesada en conocer mis puntos de vista o expresar los tuyos?

Normalmente hubiera disfrutado de una de las animadas discusiones que tan a menudo dan vida a nuestra relación marital, pero no quería que nada estropeara la felicidad de este momento.

—Discúlpame, mi querido Emerson. Por favor, expresa tus presentimientos sin reservas.

—Humm —dijo Emerson. Por un momento permaneció en

silencio, comprobando mi promesa, o reuniendo sus pensamientos, yo me ocupé de mirarle con la admiración que su aspecto siempre me induce. El viento revolvía sus mechones oscuros de la frente (ya que como de costumbre, había declinado ponerse un sombrero) y moldeaba su camisa de lino sobre su ancho pecho (ya que se había negado a ponerse el abrigo hasta que estuviéramos listos para desembarcar). Su perfil (porque se había girado para mirar hacia las aguas azules) podría haber servido de modelo para Praxíteles o Miguel Ángel, el arco audazmente esculpido de su nariz, el mentón firme y la mandíbula, la curva fuerte y sensible de los labios. Labios entreabiertos. (¡Por fin!) Habló.

—Nos detuvimos en Gibraltar y Malta.

—Sí, Emerson, lo hicimos. —Mordiéndome el labio inferior me las arreglé para no decir nada más.

—Encontramos cartas y periódicos de casa esperándonos en ambos lugares.

—Lo sé, Emerson. Llegaron por tren, más rápido que... —Una premonición propia me hizo vacilar—. Por favor, continúa.

Emerson se giró lentamente, apoyando un brazo en la borda.

—¿Has leído los periódicos, Peabody?

—Algunos.

—¿El *Daily Yell*?

No miento a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Estaba el *Yell* entre los periódicos, Emerson?

—Es una pregunta interesante, Peabody. —La voz de Emerson había bajado hasta ser un ronroneo que presagiaba una explosión—. Creí que podrías saber la respuesta, porque yo no lo hice hasta esta mañana, cuando se me ocurrió observar a uno de los otros pasajeros leyendo ese periodicucho despreciable. Cuando le pregunté dónde lo había conseguido, ya que la fecha era del diecisiete, tres días después de salir de Londres, me informó que habían llevado a bordo varias copias en Malta.

—¿En serio?

—Te dejaste una, Peabody. ¿Qué hiciste con el resto, los tiraste por la borda?

Las comisuras de sus labios temblaban, no con furia, sino con diversión. Yo estaba un poco decepcionada, los arrebatos de ira de Emerson son siempre inspiradores, pero no podía dejar de

responder.

—Por supuesto que no. Esto habría constituido una destrucción sin sentido de la propiedad ajena. Están bajo nuestro colchón.

—Ah. Podría haber notado el crujido de papel si no me hubieran distraído con otras cosas.

—Hice mi mejor esfuerzo por distraerte.

Emerson se echó a reír.

—Tuviste éxito, querida. Siempre lo haces. No sé por qué estabas tan decidida a impedirme ver la historia, esta vez no puedo acusarte del balbuceo de ese demonio de periodista. Regresó a Inglaterra diez días antes de irnos, y tan pronto como me enteré de su inminente llegada me aseguré de que no tuvieras la oportunidad de verlo.

—Oh, lo hiciste, ¿verdad?

—Kevin O'Connell —el tono de Emerson al pronunciar el nombre se convirtió en un insulto—. Kevin O'Connell es un miserable sin escrúpulos, por quien tienes un afecto inexplicable. Te sonsaca información, Amelia. Lo sabes. ¿Con qué frecuencia en el pasado nos ha causado problemas?

—Tantas veces como ha venido noblemente en nuestra ayuda —le contesté—. Nunca nos haría daño de forma deliberada, Emerson.

—Bueno... admito que la historia no era tan perjudicial como podría haber esperado.

Hubiera sido mucho más perjudicial si no hubiera advertido a Kevin. Emerson no cree en los teléfonos. Se niega a instalarlos en Amarna House. Pero estuvimos en Londres dos días antes de partir y me las arreglé para realizar una llamada de larga distancia desde el hotel. Yo también había visto el aviso del inminente regreso de Kevin, y mis premoniciones están tan bien fundadas como las de Emerson.

—Supongo que logró la información mientras se encontraba en Sudán —reflexionó Emerson—. Fue el único que la usó, no había nada en el *Times* o el *Mirror*.

—Supongo que sus corresponsales se preocuparon únicamente de la situación militar, Kevin, sin embargo...

—Se toma un interés de propietario en nuestros asuntos —terminó Emerson. ¡Maldición! Supongo que no era razonable esperar que O'Connell no preguntara a los oficiales de Sanam Abu

Dom sobre nosotros, pero uno habría pensado que los militares no difundirían rumores y chismorreos ociosos.

—Ellos sabían que fuimos al desierto detrás de Reggie Forthright, cuya expedición fue diseñada, aparentemente, para localizar a su tío y tía desaparecidos —le recordé—. Apenas podíamos ocultar el hecho, ni siquiera si el mismo Reginald no hubiera expresado sus intenciones a todos los oficiales del campamento. Y cuando volvimos, Nefret tuvo que inspirar curiosidad y especulación. Pero la historia que inventamos era mucho más creíble que la verdad. Todos los que conocían la búsqueda del pobre señor Forth del oasis perdido lo consideraban un loco o un soñador.

—O'Connell no lo mencionó —admitió a regañadientes Emerson. No lo había mencionado porque yo le había amenazado con una serie de cosas desagradables si lo hacía.

—Nefret no era el único nombre que aparecía en la historia de Kevin —le dije—. Como he sugerido... como esperaba de un periodista de su capacidad, Kevin tomó para su artículo el milagro de la supervivencia. La historia de Nefret fue sólo una de muchas, nadie que lea el artículo podría sospechar que ella fue criada, no por bondadosos misioneros estadounidenses, sino por los supervivientes paganos de una civilización perdida. Incluso si el oasis perdido no fuera mencionado, la sugerencia de que ella se hubiera criado entre salvajes desnudos, porque así es como nuestros compatriotas ilustrados miran a los miembros de todas las culturas excepto a la suya, la harían blanco de especulaciones ridículas y groseras.

—Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? ¿La aceptación de Nefret en la sociedad?

—Ya ha tenido bastantes problemas con los necios de mente estrecha. —Las arrugas de la frente noble Emerson se alisaron.

—Tu amable preocupación por la niña te honra, querida. Creo que todo son un montón de tonterías, pero sin duda las opiniones del vulgo impertinente afectan a una niña más que a mí. En cualquier caso, no podemos explicar su origen sin revelar el secreto que hemos jurado guardar. Con todo, creo que me alegro de que los niños estén a salvo en casa, en Inglaterra.

—Yo también —dije con sinceridad.

* * *

La primera persona a la que vi cuando el vapor atracó en el muelle de Port Said fue a nuestro fiel capataz Abdullah, su turbante blanco como la nieve se elevaba unos buenos quince centímetros por encima de las cabezas de la multitud que lo rodeaba.

—Maldición —exclamé involuntariamente. Había esperado tener toda la atención de Emerson durante un par de horas más. Afortunadamente él no me oyó, llevándose las manos a la boca dejó escapar una llamada ululante que hizo saltar a los pasajeros cercanos y provocó una amplia sonrisa en la cara de Abdullah. Había sido nuestro *reis* durante años y era demasiado viejo y digno para expresar su entusiasmo con violentas manifestaciones físicas, pero sus parientes más jóvenes no, sus turbantes se balanceaban mientras saltaban arriba y abajo y gritaban en bienvenida.

—Qué espléndido que Abdullah haya venido hasta aquí —dijo Emerson, radiante.

—Y Selim —le dije, al ver otras caras conocidas—. Y Alí, Daoud, Feisal y...

—Serán de gran ayuda para llevar nuestro equipo al tren —dijo Emerson—. No puedo pensar por qué no sugerí que nos encontráramos aquí. Pero es como si Abdullah se anticipara a nuestro más mínimo deseo.

El tren de Port Said a El Cairo tardó menos de seis horas. Había mucho espacio en nuestro compartimento para Abdullah y su hijo mayor, Feisal, ya que los pasajeros europeos se negaron a compartirlo con un "montón de sucios nativos", como un idiota presuntuoso dijo. Le oí quejarse al conductor. No consiguió nada. El conductor conocía a Emerson.

Así que nos sentamos y nos contamos los chismes frescos. Abdullah se entristeció al enterarse de que Ramsés no estaba con nosotros. Por lo menos mostró una buena expresión de disgusto, pero me pareció detectar un cierto brillo en sus ojos oscuros. Sus sentimientos estaban claros para mí, ¿acaso no los compartía? Su devoción a Emerson combinaba la reverencia de un acólito con la fuerte amistad de un hombre y un hermano. No estuvo con nosotros el año anterior, ahora podía esperar toda una temporada de la completa atención de su ídolo. Podría haber prescindido de MÍ si hubiera sido posible, pensé sin resentimiento. Yo sentía lo mismo

por él. Por no hablar de Alí, Daoud y Feisal.

Nos separamos en El Cairo, pero sólo temporalmente, porque dentro de poco visitaríamos a los hombres en su aldea de Aziyeh, para reclutar a nuestro equipo para las excavaciones de invierno. Emerson estaba de tan buen humor que se rindió graciosamente a ser abrazado a turnos por todos los hombres, en algunos momentos fue prácticamente invisible en una nube de mangas y túnicas ondulantes. Los otros viajeros europeos miraron con impertinencia.

Habíamos reservado habitaciones en el Shepheard, por supuesto. Nuestro viejo amigo, el señor Baehler era ahora el dueño, por lo que no tuvimos ninguna dificultad en ese sentido, aunque el Shepheard se estaba volviendo tan popular que las habitaciones eran difíciles de obtener. Ese año, todos celebraban la victoria en Sudán. El 2 de septiembre las tropas de Kitchener ocuparon Omdurman y Jartum, poniendo fin a la rebelión y limpiando la mancha de la deshonra en la bandera británica, que la había empañado desde que el galante Gordon cayó bajo las hordas del malvado *Mahdi*. (Si mi lector no está familiarizado con este evento, le remito a cualquier historia estándar).

El estado de ánimo afable en Emerson se desintegró tan pronto como entramos en el hotel. El Shepheard siempre está lleno de gente durante la temporada de invierno y este año la aglomeración era mayor de la habitual. Bronceados oficiales jóvenes, recién llegados de la zona de combate, hacían alarde de sus vendas y trenzas doradas ante los ojos admirativos de las damas que revoloteaban a su alrededor. Una cara adornada con un conjunto impresionante de bigote militar me resultó familiar, pero antes de que pudiera acercarme al oficial, que estaba rodeado por una multitud de civiles preguntándole sobre Jartum, Emerson me tomó por el brazo y me arrastró lejos. No fue hasta que llegamos a nuestras habitaciones, las que siempre hemos tenido con vistas a los jardines Ezbekieh, que habló.

—El lugar está inconfundiblemente más hacinado y de moda cada año —se quejó, arrojando el sombrero al suelo y enviando la chaqueta detrás—. Esta es la última vez, Amelia. Lo digo en serio. El próximo año aceptaremos la invitación del jeque Mohammed para quedarnos con él.

—Por supuesto, querido —le contesté, como todos los años—.

¿Vamos a tomar el té, o le digo al *sufrayi* que nos lo traiga aquí?

—No quiero ningún maldito té —dijo Emerson.

Tomamos nuestro té en el pequeño balcón con vistas a los jardines. En gran medida —aunque anhelaba unirme a la muchedumbre entre quienes, no me cabe duda, figuraban muchos amigos y conocidos, y ponerme al día de las noticias— no consideré conveniente persuadir a Emerson de que volviera a ponerse la chaqueta y el sombrero. Ya había tenido un momento difícil en conseguir que el último objeto estuviera sobre su cabeza el tiempo suficiente para entrar en el hotel.

El sirviente de túnica blanca se deslizaba dentro y fuera, silencioso con los pies descalzos, y nos sentamos a la mesa. Debajo de nosotros los jardines estaban brillantes con las rosas y los hibiscos, los coches y peatones iban y venían a lo largo de la amplia avenida mostrando el panorama interminable de la vida egipcia, como una vez lo denominé. Un hermoso carruaje se detuvo ante la escalinata del hotel, del cual descendió una figura imponente en uniforme de gala.

Emerson se inclinó sobre el borde del balcón.

—Hola, aquí —gritó—. *Essalamu 'aleikum, babibi.*

—Emerson —exclamé—. ¡Es el general Kitchener!

—¿Ése? No me dirigía a él. —Gesticuló con fuerza, para mi pesar el saludo fue respondido por un individuo pintoresco, pero extremadamente harapiento con una bandeja de souvenirs baratos. Varias personas igual de pintorescas en la multitud, que eran vendedores de flores, frutas, baratijas y recuerdos, atraídos por el gesto, alzaron la mirada y se unieron al grito general de bienvenida.

—Él ha regresado, ¡el Padre de las Maldiciones! *¡Allah yimessikum bilkheir, efendi! ¡Marbaba, O Sitt Hakim!*

—Humm —dije, de alguna manera halagada por haber sido incluida en este reconocimiento, ya que *Sitt Hakim*, "señora doctora," es mi apodo cariñoso entre los propios egipcios—. Siéntate, Emerson, y deja de gritar. La gente está mirando.

—Esa era mi intención —declaró Emerson—. Quiero hablar con el viejo Ahmet más tarde, siempre sabe lo que está pasando.

Lo convencí de que volviera a su asiento. A medida que el sol se hundía, el horizonte se teñía del exquisito resplandor del día moribundo y el rostro de Emerson quedó pensativo.

—¿Te acuerdas, Peabody, de la primera vez que Ramsés estuvo en este mismo balcón con nosotros? Vimos juntos la puesta de sol sobre El Cairo.

—Como haremos otra vez sin duda —le dije un poco bruscamente—. Ahora, Emerson, no pienses en Ramsés. Dime la noticia que he estado deseando oír. Conozco tu hábito de mantener en secreto nuestros planes para el futuro hasta el último momento, disfrutas de tus pequeñas sorpresas. Pero creo que ha llegado el momento. ¿Dónde vamos a excavar este invierno?

—La decisión no es tan fácil de tomar —contestó Emerson, tendiéndome la taza para que la rellenara—. Tuve la tentación de Sakkara, por lo poco que se ha hecho allí, y soy de la opinión de que hay un gran cementerio de la XVIII dinastía en algún lugar cerca de Memphis.

—Esa es una deducción lógica —estuve de acuerdo—. Sobre todo en vista de que Lepsius menciona haber visto tumbas en 1843.

—Peabody, si no te refrenas de anticipar mis brillantes deducciones me divorciaré —dijo Emerson afablemente—. Esas tumbas de Lepsius se han perdido, sería un gran golpe maestro encontrarlas de nuevo y tal vez otras. Sin embargo, Tebas también tiene su atractivo. La mayoría de las momias reales del Imperio ya han sido encontradas, pero... Por cierto, ¿te dije que conocí el segundo alijo de momias, en la tumba de Amenhotep II hace quince años?

—Sí, querido, lo has mencionado alrededor de diez veces desde que oímos hablar del descubrimiento de Loret de la tumba en marzo pasado. ¿Por qué no abriste la tumba tú mismo y obtuviste el crédito...?

—Maldita sea el crédito. Conoces mis puntos de vista, Peabody, una vez que una tumba o un sitio es descubierto, los carroñeros descienden. Como la mayoría de arqueólogos, ese incompetente idiota de Loret no supervisa a sus hombres adecuadamente. Se llevaron objetos de valor de la tumba bajo sus narices, y algunos ya han aparecido en el mercado. Hasta que el Departamento de Antigüedades esté bien organizado.

—Sí, querido, conozco tus puntos de vista —le dije con dulzura, ya que Emerson era capaz de dar conferencias sobre ese tema durante horas—. ¿Entonces estás pensando en el Valle de los Reyes?

Si todas las momias reales han sido encontradas...

—Pero las tumbas originales no. Todavía faltan las de Hatshepsut, Ahmose, Amenhotep I y Tutmosis III, por mencionar sólo algunos. Y nunca he estado seguro de que la tumba que encontramos fuera realmente la de Tutankamón.

—No podría haber pertenecido a nadie más —le dije—. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en que hay tumbas reales sin encontrar. Nuestro viejo amigo Cirus Vandergelt estará allí de nuevo esta temporada, ¿no? A menudo te ha pedido que trabajaras con él.

—No con, sino *para* él —respondió Emerson con un ceño—. No tengo nada contra los americanos, ni siquiera contra los ricos americanos, ni contra los ricos americanos diletantes, pero yo no trabajo para nadie. Tienes demasiados malditos viejos amigos, Peabody.

Mi famosa intuición en esta ocasión falló. Ningún temblor premonitorio me recorrió el cuerpo.

—Espero que no albergues dudas sobre las intenciones del señor Vandergelt, Emerson.

—¿Quieres decir que estoy celoso? Querida, abjuré de esa emoción indigna hace mucho tiempo. Me has convencido, como espero haberte convencido yo que nunca podría haber la menor causa. Los que llevamos mucho tiempo casados como nosotros, Peabody, hemos pasado por las cataratas de la pasión juvenil a la piscina serena del afecto matrimonial.

—Hummm —dije.

—De hecho —continuó Emerson—, he estado pensando desde hace tiempo que tenemos que examinar nuestros planes, no para este año, sino para el futuro. La arqueología está cambiando, Peabody. Petrie sigue rebotando como una pelota de goma, tomando un sitio diferente cada año...

—Nosotros hemos hecho lo mismo.

—Sí, pero en mi opinión esto se ha convertido cada vez en más ineficaz. Mira los informes de excavación de Petrie. Son... —Emerson casi se ahogó con la admisión de que su principal rival tuviera buenas cualidades, pero se las arregló para salir—. Son... esto... no son malos. Nada malos. Pero con el trabajo de una sola temporada, él no puede hacer más que rascar el lugar y una vez que

se descubren, los monumentos desaparecen rápidamente.

—Estoy de acuerdo, Emerson. ¿Qué propones?

—¿Te importa si fumo? —Sin esperar respuesta, sacó su pipa y la petaca de tabaco—. Lo que propongo es que nos centremos en un solo sitio, no durante una temporada, sino hasta que encontremos todo lo que haya para ser encontrado y registrado todo con cuidadoso detalle. Vamos a necesitar más personal, por supuesto, expertos en las cada vez más complejas técnicas de excavación. Fotógrafos, artistas, un epigrafista para copiar y cotejar textos, un anatomista para estudiar los huesos, estudiantes que pueden supervisar a los trabajadores y aprender los procedimientos de excavación. Podríamos incluso considerar la construcción de una vivienda permanente a la que podamos volver todos los años. —Dejó escapar una bocanada de humo, y añadió—: así no tendríamos que alojarnos en este maldito hotel.

Por un momento no se me ocurrió nada que decir, la propuesta fue tan inesperada, las ramificaciones tan complejas que me esforcé por abarcarlas.

—Bien —dije con un largo suspiro—. La propuesta es tan inesperada que no se me ocurre nada que decir.

Anticipé que Emerson haría algún comentario sarcástico sobre mi locuacidad, pero no mordió el anzuelo.

—Inesperada, tal vez, pero espero que no indeseada. Nunca te quejas, querida, pero las tareas a las que te enfrentas cada año intimidarían a una mujer más débil. Es hora de que cuentes con ayuda y compañía.

—Supongo que quieres decir de la variedad femenina. Una secretaria sin duda sería útil...

—Vamos, Peabody, no esperaba que fueras tan estrecha de mente. Sin duda, podríamos utilizar a alguien para llevar los registros correctamente, pero ¿por qué necesitas que esa persona sea mujer? ¿Y por qué no estudiantes femeninas, excavadoras y becarios?

—¿Por qué no en realidad? —Él había tocado una fibra sensible, el avance de mi subestimado sexo siempre había tenido gran importancia para mí. Después de todo, pensé, yo nunca había contado con más de un año de solitaria felicidad. Ni siquiera había contado con eso. Déjame disfrutar ahora, y no pensar en el futuro

deprimente—. Emerson, te lo he dicho antes y lo seguiré diciendo: eres el más notable de los hombres.

—Como también has dicho, no habrías aceptado nada menos. —Emerson me sonrió.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Nefret y Ramsés, por supuesto.

—Por supuesto.

—La niña ha demostrado interés y aptitud —continuó Emerson —. También tengo la esperanza de inducir a Evelyn y Walter a venir con nosotros, una vez que hayamos establecido una base permanente. Hay una joven llamada Murray en la Universidad, una estudiante de Griffith, que muestra una gran promesa... Esa es una de las cosas que espero hacer esta temporada, Peabody, entrevistar a posibles empleados.

—Entonces —le dije, levantándome—, sugiero que comencemos cenando abajo.

—¿Por qué diablos deberíamos? Alí, en el bazar, tiene mejor comida...

—Pero algunos de nuestros colegas seguro que están cenando en el Shepheard. Podemos consultarles sobre sus alumnos más prometedores.

Emerson me estudió con recelo.

—Siempre tienes alguna excusa para obligarme a las actividades que detesto. ¿Cómo sabes que habrá algún egiptólogo aquí esta noche? Les invitaste, ¿no? Maldición, Peabody...

—He encontrado mensajes de amigos que nos esperan, como siempre. Vamos ahora. Se está haciendo tarde y querrás bañarte y cambiarte.

—No quería, pero supongo que debo —se quejó Emerson.

Empezó a desnudarse mientras cruzaba la habitación, lanzando cuello, camisa y corbata en dirección al sofá. Cayeron al suelo. Estaba a punto de protestar cuando Emerson se detuvo repentinamente y gesticuló de manera enfática para que yo hiciera lo mismo. Con la cabeza ladeada y las orejas erguidas casi visiblemente, escuchó un momento, y luego, con esa rapidez felina que podía convocar cuando lo sentía oportuno, se abalanzó sobre la puerta y la abrió de golpe. El pasillo estaba oscuro, pero había una forma acuclillada en el suelo o desplomada sobre el suelo. Emerson

se apoderó de ella con un fuerte agarre que le dejaría moretones y la arrastró dentro de la habitación.

Capítulo 3

"Siempre he tenido la sensación de que el instinto de una mujer reemplaza a la lógica"

—Por amor de Dios, Emerson —exclamé—. Es el señor Neville. ¡Déjalo de una vez!

Emerson inspeccionó a su cautivo, al que sostenía por el cuello.

—Es cierto —dijo medio sorprendido—. ¿Qué demonios estaba haciendo usted en el suelo, Neville?

El desafortunado joven insertó un dedo entre la corbata y el cuello de la camisa, aflojando la primera de la segunda, antes de hablar.

—Eh... debe haberse apagado la lámpara del pasillo, estaba muy oscuro, y no podía estar seguro de si había encontrado la habitación correcta. Cuando intenté mirar el número más de cerca, se me cayeron las lentes.

En ese momento le sobrevino un ataque de tos.

—No diga más —dije yo—. Emerson, ve y encuentra las gafas del señor Neville. Sólo espero que no las hayas pisado.

Resultó que sí. Neville estudió el arruinado objeto con pesar.

—Por suerte tengo otro par. No obstante, no las traje conmigo, así que quizás será tan amable como para guiarme esta noche, señora Emerson.

—Por supuesto. Y sin duda buscaremos un reemplazo para sus lentes. De verdad, Emerson, tienes que sobreponerte a la costumbre de abalanzarte de esa forma sobre la gente.

Neville pertenecía a la generación más joven de arqueólogos y ya había demostrado un talento extraordinario para la filología. A simple vista era el individuo menos memorable que conocía, pues tenía el pelo y la barba del mismo color ocre que la piel, y los ojos eran de un indeterminado matiz marrón grisáceo. Sin embargo, era

de carácter afable y complaciente, y tenía una sonrisa agradable.

—Ha sido culpa mía, señora Emerson. Por las historias que he oído, usted y el profesor tienen buenas razones para sospechar de cualquiera que merodee por su puerta.

—Está en lo cierto —declaró Emerson—. No obstante, en este caso, le debo una disculpa. Espero que no haya sido nada.

Comenzó a sacudir a Neville con tal vigorosa buena voluntad que la cabeza del joven se balanceó adelante y atrás.

—Déjalo, Emerson, y ve a cambiarte —le ordené—. Tendrá que disculparnos, señor Neville, llegamos más tarde de lo previsto. En la mesa hay un manuscrito que quizás le interese, le pedí que me hiciese el favor de venir más temprano con la esperanza de consultar con usted ciertos pasajes.

Cuando crucé la puerta de la habitación Emerson ya estaba en el baño, debido al audible ruido del agua concluí que quería evitar un sermón o cualquier pregunta inconveniente. Emerson siente inclinación por los actos precipitados, pero rara vez actúa sin una causa (a pesar de lo inadecuado que pueda parecerle ésta a otras personas más calmadas). ¿Era a causa del temor que no había creído apropiado confiármelo?

No me dio oportunidad de seguir con el tema en ese momento, vistiéndose con inusitada rapidez y sin armar escándalo mientras yo me lavaba. Tuve que sacarlo de la salita, donde estaba entreteniendo a nuestro visitante, para pedirle que me ayudara con los botones del vestido. Las distracciones que normalmente ocurrían durante este proceso no tuvieron ocasión de suceder en esta ocasión.

Me había puesto un vestido de brillante color carmesí, el color favorito de Emerson. Era a la última moda y había tenido que darle la lata a mi modista para que lo terminara a tiempo. Emerson me echó un rápido vistazo y comentó:

—Estás muy guapa, querida. Siempre me ha gustado ese vestido.

Cuando regresamos a la sala, el señor Neville observaba detenidamente con mirada miope el manuscrito al que yo había dirigido su atención.

—Fascinante —exclamó—. ¿Es la transliteración que hizo el señor Walter Emerson de *La Historia del Príncipe Predestinado*? Parece mucho más fiel que la de Maspero.

—Es un insulto en sí mismo comparar el conocimiento de Maspero de la escritura hierática con el de mi hermano —dijo Emerson con rudeza—. Ésa es una obra trivial para Walter, él sólo lo transcribió en jeroglíficos como favor a la señora Emerson. Ella tenía ganas de traducirlo y su hierático...

—Las comparaciones son innecesarias así como odiosas, Emerson —dije—. Nunca he afirmado ser una experta en escritura hierática.

(A beneficio de los ignorantes, debo explicar que la escritura hierática es la manera manuscrita y abreviada de la escritura jeroglífica, tan abreviada que en muchos casos la semejanza con la forma original era casi imposible de adivinar. Walter pertenecía a las autoridades destacadas en ello, así como en otras formas de egipcio antiguo. Yo no. Y Emerson tampoco.)

—Es una historia fascinante —concedió Neville—. ¿Qué pasaje en particular...?

—En este momento no tenemos tiempo para eso —dijo Emerson —. Si tenemos que hacer esto, hagámoslo ya. Apóyese en mí, Neville, no lo dejaré caer. Amelia, coge mi otro brazo, el maldito *sufrayi* ha dejado que la luz se extinguiera, apenas puedo ver por dónde vamos.

Las luces al otro lado del pasillo brillaban con fuerza y avanzamos a gran velocidad. Cuando descendimos la escalera sentí un estremecimiento de orgullo, pues todos los ojos, especialmente los de las damas, se centraron en la forma de mi marido. Inconsciente de las miradas, pues en estas cosas es un hombre modesto, nos guió al salón, donde encontramos que nos esperaban nuestros amigos.

Tal encuentro la primera noche de nuestro regreso de Egipto se había convertido en una agradable tradición. Tomando asiento, me sentí afligida al ver que faltaban algunas caras familiares, lamentablemente desaparecidas para siempre hasta el glorioso día en que nos encontraríamos de nuevo en mundo mejor. Sabía que el Reverendo Sayce echaría en falta a su amigo el señor Wilbour, fallecido un año antes. Sus respectivas *dahabbiyas*, la *Istar* y la *Siete Hathors*, habían sido un paisaje familiar en el Nilo. Ahora la *Istar* zarparía sola, hasta que fuese más allá de la puesta del sol y se uniera a la *Siete Hathors* allí donde se deslizaba por el ancho río de

la eternidad.

La demacrada cara del señor Sayce mostró su apreciación cuando expresé ese poético sentimiento. (¡Otra vez poesía! ¡Que se prepare el lector medio!)

—Sin embargo, señora Emerson, nos consuela en nuestra pérdida no sólo el saber que nuestros amigos se han ido con sencillez antes que nosotros, sino también la aparición de nuevos trabajadores en los campos del conocimiento.

Era cierto que había varios rostros que no me eran familiares, un joven llamado Davies a quien el señor Newberry, el botánico que trabajó con Petrie en Haware, presentó como un prometedor pintor de paisajes egipcio, un americano bien afeitado y de mandíbula cuadrada de nombre Reisner que había servido como miembro de la Comisión Internacional de Catalogación en el Museo del Cairo, y un tal *Herr* Bursch, antiguo estudiante de Ebers en Berlín. Emerson los estudió con un brillo rapaz en los ojos, considerándolos como posibles miembros de nuestro equipo.

Había otro desconocido de más edad, y con una apariencia llamativa debido a sus dorados bucles y los brillantes ojos grises de oscuras pestañas que cualquier mujer habría envidiado. Sin embargo sus facciones eran enteramente masculinas, es más, la forma de su mandíbula era casi demasiado rectangular. Aunque era un desconocido para mí, no lo era para Emerson, que lo saludó con un seco:

—Así que está de vuelta. Esta es mi esposa.

Estoy acostumbrada a los malos modales de Emerson. Le tendí mi mano al caballero, quien la tomó con un firme aunque gentil apretón.

—Es un placer que llevo mucho tiempo esperando, señora Emerson. Su marido se olvidó de mencionar mi nombre, soy Vincey, Leopold Vincey, a su servicio.

—Si lo hubiese querido así, podría haber tenido el placer mucho antes —gruñó Emerson señalándome la silla que me sostenía el camarero—. ¿Dónde se ha metido desde el escandaloso negocio en Anatolia? ¿Ocultándose?

Nuestros amigos también están habituados a las malas maneras de Emerson, pero aquella referencia, que a mí no me decía nada, evidentemente sobrepasaba sus límites normales de falta de tacto.

Un jadeo de sorpresa recorrió la mesa. El señor Vincey simplemente sonrió, pero hubo una mirada de tristeza en sus ojos grises.

El señor Neville se apresuró a cambiar el tema de conversación.

—He tenido el privilegio de ver la última transcripción de la escritura hierática hecha por el señor Walter Emerson. Ha pasado a jeroglífico *El Príncipe Predestinado* para la señora Emerson.

—¿Así que esa será su próxima traducción de un cuento de hadas egipcio? —preguntó Newberry—. Comienza a convertirse en toda una autoridad en el tema, señora Emerson, las...eh... libertades poéticas que se toma con el texto original son bastante...eh... bastante...

—Así puedo hacerlas más accesibles para el público en general —contesté—. Y ciertamente, estas historias tienen un gran interés. Las semejanzas con los mitos y las leyendas europeas son totalmente sorprendentes. Claro que usted conoce la historia, ¿verdad, señor Vincey?

Mi intento de compensar los pobres modales de Emerson fue entendido y apreciado. El señor Vincey me dirigió una mirada de gratitud y contestó:

—Confieso que he olvidado los detalles, señora Emerson. Sería todo un placer que me los recordara.

—Me convertiré en Scherezade entonces y los entretendré —dije en broma—. Había una vez un rey que no tenía hijo varón...

—Todos conocemos la historia —me interrumpió Emerson—. Prefiero preguntarle al señor Reisner sobre sus estudios en Harvard.

—Después, Emerson. Por eso, el rey rezó a los dioses y estos le garantizaron su...

Sería un sinsentido repetir las interrupciones cometidas por Emerson, quien rompió la fluida narración que yo pretendía crear. Por lo tanto la crearé aquí, puesto que como descubrirá el lector, tuvo una influencia inesperada e imposiblemente extraordinaria en los eventos subsiguientes.

—Cuando nació el joven príncipe, las Siete Hathors aparecieron para decretar su destino. Dijeron: “Morirá por un cocodrilo, una serpiente o un perro.”

»Naturalmente, el rey se sintió muy triste al escuchar aquello. Ordenó que se construyera una casa de piedra y encerró dentro al príncipe, junto con cualquier cosa que pudiese desear. Pero cuando

el príncipe creció, un día subió hasta el techo y vio a un hombre caminando por la carretera con un perro junto a él, y pidió que le trajeran uno. Su padre, que ansiaba complacer al pobre muchacho, hizo que le llevasen un cachorro.

»Una vez adulto, el príncipe exigió que lo liberaran, diciendo: "Si es mi destino, a mí llegará, sin importar lo que haga". Desgraciadamente, su padre estuvo de acuerdo con él, y el muchacho partió acompañado de su perro. Finalmente llegaron al reino de Naharin. El rey sólo tenía un descendiente, una hija que había colocado en una torre cuya ventana estaba a treinta metros del suelo, y había dicho a todos los príncipes que querían casarse con ella que se la entregaría al primero que alcanzara su ventana.

»El príncipe de Egipto, disfrazado de carretero, se unió a los jóvenes que pasaban los días saltando hasta la ventana de la princesa, y la princesa lo vio. Cuando el joven alcanzó por fin la ventana, ella lo besó y lo abrazó. Pero cuando el rey de Naharin se enteró de que un carretero común había ganado a su hija, primero intentó alejar al joven y luego matarlo. Pero la princesa sujetó al joven entre sus brazos y dijo: "¡No seguiré viva ni una hora más que él!

»Y así se casaron los jóvenes, y después de transcurrido un tiempo, el príncipe le habló a su mujer de los tres destinos. "¡Haz matar al perro que te sigue!", exclamó, pero él contestó: "¡No permitiré que maten a mi perro, al que he criado desde pequeño!" Así que la joven le custodió día y noche. Una noche, mientras el príncipe dormía, la joven se hizo con unas jarras de cerveza y vino, y esperó, y una serpiente salió del hueco para morder al príncipe. Pero la serpiente bebió el vino, se emborrachó, rodó sobre el dorso y la princesa cogió su hacha y la despedazó.

—Y he ahí el final —dijo Emerson en voz alta—. Ahora, señor Reisner, creo que ha comenzado en semítico...

—No termina ahí —dije, aun más alto—. Hay un pasaje confuso que parece sugerir que el perro fiel se volvió contra su amo, y que al tratar de escapar del perro, cayó en las garras de un cocodrilo. Aunque el manuscrito se interrumpe en ese momento.

—Supongo que lo que le intriga es el misterio del final —me dijo el señor Newberry—. ¿Fue el cocodrilo o el perro el que llevó al príncipe a su muerte?

—Yo creo que escapó de esos destinos como había hecho del primero —dije—. A los antiguos egipcios les gustaban los finales felices, y la valiente princesa puede que haya tenido parte en la solución.

—Esa es la verdadera razón de su interés, señora Emerson —dijo Howard Carter, quien había hecho todo el camino desde Luxor hasta allí para unirse a la fiesta—. ¡La princesa es la heroína!

—¿Y por qué no? —dije yo, devolviéndole la sonrisa—. Los antiguos egipcios se encontraban entre los pocos pueblos, antiguos o modernos, que le daban a las mujeres el debido reconocimiento. Claro que no siempre que se lo merecían...

En este punto Emerson pidió la palabra y habiendo terminado yo, se la cedí. Explicó los planes que habíamos discutido poco antes.

—Requerirá una gran cantidad de dinero y producirá pocos resultados —dijo el reverendo Sayce—. El público quiere estatuas monumentales y joyas, no le interesan los trozos de cerámica.

—Pero eso no debe preocuparnos a nosotros —declaró Howard. Era uno de los más jóvenes del grupo y no había perdido su entusiasmo infantil—. Es una idea espléndida, profesor. Exactamente lo que se necesita. No pretendo criticar al señor Loret, pero ustedes saben cómo emprendimos la tarea de localizar la tumba el año pasado, ¿verdad? ¡Rastreos! Fosos y excavaciones al azar...

—Sé lo que significa la palabra —gruñó Emerson, apartando el plato de sopa—. Es una técnica desastrosa. El área del Valle por entero necesita ser despejada metódicamente hasta los cimientos. —Se irguió hacia atrás cuando uno de los camareros le arrebató el bol vacío y depositó un plato de pescado frente a él—. No obstante, hay poca esperanza de que eso ocurra mientras el Departamento de Antigüedades mantenga el control sobre el Valle y dé entrada únicamente a sus preferidos.

—¿Qué hay de Meidum? —sugirió el reverendo Sayce—. La pirámide nunca ha sido despejada por completo, y ciertamente hay algo más que mastabas en los cementerios de por allí.

—O Amarna-dijo el señor Newberry—. Creo que ustedes trabajaron allí hace unos años.

Me recorrió un estremecimiento de emoción. Las pirámides eran mi pasión, tal y como Emerson decía de manera extraña, pero el

nombre de Amarna siempre había tenido un lugar especial en mi corazón, pues era allí donde Emerson y yo nos conocimos y encariñamos el uno con el otro. Le lancé una significativa mirada a mi marido. Él miraba significativamente al señor Newberry, y supe, por el brillo de sus ojos, que estaba a punto de decir algo provocativo.

—Sí, así es, y tengo el lugar en seria consideración. Tiene una gran importancia, pues ofrece muchas pistas sobre uno de los períodos más confusos de la historia egipcia. Los restos arqueológicos se han venido abajo y arruinado desde que nos marchamos, nadie ha hecho una maldita cosa...

—Vamos, Emerson, exageras —interpuse con rapidez—. El señor Newberry estuvo allí, y el señor Petrie también...

—Un año. Típico de Petrie. —Emerson abandonó el pescado. Reclinándose en la silla, se preparó para pasárselo bien aguijoneando a sus amigos—. Tengo entendido que usted también se dejó caer para una breve visita, Sayce.

Lamento decir que el reverendo Sayce era una de las víctimas favoritas de Emerson. De cara demacrada y complexión magra, era considerado por muchos como un erudito excelente aunque no tenía entrenamiento formal y nunca había publicado nada. Aquel fallo habría sido suficiente para que inspirara el desprecio de Emerson, y las convicciones religiosas del reverendo, de las cuales Emerson no poesía ni una, le irritaban de igual manera.

—Estuve con monsieur Daressy en el 91 —contestó Sayce con cautela.

—¿Cuando encontró los restos de Akhenatón? —Los labios de Emerson se estiraron en la misma expresión que uno esperaría ver en la cara de un perro a punto de hundir los dientes en la mano de alguien—. Leí algo sobre el increíble descubrimiento y me sorprendió que no le diesen la mayor importancia. ¿De verdad llegó a ver a la momia? Daressy mencionó que sólo eran trozos de envolturas.

—Había un cuerpo, o lo que quedaba de él —dijo Sayce con recelo. Ya había visto con anterioridad aquella sonrisa en el rostro de Emerson.

—Por supuesto usted la examinó.

Sayce se sonrojó.

—Estaba en una desdichada condición. Quemada, rota en pedazos...

—Muy desagradable —concordó Emerson con gravedad—. ¿Qué fue de ella?

—Supongo que está en el museo.

—No, no lo está. He examinado el *Journal d'Entm*. No se le menciona.

—Espero, profesor, que no esté sugiriendo que mi vista o mi memoria son deficientes. ¡Yo mismo vi esa momia!

—Estoy seguro de que sí. Yo también la vi, siete años antes. —Emerson me miró. Estaba pasándoselo tan bien que no tuve el valor de reprochárselo. Decidí que el hecho de tomarle el pelo de manera amistosa al reverendo no le haría daño alguno—. No nos molestamos en buscar la maldita cosa ¿verdad, Peabody?, después de que nos la robaran. Los aldeanos debieron haberla tirado cerca de la tumba real después de desmembrarla en busca de amuletos. No es una gran pérdida, era sólo otra antigua momia tediosa más, la de algún plebeyo pobre.

Newberry intentaba ocultar una sonrisa. Nosotros no habíamos incluido la superflua momia en nuestro informe, ya que no tenía nada que ver con la historia del lugar, pero muchos de nuestros amigos conocían el extraño encuentro. Carter exclamó con mucho menos tacto:

—¡Dios bendito! Había olvidado lo de la momia ambulante, profesor. ¿Cree que fue la misma que encontró Daressy?

—Estoy seguro —contestó con calma Emerson—. Ninguno de los idiotas que la examinó, discúlpeme Sayce, por supuesto usted no está incluido, tuvo el sentido común de ver que pertenecía al período equivocado. No dudo que alguien se lo habrá indicado después a Daressy, y él simplemente habrá dispuesto de la vergonzosa prueba y guardado silencio.

—Yo aún opino... —comenzó Sayce enfadado.

—Bueno, bueno —Emerson descartó su opinión con un movimiento de la mano—. Ciertamente Amarna ofrece algunas tentaciones. La Tumba Real nunca ha sido debidamente investigada y hay algunas otras tumbas en el remoto *wadi*.

Comió un poco de pescado. El señor Vincey, que había escuchado en modesto silenció, habló en ese momento.

—Yo también he escuchado rumores sobre las otras tumbas, pero rumores así son comunes en Egipto. ¿Tiene alguna prueba?

Su voz era afable y la pregunta ciertamente razonable, no pude entender por qué Emerson le dirigió una dura mirada.

—Yo no trato con rumores, Vincey, como ya debería saber. Tuve conocimiento de la Tumba Real al menos una década antes de su descubrimiento "oficial".

Que nadie expresara sus dudas ante aquella constatación fue un homenaje a Emerson, pero Newberry exclamó, con una inusitada pasión:

—Podría haber tenido la cortesía de avisar a sus amigos, Emerson. Petrie y yo pasamos horas buscando por el maldito lugar en el invierno del 91, y me metí en una buena cuando escribí la carta a *The Academy* acusando a Grebaut de otorgarse falsamente el mérito de descubrir la tumba.

—¿Qué son un poco de problemas cuando la causa es justa? —preguntó Emerson, quien se podría decir que se había pasado la mayoría de la vida metido hasta el cuello en problemas—. Grebaut es el papanatas más incompetente, estúpido y con mayor falta de tacto de cualquiera que se haya considerado nunca a sí mismo arqueólogo. Excepto por Wallis Budge, claro. Yo no anuncio descubrimientos hasta que estoy en posición de tratar con ellos yo mismo. La depredación que hacen los nativos en las antigüedades es bastante dura, la de los arqueólogos es aún peor. Sólo Dios sabe la de objetos valiosos que fueron echados a un lado de una patada por Daressy y Sayce cuando...

Sayce comenzó a balbucear y el señor Reisner interpuso con rapidez:

—¿Entonces no van a regresar a Sudán? Esa región me fascina. Hay tanto por hacer ahí.

—Me tienta —admitió Emerson—. Pero la cultura meroítica no es mi campo de trabajo. Maldita sea, ¡no puedo estar en todas partes!

Yo había tenido la esperanza de evitar mencionar Sudán, pues sabría lo que seguiría a continuación. Los arqueólogos no eran más inmunes a la pura curiosidad que cualquier otro hombre. Un estremecimiento general de atención recorrió la mesa, pero antes de que nadie pudiera formular una pregunta fuimos distraídos por la

llegada de un hombre bajito y corpulento que se acercó con rapidez a nuestra mesa con los modales regios de un virrey, lo que en un sentido profesional, era.

—¡Señor Maspero! —exclamé—. ¡Qué maravilla! No sabía que estaba en el Cairo.

—Sólo de pasada, querida señora. No puedo quedarme, pero cuando oí que habían llegado no pude negarme el placer de darles la bienvenida al escenario de sus muchos triunfos. —Comiéndome con la mirada con su afable costumbre gala, continuó—: Usted posee el secreto de la eterna juventud, señora, de verdad que está más joven y adorable que el día en que nos vimos por primera vez en el vestíbulo del museo. ¡Poco sabía yo la trascendencia que tendría aquel día! No piensen, caballeros, que tengo ninguna semejanza con el pequeño dios del amor, pero aquel día tuve el honor de hacer de Cupido, pues fui yo quien presentó a esta dama al caballero que se ha ganado su corazón y su mano.

Con una grandilocuente floritura de la mano hizo una seña hacia Emerson, quien respondió a las divertidas sonrisas de los demás con una mirada glacial. Emerson había sido extremadamente crítico con Maspero cuando fue Director del Departamento de Antigüedades, pero detestaba aún más a su sucesor. Ahora dijo de mala gana:

—Será mejor que vuelva al trabajo, Maspero. El maldito Departamento se está cayendo a pedazos desde que se fue. Grabut era un desastre y De Morgan...

—Ah, bien, hablaremos de eso en otro momento —dijo Maspero, que había aprendido, gracias a una dolorosa experiencia, que era necesario atar en corto a Emerson cuando comenzaba a hablar de los fallos del Departamento de Antigüedades—. Tengo prisa, tengo otra cita. Pero dígame de una vez, señora, lo que todo el Cairo se muere por saber. ¿Cómo le fue a la interesante y joven dama que tanto le debe? ¡De todas sus exitosas aventuras, sin duda esta fue la más espléndida!

—Se encuentra bien y cuenta con una salud excelente —dije—. Muy amable de su parte el preguntar, señor.

—No, no, no puede dejarme ahí, en la simple educación. Es demasiado modesta, señora, y no lo permitiré. Debemos oír la historia completa. Cómo se enteró de su apremiante situación, qué brillantes métodos deductivos aplicó para encontrarla, los peligros

que tuvo que enfrentar en el peligroso viaje.

La expresión de Emerson se había quedado petrificada hasta tal punto que su cara bien podría haber estado esculpida en granito. Los demás se inclinaron hacia delante, los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Podrían "alimentarse" de aquella historia durante el resto de la temporada, ya que nadie la había oído de primera mano.

No tenía ganas de contarles la historia a nuestros colegas de profesión. A diferencia del público general, ellos poseían el conocimiento de un experto y podrían encontrarle fallos a nuestra pequeña ficción. No obstante, sabía que el momento llegaría y me había preparado con mi habitual meticulosidad.

—Me otorga un mérito demasiado grande, señor. No tenía ni idea de la existencia de la tal señorita Forth. Como deben haber leído, fuimos a la búsqueda de su primo, quien se perdió en el desierto después de haber partido para encontrar a su tío y a su tía. Como muchos otros viajeros imprudentes, desaparecieron cuando *el Mahdi* invadió Sudán. —Hice una pausa para tomar un sorbo de vino y seleccioné las palabras con cuidado. Entonces continué—: Desde la pacificación de la región, hubo rumores de que algunas de esas personas sobrevivieron.

—¿Y lo que envió al señor Forthright al desierto fue un vano rumor?

Maspero sacudió la cabeza.

—Imprudente e idiota.

—Lo que le inspiró fue la Divina Providencia —dijo Sayce con veneración—. Y la que les guió a ustedes al rescate de una muchacha inocente.

Podría haber pateado al amable hombre. Un comentario como aquel estaba destinado a atravesar el silencio de Emerson, pues odiaba particularmente que el mérito de lo que él había conseguido le fuese otorgado a Dios. Por desgracia, no pude darle una patada puesto que estaba sentado al otro lado de la mesa frente a mí.

—La Divina Providencia le inspiró a perderse en el desierto —dijo mi marido—. Contando con el sentido común, nosotros no confiamos en...

Puesto que no había podido administrarle una patada de advertencia en la espinilla, tuve que encontrar otra manera de detenerlo. Hice volcar mi vaso de vino. El espeso mantel de

damasco absorbió casi todo el líquido, pero unas pocas gotas me salpicaron el vestido nuevo.

—¿En qué confiaron ustedes? —preguntó Carter con entusiasmo.

—No fue la Divina Providencia, fue pura suerte —dije, frunciéndole el ceño a Emerson—. Tuvimos las aventuras normales. Ya conocen esas cosas, señores, tormentas de arena, hambre, ataques de beduinos. Nada que comentar. Gracias a algunos viajeros nómadas que nos encontramos en el camino oímos hablar de los misioneros, que pertenecían a alguna extraña secta protestante, como los Hermanos del Nuevo Jerusalén, los recordará, reverendo; y por fin llegamos al alejado pueblo donde milagrosamente habían sobrevivido a catorce años de guerra y pobreza. El señor y la señora Forth habían fallecido, pero su hija vivía. Fuimos lo suficientemente afortunados como para devolverle su patrimonio.

El camarero había traído un nuevo vaso de vino. Tomé un buen sorbo, sintiendo que me lo merecía.

—¿Así que no encontró ni rastro del señor Forthright? —Newberry meneó la cabeza con tristeza—. Es una pena. Me temo que sus huesos deben estar palideciendo en algún lugar remoto.

Sin duda eso es lo que yo esperaba. El joven villano había puesto su mayor esfuerzo tratando de matarnos.

—¿Pero no oí algo sobre un mapa? —preguntó el señor Vincey.

Casi se me cae de nuevo el vaso de vino. Logré agarrarlo. Fue Maspero el que salió en mi rescate. Riendo con ganas, dijo:

—¡Los famosos mapas de Willie Forth! Todos hemos oído hablar de ellos, ¿no es así?

—Hasta yo —dijo Carter, sonriente—. Y no conocía al caballero. Sin embargo, es toda una leyenda en Egipto.

—Uno de los fanáticos de obligado conocimiento en arqueología —dijo Newberry con desaprobación—. Así que sus fantasías lo guiaron no a la ciudad de oro a la que deseaba ir, sino a un pueblo de empobrecidas chozas de barro y a una muerte temprana.

Maspero se fue. Durante el resto de la noche la charla se centró en asuntos puramente arqueológicos.

Una vez de vuelta en nuestras habitaciones, Emerson se arrancó de un tirón el rígido cuello.

—Gracias al cielo que se terminó. No lo haré más, Amelia. Este traje es como una armadura arcaica y casi igual de incómoda.

El vino había dejado manchas visibles en mi falda. Contesté con amabilidad.

—No tendrás que ponerte ropa de cóctel para un baile de disfraces, querido. Estaba pensando en algo en la línea isabelina. Las calzas apretadas resaltarían la hermosa forma de tus piernas.

Emerson se había quitado el sobretodo. Por un momento pensé que me lo tiraría. Con los ojos ardiendo de indignación, me dijo en un comedido bramido:

—No vamos a ir a ningún baile de disfraces, Amelia. Preferiría asistir a mi propio ahorcamiento.

—Es dentro de cuatro días. Me atrevo a decir que podremos encontrar alguna cosa en el bazar. Por favor, ayúdame con los botones, Emerson. Quizás estas manchas desaparezcan si las limpio con una esponja.

Sin embargo, fui incapaz de abordar el problema de las manchas aquella noche. En el momento en que me soltó los botones, tuve las manos ocupadas en otra cosa.

Un poco después, mientras una agradable modorra me envolvía el cuerpo, reflexioné con comprensible complacencia sobre los eventos de aquella noche. A lo largo de los subsiguientes meses, mientras la historia pasara de boca en boca, sería alterada y embellecida más allá del reconocimiento, pero al menos la ficción original había sido aceptada por aquellos cuyas opiniones más contaban. Qué irónico, pensé, que fuese la reputación de Willoughby Forth para las excentricidades lo que fuera mayoritariamente responsable de salvar a su hija del rumoreo vulgar y al Oasis Perdido de ser descubierto y explotado.

Estaba a punto de hacerle un comentario a Emerson sobre aquello cuando su respiración regular me aseguró que había caído dormido. Girándome sobre un costado, descansé la cabeza contra su hombro e imité su ejemplo

* * *

Soy poseedora de una mente metódica. Emerson no. Se requirió una prolongada charla para convencerlo de que debíamos sentarnos ante un mapa de Egipto y hacer una ordenada lista de los posibles sitios, en lugar de apresurarnos a movernos por ahí sin rumbo fijo. Cuanto más pensaba en ello, más me llamaba aquel plan. Aunque había disfrutado de nuestra vagabunda existencia, sin saber de un

año al otro dónde estaríamos la próxima temporada, y aunque nadie aceptaba con mayor ecuanimidad que yo las dificultades de levantar un campamento nuevo en un sitio diferente cada año, a menudo en lugares donde el agua y el refugio no eran los adecuados, proliferaban los insectos y las enfermedades, y las posibilidades de robar algunos minutos a solas con Emerson eran pocas, especialmente con Ramsés siempre estorbando... Bueno, ¡quizás no lo había disfrutado tanto como había pensado! Sin duda, la idea de una vivienda permanente tenía una atracción considerable. Podía imaginarme cómo sería: con habitaciones espaciosas y cómodas, un estudio fotográfico, una oficina donde guardar los documentos... quizás hasta una máquina de escribir y una persona que la manejara. Para cuando Emerson, cernido sobre el mapa, habló por primera vez, yo ya había seleccionado mentalmente el estampado de las colgaduras para la sala de estar.

—No creo que queramos ir al sur de Luxor, ¿verdad? A menos que haya algún sitio entre éste y Assuan al que desees ir.

—Ninguno en el que pueda pensar. Cierto es que el área de Tebas ofrece un número importante de posibilidades interesantes.

Habíamos decidido tomar el desayuno en nuestra habitación, con el propósito de una mayor intimidad y también porque Emerson no quería vestirse para bajar. Tenía la camisa abierta a la altura de la garganta y las mangas subidas hasta los codos, el verlo repantigando a gusto, con las largas piernas estiradas, una pipa en una mano y una pluma en la otra, casi me distrajo del asunto que teníamos entre manos. Sin ser consciente de mi cariñosa mirada, empujó el mapa hacia mí.

—Échale un vistazo, Peabody. He marcado mis elecciones, añade o quita como desees.

—Creo que haré mejor en quitar —dije, mirando las categóricas cruces que marcaban el mapa—. Debemos limitar las posibilidades a media docena o menos. Por ejemplo, Beni Hassan no sería mi primera elección.

Emerson gimió con gran sentimiento.

—Sus tumbas se han deteriorado mucho desde que las vi por primera vez. Necesitan ser copiadas.

—Eso puede decirse de casi cualquier lugar que has señalado.

Y así continuó la discusión. Tras una estimulante hora o así,

habíamos reducido la lista a tres: Meidum, Amarna y Tebas occidental, y me había mostrado de acuerdo con la sugerencia de Emerson de inspeccionar los lugares antes de hacer la elección final.

—Aún estamos al principio de la temporada —me recordó—. Y no hemos tenido tiempo libre para jugar a ser turistas desde hace años. Me gustaría echar un vistazo a la tumba que Loret encontró el año pasado. El maldito idiota dejó algunas de las momias allí.

—Ese lenguaje, Emerson —dije automáticamente—. Será agradable volver a ver el viejo Valle de los Reyes. ¿Qué dices si empezamos con Meidum, ya que estamos por la zona?

—Difícilmente estamos en la zona. Admítelo, Peabody, favoreces Meidum porque hay una pirámide.

—Debemos comenzar por alguna parte. Después de Médium podíamos comenzar...

Fui interrumpida por un golpe en la puerta. Entró el *sufrayi*, cargado con un ramo de flores. Ya había recibido varias ofrendas florales de nuestros invitados la noche anterior. La del señor Maspero fue la más grande y la más extravagante. Había usado todos los floreros, así que envié al sirviente para que encontrase otro mientras admiraba el bonito arreglo de rosas y mimosas.

—¿Nada de rosas rojas? —preguntó Emerson con una sonrisa—. No te permito aceptar rosas rojas de ningún caballero, Peabody.

En el lenguaje de las flores, las rosas rojas significaban un amor apasionado. Era tranquilizador oírlo bromear sobre un asunto que ya una vez lo había hecho entrar en una tormenta de celos. O así me dije, en todo caso.

—Son blancas —contesté después de un corto momento—. Me pregunto quién... Ah, aquí hay una tarjeta. ¡El señor Vincey! Un gesto muy caballeroso, a mi entender. Apenas tuve la oportunidad de hablar con él. Lo que me recuerda, Emerson, que quería hablar contigo, ¿a qué vergonzoso asunto hiciste referencia ayer?

—Al tesoro Nimrud. Debes haber leído algo sobre el tema.

—Recuerdo haber visto algo en el periódico, pero fue hace muchos años, antes de que me interesase personalmente por la arqueología. El alijo era importante, vasijas de oro y plata, joyas y cosas así, si no recuerdo mal lo vendieron al Museo Metropolitano.

—Así es. Lo que no contaron los periódicos, puesto que estaban bien al tanto de las leyes que regulan la difamación, es que el señor

Vincey fue sospechoso de ser el agente a través del cual el museo adquirió la colección. Estaba realizando excavaciones en Nimrum para Schamburg, el millonario alemán.

—¿Quieres decir que encontró el oro y no informó del descubrimiento a su patrón ni a las autoridades locales? ¡Menuda sorpresa!

—Sorprendente, así es, pero no necesariamente ilegal. Las leyes que regulan qué hacer con las antigüedades y a quién pertenece el tesoro enterrado estaban entonces aún más indefinidas que hoy en día. En cualquier caso, no se pudo probar nada. Si Vincey de verdad le vendió el botín al Metropolitano, lo hizo a través de un intermediario, y el museo no estaba más ansioso que él de explicar la transacción.

Pude ver que Emerson comenzaba a inquietarse. Daba golpecitos con la pipa, movía los pies, y alargó la mano para coger el mapa otra vez. Sin embargo, yo insistí.

—Entonces esa es la razón de que no esté familiarizada con la carrera arqueológica del señor Vincey. La mera sospecha de un fraude de tal magnitud...

—Terminó con su carrera —finalizó Emerson—. Nadie le dará trabajo otra vez. Y era una carrera prometedora. Comenzó en Egiptología, hizo un buen trabajo en Kom Ombo y Denderah. Se oyeron algunas cosas... ¿Pero por qué estamos aquí sentados chismorreando como un par de viejas? Vístete y salgamos.

Se puso de pie, estirándose. El movimiento lució su cuerpo al máximo: la anchura de su pecho y hombros, la magra y poderosa forma de la parte baja de su anatomía. Sospeché que hacía aquello para distraerme, pues Emerson era muy consciente de mi apreciación de las cualidades estéticas de su persona. No obstante continué, inquiriendo:

—¿Fuiste tú, por alguna casualidad, el que sacó su negligencia a la luz?

—¿Yo? Por supuesto que no. Es más, yo salí en su defensa, señalando que otros excavadores, incluyendo algunos oficiales del Museo Británico, eran igualmente poco escrupulosos en sus métodos de obtención de antigüedades.

—¡Vaya, Emerson, qué comentario tan engañoso! Me sorprendes.

—El tesoro estaba mejor en el Metropolitano que en alguna colección privada.

—Un argumento aún menos defendible.

Emerson comenzó a caminar hacia la habitación. Era su pequeña manera de indicarme que no se iba a molestar en hablar más del asunto. A su pesar, yo tenía una pregunta más.

—¿Por qué sacaste el tema de una manera tan maleducada? Los otros estaban dispuestos a olvidar el pasado...

Emerson se giró con rapidez, su semblante refulgía con honesta indignación.

—¿Maleducado, yo? Tú no conoces nada de las tradiciones de la conversación masculina, Peabody. Fue tan solo una broma amistosa.

* * *

Los días posteriores fueron muy agradables. Había pasado mucho tiempo desde que tuvimos el suficiente tiempo libre como para deambular por El Cairo renovando viejas amistades, perdiendo el rato en las cafeterías cotilleando con eruditos de la universidad y explorando las librerías del bazar. Pasamos una noche con nuestro viejo amigo el jeque Mohammed Bahsoor, y comimos demasiado. El no ponernos morados habría supuesto una grave infracción de los buenos modales, incluso aunque sabía que tendría que aguantar que Emerson roncara toda la noche como resultado. Siempre roncaba cuando comía mucho. El jeque se sintió decepcionado cuando supo que Ramsés no estaba con nosotros y meneó la cabeza con desaprobación cuando le expliqué que el niño debía quedarse en Inglaterra para continuar con su educación.

—¿Qué cosas útiles podría aprender allí? Deberían dejarle venir conmigo Sitt Hakim, le enseñaré a montar a caballo, a disparar y a gobernar el corazón de los hombres.

El señor Loret, el Director del Departamento de Antigüedades, estaba en Luxor, así que no pudimos visitarle como era debido, pero sí pasamos un tiempo con sus colegas, poniéndonos al día del estado actual de las excavaciones arqueológicas y la disponibilidad de personal entrenado. Un día almorzamos con el reverendo Sayce en su *dahabiyya* para así conocer a un estudiante del que esperaba mucho. La *Istar* no era ni de cerca un barco tan elegante como la *Philae*, mi propia y querida *dahabiyya*, pero pude rememorar momentos conmovedores de mi inolvidable viaje. No pude evitar un

suspiro cuando nos marchamos y Emerson me miró de manera inquisitiva.

—¿Por qué estás tan pensativa, Peabody? ¿No te impresionaron las credenciales del señor Jackson?

—Parece inteligente y bien preparado. Estaba pensando en el pasado, mi querido Emerson. ¿Recuerdas...?

—Oh, tu *dahabiyya*. Son bastante pintorescas pero nada prácticas. En tren podemos llegar a Luxor en dieciséis horas y media. ¿Vamos mañana a Meidum? La estación más cercana es Rikka, allí podremos alquilar un par de mulas.

Continuó hablando sin percatarse, al parecer, de mi falta de respuesta. Mientras recorríamos el pasillo de camino a nuestras habitaciones empecé a escuchar ruidos de lo que parecía una guerra en miniatura, gritos, ruidos de alguna cosa rompiéndose y algo chocando con un ruido sordo. La puerta de nuestra habitación estaba abierta. Era de ahí de donde procedían los ruidos y mi atónita mirada captó una escena de total confusión. *Galabiyyas* a rayas se revolvían como veleros en una tormenta mientras los que las llevaban se movían como flechas de acá para allá, maldiciones en árabe de mal gusto reverberaban por todas partes.

Un profano grito de aún peor gusto explotó de Emerson, cuyos poderes en este campo excedían al de cualquiera que jamás hubiese oído, se elevó sobre el alboroto y todo se detuvo. Los hombres se quedaron quietos, jadeando. Reconocí a nuestro *sufrayi*, quien evidentemente había reclutado a varios amigos para que le ayudaran en lo que fuese que intentaba hacer. Cuando las togas volvieron a su lugar vi el objeto del intento.

Se encontraba detrás del sofá donde permanecía acorralado, con el pelaje erizado y moviendo la cola frenéticamente. Por un momento una sensación de supersticioso terror me inundó, como si contemplara a un emisario sobrenatural anunciándome el desastre de la muerte de un ser querido. Si el demoníaco Perro Negro se le aparecía a algunas familias nobles para anunciar la muerte de un miembro de la familia, ¿qué otra pesadilla más apropiada para los Emerson que un enorme gato Egipcio con manchas

—¡Bastet! —grité—. Oh, Emerson...

—No seas absurda, Peabody —Emerson, conocedor del comportamiento de los gatos, rodeó con cautela al animal. La

cabeza de éste giró para seguir sus movimientos y pude ver que sus ojos no eran dorados, como los de nuestra gata Bastet, sino de un claro verde pálido, del color de los peridotos—. Para empezar —continuó Emerson—, Bastet está en Chalfont con Ramsés. Además... gatito bueno, gatito bonito... —Se inclinó y miró con ojos entrecerrados la parte posterior del felino—. Es un gato macho. Definitivamente macho.

También era más grande y de un color más oscuro. Su expresión tampoco exhibía la benevolencia de la de Bastet. Rara vez he visto una mirada más calculadora en los ojos de ningún mamífero, humano o de otra especie.

—¿De dónde ha salido? —pregunté, y luego repetí la pregunta en árabe.

El *sufrayi* extendió las manos en forma de ruego. En ellas había varios arañazos profundos que sangraban. El gato debía haber entrado por la ventana, él lo había encontrado cuando entró para dejar un paquete y había intentado echarlo en vano.

—Así que reclutó un ejército de amigos de pies pesados para que le ayudaran —dije yo cáusticamente ante la apariencia de las vasijas destrozadas, las flores diseminadas por todas partes y las cortinas hechas jirones—. Salgan, todos. Sólo están asustando más a la criatura.

El herido *sufrayi* se enfrentó a la mirada del animal con otra casi igual de maligna. Debo decir que el animal no pareció asustarse. Estaba a punto de acercarme. Emerson, según me di cuenta, se había retirado prudentemente cuando el *sufrayi* echó un vistazo a la puerta abierta y exclamó:

—Lo hemos encontrado, *Effendi*. Está aquí.

—Ya lo veo —dijo el señor Vincey. Meneó la cabeza—. ¡Gato malo! ¡Anubis, eres un travieso!

Me giré.

—Buenas tardes, señor Vincey. ¿Es este su gato?

Su cara, tan melancólica en reposo, se iluminó con una sonrisa. Llevaba un traje de tarde de buen corte que estilizaba perfectamente su cuerpo, pero me di cuenta de que aunque había sido cepillado y planchado con esmero, la en su tiempo cara tela estaba tristemente desgastada.

—Mi amigo, mi compañero —dijo con tono amable—. Pero...

¡oh, querida!... Veo que de verdad se ha portado muy mal. ¿Es él el responsable de este desastre?

—No fue culpa suya —contesté yo, acercándome al animal—. Cualquier criatura a la que persigan...

El grito de advertencia del señor Vincey llegó demasiado tarde. Retiré la mano, ahora marcada por una hilera de sangrantes arañazos.

—Perdóneme, mi querida señora Emerson —exclamó Vincey. Me adelantó y agarró a la criatura en brazos. Esta se calmó y comenzó a ronronear con un tono profundo de barítono—. Anubis es lo que podríamos llamar un gato de una sola persona. ¿Confío en que no le haya hecho daño?

—Qué pregunta más necia —remarcó Emerson—. Toma, Peabody, usa mi pañuelo. Espera un momento... estaba aquí, en mi bolsillo...

No estaba en su bolsillo. Casi nunca estaba. Cogí el que me ofreció el señor Vincey y me lo envolví alrededor de la mano.

—No es la primera vez que me arañan —le dije con una sonrisa —. No les guardo rencor, señor Vincey. Y Anubis.

—Permítame que los presente —Vincey procedió a hacerlo, dirigiéndose al gato con la misma seriedad con que lo hubiese hecho de ser un ser humano—. Esta es la señora Emerson, Anubis. Es amiga mía y también debe serlo tuya. Permítale olisquearle los dedos, señora Emerson... así. Ahora puede acariciarle la cabeza.

Hice lo que me pedía, de alguna manera divertida ante lo absurdo del asunto, y fui recompensada por un nuevo y profundo ronroneo. Se parecía tanto a los tonos más suaves de Emerson que no pude evitar mirar en su dirección.

Emerson no se estaba divirtiendo.

—Ahora que está arreglado, nos excusará por favor, Vincey. Acabamos de volver y queremos cambiarnos.

Otro ejemplo más de conversación masculina, supongo que yo lo habría llamado grosería.

—Lo siento mucho —exclamó el señor Vincey—. Vine con la esperanza de que quisieran tomar el té conmigo. Estaba esperándolos en la terraza cuando Anubis se soltó de la correa y tuve que entrar a buscarlo. Eso fue lo que dio pie a todo esto. Pero si tienen otro compromiso...

—Me encantaría tomar el té con usted —dije.

Los tristes ojos grises del señor Vincey se iluminaron. Eran unos ojos de lo más expresivos.

—Por favor, adelante —gruñó Emerson—. Yo tengo otras cosas que hacer. Tenga un buen día, Vincey.

Abrió la puerta de la habitación y soltó una blasfema exclamación. La exclamación, que no la blasfemia, fue repetida por el señor Vincey.

—¡Oh, querida! ¿También estuvo Anubis en esa habitación?

—Eso parece —contesté, estudiando el arrugado lino y los desperdigados papeles con algo de disgusto—. No se preocupe, señor Vincey, imagino que el *sufrayi* y sus amigos causaron más daño que Anubis. Ellos...

—¡Maldita sea! —chilló Emerson.

Cerró la puerta con un portazo.

Cogí mi bolso y mi parasol, y después de pedirle al *sufrayi* que arreglara las habitaciones, me dirigí con el señor Vincey al salón.

—Supongo que no hay necesidad de pedir disculpas en nombre de mi marido —dije—. Ya sabe que sus bruscas maneras ocultan un corazón de oro.

—Oh, conozco muy bien a Emerson —la respuesta vino acompañada de una carcajada—. Para ser honesto, señora Emerson, estoy encantado de tenerla para mí solo. Tengo... tengo que pedirle un favor.

Tuve un presentimiento de cuál sería ese favor, pero como el caballero que era, el señor Vincey esperó hasta que encontramos una mesa en la famosa terraza y un camarero nos hubo atendido.

Permanecimos en silencio durante un rato, disfrutando del templado y agradable aire de la tarde y admirando la pintoresca procesión de vida egipcia pasar por las calles. Los carruajes dejaban unos pasajeros y recogían otros, los portadores de agua y los vendedores se arremolinaban alrededor de los escalones. Las mesas estaban casi llenas de señoras vestidas con ligeros trajes de verano y grandes sombreros, caballeros con atuendos de tarde y los típicos oficiales repartidos aquí y allá. Vincey se había sacado del bolsillo una correa y un collar y se los había puesto al gato. Éste se sometió a esta indignidad con más gracia de la que su anterior conducta me habría hecho esperar, y se agachó a los pies de su dueño como un

perro.

Descubrí que el señor Vincey era una agradable compañía. Nuestro cariño mutuo por la especie felina nos dio un primer tema útil de conversación. Le hablé de nuestra gata Bastet, y él me replicó con una explicación de la inteligencia, la lealtad y el valor de Anubis.

—No sólo ha sido mi amigo, sino mi mejor amigo desde hace muchos años, señora Emerson. La gente habla del egoísmo de los gatos, pero yo no he encontrado amigos humanos tan leales.

Reconocí el comentario como lo que se suponía que era, un intento de referencia a su infeliz historia, pero naturalmente, me habían educado demasiado bien como para indicarle que conocía la historia. Contesté con un murmullo de simpatía y una mirada que invitaba a seguir con las confidencias.

Un sonrojo le cubrió las mejillas.

—Ya debe haber adivinado lo que pretendo pedirle, señora Emerson. Su amabilidad y simpatía son bien conocidas, y esperaba... necesito... Le ruego me perdone. Es difícil para mí pedir favores. No he perdido todo mi orgullo.

—Le ruego que no sienta timidez —contesté afectuosamente—. La desgracia le puede llegar incluso a los más ricos. No hay razón para sentir vergüenza al pedir un empleo honesto.

—¡Con qué elocuencia y exquisito tacto se expresa usted! —exclamó Vincey. Creí ver un atisbo de lágrimas en sus ojos. Miré a otro lado hasta que él fue capaz de conquistar la emoción.

Era como había supuesto. Al escuchar nuestros planes de buscar un equipo amplio y permanente, buscaba empleo. Una vez superada la dificultad de la admisión, procedió a recitarme sus cualificaciones. Eran impresionantes: diez años de excavaciones, árabe fluido, familiarizado con los jeroglíficos, una sólida educación clásica.

—Sólo hay un problema —concluyó, con una sonrisa que enseñó aún más sus blancos dientes—. A cualquier sitio al que vaya, Anubis viene. No podría abandonarlo.

—Pensaría mal de usted si lo hiciese —le aseguré—. Eso no es ningún problema, señor Vincey. Le entiendo. No puedo prometerle nada, nuestros planes aún están en proceso de ser formulados. Sin embargo, hablaré con Emerson y, sin el deseo de hacerle guardar

falsas esperanzas, tengo motivos para creer que él se sentirá favorablemente inclinado hacia su oferta.

—No puedo agradecérselo como merece —se le entrecortó la voz —. Esa es la verdad, señora Emerson, no tiene ni idea...

—No diga más, señor Vincey. —Conmovida por su sinceridad y en respeto a su dignidad, fingí consultar el reloj—. Vaya, se está haciendo tarde. Debo darme prisa y cambiarme. ¿Asistirá al baile?

—No pensaba hacerlo, pero si usted va a estar allí...

—Sí, así es. Estoy deseándolo.

—¿De qué irá disfrazada?

—Ah, eso es un secreto —contesté alegremente—. Todos debemos ir enmascarados y disfrazados. La mitad de la diversión consiste en intentar reconocer a nuestros amigos.

—No me puedo creer que haya convencido a Emerson para que asista —dijo Vincey—. Solía rugir como un oso encadenado ante la simple perspectiva de un evento social. ¡Qué bien lo ha civilizado!

—Rugió un poco —admití, riendo—. Pero encontré el disfraz perfecto para él, uno al que no puede negarse.

—¿Un faraón egipcio? —Mitigada su vergüenza, Vincey estaba listo para enfundarse en el espíritu del asunto—. Sería un perfecto Tutmosis III, el gran rey guerrero.

—Vaya, señor Vincey, ¿puede imaginarse a Emerson apareciendo en público vestido tan sólo con una falda corta y un collar con cuentas? Es un hombre modesto. Como sea, Tutmosis solo medía poco más de metro y medio de altura.

—Se vería estupendo con armadura.

—Los trajes con armadura no son fáciles de encontrar en el bazar. No me atrapará tan fácilmente, señor Vincey. Ahora debo irme.

—Y yo, si debo encontrar disfraz.

Aceptó la mano que yo le ofrecía y, con una compungida mirada al improvisado vendaje, se la llevó a los labios con venda y todo.

* * *

Emerson afirmó haber olvidado el baile de disfraces. Reivindicó no haber accedido nunca a ir. Después de retroceder de ambas posiciones, se replegó a la tercera línea de defensa, poniendo pegas a mi conjunto. Comenzó así:

—Si crees que voy a permitir que mi esposa aparezca vestida

así... —y terminó con—: Yo me lavo las manos en este asunto. Haz lo que quieras, siempre lo haces.

En realidad yo me sentía encantada con mi elección. Había descartado la idea de alguna versión de un traje egipcio antiguo, pues habría docenas de versiones inapropiadas llevadas por damas que esperaban convocar una seductora imagen de Cleopatra, la única reina que conocían los ociosos turistas. Pensé en Boadicea o alguna otra defensora prominente de los derechos de la mujer, pero no era fácil montar un disfraz así en el limitado tiempo del que disponía. Lo que llevaba no era un disfraz. Quizás eso es lo que le parecería a los viajeros convencionales del Shepheard, pues había decidido dar el último y más descarado golpe en mi campaña de ropa adecuada de trabajo para las damas proclives a la arqueología.

Mis primeras experiencias en Egipto persiguiendo momias y subiendo y bajando barrancos, me habían convencido de que las faldas con cola y los apretados corsés eran una maldita molestia en aquel ambiente. Durante muchos años mi ropa de trabajo consistió en un salacot, una blusa, botas y pantalones turcos, o bombachos. La primera vez que aparecí con ellos causaron suficiente consternación, pero finalmente las mujeres habían adoptado las faldas pantalón y los pantalones para las actividades deportivas. Eran mucho más cómodos que las faldas, pero ciertamente tenían algunos inconvenientes, en una ocasión memorable no había podido defenderme de un ataque porque no pude encontrar el bolsillo (y el revólver que había dentro) entre los voluminosos pliegues de la tela.

Siempre había sentido envidia de los hombres, de la abundancia y accesibilidad de sus bolsillos. Hasta cierto punto mi cinturón de herramientas: cuchillo, contenedor a prueba de agua para cerillas y velas, cantimplora, libreta y lápiz, entre otros objetos útiles, había sustituido a los bolsillos, pero el ruido que hacían al chocar entre ellos impedía los apasionados abrazos a los que Emerson es propenso. No tenía intención de abandonar mi cadena, como lo llamaba en broma, pero bolsillos, grandes y variados, me permitirían llevar incluso más cosas esenciales.

La vestimenta que había creado la modista, bajo mi dirección, era casi idéntica a la ropa de caza que llevaban los hombres desde hacía unos años. Tenía bolsillos por todas partes, dentro de la

chaqueta y en la parte superior, por todo el borde o faldones de la mencionada chaqueta. Esta pieza de ropa cubría el torso y el área adjunta de los miembros inferiores. Bajo ella llevaba unos pantalones cortados como los de un hombre (excepto que eran un poco más anchos en la parte superior) de una tela a juego. Iban metidos en unas robustas botas de cordones, y cuando me puse el salacot en la cabeza y recogido el pelo debajo, me sentí como si fuera la misma imagen de un joven explorador.

Emerson me observó asumir aquel atuendo con los brazos cruzados y la cabeza ladeada con una expresión que me dejó algunas dudas sobre su reacción. El ocasional temblor de sus labios podía significar diversión o rabia contenida. Dando vueltas frente al espejo, me dirigí a él por encima del hombro.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Los labios de Emerson se separaron.

—Necesitas un bigote.

—Ya tengo uno. —Lo saqué del bolsillo inferior izquierdo de la chaqueta y lo presioné en su lugar. Era un bigote pelirrojo. No había podido encontrar uno negro.

Cuando Emerson hubo logrado controlarse le dije que estudiara otra vez el efecto y me diera su seria opinión. Ante su petición, me quité el bigote. Él había afirmado que el apéndice hacía que la consideración seria fuese imposible. Después de rodearme dos o tres veces, asintió.

—No eres un hombre muy convincente, Peabody. Sin embargo, el atuendo te favorece. Deberías considerar ponértelo durante las excavaciones, sería mucho más apropiado que esos malditos bombachos. Llevan tanta tela que me cuesta siglos...

—No hay tiempo para eso, Emerson —dije, volando lejos de la mano que había extendido para ilustrar su razonamiento—. Tu disfraz está colgado en el guardarropa.

Con una dramática floritura, le señalé la puerta abierta del guardarropa.

Había varios establecimientos en el *suk* que vendían distintas versiones de trajes nativos egipcios, gracias a su popularidad con los turistas. Tuve que buscar durante un tiempo antes de encontrar algo que pareciese no sólo auténtico, sino particularmente adecuado para la alta forma de Emerson y su carácter individualista. Aunque

él lo niegue, siente una secreta inclinación por los disfraces y un cierto gusto por lo teatral. Imaginaba que aquel disfraz le resultaría atractivo, pues el *jubba* bordado, el *kaftan* de lana, el *hezamm* adornado de oro y los pantalones sueltos podrían haber sido llevados por un príncipe tuareg, esos asaltantes del desierto, tan viriles y violentos, que son conocidos por sus desesperadas víctimas como "Los Olvidados de los Dioses".

También se les llamaba "Los Portadores del Velo", gracias a los velos azules que les ofrecen protección contra el calor y la arena acarreada por el viento. Era aquella característica la que me había decidido a elegir el disfraz, pues serviría de máscara en vez de una de verdad, la cual estaba convencida que Emerson se negaría a llevar. El tocado, llamado *jaffiya*, era un cuadrado de tela sujeto en el lugar por una cuerda. Envolvía la cara de manera apropiada y, con el velo, sólo dejaría los ojos expuestos.

Emerson lo estudió en silencio.

—Pegaremos juntos —dije alegre—. Mis pantalones y tus faldas.

* * *

La sala de baile estaba decorada al estilo de Luis XVI y mostraba una espléndida lámpara de araña cuyos cientos de cristales reflejaban la luz con un deslumbrante resplandor. Los atuendos brillantes y fantásticos de los invitados llenaban de color la sala. Había muchos egipcios antiguos presentes, pero algunos de los invitados habían tenido mayor inventiva, vi un samurái japonés y un obispo de la Iglesia Oriental, con mitra incluida. No obstante, mi propio vestido provocó una cantidad considerable de comentarios. No me faltaron compañeros y mientras giraba por la pista agarrada respetuosamente por un caballero u otro, me encantó ver lo bien que era capaz de realizar los vigorosos pasos de las polcas y otros bailes.

Emerson no baila. De vez en cuando podía captar un vistazo de él moviéndose alrededor del perímetro de la habitación, o hablando con alguien que compartía su desinterés en los ejercicios relacionados con la danza. De pronto ya no lo vi y concluí que se habría aburrido y marchado a la búsqueda de una compañía más agradable.

Estaba sentada en una de los pequeños nichos ocultos por macetas de plantas, recuperándome del esfuerzo y charlando con

lady Norton, cuando volvió a aparecer.

—Ah, querido, aquí estás —dije, echando un vistazo sobre el hombro a la alta forma tapada con el velo—. Permíteme que te presente a...

No se me permitió decir nada más. Unos duros brazos como el acero me arrancaron de la silla, sofocándome, dejándome sin aliento al envolverme en pliegues de hinchada tela y me alejaron de allí con rapidez. Oí los gritos de lady Norton, y las exclamaciones de sorpresa y diversión provenientes de otros invitados, pues el camino de mi raptor le había hecho cruzar la sala de baile hasta la puerta.

Aquello no tenía gracia. Emerson no era de los que jugaban a aquella clase de juegos tontos, y había sabido en el momento que aquella persona me agarró que aquel no era el toque de mi esposo. Él sintió como me ponía tensa, oyó la brusca forma en que tomaba aliento y sin aflojar el paso cambió su agarre sobre mí de tal forma que mi cara fue aplastada contra su pecho y mi grito ahogado por los pliegues de tela.

El asombro y la incredulidad me aflojaron las piernas, no podía creer lo que estaba pasando. ¿Podía una persona ser secuestrada y sacada del Hotel Shepheard bajo las narices de cientos de observadores?

El intento podría haber tenido éxito debido a su misma audacia. ¿Qué otra cosa podía asumir la audiencia sino que mi notoriamente excéntrico esposo había sucumbido al espíritu de la mascarada y estaba actuando inspirado por el disfraz? Oí a una mujer estúpida gritar:

—¡Qué romántico!

Mis esfuerzos por liberarme fueron tomados como parte de la farsa, y se hicieron más débiles a medida que me iba faltando oxígeno.

En ese momento resonó una voz, una voz famosa en todo Egipto por su resonancia y audibilidad.

Me tranquilizó y me inspiró, mi fuerza regresó y renové mis esfuerzos por soltarme. El agarre que me sostenía se aflojó. Me encontré volando por el aire, alargué las manos a ciegas, y me preparé para el impacto que sabía que seguiría... y fui a chocar contra una superficie sólida aunque flexible con una fuerza que extrajo de mí el último aliento de mis pulmones. Traté de agarrarme

pero retrocedió con un gruñido y luego, recobrándose, me cogió y me sujetó.

Abrí los ojos. No tuve necesidad de verlo para saber de quién eran los brazos que me rodeaban, pero ver su adorable rostro rojo de cólera, con los ojos echando chispas como zafiros, me dejó demasiado débil como para hablar. Emerson tomó una inspiración profunda y entrecortada.

—¡Maldición! —rugió—. ¿Es que no te puedo dejar sola ni cinco minutos, Peabody?

Capítulo 4

"Ninguna mujer quiere un hombre que la lleve. Sólo quiere uno que quiera hacerlo."

—¿Por qué no perseguiste al tipo? —Le pregunté.

Emerson le dio una patada a la puerta del dormitorio para cerrarla y me arrojó bruscamente sobre la cama. Me había llevado escaleras arriba y respiraba entrecortadamente. Nuestras habitaciones estaban en la tercera planta, pero me parecía que era más la exasperación que el esfuerzo lo que aceleraba su respiración. El tono con el que me respondió fortaleció aún más esta teoría.

—¡No me hagas preguntas estúpidas, Peabody! Te lanzó directamente hacia mí, como un fardo de colada. ¿Hubieras preferido que te dejara caer al suelo? Aunque hubiera tenido la sangre fría, actué instintivamente, y cuando me recuperé hacía tiempo que se había ido.

Me senté y empecé a arreglarme el pelo suelto. En alguna parte del camino había perdido el salacot. Me recordé buscarlo al día siguiente, era nuevo y muy caro.

—El reproche implícito era injusto, Emerson. Te pido disculpas. Le llevaría solo un minuto conseguir el anonimato quitándose sus vestiduras. No eran una copia exacta de las tuyas pero eran bastante parecidas.

—¡Maldito disfraz!

Emerson se despojó de su túnica, la arrojó a un rincón y se quitó el tocado de la cabeza. Se me escapó un grito.

—¿Es sangre lo que tienes en la cara? Ven y déjame ver.

Después de algunas quejas masculinas consintió en que le echara un vistazo. (Le gusta que le mimen pero rechaza admitirlo). Sólo había un pequeño rastro de sangre en su sien pero había marcado un punto sensible que sin duda se convertiría en un cardenal por la

mañana.

—¿Qué diablos has estado haciendo? —le pregunté.

Emerson se tendió en la cama.

—Tuve una pequeña aventura por mi cuenta. ¿No creerás que ha sido la Divina Providencia quien me ha llevado a rescatarte en el tradicional justo a tiempo, verdad?

—Podría creer en la Divina Providencia, querido. ¿No estás siempre a mi lado cuando acecha el peligro?

Inclinada sobre él, presioné mis labios sobre la herida.

—Ouch —dijo Emerson.

—¿Qué ocurrió?

—Salí fuera a fumar y a buscar una conversación inteligente. —Explicó Emerson.

—¿Fuera del hotel?

—Nadie en el hotel exceptuando tu presencia, querida mía, es capaz de tener una conversación inteligente. Pensé que Abdul o Alí estarían perdiendo el tiempo. Y mientras caminaba inocentemente por los jardines, tres hombres saltaron sobre mí.

—¿Tres? ¿Eso es todo?

Emerson frunció el ceño.

—Fue muy extraño —dijo—. Creo que los tipos eran vulgares matones cairotas. Si hubieran tenido intención de matarme podrían haberme hecho algún daño, como sabes, todos ellos llevan cuchillos. Pero ninguno lo usó, únicamente utilizaron sus manos.

—Las manos desnudas no infligieron esta herida —le dije, señalando su sien.

—Uno de ellos tenía un garrote. El maldito tocado ha tenido alguna utilidad, ha desviado el golpe. Empecé a molestarme un poco entonces, y después de que me hube encargado de dos de ellos, el tercero huyó. Podría haberles interrogado, pero se me ocurrió que podrías estar en una situación similar y que era mejor ver qué estabas haciendo.

Me levanté y fui a buscar mi botiquín.

—¿Por qué supusiste eso? Tus enemigos no son necesariamente los míos, y debo decir, Emerson, que con el paso de los años has atraído a un buen número de... ¿Dónde demonios puse esa caja de vendas? El *sufrayi* ha revuelto todo el equipaje, nada está donde lo dejé.

Emerson se sentó.

—¿Qué te hace pensar que ha sido el *sufrayi*?

Finalmente encontré el botiquín, estaba en la maleta originaria pero no en el sitio originario. Emerson, que había estaba buscando en su propio equipaje, se enderezó.

—No parece que se hayan llevado nada.

Asentí coincidiendo. Él sostenía un artículo que no había visto antes, una larga y estrecha caja de grueso cartón.

—¿Se ha añadido algo? ¡Ten cuidado al abrirlo, Emerson!

—No, esto es de mi propiedad. Nuestra, debería decir.

Quitó la tapa y vi un destello de oro y el brillo de un rico azul celeste.

—¡Cielo santo! —grité—. Es la regalía que Nefret se llevó con ella al dejar la Montaña Sagrada... los cetros reales. ¿Por qué los has traído?

Uno de los cetros tenía la forma del cayado de un pastor, simbolizando el cuidado del rey por su gente. El material era oro y lapislázuli en anillos alternativos. El otro objeto consistía en una vara corta hecha de láminas de oro y cristal azul oscuro sobre un núcleo de bronce, de la que pendían tres tiras flexibles de los mismos materiales, las cuentas de oro se alternaban con azules y terminaban en unas barras cilíndricas de oro macizo. El flagelo representaba (como siempre he creído) la otra faceta del gobierno: poder y dominación. Ciertamente habría infligido un gran dolor si hubiera estado hecho de materiales más duraderos, como sin duda estaba el látigo original. No se han encontrado demasiados objetos de ese tipo en Egipto, a pesar de ser conocidos por innumerables pinturas y relieves.

—Estuvimos de acuerdo —dijo Emerson—, que sería inconcebible ocultar estos objetos tan extraordinarios a los estudiosos. Son únicos, tienen dos mil años de antigüedad, son... reliquias preciadas. No nos pertenecen a nosotros sino al mundo.

—Bien, sí... estuvimos de acuerdo en teoría, y sigo manteniendo la misma opinión, pero no podemos exhibirlas sin explicar donde las hemos encontrado.

—Precisamente. Vamos a encontrarlas. Esta temporada.

Contuve el aliento.

—Es una idea ingeniosa, Emerson. Brillante, incluso. Nadie es

más capaz que tú de arreglar un convincente, si bien engañoso ambiente.

Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla y pareció un poco incómodo.

—La falta de honradez va contra mis principios, Peabody, lo confieso... ¿pero qué otra cosa tenemos que hacer? Tebas parece el lugar más probable para semejante... eh... descubrimiento, los conquistadores cushitas de la Vigésimo Sexta Dinastía permanecieron allí durante un tiempo. Debemos explicar de algún modo la información sobre la antigua cultura meroitíca que adquirimos el último invierno. Tarde o temprano a uno de nosotros, o a Walter, se le escapará algo, no es humanamente posible escribir sobre una materia sin mostrar información que no deberíamos tener.

—Estoy de acuerdo. De hecho, el artículo que enviaste al *Zeitschrift* en Junio...

—¡Que el diablo me lleve, Peabody, no dije nada revelador en ese artículo!

—En cualquier caso —dije con dulzura— no debe publicarse durante un tiempo.

—Esas revistas científicas se publican siempre con retraso —coincidió Emerson—. Así que ¿piensas en las mismas líneas, Peabody?

—¿Qué líneas?

Empecé a buscar en mi caja de suministros médicos.

—Me sorprendes, Peabody. Generalmente eres la primera en encontrar señales de peligro por todas partes, y aunque tengo que admitir que hay un número de personas con motivos para no gustarnos, los últimos incidentes están empezando a sugerir teorías diferentes.

Se sentó al borde de la cama. Le alisé la ceja y apliqué antiséptico en sus heridas. Absorto en su teoría, ignoró las atenciones que normalmente no solía estar dispuesto a recibir sin quejarse.

—Nuestro equipaje parece que ha sido registrado. El robo no ha sido el objetivo, ya que no se han llevado nada. Esta noche hemos sido atacados los dos. El asesinato no era el objeto, debemos asumirlo, creo que era el secuestro de uno de nosotros o de ambos.

¿Con qué propósito?

—Algunos de nuestros enemigos pueden desear cogernos y observar con placer cómo nos infligen horribles torturas —sugerí.

—Siempre positiva, Peabody —dijo Emerson con una sonrisa—. ¿Qué estás haciendo? No quiero llevar ninguna maldita venda.

Corté un poco de esparadrapo.

—No me vengas con esas, Emerson. Te estás yendo por las ramas.

—No, en absoluto. Simplemente estoy admitiendo que la evidencia no es concluyente. Aunque es sugestiva ¿no crees?

—Creo que tu imaginación se te ha ido de las manos. —Me senté cerca de él—. A no ser que sepas algo que no me has contado.

—No sé nada —dijo Emerson irritado—. Y si lo supiera, no vacilaría como una solterona nerviosa. De todas formas... Cubrimos nuestra pista tanto como pudimos, Peabody, pero hay varios puntos débiles en la trama ficticia que tejimos. Una buena presión sobre uno de ellos abriría un gran agujero a la especulación.

—¿Te estás refiriendo por casualidad a la Iglesia de los Santos del Hijo de Dios como un punto débil? Maldición, Emerson, tuve que inventar una secta religiosa, si hubiéramos declarado que los padres de acogida de Nefret eran Baptistas, Luteranos o Católicos Romanos, la más superficial de las investigaciones habría demostrado que esa familia no existe.

—Especialmente si hubieras declarado que eran Católicos Romanos —dijo Emerson. Al ver mi expresión, se apresuró a añadir —. Fue muy inteligente por tu parte, querida.

—¡No seas condescendiente conmigo, Emerson! No puedo imaginarme qué te ha llevado a este malsano estado mental. La historia que yo... nosotros... inventamos no es más increíble que otras muchas verdaderas... Me gustaría que dejaras de murmurar entre dientes, es muy grosero. ¡Habla!

—El mapa —dijo Emerson.

—¿Los mapas de Willoubgy Forth? Tú escuchaste como Maspero y los demás se reían de ellos la otra noche...

—El mapa —dijo Emerson en voz alta— que Reginald Forthright mostró a la mitad de los mal... maravillosos oficiales de Sanam Abu Dom. Todos ellos, desde el General Rundle hasta el más bajo subalterno sabían cuando él fue detrás de su tío que iba detrás de

más que vagos rumores. Nunca volvió. Pero NOSOTROS sí, con la hija de Forth. ¿Cuánto tiempo crees que tardará algún periodista ingenioso en inventar un escenario emocionante para esos hechos? Estoy sorprendido de que tu amigo O'Connell no lo haya hecho ya. Su imaginación es casi tan furiosa como...

—La insinuación es insultante e inmerecida... especialmente viviendo de TI. Nunca he escuchado tal... Estás murmurando de nuevo, Emerson. ¿Qué dices?

Con un encogimiento de hombros y una sonrisa, Emerson se dio la vuelta y respondió, no a la pregunta sino a la emoción subyacente que la había provocado y a mi otra (lo admito) injusta acusación. Una respuesta suave se lleva la ira, dicen las Escrituras, pero los métodos de Emerson son más eficaces.

* * *

Tenía la esperanza de pasar el resto de la semana en El Cairo disfrutando de las comodidades del hotel, pero de repente a Emerson se le metió en la cabeza visitar Meidum y no puse objeción, a pesar de que hubiera deseado que me hubiera tenido un poco más en cuenta.

Pasamos la mañana en el zoco, después de almorzar en el hotel Emerson me dejó leyendo y descansando mientras él iba a hacer un recado. A su regreso tranquilamente anunció que tomaríamos el tren de la tarde.

—Así que date prisa y reúne tu equipaje, Peabody.

Dejé mi copia de *Agyptiscbe Grammatik* de Erman.

—¿Qué equipaje? No hay ningún hotel en Rikka.

Emerson empezó.

—Tengo un amigo...

—No voy a quedarme con ninguno de tus amigos egipcios. Son gente encantadora, pero no tienen ninguna noción sobre higiene.

—Supuse que pensarías así. He preparado una pequeña sorpresa para ti, Peabody. ¿Qué ha pasado con tu sentido de la aventura?

Era incapaz de resistirme a un desafío, o a la sonrisa de Emerson. Mientras preparaba una pequeña bolsa con algunas mudas de ropa y artículos de baño, mi espíritu empezó a elevarse. Era como en los viejos tiempos, Emerson y yo, ¡solos en el desierto!

Una vez que luchamos por abrirnos paso en la confusión de la estación de tren y encontramos nuestros asientos, Emerson se relajó,

pero ninguno de mis intentos de conversación pareció complacerle.

—Espero que el pobre tipo al que le dio el colapso en el zoco esté bien —fue mi primer intento—. Deberías haberme dejado examinarlo, Emerson.

—Sus... eh... amigos le estaban atendiendo —dijo Emerson bruscamente.

Después de un rato volví a intentarlo.

—¡Nuestros amigos se sorprenderán de encontrar que nos hemos ido! Fue bueno que algunos de ellos vinieran esta mañana para expresarnos su preocupación.

Emerson gruñó.

—Estoy inclinada a creer que la teoría del señor Neville es la correcta —seguí—. Qué graciosamente la expuso: "Algún joven enardecido por el vino e inspirado por su encanto, señora E, gastó una broma tonta".

—Y mis encantos inspiraron las atenciones de los tres tipos del jardín —dijo Emerson con su inefable sarcasmo.

—Lo oportuno de los dos sucesos puede haber sido pura coincidencia.

—Puro disparate —gruñó Emerson—. Peabody, ¿por qué insistes en discutir nuestros asuntos privados en público?

Los únicos ocupantes del vagón eran un grupo de estudiantes universitarios alemanes que estaban conversando en voz alta en su propia lengua, pero capté el mensaje.

Al llegar a Rikka mi entusiasmo se había atenuado un poco. La oscuridad era completa, y fuimos los únicos no egipcios que bajaban allí. Tropecé con una piedra y Emerson, cuyo espíritu había mejorado en proporción inversa a lo que había bajado el mío, me agarró del brazo.

—Aquí está. ¡Hola, Abdullah!

—Debería haberlo sabido —murmuré, al ver la forma blanca que flotaba fantasmalmente al final de la pequeña plataforma.

—Tranquila —dijo Emerson alegremente—. Siempre podemos contar con el bueno del viejo Abdullah, ¿eh? Le mandé un mensaje esta tarde.

Después de intercambiar los saludos apropiados, no sólo con Abdullah sino también con sus hijos Feisal y Selim, y su sobrino Daoud, nos subimos a los burros que teníamos esperando y nos

marchamos. Cómo demonios veían los burros adónde nos dirigíamos no lo sé, yo desde luego no podía verlo, incluso después de que saliera la luna y nos iluminara un poco. La marcha de algunos burros es muy incómoda cuando empiezan a trotar. Tuve la impresión de que a los burros no les gustaba estar fuera a esa hora.

Después de un viaje horriblemente incómodo a través de campos de cultivo vi delante la luz de un fuego al borde del desierto. Dos hombres más de los nuestros nos estaban esperando. El pequeño campamento que habían montado era mejor que los usuales esfuerzos de Abdullah en esa línea, así que me alivió ver que había tiendas apropiadas para nosotros, y el aroma de bienvenida del café recién hecho inundó mis fosas nasales.

Emerson me bajó de mi burro.

—¿Te acuerdas de la vez que amenacé con secuestrarte y llevarte al desierto?

Miré de Abdullah a Feisal a Daoud a Selim a Mahmud a Alí a Mohammed. Estaban a nuestro alrededor en un interesado círculo, con sus caras sonrientes.

—Eres tan romántico, Emerson —dije.

Sin embargo, cuando salí de la tienda a la mañana siguiente estaba de mejor humor, y la escena ante mi me despertó la vieja fiebre arqueológica.

Meidum es uno de los yacimientos más atractivos de Egipto. Los restos del cementerio están situados al borde del acantilado que marca el comienzo del desierto, hacia el este de la alfombra esmeralda de la tierra cultivada se extendía el río, cuyas aguas estaban teñidas de rosa con los rayos del sol naciente. Sobre el acantilado, elevándose hacia el cielo, estaba la pirámide, aunque tengo que confesar que no lo parecía. Los egipcios la llaman *El Haram el-Kaddab*, "La Falsa Pirámide" porque se asemeja más a una de planta cuadrada con tres pisos de escalones decrecientes. Una vez tuvo siete niveles, como esas pirámides escalonadas. Los ángulos entre ellos se habían rellenado con piedra para darle una suave pendiente, pero las piedras de relleno y las capas superiores hacía tiempo que se habían derrumbado, formando un marco de detritus alrededor de la tumba gigante.

Como las pirámides de Dahshoor y Giza, no tenía inscripciones. Nunca he entendido por qué los reyes, que se tomaban tantas

molestias para erigir esas grandiosas estructuras, no se molestaban en poner sus nombres en ellas, pues la humildad no era una característica notable de los faraones egipcios. También es atípica en los turistas, antiguos o modernos. Tan pronto como el gran arte de escribir se inventó, ciertas personas hicieron uso del mismo desfigurando monumentos y obras de arte. Tres mil años antes de nuestra era, un turista egipcio vino a Meidum para visitar el "hermoso templo del rey Snefru" y dejó una inscripción, o grafitti, al efecto en uno de los muros del templo. Snefru era conocido por tener dos tumbas, habíamos trabajado en una de ellas, la pirámide norte de Dahsoor. Petrie, quien había descubierto el grafitti en cuestión, decidió que esa debía de ser la segunda pirámide de Snefru.

—Bah —dijo Emerson—. Un dibujo no es una prueba concluyente de propiedad. El templo tendría unos mil años cuando el maldito realizador de garabatos lo visitó, los guías de esos remotos años eran probablemente tan ignorantes como los de hoy. Las dos pirámides de Snefru son las que están en Dahshoor.

Cuando Emerson habla en ese tono tan dogmático, muy pocos se atreven a contradecirlo, yo soy una de esos pocos, pero como coincidía con su punto de vista no lo hice en esa ocasión.

Durante los dos días siguientes estuvimos ocupados con las tumbas privadas. Había muchas de ellas agrupadas al norte, sur y al oeste de la pirámide, la tierra cultivada al este no era apta para las tumbas. Tuvimos una gran ayuda. En realidad no había esperado estar a solas con Emerson, la presencia de extranjeros siempre atrae a los residentes locales que exigen propinas, piden trabajo o simplemente satisfacen su curiosidad. Algunos empezaron a llegar el primer día mientras estábamos desayunando, y después de entrevistarse con Emerson empezaron a trabajar bajo la dirección de Abdullah.

Siempre he dicho que si uno no puede tener una pirámide, una profunda y bonita tumba es lo mejor que le sigue. Todas las pirámides tienen cementerios a su alrededor, tumbas de cortesanos y princesas, nobles y altos oficiales que tenían el privilegio de pasar la eternidad al lado Dios-Rey al que habían servido en vida. Estas tumbas del Antiguo Reino se llamaban mastabas porque la superestructura se parecía a esos bancos de superficie plana y

ligeramente inclinada que se encuentran en el exterior de las modernas casas egipcias. Las estructuras superiores, construidas en piedra o adobe, con frecuencia habían desaparecido o se habían derrumbado en montículos informes, pero esa no era la parte que me interesaba. Bajo las mastabas había huecos y escaleras que se adentraban bajo la piedra y culminaban en una cámara funeraria. Algunas de esas tumbas ricas tenían estructuras subterráneas casi tan deliciosamente oscuras, tortuosas y plagadas de murciélagos como las de las pirámides.

Emerson muy amablemente me permitió entrar en una de esas tumbas, (porque sabía que lo haría de todas formas).

La rampa de entrada con una fuerte pendiente estaba llena de escombros y tenía sólo metro veinte de altura. Terminaba en un hueco, por el que me vi obligada a descender por medio de una cuerda sostenida por Selim, quien ante la insistencia de Emerson, me había seguido abajo. Por lo general empleaba a Selim para esos trabajos porque era el más joven y delgado de los trabajadores experimentados, siempre nos encontrábamos agujeros por los que un cuerpo grande no podía pasar con facilidad, y por supuesto, los bajos techos presentaban una dificultad para los tipos altos. Emerson no se encontraba particularmente cómodo en tumbas como esta, seguía golpeándose la cabeza y quedaba atrapado en los agujeros.

Pero no debo permitir que mi entusiasmo me lleve a dar una descripción más detallada, que puede aburrir a mis lectores y que realmente no es relevante para la historia que estoy contando. Es suficiente con decir que cuando salí, respirando con dificultad (el aire en las áreas más bajas de la tumba es extremadamente caliente y cargado) y cubierta con una pasta compuesta por una mezcla de sudor, polvo de piedra y excrementos de murciélago, apenas podía contener mi alegría.

—¡Ha sido fantástico, Emerson! Sin duda los murales pintados son de poca calidad, pero vi trozos de madera y lienzos en la cámara funeraria. Estoy segura que debemos...

Emerson se había quedado esperando en la entrada para sacarme. Una vez hecho esto, se alejó a toda prisa arrugando la nariz.

—Ahora no, Peabody. Esto pretendía ser un reconocimiento, no

tenemos la mano de obra ni el tiempo para excavar. ¿Por qué no te diviertes con la pirámide?

Y así lo hice. A su manera era una agradable pirámide, a pesar de de que los pasillos no eran tan grandes ni interesantes como los monumentos de Giza o Dahshoor. Como ellos, fue abierta por exploradores anteriores y había sido completamente saqueada en la antigüedad.

En la tarde del segundo día llegó una nueva incorporación a lo que había empezado a convertirse en una pequeña mafia, como Emerson se refería a los malditos turistas. Sin embargo, se relajó un poco cuando uno de ellos se presentó como Herr Eberfelt, un estudioso alemán con quien Emerson se había carteado. Era una caricatura virtual de un prusiano, con monóculo, tieso como una tabla y muy formal en sus modales.

Herr Schmidt, el joven que le acompañaba, era uno de sus estudiantes, un tipo gordito y agradable que habría sido bastante guapo de no ser por la fea cicatriz de un duelo que le desfiguraba una de las mejillas. Los estudiantes alemanes se sienten muy orgullosos de esas cicatrices, pues las consideran pruebas de coraje más que de estupidez, que es lo que de hecho son. Me habían comentado que los estudiantes empleaban varios métodos dolorosos y poco higiénicos para evitar que se curaran sus heridas de forma que la cicatriz quedara lo más vistosa posible. Los modales de Herr Schmidt eran tan impecables como no lo era su rostro. Se dirigió a mí en un inglés entrecortado pero agradable y pareció más que dispuesto a aceptar la taza de té que le ofrecí. Pero Emerson insistió en mostrarles los alrededores y el hombre joven obedientemente siguió a su superior.

Había terminado de tomar el té y estaba a punto de ir tras ellos cuando uno de los trabajadores se acercó furtivamente, mirándome tímidamente por debajo de sus espesas pestañas. Al igual que los otros hombres, se había despojado de la túnica mientras trabajaba y sólo estaba vestido con un taparrabos. Su cuerpo liso brillaba por el sudor.

—He encontrado una tumba, honorable *Sitt* —susurró—. ¿Quiere venir, antes de que los demás la encuentren y reclamen una parte de la propina?

Miré a mi alrededor. Emerson debía haber llevado a los

visitantes a la pirámide ya que no estaban a la vista. Daoud estaba dirigiendo un grupo de trabajadores que investigaba las tumbas junto a la calzada que conducía desde la pirámide al río.

—¿Dónde está? —Le pregunté.

—No muy lejos, honorable *Sitt*. Cerca de la Tumba de los Gansos.

Se refería a una de las tumbas más famosas de Meidum, de la que se había extraído la hermosa pintura que ahora estaba en el Museo de El Cairo. Se encuentra en el campo de mastabas al norte de la pirámide. Un equipo bajo el mando de Abdullah estaba trabajando en la zona, en busca de entradas a tumbas, este hombre debía ser parte de ese equipo. Sus modales subrepticios y el aspecto de excitación contenida sugería que había encontrado algo lo bastante extraordinario como para merecer una recompensa importante. Estaba claro que no quería compartirla con los demás.

Me estremecí de anticipación mientras me imaginaba maravillas iguales a Los Gansos, o incluso a las estatuas pintadas de tamaño natural de una pareja de nobles que se habían encontrado en otra mastaba del mismo cementerio. Levantándome, le hice señas para que me guiara.

El canto gutural del equipo de Daoud fue desvaneciéndose gradualmente a medida que trepábamos sobre las rocas caídas y el terreno irregular de la base de la pirámide. Estábamos cerca de la esquina noreste de la estructura cuando mi guía se detuvo. Me tendió la mano.

- *Sitt* —comenzó.

—No —dije en árabe—. Nada de propina hasta que me hayas mostrado la tumba.

Dio un paso hacia mí, sonriendo tan dulcemente como una joven tímida.

Entonces oí un ruido como el chasquido de un látigo. Le siguió un estruendo de piedras cayendo, mientras una lluvia de rocas y piedras golpeaba el suelo detrás de mí. Mi guía puso pies en polvorosa. No podía culparle. Alzando la mirada con cierta molestia, vi un rostro redondo que miraba alarmado hacia abajo desde la parte superior de la pendiente, que estaba a casi quince metros por encima de mí.

- *Ach, Himmel, Frau professor, verzeibn Sie, bitte!* No la he visto.

¿Está herida? ¿Se está desmayando de temor?

Bajó por la pendiente mientras hablaba, agitando los brazos para mantener el equilibrio y provocando otra avalancha en miniatura.

—No —respondí—. No, gracias a usted, Herr Schmidt. Qué demo... Es decir, ¿a qué le estaba disparando? Por el amor de Dios, aleje su revólver antes de atravesarme con un agujero o a usted mismo.

Ruborizándose, el joven enfundó el arma.

—Era *eine Gazelle*... un ¿cómo se llama?

—Tonterías. No podría haber sido una gacela, son criaturas tímidas que no se aventurarían tan cerca de los seres humanos. Trató de disparar a la cabra de algún pobre aldeano, Herr Schmidt. Por suerte para usted ha fallado, el mejor tirador del mundo no podría acertar a un objetivo tan distante con una pistola.

Mi sermón fue interrumpido por Emerson, que vino corriendo hacia nosotros exigiendo saber quién había disparado a qué y por qué. Mi explicación no hizo nada para aliviar su tierna ansiedad y dirigiéndose a su colega alemán, que había estado pisándole los talones, estalló en una lluvia de quejas.

- *Sie haben recht, Herr Profesor* —murmuró Schmidt sumiso—. *Ich bin ein vollendetes Rindvieb.*

—Estás haciendo un gran alboroto por nada, Emerson —dije—. La bala ni me rozó.

—En resumen, ningún daño se ha hecho o se ha intentado —dijo el profesor Eberfelt, llegando en defensa de su colega.

—Salvo que mi guía se asustó y se ha ido —añadí—. Vamos a ver si lo podemos encontrar y tranquilizarlo. Había encontrado un sepulcro nuevo, que estaba a punto de mostrarme.

Pero ni el guía ni la tumba que había mencionado fueron encontrados, aunque buscamos durante mucho tiempo.

—Tal vez regresará mañana una vez que haya superado su miedo —dije por fin—. Era joven y parecía muy tímido.

Nuestros visitantes no se quedaron, el barco que habían contratado les esperaba y tenían intención de volver a El Cairo esa noche. Viendo a los burros desaparecer en las sombras oscuras del este, Emerson se acarició el mentón, como era su costumbre cuando estaba sumido en sus pensamientos.

—Creo que hemos hecho lo suficiente aquí, Peabody —dijo—. El

tren de Luxor-El Cairo se detiene en Rikka por la mañana. ¿Vamos?

No pude ver ninguna razón para no hacerlo.

* * *

Lo primero que hice al llegar al hotel fue solicitar al *sufrayi* que preparara un agradable baño caliente. Mientras yo me deleitaba en el agua perfumada, Emerson examinó las cartas y mensajes que habían llegado en nuestra ausencia y me informó de su contenido con los comentarios correspondientes.

—¿Vamos a cenar con lady Wallingford y su hija? No, no lo haremos. El capitán y la señora Richardson esperan el placer de nuestra compañía en su velada... esperarán en vano. El señor Vincey tiene la esperanza de que le hagamos el honor de almorzar con él el jueves. Es un honor que no se ha ganado. El procurador general... ¡Ajá! ¡Un grano de trigo, entre toda esta paja! Una carta de Chalfont.

—Ábrela —dije.

Un sonido de rasgado me dijo que ya lo había hecho. La epístola era una especie de carta colectiva iniciada por Evelyn y con añadidos de los demás. Las contribuciones de Evelyn y Walter eran cortas, destinadas sólo a asegurarnos que todo estaba bien con ellos y los que tenían a su cargo. El breve mensaje de Nefret fue un poco decepcionante para mí, sonaba como una nota de deber de un niño a un pariente que no le gustaba mucho. Me recordé que no debería haber esperado otra cosa. Había sido su padre quien la enseñó a leer y escribir en inglés, pero no había tenido muchas ocasiones de practicar esa habilidad. Pasaría algún tiempo antes de que aprendiera a expresarse con gracia y en profundidad.

La contribución de Ramsés compensaba cualquier deficiencia, en la calidad por lo menos. Pude ver por qué había pedido ser el último en escribir, ya que sus comentarios eran, por decirlo de alguna manera, más francos que los de su tía.

A Rose no le gusta estar aquí. No lo dice, pero su boca siempre tiene el aspecto como si hubiera estado comiendo cebollas en vinagre. Creo que la dificultad estriba en que no se lleva bien con Ellis. Ellis es la nueva doncella de tía Evelyn. Viene del arroyo, como las demás.

Emerson dejó de reír y yo exclamé:

—¡Dios mío!, ¿de dónde saca este niño ese lenguaje? Por la bondad de su corazón, Evelyn contrata a desafortunadas jóvenes

cuyas vidas no han sido lo que deberían, pero...

—La descripción gana en mordacidad lo que le falta en propiedad —dijo Emerson—. Y continúa:

Rose dice que esto no la predispone en contra de Ellis. A mí desde luego no, aunque no estoy precisamente seguro de qué implica el término. Pero yo tampoco me llevo bien con Ellis. Ella siempre está siguiendo a Nefret tratando de conseguir que se cambie de ropa y se rice el cabello.

Wilkins (nuestro ex mayordomo, ahora contratado por Evelyn y Walter) *no ha estado bien desde que llegamos. Parece muy nervioso. Cualquier cosa le hace sobresaltarse. Cuando saqué al león de su jaula ayer...*

Mi cuerpo perdió su agarre en la superficie de la bañera y sumergí la cabeza. Cuando salí, escupiendo y ahogándome, me di cuenta de que Emerson había seguido leyendo.

... sin peligro, ya que como sabéis conozco al león desde que era un cachorro y me he tomado el trabajo de renovar la amistad siempre que ha sido posible. El tío Walter no estaba nervioso, pero sus comentarios fueron peyorativos en extremo y me mandó diez páginas más de César para interpretar. Agregó que lamenta que sea demasiado mayor para darme unos azotes. Se ha comprometido a construir una jaula más grande para el león.

Perdonaré a mi Lector las descripciones detalladas de Ramsés sobre la salud y hábitos de los otros sirvientes (yo no había sido consciente de la afición de la cocinera a la ginebra, ni, imagino, tampoco Evelyn). La reservó a ELLA para el final.

Ella ha mejorado en materia de salud y espíritu desde que llegamos aquí, creo, aunque en mi opinión [Como más tarde descubrí, Ramsés había tachado las tres últimas palabras, pero Emerson las leyó de todos modos] *pasa demasiado tiempo con sus estudios. Me he convencido de que tu punto de vista de que "mens sana in corpore sano" es una buena regla, y la he adoptado para mí mismo. Con ese fin me decidí a ejecutar el deporte del tiro con arco. Se trata de un deporte en el que las jóvenes están invitadas a participar. Tía Evelyn estuvo de acuerdo conmigo y el tío Walter, quien puede ser obligado cuando así lo elige, nos montó los blancos. Descubrí que Nefret ya está familiarizada con este deporte. Ha aceptado instruirme. A cambio le estoy enseñando a montar y esgrima.*

—No sabe esgrima —exclamé indignada.

—Esto... —dijo Emerson.

Decidí no seguir adelante con el tema. Había sospechado que Emerson estaba tomando lecciones de esgrima a escondidas, pero a él no le gusta admitir que necesita instrucción en nada, y su motivo original para practicar este deporte no era para su reconocimiento, sino que surgía de los celos hacia una persona respecto a la cual no tenía la menor causa para sentir esa emoción. Sin embargo, tuve que admitir que su habilidad había demostrado ser útil en varias ocasiones a partir de entonces. Al parecer, había permitido que Ramsés aprendiera también. Sabía que yo no habría aprobado la idea de que Ramsés blandiera un instrumento largo, flexible y afilado, eso hacía que se me helara la sangre.

Dos párrafos más describían las actividades de Nefret con mucho más detalle de lo que merecían. Al terminar, Emerson comentó en tono fatuo pero con orgullo paternal:

—Qué bien escribe. Muy literario en mi opinión.

—Parece que las cosas van bien —contesté—. Pásame la toalla, Emerson, por favor.

Emerson me entregó la toalla. Luego regresó a la sala de estar para leer detenidamente el resto del correo.

* * *

—Bien, ¿el siguiente, dónde? —preguntó Emerson, cuando nos sentamos a cenar esa noche—. ¿Luxor o Amarna?

—¿Has eliminado Meidum?

—No, en absoluto. Pero siento que deberíamos mirar las otras posibilidades antes de tomar una decisión.

—Muy bien.

—¿Cuál prefieres?

—Me es totalmente indiferente.

Emerson me miró por encima del adornado menú que el camarero le había entregado.

—¿Estás molesta por algo, Peabody? ¿La carta de Ramsés, tal vez? Apenas has hablado conmigo desde que la leí.

—¿Qué posible causa de molestia podría tener?

—No puedo pensar en ninguna. —Esperó un momento. Cuando no respondí se encogió de hombros, uno de esos irritantes encogimientos masculinos que descartan el comportamiento de una

mujer como incomprensible e irrelevante y reanudó la discusión—. Yo sugiero que vayamos directamente a Luxor. Estoy bastante impaciente por librarme de ciertos objetos tan pronto como pueda.

—Eso tiene sentido —estuve de acuerdo—. ¿Tienes alguna idea de dónde podríamos... esto... descubrirlos?

Hablamos de alternativas mientras comíamos. Todavía era temprano cuando terminamos, y sugerí un paseo por el Muski.

—No vamos a salir esta noche —dijo Emerson—. Tengo otra cosa en mente que espero que te guste.

Lo hizo. Sin embargo, cuando Emerson se hubo acomodado en su posición habitual para dormir, boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho como una estatua de Osiris, no pude evitar recordar otra ocasión en la que verme levantarme de la bañera había llevado a comparaciones con Afrodita. Esta tarde sólo me dio una toalla.

* * *

La única invitación que Emerson no había tirado era la de George McKenzie. Era uno de esos individuos excéntricos más comunes en los viejos tiempos de la arqueología de lo que son hoy: los aficionados con talento habían excavado y estudiado egiptología sin las restricciones de la regulación gubernamental. Algunos de ellos hicieron un trabajo admirable a pesar de su falta de conocimientos formales, y la inmensa obra en tres volúmenes de McKenzie sobre la cultura del antiguo Egipto era una fuente muy valiosa, ya que muchos de los relieves e inscripciones que copió en la década de 1850 han desaparecido para siempre. Era un hombre mayor, y rara vez ofrecía o aceptaba invitaciones. Incluso Emerson admitió que era una atención de lo más aduladora y una oportunidad que no debíamos dejar pasar.

Se negó a usar traje de noche, pero se veía muy guapo con su levita y pantalones a juego.

Me puse mi segundo mejor vestido, uno con brocado de plata, bordado con rosas rojas y adornado con encajes de plata en el pecho y los puños hasta el codo. Espero no ser acusada de vanidad cuando digo que todos los ojos se volvieron hacia nosotros cuando cruzamos la terraza hacia el carruaje que nos esperaba. Una brillante puesta de sol blasonaba el cielo del oeste, las cúpulas y minaretes del viejo El Cairo flotaban en una bruma soñadora.

El viejo El Cairo era nuestro destino, la ciudad medieval con las hermosas casas de cuatro pisos y los palacios desde los cuales los crueles guerreros mamelucos tiranizaron a la ciudad. Muchas viviendas habían caído en desuso y estaban habitadas por las clases más pobres con familias enteras en una habitación, las celosías talladas que ocultaban las bellezas del harén de ojos envidiosos habían sido retiradas y las relavadas *galabiyyas* de los humildes caían desconsoladas desde las mosquiteras en ruinas de los huecos de las *mashrabiyyas*. La casa de McKenzie había pertenecido según se decía al mismo sultán Kait Bey, y sus características arquitectónicas se han conservado bien. Estaba ansiosa por verla.

No hay señales de tráfico o números en las casas del viejo El Cairo. Por fin, el conductor detuvo su caballo y admitió lo que yo sospechaba desde hacía algún tiempo, a saber, que no tenía ni idea de a dónde iba. Cuando Emerson le indicó una calle, o más bien una abertura entre dos casas adelante, el conductor declaró que no podía ir allí. Conocía esa calle, se estrechaba más hacia delante y no habría sitio donde dar la vuelta.

—Espéranos aquí, entonces —dijo Emerson. Cuando me ayudó a bajar del carruaje no pudo resistirse a comentar—, te dije que no usaras ese vestido, Peabody. Pensé que era muy probable que tuviéramos que ir a pie la mitad del camino.

—Entonces, ¿por qué no lo dijiste antes? —Le pregunté, levantándome la falda—. Has estado aquí antes, ¿verdad?

—Hace algunos años. —Emerson me ofreció su brazo y partimos —. Creo que es bajando por aquí. McKenzie envió la dirección, pero no era... Ah, sí, aquí está el *sabil* que mencionó. Primer desvío a la izquierda.

No habíamos avanzado mucho cuando el pasaje se estrechó aún más, hasta que apenas hubo espacio para caminar en fila. Era como atravesar un túnel, ya que las altas y herméticas fachadas de las antiguas casas se alzaban a ambos lados y sus balcones salientes se unían casi por encima de nuestras cabezas. Dije con inquietud:

—Esto no puede ser correcto, Emerson. Está muy oscuro y desagradable y no he visto ni un alma desde que dejamos atrás la fuente. Seguramente, el señor McKenzie no viviría en un barrio pobre.

—No hay distinción de clases en la arquitectura de aquí, las

mansiones de los ricos lindan con las viviendas de los pobres. —Pero la voz de Emerson reflejaba mis propias dudas. Se detuvo—. Vamos a volver atrás. Había un café cerca del *sabil*, vamos a preguntar cómo llegar allí.

Era demasiado tarde. El camino estrecho solamente estaba iluminado por una linterna que algún considerado cabeza de familia había colgado sobre una puerta a pocos metros detrás de nosotros, pero arrojaba luz suficiente para permitirnos ver, en las sombras de más allá, las formas corpulentas de varios hombres. Sus turbantes se mostraban pálidos entre las sombras.

—Maldición —dijo Emerson con calma—. ¡Ponte detrás de mí, Peabody!

—Espalda contra espalda —estuve de acuerdo, ocupando esa posición—. Maldita sea, ¿por qué he salido sin mi cinturón de herramientas?

—Prueba esa puerta —dijo Emerson.

—Cerrada. Hay otros hombres delante —añadí—. Por lo menos dos. Y esto es sólo una frágil sombrilla de noche, hecha para que vaya a juego con mi vestido, no es la que suelo llevar.

—Por Dios —exclamó Emerson—. Sin tu sombrilla no nos atrevemos a enfrentarnos a ellos a plena vista. Una retirada estratégica parece estar en el orden del día.

Con un movimiento brusco se dio media vuelta y pateó la puerta que yo había intentado. La cerradura cedió con un crujido y la puerta se abrió, agarrándome por la cintura me empujó dentro

Chillidos y aleteos saludaron mi brusca aparición. Los dos hombres que ocupaban el cuarto huyeron, dejando el *narghil* que compartían burbujeando suavemente. Emerson me siguió y cerró la puerta.

—No va a contenerlos durante mucho tiempo —comentó—. La cerradura está rota y no hay ningún mueble lo suficiente pesado para servir de barricada.

—Seguramente hay otra forma de salir. —Indiqué el umbral cubierto por cortinas por donde los hombres habían huido.

—Investigaremos eso si tenemos que hacerlo —Emerson se apoyó contra la puerta, sus hombros preparados—. Aunque no me apetecen más callejones oscuros, prefiero no confiar en la bondad de extraños, en especial el tipo de extraños que habitan en un

laberinto de este tipo. Vamos a considerar otras opciones, ahora que hemos logrado un momentáne...

Se interrumpió cuando nos llegó un sonido desde el exterior a través de los paneles de la puerta endeble. Me sobresaltó y Emerson juró.

—Eso fue el grito de una mujer, o peor, de un niño.

Me lancé sobre él.

—¡No, Emerson! No salgas, puede ser un truco.

El grito llegó de nuevo, alto, agudo y tembloroso. Se elevó un chillido en falsete y se interrumpió. Emerson trató de soltarse, luché por contenerlo, lanzando todo mi peso contra él.

—¡Te digo que se trata de un truco! ¡Te conocen, conocen tu carácter caballeroso! Tienen miedo de atacar, esperan atraerte fuera del santuario. Esto no es un simple intento de robo, se nos ha guiado deliberadamente mal.

Mi discurso no fue tan moderado, porque las manos de Emerson se habían cerrado con fuerza sobre las mías, y estaba empleando una fuerza considerable para liberarse. No fue hasta que un grito de dolor estalló de mis labios que desistió.

—El daño está hecho, fuera cual fuera —dijo sin aliento—. Ahora está callada... Lo siento, Peabody, si te hice daño.

Sus músculos tensos se habían relajado. Me recliné contra él, tratando de controlar mi respiración irregular. Mis muñecas se sentían como si hubieran sido apretadas por un torno, pero era consciente de una emoción extraña e irracional.

—No te preocupes, querido. Sé que no era tu intención.

El silencio no duró. La voz que lo rompió fue la última que esperaba oír, fuerte, sin miedo, oficial, la voz de un hombre dando órdenes claras en un árabe defectuoso.

—Otro truco —exclamé.

—No lo creo —contestó Emerson, escuchando—. Ese tipo debe ser inglés, ningún egipcio habla su propia lengua tan mal. ¿Tengo tu permiso para abrir un poco la puerta, Peabody?

Estaba siendo sarcástico. Ya que sabía que lo haría de todos modos, estuve de acuerdo.

En comparación con la oscuridad que había prevalecido antes, la calle estaba iluminada por faroles y antorchas portadas por hombres que llevaban unos pulcros uniformes que dejaban clara su

identidad. Uno de ellos se nos acercó. Emerson estaba en lo cierto, su complexión rubia proclamaba su nacionalidad al igual que su porte erguido y un bigote exuberante traicionaba su entrenamiento militar.

—¿Fue usted quien gritó, señora? —preguntó, quitándose cortésmente el sombrero—. Confío en que este caballero y usted estén sanos y salvos.

—Yo no grité, pero gracias a usted y sus hombres estamos sanos y salvos.

—Humm —dijo Emerson—. ¿Qué está haciendo en esta parte de la ciudad, capitán?

—Es mi deber, señor —fue la dura respuesta—. Sirvo como asesor de la policía de El Cairo. Podría hacerles la misma pregunta a ustedes.

Emerson contestó que estábamos haciendo una visita social. La incredulidad que provocó esta respuesta fue expresada, no en el discurso, sino en los labios fruncidos del joven y en las cejas levantadas. Obviamente, no sabía quiénes éramos.

Se ofreció a acompañarnos de regreso a nuestro carruaje.

—No es necesario —dijo Emerson—. Parece que ha despejado el camino muy limpiamente, señor. Ni un cuerpo caído a la vista. ¿Todos escaparon?

—No los perseguimos —fue la respuesta altanera—. Las cárceles están repletas de gentuza como esa y no teníamos nada de que acusarles.

—Gritar en público —sugirió Emerson.

El tipo tenía sentido del humor después de todo, sus labios temblaron, pero nos respondió con tranquilidad:

—Debió haber sido uno de ellos quien gritó, si la señora no lo hizo. No les atacaron, ¿verdad?

—No podemos acusarlos de nada —admití—. De hecho, nos puede arrestar, capitán, forzamos la entrada a esta casa y rompimos la puerta.

El oficial sonrió cortésmente. Emerson sacó un puñado de dinero del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa.

—Esto debería ocuparse de cualquier queja sobre la puerta rota. Vamos, querida, llegamos tarde a nuestra cita.

Habíamos tomado el camino equivocado en la fuente. El

propietario del café conocía la casa del señor McKenzie muy bien, estaba a corta distancia. Pero por alguna razón no me sorprendí cuando su sirviente nos informó de que no esperaba invitados esa noche. De hecho, ya se había retirado. Era, como dijo el siervo con reproche, un hombre de edad muy avanzada.

Capítulo 5

"Los hombres son criaturas frágiles, es cierto, no se espera que muestren la firmeza de las mujeres."

—No tan malditamente anciano para haber olvidado dónde vive —comentó Emerson—. Las instrucciones son claras. A la izquierda en el *sabil*.

Arrojó el papel arrugado sobre la mesa del desayuno. Cayó en la jarrita de leche, para cuando la pesqué la escritura era tan borrosa que era indescifrable.

—Aceptaré tu palabra sobre ello —dije, poniendo el montón empapado en un plato limpio—. Tampoco voy a decir que incluso un hombre joven puede sufrir una pérdida momentánea de memoria o un deslizamiento accidental de la pluma. El hecho de que el giro equivocado nos llevara a una emboscada es una prueba positiva de que la mala dirección fue intencionada. ¿Alguna vez has hecho algo para ofender al señor McKenzie?

—Supongo —dijo mi marido, distorsionando su hermoso rostro en una horrible mueca— que estás intentando ser graciosa, Amelia. La invitación no provenía de McKenzie.

No había contestado a la pregunta. Era una suposición segura que en algún momento u otro había ofendido al señor McKenzie, ya que había poca gente a la que no lo hubiera hecho. Sin embargo, la reacción parecía algo extrema.

—¿Cómo sabes que no provenía de él?

—No lo sé —reconoció Emerson—. Envié una contestación esta mañana para preguntar, pero el mensajero no ha regresado todavía.

—Lo negará en todo caso.

—Cierto. —Emerson reflexionó como una esfinge pensativa sobre el panecillo que estaba untando con mantequilla—. Hay algunas historias curiosas relacionadas con McKenzie. Su edad y el

paso del tiempo le han dado un aire de respetabilidad que no siempre merece. En su juventud se contoneó por ahí con ropa turca, túnicas de seda y un enorme turbante, y por lo que se cuenta se comportó como un turco en... esto... otras formas.

Yo sabía que se refería a las mujeres. Emerson es absurdamente tímido acerca de tales asuntos, conmigo en todo caso. Tenía alguna razón para sospechar que no era tan reticente con otros hombres, o con algunas mujeres.

—¿Acaso mantiene un harén? —le pregunté con curiosidad.

—Oh, bueno. —Emerson parecía incómodo—. En aquella época no era raro que los salvajes jóvenes al encontrarse con una cultura extraña adoptaran algunas de sus costumbres. Los primeros arqueólogos no eran más escrupulosos con los monumentos de lo que lo eran con... esto... otras cosas. Se dice que la colección privada de McKenzie de antigüedades es...

—Creo que nunca se ha casado —reflexioné—. Tal vez no eran las mujeres lo que le atraían. Hay una costumbre turca...

—¡Por Dios, Peabody! —gritó Emerson ruborizándose—. Una mujer bien educada no tiene por qué saber esas cosas, y mucho menos hablar de ellas. Yo estaba hablando de la colección de McKenzie.

Pero yo no iba a oír sobre la colección del señor McKenzie porque en ese momento el *sufrayi* entró para anunciar a un visitante.

El señor Vincey y su gato entraron juntos, el gran felino atigrado con correa caminaba junto a su amo como... Estaba a punto de decir como un perro bien amaestrado, pero no había nada de sumisión canina en los modales del gato, era más bien como si hubiera entrenado al señor Vincey para que lo llevara a dar un paseo en lugar de a la inversa.

Ofrecí café al señor Vincey, quien lo aceptó, pero cuando serví un poco de crema en un plato para Anubis, éste la olió y luego me lanzó una mirada de desprecio antes de sentarse a los pies de Vincey curvando la cola alrededor de sus caderas. El señor Vincey se disculpó profusamente por la rudeza de su mascota.

—Los gatos no son groseros —le dije—. Actúan de acuerdo a su naturaleza, con un candor que los seres humanos bien podrían emular. A muchos gatos adultos no les gusta la leche.

—Éste, sin duda, tiene el aire de un carnívoro —agregó Emerson. Es más cortés con los gatos que con la gente. Continuó —. Bueno, Vincey, ¿qué podemos hacer por usted? Estábamos a punto de salir.

El señor Vincey explicó que había venido para preguntar si me había recuperado totalmente de mi desgraciada aventura. Estaba a punto de responder cuando un ataque de tos y una mirada de Emerson me recordó que Vincey debía estar refiriéndose al asunto del baile de máscaras, ya que no podía saber nada sobre nuestra experiencia más reciente. Le aseguré que estaba en perfecto estado de salud y ánimo. Emerson comenzó a inquietarse, y después de algunos intercambios corteses más el señor Vincey entendió el mensaje. No fue hasta que se levantó y cogió la correa que me di cuenta que el gato yo no estaba conectado al otro extremo de la misma. El collar colgaba vacío.

Con una exclamación de divertido disgusto el señor Vincey examinó la habitación.

—Ahora, ¿a dónde ha ido? Parece decidido a avergonzarme ante usted, señora Emerson. Le aseguro que nunca ha hecho esto antes. Si me perdona... —Frunciendo los labios, dejó escapar un silbido agudo y dulce.

El gato salió rápidamente de debajo de la mesa del desayuno. Evitando la mano extendida de Vincey saltó a mi regazo, donde se acomodó y comenzó a ronronear. Estaba claro que los esfuerzos por quitármelo de la falda sin daños serían en vano, ya que el primer intento del señor Vincey dio lugar a un gruñido y una inserción delicada pero real de garras afiladas. Le rasqué detrás de la oreja, relajando su agarre, giró la cabeza hacia atrás y dejó escapar un ronroneo reverberante.

—La criatura demuestra un gusto excelente —dijo Emerson secamente.

—Nunca le he visto comportarse de esta manera —murmuró el señor Vincey, mirando fijamente—. Casi me animo a pedirles un favor.

—No vamos a adoptar a más animales —declaró Emerson con firmeza. Le hizo cosquillas al gato bajo su barbilla. Éste le lamió los dedos—. Bajo ninguna circunstancia —continuó Emerson. El gato golpeó su mano con la cabeza.

—Oh, yo nunca renunciaría a mi fiel amigo —exclamó Vincey—. Pero estoy a punto de salir de Egipto, un viaje corto a Damasco, donde un amigo mío ha solicitado mi ayuda en un asunto personal. Me he estado preguntando dónde encontrar un hogar temporal para Anubis. No tengo tantos amigos para imponerlo.

No había ninguna autocompasión en esta última declaración, sólo una fortaleza varonil.

Me conmovió. La vanidad también tuvo algo que ver en mi respuesta. La aprobación de un gato no puede dejar de halagar a los receptores.

—Podríamos ocuparnos de Anubis durante algunas semanas, ¿verdad, Emerson? Echo de menos a Bastet más de lo que esperaba.

—Imposible —declaró Emerson—. Estamos a punto de marcharnos de El Cairo. No se puede llevar a un gato a Luxor.

Una vez que el asunto se resolvió, el gato no puso ninguna objeción a ser retirado. Era casi como si hubiera entendido y aprobado los arreglos. El señor Vincey se iba al día siguiente así que se comprometió a entregar a Anubis a la mañana siguiente. Esto ocurrió así, y por la tarde Emerson, el gato y yo tomamos el tren nocturno a Luxor.

El gato no fue un problema. Se irguió en el asiento frente al nuestro, mirando por la ventana como un pasajero amable fingiendo no escuchar nuestra conversación. Esa conversación no estuvo, siento tener que decir, tan libre de asperezas como podría haber estado. Admito que la culpa fue mía. Estaba de un estado de ánimo irritable. Esto no tiene nada que ver con mi descubrimiento al llegar a la estación de que Emerson había, sin que yo lo supiera, invitado a Abdullah y Daoud para que nos acompañaran. Nuestro experimentado capataz podría ser de gran ayuda, sobre todo en Luxor, donde había nacido y donde todavía tenía hordas de parientes. No había ninguna razón sensata por la que debería sentirme resentido por la presencia de Abdullah. Después de que nos ayudaran con el equipaje, él y Daoud fueron a buscar sus propios lugares.

—No entiendo por qué tenías tanta prisa por salir —le dije—. El señor Vandergelt llegará a El Cairo en unos días, podríamos haberle esperado y viajado con él.

—Ya lo has dejado claro antes, Peabody. Y te contesté que no

veía sentido en perder el tiempo en El Cairo durante un período indefinido. Vandergelt es un vagabundo sin esperanza, que tendrá que asistir a fiestas y hacerles ojitos a las damas. Además, viajará al sur en su maldita *dahabiyya*.

—Fue amable de su parte ofrecernos su casa mientras estemos en Luxor.

—No le cuesta nada.

—¡Qué ingrato eres!

Y así sucesivamente. No ocurrió nada de más interés, ni siquiera después de que el portero nos preparara nuestras literas, ya que los alrededores no incitaban a una muestra de afecto conyugal y Emerson afirmó que el gato estaba mirando.

—Está en el suelo, Emerson. No es posible que nos vea, o tú a él.

—Puedo sentirle mirando —dijo Emerson.

Sin embargo, me desperté temprano para ver el beso del sol naciente tiñendo de rosa los acantilados del oeste, un espectáculo que no deja de levantarme el ánimo. Un intercambio de saludos cariñosos con mi marido (que tomó la precaución de cubrir con una sábana al gato durmiente antes de proceder) completaron la cura. Fuimos directamente desde la estación hasta el muelle y alquilamos un barco para que nos llevara a nosotros y a nuestro equipo a la orilla oeste.

Sólo una persona carente de imaginación, y totalmente deficiente en apreciación artística, podría dejar de sentirse conmovido por la visión que llenó mis ojos cuando me senté en la proa con las grandes velas hinchadas por encima de nosotros y la brisa de la mañana alborotó mi cabello. En la orilla opuesta, la cinta color esmeralda de los campos y el follaje bordeaba el río; más allá yacía el desierto, la tierra roja de los textos antiguos, y más allá de esa extensión pálida y estéril se elevaban los acantilados del desierto, a través de los cuales el Nilo había cortado su camino desde la prehistoria. Poco a poco, aparecieron entre la niebla formas más visibles quizá a la imaginación que a la vista: castillos mágicos alzándose desde la espuma, como había descrito el poeta... en ruinas, pero muros majestuosos de los templos antiguos.

(Tras realizar investigaciones adicionales encontré que la cita no es del todo exacta. Sin embargo, mi versión capta mejor la impresión que estaba tratando de transmitir.)

Lo más destacado de los templos, al menos en mi opinión, eran las columnatas de Deir el Bahari, el templo funerario de la gran faraona Hatshepsut. No muy lejos de allí había una estructura más moderna, invisible a mis ojos pero muy clara en mi memoria. Baskerville House, el escenario de una de nuestras aventuras detectivescas más extraordinarias. Ahora era una ruina desolada y abandonada, ya que el actual Lord Baskerville se había negado a su conservación, y no era de extrañar, teniendo en cuenta el horrible destino que había tenido su predecesor mientras residió allí. Se la había ofrecido a Cyrus Vandergelt, pero los recuerdos de este último de la casa malhadada no eran más agradables que los suyos.

—Yo no pondría un pie en ese lugar maldito ni por un millón de dólares —así fue como Cyrus lo expuso en su pintoresco idioma americano.

Cyrus se había construido una casa propia cerca de la entrada al Valle de los Reyes. El dinero no era problema para él, y debo decir que su casa era más notable por la extravagancia que por el buen gusto. Se encontraba en un alto que se cernía sobre el valle, mientras nuestro carruaje se acercaba, Emerson estudió las torres, torretas y balcones con disgusto, y señaló:

—Es un monumento a la extravagancia y al mal gusto. Confío en que no lo tomarás como modelo, Amelia.

—Supongo que el señor Vandergelt se inspiró en los castillos de los cruzados. Hay un buen número de ellos en Oriente Medio.

—Eso no es excusa. Bueno, supongo que tendré que soportarlo. —Personalmente no me resulta difícil "soportar" cómodas habitaciones limpias y un servicio excelente. Cyrus mantenía siempre un mínimo de personal en la residencia, el portero nos saludó con la seguridad que esperábamos y nuestras habitaciones estaban listas. Eran tan elegantes como las de cualquier otro hotel moderno. Bellas alfombras orientales cubrían los suelos. Ventanas y puertas estaban equipados con mosquiteras para mantener alejados a los insectos, y las habitaciones estaban frescas por el método conocido desde la Edad Media: jarras de barro porosas colocadas en las *mashrabiyyas* detrás de las ventanas.

Después de preguntarnos a qué hora nos gustaría que se sirviera el almuerzo, el mayordomo se inclinó y se marchó, yo comencé a quitarme el manchado traje de viaje. Emerson merodeaba alrededor

abriendo roperos e investigando armarios. Emitió un gruñido de satisfacción.

—Vandergelt no es tonto para ser americano. Tiene una buena cerradura sólida en este armario. Justo lo que esperaba encontrar.

Del pequeño estuche de viaje que había llevado en su propia mano desde El Cairo sacó la caja que contenía los cetros y los guardó cuidadosamente, metiéndose la llave en el bolsillo del pantalón después de cerrar el armario. Oí el chapoteo del agua en el cuarto de baño contiguo, los sirvientes no habían llenado la bañera, así que me envolví en una bata y me senté a esperar a que terminaran. Nos habían traído bebidas frías y una variedad de pastelitos así que me serví un vaso de soda.

—¡Menudo escándalo estás montando con esos cetros! Si hubiera tenido alguna idea de que se adueñarían de tu mente como parecen haber hecho, te habría sugerido que los "descubrieras" la primavera pasada, mientras estábamos en Napata. Ése es el lugar más lógico para que los encuentren, después de todo.

—¿Crees que no lo consideré? No soy tan tonto como crees.

—Vamos, Emerson, cálmate. No quería dar a entender...

—Este descubrimiento en Napata habría atraído a todos los cazadores de tesoros de África y despertado la codicia de los nativos. Habrían destrozado las pirámides.

—No queda mucho de ellas ahora —señalé.

Emerson lo ignoró. Caminando furiosamente con las manos entrelazadas a la espalda, continuó:

—Había otra consideración por la que quería que el "descubrimiento" estuviera separado en el tiempo de la reaparición Nefret. Si estos objetos son encontrados en Tebas no pueden estar conectados con la ciudad perdida de Willy Forth.

Vi el sentido de su razonamiento y lo confesé con franqueza. Eso le puso de mejor humor y, cuando un golpe en la puerta anunció que el baño estaba listo, me dispuse a tomarlo.

Después de comer nos pusimos nuestra ropa de trabajo y nos dirigimos al Valle, acompañados por Abdullah, Daoud y el gato. Abdullah no era un particular admirador de los gatos, y vio a éste con malos ojos. Anubis respondió como hacen los gatos, prodigando su atención al pobre Abdullah, rodeando sus tobillos, saltando ante él saliendo de su escondite de manera coqueta, fingiendo (creo que

estaba fingiendo) atacar el borde de su túnica. Abdullah intentó varias veces darle una patada (lo hizo cuando pensaba que yo no estaba mirando, pero sí lo estaba). Huelga decir que su pie nunca conectó.

Aunque habría preferido prescindir de Abdullah y Daoud, por no mencionar al gato, la expedición no pudo no encantarme. Ver a Emerson en el traje que mejor le sienta, los mechones negros brillando al sol, mostrando sus antebrazos bronceados y musculosos debajo de las mangas enrolladas de su camisa, caminar paso a paso con él, ágil con mis cómodos pantalones, escuchar el tintineo musical de las herramientas que colgaban de mi cinturón y agarrar el mango robusto de mi sombrilla. Las meras palabras no pueden capturar la emoción de esa experiencia.

En lugar de seguir la ruta turística, nos pusimos en marcha a lo largo del sendero lleno de curvas que lleva al noroeste. El Valle de los Reyes —*Biban el Muluk*, literalmente "Puertas de los Reyes" en árabe— no es un valle, sino dos. El más visitado es el valle oriental, donde se encuentran la mayoría de las tumbas reales del Imperio. Ha sido popular entre los turistas y exploradores desde la época griega, y en nuestra época se había vuelto demasiado masificado para nuestra comodidad, gracias a esos comerciantes emprendedores como el señor Cook, cuyos vapores llevaban a cientos de visitantes ociosos a Luxor cada temporada.

Se requeriría más que una multitud inadecuadamente vestida y locuaz para robar al valle oriental su grandeza, pero en mi opinión el valle occidental es aún más impresionante. El "Valle" no es realmente una palabra apropiada, ya que sugiere que la depresión es verde y fértil regada por un río o un arroyo. Estos cañones, o "*wadis*" como los árabes los llaman, son tan rocosos y desnudos como el propio desierto. Seguimos un camino sinuoso que conducía a través de fantásticas formaciones rocosas hasta una cuenca, llena de fina arena blanca y rodeada de acantilados de resistente piedra caliza. El único color era el del cielo azul en lo alto, no crecía nada verde, ni siquiera una mala hierba o una brizna de hierba para refrescar la vista.

Sin embargo, alguna vez hubo agua de sobra en este anfiteatro árido. Los *wadis* fueron cortados a través de la piedra caliza de los acantilados en la prehistoria, cuando el desierto florecía como una

rosa y las inundaciones caían en cascada por las colinas de Tebas hacia el río. Todavía están sujetos a raras pero violentas inundaciones que arrastran los residuos por los valles y se meten en las tumbas.

Un escorpión que se escabulló de mi pie, un insecto, y un halcón que volaba en lo alto eran las únicas criaturas vivas a la vista, a pesar de las manchas oscuras claramente visibles sobre la piedra caliza blanqueada por el sol, que marcaban los lugares de nidificación de los murciélagos. Las paredes de roca se elevaban a lo alto pero no de forma suave, cientos, no, miles de huecos y grietas, salientes y cuevas convertían los acantilados en un calado irregular de piedra. El silencio era absoluto, ya que la arena silenciaba incluso el sonido de los pasos. Uno tenía una reticencia inquietante a romper ese silencio.

Lo rompí yo, pero no hasta después de que Abdullah y Daoud se hubieran alejado para investigar una grieta prometedora. Ninguno de ellos sabía el verdadero propósito de ese día. No habíamos llevado a nuestros leales hombres con nosotros a Nubia, habría sido imposible transportarlos a ellos y los suministros para un grupo tan grande a esa conflictiva región, y no sabían más de nuestras actividades del invierno anterior de lo que sabía el público en general. La posibilidad de mantener el secreto aumentaba en proporción inversa al número de personas que conocían el secreto.

—El lugar es ciertamente remoto y suficientemente privado para nuestros propósitos —le dije—. ¿Pero es un punto probable en el que encontrar cetros reales cushitas?

—La egiptología está llena de misterios sin resolver —sentenció Emerson—. Les daremos otro a nuestros colegas y dejaremos que debatan eternamente cómo estos objetos notables podrían haber encontrado su camino hacia una grieta en la roca.

—Botín de los ladrones —le sugerí, disparando mi imaginación —. Ocultos por un ladrón sin escrúpulos que no quería que sus socios participasen en las ganancias, y que no pudo regresar a por ellos, por accidente o arresto.

—Esa será la explicación aceptada, sin duda. Pero ¿dónde los encontraron los ladrones? Puedo escuchar a Petrie y Maspero discutir la cuestión durante los próximos veinte años.

Sus ojos brillaban con diversión. Sentí que estaba empezando a

gustarle su truco un poco demasiado.

—Es una lástima que tengamos que hacer esto —dije.

Emerson "borró la sonrisa de su rostro", como dice la expresiva frase estadounidense.

—No creerás que me gusta, ¿verdad? —No me dio la oportunidad de responder, ya que continuó—. La verdad es imposible en este caso, y no siempre es suficiente para poner fin a la tonta especulación. No te olvides de la momia de la tumba real de Amarna. Le di a Newberry los hechos del asunto la otra noche, pero no creo que se acabe la especulación por el momento. Graba mis palabras, las revistas académicas de los próximos años van a repetir el rumor de que la momia de Akenatón fue encontrada en Amarna. Y, además...

—Sí, querido —le dije con dulzura, porque reconocí los síntomas de alguien que protesta demasiado. El engaño era una anatema para ese cerebro claro y sincero, pero él tenía razón, ¿qué otra cosa podía hacer?—. ¿Cuál será tu teoría? —le pregunté.

—Otro alijo de momias reales, mi querida Peabody. Hasta el momento han sido localizados dos de ellos, así como una colección de los sumos sacerdotes de las dinastías posteriores. Sin embargo, aún son deficientes en sacerdotisas. ¿Dónde están las tumbas de las esposas del dios Amón, los adoradores del Dios que gobernaron Tebas durante las dinastías XXV y XXVI? Varias de ellas fueron princesas cushitas. —Emerson se giró, protegiéndose los ojos con la mano y examinó los acantilados que rodeaban el valle, como lados astillados de un gigantesco recipiente—. Esto no es un lugar poco probable para las tumbas originales.

—Ninguna tumba tardía se ha encontrado por aquí —objeté—. ¿Y no estamos postulando un reenterramiento, un grupo de momias escondido después de que los ladrones violaran sus tumbas? Los otros escondites estaban situados cerca de Deir el Bahari.

—Los reentierros se hicieron en las dinastías XXI y XXII —replicó Emerson—. Los cushitas no aparecieron hasta mucho más tarde. ¿Por qué pones objeciones? Tenemos que hacer algo con las malditas cosas y a menos que puedas sugerir una alternativa mejor...

Con la estimulación de tal debate, aunque moralmente cuestionable, pasamos las siguientes horas inspeccionando los

contornos de la base de los acantilados, trepando por las laderas rocosas. El calor era intenso y consumimos cantidades del té frío que Daoud llevaba consigo. Anubis se negó a beber incluso el agua que yo había traído, pero se las arregló para golpear la taza de Abdullah y mancharle las faldas con el té. Después de eso, el gato se fue a explorar por su cuenta, o más probablemente, a cazar.

Emerson había traído consigo copias de los planos del valle hechas por estudiosos anteriores. Disfrutó mucho encontrando errores. Abdullah y Daoud buscaron señales de tumbas desconocidas.

Al igual que la mayoría de cacerías del tesoro, fue infinitamente atractiva y relativamente descorazonadora, la roca estaba tan llena de agujeros como un colador. Algunas personas tienen, o desarrollan, un instinto aparentemente extraño con estas cosas. Belzoni, el extravagante forzudo italiano que fue uno de los primeros en trabajar en el Valle de los Reyes, tenía un talento extraordinario para la localización de las entradas ocultas de las tumbas. Fue un ingeniero hidráulico y uno de los primeros en darse cuenta de que las inundaciones, que eran más comunes en su época que ahora, podían dejar evidencia de hundimientos y desplazamientos. Abdullah y Daoud no eran ingenieros, pero eran descendientes de los maestros ladrones de tumbas de Gurnah, que habían localizado más tumbas que todos los arqueólogos juntos. Cualquier hueco entre las rocas podría indicar la entrada a una tumba, o podría indicar sólo un hueco natural. Investigamos varios de tales huecos y un montón de piedras como las que Belzoni menciona en su descripción del descubrimiento de la tumba del rey Ay, en este mismo valle, todo ello sin resultado, que era lo que esperábamos.

—¿Echamos otro vistazo a la tumba de Ay? —preguntó Emerson, indicando la abertura que se abría tristemente en lo alto.

—Sólo la visión me deprime. Se encontraba en un estado tan miserable la última vez que la visitamos que estoy segura de que se ha deteriorado aún más. Pero eso se puede decir de todas las tumbas y todos los monumentos de Egipto. Es difícil decidir dónde concentrar nuestros esfuerzos, hay mucho por hacer. —No fue hasta que el atardecer estiraba los dedos brillantes por el cielo que volvimos sobre nuestros pasos hacia la casa. (Debo añadir que es

alegre el sonoro nombre de “Casa de las Puertas de los Reyes”, pero esta denominación aparece sólo en los papeles de Cyrus. Los europeos se refieren a ella como “Casa Vandergelt”, y los egipcios como “El Castillo del Amerikani”).

El valle principal estaba desierto, los turistas y los guías se habían ido hacia los embarcaderos desde donde los barcos les cruzaban a sus hoteles en la orilla oriental. Las sombras se espesaron. Emerson aceleró el paso. Oí ruido de piedras y un juramento ahogado en árabe de Abdullah, trotando detrás de nosotros; incluyó la palabra “gato”, por lo que deduje que Anubis le había hecho tropezar. El animal tiene un pelaje gris rojizo que se fundía tan bien con la luz del crepúsculo que era casi invisible.

Debió habernos adelantado después de eso, porque nos estaba esperando en la puerta.

—Ya ves —exclamé—. Mi método es eficaz después de todo.

—Humm —dijo Emerson. Se había burlado de mí cuando froté las patas del gato con mantequilla durante el almuerzo según el método clásico y tradicional de entrenamiento para que permaneciera en un nuevo hogar. También había señalado que Vandergelt podría no agradecernos si convertíamos a Anubis en un residente permanente. Le respondí que haríamos frente a esa dificultad siempre y cuando surgiera.

Había pedido que sirvieran la cena temprano ya que esperaba convencer a Emerson para dar un paseo a la luz de la luna, sin Abdullah y Daoud. Sin embargo, cuando se lo propuse se negó. Nos retiramos a la biblioteca, Vandergelt tenía una de las mejores colecciones de obras de egiptología del país, y Emerson sacó su pipa.

—Peabody —dijo—, ¿quieres venir aquí?

Se había sentado en el sofá, una gran estructura de estilo turco con gran cantidad de almohadas blandas.

Yo había elegido una silla de respaldo recto y tenía un libro.

—No, gracias, Emerson, prefiero esta silla.

Emerson se levantó. Cogió la silla conmigo en ella y me llevó al extremo del sofá donde la dejó con un golpe seco.

—Me inclino ante tus deseos, mi querida Peabody.

—Oh, Emerson —empecé, y luego, mientras él se cernía sobre mí, con los puños en las caderas y los labios curvados, no pude

menos que sonreír. Me levanté y tomé mi lugar en el sofá.

—Así está mejor —dijo Emerson, uniéndose a mí y rodeándome los hombros con un brazo—. Es mucho más fácil. Además, no quiero que me escuchen.

El gato saltó al otro extremo del sofá y se sentó. Sus ojos verdes nos miraban sin pestañear.

—Anubis está escuchando —le dije.

—Seamos serios, Peabody. Quiero que me prometas algo. No te lo ordeno, te lo pido.

—Ciertamente, mi querido Emerson. ¿Qué es?

—Dame tu palabra de honor de que no vas a pasear extravagante por los acantilados, o por cualquier otro sitio extravagante. Si recibes un mensaje pidiendo ayuda, o la oferta de mostrarte dónde se esconde una antigüedad valiosa...

—¿Por qué, Emerson, me haces sonar como una tonta heroína gótica en lugar de la mujer sensata, racional, que sabes que soy? ¿Cuándo he hecho algo así?

Emerson separó los labios y la indignación frunció su noble ceño, pero la experiencia le había enseñado que contradecir mis afirmaciones sólo conducía a más discusiones, no al asentimiento que quería.

—Déjame ponerlo de esta manera. Tienes una desconcertante confianza en ti misma, Peabody. Cuando estás armada con tu sombrilla te consideras capaz de derrotar a cualquier número de adversarios. ¿Tengo tu palabra?

—Si tú me das la tuya en el mismo sentido. —Emerson juntó las cejas. Continué—. Tú tienes una desconcertante confianza en ti mismo, Emerson, te consideras capaz de...

Riendo, Emerson paró mi discurso de una manera que me pareció especialmente agradable. Pero fue un abrazo más bien corto, la mirada sin pestañear del gato parecía molestarle porque le miró con inquietud antes de hablar otra vez.

—Los casos no son iguales, Peabody, pero estoy dispuesto a tomar algunas precauciones. Espero que no creas que he declinado tu invitación de caminar a la luz de la luna porque la idea me pareciera desagradable. No. No vamos a salir de noche hasta que este asunto se resuelva.

—¿Qué asunto?

—Oh, vamos, Peabody. Por lo general eres la primera en encontrar ominosos presagios de desastre en los accidentes que nos ocurren. Las pruebas no eran concluyentes en el momento que discutimos por primera vez la situación, pero ahora están empezando a acumularse. La búsqueda en nuestra habitación, tres intentos de asalto o secuestro en menos de una semana...

—¿Tres? Sólo puedo pensar en dos.

Emerson quitó el brazo y se inclinó hacia adelante, alcanzando su pipa.

—El incidente en Meidum tenía ciertas características interesantes.

Al principio no podía pensar qué quería decir. Luego me eché a reír.

—¿Ese tonto joven alemán disparando a la gacela? Te lo dije, Emerson, la bala ni se me acercó. Considera, además, que sólo un loco podría intentar matarme a plena luz del día con testigos por todas partes. El éxito equivaldría a un suicidio para el asesino, ese carácter iracundo tuyo te habría a empujado a exigir retribución inmediata en el lugar. ¡Oh, es demasiado absurdo!

—Más bien me inclino a considerar al joven como un ángel de la guarda —dijo Emerson lentamente—. ¿Qué pasó con el trabajador que te prometió una tumba desconocida, Peabody? Nunca lo volví a ver.

—Estaba asustado.

—Bah. Parece ser que es a ti, querida, a quien estas personas desconocidas están buscando.

—Los tres hombres que te atacaron en el jardín...

—Te lo dije, fueron extraordinariamente suaves-dijo Emerson con impaciencia—. El ataque podría haber sido diseñado para asegurarse de que yo estuviera fuera del camino cuando mi doble te engañara. Tiene que haber algún motivo subyacente a todos estos eventos, y no puedo pensar en nada que hayamos hecho recientemente que pueda inspirar los intereses del elemento criminal... salvo encontrar la ciudad perdida de oro de Willy Forth.

—Seguro que estás saltando a conclusiones injustificadas, Emerson. Tú y yo podríamos ser capaces de tejer vagas insinuaciones y pistas dispersas, y llegar a la conclusión correcta: que las fantasías de Willoughby Forth eran ciertas y que localizamos

su tesoro. Pero, ¿quién más es capaz de razonar tan brillantemente?

Emerson giró la cabeza lentamente, tal y como Bastet gira la cabeza cuando tiene la intención de saltar sobre una víctima inconsciente. Me miró fijamente a los ojos.

—No, Emerson —exclamé—. No puede ser. No le hemos visto ni hemos oído hablar de él durante años.

—Sólo un hombre —dijo Emerson— tiene lejanas fuentes de información cubriendo el mundo... como una tela de araña. Creo que dijiste una vez que está familiarizado con el mundo de la arqueología, sus practicantes, su historia y sus leyendas, tiene buenas razones para odiar a uno de nosotros y mejor aún, causar...

—Mi secuestrador no era el Maestro del Crimen, Emerson. Apenas puedo equivocarme, después de todo estuve en íntima e indeseada proximidad con el hombre bastante tiempo.

Admito que no fue lo más discreto que podría haber dicho. La respuesta de Emerson consistió en una serie de improperios, entre ellos varios que me eran desconocidos. Me llevó mucho tiempo y esfuerzo calmarlo. Mis esfuerzos tuvieron tanto éxito que me vi obligada a recordarle, después de un rato, que las ventanas no tenían cortinas y los sirvientes no se habían ido a la cama.

—Vamos a darles ejemplo, entonces —dijo Emerson, atrayéndome y poniéndome de pie. A medida que avanzábamos por las escaleras dijo pensativo—. Tal vez tengas razón, Peabody. Todavía estoy inclinado a ver la mano mortal, otra de tus frases literarias, ¿no es así? La mano mortal de Sethos en todas partes. Puedes no equivocarte en la identidad de nuestro rival, pero mi teoría sobre el motivo detrás de estas atenciones es firme. Haría falta un arqueólogo o un gran estudioso de la arqueología para juntar las pistas.

—Estoy segura de que no fue el señor Budge quien intentó secuestrarme, Emerson.

Mi pequeña broma tuvo el efecto deseado. Con una sonrisa, Emerson me llevó a nuestra habitación y cerró la puerta.

* * *

Durante los siguientes tres días trabajamos en el Valle Occidental. Fueron días felices, nada perturbó la paz de la productividad de nuestro trabajo, excepto los visitantes arqueológicos ocasionales que habían oído hablar de nuestra

presencia y, como Emerson dijo, venían a averiguar lo que estábamos haciendo, y el gato Anubis, que parecía decidido a conducir a Abdullah al felinocidio. Traté de consolar a nuestro afligido capataz.

—Le gustas, Abdullah. Es todo un cumplido. La gata Bastet nunca te prestó tal atención.

Frotándose la cabeza, que había entrado en doloroso contacto con una piedra cuando el gato saltó de repente sobre su hombro, Abdullah siguió sin estar convencido.

—Ésa no es una gata común, como todos sabemos, ¿acaso no habla con el joven señorito y presta atención a sus órdenes? Éste es un siervo del mal, mientras que la gata Bastet es un servidor del bien. Su nombre es un mal presagio, ¿no era Anubis el dios de los cementerios?

La vigilancia de Emerson se fue relajando según pasaban los días sin ningún incidente alarmante. A pesar de su aislamiento, el Valle occidental era más seguro que cualquier otra ciudad. Nadie podía aproximarse sin ser observado mucho antes de acercarse a nosotros.

Al final del tercer día, Emerson anunció que casi habíamos completado la tarea para la que habíamos venido. Habíamos corregido numerosos errores en el plano actual del Valle y localizado varios sitios prometedores que garantizaban una investigación adicional, incluyendo uno que ofrecía un refugio adecuado para los cetros. Abdullah se alegró de saber que casi estábamos terminando. La cartografía no era una de las actividades favorita de Abdullah. Como su maestro, prefería cavar.

—¿Cuánto más? —preguntó cuando empezamos de nuevo.

—Una semana en el exterior —dijo Emerson. Echándome un vistazo, añadió provocativamente—. Vandergelt *Effendi* estará disponible muy pronto. Quiero estar fuera de su casa antes de que llegue.

Habíamos recibido un telegrama de Cyrus el día anterior, anunciando su inminente llegada a El Cairo y diciendo que esperaba vernos en breve.

—Tal vez —dijo Abdullah con esperanza— el gato se quede aquí con el *Effendi*.

—Esa es una dificultad —coincidió Emerson—. Vamos a acampar en Amarna, no podemos molestarnos en alimentarlo y

cuidarlo.

Un traqueteo de rocas y un chillido patéticamente abreviado precedió a la aparición de Anubis, con una forma inerte de color marrón en la boca.

—No necesitas preocuparte por alimentarlo —le dije.

Abdullah dijo algo en voz baja. Daoud, un hombre grande y silencioso, cuya placidez rara vez se agitaba, miró con inquietud al gato y retorció los dedos en el gesto ritual diseñado para alejar el mal.

El gato desapareció con su presa y nos quedamos en silencio un rato. Luego Abdullah dijo:

—Esta noche hay una fantasía en la casa del hermano de mi padre. Es en honor de mi visita a la casa de mis padres, pero sería un honor mayor, si el Padre de las Maldiciones y Sitt Hakim fueran.

—Sería un honor —dijo Emerson, como la cortesía exigía—. ¿Qué dices, Peabody?

La idea me atrajo. Estaba ansiosa por conocer al tío de Abdullah, tenía cierta reputación en la zona de Luxor. Nacido y criado en Gurnah, el famoso pueblo de hereditarios ladrones de tumbas de la orilla occidental, había adquirido, por medios que a nadie le importaban, riqueza suficiente para comprar una buena casa en la orilla este a las afueras de Luxor. El orgullo familiar le obligaría a contratar a los mejores artistas para su fantasía.

El entretenimiento de esas fiestas consistía principalmente en música y baile. Al principio había encontrado la música egipcia dolorosa para mis oídos, las voces de los cantantes se deslizaban arriba y abajo una escala más limitada, y los instrumentos musicales son primitivos para los estándares occidentales. Sin embargo, como con la mayoría de las formas de arte, la exposición prolongada aumenta la apreciación. Ahora podía escuchar con relativo disfrute el canto nasal y el acompañamiento de la flauta y la cítara, la pandereta y el *zemr* (una forma de oboe). El ritmo insistente de los tambores (de los cuales hay muchas variedades) tenía un efecto particularmente interesante.

Acepté la invitación con apropiadas expresiones de gratitud. Tomando el brazo de Emerson, dejé que los demás se adelantaran antes decir en voz baja:

—¿Has cancelado tu prohibición de las actividades nocturnas,

entonces? Nada ha ocurrido desde que llegamos a Luxor...

—Me he asegurado de que no —respondió con altivez Emerson —. Sin embargo, ésta no es el tipo de actividad nocturna que me preocupaba. Desafío a los más audaces de los secuestradores a atraparte cuando tienes tres defensores. —Al ver mi expresión, porque sabe cómo me disgusta ser considerada una mujer indefensa, agregó—. Podríamos cenar en el hotel y dejarnos caer en la actuación más tarde. Carter se encuentra en Luxor, me gustaría tener una charla con él y prepararlo para el gran descubrimiento que estamos a punto de hacer.

Así lo organizamos. Enviamos un mensaje a Howard invitándole a cenar con nosotros en el Hotel Luxor, y cuando el sol se ponía subimos a bordo de la falúa que nos llevaría a través del río. Abdullah y Daoud parecían emires con sus mejores túnicas y los turbantes más enormes, la larga barba blanca del primero había sido lavada hasta que brillaba como la nieve. Nos correspondía a nosotros dar un espectáculo igual de impresionante. Emerson aceptó esa necesidad, aunque comentó de mal humor, mientras yo intentaba atarle la corbata, que se sentía como un niño pequeño al que llevan a visitar a los padrinos ricos.

La pasarela, que servía como remo cuando no había viento, había sido retirada y nos deslizamos fuera del muelle cuando una larga forma sinuosa saltó al barco. En la creciente oscuridad fue difícil distinguir de inmediato de qué se trataba. Emerson soltó un juramento y trató de empujarme hacia el fondo sucio de la embarcación, y Abdullah se habría caído del asiento si Daoud no le hubiera atrapado. Me resistí a los esfuerzos de Emerson, ya que por supuesto yo había identificado de inmediato al último pasajero.

—Es sólo el gato —dije en voz alta—. Abdullah, por piedad, deja de revolverte. Arrugarás tu hermosa túnica.

Abdullah nunca había insultado en mi presencia. No lo hizo ahora, pero su voz sonaba como si se estuviera estrangulando con epítetos reprimidos.

—Maldición —dijo Emerson—. Qué fastidio. Me niego a llevar un gato a comer a Luxor, Amelia.

—Tíralo por la borda —ofreció Abdullah.

No hice caso de esta sugerencia, como Abdullah sin duda esperaba.

—No tenemos tiempo de llevarlo a la casa. Tal vez el barquero tenga un poco de cuerda que podamos usar como correa.

—No estoy de acuerdo en arrastrar a los gatos con correa como se hace con un perro —declaró Emerson con firmeza—. Son criaturas independientes que no merecen ese trato. —El gato caminaba por el banco, en equilibrio como un acróbata y se instaló a su lado—. Tanto escándalo por un gato —se quejó Emerson, rascando a Anubis debajo de la barbilla—. Si se aleja, simplemente tendrá que valerse por sí mismo.

Emerson y yo a menudo atraemos mucha atención cuando aparecemos en público. Espero no ser acusada de vanidad cuando digo que en esta ocasión no era de extrañar que todos los ojos se sintieran atraídos hacia nosotros, mientras entrábamos en el salón comedor del hotel cogidos del brazo. La altura espléndida de Emerson y los rasgos rudamente guapos estaban resaltados por el marcado negro y blanco de su traje de noche y caminaba como un rey. Me imaginé que yo también me veía bastante bien. Sin embargo, sospechaba que algunas de las miradas con los ojos abiertos centradas en nosotros y la risa ahogada que recorrió la sala, fueron causadas por algo más que admiración. Anubis se había negado a quedarse en el vestuario. Caminaba detrás de nosotros con una dignidad igual a la de Emerson, cola erguida, mirada al frente. Su expresión también tenía un asombroso parecido con la de Emerson. La frase "bien educado desprecio" me vino a la mente.

Se comportó mejor que algunos de los invitados. Un grupo de jóvenes de sexo masculino (que no merecían el nombre de "caballeros") de una mesa cercana habían bebido claramente demasiado. Uno de ellos se inclinó tanto en su silla para ver al gato que se cayó al suelo. Sus compañeros estuvieron más divertidos que avergonzados por esta actuación, con aplausos y comentarios con los acentos de los impetuosos jóvenes de América, quienes le levantaron y lo devolvieron a su lugar.

—Bien hecho, Fred —dijo uno de ellos—. Muestra a esta gente cómo se cae un deportista.

Howard llegó a tiempo de ver el final de esta actuación.

—Tal vez la señora Emerson quiera cambiarse a otra mesa —sugirió, mirando de reojo la estridente fiesta.

—A la señora Emerson no le molestan los alborotadores —dijo

Emerson, llamando al camarero. Se dirigió a esta persona en un tono lo bastante alto como para ser oído en todo el salón comedor —. Por favor, informe al administrador de que si no saca a esta gente de aquí de inmediato, los sacaré yo mismo.

Los jóvenes fueron sacados debidamente.

—Ya ve —dijo Emerson, sonriendo a Howard de una forma amable—. Esa es la manera de lidiar con estos asuntos.

Tuvimos que explicar lo de Anubis, quien quiso anunciar su presencia a Carter husmeando fuertemente la pernera del pantalón.

Supongo que el sonido y la sensación que lo acompañaron debieron ser un poco sorprendentes para alguien que no sabía que había un gato debajo de la mesa. Una vez que la situación se hizo evidente, Howard se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Debería haber aprendido a no sorprenderme por cualquier cosa que usted y el profesor hacen, señora Emerson. Como hacerse cargo de la mascota del pobre Vincey. Está fanáticamente unido al gato y no se lleva bien con la mayoría de la gente.

—Dado que se refiere a él como "pobre Vincey", supongo que es de la opinión de que ha sido tratado injustamente —pregunté.

Howard parecía un poco incómodo.

—No conozco la verdad de la cuestión. No creo que nadie lo sepa. Es un tipo agradable, muy agradable, no sé nada de su descrédito, excepto... Pero es sólo un chisme, y no el tipo de cosa que debo mencionar en su presencia, señora Emerson.

—Ah —dije, haciendo un gesto al camarero para que volviera a llenar el vaso del joven—. ¡*Cherchez la femme*! ¿O son *les femmes*?

—El plural, definitivamente —dijo Howard. Llamó la atención de Emerson y añadió rápidamente—. Chismes, como ya he dicho. Esto... díganme cómo les va en el Valle. ¿Alguna noticia de tumbas?

Durante el resto de la comida nos limitamos a los chismes profesionales. Emerson se divertía, tentando a nuestro joven amigo con insinuaciones misteriosas y negándose a profundizar en ellas. Howard estaba a punto de explotar con curiosidad cuando Emerson sacó el reloj y le rogó que nos excusara.

—Uno de nuestros amigos está dando una fantasía en nuestro honor —explicó, estirando un poco la verdad—. No debemos llegar demasiado tarde.

Nos despedimos en la puerta del hotel. Howard partió a pie,

silbando alegremente, y nosotros cogimos un carruaje. La calle principal de Luxor, bordeada de hoteles modernos y ruinas antiguas, corre a lo largo del río, detrás está el pueblo típico, con calles de tierra desnuda y conjuntos de cabañas.

Ninguna premonición de desastre molestaba a mi mente. Estaba más preocupada por mis finas zapatillas de noche y las faldas que arrastraban, y con la distancia que teníamos que viajar. Esto no probaba, como algunos dicen, que tales presagios son sólo superstición, esto demuestra que en algunas ocasiones fallan. Hubiera querido que los míos hubieran elegido otra ocasión para fallar.

Dejamos las luces de los hoteles detrás y giramos al estrecho sendero entre los campos de caña de azúcar, más altas que la cabeza de un hombre alto. Las hojas susurraban suavemente en la brisa de la noche. De vez en vez, las luces de las casas de campo brillaban a través de los tallos. El aire de la noche era frío y refrescante, la mezcla de olores que definían a los pueblos egipcios: el olor de los burros, los fuegos de carbón y la falta de saneamiento, se desvanecieron para ser reemplazados por un olor más saludable al verde de los cultivos y la tierra fresca. El carruaje era abierto, el aire de la noche refrescaba mi cara, el golpeteo rítmico de los cascos de los caballos, el crujido de los asientos de cuero se mezclaba en un ambiente mágico de romance. Me apoyé en el hombro de Emerson y su brazo me rodeó. Ni siquiera la mirada fija del gato, en el asiento de enfrente, podría estropear el momento.

El paseo era popular entre los visitantes de Luxor, ya que era uno de los pocos caminos rurales lo suficientemente amplio como para conducir carruajes. Sólo nos cruzamos con otros dos y tuvimos que apartarnos para pasar.

El conductor miró hacia atrás, maldiciendo en árabe. Yo no podía ver lo que había detrás de nosotros, pero ya había oído los sonidos: el golpeteo de cascos al galope y un coro borroso de voces. Alguien nos estaba alcanzando y es de suponer que tenían la intención de adelantarnos, porque el ruido creció rápidamente.

—¡Por Dios! —exclamé, tratando de mirar por encima del alto respaldo del asiento.

—Es sólo un grupo de jóvenes turistas idiotas —dijo Emerson—. Hacen carreras en este tramo todo el tiempo. —Se inclinó hacia

delante y tocó el hombro del conductor—. Déjales pasar —dijo en árabe—. Hay un espacio allí adelante, más allá del muro.

El conductor obedeció, haciéndose a un lado en el último momento, y el otro carruaje nos adelantó con un estruendo. Gritos, vítores y un fragmento de una canción estridente nos saludó, alguien agitó una botella. Luego las luces del carruaje desaparecieron tras una curva del camino.

—Acabarán en la zanja si siguen a ese ritmo —dijo Emerson, acomodándose de nuevo.

Continuamos nuestro camino, llegando por fin a un área más densamente poblada. Era una mezcla extraña de humildes chozas y casas de paredes, con los campos abiertos entre ellas.

—Ya no falta mucho —dijo Emerson—. ¡Por Dios, tenía razón! ¿No es ése el carruaje que nos adelantó? En el hoyo.

—¿Paramos para ofrecer asistencia? —Pregunté.

—¿Por qué diablos deberíamos? Déjales que vuelvan caminando, les pondrá sobrios.

Él ya había comprobado, como yo, que el caballo no estaba herido. Esperaba pacientemente junto al camino, mientras los hombres trataban de enderezar el carruaje. Se estaban riendo y maldiciendo, estaba claro que nadie había resultado herido.

Les habíamos dejado a cierta distancia cuando de pronto el gato se enderezó en el asiento y se quedó mirando fijamente a la orilla del camino. Estábamos pasando ante un gran edificio de alguna clase, que parecía una bodega abandonada o una fábrica. Antes de que pudiera ver lo que había atraído la atención del gato, este se preparó y saltó fuera del carro.

—¡Maldita sea la bestia confundida! —gritó Emerson—. *Ukaf*, conductor, pare de una vez.

—Oh, Dios mío, nunca lo encontraremos en la oscuridad —me lamenté—. Aquí, Anubis. Aquí, gatito, gatito.

Dos astros brillantes aparecieron misteriosamente, a nivel del suelo.

—Ahí está —dijo Emerson—. Hay una puerta detrás de él, está buscando ratones, sin duda. Quédate aquí, Peabody. Voy tras él.

Antes de que pudiera detenerlo había saltado del coche. Luego, cuando ya era demasiado tarde, el reconocimiento del peligro me sacudió como un golpe en la cara. Cuando Emerson se agachó para

tomar al gato en sus brazos, la puerta se abrió. Vi a Emerson caer hacia adelante y escuché el ruido escalofriante del garrote que le había golpeado en la cabeza. Salvaje con aprensión con respecto a su destino, no podía ir en su ayuda, porque estaba totalmente ocupada en defenderme de los dos hombres que habían corrido hacia el carruaje. El conductor estaba boca abajo en el camino, un tercer hombre sujetaba la cabeza del caballo aterrorizado. Mi sombrilla de noche, ¡maldita fuera mi vanidad!, se rompió cuando la bajé sobre el turbante de uno de mis agresores. No hizo más que molestarlo. Unas manos duras capturaron las mías y me sacaron del carruaje.

Grité, algo que rara vez hago, pero la situación parecía justificarlo. No esperaba respuesta.

Fue con un alivio incrédulo que oí, a través de la bolsa extremadamente sucia que me habían tirado sobre la cabeza, una voz de respuesta. No... ¡voces! ¡El rescate se acercaba! Renové mi lucha, el hombre que me sujetaba tuvo que soltar una de mis manos con el fin de sostener la bolsa en su lugar, y arañé a ciegas pero con eficacia su cara. Gritó y me llamó algo grosero en árabe.

—Ahoga a la bruja y hazla callar —exclamó otra voz.

—Date prisa, están...

Se interrumpió con un gruñido de dolor y el hombre que me sostenía me dejó ir tan de repente que caí al suelo. La bolsa se había torcido alrededor de mi cabeza, no podía quitármela, así que cuando unas manos se apoderaron de mí una vez más golpeé tan fuerte como pude.

—¡Ay! —fue la respuesta, un buen y familiar “ay” inglés. Cesé en mi resistencia y me concentré en quitarme la bolsa. Una voz quejumbrosa continuó—. Maldición, señora, esto no es lo apropiado que deba hacer una dama a un compatriota cuando él sólo está tratando de ayudar.

No respondí. No le di las gracias ni me detuve a ver quién era. Poniéndome en pie de un salto arrebaté una linterna de la mano de otra persona que estaba cerca y corrí hacia la puerta de la bodega.

Estaba abierta y vacía. La oscuridad no era completa, la luz de la luna que entraba a través de los agujeros del techo arruinado creaba rayas en el suelo. Gritando y corriendo de aquí para allá, barrí cada paso del suelo con el haz de la linterna antes de verme obligada a

admitir la verdad. El lugar estaba desierto. No había rastro de Emerson, a excepción de una mancha húmeda, donde algún líquido oscuro y más viscoso que el agua había empapado el suelo sucio.

Capítulo 6

"No vacilo en emplear la mendacidad y la apariencia ficticia de incompetencia femenina cuando la ocasión lo exige."

Temo que mi comportamiento a partir de entonces no me dio crédito. Observar al gato avanzando hacia mí me provocó un ataque de histeria, así que rápidamente lo capturé y sacudí, y creo que le grité, exigiéndole saber que había hecho con Emerson. Esta acción pareció sorprenderlo, en vez de luchar y arañarme, colgó flojamente entre mis manos y soltó un maullido de curiosidad. Cuando abrió la boca vi que había algo enganchado en un diente. Era un fragmento de algodón sucio que podía provenir de una túnica nativa.

Después de un momento escuché a uno de mis salvadores comentar con voz preocupada:

—Díganme, chicos, la dama ha perdido la cabeza. Se hará daño si sigue berreando de este modo, ¿qué tal si le cierro el pico con un pequeño puñetazo en la mandíbula?

—No puedes darle un puñetazo a una dama, bobo —fue la respuesta igualmente preocupada—. Maldita sea si sé qué hacer.

Las palabras penetraron la niebla de horror que me envolvía. La vergüenza me embargó, el sentido común regresó a mí. Temblaba de pies a cabeza, la linterna se balanceó en mi mano, pero creo que mi voz fue bastante estable cuando hablé.

—No estoy "berreando", caballeros, estoy buscando a mi marido. Él estaba aquí. Ahora ya no está. Se lo han llevado. Hay otra puerta... deben haberlo llevado por allí. Ruego que no me detengan —pero uno de ellos me cogió del brazo—, déjenme ir tras ellos. ¡Debo encontrarlo!

Mis salvadores no eran otros que los jóvenes americanos que se habían comportado de una forma tan poco caballerosa en el hotel. Estaban en el carruaje que nos adelantó. Caer en la zanja debía

haberlos despejado, ya que entendieron rápidamente y respondieron a mi súplica y muy amablemente, a sus peculiares maneras americanas. Dos se marcharon de inmediato para seguir el rastro de los secuestradores y el otro insistió en acompañarme de regreso al carruaje.

—No puede ir correteando por los campos vestida de esta forma, señora —me dijo cuando me resistí—. Déjeselo a Pat y Mike, son tan buenos como unos puñeteros sabuesos tras un rastro. ¿Qué tal un traguito de brandy? Con propósitos medicinales, ya sabe.

Quizás fue el brandy lo que aclaró mi mente. Pero prefiero creer que fue el resurgimiento de mi voluntad indomable. Aunque cada terminación nerviosa de mi cuerpo ansiara unirse a la búsqueda vi la fuerza de su argumento, y de repente se me ocurrió que existía una mejor ayuda cerca. Uno de los jóvenes, eran cinco en total, aceptó ir a la casa del tío de Abdullah y decirle a nuestro *reis* lo que había pasado. No quedaba lejos, pero me pareció un lapso interminable antes de que Abdullah y Daoud llegaran. Estuve peligrosamente cerca de derrumbarme cuando vislumbré el rostro familiar de Abdullah deformado por la preocupación e incredulidad, Emerson era para él como un Dios, inmune al peligro común.

Asistido por los jóvenes americanos y un tropel de sus parientes, Abdullah y Daoud buscaron por los campos y las casas cercanas, ignorando las quejas (legítimas) de sus ocupantes. Pero ya había pasado mucho tiempo. Se lo habían llevado y podría estar a kilómetros de distancia. El polvoriento camino guardaba su secreto, demasiado tráfico había pasado por allí.

El alba se perfilaba en el cielo antes de que pudieran persuadirme de regresar al Castillo. El conductor, que solo había quedado inconsciente, se sintió renovado por el brandy y unas cuantas monedas e hizo girar al caballo y el carruaje. Daoud y el gato me acompañaron. Abdullah no dejó el lugar. Creo que tuve la cortesía de darles las gracias a los americanos. No era completamente su culpa si consideraban todo el asunto una aventura emocionante.

* * *

Encuentro difícil recordar mis sensaciones durante los días siguientes. Los eventos se destacan en mi perspicaz y clara memoria como detallados grabados, pero me sentía como su estuviera

envuelta por una capa transparente de hielo que me impedía ver, tocar y oír, pero a la cual nada podía penetrar.

Cuando se conoció la noticia de la desaparición de Emerson, me vi inundada con ofertas de ayuda. Lo cual debería haberme conmovido. Pero no lo hizo, nada podía conmoverme en ese momento. Deseaba acción, no compasión. Las autoridades locales fueron obligadas y apremiadas a mostrar una eficacia poco común en ellos, detuvieron y preguntaron a cada hombre en Luxor que tuviera motivos para guardar rencor a mi marido. La lista era bastante extensa. En algún momento la mitad de la población de Gurnah, cuyos habitantes estaban resentidos por la guerra de Emerson contra sus costumbres de saquear de tumbas, estuvo en la prisión local. Lo escuché de Abdullah (varios de cuyos familiares lejanos estaban entre los prisioneros) y pude liberarlos. Abdullah tenía sus propios métodos de tratar con los hombres de Gurnah, y yo sabía que Emerson habría interferido para evitar las clases de interrogatorios que la policía local empleaba. Azotar las plantas de los pies con cañas astilladas era uno de sus métodos favoritos.

Nuestros amigos se reunieron para ayudar. Howard Carter me visitaba casi diariamente. A pesar de las diferencias de opinión que a menudo había marcado su relación con Emerson, Neville fue el primero en ofrecer a sus hombres para ayudar en la búsqueda. Los telegramas llegaron de El Cairo, y a El Cairo iban, gracias a la persona de Cyrus Vandergelt. Había abandonado su adorada *dahabiyya* y ni siquiera esperó al tren regular. Ordenó uno especial que salió tan pronto como estuvo listo, dejando su equipaje atrás. Sus primeras palabras para mí fueron palabras de consuelo y sosiego.

—No se preocupe, señora Amelia. Lo recuperaremos así tengamos que despedazar esta ciudad de pacotilla. Un buen americano sabe lo que se requiere en esta situación, y Cyrus Vandergelt, de USA, ¡es el hombre para la tarea!

Los años habían sido amables con mi amigo. Podría haber algunos hilos de plata de más en su cabello y barba, pero su franqueza blanqueada por el sol parecía exactamente igual. Su zancada era igual de atlética y vigorosa, el apretón de su mano seguía siendo fuerte, y su ingenio tan agudo como siempre. Él aportó a nuestro problema una inteligencia cínica y un

conocimiento del mundo que nadie había sido capaz de suministrar. Cuando, respondiendo sus preguntas, describí el encarcelamiento de los ladrones de Gurnah, sacudió la cabeza con impaciencia.

—Cierto, sé que esos ladrones de Gurnah detestan a mi viejo amigo, pero este no es su estilo. Son más propensos a lanzar cuchillos o rocas. Este ataque es algo mucho más siniestro. ¿En qué han estados metidos el profesor y usted últimamente, señora Amelia? ¿O ese bribonzuelo de Ramsés se ha metido en otro trato turbio?

Estuve tentada de contarle lo que sospechaba, pero no me atreví. Defendí a Ramsés, tal como era lo apropiado, pero repliqué que no podía explicar el acontecimiento.

Cyrus era demasiado perspicaz para aceptar esa explicación o quizás me conocía tan bien que sintió mi vacilación. No obstante era demasiado caballeroso para poner en duda mi palabra.

—Bien, le diré lo que pienso. No está muerto. Ya habríamos encontrado el... ya lo habríamos encontrado. Tiene que ser un asunto de rescate. ¿Por qué más lo mantendrían prisionero?

—Hay otros motivos —contesté, reprimiendo un estremecimiento.

—No pierda los nervios, señora Amelia. El dinero es un incentivo mucho más poderoso que la venganza. Puedo apostar que muy pronto conseguirá una nota de rescate. Si no la recibe, vaya, ofreceremos una recompensa.

Al menos era algo que hacer. Al día siguiente en cada árbol y pared en Luxor hubo carteles impresos con precipitación. Por razones propias que no pude explicar a Cyrus, no esperaba resultados, y en efecto, el mensaje que llegó esa tarde solo estaba indirectamente relacionado, por decirlo así, con la oferta.

Lo trajo un andrajoso *fellah*, cuya buena disposición para ser detenido apoyaba su afirmación de inocencia. Solo era un mensajero, el hombre que le había dado la carta junto con unas cuantas monedas y la promesa de una recompensa mayor después de entregarla, le era desconocido. Pocas personas son buenos observadores, pero parecía evidente por la descripción confusa del mensajero que no existía nada distintivo en la vestimenta o apariencia del hombre.

Despedimos al mensajero con promesas de riqueza indecible si

era capaz de suministrar alguna otra información. Creí que era honesto. Pero si no lo era, lo persuadiríamos con mayor probabilidad con sobornos que con castigo físico.

Cyrus y yo habíamos estado en la biblioteca. Después de que el mensajero se fue, giré repetidas veces la carta en mis manos. Estaba dirigida a mí, con grandes letras impresas. El sobre ostentaba el nombre de uno de los hoteles de Luxor.

—Si desea estar sola cuando la lea... —empezó a decir Cyrus. Había pedido mi permiso para fumar y sostenía uno de sus largos y delgados puros.

—No es la razón por la que vacilo —confesé—. Tengo miedo de abrirla, Cyrus. Es el primer rayo de esperanza que he contemplado. Si resulta falso... Pero semejante cobardía no me es propia.

Con mano firme alcancé un abrecartas.

Rápidamente leí la carta dos veces. Cyrus contuvo su lengua, el esfuerzo debió haber sido difícil para él ya que cuando le observé se inclinaba hacia adelante y su cara mostraba su incertidumbre. En silencio le entregue la carta.

No existía otro individuo en el que confiara más que en mi viejo amigo sin sufrir temor alguno de que traicionara el secreto mortal. Esta era la epístola más afablemente infame y discretamente amenazadora que he leído jamás. Me sentí contaminada por el mero toque del papel.

Su marido no se siente inclinado a confiar en nosotros (en un principio). Afirma que su memoria es defectuosa. Parece increíble que un hombre pueda olvidar un viaje tan notable en un período de tiempo tan corto, pero las experiencias recientes pueden haber influido negativamente sobre su mente así como en su cuerpo.

No dudo que sus recuerdos sean más exactos, y que se sentirá más que encantada en compartirlos con nosotros, por escrito o en persona. Me sentaré en la terraza del hotel Winter Palace mañana a las cinco, con la esperanza de que me acompañe en un aperitivo. Solo déjeme añadir que, como uno de sus mayores admiradores, estaría gravemente decepcionado si envía un sustituto.

Cyrus arrojó el papel al suelo.

—Amelia —gritó con un énfasis conmovedor—. ¿No irá, verdad? ¿No sería tan malditamente tonta?

—¡Vaya, Cyrus! —Exclamé.

Mi amigo sacó bruscamente un enorme pañuelo de lino blanco y se secó la frente.

—Perdóneme. Me extralimité.

—¿Por usar mi nombre? Querido Cyrus, nadie tiene más derecho a usarlo que usted. Ha sido el cimiento sobre el que me apoyo.

—No, pero algo no cuadra en esto —insistió Cyrus—. Usted es tan perspicaz como yo a la hora de leer entre líneas. No sé lo que este asqueroso y cobarde perro desea, pero tan cierto como una bala que no va a intercambiar al viejo y pobre Emerson por algo escrito. ¿Cómo sabría que usted está diciendo la verdad? Solo es un truco para capturarla. Emerson es duro de pelear y más terco que una mula. Nadie puede conseguir que hable aunque pongan sus pies en el fuego o le sacaran los... Oh, caramba, querida, lo siento. No harán nada parecido, saben que no funcionará. Pero si la tuvieran a usted en sus inmundas manos, él cantaría en un santiamén.

—Como haría yo, antes de ser obligada a mirarlos mientras... — No pude completar la frase.

—Capta la idea. Este tipejo les necesita a los dos. Emerson hizo una maniobra muy inteligente al pretender tener amnesia, pero no se mantendrá firme durante más de cinco segundos después de que pose los ojos en usted. No puede arriesgarse así, Amelia. Por el bien de Emerson como por el suyo. No lo herirán mientras usted esté libre.

—Soy consciente de eso, mi querido Cyrus. ¿Pero cómo no voy a ir? Es nuestra primera y única pista. Ha notado que el, el asqueroso y cobarde perro parece una descripción apropiada, no ha dado pista alguna sobre la forma en que podré identificarlo. Esto implica que es alguien a quien conozco.

Cyrus se palmeó las rodillas.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez... es usted la damita más perspicaz que conozco. Pero tenemos que pensarlo detenidamente, Amelia. Si yo dirigiera este timo, no me quedaría en el Winter Palace. Usaría a un inocente transeúnte para entregarle una nota con instrucciones para ir a otro lugar... un lugar no tan seguro. Y usted iría. ¿No es así?

No podía, ni negaría eso.

—Pero —argumenté—, si voy acompañada... no por usted, Cyrus, es demasiado reconocible... sino por Abdullah y sus amigos...

—Abdullah es tan fácilmente reconocible como yo. Y esté segura, querida, que sería guiada de aquí para allá de una u otra hasta que estuviera más allá del alcance de sus amigos.

Agaché la cabeza. No creo que jamás hubiera sentido tal agónica sensación de impotencia. Arriesgándome a ser capturada no solo me pondría en peligro a mí misma sino también a Emerson. Nuestro enemigo desconocido no tendría otro recurso más que asesinarnos una vez le dijéramos aquello que deseaba saber. Únicamente permaneciendo libre podría conservar una vida más querida que la propia. Al menos esta carta repugnante me había dado algo de consuelo. Él vivía. La voz de Cyrus me sacó de mis pensamientos dolorosos.

—No he pedido sus confidencias, Amelia, y no lo haré. Pero si me dice lo que este demonio desea, podría ocurrírseme una idea que fuera de ayuda.

Sacudí la cabeza.

—No serviría de nada y podría ponerle en peligro. Solo dos personas más... —Sentí que un martillo rompía la cáscara de fría calma que me había encerrado. Mi única excusa posible es que había estado tan absorta con Emerson que había descuidado otras, aunque no menores, responsabilidades. Pero en ese momento todas estas se estrellaron sobre mí. Con un chillido que hizo eco entre las vigas, me puse de pie de un salto.

—¡Ramsés! ¡Y Nefret! ¿Oh, santo cielo, qué he hecho... o, para ser más exacto, que descuidé hacer? ¡Un telegrama! ¡Cyrus, debo enviar un telegrama de inmediato!

Me dirigía apresurada a la puerta cuando Cyrus me alcanzó. Tomándome por los hombros, se esforzó por contenerme.

—¡No logrará nada si va de un lado a otro sin ton ni son! Enviará su telegrama, pero primero debe sentarse, escribirlo, mientras que yo encuentro a un hombre que lo lleve a Luxor. —Llevándome al escritorio, empujó una pluma y papel en mis manos.

La desesperación y el remordimiento me dieron la fuerza necesaria para escribir. Cuando Cyrus regresó ya había terminado el mensaje. Se lo entregué. Sin mirar el papel se lo dio al criado que esperaba en la puerta.

—Estará en Londres mañana —dijo él, al volver.

—Aunque este mensaje pudiera viajar sobre las alas del viento,

no podría llegar demasiado rápido para mí —sollocé—. Cómo no me di cuenta... Pero no ha sido hasta ahora que lo he sabido con seguridad.

—Le prescribo un poco de brandy —dijo Cyrus.

—Creo... —Tuve que interrumpirme para recomponerme antes de continuar—. Creo que prefiero whisky con soda, por favor.

Cuando Cyrus me lo trajo, cayó sobre una rodilla como un paje medieval sirviendo a su señora.

—No solo es la damita más perspicaz que conozco, sino también la más fría y valiente —dijo gentilmente—. No se derrumbe. Creo que ahora tengo una idea sobre qué trata todo esto. ¿Emerson y usted, el joven Ramsés y la muchacha... la hija de Willy Forth, verdad? Ejem. No diga más, señora Amelia, querida. Y no se preocupe de los chiquillos. Si la mitad de lo que he oído sobre ese hijo suyo es verdad, él puede cuidar de sí mismo así como de la muchacha.

Siempre he dicho que no hay nada como un whisky con soda para calmar los nervios. Después de unos sorbos fui capaz de hablar más sosegadamente.

—Cuánto consuelo me da Cyrus. No hay duda de que tiene razón. Pero aun así, no sé cómo voy a soportar la incertidumbre hasta que tenga noticias de ellos. Tomará por lo menos tres días obtener una respuesta.

Pero una providencia benévola me ahorró semejante incertidumbre. Sin duda sintió que ya soportaba demasiado. Cuando el criado de Cyrus volvió de Luxor llevaba otro telegrama con él. Ya me había retirado a mis aposentos, pero no estaba dormida. Cyrus en persona trajo el mensaje a mi puerta. Cuánto tiempo había estado en la oficina del telégrafo nunca lo determiné, los egipcios no comparten nuestra preocupación occidental por darse prisa. Estaba dirigido a Emerson, pero no dejé que esa razón me desalentara de abrirlo, ya que había visto su procedencia.

—Advertencia recibida y acatada —había escrito Walter—. Todo está bien. Cuidaos. Esperad carta. Cuidaos.

Se la entregué a Cyrus. Él había rechazado la silla que le ofrecí y se apoyó contra la puerta, con las manos a sus espaldas, viéndose extremadamente incómodo. Cuán puritanos son los americanos, pensé divertida. Solo una afectuosa preocupación podría haberle

traído al cuarto de una dama casada sin un acompañante después del anochecer. ¡Y además yo estaba en *deshabillé*! Había agarrado apresuradamente la primera ropa a mano cuando escuché su llamada, era una bata particularmente frívola, adornada con vuelos y cintas de encaje de seda amarilla.

El mensaje hizo que Cyrus se olvidara de vuelos y cintas.

—Gracias al cielo —dijo sinceramente—. Nos quita un peso de encima el que haya enfatizado que "todo está bien".

—Es evidente que soy más experimentada en la lectura entre líneas que usted, Cyrus. ¿Cuál es la razón para que repita "Cuidaos"? Algo debe haber sucedido.

—Creo que solo es la ansiedad de su lado maternal, querida. No sabe lo que Emerson dijo en su mensaje. Debe haber enviado un telegrama a su hermano hace algunos días, advirtiéndole del peligro.

—Por lo visto ese es el caso. No me contó nada al respecto, sin duda creyó que me burlaría de su preocupación, como hice en las ocasiones en que intentó convencerme del peligro que corríamos. ¡Cuán cruelmente me ha castigado el cielo por no prestarle atención! —Los ojos de Cyrus me siguieron cuando caminaba de un lado para otro en la habitación, con las faldas de mi bata arremolinándose en torno mío—. Me dejaré confortar por la tranquilidad que me da Walter —continué—. No hay nada más que pueda hacer.

—Duerma un poco —dijo Cyrus amablemente—. Y no se preocupe. Haré todo lo que pueda por servirla.

Pero él no era quien podía hacerme sentir mejor.

Huelga decir que no dormí. Estuve echada sin dormir como había hecho cada noche desde que todo sucedió, sin agitarme o dar vueltas, ya que estas son una exposición de debilidad que no me permito, sino que trataba de descubrir un curso posible de acción. Al menos esta noche tenía nueva información que considerar por lo que repetí una y otra vez cada palabra, cada frase e incluso cada coma, de esa misiva malévola. Cada palabra y cada frase contenían taimadas amenazas mucho más aterradoras si se dejaban a la imaginación del lector. (Sobre todo a una imaginación tan activa como la mía.) El hombre que las había formulado debía ser un auténtico demonio.

Y un demonio arrogante. Ni siquiera se había molestado en ocultar su nacionalidad, su inglés era muy bueno, su sintaxis tan elegante como la mía. Estaba segura de que no era un huésped del hotel. Cualquiera podría haber robado papel del salón de escritura. En cuanto a su propósito para proponerme una cita... Bien, el razonamiento de Cyrus era irrefutable. Concordaba con el mío. Aun si fuera lo suficientemente sinvergüenza para romper mi palabra y traicionar a personas indefensas a cambio de la vida de mi marido...

¡Pero, oh, Lector! Conoce muy poco del corazón humano si supone que el honor es más fuerte que el afecto o que la fría razón puede vencer al temeroso cariño. Si el bandido hubiera estado de pie ante mí en ese preciso momento con una mano extendida y en la otra sostuviera la llave de la prisión de Emerson, yo me habría lanzado a sus pies y le habría suplicado que me llevara a donde deseara.

Las sospechas de Emerson habían sido lógicas, pero sin pruebas. La carta había convertido la simple conjetura en certeza. La ubicación del Oasis Perdido era lo que el demonio buscaba. ¿Pero qué, exactamente, satisfaría sus demandas?

¿Un mapa? ¿EL mapa? Sabía que este existía o lo había deducido. El viaje que habíamos hecho nos llevó a quedarnos sin agua en el interminable desierto, y solo un demente lo haría a menos que tuviera direcciones precisas. El cobarde e inmundo perro debía saber que habíamos seguido un mapa de alguna clase.

Según sabía yo, solo existía una copia aún. En un principio hubo cinco, y para complicar aún más las cosas, dos de las cinco habían sido deliberada y fatalmente inexactas. Yo había destruido la mía, uno de los falsos mapas copia del de Ramsés, aquel que habíamos usado para alcanzar el oasis se había perdido o extraviado durante nuestra precipitada salida del lugar. La copia de Emerson desapareció incluso antes de que abandonáramos Nubia. Esto nos dejaba dos, uno exacto y otro falso.

La otra copia falsa había pertenecido a Reggie Forthright. Me la había entregado cuando inició su expedición al desierto, y, como había solicitado, se la entregó a las autoridades militares, junto con su testamento, antes de que nosotros fuéramos al desierto. Probablemente estos documentos habían sido enviados a su único heredero, su abuelo, cuando no regresó. Esta copia del mapa no me

preocupaba, ya que solo conduciría a quien lo siguiera a una muerte muy seca, prolongada y desagradable.

La copia original del mapa había estado en posesión de lord Blacktower, el abuelo de Reggie. Ahora estaba en la caja fuerte de Emerson en la biblioteca de Amarna House. Blacktower lo cedió, junto con la tutela de Nefret, ante la enfática petición de Emerson. Yo había insistido en que fuera destruido, pero Emerson se opuso. Uno nunca sabía, me dijo. Podría llegar un tiempo en el que...

¿Había llegado el momento? Durante un segundo, y me alegra decir que por última ocasión, mi integridad vaciló bajo el impacto de un afecto sobrecogedor. Tuve que morder con fuerza la funda de lino de la almohada antes de que la razón volviera a prevalecer. No podía confiar en el honor de un hombre que claramente carecía de este. Tampoco él confiaría en el mío. No podía permitirse liberar a su rehén hasta que estuviera seguro de que la información que le había dado era exacta... ¿Y cómo podría saberlo sino era haciendo el viaje de ida y vuelta? Yo no podía recordar nuestra ruta o las lecturas de la brújula, pero no dudaba de que Emerson sí pudiera. Él había sostenido la brújula y había seguido las direcciones. El bandido no necesitaría un mapa si pudiera obligar a Emerson a hablar.

No, la cita era una trampa. Nuestra única esperanza era encontrar a Emerson y liberarlo antes...

¿Dónde podría estar? En algún sitio de los alrededores de Luxor, estaba segura. La búsqueda había sido intensiva y continua, pero no podía irrumpir en cada habitación de cada casa, sobre todo de las casas de los residentes extranjeros. Egipto disfrutaba de las bendiciones de la ley británica, que proclama que la casa de un hombre es su castillo. Un ideal noble y uno con el que estoy perfectamente de acuerdo... en principio. Los nobles ideales a menudo son inoportunos. Recordé muy bien la historia de cómo Wallis Budge pasó de contrabando cajas de antigüedades ilegales mientras la policía esperaba fuera de su casa, incapaz de entrar hasta que la autorización llegara de El Cairo. Necesitábamos una autorización, y para eso debíamos tener motivos. Era lo que mis fieles amigos trataban de obtener hablando con sus informadores en los pueblos, persiguiendo habladurías de forasteros en la ciudad, investigando rumores de actividad extraña, así que fijé mis

esperanzas en sus esfuerzos.

Sobre todo contaba con Abdullah y su influencia sobre los hombres de Gurnah, quienes tenían la reputación de conocer cada secreto en Luxor, pero ya que yacía insomne en la oscuridad, tuve que admitir que estaba profundamente decepcionada con él. Lo había visto muy poco en los últimos días. Sabía que existía una razón por la que evitaba la casa, parecía un John Knox

[1] con barba blanca y turbante cuando nos veía a Cyrus y a mí juntos. No es que Abdullah me hubiera insultado suponiendo que yo tenía la menor pizca de interés por otro hombre. Estaba celoso de Cyrus en su propia y peculiar forma, ofendiéndose por cualquiera que quisiera asistirnos a Emerson y a mí de la manera más leve, y estaba resentido con Cyrus aún más porque sus propios esfuerzos habían resultado vanos. Pobre Abdullah. Era viejo, y este había sido un golpe terrible para él. Yo dudaba que alguna vez pudiera recuperarse del todo.

Dios me perdone semejantes dudas. Ya que era Abdullah el que mejor me servía.

Al día siguiente, Cyrus y yo estábamos sentados almorzando y discutiendo la forma en que deberíamos tratar el asunto de la cita propuesta, cuando uno de los criados entró y anunció que Abdullah deseaba hablar conmigo.

—Hágalo entrar —dije.

El criado pareció escandalizado. Los criados, he encontrado, son aún más esnobs que sus amos. Repetí la orden, encogiéndose de hombros el hombre salió y luego regresó para informar que Abdullah no entraría. Deseaba hablarme en privado.

—No puedo imaginar qué querrá decirme que no pueda hacerlo delante de usted —dije, levantándome.

Cyrus sonrió.

—Desea ser su único apoyo y defensor, querida. Tal lealtad es conmovedora, pero malditamente irritante. Vamos, vaya.

Abdullah me estaba esperando en el vestíbulo, intercambiando miradas ácidas y creo que insultos en voz baja, con el portero. Pero no hablaría hasta que lo siguiera a la galería.

Cuando se dio la vuelta para estar frente a mí, aguanté la respiración. Su ceño fruncido había desaparecido, para ser

sustituido por un brillo de orgullo y alegría que le hizo aparentar la mitad de su edad.

—Le he encontrado, *Sitt* -dijo.

* * *

—¡No debe decírselo al Amerikani! —Abdullah me cogió de la manga y me contuvo cuando empezaba a correr de regreso a la casa con las noticias. Arrastrándome más lejos de la puerta, continuó en un susurro urgente—: No la dejará ir. Es peligroso, *Sitt Hakim*. No le he dicho todo.

—¡Entonces por Dios, dime! ¿Lo has visto? ¿Dónde está?

La historia de Abdullah me hizo detenerme y me obligó a contener mi impaciencia furiosa. No necesitaba advertirme que debíamos movernos con suma discreción... especialmente porque aún no había posado los ojos sobre su maestro.

—Pero, ¿qué otra persona podría estar prisionera allí con tanto cuidado y tan cerca de Luxor? La casa está fuera de la ciudad, cerca del pueblo de El Bayadiya. Ha sido alquilada por un extranjero, Alemani o Feransawi. Un hombre alto con barba negra, un inválido, se dice, ya que es pálido y camina con un bastón cuando sale, cosa que no hace a menudo. Su nombre es Schlange. ¿Lo conoce, *Sitt*?

—No. Pero con seguridad no es su auténtico nombre, ni quizás su aspecto verdadero. Eso no importa en este momento, Abdullah. Tienes un plan, lo sé. Dímelo.

Su plan era el único que yo habría propuesto. No podíamos exigir la entrada en la casa hasta que estuviéramos seguros que Emerson estaba allí, y no podríamos estar seguros hasta que hubiéramos entrado.

—Así que iremos nosotros mismos —dijo Abdullah—. Usted y yo, *Sitt*. No el Amerikani.

Empezó a enumerar todas las razones de por qué Cyrus no debía ser un integrante de la partida. Obviamente se sentía renuente a compartir la gloria, pero sus argumentos tenían mérito. El más fuerte era que Cyrus trataría de impedirme ir y eso era impensable. Me volvería loca si tenía que esperar sentada esperando noticias como una debilucha heroína de alguna novela romántica, y no podía confiar en nadie salvo en mí misma para actuar con la dureza y determinación que la situación podía exigir.

Quedé en encontrarme con Abdullah en una hora en el jardín

detrás de la casa y le aseguré que hallaría la forma de engañar a Cyrus. ¿Sueno calmada y serena? Lo estaba... en ese momento. Sabía que debía estarlo. Cuando regresé a la mesa donde Cyrus me esperaba, di una de mis actuaciones más convincentes... una sonrisa valiente y triste, una alegría forzada.

—Aún persigue rumores sin fundamento —dije, tomando mi servilleta—. Siento haberme demorado tanto, Cyrus, pero tuve que consolarlo y hacerle sentir que sus esfuerzos son útiles. ¡Pobre Abdullah! Ha puesto todo su corazón en esta empresa.

Regresamos a la discusión de nuestros planes (solo su parte en ellos, en lo que le concernía) para la tarde. Permití que mi inquietud creciera a cada momento mientras él continuaba insistiendo en que yo no acudiera a la cita.

—Alguien debe ir —grité por fin—. No podría soportar que no persiguiéramos hasta la esperanza más frágil.

—Vaya, claro, querida. Lo tengo todo planeado. Iré en persona para dirigir las operaciones, tan pronto como usted me prometa que no dejará la casa hasta que yo regrese.

—Muy bien. Solo cedo porque debo... y porque sé que es el curso de acción más seguro para él. Me iré a mi cuarto, Cyrus, y me quedaré allí, con la puerta cerrada con llave, hasta que usted vuelva. Creo que puedo tomar algo que me haga dormir, de lo contrario los minutos avanzarán demasiado despacio. Buen viaje y buena suerte, amigo mío.

Cyrus me dio una torpe palmadita en el hombro. Con el pañuelo sobre mis ojos, salí con un revoloteo del cuarto.

Cuando alcancé mi habitación encontré a Anubis estirado sobre la cama. Cómo había llegado allí no lo sabía, él iba y venía a su gusto, tan misteriosamente como el *afreet* que los criados creían que era. Abdullah lo odiaba tanto como le temía, culpando a la pobre criatura de la captura de Emerson. Por supuesto esto era absurdo. Los gatos no pueden ser culpables de sus acciones, ya que no tienen ninguna moral de la que rendir cuentas. Si fuera propensa a fantasías supersticiosas, habría supuesto que Anubis lamentaba su participación involuntaria en el desastre. Pasaba mucho tiempo deambulando por la casa como si buscara algo... ¿o a alguien? A menudo estaba en mi cuarto, tolerando e incluso pidiendo mis caricias. La sensación de la piel de un gato dócil tiene un efecto

sorprendentemente calmante.

Después de saludar al gato con una apropiada aunque apresurada carantoña, me apresuré en cambiarme. No me atreví a esperar hasta después de que Cyrus saliera de la casa, Abdullah y yo teníamos que cruzar el río y viajar a una distancia considerable, y deseaba alcanzar la casa sospechosa antes del anochecer. Una entrada subrepticia en territorio desconocido es arriesgada en la oscuridad. Solo necesité unos minutos para quitarme mi vestido formal y sustituirlo por mi traje de trabajo. Estiré la mano automáticamente por mi cinturón, pero una voz audible solo para mi oído interior me detuvo. "Tintineas como una banda alemana, Peabody", me recordó. Reprimiendo con fuerza la emoción que amenazaba con vencerme, dejé mi cinturón y deslicé el revólver y el cuchillo en mis prácticos bolsillos, luego cerré con llave mi puerta asegurándome que Anubis se quedara dentro y me dirigí al balcón. La maldita vid con la que había contado para ayudarme en mi descenso resultó estar demasiado lejos. Tuve que colgar de mis manos y dejarme caer a una distancia considerable. Por suerte había un macizo de flores abajo. Las petunias de Cyrus y las malvarrosas amortiguaron mi caída.

Abdullah me estaba esperando. No cuestioné o elogié el tiempo que le había tomado hacer los arreglos que había hecho: los burros, la falúa lista para navegar, los caballos esperándonos al otro lado. Únicamente un pensamiento impregnaba cada célula de mi cuerpo. Pronto le vería, lo tocaría, sentiría sus brazos a mi alrededor. Ya que estoy segura que no necesito decir, no pensaba contentarme con un cauteloso reconocimiento y una estratégica retirada.

Mis dedos tocaron la pistola en mi bolsillo. Si estaba lo sacaría de allí, ese día, al instante, pasara lo que pasara o quién se interpusiera entre nosotros.

El camino que Abdullah tomó seguía una acequia de irrigación que atravesaba campos de coles y algodón. Los trabajadores medio desnudos se enderezaron y nos observaron con atención cuando seguimos galopando, los niños que jugaban en el patio de una casa nos saludaron y gritaron. Abdullah no reduciría la velocidad ni por hombre, ni por bestia y cuando un despistado macho cabrío, cuya barba de chivo y cara larga le daban cierto parecido a mi amigo Cyrus, se atravesó en el camino, Abdullah hundió los talones

desnudos en el flanco del caballo y se elevó sobre la cabra. Yo seguí su ejemplo.

Por fin tiró de las riendas entre un grupo de chozas, donde otro camino se cruzaba con el nuestro. Siguiendo su ejemplo desmonté. El lugar estaba extrañamente desierto, solo había unos cuantos hombres, bebiendo café ante unas mesas bajo un burdo refugio a la vista de todos. Uno de ellos se nos acercó y le entregó a Abdullah un bulto de tela antes de llevarse los caballos.

—Debemos ir a pie desde aquí —dijo Abdullah—. ¿Usaría esto, *Sitt*?

Él sacó del bulto... una túnica de mujer de un negro sombrío, con su respectivo burka o velo en la cara. Después de ponérmela, él asintió con aprobación.

—Bien. Debe caminar detrás de mí, *Sitt*, y no a grandes pasos como un hombre. ¿Podrá recordarlo?

Sus barbados labios se movían nerviosamente. Le sonreí.

—Si me olvido, Abdullah, deberás pegarme. Pero no lo olvidaré.

—No. Vamos entonces. No está lejos.

Mientras caminábamos, eché un vistazo al sol. Después de tantos años en Egipto había aprendido a leer su posición tan fácilmente como las manecillas de un reloj, ahora mismo los agentes de Cyrus debían estar en sus puestos en la terraza del hotel Winter Palace. ¿Estaría allí el bandido desconocido que había puesto en marcha un complot tan cobarde? Recé porque así fuera. Si estaba ausente de su casa, nuestra misión de rescate sería más fácil.

Mi corazón dio un gran salto cuando vi delante una alta pared de adobe. Palmeras y acacias polvorientas la rodeaban y el tejado de una casa se vislumbraba a lo alto. Era un edificio importante, una finca en términos egipcios, casa principal, jardines y edificios subsidiarios rodeados por un muro perimétrico que proporcionaba intimidad y protección. Abdullah lo pasó sin romper el paso, lo seguí arrastrando los pies humildemente, agaché la cabeza y mi corazón empezó a latir con fuerza. Por el rabillo del ojo noté que la pared era alta y la puerta de madera estaba cerrada.

Cuando alcanzamos el final de la pared, a aproximadamente dieciocho metros de distancia, Abdullah lanzó un vistazo rápido sobre su hombro y giró a un lado, tirándome tras él. La pared seguía ahora perpendicularmente al camino. Otro giro nos llevó al tercer

lado del muro perimétrico, y después de una corta distancia Abdullah de detuvo y gesticuló.

Su significado era claro, y solo pude aprobar su decisión. Detrás de nosotros un campo de caña de azúcar formaba una pared verde que nos escondía de transeúntes ocasionales. Ahora estábamos detrás de la finca, tan lejos de la casa principal como era posible. Los adobes, el material de construcción del Alto Egipto, es conveniente pero temporal, los ladrillos y su superficie externa enyesada se habían derrumbado dejando grietas y agujeros.

—Iré primero —susurró él.

—No —contesté—. Debemos hacer un reconocimiento antes de intentar entrar, y yo soy más joven... es decir peso menos. Échame una mano.

Me quité el traje negro y el velo. Ningún disfraz nos salvaría si éramos descubiertos en el interior.

Puse la punta de mi bota en un agujero, Abdullah, que había aprendido hacía mucho tiempo que era una pérdida de tiempo discutir conmigo, ahuecó sus manos bajo la otra bota y me levantó hasta que pude ver por encima del muro.

Había esperado ver un jardín con arbustos y árboles que podrían ofrecer un lugar donde ocultarse. No existía ninguno, solo un espacio abierto lleno con los habituales desperdicios domésticos: restos de potes rotos, trozos oxidados de metal, cortezas putrefactas de melón y cáscara de naranja. Con detritos similares están formados los vertederos de cocina tan estimados por los corazones de los arqueólogos, y estos aún están en proceso de formación en Egipto, ya que las amas de casa generalmente vierten su basura casualmente en sus patios. Este era un lugar tan repugnante como cualquier otro que hubiera visto, evidencia clara de que el inquilino actual de la casa era uno temporal, indiferente a la salubridad o el aspecto del lugar. El único rasgo extraño era la ausencia de vida animal. Ningún pollo picoteaba la tierra, ninguna cabra o burro mordisqueando las pocas malas hierbas.

Un cobertizo abierto lleno con fardos de cañas había servido una vez como refugio para los animales, a juzgar por la paja dispersa y otras pruebas. Una fila desordenada de polvorientos árboles de tamariscos medio escondía la parte trasera de la casa principal. Había otra estructura visible: una pequeña construcción de

aproximadamente tres metros cuadrados, sin ventanas. A diferencia del resto del lugar, esta mostraba señales de reciente reparación. No había grietas en las paredes, cada fisura estaba rellenada con yeso fresco que se veía pálido contra la superficie marrón grisácea más antigua. El tejado plano era sólido y no era la habitual cubierta de cañas revestidas con argamasa.

Algo de valor debía haber en su interior o el dueño de la propiedad no habría tomado tales precauciones. La renovada esperanza debilitó mis piernas, Abdullah emitió un gruñido afligido mientras mi peso aumentaba en sus manos. Estaba a punto de completar mi ascenso, ya que la exultación había vencido momentáneamente a la prudencia, cuando un pensamiento se me ocurrió. ¿Con seguridad algo tan valioso no estaría sin resguardo? Solo podía ver la parte de atrás y un lado del edificio. No había ventanas, pero debía haber alguna puerta en una de las paredes que no podía ver.

Hice señas a Abdullah para que me bajara. Creo que se sintió aliviado. Transpiraba profusamente, y no solo por mi peso, la incertidumbre roía su vitalidad tanto como hacía con la mía.

Rápidamente le describí lo que había visto.

—Debemos suponer la existencia de un guardia —susurré—. ¿Puedes moverte como una sombra, Abdullah?

La mano del anciano se dirigió a la pechera de su túnica.

—Me las veré con el guardia, *Sitt*.

—¡No, no! No, a menos que sea necesario. Puede gritar y convocar a otros. Tendremos que subir al tejado. Hay una apertura de alguna clase allí...

—Iré primero —dijo Abdullah, su mano aún sobre la pechera de su túnica.

Esta vez no discutí.

La brisa de la noche se había levantado, haciendo crujir las cañas y moviendo las hojas. Los pequeños sonidos se mezclaban con los ruidos igualmente suaves que no podíamos evitar hacer, pero estos eran pocos, porque a pesar de su altura Abdullah se deslizó por la pared y sobre ella como la sombra que le había mencionado. Él ya me estaba esperando en el suelo para sujetarme cuando alcancé la cumbre, sin hacer una pausa nos arrastramos hacia la construcción. Esta era baja, alguna perrera para un perro o alguna

otra bestia. Abdullah me alzó y me siguió sobre el tejado.

Había un guardia. Aunque nos habíamos movido silenciosamente, algo debía haberlo alertado, escuché un murmullo y el crujido de tela mientras él se levantaba y luego capté el suave caminar de pies desnudos. Nos agazapamos detrás del bajo parapeto y contuvimos el aliento. Recorrió el perímetro de la construcción, pero fue un reconocimiento superficial y en ningún momento levantó la vista, las personas rara vez lo hacen cuando buscan algo. Finalmente se sentó otra vez y encendió un cigarrillo. El humo se elevó en una delgada espiral gris, que ondeó con la brisa como una serpiente al retorcerse. Entonces y solo entonces nos atrevimos a arrastrarnos lentamente hacia la apertura. Esta estaba cerrada por una reja oxidada cuyos travesaños estaban tan cerca entre sí que a duras penas podía insertar un dedo en los espacios.

No he descrito mis sensaciones, tampoco intentaré hacerlo. El más grande de los genios literarios no podría capturar su intensidad. Presioné mi rostro contra la oxidada superficie metálica de la reja.

El interior del lugar no estaba completamente a oscuras. Había otra abertura, un estrecho resquicio sobre la puerta en la pared opuesta a la que habíamos subido. A través de ella entraba suficiente luz para permitirme ver el interior de la hedionda guarida. Las paredes estaban desnudas y no había ventanas, el suelo era de tierra apelmazada. No había ningún tapete o alfombra, solo una forma cuadrada plana que podría haber sido un trozo de estera. El mobiliario consistía en una mesa con algunas jarras, potes y otros objetos que no pude identificar, una solitaria silla, horriblemente fuera de lugar en ese lugar, porque era un cómodo sillón al estilo europeo, tapizado con felpa roja, y una cama baja. En ella yacía la forma inmóvil de un hombre.

El rostro de Abdullah estaba tan cerca del mío que sentí su cálido aliento contra mi mejilla. De repente el sol al ocultarse envió un rayo de oro a través del resquicio sobre la puerta, iluminando el interior. No necesitaba la luz para reconocerlo. Habría reconocido su perfil, su presencia, aún en la noche más oscura. Pero si hubiera habido aire en mis pulmones no habría sido capaz de retener un grito cuando vi los rasgos familiares, familiares sí, pero tan terriblemente cambiados.

Había regresado la barba desterrada por mi decreto, emborronando las líneas firmes de su mandíbula y barbilla, extendiéndose por sus mejillas hacia el nacimiento de su cabello. Sus ojos cerrados estaban hundidos y sus pómulos se destacaban como mástiles. La camisa estaba abierta, exponiendo su garganta y pecho...

El recuerdo de otra época, otro lugar, me asaltó con tal fuerza que mi mente dio vueltas. ¿Era ASÍ como una Providencia burlona había respondido a mi súplica tácita de regresar a esos días emocionantes de antaño, cuando Emerson y yo habíamos sido todo el uno para el otro... antes de que naciera Ramsés? Se parecía mucho a ese día inolvidable cuando entré en la tumba de Amarna y lo encontré febril y delirante. Yo luché contra la muerte para salvarlo en ese entonces, y gané. Pero ahora... él estaba allí inmóvil, sus inanimados rasgos reflejaban su dolor como si estuvieran hechos de cera amarillenta. Solo unos ojos tan desesperadamente afectuosos como los míos podrían haber captado la subida y caída casi imperceptible de su pecho. ¿Qué habían hecho para reducir a un hombre de su fuerza a tal estado en apenas unos días?

La luz agonizante que destelló sobre un objeto de la mesa, me dio la respuesta. Era una aguja hipodérmica.

A duras penas el horror de esa imagen había penetrado en mi mente cuando vi algo más. Había observado que sus brazos estaban estirados sobre su cabeza en una posición rígida y poco natural. En ese momento me di cuenta del porqué. Desde las esposas en sus muñecas se extendía una cadena que atravesaba las barras de la cabecera de la estrecha cama.

No puedo explicar por qué ese detalle me afectó tan poderosamente. De hecho era una precaución razonable, cualquiera que deseara mantener a Emerson en un lugar donde él no deseaba estar habría sido un tonto si descuidaba semejante restricción. Sin embargo me afectó mucho, y quizás la intensidad de mi ultraje aumentó con lo que, según me han dicho, pasó después.

Había sido vagamente consciente de voces en la puerta. Otro hombre se había reunido con el guardia, estaban hablando en voz alta y supongo contándose historias impropias, debido a la gran cantidad de risas estentóreas. Los sonidos se desvanecieron en un débil zumbido. Una nube negra me envolvió, y una furia rugiente

llenó mis oídos.

Recuperé mis sentidos y me encontré muy cerca del rostro alarmado de Abdullah. Una de sus manos me tapaba fuertemente la boca.

—Los guardias han ido a traer cerveza, pero volverán —dijo entre dientes—. ¿Me escucha, *Sitt*? ¿Se ha marchado el demonio?

No podía hablar, así que parpadeé. Dedo a dedo, observándome nerviosamente, soltó su apretón. Me di cuenta de un dolor agudo y punzante en mis manos. Al bajar la mirada, vi que había agarrado la pesada reja y la había arrancado del marco en el que se apoyaba. Mis dedos estaban heridos y sangraban.

Abdullah refunfuñaba hechizos y conjuros para erradicar los poderes del mal.

—El... eh... demonio se ha ido —susurré—. Qué extremadamente curioso. Es la segunda vez que algo igual me ha pasado, creo. Me reí de Emerson cuando me lo dijo la primera vez. Debo contárselo, y pedirle perdón por dudar de él, cuando él... cuando nosotros...

Para mi consternación, encontré que no podía controlar la voz. Bajé la cabeza sobre mis brazos doblados.

Una mano, suave como la de una mujer, acarició mi cabello.

—Hija mía, no lloréis. ¿Creéis que me atrevería a llamarme un hombre y un amigo si fuera capaz de abandonarlo allí? Tengo un plan.

Abdullah nunca me había hablado salvo con un respeto formal, ni había usado apelativos cariñosos. Conocía la profundidad de su respeto hacia Emerson, "amor" no sería una palabra demasiado fuerte, no habría sido corrompida por el romanticismo europeo, pero no había sido consciente de que a su propia manera peculiar Abdullah también me amaba. Infinitamente conmovida, contesté en los mismos términos.

—Padre mío, os agradezco y os bendigo. ¿Pero qué haremos? Él está drogado o enfermo, no puede moverse. Había contado con su fuerza para ayudarnos.

—Temía que pudiéramos encontrarlo así —contestó Abdullah—. Uno no encadena al león sin cortarle las garras o enjaula al halcón sin...

—Abdullah, os amo y honro como un padre, pero si no llegáis al

punto voy a gritar.

Las mandíbulas barbudas del anciano se abrieron en una sonrisa.

—Vuelve a ser la *Sitt* de siempre. Debemos irnos rápidamente, antes de que los guardias regresen. Mis hombres esperan en la encrucijada.

—¿Qué hombres?

—Daoud, los hijos y nietos de mis tíos. Todos tienen muchos hijos —añadió Abdullah orgullosamente—. El sol se pone, el anochecer será un buen momento para atacar.

No se me ocurrió ni por un instante protestar por este procedimiento peligroso e ilegal, pero cuando él tiró de mi manga me resistí.

—No puedo abandonarlo, Abdullah. Pueden llevárselo o matarlo si se ven atacados.

—Pero, *Sitt*, Emerson se comerá mi corazón si...

—Mientras que siga vivo para comérselo. Date prisa, Abdullah. Y... ten cuidado, mi querido amigo.

Su mano agarró la mía durante un momento y luego se fue. Me giré para observarlo, y lo vi desaparecer sobre la pared tan silenciosamente como había llegado.

Yo no tenía, por supuesto, ninguna intención de permanecer en el tejado. Mi fuerza normal podría no haber bastado para levantar la reja, por suerte ese pequeño problema había sido solucionado. Un lado de la pesada reja de metal se apoyaba ahora en el borde de la apertura, así que solo tendría que empujarla a un lado. La apertura era, según mi criterio, lo bastante grande para dejar pasar mi cuerpo. Y tendría que serlo, ya que pensaba entrar de una manera u otra.

Antes de que pudiera concretar este plan oí regresar a los hombres. Sus voces eran más contenidas en esta ocasión, y después de un momento otra voz irrumpió. Ésta hablaba en árabe, pero supe por el acento y el tono de mando que el orador no era árabe. El miedo por mi esposo, no por mí, y la furia reforzaron cada tendón. Estaba aquí... el líder, el bandido desconocido que había perpetrado este hecho asqueroso.

El grupo hizo una pausa fuera de la puerta y yo vacilé, apreté las manos en el metal, apenas si sentí el dolor de mis dedos sangrantes. No debía actuar prematuramente. No tenían razón para sospechar

que el rescate era inminente.

De repente quien hablaba cambió al inglés.

—Espera aquí hasta que venga por ti. Lo quiero muy despierto y racional cuando te vea.

Para mi asombro la voz que respondió, en la misma lengua, era la de una mujer.

—Te digo que no podremos engañarlo tan fácilmente. Sabrá que no soy...

—Esa, querida, es la cuestión de este experimento... probar la verdad de su supuesta amnesia. Con ese traje y en la penumbra, con una mordaza que esconda la parte inferior de tu cara, te parecerás lo suficiente a ella para engañar a un cónyuge afectuoso... durante el tiempo suficiente, al menos, para ganar un grito traicionero de alarma. Lo que me dirá lo que quiero saber. Y si él cree que eres ella, tendré por fin los medios para persuadirlo a decirme lo que quiero saber.

Un murmullo quedo de la mujer hizo que el líder sonriera.

—La amenaza bastará, creo. Si no... bien, querida, no te dañaré más de lo que se necesite.

Cada emoción violenta que había reprimido durante los días de espera ahora hervía en mi interior, añadiéndose a la volátil mezcla una furiosa curiosidad. Tenía una noción de lo que el bandido planeaba, y ardía por ver a mi doble. Su despreciable ardid podía tener éxito si la copia era lo suficientemente fiel.

La puerta se abrió de golpe, admitiendo un brillo de luz. Este no provenía del sol, que en ese momento ya estaba debajo del horizonte, el hombre que entró llevaba una lámpara. Como podrá suponer, Lector, estudié su cara con detenimiento. Su voz me había resultado familiar, pero los rasgos que vi no correspondían al aspecto que esperaba. Estos estaban deformados por las sombras, y enmascarados por un grueso bigote negro que le daba un aire regio, aunque no podía estar segura.

Colocando la lámpara sobre la mesa, se inclinó sobre Emerson y lo sacudió rudamente. No obtuvo respuesta alguna. Enderezándose, el monstruo juró por lo bajo y se dio la vuelta hacia la puerta.

—¡Te dije que permanecieras afuera!

La voz de la mujer fue casi inaudible.

—Él aún duerme.

—La última dosis de opio debió ser demasiado fuerte. No importa, le haré despertar y maldecir en un momento.

Alzó la aguja y la sumergió en una botella. El susurro llegó una vez más.

—Usas demasiado. Morirá.

—No antes de satisfacer mi objetivo —fue la respuesta endurecida—. Ahora regresa. Se levantará dentro de poco.

Me obligué a mirar y permanecer quieta. La aguja entró en una vena, con una habilidad descuidada que sugería alguna experiencia médica. Tomé nota de esto, incluso mientras mi piel hervía con aborrecimiento y odio. Cualquiera que fuera la sustancia que usó, fue eficaz. Momentos después Emerson se movió. Su primera palabra fue un juramento débil pero audible. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y me prometí que nunca más me volvería a quejar de ninguna maldición que él decidiera emplear.

Su adversario se rió.

—¿Está despierto, verdad? Otra palabra o dos, por favor, quiero estar seguro de que es capaz de apreciar el trato que tengo para usted.

Emerson se vio obligado a dar una descripción concisa y descriptiva de la supuesta familia de su captor. El tipejo se rió una vez más.

—Excelente. ¿Supongo que aún está poco dispuesto a darme su confianza?

—Su conversación se ha vuelto aburrida —dijo Emerson—. ¿Cuántas veces debo repetir que no tengo la más leve idea de lo qué está hablando? Pero aunque fuera capaz de suministrarle la información que desea no lo haría, le he tomado aversión.

—Olvídese de cualquier esperanza de rescate. —La voz del otro hombre se endureció. La punta de su bota golpeó un objeto cuadrado, que ahora vi que era una escotilla de madera o tapa—. ¿También ha olvidado lo qué hay bajo esto?

—Vuelve a repetirse —fue la respuesta aburrida—. No sé de donde saca estas ideas tan melodramáticas. De alguna novela, supongo.

Pareció que este comentario enfureció al bandido. Se lanzó hacia adelante, durante un momento creí que golpearía a su indefenso cautivo. Dominándose con un esfuerzo que hizo temblar su mano

levantada, siseó:

—El pozo tiene al menos doce metros de profundidad. Si alguien intenta llegar hasta aquí, los guardias se aseguraran de que usted tenga la oportunidad de medir su profundidad exacta.

—Sí, sí, ya me lo dijo. —Emerson bostezó.

—Muy bien. Veamos si he encontrado un medio de persuadirlo a cambiar de opinión.

Dejando la lámpara en la mesa, se dirigió a la puerta. Los ojos de Emerson lo siguieron, sus pupilas estaban tan dilatadas que parecían negras en vez de azules. Después de un momento la puerta se abrió otra vez y el hombre entró, empujando una forma más ligera ante él.

Ella ME habría engañado. El traje que usaba era una copia exacta de mi viejo uniforme de trabajo: pantalón turco, botas, y todo lo demás... incluso un cinturón lleno de utensilios. Su cabello era del mismo negro azabache y caía sobre sus hombros, como si se hubiera soltado en una lucha. El brazo de su supuesto captor fijaba los suyos a sus costados y la sostenía fuera de la luz, de modo que sus rasgos fueran difíciles de distinguir incluso si una tela blanca no hubiera cubierto la parte inferior de su cara.

—Un invitado desea verlo, señor —dijo el desconocido, en una parodia burlona del anuncio de un mayordomo—. ¿No saludara cariñosamente a su esposa?

El rostro de Emerson permaneció impasible. Solo sus ojos se movieron, desde la cabeza de la mujer a sus botas y viceversa.

—Parece ser del sexo femenino —dijo él, con una ofensiva voz cansina—. Cuesta decirlo a primera vista, con ese ropaje tan extravagante...

—¿Afirma que no reconoce a su propia esposa?

—No tengo esposa —dijo Emerson con paciencia—. Parece que he olvidado muchas cosas, pero de eso estoy seguro.

—Se contradice, profesor. ¿Cómo puede estar seguro si afirma que sufre amnesia?

Los labios rajados de Emerson dejaron escapar un amago de risa.

—Sea lo que sea que le haya pasado a mi mente, difícilmente podría olvidar algo tan monumentalmente estúpido. Nunca, ni en mi momento de mayor debilidad seré lo suficientemente estúpido para cargar con una esposa. —Estrechando los ojos continuó—: ¿Es

ella, por casualidad, la mujer que me trajo la comida y agua ayer... o el día anterior... no puedo recordar...?

Cerró los ojos. La mujer había agachado la cabeza, esperaba que de vergüenza. El hombre que la sostenía la liberó de su agarre. Ella se acurrucó contra la pared y se sacó la mordaza de la cara.

—Se ha desmayado —susurró ella—. Déjame darle algo... agua, al menos...

Con los puños en las caderas, el bandido la estudió con una sonrisa sardónica.

- "¡O Mujer! Que en nuestras horas tranquilas, eres indecisa, coqueta y difícil de complacer... ¡Cuando el dolor y la angustia fruncen nuestro ceño, tú eres el ángel que cuida de nosotros!" Cuídalo entonces. Si muere antes de que pueda poner las manos sobre esa maldita mujer no tendré forma de persuadirla a hablar. —Él se dirigió hacia la puerta, añadiendo por encima del hombro—. No me demoraré.

Ella esperó hasta que la puerta se cerró con un golpe antes de relajarse. Sus labios emitieron un largo suspiro.

—Nunca he entendido al sexo femenino —dijo una voz desde la cama—. ¿Por qué tolera tal trato?

Ella se giró hasta quedar frente a él.

—¿Está despierto? Pensaba que no. Solo estaba fingiendo...

—No... del todo —dijo Emerson.

Ella se arrodilló junto a la cama, sosteniendo una taza de agua contra sus labios y sosteniéndole la cabeza mientras él bebía con avidez. Emerson le agradeció con voz más fuerte. Ella bajó su cabeza suavemente sobre el duro colchón y se contempló los dedos manchados.

—Esto no sana —murmuró ella—. ¿Le duele?

—Tengo un endemoniado dolor de cabeza —admitió Emerson.

—Y sus pobres manos... —Los dedos de la mujer se deslizaron lentamente por su brazo derecho y tocaron la carne hinchada y sangrante de su muñeca.

—Sería agradable poder estirarme un poco. —Su voz había cambiado. Yo conocía esa nota ronroneante, y un estremecimiento me atravesó. Me disgusta, incluso ahora, admitir la emoción que provocó. Creo que no es necesario que la señale.

Emerson continuó, con el mismo tono:

—Si mis brazos estuvieran libres podría expresar mejor el

aprecio que siento por su bondad.

Ella soltó una risita, en que la coquetería y el desafío se entremezclaban.

—¿Bien, por qué no? No puede vencer a los guardias, no está lo bastante fuerte, y si cree que puede ganar la libertad manteniéndome como rehén se engaña usted mismo. Ningún caballero inglés dañaría a una mujer. Y él lo sabe.

La llave de sus esposas estaba en la mesa. Aprecié el refinamiento de la crueldad de quien dejaba la libertad a la vista, pero inaccesible. Cuando ella se inclinó sobre él para abrir las esposas un mechón de su cabello le rozó la cara.

¡Bien! Me gustaría creer que podría haberme mantenido firme, inclusive ante lo que obviamente estaba a punto de suceder, pero yo había agarrado el borde de la reja con ambas manos y mis músculos estaban tensos, cuando se produjo un vocerío desde la casa. ¡Voces gritando, ruido de disparos! ¡Mi fiel Abdullah y sus valientes amigos habían llegado! ¡El rescate estaba cerca! ¡El tiempo para la acción había llegado!

Con un tirón de mis hombros aparté la reja. Inserté mis pies en la apertura y... y me golpeé, en una región que prefiero no especificar. No había tiempo que perder, apreté los dientes, me deslicé a través del agujero y aterricé con facilidad, erguida y preparada. Sacando mi pistola, apunté a la puerta.

¡Justo a tiempo! No podría haberlo hecho mejor, debido a ese momento de retraso ella no se había precipitado hacia la puerta. Su fuerza no era mucha, y justo cuando la apuntaba con mi pistola, ella fue aplastada por el panel al abrirse. Los sonidos de lucha aumentaron y una forma oscura corrió hacia nosotros con la intención de obedecer la cobarde orden de su líder.

No había tiempo para una discusión razonable así que disparé y a duras penas podría haber evitado darle, ya que su cuerpo llenaba la entrada, pero la herida no fue mortal, su grito, cuando retrocedió, contenía más sorpresa que dolor. Maldito sea, pensé, y disparé otra vez. Creo que fallé completamente en esta ocasión. Sin embargo el efecto fue gratificante. Con otro aullido, huyó. Estos matones contratados nunca son de fiar.

En ese instante concentré mi atención en la mujer, que había salido de detrás de la puerta y me miraba. Sentí una sensación

extraña al verla... una imagen sombreada de mí misma.

Emerson había balanceado los pies hacia el suelo y se había sentado. El esfuerzo adicional estaba obviamente más allá de sus fuerzas, su cara estaba pálida y sus brazos colgaban torpemente a sus costados. El mismo acto de moverlos debía haber sido indeciblemente doloroso. Él dirigió su mirada de mí a la mujer en la puerta y viceversa, pero no habló.

—Déjeme ir —susurró ella—. Si su gente me atrapa iré a prisión... o peor... ¡Por favor, *Sitt*! He intentado ayudarlo.

—Váyase, entonces —dije—. Cierre la puerta tras usted. —Con una última y rápida mirada a Emerson, ella obedeció.

Entonces por fin, por fin, pude ir a donde anhelaba ir. Corrí a su lado y me arrodillé junto a él.

La emoción me quitó el aliento y el habla.

Él me miró sin expresión, un débil ceño arrugaba su frente.

—Una mujer en pantalones es bastante confuso, pero dos es demasiado para un hombre en mi condición. Si usted me perdona, señora, creo que me aprovecharé de mi libertad para... ¡oh, maldición!

Fue su última palabra, un reconocimiento amargo de su incapacidad para hacer lo que había planeado. Cayó sobre sus rodillas y dio el rostro contra el suelo.

Estaba demasiado entumecida por la conmoción para evitarlo. La pistola cayó de mi mano débil, pero pronto ya estaba sosteniéndola apuntada hacia la puerta, mientras acunaba con el otro brazo la cabeza inconsciente de Emerson, cuando el grito de Abdullah me informó que nuestros salvadores habían llegado. Él atravesó como un ciclón la puerta y se detuvo en seco, el horror sustituyó la sensación de triunfo en su cara.

—¡Llora, *Sitt*! Alá sea misericordioso... él no está...

—No, Abdullah, no. ¡Peor que eso! ¡Oh, Abdullah... no me reconoce!

Capítulo 7

"El matrimonio debería ser un empate equilibrado entre dos adversarios iguales."

Por supuesto que no quise decir lo que le dije a Abdullah. Puede haber condiciones más graves que la muerte, pero pocas, si es que existen algunas, tan irreversibles. Gustosa habría buscado a lo largo y ancho de Egipto el cuerpo desmembrado de mi marido, como Isis hizo por Osiris, alegremente habría tomado mi lira como Orfeo y habría descendido a las profundidades del Hades para hacerlo volver, si tales hechos hubieran sido posibles. Lamentablemente no lo eran, y por suerte no eran necesarios. Había una luz al final de este túnel Estigio. Mientras él viviera cualquier cosa era posible. Y si una cosa era posible, Amelia P. Emerson se haría cargo del trabajo.

Me llevó un tiempo priorizar las tareas a realizar. Mi primera ocupación era consolar a Abdullah, que estaba sentado en el suelo y lloraba a lágrima viva como un niño, aliviado y angustiado por ver a su héroe tan desmejorado. Y quien repentinamente deseaba marcharse y matar a algunos villanos más, pero ya no quedaba ninguno, nuestra victoria había sido completa, y como nuestros hombres no se habían preocupado por tomar prisioneros, los sobrevivientes de la batalla habían huido, arrastrándose u ocultándose. Entre los fugitivos, para mi disgusto, se encontraba su líder.

—Pero lo encontraremos —dijo Abdullah, rechinando los dientes —. Lo vi en la refriega antes de que escapara, una bala de su arma fue la que hirió a Daoud. Le recordaré. Y Emerson sabrá...

Se interrumpió y me miró vacilante.

—Sí —dije firmemente—. Lo hará. Ahora, Abdullah, deja de vociferar y sé sensato. ¿Daoud no está seriamente herido, verdad?

¿Y tus otros hombres?

Milagrosamente, ninguno de nuestros defensores había resultado muerto, aunque varios fueron heridos. Daoud pronto se nos unió, llevaba su manga manchada de sangre como una insignia de honor e insistió en ayudar a llevar la litera en la que trasladaríamos a Emerson. Lamenté moverlo pero las alternativas habrían sido más peligrosas, no podíamos permanecer allí, y el pueblo no ofrecía ningún alojamiento en el que yo pudiera cuidar siquiera a un perro enfermo. Emerson estaba inconsciente y no se movió, ni siquiera cuando la carreta que Abdullah había requisado se sacudió a lo largo del camino de la ribera del río.

No es necesario decir que no abandoné su lado ni por un instante. Aunque no había traído mi botiquín, mi maestría (aunque vilipendiada frecuentemente por Emerson) me aseguró que su corazón estaba estable y latía con fuerza y que su respiración, aunque superficial, no mostraba evidencias de dolor. Las drogas que le habían suministrado eran motivo suficiente para explicar su estado actual, aunque tenía razón al sospechar que también se le había racionado la comida y el agua. Sus heridas eran superficiales salvo la herida de su cabeza. Esta era la que más me preocupaba, ya que debía estar relacionada con su pérdida de memoria.

Lo que yo había tomado como una treta inteligente para evitar ser interrogado era una horrorosa verdad. No estaba delirando o fuera de sus cabales, sus comentarios habían sido racionales, su mente clara. Excepto en un detalle muy importante y particular.

Cuando nos acercamos al Castillo vi que se encontraba iluminado desde el sótano a los desvanes. Me adelanté presurosa, a fin de perder el menor tiempo posible en los preparativos para la comodidad de Emerson. Cuando alcancé la puerta Cyrus me estaba esperando.

No procuraré reproducir sus comentarios. La irreverencia americana, por lo visto, no tiene relación con la lengua materna o con cualquier otra lengua que conozca. Aunque decidida a hacerme oír, no pude parar el flujo de su elocuencia. Sólo la vista de los portadores de la litera con su precioso cargamento hizo que Cyrus se interrumpiera, con un sonido que debía haberle herido la garganta.

Aprovechando su parálisis momentánea del discurso, le dije:

—Por el momento sin preguntas, Cyrus. Ayúdeme a meterlo en la cama. Y asegúrese de que el doctor sea admitido de inmediato. Envié a Daoud a por él cuando pasamos por Luxor.

Después que acosté a mi golpeado esposo (ya que no permitiría que nadie más que yo realizara ese tierno deber), Cyrus se reunió conmigo. Con los brazos cruzados bajó la mirada hacia Emerson. Luego se inclinó y le levantó un párpado hundido.

—Drogado.

—Sí.

—¿Qué está mal con él?

Había hecho todo lo que podía. Aseguré el extremo final de las vendas que había envuelto en torno a sus muñecas laceradas, me recosté y dándome valor tuve que admitir la dolorosa verdad.

—Por lo visto se dieron cuenta, como cualquiera que conozca a Emerson, que la tortura solo reforzaría su resistencia. No está seriamente herido, salvo por... Estuvimos de acuerdo, recordará, después de leer aquel mensaje, que debía estar fingiendo tener amnesia. No estaba fingiendo, Cyrus. Él... él no me reconoció.

Cyrus inhaló con fuerza. Y luego dijo:

—El opio produce extrañas ilusiones.

—Era absolutamente racional. Sus respuestas eran prudentes... cierto, prudentes para Emerson. Aunque, quizás, lanzar insultos y comentarios sarcásticos a un hombre que te mantiene encadenado no es muy sabio.

Cyrus soltó una breve carcajada.

—Suena a Emerson, bien. Aún...

—No hay ningún error, Cyrus. ¡Es lo qué es! No sólo me miró directamente a la cara y me llamó "señora" sino que antes dijo que nunca sería lo malditamente estúpido para cargar con una esposa.

Los esfuerzos de Cyrus por consolarme fueron interrumpidos por la llegada del doctor. No era el pequeño francés pomposo sin pericia médica con quien me vi obligada a tratar en una ocasión anterior, sino un inglés que se había retirado, por motivos de salud, a un clima más cálido. Evidentemente había conseguido el efecto deseado, aunque su barba fuera gris y su cuerpo cadavéricamente delgado se movía con el vigor de la juventud, y su diagnóstico me aseguró que teníamos suerte de haberle encontrado.

Solo podíamos esperar, dijo él, a que los efectos del opio se

disiparan.

Aunque la dosis había sido considerable, el paciente no estuvo bajo su influencia durante mucho tiempo y tenía todas las esperanzas, considerando su excelente estado físico, en que el proceso de recuperación no fuera ni prolongado, ni excesivamente arduo. La única lesión grave era la herida en la parte posterior de la cabeza, pero ni siquiera esto le preocupaba al doctor Wallingford a diferencia de a mí.

—El cráneo no está fracturado —murmuró él, auscultando el área con dedos sensibles—. Una conmoción cerebral, quizás... No podremos evaluar este hecho hasta que el paciente haya recuperado el conocimiento.

—Su pérdida de memoria —comencé.

—¡Mi querida dama, sería una maravilla si su memoria no estuviera confundida después de semejante golpe en la cabeza y las dosis diarias de opio! Arriba esos ánimos, no tengo duda de que se recuperará totalmente.

El doctor se marchó después de prometerme regresar al día siguiente y después de darme instrucciones que no necesitaba, pero que me tranquilizaron, ya que concordaban en cada detalle con mis propias intenciones: mantener al paciente caliente y quieto, tratar de que se alimentara.

—Caldo de pollo —murmuré distraídamente.

Un murmurante y musical maullido sonó como si estuviera de acuerdo. El gato Anubis había entrado, tan silencioso como la sombra a la que se parecía. Me puse rígida mientras el animal brincaba a la cama e inspeccionaba a Emerson de pies a cabeza, haciendo una pausa para olisquearle la cara con curiosidad. La antipatía de Abdullah hacia la bestia estaba basada en la ignorancia y la superstición, pero cansada y preocupada como me sentía me encontré comenzando a simpatizar con él. ¿No sería el amo de Anubis el canalla barbudo que mantuvo cautivo a Emerson?

No había sido capaz de distinguir sus facciones. La voz me había recordado a la de Vincey, pero ni siquiera podía estar segura de esto, ya que su tono despreciativo fue completamente diferente al gentil y bien educado del hombre que había conocido tan brevemente. Anubis regresó al pie de la cama, donde se echó y empezó a lamerse los bigotes. Me relajé, sintiéndome un poquitín

tonta.

Cyrus volvió después de enseñarle la salida al doctor. Anunció que el cocinero estaba asando un pollo y preguntó qué podía hacer por ayudarme.

—Nada, gracias. Ha tomado un poco de agua, es una buena señal. Estoy muy impresionada por el doctor Wallingford.

—Tiene una reputación excelente. Pero si quiere buscaremos a alguien de El Cairo...

—Creo que esperaremos un tiempo. Sé que está lleno de preguntas, Cyrus. Contestaré algunas de ellas en este momento si lo prefiere.

—Conozco la mayor parte de la historia. Me di el placer de una pequeña charla con Abdullah. —Sentándose en un sillón, Cyrus sacó uno de sus puros y me pidió permiso para fumar.

—Por supuesto. Emerson ama su repugnante pipa, el olor del humo de tabaco puede animarlo. Espero que no fuera demasiado duro con Abdullah.

—¿No podía reprenderle, verdad, por tener éxito cuando yo fallé? Ni por permitir que usted le intimidara para poder ir. Le tiene bajo su pequeño pulgar, Amelia.

—Lo inspiró su lealtad hacia Emerson. Pero, sí, creo que también me tiene cierto cariño. Nunca me di cuenta. Fue un momento conmovedor cuando me abrió su corazón ya que nunca lo había hecho antes.

—¡Eh! —dijo Cyrus—. Supongo que no podré persuadirla para que descanse un poco mientras vigilo a mi viejo amigo.

—Supone correctamente. ¿Cómo podría dormir? Acuéstese, Cyrus. Debe estar cansado. No necesito preguntarle si su misión en el hotel fracasó.

—Estoy rendido, es verdad, pero esto lo causó el haber regresado aquí y encontrar que se había marchado. Temía que el mensaje hubiera sido una trampa para quitarme de en medio y así poder llevársela. No quiero pasar otro par de horas como aquellas.

—Querido Cyrus. Pero ya ve, está bien lo que acaba bien.

—Así lo espero. —Cyrus aplastó el puro cortado. Su mano fue un poco inestable, y esta prueba de afectuosa preocupación me conmovió profundamente—. Bien, la dejaré en su vigilia. Llámeme si... Ah, caramba, casi lo olvidé. El correo llegó esta tarde. Hay una

carta para usted de Chalfont.

—¡La carta prometida! —Grité—. ¿Dónde está?

Cyrus indicó una pila de cartas sobre la mesa. La de encima era la única que deseaba, su volumen sugería que el escritor tenía mucho que contar, y así lo demostró.

Una breve nota de Walter introducía la misiva.

He decidido dejar que el joven Ramsés exprese sus opiniones, su estilo epistolario tiene una brillantez del que carece el mío. Conocéis a vuestro hijo lo suficientemente bien como para no ser engañados por su tendencia hacia la exageración. No temáis por nosotros, como comprobaréis hemos tomado todas las precauciones posibles. Sois vosotros, querido hermano y hermana, por quienes estamos preocupados. Por favor, mantenednos informados.

A continuación seguían varias páginas escritas profusamente por una mano con la que estaba muy familiarizada. Lo mejor que puedo hacer es copiar este documento extraordinario en su totalidad, ya que es imposible resumir a Ramsés.

Mis queridísimos mamá y papá [comenzaba],

Espero que os encontréis bien. Todos nosotros así lo estamos. Tía Evelyn me asegura que mi cabello volverá a crecer pronto.

Después de recobrarme del efecto de esta declaración alarmante, continúe leyendo.

Vuestro telegrama fue de gran ayuda para evitar que un acontecimiento más serio ocurriera, pero yo tenía razones para sospechar que una jugarreta de esa clase estaba en marcha. Mientras hacía mis usuales recorridos por la finca con el objeto de ahuyentar a los cazadores furtivos y detectar sus trampas, me topé con un individuo pobremente vestido quien en vez de escapar cuando lo encaré, corrió hacia mí con la evidente intención de atraparme. Retirándome, ya que me pareció que la discreción era lo indicado (y porque me doblaba en tamaño), lo conduje a través de un matorral de espinos y lo dejé desesperadamente enredado entre las ramas que mi menor altura y mayor conocimiento del terreno me permitieron evitar. Él gritaba en voz alta y de forma profana mientras me alejaba de la escena, pero cuando tío Walter, dos lacayos y yo regresamos, había huido.

»El tío Walter, lamento informar, se burló de mi afirmación de que el comportamiento del sujeto despertaba las sospechas más extremas en cuanto a sus motivos para estar allí. Sin embargo, después de que

llegara el telegrama de papá, tío Walter fue lo bastante caballeroso para pedirme perdón y lo suficiente inteligente para reconsiderar el caso. Después de un consejo de guerra determinamos tomar medidas defensivas. Como indiqué, era más seguro errar en el lado del exceso que equivocarnos por falta de previsión.

Tía Evelyn deseaba llamar a la policía. Ella es una muy buena persona, pero no es práctica. Tío Walter y yo la persuadimos de que no teníamos motivos para requerir ayuda oficial, ya que para convencer a los funcionarios públicos de la validez de nuestros motivos para preocuparnos tendríamos que revelar temas que habíamos jurado mantener en secreto. Por lo tanto, nuestra fuerza defensiva está constituida como sigue:

1. Gargery. Se sintió muy complacido de que se lo hayamos pedido.

2. Bob y Jerry. Como sabéis, son los lacayos más fuertes, y están familiarizados con nuestros hábitos. Recordarás que Bob fue de gran ayuda en nuestro ataque a Mauldy Manor, cuando tuve la suerte de efectuar vuestra fuga del calabozo.

3. El inspector Cuff. Aunque debería decir, el "ex inspector Cuff", debido a que se ha retirado de la fuerza policial y ahora cultiva rosas en Dorking. Hablé personalmente con él por teléfono (un dispositivo sumamente útil, debemos instalar uno en Amarna House), y después de que dejó de refunfuñar y escuchó lo que tenía que decirle se sintió persuadido de unirse a nuestra causa. Creo que se ha aburrido de sus rosas. No temáis, mamá y papá, no revelamos el SECRETO. Me enorgullezco de que el Inspector tenga la suficiente confianza en mi humilde persona para creer en la seriedad del asunto. La confirmación del tío Walter fue de alguna ayuda en este aspecto.

Por suerte (o, si se me permite decirlo, previsoramente) estas medidas fueron instituidas por el Inspector Cuff, el último en llegar, ya que no pasaron veinticuatro horas antes de que ocurriera el ataque esperado.

Esto ocurrió como detallo.

¡Finalmente! Pensé, girando la página y rechinando los dientes cuando en vez de decirme lo que ansiaba saber, Ramsés se fue por la tangente.

Si no he mencionado a Nefret, podéis estar seguros que no es porque sea indiferente o le falte coraje e inteligencia. Ella es... [Aquí varias palabras habían sido tachadas. O el léxico de Ramsés había sido

inadecuado para expresar sus sentimientos o se había arrepentido de haber expresado aquellos sentimientos tan abiertamente.] *Ella es una persona notable. Ella... pero quizás un recuento de lo que ocurrió demostrará sus cualidades con más eficacia de lo que mis simples palabras podrían.*

Había anticipado... erróneamente, como se comprobó, pero no sin algo de razón que Nefret sería la persona con mayor necesidad de protección. Puesto que si las insinuaciones de papá en su telegrama y mis propias deducciones basadas en esas indirectas eran correctas, ella es la persona más conectada con el SECRETO arriba mencionado. Es verdad que mi teoría ignoró el hecho de que el caballero desarrapado había estado decidido a llevarme a MÍ, así que quizás el código de caballería nubló mis generalmente agudos poderes de razonamiento. Recuerdo haber pensado una vez que ser un pequeño caballero es más engorroso de lo que vale. Como veréis el incidente que estoy a punto de contar confirma esta opinión.

—Así lo espero —refunfuñé, lamentando no tener al pequeño "caballero" conmigo y así poder zarandearlo y obligarle a ir al grano.

Ese día Nefret salió en el carruaje como de costumbre para ir a la vicaría a una lección de latín e instrucción religiosa. No solo estaba acompañada por Gargery, quien había insistido en conducir, sino por Bob y Jerry también. Tío Walter sintió que era una protección más que suficiente, pero yo tenía cierto presentimiento (como a menudo tiene mamá) sobre la expedición, así que tomé uno de los caballos y los seguí a una distancia discreta, ya que tenía motivos para suponer que Gargery, Bob, Jerry, y quizás la misma Nefret, se opondrían a este procedimiento.

Cuando casi habían llegado a su destino bajaron la guardia, como más tarde admitieron. Después de pasar esa extensión desierta del camino (lo recordaréis) donde podría esperarse una emboscada y donde nada por el estilo sucede, se encontraban a noventa metros de la primera casa del pueblo cuando otro carruaje apareció por la curva del camino, acercándose a velocidad considerable. Gargery se dirigió a un lado para dejarles pasar. Pero en vez de seguir su camino, el conductor detuvo el vehículo e incluso antes que las ruedas hubieran dejado de rodar, varios hombres salieron raudos del carruaje.

Vi todo lo que pasaba, ya que el camino corre recto desde ese punto

y nada impedía mi visión. Estoy seguro que no necesito deciros que reaccioné pronta y rápidamente, hice galopar a mi corcel. Antes de que pudiera alcanzar el escenario de estos sucesos, Gargery ya había sacado una porra (su arma favorita) de su abrigo y la había golpeado contra la cabeza del individuo que intentaba tirarlo del asiento. Bob y Jerry luchaban cuerpo a cuerpo con otros tres sinvergüenzas.

Un quinto hombre forcejeaba con la puerta del carruaje.

Se me escapó un grito ante esta terrible visión, temo que perdí los nervios y le di un puntapié al pobre Mazeppa en un intento por inducirlo a ir más rápido. Esta resultó ser una acción imprudente así como poco amable. Poco acostumbrado a ese tratamiento, Mazeppa se detuvo abruptamente y me caí. Aterricé sobre mi cabeza. Impávido, a pesar de la sangre que fluía profusamente de la herida, gateé hacia la batalla cuándo unas rudas manos me agarraron y una voz gritó:

- ¡Le tengo! ¡Vamos, muchachos, contenerlos!

O algunas palabras parecidas. Los tipos les mantuvieron a raya con tal éxito que mi captor alcanzó el carruaje criminal y transfirió su apretón sobre mi cuello y mis pantalones, preparándose, supongo, para lanzarme en el interior.

En ese momento, cuando todo parecía perdido, escuché un extraño sonido silbante, seguido de un suave ruido sordo.

El hombre de cuyo agarre colgaba indefenso y mareado (un golpe en la cabeza, como sabréis, tiene el efecto de desorientar al destinatario en grado considerable) soltó un alarido y me dejó caer.

Me alegra contaros que la discreción prevaleció sobre la lujuria de la batalla que inicialmente me había metido en apuros. Rodé bajo el carruaje, salí por el lado opuesto y me metí en una conveniente zanja.

Me vi arrancado de este refugio unos momentos después por Gargery, justo a tiempo de ver que el vehículo de los sinvergüenzas se retiraba en medio de una nube de polvo. Mis rodillas se sentían un poco inestables, así que Gargery me sostuvo por el cuello con mucha amabilidad, mientras mis ojos buscaban el objeto de mi principal preocupación.

- ¿Nefret? —gorjeé. (Había tragado gran cantidad de agua fangosa).

Ella estaba allí, inclinándose sobre mí, una visión angelical... [Ramsés había tachado esto, pero las palabras eran legibles]*... su rostro estaba pálido por la preocupación... por MÍ.*

- Querido hermano —gritó ella con un tono conmovedor—. Estás

herido: ¡Sangras! —Y con su propia mano, sin que le importara que el barro y la sangre derramada mancharan sus impolutos guantes blancos, me apartó el cabello de la frente.

No fue mi herida sino la vista de lo que ella sostenía en su otra mano lo que me golpeó dejándome sin palabras (un estado, que mamá afirma, me es poco común). El objeto era un arco.

Gargery me llevó desvanecido y pronto nos encontramos seguros en casa. Lamentablemente recuperé la consciencia antes de que el doctor me cosiera la cabeza. Fue malditamente doloroso. Fue entonces cuando me cortaron un poco de cabello, pero tía Evelyn dice que muy pronto volverá a crecer. Todos los demás están ilesos salvo por algunos golpes y contusiones.

Fue Nefret, como ya habréis deducido, quien salvó el día. El bandido que intentaba abrir la puerta del carruaje se apartó trastabillando con la nariz sangrando cuando ella se lanzó de golpe contra su cara, y el bandido que me llevaba se vio desalentado por una flecha dirigida con una habilidad digna de Robin Hood (si debemos confiar en la leyenda, aunque dude de ella).

El arco que había estado ocultando bajo su pesada capa (el clima era bastante frío) era uno que había traído consigo de Nubia. A diferencia de los arcos usados por los militares, el suyo es un arma personal de solo setenta y tres centímetros de largo, empleado generalmente para la caza. Pero uno podría preguntarse ¿por qué ella había juzgado oportuno llevar semejante arma? De hecho se lo pregunté, y me contestó después de que mis queridos amigos se reunieran junto a mi cama para un consejo de guerra.

- He mantenido un arma al alcance de la mano desde que llegó el telegrama del profesor —explicó ella con tranquilidad—. No es un hombre que se deje impresionar por cualquier cosa, y aunque estoy profundamente agradecida por la leal protección de nuestros amigos, no está en mi naturaleza esconderme en un rincón mientras otros arriesgan sus vidas en mi defensa. El profesor dejó claro que Ramsés y yo estábamos en peligro, no de asesinato, sino de secuestro. Sabemos lo que los raptores desean. ¿Quién podría darles esa información? Solo tu madre y padre, Ramsés, solo ellos saben el camino hacia el lugar que los bandidos buscan.

- Yo podría volver sobre mis pasos. —Comencé a decir algo indignado. Ella me tapó los labios con un dedo.

- Lo sé, querido hermano. Pero en este mundo los niños son tratados como animales de compañía, sin sentido o memoria, y tú eres uno de los pocos que podría hacer lo que declaras. Yo no podría. Si ellos te quieren, solo puede ser como rehén, para obligar a aquellos que te aman a darles la información.

- Y a ti —me apresuré a asegurarle.

- Aquellos que nos amenazan pueden razonar así. No tengo miedo, me defenderé, llevo un cuchillo así como un arco y los usaré si es que debo. —Su cara se puso seria—. No es por nosotros por quién temo, sino por el profesor y tía Amelia. No cuentan con nuestros fuertes protectores. Ellos son los que corren mayor peligro.

Sus sabias palabras me hicieron darme cuenta, queridos mamá y papá, que en mi preocupación por ella no había prestado suficiente atención a vuestro apuro. Debería estar con vosotros. Así se lo manifesté al tío Walter, pero él rechazó tajantemente comprarme un billete para el próximo buque de vapor, y ya que solo poseo una libra, once chelines y seis peniques, no puedo realizar la transacción sin su asistencia financiera. Por favor telegrafiadle inmediatamente para decirle que me deje ir. Me siento reacio a dejar a Nefret, pero el deber (y por supuesto el afecto de un hijo remplaza a cualquier otra responsabilidad). Además, ella tiene a Gargery y a los demás. Por otro lado, ella lo hace muy bien sin mí. Por favor telegrafiad inmediatamente. Por favor tened cuidado.

Vuestro cariñoso (y en este momento muy ansioso) hijo,

Ramsés.

P.D. Gargery se siente muy decepcionado por no haber podido rescatar a Nefret como sir Galahad.

P.P.D. Si telegrafiáis inmediatamente puedo estar con vosotros en diez días.

P.P.P.D. O trece a lo más.

P.P.P.P.D. Por favor cuidáos.

Había requerido que apartara gran parte de mi atención de Emerson en ese momento, pero esta asombrosa epístola así lo exigía. Recordé haberle mencionado a Ramsés, en una ocasión, que las florituras literarias era mejor restringirlas a la forma escrita. Obviamente había tomado al pie de la letra esa sugerencia, ya que sus recursos literarios resultaban cuestionables (¡desvanecerse, por favor! ¿Qué había estado leyendo el niño?) No había ocultado sus

emociones genuinas. ¡Pobre Ramsés! Ser rescatado en vez de ser el salvador, caerse del caballo, arrastrarse hasta una zanja y ser sostenido como un sucio saco de lavandería, chorrear agua fangosa ante los ojos de la muchacha que anhelaba impresionar... Su humillación debió ser completa.

¡Y lo había aceptado como un hombre y un Emerson! Sólo tenía alabanzas para ella cuyos logros habían opacado los suyos. Y mi corazón maternal se sintió conmovido por esa admisión lastimosa: "Ella lo hace muy bien sin mí". En efecto, pobre Ramsés.

En cuanto a Nefret, su comportamiento confirmaba mi impresión inicial de su carácter y me convencía de que sería una adición digna a nuestra pequeña familia. Había actuado con el mismo vigor e independencia que yo habría mostrado, y con la misma eficacia. Yo tampoco estoy acostumbrada a esconderme en los rincones.

La misma idea de Ramsés a mi lado intentando protegerme me heló la sangre de las venas, y solo me quedaba esperar que Walter pudiera impedirle robar un banco o jugar al salteador de caminos a fin de conseguir el dinero. No es que yo dudara de la sinceridad de sus protestas. Debía acordarme de telegrafiar al día siguiente, aunque la cuestión de cómo expresar el mensaje presentaba alguna dificultad. Debía informar sin alarmarlos...

En ese momento el crujido de lino me llevó volando al lado de Emerson. ¡Él había vuelto la cabeza! Sólo había sido un movimiento leve y no volvió a moverse, pero permanecí sobre él el resto de la noche contando cada aliento y remontando con dedos gentiles cada línea de ese rostro querido.

La barba tendría que irse, por supuesto. A diferencia de su cabello, la barba de Emerson es muy tiesa y espinosa. También me oponía a ella por motivos estéticos, ya que escondía los contornos admirables de su mandíbula y barbilla, así como el hoyuelo en esta última.

En momentos de angustia emocional la mente tiende a concentrarse en pequeños detalles. Es un hecho bien conocido y cuenta, creo, por mi fracaso en considerar varios problemas más importantes que la barba de Emerson. Sin embargo, estos atrajeron mi atención a la mañana siguiente, cuando Cyrus entró para traerme una bandeja de desayuno y preguntar cómo habíamos

pasado la noche. Le persuadí, sin dificultad, para que me acompañara con una taza de café, y lo entretuve leyendo extractos de la carta de Ramsés.

—Debo telegrafiarles inmediatamente para tranquilizarlos —dije —.La pregunta es ¿cuánto debo contarles? No saben nada de los últimos sucesos...

—¡Mi querida Amelia! —Cyrus, que había estado riéndose entre dientes y sacudiendo la cabeza a causa de la carta, se puso serio de inmediato—. Si no lo saben ya, pronto lo harán. No mantuvimos en secreto su desaparición... ¡qué diablos!, empapelamos toda la ciudad con carteles. A menos que me equivoque, los periódicos ingleses reproducirán en un santiamén la historia de sus corresponsales en El Cairo, y muy pronto estaremos en los titulares. Usted y su marido son noticia, como sabrá.

De inmediato la seriedad del asunto fue aparente para mí. Con la ayuda de Cyrus determiné un curso de acción. Debíamos telegrafiar al instante asegurando a nuestros seres queridos que habíamos encontrado a Emerson, que estábamos seguros y bien, advirtiéndoles que no creyeran nada de lo que leyeran en los periódicos.

—Me estremezco por las confusas versiones de los hechos que relatarán esos condenados periodistas —dije amargamente—. Maldición, Cyrus, debería haberlo esperado, he tenido demasiados encuentros desagradables con los "caballeros" de la prensa.

—Tenía otras cosas en mente, querida. La más importante es conseguir que el viejo y pobre Emerson se levante y esté en posesión de sus sentidos. Él se encargará de los reporteros.

—Nadie lo hace mejor —contesté, con una prolongada mirada al inmóvil rostro de mi cónyuge—. Pero el peligro no ha terminado. El hombre responsable de este acto cobarde ha huido. Nos no atrevamos a suponer que haya abandonado sus planes. Ni por un instante podemos relajar nuestra vigilancia, sobre todo mientras Emerson yace indefenso.

—No se preocupe por eso. —Cyrus se acarició su barba de chivo —. Los parientes de Abdullah han rodeado el lugar como un grupo de apaches sitiando un fuerte. Ya han maniatado a mi cocinero y le han dado una paliza a un vendedor ambulante de dátiles.

Con mi mente tranquila en este punto, y despachado el

telegrama, pude devolver mi atención a donde mi corazón residía. Fue un período difícil, ya que mientras que los efectos del opio se desvanecían, otros síntomas más alarmantes aparecieron. Estos se debían, en opinión del doctor Wallingford, a las otras drogas que le habían administrado a Emerson, pero el tratamiento era imposible ya que no sabíamos cuáles eran.

Abdullah regresó a la prisión y se encontró con que se habían llevado toda prueba incriminatoria del lugar. La policía negó haberse llevado algo y estuve dispuesta a creerles, ya que no habrían tenido el sentido común de estudiar la escena del delito. Era evidente que el secuestrador había vuelto y recuperado cualquier prueba que pudiera incriminarlo. Era una señal siniestra, pero no perdí tiempo en considerar las ramificaciones o en lidiar con los reporteros que como Cyrus había predicho, nos sitiaron pidiendo noticias a gritos. El doctor Wallingford se mudó a una de las habitaciones de huéspedes y se concentró en su paciente más interesante. Se requería de toda su atención, ya que el delirio sustituyó al coma, y durante dos días dedicamos todos nuestros esfuerzos a evitar que Emerson se dañara a sí mismo o a nosotros.

—Al menos sabemos que su fuerza física no se ha visto seriamente perjudicada —comenté, levantándome del suelo donde el brazo sin control de Emerson me había arrojado.

—Es la fuerza antinatural de la obsesión —declaró el doctor Wallingford, frotándose un hombro magullado.

—Sin embargo, lo encuentro tranquilizador —dije—. Lo he visto así antes. Es mi culpa, debería haber sabido que... ¡Agárrele por los pies, Cyrus, trata de salir de la cama otra vez!

Anubis se había retirado prudentemente a lo alto del tocador, donde estaba agazapado observándonos con sus amplios ojos verdes. En la breve calma que siguió al ataque compulsivo de Emerson me di cuenta de un ligero ruido sordo. ¡El gato estaba ronroneando! Abdullah lo habría tomado por otra señal de inteligencia diabólica, pero yo sentí una oleada extraña e irracional de esperanza renovada, como si el ronroneo de la criatura fuera un buen presagio, en vez de lo contrario.

Durante las siguientes y terribles horas necesité de todo el coraje que pude reunir, pero finalmente, a mitad de la tercera noche de vigilia me atreví a creer que lo peor había pasado. Por fin Emerson

se quedó inmóvil. Nos sentamos en torno a la cama, cuidando de nuestras contusiones y aguantando la respiración. Mis ojos se enturbiaron, me sentía aturdida y mareada por la falta de sueño. La escena era irreal, como una fotografía bidimensional de algún acontecimiento pasado, la luz de la lámpara humeante lanzaba sus sombras sobre los rostros alargados de los observadores y las facciones demacradas del hombre enfermo, el silencio sin romper salvo por el crujido de las hojas a través de la ventana abierta y la respiración lenta y regular de Emerson.

Al principio mis sentidos no se atrevieron a registrar esa señal. Cuando me levanté y me dirigí de puntillas a la cama, el doctor Wallingford me acompañó. Su examen fue breve. Cuando se enderezó, su rostro cansado mostraba una sonrisa.

—Es sueño... un sueño sano y natural. Descanse un poco, señora Emerson. Él querrá verla bien y sonriente cuando despierte por la mañana.

Me habría resistido, pero no pude, Cyrus medio me arrastró al dormitorio contiguo, donde había colocado una cama para mí. La mente inconsciente, en la cual creo firmemente a pesar de su estado cuestionable, sabía que ahora podía abandonar mi vigilia y dormí como un muerto durante seis horas.

Me desperté llena de energía, salté de la cama y corrí hacia el dormitorio de al lado.

Al menos esa era mi intención. Me vi obligada de detenerme abruptamente por una aparición que surgió ante mí, horriblemente pálida, terriblemente despeinada, con los ojos salvajes y desarreglada. Pasaron varios segundos antes de que pudiera reconocer mi propia imagen, reflejada en el espejo sobre el tocador.

Una rápida mirada a la recámara contigua me aseguró que Emerson aún dormía y que el buen doctor, con las gafas torcidas y la corbata aflojada, dormitaba en la silla junto a la cama. Rápidamente empecé a hacer algunas reparaciones esenciales, me alisé el cabello, pellizque mis mejillas para darles algo de color, me puse la bata con mayor número de volantes y cintas. Mis manos temblaban, me sentía tan trémula como una muchachita que se prepara para una cita a escondidas con su amante.

Los sonidos del cuarto de al lado me hicieron volar hacia la puerta, ya que reconocí los gruñidos quejumbrosos y gemidos con

los que Emerson solía saludar al día. Si no volvía a ser él mismo, estaba haciendo una buena imitación.

Cyrus, quien debía haber estado escuchando fuera de la puerta, entró cuando yo lo hice. El doctor Wallingford nos saludó en respuesta. Inclinándose sobre la cama, dijo:

—¿Sabe quién es usted?

Estaba cansado, pobre hombre, o sin duda habría encontrado una frase más afortunada. Emerson lo miró.

—Qué pregunta más malditamente tonta —contestó—. Por supuesto que sé quién soy. ¿Pero a propósito, señor, quién diablos es usted?

—Por favor, profesor —exclamó Wallingford—. ¡Su lenguaje! Hay una dama presente.

Los ojos de Emerson recorrieron el cuarto en una lenta inspección y se detuvieron donde yo estaba de pie con las manos pegadas a mi pecho, a fin de contener la agitación reveladora de los volantes que traicionaban el desbocado palpitar de mi corazón.

—Si a ella no le gusta mi lenguaje puede salir de la habitación. Yo no la he invitado.

Cyrus no pudo contenerse por más tiempo.

—Maldito tonto —prorrumpió, apretando los puños—. ¿No la reconoce? Si ella no se hubiera dejado caer sin ser invitada hace unos días, usted no estaría vivo y maldiciendo esta mañana.

—Otro maldito intruso —refunfuñó Emerson, fulminando con la mirada a Cyrus. Volvió a mirarme... Y esta vez no hubo ningún error. Los brillantes orbes azules estaban despejados y conscientes, y fríos por la indiferencia. Entrecerró los ojos y frunció el ceño—. Espere, aunque... sus rasgos me son familiares, aunque el traje no. ¿Es ella la mujer inadecuadamente vestida que irrumpió en mi placentera habitacioncita, como un corcho en una botella, y luego se puso a salpicar la entrada vacía con balas? Las mujeres no deberían tener permiso para manejar armas de fuego.

—No fue anoche, fue hace tres días —gruñó Cyrus, su barba de chivo temblaba—. Salvó su vida con esa pistola, usted... usted... — Se interrumpió, dirigiéndome una mirada de disculpa.

Un destello de dientes blancos apareció entre la barba enmarañada de Emerson.

—No le conozco, señor, pero parece ser un tipo irascible... a

diferencia de mí. Siempre soy tranquilo y razonable. La razón me obliga a admitir la posibilidad de que la entrada no estuviera vacía, y que esta dama puede haberme ofrecido alguna ayuda. Gracias, señora. Ahora márchese.

Cerró los ojos. Un gesto perentorio del doctor nos ordenó a los dos a salir de la habitación. Cyrus, quien aún temblaba por la indignación, me rodeó con un brazo protector. Suavemente pero con decisión lo aparté.

—Estoy muy calmada, Cyrus. No requiero que me tranquilice.

—Su coraje me asombra —exclamó Cyrus—. Escucharle negarla... burlarse de su lealtad y atreviéndose...

—Bien, ya lo ve —dije con una sonrisa débil—, no es la primera vez que he oído tales comentarios de Emerson. Lo esperaba, Cyrus, realmente no había esperado nada más. Me di coraje para esperar lo peor, estaba preparada para ello.

En silencio posó su mano en mi hombro. Permití que así lo hiciera, y ninguno volvió a hablar hasta que el doctor salió del cuarto de Emerson.

—Lo siento, señora Emerson —dijo él suavemente—. No se desanime. No lo ha olvidado todo. Sabe su nombre y profesión. Preguntó por su hermano Walter, y declaró su intención de continuar inmediatamente con sus excavaciones.

—¿Dónde? —pregunté atentamente—. ¿Dijo dónde tenía la intención de trabajar en esta temporada?

—Amarna —fue la respuesta—. ¿Es importante?

—Fue en Amarna donde él trabajaba cuando nos hicimos... allegados.

—Hummm. Sí. Puede haber encontrado una pista, señora Emerson. Su memoria de acontecimientos es clara y precisa hasta un período aproximado de hace trece años. No recuerda nada que haya pasado desde entonces.

—Desde el día que nosotros nos conocimos —dije pensativamente.

El doctor puso su mano sobre mi otro hombro. Parece que los hombres creen que este gesto tiene un efecto calmante.

—No desespere, señora Emerson. Está fuera del peligro, pero todavía está mucho más débil de lo que sus... esto... maneras perentorias puedan hacer creer. Puede ser que su memoria regrese

mientras su salud mejora.

—Y quizás no —dijo entre dientes Cyrus—. Es usted malditamente indiferente sobre ello, doctor, ¿no hay nada que pueda hacer?

—No soy especialista en desórdenes nerviosos —fue la respuesta enfurruñada—. Ciertamente aceptaría gustoso una segunda opinión.

—No se ofenda —dijo Cyrus prestamente—. Supongo que todos estamos muy cansados y de mal genio. Dice que un especialista en desórdenes nerviosos... ¡eh! ¡Esperen un minuto!

Su rostro se iluminó y dejó de retorcerse la barba de chivo, que estaba completamente lacia bajo sus atenciones.

—Supongo que el buen Dios debe estar de nuestro lado después de todo. Uno de los mayores expertos del mundo en trastornos mentales se dirige a Luxor en este mismo momento, si es que no está aquí ya. ¡Hablando de la suerte del diablo!

—¿Cuál es su nombre? —peguntó el doctor escépticamente.

—Schadenfreude. Sigismund Schadenfreude. Es un genio, se lo aseguro.

—¿El especialista vienés? Sus teorías son poco ortodoxas...

—Pero funcionan —declaró Cyrus con entusiasmo—. Fui uno de sus pacientes hace unos años.

—¿Usted, Cyrus? —Exclamé.

Cyrus bajó la mirada y movió los pies como un alumno culpable.

—¿Recuerda, Amelia... ese asunto con lady Baskerville? Le entregué mi corazón a esa mujer y ella lo rompió en añicos. Por un tiempo caminé por el mundo como un perro con las orejas caídas, y luego escuché hablar de Schadenfreude. En cuestión de semanas él me puso en vereda.

—Lo siento mucho, Cyrus no tenía ni idea.

—Es agua pasada, querida. He vivido sin trabas ni obligaciones desde entonces. Cuando nos separamos le dije a Schadenfreude que me avisara si alguna vez venía a Egipto y yo le mostraría como es una excavación arqueológica. Debe haber llegado a El Cairo justo después que me marché. Recibí su carta hace unos días... pero no le presté ninguna atención en ese momento, otras cosas ocupaban mi mente, pero si recuerdo correctamente, planeaba llegar a Luxor algún día de esta semana. ¿Qué dice si me apresuro y veo si está disponible?

Por supuesto el asunto no fue tan fácil de arreglar como el amistoso entusiasmo de Cyrus le llevó a esperar.

Era de noche cuando regresó, remolcando al famoso médico vienés como un cachorrito.

Schadenfreude era una figura curiosa... de rostro muy delgado y de estómago sumamente contundente, sus mejillas eran tan rosadas que parecían embadurnadas de carmín, la barba era tan plateada y brillante que sugería una aureola que había resbalado de su lugar de amarre. Los miopes ojos marrones miraban con detenimiento e inciertamente a través de sus gruesas gafas. Sin embargo, no había nada de incierto en su postura profesional.

—Vaya si es un caso muy interrrresante —declaró él—. *Herr* Vandergelt me ha dado algunos detalles. ¿No se ha impuesto sobre él, *gnadige* Frau?

Me puse tensa por la indignación, pero un guiño y un asentimiento de Cyrus me recordaron que el causante de esta grosera pregunta debía ser el dominio imperfecto del inglés por parte del famoso doctor.

—Ha dormido la mayor parte del día —contesté—. No he insistido en mi relación con él, si es eso lo que quiere decir. El doctor Wallingford sintió que podría ser imprudente en esta etapa.

- *Sehr gut, sehr gut*. —Schadenfreude se frotó las manos y me mostró una dentadura de perfectos y blancos dientes—. Al paciente a solas examinaré. ¿Usted permite, *frau* Profesor?

No esperó mi permiso, sino que se lanzó hacia la puerta abierta y desapareció en el interior, cerrando la puerta con un golpe.

—Un tipo peculiar ¿verdad? —dijo Cyrus orgullosamente, como si las excentricidades de Schadenfreude demostraran su valía médica.

—Esto... bastante. Cyrus, ¿está seguro...

—Querida, él es una maravilla. Soy un testimonio vivo de sus talentos.

Schadenfreude estuvo dentro mucho tiempo. Ni un sonido se escapó, ni siquiera los gritos que estaba segura que oiría de Emerson, me sentía sumamente inquieta cuando la puerta por fin se abrió.

- *Nein, nein, gnadige Frau* —dijo Schadenfreude, conteniéndome cuando me disponía a entrar—. Es una discusión que debemos tener

antes de que usted diga una sola palabra al aquejado. Guíenos, *Herr* Vandergelt, a un lugar de discusión y suministre, *bitte,* algún refrigerio para la dama.

Nos retiramos a mi saloncito. Rechacé el brandy que el doctor intentó darme, la situación era demasiado seria para el consuelo temporal de las bebidas espirituosas y él mismo bebió la cerveza que había solicitado con tal entusiasmo que cuando apartó el vaso su bigote estaba perlado de espuma. No obstante, cuando comenzó a hablar no sentí ninguna inclinación a reírme de él.

En esa época muchas personas eran escépticas respecto a las teorías de la psicoterapia. En cambio, mi mente siempre ha sido receptiva a las nuevas ideas, tan repelentes como puedan ser, y había leído con interés los trabajos de psicólogos como William James y Wilhelm Wundt. Como algunos de sus axiomas, en particular el concepto de Herbart sobre el umbral de la consciencia, concordaba con mis propias observaciones de la naturaleza humana, estaba inclinada a creer que la disciplina, cuando fuera afinada y desarrollada, podría ofrecer puntos de vista útiles. Las teorías de *Herr Doktor* Schadenfreude ciertamente eran poco ortodoxas, pero las encontraba horriblemente plausibles.

—La causa inmediata de la amnesia de su marido es el trauma físico... un golpe en la cabeza. ¿Con frecuencia sufre heridas en esa región?

—¿Por qué?... No en grado excesivo —comencé.

—No lo creo —objetó Cyrus—. Al menos puedo recordar dos ocasiones en las pocas semanas que compartimos en Baskerville House. Hay algo en mi viejo amigo que hace que las personas quieran golpearle en la cabeza.

—No le hace ascos a los encuentros físicos cuando defiende al indefenso o corrige una injusticia —declaré.

—Ahh. Pero el golpe solo fue el catalizador, la causa inmediata. Eso no sólo rompió su cabeza, sino la membrana invisible de la mente inconsciente, y por el desgarrón de esta parte debilitada de la tela, se abalanzaron sus miedos y deseos largamente suprimidos por la voluntad consciente. ¡En resumen... en términos profanos, *gnadige Frau und Herr Vandergelt*... ha olvidado las cosas que no quiere recordar!

—Quiere decir —dije dolorosamente—, que no quiere

recordarme a MÍ.

—No a usted misma, *Frau* Emerson. Es el símbolo lo que él rechaza. —Cuando un hombre habla sobre su propia especialidad se siente inclinado a ser prolijo. Por lo tanto resumiré la conferencia del doctor. (Debo advertir al Lector que algunas de sus declaraciones fueran totalmente chocantes).

Hombre y mujer, declaró, eran enemigos naturales. El matrimonio no era más que una tregua armada entre individuos cuyas naturalezas básicas se oponían por completo. La necesidad de la Mujer, la que cuida la casa y los hijos, era la paz y la seguridad. La necesidad del Hombre, el cazador, era la libertad para dominar a sus semejantes y a las mujeres (el doctor lo expresó más cortésmente, pero capté lo que quería decir). La sociedad pretendía controlar estos deseos naturales del hombre, la religión los prohibía. Pero las paredes de la coacción estaban constantemente bajo el ataque de la naturaleza primitiva del Hombre, y cuando había un desgarro en la tela, se producía un estallido.

—Buen Dios —murmuré, cuando el doctor hizo una pausa para secarse el sudor de su frente.

Cyrus se había vuelto tan rojo como la remolacha y se mordía el labio para reprimir ruidos estrangulados de indignación y negación.

—¡Maldición! Doctor, tengo que oponerme a su lenguaje en presencia de la señora Emerson... y a su calumnia sobre el género masculino. No todos somos... eh... bestias voraces. ¿Usted dijo "voraces", no es así?

—Voraces y lujuriosos —dijo Schadenfreude felizmente—. Sí, sí, esa es la naturaleza del hombre. Algunos reprimen sus auténticas naturalezas con éxito, *mein Freund*; ¡pero cuidado! ¡A mayor control, más presión y si hay un desgarrón en la tela de las paredes... ¡BOOM!

Cyrus brincó.

—Vea, doctor...

—Tranquilícese, Cyrus —me apresuré a decir—. El doctor no es grosero, está siendo un científico. No me siento ofendida, y en efecto, encuentro algún sentido en su diagnóstico. Sin embargo, no estoy muy interesada en un diagnóstico sino en una cura. Empleando su propia metáfora, doctor (y vaya si es una asombrosa), ¿cómo forzamos a la... esto... bestia de regreso detrás

de la pared y qué tipo de yeso usamos para repararlo?

Schadenfreude me sonrió con aprobación.

—Posee una franqueza casi masculina, *Frau* Emerson. El procedimiento es obvio. Uno no emplea la fuerza bruta contra la fuerza bruta, la consiguiente lucha podría herir mortalmente a ambos combatientes.

—Por impactante que sea la metáfora, preferiría una sugerencia más práctica —dije—. ¿Qué debo hacer? Recurrir a la hipnosis...

Schadenfreude meneó negativamente un dedo juguetón ante mí.

—¡Ajá, *Frau* Emerson! Ha estado leyendo los trabajos de mis colegas más imaginativos. Breuer y Freud tienen razón al señalar la idea de que la fuerza que no es desfogada posee un efecto estrangulador y encuentra una forma de expresarse o manifestarse... retrocediendo, en otras palabras, a su estado naciente. Pero la hipnosis sólo es el juguete de un empresario que puede hacer más daño que bien al sustituir las propias preconcepciones del practicante por los procesos psíquicos del paciente.

Creo haber reproducido con exactitud el sentido general de su discurso. Tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento en este punto, cosa no sorprendente, y cuando continuó, fue en términos más específicos.

—La memoria es como una encantadora flor, *gnadige Frau,* no puede ser traída a la existencia totalmente formada, debe crecer lenta y naturalmente desde la semilla. La semilla está allí en su mente. Ha regresado hasta las escenas que recuerda. No fuerce los recuerdos en él. No insista en hechos que él franca y sinceramente cree que son falsos. Eso sería desastroso en su caso, ya que si interpreto su carácter correctamente, es la clase de hombre que insistirá en hacer precisamente lo opuesto a lo que usted le dice que haga.

—Tiene razón —acordó Cyrus.

—Pero sus sugerencias aún son demasiado generales —me quejé —. ¿Dice que deberíamos llevarlo de regreso a Amarna?

- *¡Nein, nein!* Usted no lo llevará a ninguna parte. Él irá a donde desea ir, y usted lo acompañará. Amarna es el lugar que ha mencionado. ¿Un sitio arqueológico, verdad?

—Es el más remoto y solitario de Egipto —dijo Cyrus despacio —. No creo que sea una idea inteligente... por varios motivos.

El doctor cruzó sus manos delicadas sobre el prominente estómago y nos sonrió apaciblemente.

—No tienen elección, mi amigo Vandergelt. Salvo el encarcelamiento, el cual es ilegal, su única alternativa es declararlo incompetente. Ningún médico respetable firmaría semejantes papeles. Yo no lo haría. No es un incompetente. No está demente, dentro de la definición jurídica de la palabra. Si es la falta de acceso a un médico en ese lugar... Amarna, lo que le preocupa, no lo haga. Físicamente está en camino de recuperarse y pronto volverá a ser él mismo. No hay peligro de recaída.

No obstante, sí que había peligro, aunque no de la clase de recaída a la que el buen doctor se refería. Después de que se marchara, Cyrus comentó:

—Estoy tristemente decepcionado de Schadenfreude. De todas las teorías insultantes. Nunca me dijo que fuera una bestia voraz.

—Él es un entusiasta. Los entusiastas tienden a exagerar. Pero me veo obligada a estar de acuerdo con algunas de sus teorías. Lo que dijo sobre que el matrimonio es una tregua...

—Mmm. No es la idea que tengo de lo que debe ser el estado marital, pero supongo que usted sabe más sobre la condición que un viejo soltero lamentable como yo. Pero estoy empecinado contra la idea de Amarna. Usted y Emerson serían patos en una galería de tiro al blanco en ese páramo.

—Discrepo, Cyrus. Es más fácil protegerse en un tormentoso páramo que en una superpoblada metrópoli.

—De alguna forma, quizás. Pero...

—Ahora, Cyrus, discutir es una pérdida de tiempo. Como el doctor dijo, no tenemos elección. Será bueno —reflexioné— volver a ver a la querida Amarna.

El serio rostro de Cyrus se suavizó

—No me engaña, Amelia. Es la mujercita más valiente que conozco, y ese rígido labio superior suyo es un crédito a toda la nación británica, pero no es saludable, querida, suprimir sus sentimientos de esta forma. Tengo un hombro bastante amplio por si desea llorar en él.

Rehusé la oferta con expresiones apropiadas de gratitud. Pero si Cyrus me hubiera visto más tarde esa noche, no habría tenido tan alto concepto de mi coraje. Acurrucada en el suelo de la recámara

de baño, con la puerta cerrada con llave y una toalla presionada contra mi cara para amortiguar mis sollozos, lloré hasta que no pude llorar más. Supongo que me ayudó. Finalmente me levanté inestable sobre mis pies y me dirigí a la ventana. Los primeros y pálidos rayos del amanecer perfilaron las montañas del Este. Exhausta y agotada me apoyé contra el alféizar, y mientras la luz aumentaba sentí una lenta y renovada pizca del coraje y la esperanza que me habían abandonado temporalmente. Cerré los puños y apreté los labios, yo había ganado la primera batalla, en contra de todo pronóstico le había encontrado y traído de vuelta a mí. Si tenía que luchar otras batallas, lucharía y también las ganaría.

Capítulo 8

"Cuando avanzas con valentía hacia el futuro, no puedes observar tu propio trote."

Habían pasado años desde la última vez que contemplé la llanura de Amarna, aunque para el eterno Egipto una década no es más que el parpadeo de un ojo. Nada había cambiado... los mismos pueblos desafortunados, la misma estrecha franja de verdor a lo largo de la ribera, la misma llanura árida detrás, encerrada por escarpados acantilados parecidos a los dedos de una mano ahuecada y pedregosa.

Podría haber sido ayer cuando mis ojos descansaron por última vez sobre la escena, y esta impresión se vio reforzada porque la veía desde la cubierta de una *dahabiyya*, no mi adorada *Philae*, en la que había viajado durante mi primera visita a Egipto, sino en una nave a vela aún más magnífica y lujosa.

Estas elegantes viviendas flotantes fueron una vez los medios de transporte más populares para los turistas, pero fueron rápidamente sustituidos. Los vapores Cook surcaban el río, el ferrocarril ofrecía rápidos aunque incómodos viajes entre El Cairo y Luxor. El espíritu del nuevo siglo ya nos había alcanzado, y aunque los mecanismos modernos sin duda son más convenientes, contemplaba con añoranza la pérdida de la dignidad, el ocio, y el encanto que las *dahabiyyas* ejemplificaban.

Unos cuantos tradicionalistas se aferraban a las viejas costumbres. El barco del Reverendo Sayce aún era una vista familiar a lo largo del río, y Cyrus también prefería la comodidad de una *dahabiyya* cuando viajaba y visitaba lugares que carecían de alojamientos convenientes. De hecho, no había ningún hotel limpio, mucho menos confortable, entre El Cairo y Luxor. Los visitantes que desearan quedarse en Amarna durante la noche tenían que acampar

o solicitar la hospitalidad del magistrado local. La casa de este caballero apenas era poco más grande y menos asquerosa que las de los *fellahin*, así que estuve sumamente complacida cuando Cyrus anunció que había ordenado a su *reis* traer su *dahabiyya* a Luxor de modo que pudiéramos viajar en ella hasta Amarna.

Había visto antes *El Valle de los Reyes*, como se llamaba su barco, así que podrán concebir mi sorpresa cuando contemplé un nuevo y asombroso buque de vela esperándonos en el muelle el día que dejábamos Luxor. Dos veces la longitud del otro barco, reluciendo por la pintura fresca, un elaborado letrero dorado en la proa decía llamarse *Nefertiti*.

—Pensé que era hora de que el viejo *Valle* se retirara —dijo Cyrus con negligencia, después de haberle expresado mi admiración —. Espero que la decoración cuente con su aprobación, querida mía, existe una suite arreglada al gusto de una dama, tenía la esperanza de que un día usted podría hacerme el honor de navegar conmigo.

Oculté una sonrisa, ya que dudaba que yo fuera la única dama a la que Cyrus esperara entretener. Él era, como dijo una vez, "un entendido, en el sentido más respetable, de la hermosura femenina". Ciertamente ninguna mujer podría estar más que encantada con las instalaciones que este tosco pero galante americano le había proporcionado, desde las cortinas ribeteadas con encaje en los amplios ventanales, al camarote delicadamente diseñado con un baño anexo, todo era de la más fina calidad y del gusto más exquisito.

Los otros camarotes para huéspedes, el barco tenía ocho, eran igualmente espléndidos. Después de una silenciosa y despectiva revisión de los alojamientos, Emerson seleccionó el más pequeño de los camarotes.

No había aceptado este medio de transporte sin un considerable escándalo. Los argumentos del doctor Wallingford, quien insistió en que unos cuantos días más de recuperación serían aconsejables, tuvieron efecto, así como los argumentos de Cyrus, que se había presentado ante Emerson como el mecenas de esta temporada de trabajo.

Era en asuntos como estos en los que la pérdida de memoria de mi marido servía a nuestro favor. Él sabía que había huecos en su

memoria, el (o para él) repentino encanecimiento de la barba gris de Abdullah habría sido prueba suficiente, de no existir otras evidencias. Él trataba con esta dificultad, como yo esperaba que Emerson hiciera, ignorándola fríamente. No obstante, se vio obligado a aceptar ciertas afirmaciones como verdaderas debido a que no podía señalar que eran falsas. Era completamente habitual que caballeros adinerados financiaran las expediciones arqueológicas. Emerson desaprobaba la práctica, y para decirlo con precisión lo hacía enérgicamente, pero al ser inconsciente de su propia situación financiera, se veía obligado en este caso a estar de acuerdo.

¿Esperaba yo que el viaje tranquilo, con la luz de la luna ondeando sobre el agua, le devolvieran los tiernos recuerdos de nuestro primer viaje juntos, el viaje que había culminado en aquel momento romántico cuándo Emerson me había pedido que fuera suya? No, no lo hacía. Y menos mal que no, ya que mi sueño habría estado condenado a la desilusión. En vano hice alarde de mi vestido carmesí de talle bajo (creí que no haría ningún daño intentarlo). Emerson huyo de éste como un hombre perseguido por perros sin dueños. El único momento en que se dignaba a notar mi existencia era cuando vestía pantalones y hablaba de arqueología.

El día después de que dejamos Luxor llevaba puesto mi nuevo traje de trabajo en el almuerzo (la noche anterior había llevado el vestido carmesí que tuvo el resultado arriba mencionado). Me reuní tardíamente con los demás, ya que debo admitir que había revisado todo mi guardarropa antes de decidir qué ponerme. Cyrus se puso de pie cuando entré. Emerson fue lento en seguir su ejemplo, y me dedicó una larga mirada, desde las botas al pelo prolijamente sujeto, antes de hacerlo.

—Esta es la clase de inconsistencia a la que me opongo —le comentó a Cyrus—. ¿Si se viste como un hombre e insiste en hacer el trabajo de un hombre, por qué demonios debe esperar que brinque cuando entra en una habitación? ¿Y —añadió, anticipándose a la reprobación que se cernía a los labios de Cyrus —, por qué demonios no puedo hablar como haría con otro compañero?

—Puede decir lo que quiera —contesté, agradeciéndole a Cyrus con una sonrisa mientras me ayudaba a sentarme—. Y yo diré lo

que quiera, así que si mi lengua le ofende, tendrá que lidiar con ella. Los tiempos han cambiado, profesor Emerson.

Emerson sonrió ufanamente.

—¿Profesor, eh? Nunca me han importado los títulos académicos, no valen... eh... la consideración. Los tiempos ciertamente han cambiado, si, como Vandergelt me comenta, he contratado a una mujer los últimos años. ¿Una artista, verdad?

En ocasiones las mujeres habían prestados esos servicios en las excavaciones arqueológicas, generalmente se consideraban incapaces para actividades intelectualmente más exigentes. Decidí no recordarle a Emerson las dos damas que habían excavado en el templo de Mut en Karnak unos años antes, porque incluso en ese entonces había criticado sus métodos. Pero para hacerle justicia, era igualmente crítico con los esfuerzos de la mayoría de arqueólogos de sexo masculino.

Tranquilamente repliqué:

—Soy excavadora, como usted. Soy una dibujante aceptable, estoy acostumbrada a usar instrumentos topográficos, y puedo leer jeroglíficos. Hablo árabe. Estoy familiarizada con los principios de la excavación científica y puedo distinguir una vasija predinástica de una pieza de cerámica de Meidum. En resumen, puedo hacer cualquier cosa que usted... o cualquier otro excavador... pueda hacer.

Los ojos de Emerson se estrecharon.

—Eso —dijo él—, está por verse.

Para mis ojos afectuosos aún estaba dolorosamente delgado, y su cara no había recobrado su saludable bronceado. Aunque mucha de ella no fuera visible, ya que había rechazado con irritación recortarse la barba, y esta se había extendido por sus mejillas y formado un arbusto enmarañado alrededor de su mandíbula y barbilla. Parecía aún peor de la que tenía cuando lo vi por primera vez. Pero sus ojos habían recobrado su antiguo fuego zafirino, y me lanzaron una provocativa mirada antes de concentrarse en su sopa y recaer en un ominoso silencio.

Nadie lo rompió. Emerson podía no ser completamente él mismo, pero había suficiente de él para dominar a cualquier grupo del que formara parte, y los dos jóvenes que compartían la mesa con nosotros se encogieron hasta el extremo de la invisibilidad en

su presencia.

Estimado lector, pido su permiso para presentarle a los señores Charles H. Holly y Renè D'Arcy, dos de los ayudantes de Cyrus. Si no los he presentado antes es porque nunca me había topado con ellos, pertenecían a la nueva generación de arqueólogos y era la primera temporada de Charlie en Egipto. Ingeniero de minas de profesión, era un joven alegre de aspecto tosco con el cabello del mismo color de la arena egipcia. Al menos había sido alegre hasta que Emerson se acercó a él.

Renè, tan pálido y lánguido como un poeta, era un graduado de la Sorbonne y un dibujante experto. Los rizos de ébano que caían elegantemente sobre su frente combinaban con el bigote que se inclinaba con la gracia correspondiente sobre su labio superior. Tenía una sonrisa muy agradable. No había visto su sonrisa desde que Emerson se le acercó.

Emerson los había interrogado como a estudiantes en un examen oral, criticando sus traducciones de textos jeroglíficos, corrigiendo su árabe y mofándose de sus torpes descripciones de las técnicas de excavación. A duras penas se les podría culpar por derrumbarse bajo ese abrasador interrogatorio.

Había oído a eruditos distinguidos tartamudear como estudiantes cuando Emerson desafiaba sus teorías. Los pobres chavales no lo sabían, y a partir de entonces se esforzaron por evitar a mi marido. Ninguno conocía el SECRETO, como Ramsés lo habría llamado, pero eran conscientes del peligro del cual había escapado Emerson y que aún podía perseguirnos. Cyrus me aseguró que le eran leales, y buenos hombres en una lucha, como lo describió.

Hasta que terminó de comer, con buen apetito comprobé con alegría, Emerson no volvió a hablar. Lanzando su servilleta sobre la mesa, se levantó y me dirigió una severa mirada.

—Venga, señorita... eh... Peabody. Es el momento de que tengamos una pequeña charla.

Le seguí, sonriendo para mí misma. Si Emerson pensaba pillarme en algún error o intimidarme como había hecho con los pobres jóvenes, se llevaría una saludable sorpresa.

El Lector puede que se sienta desconcertado por mi aceptación tranquila de una situación que debería haberme inducido los más

fuertes sentimientos de angustia y aflicción. Mostrar fortaleza ante la adversidad siempre ha sido mi proceder, las lágrimas y la histeria son ajenas a mi naturaleza. ¿Algún día podría olvidar el elogio más alto que una vez recibí del mismo Emerson?

"Una de las razones por las que te amo es que estás más inclinada a golpear a las personas en la cabeza con tu parasol que a tirarte en tu cama para llorar, como otras mujeres".

Ya había tenido mi noche de llanto, no en una cama cómoda, sino en el duro suelo del cuarto de baño en el Castillo, acurrucada en un rincón como un perro apaleado. No tenga duda que hubo otros momentos de dolor y desesperación. ¿Pero qué propósito tendría el describirlos? Ninguno fue tan severo como ese primer arrebato incontrolable de angustia, en esa terrible noche me liberé de emociones inútiles, en este momento cada nervio, cada tendón, cada pensamiento se dirigían a un solo objetivo. Era como si me hubiera obligado a perder los mismos años que Emerson había perdido, para regresar en mi mente al pasado. En esto seguía el dictamen del doctor Schadenfreude.

—Usted —me informó la víspera de nuestra partida—, usted, *Frau* Emerson, es el quid de la cuestión. Mi impresión inicial se ha visto confirmada por todo lo que he visto desde entonces. Su memoria se retrae de los vínculos del matrimonio. Es receptivo con todo lo demás, acepta con relativa ecuanimidad lo que se le dice. Solo en ese tema permanece obstinado. Sígale al pasado. Recobre la indiferencia con la que una vez lo contempló. Sígale la corriente. Y luego... actúe según le dicte el instinto.

Cyrus se había sentido tristemente desilusionado del doctor Schadenfreude desde que el distinguido caballero expresó sus opiniones sobre el matrimonio y los hábitos reprensibles del sexo masculino. Como la mayoría de hombres, Cyrus era un romántico oculto, y desesperadamente ingenuo con respecto a las personas. Las mujeres son más realistas y yo, creo que puedo decirlo sin temor a contradecirme, soy una realista a ultranza. El consejo del doctor apelaba a ciertos elementos de mi carácter. Disfruto de un desafío, cuanto más difícil sea la tarea, más impaciente me siento por enrollarme las mangas y ponerme manos a la obra. Había ganado el corazón de Emerson antes, contra considerables probabilidades, ya que él había sido un misógino confirmado, y yo

no soy ni nunca he sido hermosa. Si el vínculo espiritual entre nosotros, un lazo que supera los límites del tiempo y la carne, era tan fuerte como creía, entonces podría ganarlo otra vez. Si ese vínculo solo existía en mi imaginación... yo no, no podría aceptar algo así.

Con un cosquilleo en las extremidades y el cerebro alerta le seguí al salón, el cual también servía de estudio y biblioteca para Cyrus. Era una sinfonía en carmesí y crema, con toques dorados. Incluso el piano de cola era dorado —uno de los pocos descensos de Cyrus en el execrable gusto del otro lado del atlántico. Emerson se arrojó sobre un sillón y sacó su pipa. Mientras se entretenía con esta, tomé un manuscrito de la mesa. Era la pequeña historia que había estado leyendo en El Cairo, la había retomado a fin de distraer mi mente.

—Es mi turno de ser examinada, supongo —dije sosegadamente —. ¿Traduciré? Este es "El príncipe Condenado", un cuento con el que sin duda está familiarizado.

Emerson apartó la mirada de su pipa.

—¿Lee hierático?

—No bien —confesé—. Es Walt... esta es la transcripción jeroglífica de Maspero. —Y sin más preámbulos comencé—: Había una vez un rey que no tenía hijos. Así que rogó por un hijo a los dioses a los que servía, y ellos decretaron que tendría uno. Entonces las Hathors decretaron su destino. Y estas dijeron: "Él morirá por el cocodrilo o la serpiente o el..."

Una mano invisible apretujó mi garganta. La superstición no es una debilidad a la que sea propensa, pero el paralelismo me golpeó de repente con tal fuerza que me sentí como aquellos padres infelices que oían lo que el destino predecía para su hijo.

A principios de nuestra relación en Amarna, Emerson y yo nos habíamos enfrentado a un adversario al que describí como un auténtico cocodrilo, acechando en el banco de arena para destruir al amante que buscaba a su amada. Ahora otro enemigo nos amenazaba, un hombre que había usado el nombre Schlange. Schlange en alemán significa serpiente.

Tonterías, dijo la parte racional de mi cerebro. Cuán fantasiosa puedes ser, esta es la clase más grosera de morbosidad pagana. ¡Descártalo! ¡Deja que el sentido común prevalezca sobre el

afectuoso temor que ha debilitado tu raciocinio!

Inconsciente de la dolorosa batalla que se desarrollaba bajo sus mismos ojos, Emerson dijo sarcásticamente:

—¿Esa es toda la extensión de su preparación?

—Puedo continuar si lo desea.

—No se moleste. No solicité una entrevista privada a fin de examinar sus aptitudes académicas. Si puedo creer en Vandergelt, ya las he aceptado.

—Lo ha hecho.

—¿Y usted estuvo presente en la presunta expedición con la que mi gentil anfitrión es tan curioso?

—Lo estuve.

—¿Realmente ocurrió?

—Sí.

—Al menos no habla sin cesar como la mayoría de mujeres —refunfuñó Emerson para sí mismo—. Muy bien, entonces, señorita... eh... Peabody. ¿A dónde diablos fuimos, y por qué? Vandergelt afirma ignorar esos hechos.

Se lo conté.

Las cejas de Emerson realizaron una serie de movimientos alarmantes.

—¿Willie Forth? Parece que fue ayer cuando hablé con él... ¿Dice que está muerto?

—Y su esposa. Los detalles no importan —continué, no estaba ansiosa por recordar algunos de esos detalles—. Lo que realmente importa es que alguien se ha enterado que la civilización perdida del señor Forth no es una fantasía, y que solo nosotros podemos llevarlo hasta ella. Juramos que nunca revelaríamos su posición...

—Sí, sí, ya me lo explicó. Perdóneme... —continuó Emerson, con venenosa cortesía-... Si expreso un cierto nivel de escepticismo sobre todo el asunto. Le dije a Willie Forth que estaba loco, y hasta ahora no he visto ninguna prueba que contradiga ese juicio. Usted y su querido amigo Vandergelt podrían haber inventado esta historia por razones propias.

—Y aún pide pruebas... qué me dice de esas personas interesadas en sus asuntos —dije indignadamente—. Su cabeza magullada y esa horrible barba...

—¿Qué tiene que ver mi barba en esto? —Emerson se agarró

protectoramente el apéndice antes mencionado—. Deje en paz a mi barba, por favor. Le concedo que alguien parece tener un interés impertinente en mis asuntos personales, pero él no fue tan específico como usted...

—¿Cómo podría serlo? No sabe nada sobre el lugar salvo que contiene riquezas increíbles...

—¿Siempre interrumpe a las personas cuándo están hablando?

—No más que usted. Si las personas hablan sin parar...

—Yo nunca interrumpo —gritó Emerson—. Permítame terminar el punto que intento explicarle.

—Hágalo —espeté.

Emerson exhaló un suspiro profundo.

—Existe un considerable número de individuos que me guardan rencor. No me avergüenzo de esto, en efecto es una fuente de modesto orgullo para mí, ya que en todos los casos la raíz de su resentimiento es mi interferencia en sus actividades ilegales o inmorales. También soy, como puede haber observado, una persona introvertida... discreta... taciturna. No les cuento a las personas todo lo que sé. No anuncio mi conocimiento al mundo. Nunca hablo a menos que...

—Ah, por Dios —exclamé, poniéndome de pie de un salto—. Estoy completamente de acuerdo con la premisa que sugiere, pero tal longitud es innecesaria: indudablemente existen docenas de personas a las que les gustaría asesinarlo por docenas de motivos diferentes. ¿Desea pruebas de que este individuo en particular está tras una particular pieza de información? Le daré sus pruebas. Venga conmigo.

Emerson no tuvo elección, salvo obedecer o dejar insatisfecha su curiosidad, ya que incluso mientras hablaba me dirigía hacia la puerta. Avanzando pesadamente y refunfuñando por lo bajo, me siguió hasta que llegué a mi habitación y abrí de un sopetón la puerta.

—¡Aquí! —exclamó, retrocediendo—. Me niego a...

Alborozada, divertida y exasperada, me puse detrás de él y le di un empujón.

—Si realizo un avance grosero puede gritar por ayuda. Cuando vea lo que tengo que mostrarle, entenderá mis motivos para no sacarlo de esta habitación. Siéntese.

Observando la cama con dosel como si pudiera extender sus tentáculos para atraparlo, Emerson dio vueltas en torno a esta y tomó asiento cautelosamente en una silla. Se puso rígido cuando fui a la cama, pero se relajó un poco después cuando saqué una caja de debajo del colchón y se la entregué.

Sus labios dejaron escapar un siseo al ver su contenido, pero no comentó nada hasta que examinó ambos cetros a fondo, y cuando levantó sus ojos a mi cara estos brillaban con el viejo fuego azul de la fiebre arqueológica.

—Si son falsificaciones son las más finas que he visto jamás, y usted y Vandergelt se han tomado demasiadas molestias para engañarme.

—Son genuinos. No le engañamos. Ni siquiera Cyrus ha visto esto, Emerson. No sabe más sobre el asunto que nuestro enemigo desconocido, quien posee las mismas pistas que Cyrus...

—¿Desconocido? No para mí.

—¿Qué? —Grité—. ¿Lo ha reconocido?

—Por supuesto. Se ha dejado crecer la barba y se la ha teñido así como su pelo, parecía más viejo... —reflexionó Emerson—, lo cual es de esperar, ya que es más viejo. Sin embargo, no tengo dudas. Bien, bien. Esto explica por qué fue tan maleducado. Jamás habría imaginado que estaba enfadado conmigo, ya que fui uno de los pocos en defenderlo. Qué mundo tan triste es este, cuando la avaricia resulta más fuerte que la gratitud y el anhelo del oro vence a la amistad...

—Los hombres son tan ingenuos —exclamé—. El resentimiento es la reacción más común a los favores otorgados, no la gratitud. Probablemente lo detesta aún más que a aquellos que lo condenaron. Así que era el señor Vincey. Creí reconocer su voz.

—¿Lo conoce?

—Sí. Este es su gato. —Señalé a Anubis, quien estaba enroscado en el sofá—. Nos pidió... ¡maldita su insolencia!... que cuidáramos al animal mientras estaba en Damasco.

—Ciertamente no está en Damasco —dijo Emerson—. Muy bien, vayamos al grano en vez de divagar por diversos temas de la forma en que las mujeres suelen hacer. Vincey anda suelto y sería extremadamente negligente suponer que ha renunciado a su pequeño plan. En estos momentos tiene muchas más razones para

estar irritado conmigo, después de haberme escapado de él tan contundentemente. Podría... ¿Qué pasa? ¿Tiene algo en la garganta? Tome un vaso de agua y no me distraiga.

No me pareció un momento oportuno para recordarle que su fuga no había sido ni contundente, ni se debía a sus esfuerzos. Tragándome mi indignación, permanecí en silencio. Emerson continuó pensativamente:

—Podría localizarlo, supongo, pero maldita sea si permito que interfiera con mis actividades profesionales más de lo que ya lo ha hecho. Si me quiere, vendrá tras de mí. Sí, eso será lo mejor. Puedo seguir con mi trabajo, y si aparece, saldar cuentas con el tipejo.

Meditaba la mejor forma de responder a esta declaración complaciente cuando escuché a alguien acercarse. Los pasos pertenecían a Cyrus, la rapidez de su andar hizo que mi cuero cabelludo hormigueara con aprehensión. Él casi estaba corriendo, y cuando se acercó a mi puerta, comenzó a llamar.

—¡Amelia! ¿Está usted aquí?

—Espere un momento —grité, arrebatándole la caja de Emerson y apresurándome a resguardarla en su escondrijo—. ¿Qué pasa, Cyrus? ¿Qué ha sucedido?

—En mi opinión un gran problema. ¡Hemos encontrado a un polizón!

* * *

Tan pronto como oculté la caja, hice entrar a Cyrus. En mi entusiasmo había pasado por alto el hecho de que la presencia de Emerson podría causar un poco de vergüenza, en particular a Emerson, hasta que vi a Cyrus con la mandíbula abierta y sus delgadas mejillas ruborizadas. El rostro de Emerson se había vuelto igualmente rojo, pero él decidió negar descaradamente lo evidente.

—Está interrumpiendo una discusión profesional —refunfuñó él —. ¿De qué trata todo este alboroto?

—Un polizón —le recordé—. ¿Quién? ¿Dónde?

—Aquí —dijo Cyrus.

Uno de los marineros la empujó en la habitación. Se podía suponer que era del sexo femenino por sus ropajes, aunque una túnica negra cubría completamente su cuerpo y el velo polvoriento escondía todas sus facciones salvo un par de aterrorizados ojos negros.

—Es alguna pobre aldeana que huye de un marido cruel o padre tiránico —grité y de inmediato tuvo mis simpatías.

—Diablos y centellas —exclamó Emerson.

Los ojos femeninos le encontraron donde él estaba sentado erguidamente con las manos aferradas a los brazos de la silla. Con un esfuerzo repentino se liberó y se arrojó a sus pies.

—¡Sálveme, oh Padre de Maldiciones! Arriesgué mi vida por usted y ahora cuelga de un hilo.

La exageración parecía estar en el aire este día, pensé para mí. Ella había impedido la entrada del cruel guardia en la prisión de Emerson, pero ¿por qué temer que su amo lo supiera? ¿Sería la misma mujer? Su voz sonaba diferente y más ronca, más profunda, y con un acento distinto.

—Está a salvo conmigo —dijo Emerson, estudiando la cabeza negra con... me sentí contenta de observar... una expresión bastante escéptica—. Si dice la verdad.

—¿Duda de mí? —Todavía de rodillas, retrocedió un poco y se apartó el velo de su cara.

Lancé un grito de horror. No me extrañaba no haber reconocido su voz, oscuras marcas de dedos se veían en su garganta magullada. Su cara era igualmente irreconocible, hinchada y moteada por las señales de golpes brutales.

—Esto es lo que me hizo cuando se enteró que usted había escapado —susurró ella.

La compasión no había borrado del todo mis sospechas.

—Cómo supo él... —comencé a decir.

Volviéndose a poner el velo, se giró hacia mí.

—Me pegó porque mostré compasión y porque... porque estaba enojado.

El rostro de Emerson era impasible. Aquellos que nunca habían contemplado la demostración tormentosa que su exterior sardónico oculta podrían haber creído que permanecía impasible, pero yo sabía que estaba pensando en la niña-mujer a la que había sido incapaz de salvar de su padre cruel. Nada de esto se mostró en su voz cuando dijo bruscamente:

—Encuéntrele un cuarto, Vandergelt. Dios sabe que hay espacio de sobra en este barco.

Ella besó su mano, aunque él trató de detenerla, y siguió a

Cyrus. Frunciendo el ceño, Emerson sacó su pipa. Escuché a Cyrus llamar al sobrecargo y darle instrucciones de mostrarle a la dama (trastabilló un poco con la palabra, pero tuve que darle crédito por el esfuerzo) un camarote libre, luego regresó.

—¿Está loco, Emerson? La ma... ehh... la maldita mujer es una espía.

—¿Y sus contusiones son un esfuerzo para dar verosimilitud a una historia por otro lado poco convincente? —preguntó Emerson con sequedad—. Cuanta devoción y amor debe tener a su atormentador.

El delgado rostro de Cyrus se ensombreció.

—Eso no es amor. Es una especie de miedo que usted nunca conocerá.

—Tiene razón, Cyrus —dije—. Muchas mujeres lo conocen... no solo las esclavas indefensas de una sociedad como esta, sino también las inglesas. Algunas de las chicas que Evelyn ha recogido de las calles... le da crédito a usted, Cyrus, que pueda entender y compadecer una condición tan ajena a su experiencia.

—Estaba pensando en los perros —dijo Cyrus, sonrojándose con mi alabanza, pero demasiado honesto para aceptarla cuando esta era inmerecida—. Los he visto acercarse mimosos a los pies de la alimaña que los había golpeado y pateado. Un hombre también puede ser reducido a ese estado si alguien se empeña.

Emerson exhaló una gran nube de humo azulado.

—Si ustedes dos han terminado con su discusión filosófica, podríamos intentar analizar el asunto. La llegada de la muchacha levanta otro punto que estaba a punto de plantear cuando la señorita... ehh... Peabody me distrajo. Es posible que Vincey no sea el único implicado.

Cyrus expresó su sorpresa ante el nombre y consideré oportuno explicar.

—En ese momento pensé que su voz me era familiar, Cyrus, pero había disfrazado su aspecto tan bien que no podía estar segura. Emerson acaba de confirmar mi sospecha, y supongo que es muy difícil que él pueda equivocarse. ¿Conoce usted al señor Vincey?

—Por su reputación —contestó Cyrus, frunciendo el ceño—. Por lo que he oído, un truco como este no le sería raro.

—Con seguridad no es el único implicado —continué—.

Abdullah afirma haber matado al menos a diez adversarios.

Esta pequeña salida provocó una sonrisa en Cyrus, pero no en Emerson.

—Matones locales —dijo bruscamente—. Semejantes hombres pueden ser contratados en cualquier ciudad de Egipto o del mundo. La muchacha es otro instrumento. Vincey tiene una reputación desagradable en cuanto a mujeres.

—Mujeres de... de esa clase, quiere decir —dije, recordando la solemne cortesía de Vincey hacia mí, y recordando también las indirectas veladas de Howard sobre su reputación. Reprimiendo mi indignación, continué—: Encuentro interesante su uso de la palabra "instrumento". Aún puede servirle a él de esa forma. Cyrus tiene razón...

—No soy tan ingenuo... —Emerson me disparó una mirada maligna—, como para aceptar la historia de la muchacha sin reservas. Si es una espía, podemos tratar con ella. Si dice la verdad, necesita ayuda.

—Debió haber sido una mujer hermosa antes de que él la golpeara —dijo Cyrus.

Esta aparente *conclusión ilógica*, la cual por supuesto no venía al caso, no se le escapó a Emerson. Y mostró los dientes en una sonrisa particularmente desagradable.

—Lo era, sí. Y lo volverá a ser. Así que compórtese, Vandergelt, no permito que distracciones de esa naturaleza interfieran en mis expediciones.

—Si de mí dependiera, esta noche la echaría de un puntapié del barco —declaró Cyrus con indignación.

—No, no. ¿Dónde está la famosa galantería americana? Se queda. —Emerson dirigió hacia mí esa sonrisa singularmente desagradable—. Hará compañía a la señorita Peabody.

* * *

Después de que se fueran, recogí unas cosas y fui al cuarto de la mujer. La puerta estaba cerrada con llave desde el exterior, pero la llave estaba en la cerradura. La giré, anuncié mi presencia y entré.

Estaba tumbada a través de la cama, aún envuelta en su polvorienta túnica negra. Tuve alguna dificultad para convencerla de desecharla, pero se opuso a que cuidara de sus heridas, así que le entregué el camisón limpio que había llevado y le permití hacer sus

abluciones en privado. Cuando surgió del cuarto de baño parecía asustada de verme todavía allí. Apartando el rostro y agachándose como el perro con el que Cyrus la había comparado, se apresuró a ir hacia la cama y meterse bajo las mantas.

—No sé lo que haremos con la ropa —dije, esperando tranquilizarla al hablar de un tema que rara vez deja de interesar a las mujeres—. Mi guardarropa de viaje no es muy extenso para equiparla a usted también.

—Sus vestidos no me quedarían bien —refunfuñó ella—. Soy más alta y no... no tan...

—Humm —dije—. Procuraré conseguirle túnicas limpias cuando nos detengamos en el siguiente pueblo. Ésta está muy sucia.

—¡Y un velo... por favor! Me ocultará de ojos vigilantes.

Dudé que pudiera conseguir un disfraz lo suficientemente eficaz para engañar al hombre al que ella temía tan desesperadamente, pero ya que mi objetivo era calmarla y ganarme su confianza, decidí no plantear temas desagradables. Bajo mi discreto interrogatorio pude sonsacar algo de su historia.

Era una historia triste y, desconsoladamente, muy común. Hija de un padre europeo y una madre egipcia, le había ido mejor que a la mayoría de los descendientes de semejantes alianzas, ya que su padre alemán había tenido al menos la decencia de proporcionarle un hogar hasta que cumplió los dieciocho. Su muerte la dejó a merced de sus herederos, que rechazaron cualquier responsabilidad y negaron cualquier parentesco. Sus esfuerzos para conseguir el sustento en una ocupación respetable se vieron frustrados por su edad y sexo, ya que al ser empleada como criada había sido seducida por el hijo mayor de la familia y echada a la calle cuando los padres descubrieron el asunto. Naturalmente la culparon a ella y no a su hijo. Así que había usado sus últimos ahorros para regresar a la tierra de su nacimiento, donde se encontró con que sus parientes maternos eran tan hostiles como los de su padre, sola y desesperada en El Cairo, se había encontrado con... ÉL.

Viendo que ella temblaba por la fatiga y la agitación, insistí en que descansara. No podía permitir que su reticencia continuara indefinidamente, por supuesto. Estaba decidida a saber todo lo que ella sabía. Pero podía esperar a otro momento y, quizás, a un interrogador más persuasivo.

Cuando atracamos por la noche envié a uno de los criados al bazar del pueblo a comprar ropa para Bertha, como ella afirmó llamarse. Ciertamente no le favorecía, evocando (al menos para mí) imágenes de la placidez germánica rubia.

Cuando llegamos a nuestro destino no había conseguido mi objetivo de conocer la mente de Bertha. Emerson rechazó interferir en el asunto.

—¿Qué puede decirnos... que Vincey es un bruto, un mentiroso y un seductor de mujeres? Sus actividades pasadas, criminales o no, no son de interés para mí, no soy un oficial de policía. Su dirección actual... incluso suponiendo que sea lo bastante tonto para regresar a cualquier localización conocida por ella, es igualmente irrelevante. Cuando quiera al bastardo, le encontraré. Ahora mismo no me interesa. ¡Quiero seguir con mi trabajo, y lo haré contra viento y marea, criminales diversos o entrometidas mujeres!

* * *

Con una extensión de casi sesenta y cinco kilómetros a lo largo del Nilo, en el Medio Egipto, los acantilados del desierto oriental se elevan escarpados desde el borde del agua, a excepción de un punto donde retroceden para formar una bahía semicircular de aproximadamente diez kilómetros de largo por cinco de ancho. La estéril y plana llanura parece aún más adusta que otros sitios abandonados, porque este es un lugar embrujado... el lugar del esplendor efímero de una ciudad real desvanecida para siempre de la faz de la tierra.

Aquí, equidistante de las antiguas capitales de Tebas al sur y Memphis al norte, el más enigmático de los faraones egipcios, Akhenatón, construyó una nueva ciudad y la llamó Akhenatón por su Dios Atón “el único, al lado de quien no existe otro.” Por orden del faraón los templos de otros dioses se cerraron, incluso sus nombres fueron borrados de los monumentos. Su insistencia en la unicidad de su deidad lo convirtió en un hereje en términos egipcios antiguos... y en nuestros términos, en el primer monoteísta de la historia.

Los retratos de Akhenatón muestran un extraño rostro demacrado y un cuerpo casi femenino, con amplias caderas y torso carnoso. Aunque no era deficiente en sus atributos masculinos, como lo prueba la existencia de al menos seis hijos. La madre de

ellos fue la reina de Akhenatón, Nefertiti "señora de gracia, dulce de manos, su amada", y el romántico perfil de esta encantadora dama cuyo nombre significa "la bella ha llegado", se muestra en numerosos relieves y pinturas. Tiernamente él se gira para abrazarla, ella yace elegantemente sobre su regazo. Estas representaciones de armonía conyugal son únicas en el arte egipcio, y poco comunes en cualquier lugar.

Poseían una particular atracción para mí. No creo que sea necesario explicar el porqué.

Algunos eruditos ven a Akhenatón como alguien moralmente perverso y físicamente deforme, y desacreditan su reforma religiosa como nada más que una cínica maniobra política. Esto es absurdo, por supuesto. No me disculpo por preferir una interpretación más edificante.

Espero que el Lector no se haya saltado los párrafos precedentes. El objetivo de la literatura es mejorar el entendimiento, no proporcionar entretenimiento ocioso.

Estábamos todos en la barandilla el día de nuestra llegada, observando mientras los miembros de la tripulación maniobraban la *dahabiyya* hacia el muelle del pueblo de Haggi Qandil. El período de descanso le había hecho bien a Emerson, bronceado y lleno de energía casi volvía a ser su antiguo yo... salvo por la maldita barba. También estaba de un muy buen humor, porque aunque casi me ahogó hacerlo, no le había presionado con el tema del señor Vincey y Bertha. Sin embargo, Cyrus y yo habíamos hablado del asunto con mucho detalle y acordado ciertas precauciones.

Esperándonos en el muelle estaban veinte de nuestros fieles hombres de Aziyeh, el pequeño pueblo cerca de El Cairo que producía algunos de los excavadores más expertos de Egipto. Había enviado a Abdullah para que los trajera hasta Amarna, y la vista de sus rostros entusiastas y sonrientes me tranquilizaron más de lo que lo habría hecho una tropa de soldados. Habían trabajado para nosotros durante años, Emerson en persona los había entrenado, y ellos le eran fieles en cuerpo y alma.

Emerson trepó sobre la barandilla y saltó a tierra. Aún estaba palmeando espaldas, estrechando manos y se rendía a abrazos fervientes cuando me uní al grupo. Sin embargo, yo no fui la segunda en desembarcar.

El gato Anubis me precedió al bajar la plancha de acceso.

Abdullah me llevó a un lado e hizo gestos hacia el gato, el cual brindaba a cada par de sandalias una cuidadosa inspección.

—¿No se ha librado de ese *afreet* cuadrúpedo, *Sitt Hakim*? Él traicionó a Emerson...

—Si lo hizo, fue involuntario, Abdullah. Los gatos no pueden ser entrenados para llevar a las personas a una emboscada... o hacer algo que no quieran hacer. Anubis se ha encariñado mucho con Emerson, se quedó con él, al pie de su cama, todo el tiempo que estuvo enfermo. Ahora, Abdullah ¿has advertido a los demás hombres que Emerson aún está en peligro a causa del hombre que se hace llamar Schlange, y les has dicho los temas que no pueden mencionar?

—¿Como el tema que es la esposa del Padre de Maldiciones? —Abdullah habló con un sarcasmo digno del mismo Emerson, y arrugó críticamente su prominente nariz parecida a la de un halcón —. Se lo he dicho, *Sitt*. Obedecerán, como obedecerían cualquier orden que usted imparta, aunque no entiendan sus motivos. Ni yo. Para mí, este es un modo tonto de devolverle la memoria a un hombre.

—Por una vez estamos de acuerdo, Abdullah —dijo Cyrus, reuniéndose con nosotros—. Pero calculo que no llegaremos lejos. Cuando *Sitt Hakim* habla, el mundo entero escucha y obedece.

—Ningún hombre lo sabe mejor que yo —dijo Abdullah.

El grito de Emerson nos hizo volvernos al mismo tiempo.

—Abdullah ha montado el campamento para nosotros —anunció él.

—Y he lavado los burros —dijo Abdullah.

Emerson lo contempló.

—¿Lavar los burros? ¿Por qué?

—Seguía mis órdenes —dije—. Los pequeños animales siempre están en una espantosa condición, cubiertos de llagas e inadecuadamente atendidos. No permito... bien supongo que eso no viene al caso. ¿Se dignará ahora a decirnos dónde vamos y qué se propone hacer... y por qué requerimos un campamento cuando tenemos la *dahabiyya*?

Emerson se giró y me miró fijamente.

—No tengo intención de quedarme en ese maldito barco. Está

demasiado lejos de las tumbas.

—¿Qué tumbas? —pregunté, pisando fuertemente el pie de Cyrus para detener la objeción que estaba a punto de hacer.

—Todas las tumbas. El grupo del sur está a unos cinco kilómetros y el grupo del norte está aún más lejos. Existe otra área interesante en una oquedad detrás de esa colina cerca del centro del arco de los acantilados.

—No hay tumbas allí —me opuse—. A menos que el enladrillado...

Emerson gesticuló con impaciencia.

—Tomaré mi decisión final esta noche. Hoy mi objetivo es hacer una revisión preliminar, y cuanto más pronto deje de discutir, más pronto nos pondremos a ello. ¿Bien? ¿Alguna otra objeción?

Abruptamente giró hacia Renè, quien estaba a punto de hacer una. No hubo objeciones adicionales.

Antes de que acabara el día, cualquier duda en cuanto al estado físico de Emerson se desvaneció. Declaró que no necesitábamos los burros, una declaración con la que todos discrepamos, pero a la que todos, salvo yo, se sentían demasiados intimidados para oponerse. Yo sabía perfectamente bien que nos estaba probando... sobre todo a mí, así que tampoco me opuse. Debimos caminar casi treinta y dos kilómetros, contando las distancias perpendiculares que cubrimos subiendo sobre pilas de rocas y trepando de arriba abajo por los acantilados.

La forma más fácil de describir este éxodo es imaginarse el área como un semicírculo, con el Nilo formando el lado derecho. Los altos acantilados del desierto se curvaban como un arco, en los extremos norte y sur casi tocaban la ribera. Haggi Qandil está un tanto al sur del punto medio de la línea recta, así que estábamos a unos buenos cinco kilómetros de la sección más cercana a los acantilados.

El camino llevaba a través de pueblos y campos circundantes a la llanura, una superficie ondulante, estéril, llena de guijarros y fragmentos. Los cimientos de las ruinas de la ciudad santa de Akhenatón están bajo la arena acarreada por el viento. Esta se había extendido toda la distancia desde el extremo norte de la llanura al sur. La parte que habíamos excavado durante los años que trabajamos en Amarna está más lejos, al sur, pero estaba segura que

la mano lenta e inexorable de la naturaleza había reclamado el sitio y sepultado todas las pruebas de nuestro trabajo al igual que había hecho con la de sus antiguos constructores.

Emerson avanzó enérgicamente a través de la llanura. Acelerando mi paso, lo alcancé.

—¿Interpreto entonces, Emerson, que nos dirigimos a las tumbas del lado norte?

—No —dijo Emerson.

Eché un vistazo a Cyrus, que se encogió de hombros, sonrió y me invitó con un gesto a caminar con él. Permitimos que Emerson avanzara con solo Abdullah pisándole los talones. Nadie más parecía ansioso por su compañía.

De hecho visitamos algunas tumbas de la sección norte, pero no hasta después de que Emerson indicara otra clase de monumento que deseaba examinar detalladamente esa temporada.

Alrededor del perímetro rocoso de su ciudad, Akhenatón había esculpido varias marcas conmemorativas que definían sus límites y la dedicaban a su Dios. Emerson y yo habíamos encontrado y copiado tres de estas. Estas estelas, como se llaman, eran similares en forma: una marca central rematada con una larga inscripción jeroglífica bajo una escena en bajorrelieve que representaba al rey y su familia adorando a su dios Atón, en forma de un disco solar del cual se extendían rayos que terminaban en pequeñas manos humanas. Las estatuas de la familia real estaban de pie a ambos lados. La mayor parte de las estelas estaban en condiciones ruinosas, algunas partes habían sido deliberadamente destruidas por los enemigos del hereje real después de su muerte y la restauración de los antiguos dioses que él había negado.

—Hay dos series de inscripciones, una más temprana que la otra —dijo Emerson. Con las manos en las caderas, con la cabeza descubierta bajo la candente luz del sol, alzó la mirada hacia el acantilado que se alzaba sobre nosotros—. Esta es la más antigua, muestra dos princesas con sus padres. La estela posterior muestra tres hijas.

Cyrus se quitó su salacot y se abanicó con él.

—Cómo demonios puede distinguirlo. La parte superior de la maldita cosa debe estar a nueve metros del suelo y el acantilado es absolutamente escarpado.

—Es inaccesible salvo desde arriba —dijo Emerson. Se dio la vuelta. Charlie trataba de esconderse detrás de Abdullah, cuya alta figura y voluminosa túnica ofrecían un refugio de considerable tamaño, pero la mirada de Emerson se dirigió directa hacia él. Con feroz buen humor Emerson dijo—: La estela fronteriza es su responsabilidad, Holly. Un joven saludable como usted debería disfrutar del desafío de copiar textos mientras pende del extremo de una cuerda.

Un precipitado ascenso nos llevó a la repisa en la que el grupo de tumbas de la nobleza estaban localizados al norte. Una vez que fueron abiertas quedaron vulnerables a la acción depredadora del tiempo y a los ladrones de tumbas. Recientemente el Departamento de Antigüedades había construido puertas de hierro en las entradas a las más interesantes. Emerson estudió estas puertas, que no estaban allí en nuestro tiempo, con curiosidad crítica.

—¿No existe un dicho americano que dice algo sobre cerrar la puerta del establo después de que el caballo fue robado? Ah, bien, mejor tarde que nunca, supongo. ¿Quién tiene las llaves?

—Puedo conseguirlas —contestó Cyrus—. No sabía...

—Puedo quererlas después —fue la respuesta concisa.

Se negó a decir más hasta que alcanzamos el campamento de Abdullah. Conociendo a Abdullah, no me sentí sorprendida al ver que sus esfuerzos habían consistido en levantar algunas tiendas de campaña y un montículo de estiércol de camello para la fogata.

—Muy agradable, Abdullah —dije. El *reis*, quién me había estado mirando por el rabillo de su ojo, se relajó, y luego volvió a ponerse tenso mientras yo continuaba—. Por supuesto nada es tan cómodo como una tumba agradable y conveniente. Por qué no podemos...

—Porque no vamos a trabajar en las tumbas —dijo Emerson—. Este sitio es equidistante entre los dos grupos, las del norte y del sur.

—¿Sitio? —repitió Cyrus indignadamente—. ¿Para qué ca... demonios quiere desperdiciar su tiempo en esta área? No puede haber ninguna cámara mortuoria aquí fuera, tan lejos de la ciudad principal, y nadie ha encontrado ninguna prueba de huecos de tumbas.

Los bien formados labios de Emerson ahora, desgraciadamente,

prácticamente ocultos a mis afectuosos ojos por el enredado vello negro, se curvaron en una mueca de desprecio.

—La mayor parte de mis colegas no podrían encontrar una fosa de tumba aunque cayeran en ella. Ya le dije, Vandergelt, las explicaciones tendrán que esperar hasta esta noche. Aún tenemos una buena distancia que cubrir, síganme.

El sol estaba ahora justo sobre nosotros y habíamos caminado (por usar ese término sin mucho rigor) durante varias horas.

—Adelante —dije, dando un firme apretón a mi sombrilla.

Emerson ya había observado este apéndice con recelo, pero no preguntó nada, así que no vi ninguna razón para explicarle que una sombrilla es uno de los objetos más útiles que una persona puede llevar a una expedición.

No solo proporciona sombra, sino que puede ser usado como bastón para caminar, o si hace falta, como arma. Con frecuencia había empleado mis sombrillas para este último aspecto. Estaban elaboradas especialmente, con un pesado eje de acero y una punta acerada.

Como el caballero galante que era, Cyrus vino en mi rescate.

—No, señor —declaró él—. Es pleno mediodía y estoy muerto de hambre. Quiero mi almuerzo antes de dar otro paso.

Emerson de mala gana tuvo que estar de acuerdo.

La sombra de las tiendas de campaña fue bienvenida. Uno de los criados de Cyrus desempaquetó las cestas que su chef nos había proporcionado y consumimos un almuerzo mucho más elegante del que la mayoría de arqueólogos disfrutan. Mientras comíamos, Emerson se dignó a volvernos a dar una conferencia. Dirigió la mayoría de sus comentarios a los dos jóvenes.

—El enladrillado al que la señorita... eh... Peabody se refirió está en las cuestas y en el fondo de la oquedad detrás de nosotros. Probablemente un poco pertenece a capillas de tumbas. Las ruinas en el fondo de la oquedad son claramente de otra naturaleza. Empezaré allí mañana con un equipo completo. Usted, Vandergelt, y la señorita... eh...

—Si el título le molesta tanto, puede prescindir de él —dije tranquilamente.

—Humm —dijo Emerson—. Ustedes dos me asistirán. ¿Espero que esto cuente con su aprobación, señorita Peabody?

—Absolutamente —dije.

—¿Vandergelt?

—Apenas puedo esperar —dijo Cyrus, con una mueca.

—Muy bien. —Emerson se puso en pie de un salto—. Hemos holgazaneado demasiado tiempo. Vayámonos.

—¿Regresamos a la *dahabiyya*? —preguntó Cyrus esperanzado —. Ya ha decidido donde piensa excavar...

—Buen Dios, hombre, aún quedan unas buenas seis horas de luz, y hemos visto menos de la mitad del área. Démonos prisa, ¿podrá, verdad?

Con obvia envidia los demás observaron al criado de Cyrus dirigirse hacia el río con las cestas vacías, así que la procesión se formó otra vez, con el séquito de Emerson arrastrándose detrás de él.

Presumo que deseaba completar el circuito de los acantilados, y mi corazón latió a toda velocidad al pensar en ver otra vez las tumbas del sur donde nos habíamos alojado hacía tantos años felices. Pero de alguna manera no me sorprendí cuando nos llevó a las estribaciones, hacia una apertura en los terraplenes rocosos. Cyrus, siempre a mi lado, soltó un sofocado juramento americano.

—¡Gran Josafat saltador! Tenía una premonición horrible sobre esto. ¡El *wadi* real! Es una excursión de cinco kilómetros en cada dirección y apostaré que la temperatura es lo suficientemente alta para freír un huevo en una roca.

—Apuesto a que sí —estuve de acuerdo.

Como ya he explicado, pero repetiré en beneficio de los lectores menos atentos, los *wadis* son cañones horadados a través de la alta meseta desierta por antiguas inundaciones. La entrada a éste estaba localizada a mitad del camino entre los grupos de tumbas del sur y del norte. Su nombre completo es Wadi Abu Hasah el-Bahri, pero por motivos que deberían ser evidentes, se le llama comúnmente el *wadi* principal. El propio *wadi* real es un vástago estrecho de este cañón más grande, aproximadamente a cinco kilómetros de la entrada a éste. Ahí, en un punto tan remoto y solitario como un valle lunar, Akhenatón hizo construir su propia tumba.

Si las tumbas del sur traían recuerdos conmovedores, la tumba real recordaba escenas que se habían impreso indeleblemente en mi corazón. En el pasillo sombrío de ese sepulcro había sentido los

brazos de Emerson sobre mí por primera vez, sobre el suelo cubierto de escombros del *wadi* habíamos corrido bajo la luz de la luna para salvar a aquellos que amábamos de una muerte horrible. Cada centímetro del camino me era familiar, y el lugar estaba tan cargado de romance como lo estaría un jardín de rosas para alguien que ha vivido una vida aburrida.

Poco después entramos en el valle curvado, cortando nuestra vista de la llanura y los cultivos de más allá. Después de aproximadamente cinco kilómetros, los lados rocosos se acercaban y *wadis* más pequeños se abrían a ambos lados. Emerson ya había desaparecido, siguiéndolo le vimos trotar a lo largo de uno de los estrechos cañones laterales, cuyo suelo se elevaba mientras proseguía al nordeste.

—Ahí está —dije, con una voz que contenía mi emoción—. Adelante y a la izquierda.

Pronto los demás también lo vieron, una abertura oscura enmarcada por mampostería, encima de un pedregal de roca caída. Charlie gimió. Su semblante bien afeitado ya mostraba señales de lo que prometía ser una dolorosa quemadura de sol. Ni siquiera un sombrero puede proteger totalmente de los efectos del ardiente orbe solar de Egipto a aquellos de cutis blanco.

Cuando trepamos a la repisa delante de la tumba, Emerson estaba allí, mirando con el ceño fruncido las puertas de hierro que nos impedían la entrada.

—Ciertamente necesitaremos esta llave —le dijo a Cyrus—. Asegúrese de que la tenga mañana por la mañana.

En el momento que Emerson anunció que habíamos terminado por ese día, yo estaba tan a oscuras sobre sus intenciones como Cyrus. Había trepado alrededor de la base de los acantilados al norte y el sur de la tumba real durante más de una hora, asomándose en agujeros como un hurón tras una rata.

—¿A dónde vamos? —preguntó Cyrus, mientras regresábamos con dificultad y cansadamente a lo largo del sendero cubierto de rocas—. Mire, Emerson, no hay razón sobre la tierra por la que no podamos pasar la noche en la *dahabiyya*.

—Nunca dije que la hubiera —replicó Emerson, con un aire de inocente sorpresa que dejó a Cyrus rechinando los dientes.

Cuando alcanzamos la plancha de acceso vi a Anubis

esperándonos. Dónde había estado o cómo había pasado su tiempo era algo que no podía imaginar, pero cuando nos acercamos a él, se levantó, se desperezó, bostezó y nos acompañó al interior del barco.

—Nos encontraremos en el salón dentro de media hora —dijo Emerson, dirigiéndose hacia su cuarto. El gato le seguía.

Le escuché decir:

—Lindo gatito —cuando tropezó con este.

Apenas tuve tiempo para bañarme y cambiarme con el tiempo que nos había asignado arbitrariamente, pero me las arreglé, seleccioné deprisa un traje que no requería de un prolongado proceso para ponérmelo y de ninguna ayuda en cuanto a los botones. (No puedo imaginar como las mujeres que carecen de maridos o doncellas personales pueden lograr vestirse. Los vestidos que se abrochan a la espalda son imposibles salvo para una contorsionista.)

Emerson ya estaba allí, meditando melancólicamente sobre un montón de papeles y planos extendidos a través de la mesa. Alzó las cejas cuando vio mi vestido rosa lleno de volantes (el traje al que me refiero era un vestido de té), pero no hizo ningún comentario y solo gruñó cuando ordené al camarero servir el té.

Lo estaba sirviendo cuando Cyrus entró, seguido de cerca por los dos jóvenes. Por lo visto sentían que había seguridad en el número. El pobre Charlie estaba tan rojo como un ladrillo inglés, y la boca de René imitaba la mustia inclinación de su bigote.

Emerson tamborileaba con los dedos sobre la mesa y parecía intencionadamente paciente mientras yo dispensaba la cordial bebida. De repente dijo:

—Si los malditos actos sociales se han cumplido a su satisfacción, SEÑORITA Peabody, me gustaría proseguir con nuestros asuntos.

—Nada le ha impedido hacerlo —dije suavemente—. Entréguele esto al profesor Emerson, Renè, por favor.

—No quiero ningún maldito té —dijo Emerson, tomando la taza —. Creía que ardían por saber dónde vamos a excavar.

—Nos lo dijo —señaló Cyrus, mientras Emerson bebió a sorbos su té—. La estela...

—No, no, eso no nos ocupará toda la temporada —interrumpió Emerson—. Ustedes los entusiastas americanos siempre van tras las

tumbas reales. ¿Qué dice de la tumba de Nefertiti?

Capítulo 9

"El martirio es a menudo el resultado de la credulidad excesiva."

A Emerson le gusta hacer anuncios espectaculares. Me temo que los resultados de éste le decepcionaron. En lugar de expresiones de entusiasmo extático o incredulidad despectiva (está muy satisfecho con cualquiera de ellas), sólo obtuvo un gruñido escéptico por parte de Cyrus. Los dos jóvenes tenían miedo de comprometerse hablando y yo arqueé las cejas y comenté:

—Ella fue enterrada en una tumba real, con su esposo e hijo.

Emerson había terminado su té. Tendió la taza para que yo la rellenara y se preparó para el tipo de batalla de la que disfruta tanto y en la cual (debo confesar) en general triunfa.

—Se han encontrado fragmentos del sarcófago de él, ninguno de los cuales podría haber sido de ella. Si Nefertiti murió antes que su marido...

—Nadie sabe cuándo murió —dije—. Si sobrevivió al reinado de Tutankamón, podría haber ido con él a Tebas y ser enterrada...

—Sí, sí —dijo Emerson con impaciencia—. Todo eso es pura especulación. Pero fue usted quien me informó que en los últimos años han aparecido en el mercado de antigüedades objetos que llevan su nombre, y que hay rumores de un *fellahin* transportando un ataúd de oro a través del desierto por detrás del valle real.

(En realidad, fue Charlie quien le había informado, con la esperanza de distraerlo de la inquisición nocturna sobre chismes arqueológicos. La distracción no tuvo éxito.)

—Hay rumores, como en cada sitio de Egipto —dijo Cyrus, pero aunque su tono desestimaba la historia, la luz de sus ojos manifestó que su interés aumentaba. Para un hombre del temperamento romántico de Cyrus no podía haber ningún descubrimiento más emocionante que la última morada de la exquisita reina el faraón

hereje.

—Por supuesto —dijo Emerson—. Y no deposito mucha fe en el ataúd de oro. Ese objeto único no podría haber salido al mercado sin dejar rastros de su paso por el sucio mundo de comerciantes y coleccionistas. Nótese, sin embargo, la palabra significativa "de oro". Cualquier artefacto elaborado o cubierto de oro podría comenzar a fabricar rumores y llevar a la exageración habitual que caracteriza su funcionamiento. La aparición de objetos con inscripciones en el mercado de antigüedades es aún más significativa. Así, si recuerdan, fue como Maspero consiguió el alijo de momias reales en 1883. El *gurnawis* que había encontrado el escondite comenzó la comercialización de objetos de la misma, los nombres en los objetos indicaron que debían provenir de una tumba desconocida para los arqueólogos.

—Sí, pero... —empecé.

—No hay peros, SEÑORITA Peabody. Hay otras tumbas reales en el *wadi* real. He conocido algunas de ellas durante años, y estoy seguro de que hay otras. La tumba real misma no ha sido explorada adecuadamente, hay pasajes y cámaras aún por descubrir. Algunas de las existentes parecen extrañamente incompletas. Maldición, Akhenatón tuvo trece años después de su llegada a Amarna para preparar una tumba. Hubiera sido uno de sus primeros actos. Las estelas mencionan esa intención...

—Esas mismas inscripciones sugieren que la reina compartió su tumba —interrumpí—. "Se me hará una tumba en la montaña oriental; mi sepultura será la misma... y el entierro de la Gran Esposa Real Nefertiti será el mismo..."

—Ah, pero ¿se refieren a la tumba en sí o a la montaña oriental? —Emerson se inclinó hacia delante, sus ojos brillaban con la alegría de la discusión, o mejor dicho, del debate erudito—. Él va a decir: "Si ella (es decir, Nefertiti) muere en cualquier ciudad al norte, sur, oeste o este, será llevada y enterrada en Akhetatón". Él no dice "en mi tumba en Akhetatón..."

—No había necesidad de que lo dijera, dado el contexto. Quiso decir...

—¿Van a parar los dos? —exigió Cyrus. Su barba se estremecía con las contracciones musculares de la mandíbula y el mentón—. El hombre lleva muerto más de tres mil años, y en todo caso, su

intención original no se refería a una maldición. Lo que quiero saber es, ¿dónde están esas otras tumbas de las que habla y por qué dem... esto... demontre no las ha excavado?

—Conoce mis métodos, Vandergelt —dijo Emerson—. O por lo menos eso dice. Nunca excavo a menos que pueda terminar el trabajo sin demora. Abrir un sitio o una tumba invita la atención de los ladrones, o de otros arqueólogos, que son casi igual de destructivos. Tengo conocimiento o fuertes sospechas sobre al menos seis otros sitios...

Dejó que las palabras se desvanecieran. Luego a propósito añadió:

—Nos excusan, Charles y René. No hay duda de que querrán refrescarse antes de la cena.

Dos hombres no pueden constituir una estampida, pero lo intentaron.

Emerson había alcanzado su pipa y el tabaco se derramaba sobre sus papeles. Tan pronto como la puerta se cerró, dijo:

—¿Confío que no se oponga a que despida a sus empleados, Vandergelt?

—No sería un grito de alegría si objetara —dijo Cyrus—. Pero creo ver a dónde se dirige y cuanto menos sepan esos dos inocentes sobre el asunto, mejor. ¿Está sugiriendo que Vincey estaba tratando de sonsacarle la localización de las tumbas desconocidas?

—Tonterías —exclamé—. Sabemos exactamente lo que Vincey quiere, y no tiene nada que ver con...

—Les recuerdo —dijo Emerson, con el gruñido ronroneante que por lo general anuncia una observación particularmente devastadora—, que yo fui el caballero interrogado, no usted.

—No es necesario que me lo recuerde, ya que fui la primera en observar los resultados de su interrogatorio —le espeté—. Pero le recuerdo que no ha tenido a bien confiar los detalles ni a mí ni a Cyrus. ¿Qué diablos le preguntó?

—Mi estado de ánimo era un poco confuso —dijo Emerson, con uno de esos exasperantes cambios de tema que los hombres emplean para evitar una respuesta directa—. Los detalles se me escapan.

—¡Oh, de verdad! —Exclamé—. Veamos, Emerson...

—No pierda su tiempo, querida —dijo Cyrus, mientras Emerson

me sonreía de una manera particularmente difícil—. ¿Podemos volver a la cuestión de las tumbas en el *wadi* real? Puedo considerar que es su verdadero objetivo esta temporada. ¿Cuál es el punto de jugar con los ladrillos del agujero?

Emerson abrió los ojos de par en par.

—Porque tengo la intención de hacer las dos cosas, por supuesto. Y copiar las estelas fronterizas. Empezaremos en el hueco, como ya he dicho. —Se levantó y se estiró como un gato grande—. Tengo que cambiarme para la cena. Confío, SEÑORITA Peabody, que tiene la intención de hacer lo mismo, ese vestido parece más adecuado para el tocador que para el comedor. La propiedad debe ser observada, ya sabe.

Después de que se fuera, Cyrus y yo nos miramos en silencio el uno al otro. Su rostro estaba suavizado con la compasión que no se atrevía a expresar en voz alta, y yo no sentía deseo de compasión así que no le invité a expresarla.

—Maldito sea el hombre —dije amablemente.

—Sabe lo que está tramando, supongo.

—Oh, sí. La mente de Emerson es un libro abierto para mí. Su memoria puede ser errónea, pero su carácter esencial no se altera.

—¿Qué va a hacer al respecto?

—Como es mi costumbre siempre que sea posible, voy a seguir el consejo establecido en las Escrituras. "Suficiente maldad para un día" es, en mi opinión, una de las más sabias afirmaciones de ese libro maravilloso. Manejaré el loco plan de Emerson cuando trate de ponerlo en práctica. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir antes de eso? Y ahora, si me disculpa...

—¿Va a cambiarse? —preguntó Cyrus.

Sonreí.

—Por supuesto que no.

* * *

Había dejado a nuestra huésped no invitada con ella misma, ya que dio a entender que no encontraba mi compañía deseable. Hasta donde yo sabía, no había salido de su habitación. Le llevaban las comidas y Cyrus insistió en que su puerta estuviera cerrada por la noche. Esa noche decidí que no podía posponerse por más tiempo una discusión seria con la joven. Tenía la esperanza de que Emerson quisiera interrogarla, pero por lo que sabía no lo había hecho. Su

intención era clara para mí ahora. Había sospechado, desde el momento en que lo expresó, que su proclamada intención de ignorar a Vincey a menos que éste volviera a intentar interferir con él era una mentira total.

—Si aparece, me encargaré del tipo.

Cierto. Esperaba que Vincey "apareciera", tenía la firme intención de "encargarse del tipo", y con el fin de acelerar el enfrentamiento tenía la intención de dejar la seguridad de la *dahabbiya* y acampar en algún lugar del desierto, como una cabra atada como cebo para un tigre, con la esperanza de que Vincey iniciara un nuevo asalto. También estaba claro para mí que Emerson todavía era escéptico sobre el oasis perdido. (Tuve que admitir que yo habría puesto en duda la historia si no hubiera estado allí). De ahí sus referencias a las tumbas y tesoros ocultos de Nefertiti. Emplearía todos los medios posibles para intrigar a un enemigo y alentarlo a atacar. Tenía la intención de seguir su camino en solitario, terco, sin consultar al resto de nosotros o confiar en nosotros. No me daba más opción que hacer lo mismo, y como yo estaba al tanto de hechos que Emerson no sabía, y si los supiera no lo habría admitido, la carga estaba como de costumbre sobre mis hombros.

Bertha estaba sentada junto a la ventana abierta. La fresca brisa de la noche agitaba las cortinas de muselina. Una sola lámpara ardía junto a la cama. A su luz vi que llevaba uno de los trajes que le había comprado en un bazar del pueblo. Era negro, sólo las muchachas solteras vestían de colores, pero a diferencia de su vestido original, estaba limpio y sin usar. Se veía como un cuervo gigante acurrucado contra una tormenta que se aproximaba y cuando se giró hacia mí la vi bajar la mano sobre el rostro. El velo estaba en su lugar.

—¿Por qué siente la necesidad de ocultarme el rostro? —Le pregunté, sentándome en la silla junto a la suya.

—No es un espectáculo agradable.

—¿Todavía? La hinchazón ya debería haber desaparecido. Déjeme echar un vistazo.

—No necesito sus medicinas, *Sitt Hakim*. Sólo tiempo, si me lo permite.

—Para que su cara cure, sí. Para lo demás... no. No mientras la

vida del Padre de las Maldiciones esté todavía en peligro.

—Y la suya, *Sitt Hakim*. —Había una nota extraña en su voz, como si sonriera mientras hablaba.

—Sí, supongo que sí. Bertha —todavía tropezaba con un nombre tan inapropiado— la hemos dejado en paz para descansar y recuperar la salud. Ahora es el momento de que demuestre lo que vale. El señor Vandergelt cree que fue enviada aquí para espiarnos.

—Le juro...

—Mi querida niña, no está hablando con un hombre crédulo, sino con otra mujer. Tengo excelentes razones, desconocidas por el señor Vandergelt, para creer en sus buenas intenciones; por su propio bien así como por el nuestro, tiene que darme más información.

—¿Qué quiere, entonces? Les he dicho todo lo que sé.

—No me ha dicho nada. Quiero fechas, nombres, direcciones, hechos. Hemos sabido... ¡no gracias a usted! la identidad del hombre que fue su maestro y su torturador. ¿Le conoce por su verdadero nombre de Vincey, o sólo como Schlange? ¿El nombre que utilizó en Luxor? ¿Estuvo usted en El Cairo con él? ¿Cuándo se fue a Luxor? ¿A dónde fue después de haber sido expulsado de la villa? ¿Dónde está ahora?

Yo había traído lápiz y papel. Por la forma en que respondió a mis preguntas, tuve la impresión de que no era ajena al interrogatorio oficial, pero me contestó con bastante facilidad. Esas respuestas confirmaron lo que ya sospechaba, pero fueron de poca utilidad en la planificación de la estrategia futura.

—¿Acaso un martillo que clava clavos en un trozo de madera conoce el plano de la casa? —preguntó con amargura—. Yo no era lo suficientemente buena para compartir su casa en El Cairo. Allí también se llamaba a sí mismo Schlange, no le conozco por otro nombre. Venía a mi casa cuando quería... En Luxor vivía en la villa, es cierto. Nadie lo conocía aquí, su reputación no estaba dañada por mi presencia, y me necesitaba para ayudarlo a romper al Padre de las Maldiciones. Después de que la dejé esa noche me fui a mi habitación, estaba empacando mi ropa cuando llegó y me obligó a ir con él. Tuve que dejarlo todo, mis joyas, mi dinero. Nos alojamos durante una semana en un hotel barato en Luxor, cuando se marchaba, lo que ocurría pocas veces, me encerraba en la

habitación. No podía salir, no tenía nada que ponerme excepto las ropas que eran como la suya, y no me atrevía a aparecer con ellas en las calles de Luxor.

—Una semana, dice. Sin embargo, sus contusiones eran frescas cuando llegó a nosotros. ¿No abusó de usted en un primer momento?

El velo se estremeció, como si sus labios se retorcieran debajo de él.

—No más de lo habitual. Creo que estaba esperando para ver si el profesor se recuperaba y saber qué haría usted a continuación. Un día, cuando regresó, me trajo el vestido que me vio llevando y me dijo que me lo pusiera. Esa noche íbamos a ir...

—¿A dónde?

—¿Informa un hombre que lleva una pieza de equipaje de su destino? Estaba muy enfadado. Había averiguado algo... no, no pregunte qué, ¿cómo iba yo a saberlo? Algo que lo volvió loco. Lanzó viles maldiciones y amenazas, y se quejó de los que le habían fallado. Ellos, quienquiera que fueran, no estaban allí. Yo sí. Así que...

—Sí, ya veo. —La noticia que lo había vuelto violento debía haber sido el fracaso de su gente en Inglaterra en secuestrar a Ramsés y Nefret. La carta de Ramsés me había llegado en ese tiempo—. ¿Cómo pudo escapar de él? —Pregunté.

—Durmió profundamente esa noche —respondió—. Y la ropa que había traído era del tipo que yo habría elegido. Con velo y de negro parecía cualquier mujer de Luxor. Él pensó que nunca tendría la voluntad o el coraje de abandonarlo, pero el miedo, cuando llega a un cierto punto, puede inspirar coraje. Supe esa noche lo que no había estado dispuesta a admitir antes: que algún día me mataría, por rabia o sospecha de traición.

Habló con una pasión y una aparente sinceridad que no pudo dejar de conmoverme y sentir lástima.

La historia también tenía sentido. Esperé un momento para permitirle calmarse, ya que su voz se había vuelto ronca y temblorosa al recordar el terror.

—No parece estar usted en condición de traicionar mucho —le dije—. No sabe dónde tenía la intención de ir, o qué se proponía hacer. ¿No puede describir a ninguno de sus amigos o compañeros?

—Sólo a los hombres que contrató en Luxor. Ellos tampoco podían traicionarlo, nunca supieron su verdadero nombre, sólo el que usó cuando alquiló la casa.

—Schlange —murmuré—. Me pregunto por qué... Bueno. ¿Es todo lo que me puede contar?

Ella asintió con vehemencia.

—¿Me cree? ¿No me va a abandonar, sin protección y sola?

—Supongo que no tiene la intención de insultarme —dije con calma—. Pero si imagina que yo traicionaría a un enemigo a la muerte o tortura, no puede estar familiarizada con el código moral que guía a un británico. Los principios hermosos de la fe cristiana exigen que perdonemos a nuestros enemigos. A ese credo nos adherimos... Por lo menos —corregí, recordando las opiniones poco ortodoxas de Emerson sobre el tema de la religión organizada—, la mayoría de nosotros.

—Tiene razón —murmuró ella, inclinando la cabeza sumisamente—. Él no me abandonaría.

Yo sabía a quién se refería.

—Ninguno de nosotros —le dije un poco bruscamente—. Pero nos enfrentamos a una dificultad. Mañana comienzan nuestras excavaciones y durante largas horas, tal vez durante días, estaremos lejos de la *dahabbiya*. ¿Tiene miedo de quedarse aquí sola, con sólo la tripulación?

Indicó, con vehemencia considerable, que sí.

—Él está aquí, lo sé, he visto sombras que se movían en la noche...

—En su cabeza, quiere decir. Nuestros guardias no han visto nada fuera. Bien, supongo que tendrá que venir con nosotros. Aunque sabe Dios qué voy a hacer con usted.

* * *

De hecho, cuando abandonamos el barco a la mañana siguiente se mezcló bastante bien con los vecinos interesados que se dieron cita alrededor de nuestro pequeño grupo. Había mujeres entre ellos, yo no habría sido capaz de distinguirla de las otras figuras vestidas de negro si no se hubiera quedado cerca de mí. Esperaba que siguiera los talones de Emerson, pero no lo hizo, tal vez porque habría tenido que lidiar con el gato por esa posición.

Nuestro séquito nos siguió mientras atravesábamos el pueblo.

Algunos de ellos esperaban ser contratados en la excavación, otros estaban atraídos por la curiosidad ociosa. Las gentes de Hagui Qandil se habían acostumbrado a los visitantes desde los días en que habíamos trabajado allí, ya que muchos de los vapores turísticos se detenían en su camino río arriba, pero la vida de estos pequeños asentamientos es muy aburrida, cualquier cara nueva, especialmente la de un extranjero, atrae a una multitud. ¡Cuánto habían cambiado estas personas desde nuestra primera visita! Un trato justo y un tratamiento amable habían convertido a la una vez hosca población en ardientes partidarios; sonrisas, gestos y saludos en árabe, y las exigencias convencionales de propina nos siguieron todo el camino. Incluso los flacos perros se escabulleron a una distancia segura, habían aprendido que los visitantes a veces les arrojaban restos de comida. Yo siempre tenía la costumbre de hacerlo.

Un número de hombres y niños nos siguieron cuando salimos de la aldea y nos dirigimos a los acantilados. Emerson abría el camino como de costumbre. La mañana era agradable y fresca y estaba vestido con su chaqueta de tweed. Observé con un gesto de sorpresa que llevaba al gato sobre el hombro. Ramsés había entrenado a la gata Bastet para hacer lo mismo, pero debido a las dimensiones de esa parte de la anatomía de Ramsés, Bastet tenía que curvarse alrededor de su cuello. La forma de Emerson no sufría de tales desventajas, Anubis se sentaba erguido, ligeramente inclinado hacia adelante, como el mascarón de proa de un barco. Debo decir que presentaba un aspecto muy extraño, y me preguntaba cómo Emerson se había ganado la confianza del animal hasta tal punto.

Emerson miró hacia la chusma, grupos alegres de rezagados y llamó a Abdullah:

—No necesitaremos excavadores y chicos para las cestas hasta mañana o al día siguiente. Diles que se vuelvan, les dejaremos saber si tenemos la intención de comenzar la contratación.

—Yo contrato hoy —dijo Cyrus, paseando con las manos en los bolsillos.

Emerson desaceleró sus pasos y permitió que Cyrus le alcanzara. Hacían un contraste divertido, Cyrus con su inmaculado traje blanco de lino y topi, sus mejillas delgadas bien afeitadas y su barba de chivo tan precisamente recortada como la barba artificial usada

por los faraones egipcios; Emerson con la chaqueta y pantalones arrugados, la camisa abierta por el cuello, sus botas gastadas y polvorientas, con la cabeza descubierta y el cabello negro brillando a la luz del sol. El gato estaba mucho mejor preparado.

—¿Puedo preguntar a quién va a contratar y con qué propósito? —preguntó Emerson cortésmente.

—Déjeme que le sorprenda —respondió Cyrus con la misma cortesía.

Tan pronto como llegamos al sitio, Cyrus se llevó a sus reclutas a un lado y comenzó a dar órdenes en un árabe sin gramática pero eficaz. No pasó mucho tiempo antes de que los resultados se hicieran evidentes. La construcción es rápida y fácil en Egipto, donde el material de construcción más común es el barro, al que se le da la forma de ladrillos y se secan al sol o se le utiliza como mortero sobre una base de cañas. Las técnicas arquitectónicas son igualmente simples, y se han utilizado desde tiempos inmemoriales. No se requiere un equipo complejo para el diseño de una casa cuadrada de techo plano con una puerta y unas pocas ranuras de ventilación bajo el alero. Unas amplias ventanas no son una ventaja en este clima, admiten el calor en lugar del aire, y permiten la entrada de criaturas con las que a uno le importaría compartir vivienda.

Emerson ignoró ostentosamente la furiosa actividad alejándose a corta distancia, ocupado en un estudio preliminar y en el plano de la zona, tampoco se refirió a ello cuando paramos para comer. Aceptando el plato de Bertha, que se había autonombrado ayudante de cocina, le habló por primera vez ese día.

—Siéntate y come. ¿Quién te dijo que nos esperaras para comer?

—Ha sido idea suya —respondí, sabiendo muy bien de quién sospechaba que había dado la orden—. Y estoy de acuerdo con ella, bajo las presentes circunstancias el anonimato es preferible a la igualdad del puesto, en el que de otra manera insistiría.

—Humm —dijo Emerson. Tomando eso como lo que era, una admisión tácita de la sabiduría de mi decisión, Bertha se retiró en silencio.

Cyrus la vio retirarse con los ojos entrecerrados. Yo le había pasado la información tal como Bertha me la había dado la noche anterior. Ahora, dijo:

—Todavía no me fío de esa maldita mujer. La quiero vigilada día y noche. La quiero dentro de cuatro paredes donde nadie pueda llegar a ella sin montar un escándalo.

—Ah, entonces es una prisión lo que está construyendo —dijo Emerson, señalando las paredes que se alzaban a corta distancia.

—Ya basta, Emerson, me estoy cansando de su sarcasmo. Esas malditas tiendas no es mi idea de un alojamiento apropiado, las paredes de lona no mantendrán fuera a los escorpiones o las pulgas de arena, mucho menos a los ladrones. Si no va a pasar las noches en la *dahabbiya*...

—¿De dónde ha sacado esa idea? —preguntó Emerson.

—De usted, terco, obstinado...

—¡Ese lenguaje, Vandergelt! Hay damas presentes. Debe haberme entendido mal. —Se levantó—. Sin embargo, siga adelante y construya la casa de la expedición, si quiere. El resto de nosotros tenemos trabajo que hacer. Charles, René, Abdullah.

Así que pasamos las tres noches siguientes en la *dahabbiya*. El ojo experimentado de Emerson tuvo razón una vez más, los ladrillos del hueco eran los cimientos de las casas, una casa, por lo menos, ya que al final del tercer día los hombres habían descubierto la mayor parte de ella y encontraron parte de una gruesa muralla que debió rodear toda la zona.

Las actividades nocturnas sociales fueron insignificantes, los dos jóvenes estaban tan agotados que seguían cayéndose sobre la mesa durante la cena y buscaban la cama inmediatamente después. Cyrus me evitaba, explicando ingenuamente que Emerson le ponía de tan mal humor que no podía hablar civilizadamente, ni siquiera a mí. Emerson se encerraba en su habitación y Bertha en la suya. Yo estaba, por supuesto, en perfecta forma y lista para cualquier actividad interesante que se presentara, así que para mí las noches eran muy tediosas, ni siquiera un intento de robo o ataque armado rompió la monotonía.

Por eso me encantó cuando Cyrus se unió a mí en el salón la tercera noche, muy elegante con el traje de noche que siempre llevaba en mi honor y con una expresión que sugería que su estado de ánimo había mejorado.

—El chico del correo acaba de llegar de Derut —anunció, su sonrisa anticipaba el placer que esperaba otorgarme.

El grueso paquete que me dio llevaba, efectivamente, el emblema de Chalfont. Me apresuré a abrirla, pero sospechaba que mi placer no podría ser completamente puro.

Había habido una racha frenética de telegramas antes de que saliéramos de Luxor. Por desgracia, mi mensaje anunciando el rescate de Emerson no llegó a Inglaterra hasta después de que nuestros seres queridos se hubieran enterado de su desaparición y el primer telegrama que recibí de ellos fue tan agitado como para ser prácticamente ininteligible. Un segundo mensaje anunció la llegada del mío, expresando alivio y exigiendo más detalles. Los suministré lo mejor que pude, dadas las limitaciones del medio y la necesidad de discreción. Sabía perfectamente que los telegrafistas en Luxor eran susceptibles a la corrupción, y que los chacales de la prensa eran muy conscientes de ese deplorable hábito, que, sin embargo, sólo se podía esperar en un país cuyos habitantes no poseen las ventajas de la formación moral británica o un salario digno.

Me había prometido escribir, y por supuesto, lo había hecho. Sin embargo, dudaba que mi carta hubiera llegado ya, ciertamente no había llegado a tiempo de obtener una respuesta de Ramsés. Debía haber escrito esto antes de saber la terrible noticia de la desaparición de su padre.

En este último supuesto estaba equivocada, como probó la fecha de encabezamiento de la carta. Miré a Cyrus, que aún estaba de pie, sin estar dispuesto a sentarse hasta que no le hubiera invitado a hacerlo, pero tembloroso por la curiosidad era demasiado cortés para expresarlo.

—Quédese, querido amigo —le dije—. No tengo secretos para usted. Pero primero dígame cómo me ha llegado esta misiva tan rápido. Está fechada hace sólo ocho días, y al barco correo le lleva once llegar a Port Said. ¿Tiene empleado un genio, o ha contratado a un inventor para perfeccionar una de esas máquinas voladoras sobre las que he leído? Porque sé que se debe a sus buenos oficios, de alguna manera o de otra, que le debo... este... trato.

Cyrus se veía avergonzado, como siempre lo hacía cuando le alababa.

—Debe de haber llegado por tierra a Marsella o Nápoles, al expreso le lleva uno o dos días, y una lancha rápida puede llegar a Alejandría en otros tres. Le pedí a un amigo de El Cairo que

recogiera su correo en el instante que llegara y lo enviara en el siguiente tren.

—¿Y el chico del correo que viaja desde y hacia Derut es uno de sus sirvientes? ¡Querido Cyrus!

—Tengo tanta curiosidad como usted, Amelia —dijo Cyrus, ruborizándose—. Más aún, me parece, ¿no está ansiosa por leerla?

—Estoy dividida entre la anticipación y la aprehensión —admití —. En lo que a las actividades de Ramsés se refiere, esta última emoción tiende a predominar, y esta parece ser una larga... Ah, pero no tan larga como había pensado, Ramsés ha metido un lote de recortes de los periódicos de Londres. ¡Malditos sean!

—"Famoso egiptólogo desaparecido. Posiblemente muerto..." La comunidad arqueológica muestra su pesar por el fallecimiento de su más notorio... ¡Notorio! Estoy sorprendida por el *Times*, el *Mirror*, tal vez, o... Oh, ¡maldición! El *Mirror* me describe como una histérica por el dolor, bajo el cuidado de un médico, el *World* tiene un plano completo de la "escena del crimen" con un gran charco de sangre, el *Daily Yell*... —Los papeles cayeron de mi mano paralizada. Con voz hueca dije—: El artículo en el *Daily Yell* fue escrito por Kevin O'Connell. No puedo leerlo, Cyrus, de verdad que no puedo, el estilo periodístico de Kevin muchas veces me ha inspirado a la furia homicida. Me estremezco al pensar lo que ha escrito esta vez.

—No lo lea, entonces —dijo Cyrus, inclinándose para recoger los papeles dispersos—. Vamos a escuchar lo que su hijo tiene que decir.

—Su estilo literario no es una gran mejora con respecto al de Kevin —respondí con tristeza.

De hecho, la única parte de la carta que calmó mis nervios fue el saludo.

"Queridos mamá y papá: Mi mano tiembla con una mezcla de alegría y temor mientras escribo esta última palabra, ya que por el espacio de unas horas interminables temí que nunca podría volver a tener el privilegio de emplearla en la dirección correcta. Digo interminables, y así parecieron, aunque en realidad solo transcurrieron doce horas antes de que el telegrama de mamá trajera esperanza a los corazones hundidos en las profundidades de la miseria. El tío Walter llevó la noticia con entereza varonil, a pesar de que envejecía un año

con cada hora que pasaba. La tía Evelyn lloraba sin cesar. Jerry y Bob tuvieron que ser revividos con aplicaciones copiosas de cerveza, Rose, con aplicaciones copiosas de agua fría y sales aromáticas. No puedo hablar de la pálida Nefret, sufriendo en silencio, y las palabras me fallan al intentar describir el mío propio. Sólo Gargery se mantuvo firme. "No lo creo", declaró con firmeza. "No's cierto." (Cito literalmente a Gargery, queridos padres, la emoción excesiva siempre tiene un efecto adverso en su gramática.) "No pudieron matar al profesor, ni siquiera si le atropellaran con una locomotora, las cuales son escasas en Egipto de todos modos, según me han dicho. Y si lo hicieron, la señora no estaría bajo cuidado médico, estaría arrasando todo el país rompiendo cabezas y disparando a la gente. No es cierto. No se puede creer nada de lo que se lee en los periódicos".

Mi lectura de este notable esfuerzo literario fue interrumpida por una serie de sonidos estrangulados por parte de Cyrus. Sacando el pañuelo, se lo aplicó a sus ojos llenos de lágrimas y exclamó:

—Ruego me disculpe, querida, no pude evitarlo. Ramsés es... realmente es... ¿habla también de esa manera?

—Solía hacerlo —dije, apretando los dientes—. No ha perdido su locuacidad, sólo la ha volcado a su forma escrita. ¿Continúo?

—Por favor.

Y ya ves, querida mamá y papá, que de todos nosotros Gargery fue el único en discernir la verdad. Yo tenía ciertas reservas, por supuesto, sobre la exactitud de la información periodística, pero el afecto filial superó bastante a la razón en ese punto.

Tuvimos nuestra primera indicación de la tragedia incipiente el día antes de que aparecieran las crónicas periodísticas, cuando ciertos periodistas más responsables trataron de consultarnos sobre la exactitud de sus informes. Después de la primera investigación, desde el Times, que el tío Walter negó rotundamente, nos negamos a comunicarnos por teléfono. El resultado fue una avalancha de visitantes no autorizados agitando las credenciales de prensa y exigiendo entrada. Ni que decir tiene que fueron repelidos por nuestras galantes fuerzas. Pero la preocupación siguió creciendo, y cuando llegaron los periódicos a la mañana siguiente nos vimos obligados a reconocer la verdad, ya que citaba fuentes de buena reputación de El Cairo y Luxor. No fue sino hasta la noche que llegó un mensajero y logró con éxito la entrega de su telegrama. ¡Ah, qué escena se produjo entonces! La tía Evelyn gritó más

fuerte que nunca. Rose se puso histérica. Tío Walter y Gargery se estrecharon la mano y las sacudieron durante diez minutos. Nefret y yo... "

Sostuve la carta más cerca de mis ojos.

—Ha tachado algo aquí —dije, frunciendo el ceño—. Creo que escribió "volamos el uno a los brazos del otro", y luego lo reemplazó con "expresamos nuestras emociones de una manera adecuada".

—Así que ese es el terreno que pisa ¿verdad? —Cyrus ya no se divertía—. Espero que no se ofenda, Amelia, si digo que lo único que podría disuadir a un hombre de honor de pedirte que fueras su esposa sería la perspectiva de tener que ser el padre de ese niño.

—Emerson es el único a la altura de ese desafío —contesté—. Y gracias a Dios no hay necesidad de considerar a otro candidato. A ver... ¡Oh, maldición!

—Amelia —exclamó Cyrus.

—Discúlpeme —repliqué, casi tan sorprendida como él por mi falta inexcusable—. Pero en realidad, Ramsés se basta y se sobra para conducir a un santo a lo profano. Ha gastado cuatro páginas describiendo en detalle las reacciones emocionales asquerosamente empalagosas que en esta etapa sólo tienen un interés exclusivamente académico y luego dedica un párrafo a un trozo realmente horrible de las noticias. Escucha lo siguiente:

La única consecuencia desafortunada de la felicidad después de recibir tu telegrama fue que Bob y Jerry (los guardianes galantes) durmieron demasiado bien aquella noche, debido, según explicaron, no a un exceso de cerveza, sino a la fatiga del alegre alivio. Cualquiera que fuera la causa, (y no veo ninguna razón para dudar de la palabra de amigos tan leales que, además están en mejor posición que yo para evaluar el efecto de grandes cantidades de cerveza), no oyeron a los hombres que treparon por la pared, y no fue hasta que los individuos fueron descubiertos por los perros, que se despertaron con sus ladridos. Llegaron al lugar a tiempo para alejar a los posibles ladrones, con gran decepción de los perros, que habían estado tratando de inducir a los visitantes a tirarles palos. No os preocupéis, mamá y papá, he pensado en una forma de asegurar que esto no vuelva a ocurrir.

En conclusión, permitidme decir que aún estoy más decidido a unirme a vosotros y ofrecer la asistencia afectuosa que sólo un hijo

puede dar. Ahora tengo tres libras y dieciocho chelines.

—¡Maldición!

—¿Por qué dice...? Oh —dijo Cyrus.

—El improperio era mío —admití—. Ramsés está ahorrando su dinero para comprar un billete en el barco de vapor.

—No se preocupe, querida. Un niño no puede comprar un billete, o viajar solo, alguien le atraparía antes de que el barco abandonara el muelle.

—No me atrevo a esperar que esa dificultad no se le haya ocurrido a Ramsés. Es probable que tenga la intención de persuadir a Gargery para que compre los billetes y le acompañe. Me temo que Gargery es débil, no sólo ayudaría y apoyaría a Ramsés en cualquier plan que este último propusiera, sino que es un romántico empedernido. Debo telegrafiar de inmediato, prohibiéndole hacer tal cosa.

—¿Un telegrama a su mayordomo? —preguntó Cyrus, arqueando las cejas.

—¿Por qué no, si las circunstancias lo requieren? Debo advertir a Walter también, es demasiado inocente para anticiparse a las maquinaciones diabólicas de las que Ramsés y Gargery son capaces.

—El chico llevará sus mensajes cuando usted quiera, Amelia. Hay una oficina de telégrafos en Minia.

—Puede esperar hasta mañana. Mandaré una carta también. Primero mejor que vea qué mentiras han publicado los periódicos, al menos puedo contradecirlas, si no puedo decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Inmediatamente Cyrus me trajo un whisky con soda. Así fortalecida, fui capaz de de leer detenidamente los artículos en relativa calma. Dejé el de Kevin para el final.

El impetuoso joven periodista irlandés y yo habíamos tenido una relación con altibajos. Con ocasión de nuestro primer encuentro sus preguntas impertinentes enfurecieron tanto a Emerson que mi irascible esposo lo pateó por las escaleras del Shepheard. No fue un comienzo propicio para una amistad, pero Kevin se puso valientemente de nuestro lado en varias ocasiones cuando el peligro amenazaba. Era un caballero de corazón y un sentimental, por desgracia, el caballero y el sentimental a veces eran ahogados por el periodista profesional.

Gracias al whisky (que Cyrus repuso cuidadosamente) conseguí superar la primera parte de la historia de Kevin sin exceso de estrés.

—Podría ser peor —murmuré—. Supongo que era imposible para Kevin resistirse a arrastrarse en sugerencias de maldiciones y "el destino cayendo por fin sobre la cabeza del que durante mucho tiempo había desafiado a los antiguos dioses de Egipto". No estoy del todo contenta con su referencia a la... oh, ¡por Dios! —Me levanté de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó Cyrus con aprensión.

—Escuche esto. "Nuestro corresponsal se va inmediatamente a Egipto, donde espera entrevistarse con el profesor y la señora Emerson con el fin de determinar la verdad de los hechos detrás de este extraño asunto. No tiene ninguna duda de que todavía hay misterios por descubrir".

Estrujé el periódico en una bola y lo tiré al suelo. Anubis se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla hacia atrás y adelante.

Por lo general este comportamiento gatuno por parte de un animal particularmente grande y digno me habría entretenido. En esta ocasión estaba demasiado afectada para prestarle ninguna atención. Caminando con furia, continué:

—¡Es una noticia desastrosa! A toda costa hay que evitar que Kevin hable con Emerson.

—Bueno, claro, si podemos. Pero no es más que otro reportero preocupado.

—No lo entiende, Cyrus. Aislados como estamos, y con Abdullah de guardia, podemos defendernos de otros periodistas. La familiaridad de Kevin con nuestros hábitos y su maldito encanto irlandés le convierten en un rival más formidable ¿Ha olvidado que fue Kevin quien convirtió la muerte de lord Baskerville en la maldición de los faraones? Fue Kevin, cuya *joie de vivre* periodística infló la muerte de un vigilante nocturno en el caso de la momia del Museo Británico. Está familiarizado con los asuntos arqueológicos, pasó algunas semanas con las Fuerzas Expedicionarias de Sudán, hablando con los oficiales que... —Me detuve en seco y levanté una mano temblorosa a mi frente. La idea que se me había ocurrido tenía la fatalidad terrible de una ecuación matemática—. No —susurré—. No. ¡Por supuesto que Kevin no!

Cyrus corrió a mi lado y me rodeó con un brazo respetuoso.

—¿Qué le pasa, querida? Está tan blanca como la nieve. Siéntese. Tome otro whisky.

—Hay algunas situaciones demasiado graves, incluso para el whisky con soda —repliqué, saliendo de su abrazo con un aire casual que, esperaba, no le ofendiera—. Mi idea era absurda, injusta. La voy a desechar. Pero por lo menos, Cyrus, Kevin está obligado a descubrir la verdad de la amnesia de Emerson. Le conoce desde hace demasiado tiempo y demasiado bien como para pasar por alto las evidencias.

—Nunca pude entender por qué estaba tan empeñada en mantenerlo en secreto, incluso de la familia —dijo Cyrus—. Me parece que su hermano, por lo menos, tiene derecho a saber la verdad.

—¡No sabe de qué habla, Cyrus! Cinco minutos después de que Walter se enterara, todos en la casa lo sabrían, y gran cantidad de ellos se apresurarían a coger el primer barco, ¡incluyendo a Gargery! ¿Ha olvidado el consejo del doctor Schadenfreude, Cyrus? No debemos forzar la memoria de Emerson, tenemos que esperar a que crezca y florezca, como una flor.

—Humm —contestó Cyrus, en un tono tan escéptico como el que Emerson probablemente habría empleado.

—Sé que no le gustan las teorías del doctor, Cyrus, pero es una autoridad indiscutible en su campo y su análisis del carácter de Emerson fue brillantemente preciso. Es imprescindible que proporcionemos a los métodos de Schadenfreude una buena oportunidad. Eso sería imposible si nuestra familia y amigos descienden sobre nosotros en forma masiva. Ninguno de ellos es capaz del férreo autocontrol que ha guiado mi conducta, y ¿puede imaginar el efecto sobre Emerson al encontrarse cara a cara con Ramsés? Un hijo de once años sería suficiente para sorprender a un hombre que ni siquiera sabe que está casado y un hijo como Ramsés...

—Sin embargo, podría ser el catalizador que permita recomponer la memoria de Emerson —replicó Cyrus, mirándome con fijeza—. La visión de su hijo...

—Me conoce hace más tiempo que a Ramsés —le dije—. Y bajo circunstancias que deberían, si pudiera... no veo ningún propósito en discutirlo, Cyrus, tiene que dejarme ser el juez de lo que es mejor

para Emerson.

—Como siempre, piensa en él y no en usted. Me gustaría que me dejara...

—No me interesa hablar de ello —le dije, suavizando las palabras contundentes con una sonrisa afectuosa—. Si me disculpa, Cyrus, creo que voy a dar una vuelta por la cubierta antes de retirarme. No, amigo mío, no me acompañe, sus hombres están de guardia, y me gustaría algo de tiempo para reflexionar en solitario.

Se requirió más tiempo del que esperaba para reflexionar fríamente y calmar las aguas agitadas de la angustia. La sospecha que había contemplado, aunque brevemente, era realmente terrible.

Emerson y yo habíamos discutido las cualidades que debía poseer un enemigo para descubrir el secreto del oasis perdido. Kevin lo tenía todo, incluso algo de formación arqueológica. También tenía la insaciable curiosidad y la imaginación impetuosa (como Emerson habría dicho) que permitiría que un individuo entretejiera los hilos dispares del rompecabezas en un todo significativo.

Nada puede aplastar el espíritu tanto como la traición de un amigo. Ciertos artículos de prensa de Kevin habían estirado, en mi opinión, nuestra amistad hasta el límite, pero el peor sólo había amenazado nuestra reputación Esto era harina de otro costal, un ataque a sangre fría a la vida, a la integridad física y a la cordura. En mi mente imaginaba la sonrisa de Kevin, la cara llena de pecas, sus cándidos ojos azules, su cabello flameante. En mi oído interno oí su acariciadora voz irlandesa repitiendo los elogios y las garantías de cariño de cuya sinceridad nunca había dudado.

¡No lo dudaría ahora! A medida que mi agitación disminuía, me recordé que Kevin no era la única persona que tenía el conocimiento experto para resolver el rompecabezas. Tampoco podía creer que el deseo de una sensación periodística, la historia del oasis perdido sin duda la constituía, fuera un motivo lo bastante fuerte como para hacer que un hombre se volviera contra sus amigos y su propia naturaleza.

Sin embargo, el peligro que representa su ordinario instinto periodístico era real. Yo sabía que no había convencido a Cyrus de que la condición mental de Emerson tenía que ser mantenida en secreto, aunque las razones que le había dado eran perfectamente

válidas. ¿Por qué hacer sufrir a nuestros seres queridos innecesariamente? ¿Por qué darles la excusa de correr en masa a Egipto y distraerme? Sin embargo sabía, al igual que mi perceptivo y comprensivo amigo, que no era mi única razón.

Decidí no pensar en ello. Lo importante era mantener a Kevin lejos de Emerson. Empecé a calcular los horarios. Si hubiera tomado los medios de transporte más rápidos y empujado al límite, podría haber llegado ya a El Cairo. ¿Sería lo suficientemente inteligente como para hacer indagaciones sobre nuestro paradero actual en lugar de seguir nuestro plan original de ir a Luxor? Varios de nuestros amigos arqueólogos sabían que íbamos a Amarna, había sido necesario recurrir a ellos para obtener el permiso de excavación. La amable preocupación de M. Maspero y su poderosa influencia habían sido de enorme ayuda en la reducción de la burocracia, y él no era el único que lo sabía. Si Kevin venía directamente a Amarna podría estar aquí en un par de días.

—Suficiente maldad para un día —me recordé. Al menos estaba prevenida. Trataría con Kevin cuando, estaba segura que era "cuando" y no "si", apareciera.

La hermosa noche de Egipto había trabajado su magia, me sentía más tranquila. La luna estaba en fase creciente, pronto llegaría a llena y colgaría como un globo de luz viviente sobre los acantilados, bañando la pálida piedra caliza con plata. Mientras paseaba por la cubierta, el crujido de mis faldas se mezcló con el suave balanceo del agua y el murmullo de las hojas de palmera que se agitaban en la brisa nocturna, recordé la última luna llena que miré desde la cubierta de otro barco. Menos de un mes... ¡Con qué esperanzas y anticipación había mirado al astro de plata! Emerson estaba conmigo, su fuerte mano sostenía la mía, su brazo me rodeaba la cintura. Ahora estaba sola y él estaba más lejos de mí de lo que lo había estado jamás, aunque sólo unos pocos metros reales nos separaban.

Las ventanas de los dormitorios daban a la cubierta. Las suyas estaban iluminadas, la gasa fina de las cortinas no impedía la vista. Echando un vistazo mientras pasaba por delante, lo vi sentado ante una mesa llena de libros y papeles. Estaba de espaldas a mí con la cabeza inclinada sobre su trabajo. No levantó la vista, a pesar de que debía haber oído el sonido de mis tacones. La tentación de

detenerme y contemplar la vista tan familiar y tan querida, el suave estiramiento de músculos por los hombros, el espeso cabello rizado curvándose sobre sus orejas, era poco menos que irresistible, pero lo conquisté. La dignidad prohibió que corriera el riesgo de ser descubierta espiándole, como una niña enferma de amor.

Mientras continuaba sin detenerme, se produjo un movimiento en las sombras junto a la ventana de Emerson, una voz murmuró en voz baja un saludo en árabe y me hizo un gesto de silencioso reconocimiento. No pude ver cuál de los hombres era, en la oscuridad sus siluetas eran todas iguales, porque todos llevaban el mismo turbante y túnicas. Eran un conjunto honrado y parecían devotos de su empleador. Sin duda, les pagaba bien. (No quiero parecer cínica, ninguna persona razonable puede sentir lealtad hacia un hombre que le paga mal).

Otras sombras anónimas me saludaron a medida que avanzaba. El individuo en cuclillas cerca de mi ventana, de espaldas contra la pared, estaba fumando, la punta brillante de su cigarrillo se abalanzó como una luciérnaga gigante cuando se llevó la mano a la frente y el pecho.

Las ventanas de las habitaciones ocupadas por los dos jóvenes estaban a oscuras, en la de Renè oí un estruendo de graves ronquidos, positivamente sorprendente en ese joven de aspecto tan delicado. La ventana de Bertha también estaba a oscuras. Sin duda estaba cansada, el ir y venir a la excavación cansaría a una chica de ciudad como ella, poco acostumbrada a hacer ejercicio saludable. Reconocí al hombre que custodiaba la ventana por su tamaño, era el más alto y más fuerte de los tripulantes. Cyrus no quería correr riesgos.

Miré a su ventana mientras paseaba y vi que también estaba sin luz. Tal vez estuviera todavía en el salón, cuyas puertas daban a la cubierta superior.

No hacía falta haber paseado a solas bajo la luz de la luna. Dado que sólo los vigilantes silenciosos me veían, me permití sonreír y mover la cabeza. El tratamiento del doctor Schadenfreude no había curado a Cyrus de su debilidad romántica. Siendo como soy una psicóloga aficionada, me preguntaba si la tendencia de los estadounidenses de enamorarse de damas totalmente inadecuadas nacía de su deseo inconsciente de permanecer soltero. Mujer

modesta como soy, no podía haber dejado de observar sus miradas cada vez más suaves y su indignación caballeresca en mi nombre, pero era consciente de que su creciente apego se basaba únicamente en la amistad y en la galantería tosca por la que los estadounidenses son bien conocidos. Cualquier "dama en apuros", entre los dieciocho y cuarenta y ocho habrían despertado los mismos instintos. Cyrus sabía que estaba perfectamente a salvo de las redes del matrimonio conmigo, no sólo mientras Emerson siguiera vivo, sino para siempre. ¿Podría yo, habiendo conocido tal hombre, ser la esposa de otro?

La luz de la luna me estaba volviendo morbosa. La luz de la luna tiene ese efecto cuando uno la disfruta a solas. Me fui a mi habitación, escribí los telegramas a Gargery y Walter, escribí una carta perentoria a mi hijo, y puse en forma apropiada las notas que había tomado en la excavación ese día. Para cuando terminé me pesaban los párpados, pero me cepillé el pelo las cien veces habituales, tomé un largo (frío) baño y me apliqué crema. (Esto no es vanidad, sino una necesidad en Egipto, donde el sol y la arena tienen un efecto terrible sobre la piel.) Tenía la esperanza de que el trabajo enérgico me impidiera soñar. Sin embargo, no fue así. Estoy segura que no es necesario especificar el tema de los sueños a un lector comprensivo.

* * *

Para una mujer rebosante de salud, como siempre estoy, una noche de molestias no tiene ninguna consecuencia. Me levanté fresca y alerta, lista para enfrentarme a las dificultades que estaba segura iban a sobrevenir. Emerson había estado esperando su momento, tratando de que bajáramos la guardia desempeñando sus tareas arqueológicas, pero no es un hombre paciente, y yo sospechaba que estaba a punto de llevar a cabo su ridículo plan. No había manera de que pudiera impedírselo, una argumentación razonada no tiene efecto alguno sobre él cuando se le mete una idea tonta en la cabeza. Todo lo que podía hacer era anticipar lo peor y tomar medidas para evitar que sucediera. Había una ventaja en su plan, cuanto más nos alejáramos del río, más difícil sería para Kevin O'Connell llegar hasta nosotros.

Mi primera visión de Emerson esa mañana fortaleció mi presentimiento de que hoy era el día. Estaba comiendo su desayuno

con el aire de un hombre que se alimentaba en previsión de la actividad vigorosa que tenía por delante, y estaba de un estado de ánimo muy bueno, felicitando a Renè por la rapidez con la que estaba aprendiendo los métodos de excavación, y alabando el plano de Charlie del sitio. De vez en cuando arrojaba un trozo de salchicha a Anubis, que saltaba en el aire como una trucha en busca de una mosca. Deseaba que la maldita barba no le ocultara la boca. La boca de Emerson siempre lo delata cuando está contemplando hacer algo turbio, no puede controlar las comisuras.

Me vio mirándolo.

—¿Hay algo que la ofenda, SEÑORITA Peabody? Migas en la barba, ¿verdad? ¿O es la propia barba? Vamos, vamos, no sea tímida en expresar su opinión.

—Ya que pregunta —comencé.

—Lo hago, lo hago. Teniendo opiniones fuertes por mí mismo, no puedo oponerme a que otros las posean.

—¡Ja! —respondí—. Bien, entonces debo decir que la suya es uno de los ejemplos más poco atractivos que he visto jamás de un espantoso apéndice. Las barbas son insalubres, feas, calientes, o por lo que supongo, peligrosas para los fumadores, e indicativas de la inseguridad masculina. Los hombres las dejan crecer sólo porque las mujeres no pueden, creo yo.

Emerson entrecerró los ojos con rabia, pero no podía hablar porque su boca estaba llena de huevos y salchichas. Antes de que pudiera tragar, Cyrus, cuya mano tironeaba con nerviosismo de su barba de chivo, exclamó:

—Nunca lo pensé de esa manera. Tal vez debería...

—No sea un tonto adulador, Vandergelt —gruñó Emerson—. Ella dice tonterías con la esperanza de molestarme. ¿Quién diablos inició esta charla sobre barbas, de todos modos? ¡Dense prisa y terminen, todos ustedes, quiero partir!

Y se fue, dejando la puerta oscilando bruscamente sobre sus goznes. Los jóvenes se levantaron y galoparon tras él. Yo unté de mantequilla otra tostada.

—No me refería a usted, Cyrus —le dije, sonriendo—. Esa barba es tan parte de usted, que no puedo imaginarle sin ella.

Lo dije como un cumplido, pero él no pareció contento.

El aire todavía era frío y agradable cuando bajamos a tierra. Me

quedé rezagada conversando con el joven Charlie, que me había buscado con la obvia intención de consultarme. Le llevó un tiempo llegar al asunto, de hecho, tuve que preguntarle directamente qué le preocupaba.

—Es la estela —admitió—. La que está en lo alto del acantilado, ¿la recuerda?

—La estela —le dije—. No se preocupe por ello, Charles, pasará algún tiempo antes de que Emerson vuelva su atención a las estelas.

—No, señora, ¡no lo hará! Quiere que vaya allá hoy. Y... esto... no puedo decírselo al profesor, no me atreví, pero no puedo... preferiría que no... debería decir que tengo...

—¿Miedo a las alturas?

Se veía tan culpable como si hubiera confesado un asesinato

—Mi querido Charles, no es nada de lo que deba avergonzarse. La investigación científica indica que estos temores son debilidades que la víctima no puede controlar. Debe confesar la verdad, sería peligroso, posiblemente fatal, que se forzara a realizar una tarea que no puede llevar a cabo. —Charles no pareció animarse por este consolador diagnóstico, así que continué—: Si quiere, se lo contaré yo a Emerson.

El tipo joven enderezó los hombros.

—No, señora, le doy las gracias, pero eso sería cobardía.

—Dígaselo usted mismo, entonces, pero tenga en cuenta que revelaré la verdad si usted no lo hace. Ahora apresurémonos, nos estamos quedando atrás.

Los otros ya estaban fuera de la vista. Mientras nos dábamos prisa a lo largo de la calle del pueblo, devolviendo el saludo a los que nos saludaban y pasando por encima de perros, pollos y niños, un hombre vino a nuestro encuentro. Ahogué una exclamación de impaciencia, era el jeque, el alcalde del pueblo, y pude ver en su actitud que tenía la intención de retrasarme.

Habíamos logrado evitar las ceremonias de bienvenida de cortesía que consumían tiempo, algo que normalmente se requiere en estas comunidades pequeñas, pero no vi la forma de escapar de ella ahora, no sin ofender mortalmente al hombre.

El pobre alcalde anciano que había conocido había muerto hacía tiempo, su sucesor era un hombre en la plenitud de la vida, quien parecía más sano y mejor alimentado que la mayoría de los *fellahin*.

Me saludó con la fórmula habitual y respondió de la misma manera.

—¿La *Sitt* honrará mi casa? —fue la siguiente pregunta.

Sabiendo que esta visita podía durar una hora o más, busqué una manera cortés de escaparme.

—El honor es muy grande. Debo seguir a Emerson *Effendi*, que es mi... esto... que es el líder del trabajo. Se enojará si me retraso.

Yo había pensado que el argumento sería convincente en este mundo dominado por los hombres, pero el alcalde frunció el ceño.

- *Sitt* debe escucharme. Traté de hablar con el Padre de las Maldiciones, pero no se detuvo. Es un hombre sin miedo, pero él debe saber que Mohammed ha regresado.

Mohammed es un nombre muy popular en Egipto. Me llevó un momento identificar a este.

—¿El hijo del alcalde anciano? Creí que había escapado, después del asunto de la momia que al final resultó ser sólo un hombre malvado.

—Escapó, sí. Cuando usted y el Padre de las Maldiciones desenmascararon al malhechor, Mohammed sabía que iba a ir a la cárcel por ayudar a ese hombre malo. O que el Padre de las Maldiciones le castigaría, lo que habría sido igual de doloroso. Se fue del pueblo hace muchos años, pero ha vuelto, *Sitt*, porque yo mismo lo vi ayer por la noche.

Deseé, no por primera vez, que algún Poder inefable no me hubiera elegido para interpretar mi oración tan caprichosamente. ¡Otro fantasma del pasado! ¿Habían regresado todos nuestros viejos enemigos para acosarnos? Mientras meditaba, el alcalde continuó con creciente agitación.

—Nosotros somos gente honesta, respetamos al Padre de las Maldiciones y a su honorable esposa principal y a todos los *Inglizi* que nos contratan para trabajar. Pero en todos los pueblos hay algunos que no son honestos, creo que Mohammed está tratando de revolverlos contra el Padre de las Maldiciones, porque estaba hablando en voz alta en el café y los que escuchaban eran los malvados de entre nosotros. Advierta al Padre de las Maldiciones, *Sitt*, y cuídese. Mohammed la culpa en igual medida de su desgracia. Tenía la esperanza de ser el jeque después de la muerte de su padre.

Y todavía lo esperaba, me pareció. La preocupación del alcalde

por nosotros no era del todo altruista, Mohammed podría ser un rival potencial. Sin embargo, era un hombre honesto, y le di las gracias antes de darme prisa.

Emerson había llamado a nuestro sitio de excavación "la aldea oriental", haciendo caso omiso de las objeciones de Cyrus, que afirmaba que una de las casas y parte de un muro no constituían un pueblo. Agregó que nadie, ni siquiera un idiota como Akhenatón, construiría un barrio residencial tan lejos del río. (Cyrus era uno de los que no compartían mi visión exaltada sobre el faraón hereje, pero generalmente se guardaba sus opiniones para sí mismo cuando yo estaba presente).

Estaban discutiendo el asunto cuando llegué a la escena, ya que ni siquiera a mi mejor ritmo podía atrapar a Emerson cuando éste iba deprisa. Emerson había extendido sus planos sobre una roca. Sacándose la pipa de la boca, usó la boquilla como puntero.

—Se trata de antiguos caminos, Vandergelt, media docena de ellos convergen en este punto, que está a medio camino entre las tumbas del sur y del norte. La casa que terminamos de descubrir ayer es, obviamente, la primera de varias de esas viviendas, hay ladrillos de barro de forma similar y materiales dispersos por todo el agujero. ¡Oh, maldición!, no tengo ganas de explicar mi razonamiento ahora, ¿por qué demonios debería? Vaya con Abdullah, que está siguiendo la cara de la muralla. Tendría que dar con una puerta pronto.

Murmurando y moviendo la cabeza, Cyrus se fue. Ver a Abdullah y a sus hombres entrenados de Aziyeh, era fascinante para un entusiasta de la arqueología, en algunos lugares sólo un ojo experto puede distinguir entre el ladrillo roto y el suelo natural que lo había enterrado. Cyrus se mostraba entusiasmado con la profesión, no me cabía duda, pero al igual que muchos excavadores prefería tumbas reales y de nobles a las viviendas de los humildes, como claramente eran estas. Los únicos artefactos que habíamos descubierto eran cuentas de fayenza y un huso de madera.

—Emerson —dije con urgencia—. Tengo que hablar con usted.

—Bien, ¿qué pasa? —Había enrollado el plano y se balanceaba sobre un pie, impaciente por llegar al trabajo.

—El alcalde me ha dicho que uno de nuestros, de sus, viejos enemigos, ha regresado a la aldea.

—¿Qué, otro? —Emerson dejó escapar una carcajada. Se fue. Corrí tras él.

—Tiene que escucharme. Mohammed tiene buenas razones para guardarnos... guardarle rencor. Es furtivo y cobarde.

—Entonces sabrá que es mejor no molestarme. Creo —dijo Emerson pensativo—, que vamos a dividir la fuerza de trabajo. Charles parece estar consiguiéndolo, con Feisal para ayudarle puede comenzar en la esquina sureste. Quiero tener una idea de cuánta diversidad hay en el plano...

Se alejó trotando, sin dejar de hablar.

Como había sospechado, Emerson sólo había estado bromeando con el pobre Charlie cuando amenazó con ponerlo a trabajar en la estela fronteriza. El tema no fue mencionado de nuevo. En el momento que nos detuvimos para almorzar, los muros parcialmente descubiertos de una segunda casa habían demostrado la teoría de Emerson, para su satisfacción al menos.

Mi tarea, que era la de tamizar el relleno retirado del lugar, no había sido onerosa, había unos pocos objetos y eran de mala calidad. Sin embargo me alegré de parar, el sol calentaba y había poca sombra. No podía imaginarme cómo soportaba Bertha el calor con esas prendas voluminosas. La había reclutado para ayudar esa mañana, y había sido rápida y competente.

Emerson accedió amablemente a permitir que los trabajadores descansaran durante las horas más calurosas del día. Esta era la costumbre en la mayoría de las excavaciones, pero Emerson siempre se comportaba como si estuviera haciendo una concesión enorme. Ese día no hizo más que murmurar. Después de que los otros encontraran refugio del sol, mantuve mis ojos sobre Emerson. Se había tendido en el suelo, tapándose la cara con el sombrero. Yo ocupaba una de las tiendas, Cyrus otra. Los jóvenes habían ido a la casa que Cyrus había construido. En el caso de Bertha, no sabía dónde estaba, pero estaba segura que el hombre que Cyrus había asignado para vigilarla lo sabía.

Había pasado menos de media hora cuando Emerson se quitó el sombrero de la cara y se sentó. Le dirigió a la tienda donde yo estaba una larga y sospechosa mirada antes de levantarse.

Esperé hasta que se perdió de vista detrás del risco antes de seguirle. Como había sospechado, se dirigía al este, hacia los

acantilados y la entrada al *wadi* real.

La llanura y las paredes llenas de grietas de los acantilados carecían por completo de vida. A esta hora del día, incluso los animales del desierto buscaban sus madrigueras. Los únicos objetos que se movían eran un halcón, dando vueltas en el cielo blanqueado por el sol, y la figura alta y erguida de delante. Mi piel hormigueaba mientras corría tras él. Emerson, deliberadamente, le había dado a Mohammed u otro adversario, precisamente la oportunidad que él quería. Un hombre de ese tipo vigilaría y le seguiría, esperando con paciencia mortal el momento en que podría encontrar a su víctima sola.

Esperé hasta que Emerson casi había llegado a la hendidura en la roca antes de detenerlo. No me atreví a esperar más, había un centenar de escondites en las rocas caídas en su base, miles entre los estrechos muros del *wadi*. Él me oyó, se dio la vuelta y un comentario explosivo flotó a mis oídos. Sin embargo, esperó a que me uniera a él.

—Tendría que haberlo previsto —comentó, mientras jadeante y sudorosa me acercaba a él—. ¿No puede un hombre dar un paseo tranquilo sin que usted lo siga como un sabueso sobre la pista? Vuélvase de una vez.

—¿Tranquilo paseo? —jadeé—. ¿Cree que me dejé engañar por todas esas tonterías sobre la tumba de Nefertiti? Supongo que piensa que puede ordenarnos que continuemos la excavación de este pueblo miserable, mientras finge trabajar en el *wadi* real. No tiene intención de perder el tiempo allí, la propuesta es sólo un engaño, un señuelo, más bien, para que un enemigo lo suficientemente estúpido crea en sus fanfarronadas de tumbas secretas, ¡con usted como el cebo en la trampa!

—Está mezclando sus metáforas —dijo Emerson con crítica. Su tono era suave, pero yo conocía esa suave voz ronroneante y había un brillo en sus ojos que había visto antes, pero nunca dirigido a mí —. Ahora dése la vuelta y regrese, SEÑORITA Peabody, o agáchese aquí, en la roca, hasta que yo vuelva, o la pondré sobre mi hombro y la llevaré de vuelta con su amigo Vandergelt, quien se asegurará de que no vagabundee de nuevo.

Dio un paso hacia mí. Yo di un paso atrás. No quise hacerlo.

—Cyrus no haría eso —dije.

—Yo creo que lo haría.

Yo también pensaba que lo haría. Y no había ninguna duda en mi mente de que Emerson haría lo que había amenazado con hacer.

La idea tenía un cierto atractivo, pero la dejé de lado. No podía detener a Emerson, a menos que le disparara en la pierna (una idea que tenía su propio tipo de atracción, pero que podría resultar contraproducente a largo plazo). Si iba a vigilarle y protegerlo, la astucia y el ingenio eran mis únicas armas. Procedí a emplearlas, dejándome caer sobre la roca que había indicado y parpadeando los ojos con furia, como si estuviera tratando de contener mis lágrimas.

—Esperaré aquí —dije, lloriqueando.

—Oh —dijo Emerson—. Bien, entonces. Vea que lo hace. —Después de un momento añadió con brusquedad—: No tardaré mucho.

Como creo que ya he mencionado, el *wadi* da un giro hacia el este, casi inmediatamente, y un espolón de roca corta la vista de la llanura al explorador. Emerson la rodeó. Yo esperé, vigilando el lugar por encima del pañuelo que había alzado hasta mis ojos. Después de un corto período de tiempo la cabeza de Emerson apareció y entornó los ojos mirándome. Bajé la cabeza para ocultar mi sonrisa y apreté el pañuelo contra mis labios.

La cabeza desapareció, y oí el crujido de las rocas debajo de sus pies mientras se alejaba. Tan pronto como el sonido se desvaneció le seguí.

Mi corazón latía con desenfreno mientras me apresuraba detrás de él, zigzagueando entre las rocas que cubrían el suelo del cañón. La dificultad ahora no era el ocultamiento, sino la falta de una clara línea de visión, las vueltas y revueltas del camino, los escombros amontonados, sólo me daba destellos intermitentes de la forma de Emerson a medida que avanzaba. Fue pura suerte, o la bendición de la Providencia, como prefiero creer, que una de tales visiones me mostró lo que había temido ver.

El hombre salió de detrás de una pila de rocas que Emerson acababa de pasar. Silencioso con los pies descalzos, su blanca ropa sucia era casi invisible contra la pálida piedra caliza de las paredes rocosas, se lanzó hacia la espalda de Emerson. La luz del sol destelló ciegamente desde el cuchillo en su mano.

—Emerson —grité—. ¡Detrás de ti!

Los ecos resonaron de acantilado en acantilado. Emerson se dio la vuelta. El brazo en alto de Mohammed bajó. El cuchillo encontró un objetivo, Emerson se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la cara. Sin embargo se mantuvo en pie y Mohammed con el brazo levantado para golpear de nuevo, le rodeó con cautela. No era lo suficientemente tonto como para acercarse a Emerson, desarmado y herido como estaba.

Ni que decir tiene que yo había seguido avanzando tan rápido como me fue posible. Por supuesto, llevaba mi sombrilla. No fue necesario más de un segundo o dos para darme cuenta que no era el arma que deseaba. Nunca podría llegar a tiempo para evitar otro golpe. Metiendo la sombrilla bajo el brazo, saqué el revólver del bolsillo, apunté y disparé.

Para cuando me acerqué a Emerson, Mohammed ya se había ido. Emerson todavía estaba de pie, apoyado contra un saliente. Se presionaba la mejilla con el brazo. Ya que nunca tiene un pañuelo, deduje que había sustituido ese artículo útil por la manga de su camisa, en un intento de restañar la sangre que estaba convirtiendo el lado izquierdo de su barba en una masa pegajosa y le goteaba por la pechera.

Entre la agitación, la velocidad extrema de locomoción y el alivio, yo estaba jadeando demasiado para articular bien. Para mi sorpresa, Emerson esperaba que yo hablara primero. Por encima de la manga indescriptible sus ojos me miraban con curiosidad.

—Otra camisa arruinada —jadeé.

Los intensos orbes azules se velaron, momentáneamente, al bajar los párpados. Después de un momento Emerson murmuró:

—Por no hablar de mi cara. ¿A qué le disparaba?

—A Mohammed, por supuesto.

—Falló por unos buenos seis metros.

—El disparó logró el efecto deseado.

—Escapó.

—Me molesta la crítica implícita. Siéntese, hombre terco, antes de que se caiga, y aparte la sucia manga de su cara para que pueda evaluar los daños.

No era tan malo como me temía, pero era lo suficientemente malo. El corte corría del pómulo a la mandíbula y todavía sangraba. Mi pañuelo, obviamente, era insuficiente para la tarea en cuestión.

Me desabroché la chaqueta.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Emerson, la alarma superando su debilidad momentánea mientras yo lanzaba la prenda a un lado y comenzaba a desabrocharme la blusa.

—Preparar vendajes, obviamente —contesté, quitándome la blusa. Emerson se apresuró a cerrar los ojos, pero creo que miraba a través de sus pestañas.

Era una herida condenadamente difícil de vendar. Cuando acabé se parecía más a una momia a medio terminar, pero el flujo de sangre casi se había detenido.

—Por lo menos ahora estará equilibrado —dije, cogiendo mi chaqueta—. Esta va a coincidir con la cicatriz de la otra mejilla.

Emerson me miraba entre los párpados entrecerrados.

—Tendrá que ser cosida inmediatamente —continué—, y desinfectada a fondo.

Emerson se incorporó de golpe y me fulminó con la mirada. Trató de decir algo, pero las vendas que tenía alrededor de su boca hicieron difícil que articulara. Sin embargo, entendí la palabra.

—Me temo que no tengo otra opción, Emerson. Es necesario rasurar el cuero cabelludo antes de tratar una herida en la cabeza, ya lo sabe, lo mismo es cierto para una herida en la cara. Pero alégrese, sólo tendré que afeitar la mitad.

Capítulo 10

"Cuanto peor es un hombre, más profundo duerme, porque si tuviera una conciencia, no sería un villano."

En la quietud del mediodía el sonido de los disparos había hecho eco hasta gran distancia, y, como supe más tarde, nuestros amigos ya habían notado nuestra ausencia y habían comenzado a buscarnos. Cuando salimos de la entrada del *wadi*, vi acercarse a Abdullah a una velocidad que nunca hubiera creído fuera capaz de alcanzar. Cuando nos vio se detuvo y nos miró fijamente, luego se agachó en el suelo, cubriéndose la cabeza con sus brazos. Permaneció en esa posición, inmóvil como una estatua, hasta que nos acercamos a él.

—He fallado —dijo con una voz sepulcral por debajo de los pliegues de tela—. Voy a volver a Aziyeh y tomar el sol con los otros viejos seniles.

—Levántate, viejo estúpido melodramático —gruñó Emerson—. ¿Cómo has fallado? Yo no te he contratado como niñera.

Esa es la idea de Emerson de tranquilizar afectuosamente. Continuó, sin esperar respuesta. Los otros estaban a la vista ahora, dirigidos por Cyrus, por lo que le permití avanzar sin mí. Poco a poco Abdullah se levantó. Saborea el drama, como la mayoría de los egipcios, pero vi que su rostro digno estaba pálido con la conmoción y los remordimientos.

- *Sitt Hakim* —comenzó.

—Ya basta, amigo mío. Alá mismo no podría detener a Emerson cuando está decidido a hacer algo estúpido. Él te debe la vida. Yo lo sé, al igual que él, es sólo que tiene una forma poco convencional de expresar la gratitud y el afecto que siente por ti.

La cara de Abdullah se iluminó. Encontrando el vocabulario sonoro y digno del árabe clásico inadecuado para mis sentimientos,

añadí en inglés:

—Sólo tendrás que vigilarlo más de cerca, eso es todo. Maldito hombre, hay veces que es más problemático que Ramsés.

* * *

Afortunadamente Emerson se sentía bastante débil, por lo que sólo se requirieron diez minutos de concentración gritando para persuadirlo de que volviera a la *dahabbiya*, aunque no lo hizo hasta después de haberles dado a Renè y a Charles un sermón sobre cómo proceder con la excavación e insistir que Abdullah se quedara con ellos para supervisar. No se apoyó en Cyrus o en mí, pero cuando Bertha se le acercó, con cualquier emoción que pudiera haber sentido efectivamente oculta por el velo, aceptó el brazo que ella le ofreció.

Con silenciosa eficiencia me ayudó en mis tareas médicas hasta que empecé a coser la herida. Fortalecido por el brandy y su terquedad, Emerson no pronunció ni un sonido durante este proceso, que a mí tampoco me gusta demasiado. Cuando terminé, vi a la niña acurrucada en un rincón, de espaldas a mí.

—Es extraño cómo algunas personas son aprensivas acerca de las agujas —dije pensativa, cortando trocitos de esparadrapo.

—Sí, ¿verdad? —respondió Cyrus, girándose—. ¿Por qué no me deja terminar eso, Amelia? No puede haber sido una experiencia agradable para usted.

—Ja —dijo Emerson, aún en posición supina.

—Sólo será un momento —contesté—. Ve cómo es imposible que hubiera podido aplicar esparadrapo en todos esos bigotes.

Emerson declaró inmediatamente su intención de volver a trabajar. Tras un breve debate bastante ruidoso, finalmente accedió a descansar durante el resto del día con la condición de que le dejáramos estrictamente solo. Cerré la puerta, como él había pedido y luego, por fin, permití que un suspiro escapara de mis labios.

—Mi pobre niña —dijo Cyrus con suavidad—. Cuán valerosamente ha realizado el penoso deber.

—Oh, estoy muy acostumbrada a coser a Emerson. Sin embargo, Cyrus, ¡estuvo tan cerca! No podemos seguir así, defendiéndonos de un ataque tras otro. Un buen ataque es la mejor defensa. ¡Tenemos que ser los agresores!

Cyrus se tironeó de la perilla.

—Temía que fuera a decir eso. Es usted tan mala como él, Amelia. Esta es la segunda vez que se escapa a hurtadillas y me conduce al borde de la insuficiencia cardíaca. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo por protegerla...

—Soy consciente de eso, Cyrus, y aprecio su preocupación, aunque si se me permite decirlo, el papel de mujercita necesitada de protección masculina no va conmigo.

Fue el turno de Cyrus de suspirar.

—Está bien. Sólo hágame el favor de dejarme saber sus planes, ¿de acuerdo? ¿Qué propone hacer ahora?

—Voy al pueblo.

—Entonces voy con usted.

Tuvimos una agradable conversación con el alcalde. Él alzó las manos con horror cuando le conté lo que había ocurrido, invocando a todos los santos del calendario musulmán, empezando por el propio Profeta, protestó su inocencia y la del pueblo en su conjunto. Yo le aseguré que nosotros nunca, como algunas autoridades tiránicas habían sido conocidas por hacer, castigaríamos a toda una comunidad por las fechorías de un hombre. Entonces procedí a hacerle una oferta que no pudo rechazar.

Estábamos subiendo por la orilla hacia la pasarela cuando Cyrus recuperó la voz.

—¿Vivo o muerto? Una recompensa es una idea intimidante, Amelia, pero tenía que decir...

—Eso fue sólo retórica árabe —lo tranquilicé—. Me pareció que sonaba más contundente.

—Seguro que sí. "Su cabeza en una canasta" impresiona bastante.

—He dejado claro que lo prefiero vivo. Pero voy a aceptar lo que pueda conseguir.

Sacudiendo la cabeza, Cyrus fue a su habitación y yo miré en la de Emerson. Estaba profundamente dormido, lo que yo esperaba, porque había deslizado un poco de láudano en su botella de agua. Con mi mente tranquilizada en ese punto, me dirigí a mi habitación, no para descansar como le había prometido a Cyrus, sino para considerar mi próximo movimiento.

Ya había elaborado mi estrategia para cuando los trabajadores, cansados, regresaron de la excavación. La parte más difícil fue

decidir en quién depositar mi confianza y en qué medida. No contaba con ninguna clase de cooperación por parte de Emerson, pero esperaba, de una u otra forma, inducirlo a hablar sobre sus intenciones con respecto a la excavación. Temía que Cyrus no hubiera abandonado del todo su idea absurda pero encantadora de protegerme, así que tendría que encontrar la forma de eludir sus atenciones hasta que me conviniera aceptarlas. A veces los hombres son terriblemente molestos, cuánto más simple sería la vida si las mujeres no tuvieran que tener en cuenta sus pequeñas peculiaridades.

Más simple, pero no tan interesante. La visión de mi ahora imberbe esposo, frunciéndome el ceño a través de la mesa del comedor, provocó que una emoción recorriera mis piernas y me recordó que ningún esfuerzo era demasiado grande para preservarlo del peligro. Muy a mi pesar me había visto obligada a cubrir el hoyuelo de la barbilla de Emerson, él lo detesta y yo lo adoro, con tiras de esparadrapo que también le desfiguraban el puente de su nariz y su labio superior. Sin embargo la fuerte mandíbula estaba por fin expuesta, el magnífico modelo de una de sus mejillas era por lo menos visible a mi cariñosa mirada.

Estaba a punto de felicitarlo por la mejora en su apariencia cuando Cyrus entró pidiendo disculpas por su tardanza y pareciendo algo tímido. Se me cayó la servilleta.

—¡Cyrus! ¡Se ha afeitado la perilla!

—Un gesto de simpatía —dijo el estadounidense, mirando a Emerson.

—Malgastado —dijo Emerson—. Debería haberse pegado a sus armas, Vandergelt, como dicen los americanos. Se ve ridículo.

—En absoluto —contesté, teniendo en cuenta el efecto—. Lo apruebo, Cyrus. Tiene una bonita y bien formada barbilla. De hecho, parece diez años más joven.

Emerson inmediatamente cambió de tema, exigiéndole a Renè un informe del trabajo de la tarde.

—Tenía razón, profesor —dijo René—. La segunda estructura parece ser exactamente del mismo tamaño que la de al lado, cinco metros de ancho por diez de profundidad. Los planos son idénticos, cuatro habitaciones en total. En una habitación, donde encontramos un parche de yeso ennegrecido por el humo, parte del techo se

había caído. Era de esteras cubiertas de barro.

—El tejado, no el techo —espetó Emerson—. Las casas tenían un solo piso. Las escaleras conducían al tejado, que estaba abierto para usarlo como salón adicional y espacio de almacenaje. Charles, ¿qué hay de la otra casa?

Una vez más las conjeturas de Emerson habían sido precisas. La estructura era más grande y más compleja en el plano que las casas más pequeñas, la muralla constituía sus lados sur y este. Tras un nuevo debate. Emerson anunció:

—No puede haber ninguna duda al respecto. La casa más grande es la de un supervisor u oficial. Lo que tenemos es un pueblo obrero rodeado por una pared exterior, y ocupado con una periodicidad que indica que fue diseñado y construido como una unidad en vez de crecer sin orden ni concierto, como las ciudades ordinarias. Petrie encontró un acontecimiento similar en Lahun, y como le dije, debió haber sido ocupado por los hombres que construyeron y mantuvieron la pirámide cercana.

Tomando en cuenta cómo curvó el labio a Cyrus, un gesto cuyo efecto se vio mitigado en parte por las tiras de esparadrapo que enmarcaban esa parte de su rostro, añadió:

—Ve, Vandergelt, Akhenatón no era tan tonto después de todo. Nuestro pueblo estaba habitado por los obreros que decoraban las tumbas y por los guardias de la necrópolis, y la ubicación no podría haber sido mejor, a medio camino entre los dos grupos de tumbas de los nobles y no muy lejos de la entrada al *wadi* donde ha sido localizado el sepulcro de Akhenatón.

Esta declaración dogmática (que más tarde las excavaciones probaron ser del todo correcta), provocó no una contradicción, pero tampoco el entusiasmo inspirador en los oyentes. Cyrus expresó la reacción general cuando comentó:

—Caray, Emerson, no vamos a encontrar nada interesante en un pueblo de pobres trabajadores. Espero que no quiera excavar el lugar. Haría falta todo el invierno.

—La típica opinión de un aficionado —replicó Emerson con su tacto habitual—. No sabemos casi nada sobre la antigua arquitectura doméstica de Egipto, y mucho menos acerca de cómo vivía la gente común. Históricamente un descubrimiento de esta naturaleza es mucho más importante que una tumba saqueada, de

las cuales ya tenemos demasiados ejemplos.

—Estoy totalmente de acuerdo —añadí—. Una vez comenzado, tenemos que hacer el trabajo correctamente, y escribir una publicación definitiva que incluya una comparación de nuestro pueblo con el que está en Lahun.

Sabía que Emerson no tenía ninguna intención de hacerlo, sino que iba a seguir discutiendo mientras Cyrus difiriera con él. En lugar de encontrarse de acuerdo conmigo, se vio obligado a dar marcha atrás.

—Nunca tuve la intención de excavar la aldea para otra cosa que no fuera un trabajo preliminar —respondió con el ceño fruncido—. Tan pronto como la casa del capataz haya sido limpiada y registrada correctamente, nos trasladaremos a otro lugar.

Charles se encogió visiblemente. Le di una sonrisa tranquilizadora.

—¿La estela fronteriza? —pregunté—. Ese debe ser sin duda nuestro próximo proyecto.

—Oh, eso cree, ¿verdad? —Emerson me fulminó con la mirada —. La estela fronteriza puede esperar. Tengo la intención de trabajar junto al *wadi* real.

Obviamente esperaba que protestara y así lo hice. Los hombres son tan fáciles de manipular, los pobres. Cuando me di por vencida, con mala gana, Emerson pensó que había ganado la discusión, mientras que yo sabía que había ganado la mía. A dónde él fuera, nosotros iríamos... todos. Hay seguridad en el número, un dicho trillado, pero como la mayoría de dichos trillados, es verdad.

Después de la cena Charles y Renè pidieron permiso para ir al pueblo. Disponía de un café de algún tipo, donde los hombres pasaban la noche charlando y holgazaneando, explicó Charles con encantadora franqueza. Renè y él esperaban mejorar su dominio de la lengua y fortalecer las relaciones de amistad con los aldeanos. Les di una breve charla maternal sobre los peligros de la excesiva familiaridad con un determinado sector de la población. Les avergonzó mucho, pero me habría sentido negligente en cumplir con mi deber si no lo hubiera hecho.

Cyrus y yo nos retiramos a la sala para un consejo de guerra. Invité a Emerson a unirse a nosotros, pero se negó y se fue enojado a su habitación, que era lo que yo me había propuesto. Había

perdido una cantidad considerable de sangre y necesitaba descansar. Además, yo quería hablar de ciertos temas con Cyrus en privado.

—He decidido confiar plenamente en usted, Cyrus —comencé—. Espero que considere que no me he visto disuadida por falta de fe en su discreción o en su amistad. He hecho un juramento de secreto que no puedo y no romperé, pero los hechos que voy a compartir con usted, sospecho que no le dirán nada que no haya deducido ya.

Con la misma gravedad él me respondió:

—Vamos a poner su conciencia en reposo, Amelia, contándole lo que ya sé. Supongo que tampoco soy el único que lo ha descubierto. Los que estaban familiarizados con Willie Forth sabían de su civilización perdida. Cielos, el problema era evitar que nos aburriera mortalmente hablando sobre ello. Entonces, usted y Emerson regresaron de Nubia la primavera pasada con una joven a la que presentaron como la hija de Willy. Por sí mismo eso no significa nada, ella podría haber crecido entre los pobres misioneros inofensivos, como usted afirmó. Pero cuando un personaje se toma la molestia de secuestrar a Emerson y hace referencia a un viaje reciente que hicieron, da la impresión de que no está buscando en dirección a la misión de los baptistas. Añada a eso su deseo de cogerlos a usted, al joven Ramsés y la niña, y un operador astuto como Cyrus Vandergelt no puede evitar llegar a la conclusión de que quizá el pobre y loco Willie Forth no estaba tan loco, después de todo.

—Expresado con su habitual perspicacia, Cyrus —exclamé—. Sería falso y desleal por mi parte negar el hecho en sí, aunque no le puedo dar más detalles.

—Increíble —murmuró Cyrus. Había un brillo lejano en sus ojos —. Pensé que debía ser verdad, pero oírselo decir... Y el lugar es todo lo que afirmaba Willie que era, ¿un tesoro de antigüedades y adornos de oro?

—Tiene suficiente, al menos, para que el saqueo valga la pena. Es por ello que Emerson y yo juramos no traicionar nunca su ubicación.

—Sí, por supuesto —dijo Cyrus distraído.

—Conocemos la identidad del hombre responsable de nuestras actuales dificultades y tengo alguna idea de cómo obtuvo la

información que provocó su ataque. Pero sospecho que no trabaja solo. De hecho, sé que no, debe haber reclutado a Mohammed, el hombre que asaltó a Emerson hoy, ya que sin duda es demasiada coincidencia asumir que este incidente no tiene relación con los demás. Mohammed ha estado ausente de la aldea durante años, y si leo correctamente su carácter, no es el tipo de hombre que se arriesgue a sufrir heridas o ir a prisión por causa de una vieja queja.

Cyrus se acarició el mentón reflexivamente.

—Emerson tiene muchos enemigos.

—Cierto. —Saqué una hoja de papel de la cartera que había traído conmigo—. He hecho una breve lista esta tarde.

Cyrus abrió la boca.

—Uno, dos, tres... ¿Doce personas que tienen sed de la sangre de Emerson? Ha sido una abejita ocupada, ¿verdad?

—La lista no puede estar completa —admití—. Emerson fue una abejita ocupada incluso antes de conocerlo, nuevos candidatos siguen apareciendo. Estos son los individuos de los cuales tengo conocimiento personal. Oh, espere, olvidé al señor Vincey. Eso hace trece.

—Espero que no sea supersticiosa —murmuró Cyrus.

—¿Yo? —Reí ligeramente—. El número no tiene sentido en cualquier caso, hay una fuerte probabilidad de que varias de estas personas estén muertas o encarceladas. Alberto... —Escribí un signo de interrogación detrás de su nombre—, Alberto sin duda está en la cárcel. Solía dejarme caer por ahí para hacerle una visita cuando pasaba por El Cairo, pero he dejado de hacerlo en los últimos años. Habib... recuerda a Habib...

—Oh, sí. Trató de matar a mi viejo amigo una vez.

—No parecía estar en buen estado de salud, y eso fue hace algunos años. Es posible que haya muerto. Sin embargo, es imperativo que tratemos de descubrir el paradero de estas personas. Si han sido recientemente liberadas de prisión, o si han desaparecido de repente de sus lugares habituales...

—No hará ningún daño preguntar —respondió Cyrus. Era obvio que estaba convencido de mi razonamiento, el cual, lo reconozco, se basaba en evidencias algo tenues. He encontrado que mis instintos hacia el comportamiento criminal son una guía más confiable que la lógica, pero sentí que discutirlo no añadiría más con Cyrus de lo

que lo haría con Emerson, aunque Cyrus habría expresado sus reservas más diplomáticamente.

Frunciendo el ceño, Cyrus pasó el dedo por la lista. No se detuvo en el nombre concreto que temí pudiera despertar recuerdos dolorosos, y por supuesto yo fui demasiado discreta para señalarlo.

—Reginald Forthright —leyó Cyrus—. Es el sobrino del viejo Willie, ¿el que mencionaron los artículos periodísticos? ¿Sacrificó su vida joven y valiente en la búsqueda de su tío? Pensé que estaba muerto.

—Desapareció en el desierto —corregí—. Sin embargo, considero que es poco probable que esté involucrado. Por un lado, él sabe... Pero no diré nada más. Por otra parte, Tarek hubiera... creo que he dicho todo lo que debía decir.

—Sus conocidos tienen nombres inusuales —murmuró Cyrus—. Charity Jones, Ahmed el piojo... ¿Sethos? Creí que estaba muerto.

—Está bromeando —dije, sonriendo con admiración—. El nombre no hace referencia al faraón del mismo nombre, que de hecho lleva muerto miles de años. ¿Nunca ha oído ese nombre en un contexto moderno, Cyrus? Tal vez lo conoce por su sobrenombre de "el Maestro del crimen".

—No puedo decirlo —dijo Cyrus, arqueando las cejas—. Suena más como un personaje de una novela barata. Pero, espere un minuto. Oí ese nombre una vez a Jacques de Morgan, el ex director de Antigüedades. Había bebido bastante esa noche, también afirmó que el hijo de usted había sido poseído por un *afreet*, así que cuando comenzó a balbucear sobre maestros del crimen dejé de escuchar.

—Sethos no es un *afreet*, a pesar de que comparte algunas de sus características —dije—. Durante años ha controlado el mercado ilegal de antigüedades en Egipto. Conocido sólo por su *nom de guerre*, es un maestro del disfraz cuyo verdadero rostro nadie ha visto, un verdadero genio de la delincuencia...

—Oh, de verdad —contestó Cyrus.

—Sí, de verdad. Es, sin duda, el más temible de nuestros viejos adversarios y la lógica lo considera el sospechoso más probable. Está bien versado en egiptología. Manda una organización criminal. Su inteligencia es superior y poética, la búsqueda del oasis perdido es precisamente el tipo de cosa que podría disparar su imaginación. Y tiene un particular rencor hacia mi marido.

—No sólo el sospechoso más probable —dijo Cyrus lentamente —, sino por delante del resto por más de diez estadios.

—Espero que no, nuestra oportunidad de encontrarlo es casi nula. Los otros pueden ser rastreados, pero Sethos no. Además...

—¿Sí?

—Es irrelevante —murmuré—. Por lo menos Emerson diría que lo es, y tal vez tendría razón. No quiero que Emerson vea esta lista, Cyrus.

—No importa mucho, si no recuerda a ninguno de ellos. Es sólo entre usted y yo, Amelia. —La cara de Cyrus reflejaba su alegría por ser capaz de ayudarme—. Vamos a hacer que las autoridades rastreen a estas damas y caballeros. Más vale ir directamente a lo alto, si me entrega una copia de la lista telegrafiaré al cónsul general británico, Sir Evelyn Baring, a quien conozco un poco. Él es el hombre más poderoso de Egipto, y...

—Le conozco bien, Cyrus. Era amigo de mi padre y siempre ha sido de lo más complaciente. Ya le he escrito una carta, ese modo de comunicación me pareció mejor, ya que la situación es lo suficientemente compleja como para requerir una explicación. Selim o Alí puede coger el tren de mañana y entregar la carta en mano.

—Como de costumbre, tiene razón en lo que se refiere a lo principal, querida. Pero espero que no se oponga si hago algunas averiguaciones por mi cuenta.

—Es muy amable por su parte.

—Para eso está un amigo —declaró Cyrus.

Acepté su invitación de dar una vuelta por cubierta. La noche era tranquila y pacífica, las estrellas brillantes de Egipto resplandecían por encima de nuestras cabezas. Sin embargo, aunque me esforcé por abrir los sentidos a una escena que nunca había fallado antes en inspirarme y calmarme, aunque los pasos de mi compañero se emparejaron a los míos y su silencio comprensivo respondía a mi estado de ánimo, el intento fue un fracaso. ¿Cómo iba a perderme en la magia de la noche, cuando otro que no era Emerson caminaba a mi lado? No pasó mucho tiempo antes de que declarara mi intención de retirarme y le di las buenas noches a Cyrus con afecto.

De camino a mi habitación me detuve en la puerta de Emerson,

pensando que podría necesitar algún medicamento para ayudarlo a dormir. Al parecer no era así. No hubo respuesta a mi llamada.

Dudé, maldiciendo las extrañas circunstancias que me impedían seguir los dictados del deber y el afecto. Tenía miedo de aventurarme dentro sin su permiso, sin embargo no podía marcharme sin asegurarme de que no se hubiera desmayado o sufriera dolores que su fortaleza no le permitía expresar.

El espionaje es un acto despreciable al que nunca me rebajaría.

De alguna manera, los flecos de mi chal se engancharon en la bisagra de la puerta. El fleco era muy largo y sedoso, y me llevó algún tiempo desenredarlo sin romper los hilos. A medida que trabajaba en ello escuchaba los sonidos de los ronquidos o los gemidos. Sólo había silencio.

Algo empujó contra mi rodilla. Se me escapó un grito mudo de sorpresa y me giré para ver al gato Anubis sentado en mi falda, dándome golpecitos con la cabeza. Junto al gato había un par de pies calzados con las zapatillas nativas de punta curvada. Sin embargo, no eran los pies de un egipcio. Yo conocía esos miembros, como conocía cada palmo de esa anatomía particular.

Emerson se alzaba sobre mí con los brazos cruzados y las cejas arqueadas. Iba vestido con una floja túnica egipcia.

—¿Dónde ha estado? —Grité, la sorpresa superó mi conciencia del hecho de que esta cuestión sólo provocaría una respuesta sarcástica y poco informativa.

—Fuera —dijo Emerson—. Ahora me propongo entrar, si puedo sugerirle que salga de mi camino.

—Por supuesto —dije, dando un paso atrás.

—Buenas noches —respondió Emerson, abriendo la puerta.

Había entrado, precedido por el gato y cerrado la puerta de un golpe antes de que yo pudiera responder, pero no antes de haber observado que el vendaje, que le había cubierto la mitad de su cara, se había visto reducido a un parche de sólo siete centímetros cuadrados. Era muy pulcro así que supe que no lo había hecho él. La persona responsable debía tener los dedos delgados y hábiles.

Nuestro mensajero partió antes del amanecer para coger el tren a El Cairo. Cyrus había sugerido enviar a uno de sus hombres en lugar de a Selim, y me alegré de aceptar la oferta. Iba a necesitar a todos los hombres leales a partir de ahora si Emerson llevaba a cabo

su plan de trabajo en el *wadi*.

Cuando nos reunimos para desayunar, estudié a mis compañeros con el interés de un general pasando revista a sus fuerzas. Los rostros de Charles y Renè suscitaron algunas inquietudes, la combinación de ojos hundidos y sonrisas débiles es altamente sospechosa. Sin embargo, la capacidad de recuperación de los jóvenes es grande y no me cupo duda que responderían a mis órdenes con firmeza y prontitud.

Aún no me había acostumbrado a ver a Cyrus sin barba pero aprobaba el cambio, siempre he pensado que una perilla es una forma particularmente ridícula de adorno facial. Como siempre, se veía fresco y alerta.

¿Hace falta remarcar que mis ojos se demoraron en el rostro de Emerson? Me complació observar que esa mañana se había afeitado, esperaba que se dejara crecer la barba de nuevo para molestarme. La parte expuesta y menos profunda de la herida del cuchillo parecía estar sanando bien. Una larga tira de esparadrapo adornaba la curva noble de su nariz, pero la hendidura en su barbilla era visible ante mis ojos llenos de admiración.

Su boca también era visible, cuando se encontró con mi mirada las comisuras se comprimieron en una expresión que despertó mis peores presagios, pero no dijo nada.

Yo no tenía ninguna prueba de que hubiera estado con Bertha. No había preguntado. Prefería no indagar.

Cuando ella se unió a nosotros en la cubierta, observé que había hecho una ligera alteración en su atuendo. Su vestido era del mismo negro discreto, pero el velo ahora sólo le cubría la parte inferior de la cara, y era de una tela vaporosa, casi transparente, a través del cual podían ser vistos los contornos redondeados de sus mejillas y la delicada forma de su nariz. La hinchazón parecía haber desaparecido y aunque los mantuvo modestamente bajados, sus ojos de largas pestañas oscuras eran nítidos.

Algunas autoridades afirman que los encantos medio escondidos son los más seductores. Los encantos velados de Bertha ciertamente parecían tener un efecto poderoso sobre Renè (los caballeros franceses son particularmente susceptibles, de acuerdo con esas mismas autoridades). Sus instintos caballerosos ya habían sido tocados por su triste historia, en varias ocasiones se le había

acercado para ofrecerle el apoyo de su brazo o el consuelo de un saludo amistoso. Mientras subíamos por el camino desde la orilla del río, vi que la había liberado del fardo que llevaba y caminaba a su lado.

Empecé a sentir cierta simpatía por los puntos de vista de Emerson sobre las mujeres en las expediciones arqueológicas. Algo habría que hacer con Bertha. Incluso si era víctima en vez de espía, era muy capaz de afectar a las cabezas de los dos jóvenes, poniéndolos a uno contra el otro, y disminuir su eficiencia.

Al salir de los campos de cultivo y dirigirnos al desierto, vi el humo que presagiaba la llegada de un barco de vapor. No todos se detenían en Amarna, pero al parecer éste estaba a punto de hacerlo.

—Maldita sea —dije a Cyrus, que estaba a mi lado—. El temperamento de Emerson no está en su mejor momento y los turistas tienen un efecto negativo sobre él. Espero que los de este lote nos dejen en paz.

—Se detienen aquí sólo lo suficiente para ver el pavimento que el señor Petrie encontró —me aseguró Cyrus.

—Es tan del estilo de Petrie dejar la pintura al descubierto y expuesta a los turistas y otros vándalos —dije críticamente—. Después de que se destruyera esa hermosa sección de pavimento, tomamos la decisión de cubrirlas o quitar los trozos que encontráramos. Ese es el único modo apropiado de proceder.

Cyrus, por supuesto, estuvo de acuerdo conmigo.

Estuve pendiente del vapor, cuya ubicación era fácil de percibir por el humo de sus chimeneas. Ninguno de los "malditos turistas" se nos acercó. Después de unas horas la columna constante onduló y se alejó, y me saqué al barco de la mente. No había imaginado que Kevin fuera a ser uno de los pasajeros, él vendría en el transporte más rápido, probablemente el tren. Pero Vincey, el tortuoso y diabólico adversario que era, podría hacer uso de un medio de transporte poco probable, simplemente porque era poco probable.

Emerson había puesto a todo el equipo a trabajar en la casa del capataz, dejándome a mí y a Alí para terminar de limpiar los últimos escombros de la segunda de las más pequeñas. Era ahí donde había más probabilidades de encontrar objetos pequeños, y el trabajo tenía que ser lento y delicado. Algunos de los objetos, especialmente los de cristal de fayenza, eran extremadamente

frágiles, otros, como los collares de cuentas, todavía mostraban el patrón original a pesar de que la cuerda se había podrido. Era una demostración de su creciente confianza en mi habilidad para esta meticulosa tarea que Emerson me la hubiera asignado y creo que puedo decir, sin modestia excesiva, que su confianza era merecida.

Los muros que rodeaban la habitación en la que estaba trabajando habían sobrevivido hasta una altura de un metro o más, así que no podía ver lo que estaba pasando en la esquina suroeste del sitio. Sin embargo, podía oír. La mayoría de los comentarios provenían de Emerson, y la mayoría eran profanos, y muchos dirigidos contra Abdullah. Nuestro devoto *reis* estaba pegado a Emerson como una sombra, y Emerson, que suele moverse abruptamente, chocaba contra él.

Abdullah fue el primero en ver a los hombres que se acercaban. Su grito de "*¡Sitt Hakim!*" hizo que me pusiera inmediatamente de pie y sus gestos dirigieron mis ojos hacia las formas que habían provocado la alarma.

Eran dos, ambos con ropa europea. El más bajo y corpulento se había quedado atrás, ya que su compañero avanzaba a grandes zancadas. Un casco de explorador le cubría el cabello y sombreaba su rostro, pero había algo en ese cuerpo alto y erguido que hizo que mis sentidos temblaran alarmados. Trepando por la pared, corrí para interceptar a Abdullah, que había comenzado a acercarse a los recién llegados con un largo cuchillo en la mano.

—Espera —le dije, agarrándole para enfatizar el orden—. Y mantén la calma. Sólo son dos, y no se acercarían de forma tan abierta si...

Un grito de Abdullah y un movimiento brusco, no de uno de los hombres de delante, sino detrás de mí, me hizo callar. Abdullah luchó por liberar su brazo.

—Déjeme matarle, *Sitt* —jadeó—. Es un demonio, un *afreet*, como le dije. Ve, va a saludar a su amo.

El gato había saltado de la pared donde había estado durmiendo bajo el sol. El hombre se agachó para saludarlo ya que había corrido hacia él. El gato golpeó la cabeza contra su mano, pero cuando el hombre quiso cogerlo evitó la mano y se sentó a unos metros de distancia.

Alcancé mi pistola.

—Quédate inmóvil, Abdullah —ordené—. Un avance impetuoso podría ponerte en la línea de fuego.

—Excelente consejo —dijo una voz detrás de mí—. Aunque el único lugar seguro es en el suelo detrás de una gran roca. Baje el arma, Peabody, antes de que dispare a alguien.

—Tengo la intención de disparar a alguien, si me da la más mínima excusa para hacerlo. ¿Qué diablos pretende, caminando tranquilamente hasta nosotros de esa manera? Sabe quién es, ¿no?

—Por supuesto —dijo Emerson—. Le ruego que no le dispare hasta que oigamos lo que tiene que decir. Tengo mucha curiosidad.

Cyrus y los otros hombres se habían reunido alrededor.

—Yo también —dijo Cyrus. Su voz fue baja y tranquila, tenía los ojos entrecerrados y la mano en el bolsillo—. Déjele hablar, Amelia. Le estoy apuntando.

—Yo también —le contesté, apuntando al centro del pecho de Vincey. Se había detenido a tres metros, con las manos vacías extendidas.

—Estoy desarmado —dijo en voz baja—. Pueden registrarme si quieren. Sólo permítanme hablar, aclarar los malentendidos bajo los que comprensiblemente trabajan. He sabido de ellos hace solo unos días y he pasado todas las horas desde entonces reuniendo evidencias que demuestren que no soy el hombre que ustedes creen que soy.

—Imposible —exclamé—. Le vi con mis propios ojos.

—No pudo haberme visto. Estaba en Damasco, como le he contado. He traído mi coartada conmigo.

Indicó al segundo hombre, que ahora le había alcanzado. Su cara era redonda y estaba roja, adornada con un magnífico conjunto de bigotes curvados como los cuernos de un búfalo de agua. Quitándose el casco, se dobló por la cintura en una rígida reverencia formal.

- *Guten Morgen, meine Freunde.* Saludarles al fin es un placer. No pude hacerlo en El Cairo, porque estaba en Damasco.

—¡Karl von Bork! —Exclamé—. Pero creí que estaba usted en Berlín, trabajando con el profesor Sethe.

—Así era —dijo Karl, inclinándose de nuevo—. Hasta el verano, cuando un puesto en la expedición a Damasco se me ofreció. Habían encontrado relieves egipcios...

—Sí, ahora lo recuerdo —le interrumpí, ya que Karl, como mi hijo, seguiría hablando hasta que alguien le detuviera—. Alguien, el reverendo Sayce, creo, lo mencionó cuando cenamos con él en El Cairo. ¿Está diciendo que el señor Vincey estaba con usted?

- *Ja, ja, das ist recht*. Con fiebre estuve enfermo y temí no recobrarme pronto. Fue necesario un sustituto para llevar a cabo mi trabajo. El buen Dios me envió la salud antes de lo que esperaba, y cuando el señor Vincey me telegrafió que la policía le había acusado de crímenes terribles me apresuré de inmediato a limpiar su nombre. Había oído, con la sorpresa y angustia que mi lengua no me permite decir, sobre el accidente del Herr profesor, pero nunca supuse que...

—Sí, Karl, gracias —dije—. ¿Entonces la policía ha aceptado su historia? Me pregunto por qué no me han informado.

—Fue ayer cuando me dijeron que ya no estaba bajo sospecha —dijo Vincey—. Nos pusimos en marcha de inmediato hacia Amarna, porque estaba más ansioso por limpiar mi nombre ante usted que ante la policía. —Comenzó a meter la mano en el bolsillo y luego me ofreció una sonrisa burlona—. ¿Si me permite? He traído otras pruebas: billetes de tren, fechados y sellados, un recibo del Hotel Sultana, declaraciones juradas de los demás miembros de la expedición.

—La evidencia de Karl es lo bastante buena para mí —respondí —. Es un viejo amigo al que conocemos desde hace años...

—Humm —dijo Emerson, quien por supuesto no recordaba haber visto nunca antes a Karl.

—De todos modos —continué—. Confío en que Karl no se ofenda si llamo a otro testigo, y si pido a Cyrus que mantenga cubierto... esa es la frase, ¿verdad?, mientras voy en busca de ella.

—Buena idea —dijo Cyrus—. No es que dude de su palabra, von Bork, pero ésta es la historia más estrafalaria que he oído en mi vida. Si no fue Vincey, entonces, ¿quién?

—Todo eso a su debido momento —dije—. Primero... ¿dónde está Berta?

No había ninguna necesidad de buscarla, estaba allí, a pocos metros detrás de nosotros. Renè estaba a su lado, con el brazo rodeando sus hombros delgados.

—No hay nada que temer —le aseguró—. Este villano, esta

escoria, no puede hacerte daño.

—Pero no es él —dijo Bertha.

—Me gustaría golpearle como a... —Renè se quedó boquiabierto —. ¿Qué es lo que ha dicho?

—No es él. —Bertha se movió lentamente hacia delante, fuera del círculo protector de su brazo. Sus ojos oscuros estaban fijos en Vincey—. Son iguales como hijos de la misma madre, pero éste no es el mismo hombre. ¿Quién lo sabe mejor que yo?

—Así que después de todo fue Sethos —dije.

Nos habíamos retirado a la sombra y le había pedido a Selim que preparase té. Con una prueba tan abrumadora para apoyar su afirmación difícilmente parecía justo excluir al señor Vincey de nuestra compañía, pero noté que Cyrus mantenía la mano derecha en el bolsillo y cogía la taza con la izquierda.

—La conclusión nos ha sido impuesta —continué—. ¿Quién sino un maestro del disfraz, como sabemos que es el Maestro del Crimen, podría haber imitado la apariencia del señor Vincey con tanta precisión?

Emerson pidió una explicación de aquello con voz suave y letal. Le di el gusto en términos generales, omitiendo ciertos detalles de nuestros últimos encuentros con Sethos. Cuando hube terminado, Emerson me estudió pensativo antes de hablar.

—Comenzaba a pensar que tenía más materia gris que el resto de miembros de su sexo, Peabody. Sería una pena averiguar que he estado equivocado, pero esta mezcla caótica de tonterías, esta pieza de ficción sensacionalista...

—Existe un hombre así —dijo Vincey. La mirada crítica de Emerson se movió hacia él y el hombre se sonrojó ligeramente—. Cualquiera que se haya visto implicado en el comercio de antigüedades ilegales lo conoce. El incidente desafortunado de mi pasado, el cual lamento amargamente y el cual intento olvidar desde entonces, me puso en contacto con ese tipo de comercio.

- *Ja, ja* —asintió Karl con vigor—. Yo también he escuchado esas historias. Uno se siente inclinado, *natürlich*, a tratarlas como un simple rumor, pero nada menos que un individuo que M. de Morgan...

—¡Disparates! —gritó Emerson, con el rostro enrojecido—. Parece necesario admitir que alguien se aprovechó de la ausencia de

Vincey, pero no quiero escuchar más tonterías sobre maestros criminales. Ustedes, idiotas crédulos, pueden quedarse aquí sentados todo el día y tejer cuentos de hadas si quieren, yo vuelvo al trabajo.

Y se fue, con Abdullah siguiéndole los talones y el gato siguiendo los de Abdullah. Vincey sonrió con pesar.

—Al parecer he perdido la lealtad de Anubis. Los gatos son criaturas implacables, me culpa por abandonarlo, supongo, y no aceptará excusas. Espero, señora Emerson, que sea usted mucho más compasiva. ¿Me cree?

—Ningún individuo razonable podría dudar de sus pruebas —contesté, pasando mi mirada desde la pequeña pila de recibos y declaraciones, que por supuesto había examinado con meticulosidad, a la solemne cara de Karl von Bork.

—Y el malentendido me ha permitido el placer de volver a ver a Karl. ¿Cómo está Mary, Karl? Oímos que ha estado enferma.

—Está mejor, gracias. Pero, *Herr* Professor... ¿Entonces es verdad lo que nos contaron nuestros amigos? No pareció reconocerme.

—Ha sufrido una pérdida temporal de memoria en algunas áreas —admití, ya que hubiese sido una tontería negarlo—. Pero el hecho no es de conocimiento general, y espero que será lo suficientemente discreto para no mencionarlo, especialmente a Walter, si tiene la ocasión de escribirle.

—Nos comunicamos con menos frecuencia de la que me gustaría —dijo Karl—. El señor Walter Emerson es un erudito de profunda inteligencia, en mi propio campo de filología es la estrella más brillante. No sabe que su más distinguido hermano...

—Esperamos una recuperación completa —dije con firmeza—. No hay necesidad de causarle aflicción a Walter. Por mucho que me gustaría charlar con usted, Karl, será mejor que vuelva a mis deberes. ¿Le veré después? Quizás los dos cenarán con nosotros esta tarde en la *dahabiyya* del señor Vandergelt.

Le eché un vistazo a Cyrus para confirmar la invitación. Aún absorto en el problema de beber té con la mano izquierda, asintió con brusquedad.

—Creo que sería mejor que no —dijo Vincey—. Usted es una mujer amable y justa, señora Emerson, pero no puede estar

totalmente cómoda en mi presencia, debo traerle a la mente muchos recuerdos dolorosos. Pasaremos la noche en Minia y nos pondremos mañana en camino. Karl debe volver a la excavación, ya le ha dedicado demasiado de su tiempo a mis asuntos. En cuanto a mí, estoy a su disposición en cualquier momento y para cualquier cosa.

—¿Dónde estará? —pregunté.

—En mi residencia del Cairo, metido en los mismos asuntos que usted. —Su rostro se endureció—. Han manchado mi buen nombre y han puesto en entredicho mi reputación. La mancha permanecerá hasta que el canalla que me difamó sea atrapado y castigado. Mi motivo para perseguirlo no tiene tanto peso como el suyo, pero espero que le consuele saber que estoy empeñado en el mismo objetivo.

Abracé a Karl, lo que le hizo enrojecer y tartamudear, y le estreché la mano al señor Vincey. Cyrus no hizo ninguna de las dos cosas. No sacó la mano del bolsillo hasta que las dos formas se vieron borrosas por la distancia y la arena, que les hizo parecer las imágenes fantasmales de unos hombres. Entonces dijo:

—Supongo que soy un viejo yanqui cabezón, Amelia, pero yo no le ofrecería la espalda tan pronto a ese tal Vincey.

—Usted conoce a Karl desde hace tanto como yo. No dudaría de su palabra más que yo de la de Howard Carter o el señor Newberry.

—Cuanto más honesto es un hombre, más fácil es engañarlo —gruñó Cyrus—. Tan sólo prométame, Amelia, que si Vincey le pide que se encuentre con él en algún callejón oscuro no aceptará la invitación.

—Vaya, Cyrus, sabe que nunca haría algo tan tonto.

Cuando me volví al pequeño anillo de fayenza que había extraído con cuidado de su posición, vi que Anubis estaba estirado a lo largo de la pared. Me había olvidado de él hasta el momento, y evidentemente, lo mismo le había pasado al señor Vincey. Estaba claro que su leal compañero no era tan leal como él había creído. No es que culpase al inteligente animal por preferir la compañía de Emerson y la mía.

Con ayuda de unas brochas y unas diminutas sondas liberé el anillo de la matriz de duro barro que lo sostenía. Emerson se acercó para ver cómo iba y le tendí el anillo, o, para ser exactos, el bisel de un anillo. Estos objetos comunes, hechos de frágil fayenza barata,

normalmente habían perdido la porción de varilla más fina cuando los encontrábamos. A veces llevaban el nombre del faraón reinante y habían sido creados como una señal de lealtad, en otros casos el bisel era ornamentado con la imagen de un dios favorecido por el portador.

—Bes —dije.

—Ajá —dijo Emerson—. Así que la devoción de Akhenatón a un "único dios" no era imitada por todos los ciudadanos de Amarna.

—El atractivo de los pequeños dioses protectores del hogar debía ser difícil de combatir. —Me puse de cuclillas y me masajeé los doloridos hombros—. Lo demuestra la popularidad de ciertos santos en los países católicos. Bes, siendo el patrón del entretenimiento jovial y...eh... la felicidad conyugal...

—Ajá —volvió a decir Emerson—. Está bien, Peabody, no pierda el tiempo. Aún queda un montón enorme de arena por remover.

Anoté el anillo en la hoja de registros y lo coloqué en la caja apropiada, la cual había sido etiquetada con el número asignado a la plaza, la casa, o la habitación particular. Cuando me incliné otra vez para continuar con el trabajo, fui consciente de una extraña sensación de depresión. Debería haberme sentido animada por el uso que había hecho Emerson de la forma cariñosa y amorosa de llamarme, por ejemplo, con mi nombre de soltera, sin un título precedente. Ahora lo estaba usando como había hecho originalmente, con intención sarcástica, pero incluso eso era un paso adelante, pues me otorgaba tácitamente la misma igualdad que le habría dado a un compañero trabajador que hubiese sido hombre.

No era Emerson quien había afectado a mi humor, ni el asombroso descubrimiento de la inocencia del señor Vincey, aunque el saber que ahora teníamos que vérnoslas no con un criminal normal, sino con un enigmático y desconocido genio del crimen que había evitado ser capturado tan a menudo, era ciertamente descorazonador. Lo que más me molestaba era verme obligada a reconocer que me había equivocado al evaluar el carácter de Sethos. Había sido lo suficientemente crédula como para creer en el honor de un desconocido, confiando en su palabra de que nunca más afectaría a mi vida. Obviamente, no se podía confiar en él en esa área más que en alguna otra. No debería haberme sorprendido o

decepcionado. Pero así era.

El hinchado globo solar colgaba bajo sobre el río, velado por la creciente niebla del anochecer, cuando volvimos a la *dahabiyya*. Emerson había dirigido a los hombres sin piedad igual que había hecho consigo mismo, y conmigo había sido mucho más duro. Pasé tanto tiempo rígida y en cuclillas en un trozo tan estrecho que agradecí la oferta del brazo de Cyrus. Renè le había ofrecido el suyo a Bertha, al observar la extraña pareja, el delgado y atildado hombre y el ambulante fardo de telas sin forma a su lado, dije pensativamente:

—Nunca he sido de esas personas que interfieren en las relaciones románticas, Cyrus, pero no apruebo esa relación. Las intenciones de él no pueden ser serias, me refiero en el sentido del matrimonio.

—Espero que no —exclamó Cyrus—. Su madre es un miembro de alguna casa noble francesa, la mujer tendría un ataque si él llevase a casa una flor aplastada como esa.

—Por favor, no se lo mencione a Emerson. Tiene tantos prejuicios contra la aristocracia como contra los amantes jóvenes. Sin embargo, Cyrus, no puedo aprobar una relación inapropiada, no es justo para la chica.

—Supongo que tiene su futuro planeado —dijo Cyrus, las comisuras de la boca le temblaron—. ¿Va a dejarle tener opinión sobre el asunto?

—Su sentido del humor es delicioso, querido Cyrus. No he tenido tiempo para pensar en el asunto con seriedad, primero tendré que asegurarme de qué talentos posee y cuál es la mejor manera de emplearlos. Pero estoy segura de que no le permitiré caer en la vida de degradación y abusos que ha llevado hasta ahora. Un matrimonio honorable o una profesión digna, ¿qué otras opciones hay para una mujer a la que se le da la oportunidad de elegir?

Cyrus se había llevado la mano a la barbilla. Al no encontrar ninguna perilla de la que tirar, tal y como era su costumbre cuando se sentía perplejo o perturbado, se acarició la barbilla.

—Creo que usted es mejor juez que yo —contestó.

—Creo que sí —dije, riendo—. Sé lo que está pensando, Cyrus, soy una mujer casada, no una niña inexperta. Pero está equivocado.

Los hombres siempre creen lo que quieren creer, y una de sus ilusiones menos atractivas tiene que ver con... eh...

Mientras consideraba la mejor forma de expresar aquel delicado asunto (y de verdad, no hay manera de explicarlo con delicadeza), vi la forma de Bertha ataviada con la negra túnica oscilar más cerca de Renè, y su cabeza inclinarse hacia él. Contuve el aliento.

—No se preocupe, querida, entiendo lo que quiere decir —dijo Cyrus con una sonrisa.

Sin embargo, no fue la vergüenza lo que me había hecho perder el rastro de lo que estaba diciendo. Los movimientos sinuosos y oscilantes de la muchacha habían traído un montón de recuerdos olvidados. Había conocido a otra mujer cuyos gestos tenían aquella gracia serpentina. Su nombre era uno de los escritos en la lista que le había enviado a Sir Evelyn Baring.

* * *

El alcalde me estaba esperando cuando Cyrus y yo llegamos a la plaza del pueblo. Su adusta expresión me dijo, antes de que hablase, las noticias que iba a darnos.

—¿Aún no hay señales de Mohammed? —pregunté.

—No ha regresado al pueblo, *Sitt*, y algunos de los hombres buscaron hoy por los acantilados. Hassan ibn Mahmud cree que ha vuelto a escapar.

—Me gustaría hablar con Hassan. —Endulcé la petición con unas pocas monedas, añadiendo—: Habrá lo mismo para Hassan si viene inmediatamente.

Hassan apareció enseguida, nos estaba observado desde detrás de una pared. Admitió con franqueza que era uno de esos a los que Mohammed le había pedido que se unieran a él.

—Pero yo nunca haría algo así, honorable *Sitt* —exclamó, abriendo los ojos tanto como pudo. El efecto no era convincente, como los de muchos egipcios, los párpados de Hassan estaban inflamados por las distintas infecciones, y el resto de sus rasgos no eran precisamente atractivos.

—Me alegra oírlo, Hassan —contesté con tono agradable—. Pues si creyese que pretendías hacerle daño al Padre de las Maldiciones, te arrancaría el alma del cuerpo con magia, y la dejaría gritar en los fuegos de Gehenna. ¿Pero quizás ayer estuviste de acuerdo en ir con Mohammed para prevenirle de llevar a cabo su maligno plan?

—¡ La honorable *Sitt* lee los corazones de los hombres! —exclamó Hassan—. Es tal y como ha dicho la honorable *Sitt*. Pero antes de poder actuar, la *Sitt* apareció, disparando y gritando, y supimos que el Padre de las Maldiciones estaba a salvo. Así que huimos.

Por supuesto, no creí ni una palabra de aquella fantasía y Hassan lo sabía. Sus cobardes aliados habían esperado, ocultos, para ver si Mohammed tenía éxito antes de arriesgar sus preciados escondites, pero si yo no hubiera llegado cuando lo hice habrían caído sobre Emerson como una manada de chacales sobre un león herido. Dominando mi desprecio y rabia, saqué unas pocas monedas más y las hice tintinear con despreocupación en la mano.

—¿Cuál era el plan de Mohammed?

Tuve que escuchar una buena cantidad de protestas de inocencia antes de separar el grano de la paja en las mentiras de Mohammed. Insistió en que el asesinato no era el objetivo de Mohammed, y eso me lo creí. Una vez que la víctima hubiese sido contenida y estuviera indefensa le llevarían a un lugar que conocía Mohammed y lo dejarían ahí. Hassan insistió en que no sabía nada más y esto también lo creí. Él y sus amigos eran tan solo matones de alquiler, para ser usados con un propósito específico y desechados.

—Y ahora —concluyó Hassan con tristeza—, Mohammed ha huido. Una de sus balas le acertó, *Sitt*, pues sangraba cuando corría, y creo que no volverá. Me gustaría que no lo hiciera.

Le aseguré que la recompensa aún estaba en pie, le ofrecí una cantidad menor por cualquier información adicional, y lo envié de vuelta a lo suyo, sin celebraciones, pero con un estado de ánimo mucho más alegre.

El crepúsculo se arrastró por el suelo como una mujer arrastrando un largo velo gris. La luz dorada de las lámparas en las ventanas de las casas parecían flores en toda su plenitud.

—Si no estuviese en compañía de una dama —dijo Cyrus—, escupiría. Tengo un mal sabor en la boca.

Lo cogí del brazo.

—Para ese tipo de aflicción normalmente prescribo whisky y soda. Si me presiona para que me una a usted, Cyrus, no diría que no.

—No ceda al desánimo, querida —Cyrus me dio un apretón en

la mano—. Ha manejado a ese granuja como debía. Si Mohammed no ha dejado el país, sus compinches le seguirán los talones, no creo que debamos seguir preocupándonos por él.

—¿Pero quién será el siguiente?

Habíamos alcanzado la orilla, cálidas y acogedoras luces brillaban desde la *dahabiyya* y el aroma a cordero asado flotó hasta nuestra nariz. Al otro lado del río, los acantilados de la parte oeste estaban coronados con una única y brillante estrella.

Me detuve.

—¿Me consideraría tonta, Cyrus, si le confieso una debilidad que apenas me atrevo a admitir ante mí misma? ¿Puedo confiar en usted? Pues siento la necesidad de desahogarme con alguien que me escuche, que sea sensible a mis sentimientos y no me reproche por ellos.

Con voz áspera por la emoción, Cyrus me aseguró que se sentiría honrado por mi confidencia. La oscuridad, descubrí, me ayudó en mi confesión, la suavidad de la noche y la silenciosa atención de un amigo le prestaron elocuencia mi lengua, le hablé de mi egoísta y despreciable anhelo de volver al pasado.

—¿Puede culparme —le pregunté con pasión—, por sentirme como si un genio maligno hubiese interceptado la plegaria que tuve la temeridad de dirigir hacia el benevolente Creador? Las leyendas y los mitos nos hablan de ese tipo de deseos egoístas que son retorcidos para hacer daño en lugar de ayudar al que los desea. Recordará a Midas y el toque de oro. El pasado ha vuelto, no para ayudarme sino para perseguirme. Los viejos enemigos y los viejos amigos...

—Correcto —me interrumpió Cyrus—. Amelia, querida, usted es una dama demasiado sensata para creer en esas cosas. Me figuro que lo que desea de mí no es tanto simpatía como una inyección de sentido común. Estas personas no han estado en ningún tipo de museo eterno esperando a que los provoquen y ponerse en su camino de inmediato, ha visto a Karl varias veces durante todos estos años, y a mí, y a Carter, y a un montón de otros amigos. Los viejos enemigos también están destinados a aparecer, junto a un montón de enemigos nuevos, considerando la forma en que usted y Emerson operan. Es imposible volver atrás, Amelia. Esto es el presente, no el pasado, y la única dirección en la que puede ir es

hacia delante.

Tomé un profundo y tranquilizador aliento.

—Gracias, Cyrus. Lo necesitaba.

Sus cálidos y firmes dedos se apretaron alrededor de los míos. Se inclinó hacia mí.

—El whisky y la soda que mencionó completarán la cura —dijo —. Será mejor que continuemos, los otros se estarán preguntando qué ha sido de nosotros.

* * *

Aquella noche, Emerson nos informó de que empezaríamos a trabajar en el *wa*di real al día siguiente, y que su intención era permanecer allí durante varios días y noches. El resto de nosotros podíamos hacer como más nos gustase, si preferíamos regresar a la *dahabiyya* cada tarde, nos permitiría terminar de trabajar antes.

Cyrus me miró. Yo sonreí. Cyrus puso los ojos en blanco hacia el cielo y se fue a hacer los arreglos necesarios.

Capítulo 11

"Todo vale en el amor, la guerra... y el periodismo."

Anoche soñé que regresaba al *wadi* real otra vez. La luz de la luna transformaba los afilados acantilados en gélidas esculturas plateadas de palacios en ruinas y colosos desmoronados. El silencio era absoluto, ni siquiera roto por el sonido de mis pasos mientras avanzaba, separada del cuerpo como el espíritu que sentía ser. Sombras remarcadas como manchas de tinta se extendían y luego se retiraban mientras yo continuaba. La oscuridad llenaba la estrecha hendidura hacia la que me dirigía y algo se movió para reunirse conmigo: una forma de luz pálida, coronada por rayos de luna y envuelta en lino blanco. Los ojos hundidos estaban sumidos en la sombra. La boca estaba fija en una mueca de dolor. Tendí mis brazos en un gesto de piedad y súplica, pero él no prestó atención. Había pasado a la noche eterna, condenado al olvido por los dioses que había tratado de destruir. Vagará por siempre y, sin duda, por siempre volveré yo en sueños a este lugar encantado al que se dirige mi espíritu, como lo hace el suyo.

* * *

—Parece un poco ojerosa esta mañana, Peabody —remarcó Emerson—. ¿No durmió bien? Algo sobre su conciencia, quizá.

Estábamos solos sobre cubierta, esperando a que los demás recogieran sus pertrechos. Se requería una cantidad considerable de suministros si íbamos a quedarnos en el remoto *wadi* durante varios días, Emerson por supuesto le había dejado los complejos arreglos a Cyrus, y ya se había quejado del retraso.

Ignorando la provocación (pues era eso, nada menos y ciertamente nada más), dije:

—Quiero cambiar ese vendaje antes de que nos vayamos. Tiene

que tenerlo mojado.

Se quejó y protestó pero insistí, y al final consintió en seguirme a mi camarote. Dejé la puerta ostentosamente entreabierta.

—¿Está segura de que está dispuesta a abandonar sus lujosas habitaciones por una tienda de campaña entre las rocas? —inquirió Emerson, con una desdeñosa inspección a la elegante sala—. Tiene mi permiso para regresar a la *dahabiyya* por la noche si lo prefiere. Solamente es un paseo de tres horas cada vez... ¡ay!

Esta exclamación fue provocada al quitarle el esparadrapo de manera enérgica.

—Creí que ustedes, los ángeles de la misericordia, estaban orgullosos de la delicadeza de su toque —continuó Emerson, entre dientes.

—De ningún modo. Estamos orgullosos de nuestra eficiencia. Deje de retorcerse o conseguirá un trago de antiséptico. Se supone que no se toma internamente.

—Pica —se quejó Emerson.

—Hay algo de infección localizada. Lo esperaba. Sin embargo, el proceso de cicatrización avanza bien. —Creo que mi voz era estable, aunque la vista de la fea herida inflamada hacía que mi corazón se contrajera—. Por lo que respecta a regresar a la *dahabiyya* todas las noches, ése por supuesto sería el procedimiento más sensato —dije, cortando tiras de esparadrapo—. Pero si está decidido a anidar en el *wadi* como un pájaro en tierra salvaje, el resto de nosotros debemos...

La voz de Cyrus pronunciando mi nombre me interrumpió antes de que Emerson pudiera hacerlo, como su expresión indicaba que era su intención.

—Aquí está —dijo Cyrus desde la puerta—. La andaba buscando.

—Usted tiene un positivo talento para señalar lo obvio, Vandergelt —dijo Emerson. Apartó mi mano—. Ya está. Recoja sus botellas, pinturas, jarros y otras tonterías femeninas y vámonos.

Rozando groseramente a Cyrus, salió. Empaqué mis suministros médicos y metí la caja en mi mochila.

—¿Eso es todo lo que va a llevar? —preguntó Cyrus—. Por supuesto alguien puede regresar por cualquier cosa que haya olvidado.

—Eso no será necesario. Tengo todo lo que necesito. —Metí la

sombrilla bajo mi brazo.

Los burros estaban siendo cargados cuando cruzamos hasta la ribera. Emerson había seguido, con el gato encaramado sobre su hombro. Me detuve para hablar con Feisal, que supervisaba a los hombres de los burros.

—Han sido lavados, *Sitt Hakim* —me aseguró. Se refería a los burros, no a los hombres, aunque su apariencia ciertamente podría haber sido mejorada por un poco de agua y jabón.

—Bien. —Tomé un puñado de dátiles de mi bolsillo y se los di a comer a los burros. Uno de los flacos perros se escabulló hacia nosotros, con el rabo entre las piernas. Le lancé pequeñas cantidades de carne que había guardado del desayuno.

—Pobres y estúpidas criaturas —dijo Cyrus—. Aunque es una pérdida de tiempo alimentarlos, querida... hay demasiados de ellos y todos medio muertos de hambre.

—Una pequeña cantidad de comida es mejor que ninguna —contesté—. Al menos ésa es mi filosofía. Pero Cyrus, ¿qué es todo este equipaje? Estamos estableciendo un campamento temporal, no un hotel de lujo.

—Sólo el Señor sabe cuánto tiempo querrá permanecer en el *wadi* su testarudo marido —contestó Cyrus—. Usted no abandonará el lugar mientras él esté allí, así que supuse que bien podríamos estar cómodos. Pedí algunos burros adicionales, en caso de que quisiera cabalgar.

Decliné esta sensata oferta, pero Renè ayudó a Bertha a montar en una de las pequeñas bestias y caminó a su lado mientras nos poníamos en camino. A nuestra caravana le llevó cerca de una hora cruzar la llanura —a menos que se les azote, lo cual nunca permito, el paso de un burro no es mucho más rápido que el de un hombre. Mantuve un ojo vigilante sobre Emerson, que iba un poco más adelante. Abdullah y varios de sus hijos estaban a poca distancia, para la audible molestia de Emerson. Los sonidos viajan realmente lejos en el desierto.

Escalando la ladera de la montaña alcanzamos la entrada al *wadi*, donde Emerson esperaba. Estaba poniendo los ojos en blanco, dando golpecitos con el pie y exhibiendo otros evidentes signos de impaciencia, pero incluso él, creo, estaba contento de descansar y recobrar el aliento por un momento. Nos hallábamos lo

suficientemente alto para ver la extensión del río brillando a la luz del sol de la mañana, más allá del verde suave de los campos cultivados y las palmeras. Fue por la sensación de un destino funesto inminente, y el correspondiente agarrotamiento de nervios y tendones, que me giré para contemplar la abertura oscura en los acantilados.

La realidad era lo bastante sombría, aunque por supuesto no se veía ni de lejos como la fantasía que iba a hechizar mis sueños en los años venideros. Estéril, desnuda y muerta, sin una hoja de hierba ni un chorrito de humedad. Las laderas rocosas a ambos lados estaban agrietadas, horizontal y verticalmente, como ruinas desmoronadas, los escombros se deslizaban hasta la parte inferior, y los guijarros y las rocas ensuciaban el suelo del Valle como siniestra evidencia de los constantes desprendimientos y de las raras aunque violentas inundaciones repentinas que habían ayudado a moldear el lecho del *wadi*.

Cuando entramos al Valle, sólo las cumbres de los acantilados de la izquierda brillaban con la luz del sol. El suelo del Valle estaba todavía sumido en las sombras. Gradualmente la luz avanzó hacia abajo por los acantilados y se movió hacia nosotros mientras seguíamos un camino serpenteante entre las rocas caídas, hasta que por último toda la fuerza del sol golpeó como la explosión de un horno. La tierra árida se estremecía por el calor. Los únicos sonidos que quebrantaban el silencio eran los alientos jadeantes de hombres y burros, el crujido de las rocas bajo sus pies y el tintineo alegre de los accesorios que colgaban de mi cinturón.

Nunca había estado tan agradecida por mis nuevos y confortables pantalones y mis fantásticas botas hasta las rodillas. Ni siquiera los sensatos bombachos que había llevado durante mi primera visita a Egipto, aunque fueron una mejora sobre las faldas largas y los voluminosos polisones, hubieran permitido tal facilidad de movimiento. La única cosa que envidiaba a los hombres era su capacidad de quitarse más ropa de lo que yo podría hacer decentemente. Emerson, claro está, se había quitado la chaqueta y las mangas de la camisa estaban enrolladas hasta el codo antes de que hubiéramos avanzado un kilómetro, y mientras la luz del sol envolvía nuestros sudorosos cuerpos incluso Cyrus, con una mirada de disculpa hacia mí, se quitó su chaqueta de lino y se aflojó la

corbata. Las túnicas de algodón que los egipcios vestían eran más adecuadas para el clima que las ropas europeas. Me había preguntado al principio cómo lograban gatear tan fácilmente sin tropezarse con sus faldas, pero pronto me percaté de que no tenían remordimientos en remangarlas o quitarse del todo las túnicas cuando era conveniente.

Después de aproximadamente cinco kilómetros, las paredes rocosas comenzaron a acercarse y unos cañones más estrechos se abrieron a derecha e izquierda. Emerson se detuvo.

—Acamparemos aquí.

—La tumba real está más adelante —dijo Cyrus, enjugando su frente mojada—. Más allá de ese *wadi* hacia el norte...

—No hay suficiente espacio llano para sus malditas tiendas de campaña en el mismo *wadi* real. Además, las otras tumbas que mencioné están cerca. Hay al menos una en ese pequeño valle hacia el sur.

Cyrus no puso más objeciones. La palabra "tumbas" tenía el mismo efecto en él que la mención de "pirámides" tiene sobre mí. Por la irónica expresión de Emerson sospeché que sabía lo que anticipé que sería el caso: que las otras tumbas estaban aún más devastadas y vacías de objetos que el sepulcro abandonado de Akhenatón. Sin embargo la esperanza brota eternamente, como dice el refrán, y me compadecí de los sentimientos de Cyrus. Es mucho más sensato ser un optimista en lugar de un pesimista, pues si uno está condenado a la decepción, ¿por qué experimentarla por adelantado?

Dejamos a los hombres para que establecieran el campamento, algo nada fácil sobre un terreno tan plagado de escombros, y continuamos otros noventa metros hacia donde el *wadi* real gira hacia el norte. Una caminata de algunos minutos nos llevó hasta el lugar.

Después de un momento, Cyrus habló con voz suave, contemplativa.

—Hay algo en el lugar... ¿Cómo era en realidad esa figura tan extraña y enigmática? ¿En qué creía en realidad?

Supe por la expresión de Emerson que él no estaba impertérrito, pero cuando contestó su voz era severamente práctica.

—Más pertinentes son los misterios de la tumba misma.

Akhenatón fue enterrado allí, arriesgaría mi reputación en ello. Han sido encontrados fragmentos de su ajuar funerario, incluyendo el sarcófago. Ese objeto de dura piedra maciza estaba hecho trizas, pocos de los pedazos son mayores de cinco centímetros. Ningún ladrón de tumbas haría tal esfuerzo. Los vándalos debieron ser enemigos del rey, debían de estar conducidos por el odio y el deseo de venganza. ¿Destruyeron también su momia, o había sido transferida a un lugar más seguro junto con el resto de su ajuar funerario, cuando la ciudad fue abandonada?

»La segunda de sus hijas murió siendo un bebé, antes de que hubiese tiempo de preparar una tumba separada para ella. Los fragmentos de otro sarcófago que debía de ser el suyo también han sido encontrados aquí. No dudo de que estuviera sepultada en las salas que fueron condecoradas con las escenas de sus padres acongojados sobre su cuerpo.

»Pero ¿y Nefertiti? Hay sólo un sarcófago emplazado en la cámara mortuoria. El grupo separado de salas al final del corredor de entrada pudo haber sido destinado para su entierro, pero fue nunca completado y ningún fragmento de su ajuar funerario ha aparecido dentro o cerca de la tumba.

—¿Qué hay acerca de las joyas que Mond compró en 1883? —preguntó Cyrus—. Había un anillo con su nombre...

—Eso —dijo Emerson dogmáticamente— era parte, una parte muy nimia, del rico ajuar de su esposo. Esas piezas iban en el bolsillo, hablo figuradamente, por supuesto, de uno de los que transfirieron la momia de Akhenatón a otra tumba o de los vándalos que destruyeron el sarcófago. La primera hipótesis parece más probable. El sarcófago era demasiado pesado para ser movido, pero el cuerpo puesto en el ataúd y el ajuar sepultado con él —las jarras de aceite, la comida, ropas, muebles y ornamentos —fueron robados. Las joyas adquiridas por Mond se compraron a aldeanos locales. El antiguo ladrón escondió su botín en alguna parte del *wadi*, con la intención de regresar a por él más tarde, pero nunca lo hizo. El alijo fue indudablemente descubierto por ladrones modernos.

—Entonces usted cree que su tumba... —comenzó Cyrus.

—Quizá pueda ser encontrada —dijo Emerson—. Pero la tumba real debería ser nuestra primera empresa. Quiero el lugar

completamente despejado hasta dejar al descubierto la roca. El relleno del hueco tendrá que ser removido y tamizado. Los suelos, techos y paredes deberían ser explorados hasta estar seguros de que no existen puertas escondidas. ¿Dónde diablos...? infierno y condenación, Abdullah ¿vas a dejar de pisarme los talones?

—Te sigo para estar listo cuando el Padre de las Maldiciones ordene —dijo Abdullah.

—Te ordeno que no camines tan cerca detrás de mí, entonces. Manda llamar a Alí y a cuatro... no, cinco de los otros. Quiero que sólo los hombres adiestrados trabajen aquí. Tú sabes a quién buscar, Abdullah.

—¿Empezamos ahora? —preguntó Abdullah, elevando los ojos hacia el cielo. Por encima de él, el cielo despejado brillaba por el calor.

—Es casi mediodía —dije, antes de que Emerson pudiera contestar—. Y el viaje ha sido largo y arduo. Descansaremos y comeremos antes de iniciar el trabajo, Abdullah.

—Respecto a usted —dijo Emerson, dirigiéndome una crítica mirada azul— puede llevarse a su amigo caza-tesoros Vandergelt de regreso al *wadi* principal y comenzar a buscar otras tumbas.

—No tenemos trabajadores —objetó Cyrus—. Hay toneladas de roca y arena que deben ser removidas.

—Consiga trabajadores del pueblo.

—Por el amor de Dios, Emerson —exclamé—. ¿Se ha vuelto loco?

—Siempre me está diciendo eso —contestó Emerson suavemente.

—No nos arriesguemos a admitir a desconocidos en nuestro grupo —insistí—. Algunos de los hombres de Haggi Qandil estaban escondidos en los acantilados cuando Mohammed le atacó, dispuestos a llevárselo a usted por la fuerza si su plan hubiera tenido éxito. La mayoría de ellos son honestos, creo, pero unos cuantos...

—Contrate a los honestos, entonces —dijo Emerson, impaciente — ¿por qué diablos no puede tener un poco de iniciativa en lugar de depender de mi consejo para todo?

Naturalmente presté poca atención al intento de Emerson de dividir nuestras fuerzas.

—Si quiere concentrarse en la tumba real, entonces nos concentraremos —dije con firmeza—. Además de las tareas que mencionó esta mañana, debemos hacer un plano más preciso de la tumba entera y copiar los relieves restantes. Las copias de Bouriant son inestimables porque muestran secciones que ahora han desaparecido, pero no son enteramente precisas, y...

—¡Maldita sea, mujer, no me sermonee! —bramó Emerson. Se manoseó la barbilla. Al no encontrar barba de la que estirar, se frotó el miembro en cuestión hasta que se volvió rosado—. Pretendía, claro está, hacer todas esas cosas que gratuitamente sugiriere. Como se me ha anticipado, puede tener el placer de copiar los relieves.

Estaba segura de saber qué había motivado esta sugerencia. Estaba ajustando cuentas conmigo por la barba. Las cámaras interiores de la tumba estaban tan calientes como la peor de las regiones infernales.

—Ciertamente —dije serenamente—. ¿Qué método tenía en mente? ¿Moldear en seco o calcar?

—Ambos —dijo Emerson, sus labios se curvaron en una expresión que apenas merecía ser llamada sonrisa—. Quiero cada arañazo de esas paredes grabado. Una técnica puede mostrar detalles que con la otra se pierdan. Después de que haya comparado las dos y hecho un diseño maestro, lo llevará de nuevo a la tumba y lo cotejará con la pared misma. Puede contar con Renè para ayudarla. Comience con la sala E y asegúrese de que cubre cada centímetro de cada pared.

La sala E era la cámara funeraria... la parte más profunda, más remota y más caliente de la tumba.

—Por supuesto —dije de nuevo. Emerson se marchó, sonriendo burlonamente. Mientras arengaba a los hombres sobre cómo quería que procedieran, llevé aparte a Abdullah.

—No sé lo que se trae entre manos, Abdullah, pero acaba de mandarme a la parte más profunda y distante de la tumba, donde no puedo vigilarlo. No ha dicho qué es lo que tiene intención de hacer, pero me temo lo peor. Confío en ti, amigo mío. ¡Vigílalo! No lo dejes vagar a solas.

—No tenga miedo, *Sitt*. Desde la última vez que nos eludió, me he asegurado de que alguien lo vigile incluso cuando duerma, o

parezca que duerma. No se librará de nosotros otra vez.

—Excelente. Confío en ti como lo haría en mí misma.

Estaba dando media vuelta cuando el anciano dijo con indecisión:

- *Sitt Hakim*...

—¿Sí, Abdullah?

—No quisiera que pensara que su seguridad es una materia inferior para nosotros.

—No necesitas decirme eso, viejo amigo —dije calurosamente—. Tú y yo entendemos nuestros corazones. Ambos sabemos que el Padre de las Maldiciones tiene mayor necesidad de protección que yo, él es el más valiente de los hombres, pero asume riesgos tontos. —Ajustando mi cinturón, añadí—: Puedo cuidarme sola.

Los labios barbudos de Abdullah temblaron.

—Sí, *Sitt*. Pero espero que no se ofenda si le digo que mientras usted confía en mí, yo confío en el rico americano que es también su amigo. Él no dejará que le ocurra ningún daño si puede impedirlo.

—El señor Vandergelt es un verdadero amigo —dije—. Tenemos suerte de tener unos amigos tan leales... y tú eres el jefe entre todos ellos, Abdullah.

Satisfechas las cortesías y las manifestaciones de afecto, Abdullah se dispuso a seguir a Emerson y yo me reuní con Renè y le di instrucciones para que recogiera nuestro equipo.

Cyrus por supuesto se ofreció a ayudarme, pero pude ver que no estaba interesado en un trabajo tan concienzudo y laborioso, ni tenía el entrenamiento para ello. Cuando le aseguré que me encargaría de maravilla sin él, no insistió. Ya le había echado el ojo a una pila de escombros al otro lado del *wadi*, cerca del lugar donde otros exploradores, incluyendo a Emerson, habían encontrado evidencias de una posible entrada a una tumba, y pude ver que ardía en deseos de comenzar a excavar.

Renè y yo acarreamos nuestros rollos de papel y lápices por los largos pozos y escaleras, por encima del pozo medio lleno (que había sido cruzado por unas tablas) y bajando por una pequeña rampa hasta la cámara funeraria.

Tenía unos diez metros de lado (diez metros con treinta y seis centímetros por diez metros con cuarenta, para ser precisa) con dos

pilares cuadrados y un túmulo elevado que una vez había soportado el sarcófago. El suelo estaba cubierto de barro endurecido tan sólido como el yeso. Las superficies de paredes y pilares habían sido decoradas con relieves pintados, modelados en un estrato de yeso que fue aplicado sobre la superficie de la roca. Aquí, donde el mismo cuerpo del hereje reposó, la furia absoluta de sus enemigos se había desatado. La mayor parte del yeso había desaparecido. Sin embargo, algunas de las figuras habían sido apenas delineadas en la roca subyacente antes de que el yeso fuera aplicado, y estos burdos contornos todavía sobrevivían.

—Comenzaremos con la pared de atrás —le dije a Renè—. Yo en la esquina derecha, usted en la izquierda. Obsérveme primero, estoy segura de que está familiarizado con la técnica, pero tengo mis métodos.

El proceso de moldeado en seco consiste en presionar una hoja de papel delgada sobre las tallas con las puntas de los dedos. El moldeado húmedo por supuesto daría una copia más precisa, pero a menudo dañaba los relieves desmenuzados y quitaba las últimas trazas de cualquier pintura que quedara. El frotamiento debía hacerse obviamente con lápices suaves y ser constante, incluso si la presión fuera necesaria. Era duro para el brazo y los músculos de la mano, especialmente al trabajar sobre una superficie perpendicular.

No explicaré en detalle las condiciones de trabajo. Imaginen el clima más cálido, más polvoriento, más yermo, más seco que su mente pueda concebir, y duplíquenlo, eso les dará alguna idea de lo que Renè y yo aguantamos esa tarde. Estaba decidida a perseverar hasta caerme y Renè estaba decidido a no ser superado por una simple mujer (aunque por supuesto tuvo el buen sentido de no expresar ese sentimiento en voz alta). Más por su bien que por el mío decreté pausas ocasionales para descansar, tomar el aire y refrescarnos. El consumo copioso de agua era imprescindible para prevenir la deshidratación. Cada vez que emergimos mis ojos buscaron a Emerson. Cada vez estaba en un lugar diferente: volviendo a medir una sala que Charlie ya había medido, diciéndole que lo había hecho incorrectamente, criticando a Abdullah por pasar por alto un trocito de cerámica en una grieta del suelo, o intimidando al pequeño grupo de trabajo que le había cedido a Cyrus. Nos dejó a Renè y a mí completamente solos la mayor parte

de la tarde y cuando finalmente bajó pisando fuerte por el pasadizo, fue para decirnos que nos detuviéramos por ese día.

Hubo un gemido apenas perceptible procedente de Renè. Yo dije:

—En cuanto termine con esta hoja de papel.

Emerson cogió uno de los frotamientos que yo había completado y lo sostuvo cerca de la lámpara.

—Humm —dijo y lo soltó de golpe.

El valle estaba sumido en sombras azules cuando salimos. Renè sufrió un colapso en el saliente, jadeando. Le di mi cantimplora, el agua estaba lo bastante caliente como para haber servido para el té, pero le dio la suficiente fuerza como para seguir. Sin embargo, tuve que ayudarlo a bajar la cuesta.

—¿Ha habido suerte? —pregunté a Cyrus, que estaba esperando abajo.

—No mucha. Emerson insiste en que piquemos cada maldito centímetro cuadrado de arena. A este paso harán falta dos semanas para alcanzar el lecho de roca. Hasta ahora hemos encontrado una diorita maltratada a golpes, del tipo que los antiguos usaban para romper las rocas, y cuatro pedazos de cerámica. —Cyrus se enjugó el sudor de la frente con la manga y luego me dedicó un guiño—. Pero mi pobre y querida muchacha... parece como si hubiera pasado el día en un baño de vapor. Debe estar exhausta.

—De ningún modo. Una buena taza de té caliente y una buena taza de agua templada con la que limpiarme la cara y estaré completamente recuperada.

—Podemos superar eso —dijo Cyrus, tomando mi brazo—. Venga y vea lo que mis hombres han hecho.

Lo que habían logrado era una especie de pequeño milagro. El área era muy inadecuada para un campamento. El espacio central era tan estrecho que las tiendas de campaña y los refugios tuvieron que ser dispuestos en una larga línea en lugar de agruparlos juntos. Para limpiar la tierra completamente de roca hubieran hecho falta semanas, pero los hombres habían comenzado a rodar fuera muchas de las rocas grandes y preparado unas superficies relativamente planas en las que las tiendas pudieran erigirse. Alfombras y esteras suavizaron la tierra de cantos rodados, y los catres plegables ofrecían la promesa de un descanso confortable. Incluso tuvimos

que traer con nosotros la leña y el estiércol de camello seco para el fuego, pues no había ni una ramita que pudiera ser recogida. Varios fuegos ardían brillantes en el crepúsculo y las linternas colgaban cerca de las tiendas. Jarras de agua, palanganas y toallas habían sido dispuestas en el exterior de cada una de ellas.

—No es extraño que quisiera tantos burros —le dije a Cyrus mientras, con miradas admirativas de mi parte y modestamente orgullosas por la suya, examinamos la escena—. ¿Los envió de vuelta después de que fuesen descargados?

—Creí que bien podría hacerlo. En una zona árida como ésta un hombre puede abrirse paso por los alrededores tan rápido como un burro puede moverse. —Vaciló por un momento, y luego dijo—: espero que a Emerson no vaya a darle un berrinche cuando se entere que ordené a algunos de mis hombres que se quedaran. No saben mucho acerca de excavar, pero tienen una vista aguda y un temperamento suspicaz.

—Déjele dar pataletas si quiere. Yo lo apruebo, y creo que todavía puedo intimidar a... quiero decir, persuadir a... Emerson para aceptar lo inevitable. ¿Cómo logró convencer a sus hombres para hacerse cargo de la tarea de vigilantes?

—El dinero es un gran persuasor, querida mía. No hablemos más de ello, eche un vistazo a su alojamiento y vea si he olvidado cualquier cosa que usted necesite o quiera.

La única falta que pude encontrar fue que había un exceso de lujos innecesarios, incluyendo suaves cojines y un bonito juego de té de porcelana china.

—Eso no sirve, Cyrus —dije, sonriendo—. Emerson se volverá sarcástico cuando vea esas almohadas con volantes.

—Déjelo —fue la malhumorada respuesta.

—Más aún —continué—, no hay espacio suficiente para un segundo catre. Bertha tendrá que compartir mi tienda de campaña, Cyrus. No —pues él estaba a punto de objetar—, no hay otra opción, me temo. Está lejos de mi intención emitir calumnias sobre el carácter de algún joven caballero, pero no puedo permitir que el más leve aliento de escándalo manche una expedición de la cual soy parte. Una murmuración de ese tipo, verdadera o falsa, entorpecerá el avance de las mujeres en la profesión, y ese avance, como usted sabe, es una cuestión de gran importancia para mí. Además...

—Entiendo su punto de vista —dijo Cyrus con un suspiro—, si eso es lo que quiere, Amelia, así es como será.

El cocinero de Cyrus estaba entre aquéllos que estuvieron de acuerdo en quedarse con nosotros. Sólo podía asumir que Cyrus lo había sobornado de una forma extravagante, pues los buenos cocineros pueden encontrar empleo fácilmente y no tienen que soportar las condiciones bajo las cuales trabajaba.

Estaba sirviendo el té junto al fuego cuándo Charlie descendió hacia el campamento. El pobre joven americano era una visión digna de ver. Su camisa estaba tan mojada como si se hubiera colocado bajo una cascada y su pelo goteaba.

—¿Cómo ha ido? —inquirí alegremente—. Ha estado trabajando en los planos de la tumba, supongo.

—Parte del tiempo —dijo Charlie, con voz ronca por la fatiga y el polvo—. Creo que a estas alturas he practicado cada aspecto posible de la arqueología. Si el profesor...

Fue interrumpido por el profesor en persona, que había salido a inspeccionar el campamento. Ahora venía directo hacia nosotros, blandiendo algún objeto como un garrote. Estaba tan oscuro que no identifiqué el objeto hasta que se acercó al fuego.

—¿Para qué diantres quiere esto, Vandergelt? —Exigió, apuntando con el rifle, pues eso demostró ser, a la cara de Cyrus.

—Por el amor del cielo, Emerson, apunte en otra dirección —exclamé algo alarmada.

—No está cargado —dijo Emerson, tirando el arma—. Pero la munición está allí, junto con otra media docena de rifles. Qué diablos...

—Si me da la oportunidad para ello, contestaré —dijo Cyrus serenamente—. Nadie está obligado a manejar un revólver de seis tiros, pero que me cuelguen si voy a descuidar una manera tan obvia de autodefensa. Éstos son *Mauser Gewehrs*, con cartuchos de 7.92 milímetros y una capacidad de cinco disparos. Un buen tirador, lo que yo soy, puede volarle la cabeza a un hombre a ciento ochenta metros. Y si veo una cabeza que no conozca, eso es lo que tengo intención de hacer, con su permiso o sin él.

Los dientes de Emerson brillaron a la luz del fuego.

—Estoy seguro que su discurso ha causado una gran impresión en las señoras, Vandergelt. A mí no me impresiona, pero ese no fue

su propósito, ¿no? Espero que su vista sea buena. Sería una lástima si acertase a disparar contra Abdullah o contra mí por equivocación.

Al oír rechinar los dientes de Cyrus, me apresuré a intervenir.

—Basta de riñas, por favor. Pronto estará lista la cena, vayan y lávense.

—Sí, mamá —dijo Emerson. Él tiene los dientes bastante grandes y muy blancos, el reflejo de la luz del fuego sobre sus lisas superficies daba una imagen aterradora.

Bertha se escabulló para ayudar al cocinero. Cuando el grupo se reunió de nuevo el humor había mejorado algo, me refiero al temperamento de Emerson, y el consumo de una comida excelente puso a todo el mundo en una disposición de ánimo más relajada. En relativa afabilidad comparamos apuntes sobre las actividades del día y discutimos los planes para el siguiente. La única nota discordante fue introducida por Emersión, ¿quién si no?, que preguntó por qué perdía el tiempo alrededor del fuego en lugar de cotejar las copias que había hecho ese día.

Con perfecta calma contesté:

—Es imposible hacerlo apropiadamente en estas condiciones. La luz es inadecuada, no hay una superficie plana lo bastante grande para extender los papeles...

—Bah —dijo Emerson.

No pasó mucho tiempo antes de que los bostezos y los prolongados silencios interrumpieran la conversación, y decreté que era hora de retirarse. Había sido un día bastante duro para la mayoría de nosotros.

A Bertha no le agradó enterarse de que debía compartir mi tienda de campaña. No es que lo dijera pues era una criatura muy silenciosa, al menos conmigo, pero se le daba muy bien expresar sus sentimientos sin usar palabras. Quitándose sólo la túnica exterior y el velo, comenzó a enrollarse en una manta y algunos minutos después su respiración regular señaló que se había quedado dormida. Había tenido intención de hacerle algunas preguntas, pero estaba extraordinariamente cansada. Sentí que mis párpados caían...

Cuánto tiempo necesité para darme cuenta de que mi somnolencia era antinatural, no puedo decirlo. Soy particularmente resistente a las drogas y la hipnosis, no es tanto una inmunidad física como algo en mi carácter, creo.

Durante un tiempo indeterminado yací en un estado de semi estupor, durmiendo y despertándome, oyendo disminuir gradualmente las voces bajas de los trabajadores y el estrépito de cazuelas hasta desvanecerse. Era bien pasada la medianoche, creo, cuando el centinela insomne dentro de mi cerebro finalmente se hizo oír.

—Este no es sosiego natural —gritó—. ¡Despiértate y actúa!

Era más fácil decirlo (o pensarlo), que hacerlo. Mis extremidades se sentían tan flojas como tentáculos informes. Pero el remedio estaba al alcance de la mano. Lo había utilizado antes en una situación similar, y gracias a la nueva disposición de la tienda de campaña necesaria por la adición del catre de Bertha, todo mi equipo estaba cerca. Sólo tuve que alargar mi mano.

Mis dedos estaban tan torpes como las patas de un animal, pero al final logré abrir la caja de suministros médicos y extraer mis sales aromáticas. Una buena aspiración de ellas no sólo despejó mi cabeza, sino que dejó la clara impresión de que la parte superior de ese apéndice había salido volando. Me senté y puse mis pies en el suelo. Me había quitado las botas, la chaqueta y mi cinturón de herramientas antes de retirarnos. Las botas, al menos, debía volver a ponérmelas antes de proceder a hacer averiguaciones. No sólo la tierra era desigual y dolorosa para pies con calcetines, sino que había escorpiones y otras criaturas que picaban que debían ser evitadas.

Todavía buscaba a tientas mis botas, puesto que no había estimado oportuno encender una cerilla, cuando oí un traqueteo suave de guijarros fuera, y me di cuenta de que un sonido similar debía de haber alertado a mi centinela insomne. Un animal podría haberlo causado, o un hombre enviado a algún encargo inofensivo. Pero pensé que no. Poniéndome en pie de un salto, caí de plano contra el suelo... o, para ser más precisa, encima del catre de Bertha. El impacto repentino fue demasiado para la endeble estructura, que se derrumbó, con Bertha todavía sobre él.

Aunque no lo había planificado de ese modo, el incidente tuvo el efecto deseado, es decir, alertar al campamento. Mi grito de alarma fue contestado por un grito más fuerte. Las rocas crujieron y rodaron bajo pies que corrían. Se oyó un disparo.

Logré extraerme a mí misma del montón de mantas caídas y

trozos del catre roto, Bertha no se había movido. Si yo tenía cualquier duda acerca de haber sido drogada, su inmovilidad las hubiera aclarado, el sueño normal seguramente se habría interrumpido por el colapso de la cama y el impacto de mi cuerpo. Primero localicé mi sombrilla, luego, encontrando mis rodillas todavía demasiado inestables para aceptar una postura más erecta, gateé hacia la entrada de la tienda de campaña. Cuando levanté el ala de la tienda la primera cosa que mis ojos nublados contemplaron fue una luciérnaga gigantesca, ondeando de un lado a otro con el vuelo de un borracho. Con algún esfuerzo enfoqué mi vista. La luz era la de una linterna. Emerson la sujetaba. Mirándome, dijo:

—¡Infierno y condenación! —Pero no dijo nada más, pues sus rodillas fallaron y se sentó repentinamente en el suelo... en una roca afilada, a juzgar por la protesta igualmente profana que siguió.

* * *

—Es de lo más interesante —comenté algo más tarde—, observar los diversos efectos de una droga en particular sobre personas diferentes.

—Urgh —dijo Emerson. Había negado irritado la oferta de mis sales aromáticas, y bebía una taza tras otra de café cargado.

—Usted —continué— pudo haber adquirido cierta inmunidad como resultado de... eh... sus recientes experiencias. Cyrus estaba menos afectado que Renè y Charles...

—Argh —dijo Cyrus.

—Mientras que Bertha fue la más susceptible de todos.

—¿Ella se pondrá bien? —Pálido y con los ojos pesados, Renè me miró ansiosamente.

—Sí. Tendrá una buena noche de sueño, que es más de lo que puede decirse del resto de nosotros. El vigilante —continué— parece haber estado relativamente poco afectado. Por supuesto no sabemos cómo se administró el láudano, así que no podemos estar seguros de cuánto consumió cada persona.

—Estaba en la comida —masculló Emerson.

—O en la bebida. ¿Pero en qué plato? Todo el mundo comió algo, no sólo nosotros, también los egipcios. Incluso el guarda admite que dormitaba cuando me oyó gritar. Estarán de acuerdo que la cuestión tiene alguna importancia, puesto que debemos

determinar quién tuvo la oportunidad de añadir el opio a nuestra comida. ¡Tenemos a un traidor entre nosotros, caballeros!

Emerson me dedicó una mirada por encima del borde de su taza de café.

—Teniendo en cuenta el melodrama excesivo de sus habituales discursos, Peabody, parece que está en lo cierto. El cocinero es el sospechoso más obvio.

—Demasiado obvio —dije—. Usted sabe cómo cocina, las cazuelas cociendo a fuego lento durante horas en una hoguera, al aire libre, con gente entrando y saliendo constantemente, y quedándose a charlar. Debemos interrogar a los sirvientes...

—Tonterías —gruñó Emerson—. No hay manera de que podamos determinar quién es responsable de esto. Esa cosa asquerosa pudo haber sido añadida a una de las jarras de agua antes incluso de que dejáramos el pueblo. Cualquiera pudo haberlo hecho. —Sus ojos recorrieron las caras vigilantes con intensidad zafirina, y repitió con lento énfasis—. Cualquiera.

Charles inmediatamente pareció tan culpable, que mi viejo amigo el inspector Cuff lo habría arrestado en el acto. Eso condujo a una fuerte presunción de su inocencia.

Pero después de que por fin nos separáramos me pregunté qué es lo que sabía en realidad sobre los dos jóvenes arqueólogos. Renè había estado con Cyrus durante varios años, pero en este caso incluso una antigua relación no podía limpiar a un hombre de sospecha. El atractivo del tesoro y del descubrimiento es lo bastante fuerte como para seducir a aquéllos de carácter débil. Además de nuestros hombres de Aziyeh, había sólo tres personas que podrían ser considerados fuera de sospecha: Emerson, Cyrus y yo. Por lo que respecta a Bertha... su sueño inducido por la droga era genuino. Había realizado algunas pruebas y los resultados de las mismas no dejaban ninguna duda en mi mente. Pero sólo el más estúpido de los conspiradores dejaría de incluirse a sí mismo, o a sí misma, entre las víctimas en tal caso. No pensaba que Bertha fuera tan estúpida.

* * *

A la luz clara de la mañana pudimos determinar que sólo el área cerca de mi tienda mostraba signos de visitantes no deseados. Las huellas parciales de pies desnudos eran visibles en dos lugares

donde ninguno de nuestros hombres había pisado.

Cuando salimos hacia el *wadi* real, Cyrus llevaba un rifle. Las cejas de Emerson se alzaron cuando lo vio, pero no puso ninguna objeción, incluso cuando Cyrus dijo serenamente:

—No se pongan nerviosos si ven a alguien arriba, en la meseta. Envié a un par de mis chicos allá para establecer un puesto de vigilancia.

Como Cyrus, yo había decidido tomar algunas precauciones propias. Soslayando las violentas objeciones de Emerson (que por supuesto ignoré) sobre la drástica reducción de su mano de obra, había situado a Selim, el hijo menor de Abdullah, en el extremo más alejado del *wadi* principal. Selim era el mejor amigo de Ramsés, un niño bien parecido de apenas dieciséis años de edad. Conociendo el coraje temerario de la juventud, me había resistido a asignarlo a esta tarea en particular, sólo lo hice después de que Abdullah me asegurara que ambos, Selim y él, se sentirían deshonrados si su oferta fuera rehusada. Le advertí al muchacho tan enfáticamente como fui capaz que su papel era sólo el de un observador, y que fracasaría en ese papel si emprendía un ataque.

—Permanece oculto —le instruí—. Haz un disparo de aviso para alertarnos si ves cualquier cosa que despierte tus sospechas, pero no le dispares a nadie. Si no juras por el Profeta que obedecerás mis órdenes, Selim, enviaré a otro.

Con sus ojos castaños de largas pestañas bien abiertos y francos, Selim juró. No me gustó la forma cariñosa en que manipulaba el rifle, pero con Abdullah resplandeciendo de orgullo paternal, sentí que no tenía mucho donde escoger, así que tan sólo esperé que si disparaba contra alguien, fuera contra Mohammed y no contra el reportero del *London Times*.

O incluso contra Kevin O'Connell. Era a él a quien esperaba, por supuesto. Sólo estaba sorprendida de que no hubiera logrado seguirnos la pista hasta entonces.

Cuando regresamos al campamento esa tarde, después de las penosas horas en el caluroso y seco aire de la cámara mortuoria, encontré a Selim esperando. Le había ordenado regresar y darme su informe a la puesta del sol. Ni siquiera para proteger a Emerson permitiría que un muchacho tan excitable permaneciera en su peligroso puesto después del anochecer, cuando, como todos los

egipcios sabían, los demonios y los *afrits* salían de sus escondites. La cara de Selim estaba arrobada de temor.

Apenas podría esperar a contarme sus noticias.

—Él vino, *Sitt*, como predijiste que haría... el mismo hombre, el que me describiste. ¡Verdaderamente eres la más grande de los magos! Dijo que no te había hablado sobre su llegada. Dijo que sin embargo estarías contenta de verlo. Dijo que era un amigo. Dijo...

—¿Trató de persuadirte, o sobornarte, para que le dejaras pasar? —dije, aumentando así mi reputación sobre los poderes sobrenaturales a los ojos de la juventud inocente—. ¿Envió un mensaje, como yo, como mi magia, predijo que haría?

- *Sitt* lo sabe todo y lo ve todo —dijo Selim respetuosamente

—Gracias, Selim —dije, tomando el papel doblado que me dio —. Ahora descansa. Hoy has hecho el trabajo de un hombre.

Bertha se había despertado por la mañana sin síntomas de enfermedad, aunque estuvo adormecida y atontada todo el día. Vino directamente a nuestra tienda de campaña cuando regresamos, pero cuando entré se levantó y se deslizó fuera. No traté de detenerla. Sentada en el borde de la cama desdoblé la nota, que parecía haber sido redactada en el momento, pues la escritura era tan dispar que el papel debió yacer sobre una superficie rocosa. Esa dificultad no había restringido la tendencia de Kevin hacia la verbosidad o había oscurecido su efervescente espíritu irlandés.

Después de los usuales cumplidos floridos continuaba:

Espero ansioso con un deleite que no puedo expresar con meras palabras, renovar mi relación con unos amigos tan admirados como usted y el Profesor, y expresar mis felicitaciones por otra escapada milagrosa. De hecho lo anhelo tanto que no aceptaré un no por respuesta. He establecido mi morada en una agradable casita que alguien (¿me atrevo a esperar que fuesen ustedes, con la esperanza de mi llegada?) bondadosamente construyó no lejos de la entrada de este cañón. Uno de los aldeanos ha acordado traer comida y agua para mí diariamente, así que espero estar muy cómodo. Sin embargo, soy un tipo impaciente, como bien sabe, así que no me haga esperar demasiado tiempo... o puedo sentir la tentación de arriesgar mi cuello cruzando la meseta y descender para unirme a ustedes.

Continuaba con más cumplidos. Fueron las palabras de despedida, un impertinente "*À bientôt*," los que forzaron de mis

labios una expresión de afrenta que hasta ahora había suprimido.

—¡Maldita sea! —exclamé.

La cara de Bertha apareció en la puerta de la tienda. Por encima del velo sus ojos estaban abiertos por la alarma.

—¿Algo va mal? ¿Es de... de él?

—No, no —dije—. Nada va mal... nada que de lo que necesite preocuparse. No necesita quedarse afuera, Bertha, aunque su cortesía es notada y apreciada.

Plegando la carta la puse en mi caja y salí a salpicarme de agua la cara polvorienta y ahora aún más caliente.

Esa noche no tomé parte en la conversación alrededor del fuego tan enérgicamente como era mi costumbre. Estaba preocupada considerando cómo podría reunirme con Kevin y contenerlo. No tenía ninguna duda de que si dejaba de enfrentarme a él, haría precisamente lo que había amenazado con hacer, y si no se desnucaba bajando por el acantilado, probablemente uno de los guardas de Cyrus le dispararía. Una mujer menos honorable podría haberlo visto como la solución ideal, pero yo no podía considerar una idea tan reprensible. Además, siempre estaba la posibilidad de que Kevin pudiera eludir al guarda y lograr descender sin lastimarse.

Debía verle y hablar con él, y debía esperar que una apelación a la amistad que él pretendía sentir por mí lo persuadiera de dejarnos solos. Un pequeño soborno, en forma de una promesa de entrevistas futuras, podría ayudar a lograr el fin deseado. Pero, ¿cómo iba a ir hasta él sola y sin escolta? Cyrus insistiría en acompañarme si supiera lo que planeaba, y la presencia crítica de Cyrus destruiría la atmósfera acogedora y confidencial que era esencial para tener cualquier esperanza de éxito.

Decidí que tendría que ir durante el período de descanso del mediodía. Habría sido una insensatez intentar el largo y difícil paseo en la oscuridad, y no podría desaparecer durante quién sabe cuánto tiempo durante las horas de trabajo. El período de descanso usualmente duraba dos o tres horas. No había esperanza de poder regresar antes de que mi ausencia fuera descubierta, puesto que la distancia era de casi cinco kilómetros en ambos sentidos, pero si pudiera tratar con Kevin antes de que me pillaran, habría cumplido con mi propósito. Era factible, concluí. Ciertamente valía la pena

intentarlo. Y no podía haber peligro, pues Selim estaría de guardia a la entrada del *wadi*. Habiéndolo decidido, me dediqué a mi cena con buen apetito. Los demás, según observé, se sentían inclinados a estudiar cada mordisco suspicazmente antes de metérselo en la boca, pero yo había llegado a la conclusión de que no intentarían el mismo truco de nuevo tan pronto después del fracaso del primer intento.

Para comprobarlo durante la noche, desperté varias veces sintiendo sólo una somnolencia normal antes de permitirme dormir otra vez. Bertha parecía inquieta también, lo que me reconfortó más aún.

Renè y yo dedicamos una buena mañana de trabajo en la Cámara de Columnas (es decir, la cámara funeraria), pues nunca permito que las distracciones mentales interfieran con mis deberes arqueológicos. Casi habíamos terminado la pared de atrás, las secciones inferiores no podrían ser copiadas exactamente hasta que el suelo fuera despejado hasta el lecho de roca. Le señalé esto a Emerson cuando nos detuvimos para almorzar.

—¿Supongo que no querrá que los hombres levanten polvo mientras copia? —inquirió él—. Deje eso para más tarde. Todavía tiene tres paredes y cuatro lados de dos de los pilares con que seguir, ¿no es así?

Renè puso cara larga. Tenía la esperanza de pasar uno o dos días fuera de la tumba mientras los hombres trabajaban.

Consideré deslizar un poco de láudano en el té del almuerzo para asegurarme de que todo el mundo dormiría profundamente mientras yo me marchaba sigilosamente. No parecía muy deportivo, así que sólo lo puse en la taza de Bertha.

Se durmió casi al instante. Aunque estaba lista para levantarme y salir, pues el tiempo era primordial, me obligué a quedarme algún tiempo más acostada para asegurarme de que los demás la hubieran seguido a la tierra de Morfeo. Mientas estaba recostada observándola, no pude evitar admirarme de lo que el futuro le depararía a tal mujer. ¿Qué pensamientos, qué temores, qué esperanzas estarían ocultas tras esa frente blanca y lisa y esos enigmáticos ojos oscuros? Ella nunca había confiado en mí, ni respondido a mis intentos de ganarme su confianza, pero yo la había visto inmersa en una animada conversación con Renè, y

menos a menudo con Charles, incluso Emerson había logrado provocar, ocasionalmente, una de sus raras risas argentinas. Algunas mujeres no congenian con otras mujeres, pero eso no podía ser la causa de su reticencia conmigo, porque era igualmente recelosa con Cyrus, quién, debo admitir, no ocultaba su aversión hacia ella. ¿Era todavía una esclava voluntaria del hombre que la había tratado de forma tan brutal? ¿Había sido ella quien puso un narcótico en nuestra comida?

Yacía de espaldas a mí. Levantándome lentamente, impelida por un impulso que no pude explicar, me incliné sobre ella. Como si mi atenta observación hubiera penetrado su somnolencia, ella se movió y murmuró. Rápidamente retrocedí. El silencio reinaba afuera. Era hora de partir.

Me había quitado mi cinturón antes de tumbarme. Por mucho como me hubiera gustado llevarlo conmigo, no me atreví a correr el riesgo del ruido. Agradeciendo al cielo y a mi anticipación por mis prácticos bolsillos, distribuí varias herramientas importantes entre ellos. Una de las más importantes, mi pequeño cuchillo de mano, me proveyó de una salida conveniente de la tienda de campaña. Después de cortar una larga abertura, devolví el cuchillo a mi bolsillo, recogí mi sombrilla y salí.

Cyrus había colocado mi tienda de campaña a alguna distancia de las demás en un prudente intento de darme tanta privacidad como la zona permitía. No era mucha, en su máxima extensión el *wadi* tenía sólo unos escasos treinta metros de ancho. La parte de atrás de mi tienda daba a la ladera pedregosa que bordeaba los acantilados. Llevando mis botas en la mano avancé a rastras a lo largo de su base. Incluso nuestros amigos egipcios hubieran llevado puestas sandalias aquí, puesto que el grueso recubrimiento que los años de ir descalzos habían desarrollado en las suelas de sus pies, era protección insuficiente contra las piedras afiladas que cubrían el suelo del cañón. Mis medias gruesas no me sirvieron mejor, pero no me atreví a ponerme las botas hasta después de haber recorrido alguna distancia y quedar oculta a la vista del campamento por una serie de peñascos.

El ambiente era extremadamente caliente y muy silencioso. La única sombra estaba en lo alto del la empinada ladera de piedras sueltas en la base del acantilado. Puesto que la premura era

imperativa, tuve que seguir el camino serpenteante entre las rocas de la parte más baja, ahora a pleno sol. Si no hubiera tenido tanta prisa habría disfrutado del paseo. Era la primera vez en muchos días que estaba sola.

Naturalmente mantuve un firme agarre en mi sombrilla y un ojo avizor en los alrededores, pero estaba más inclinada a confiar en ese sexto sentido que avisa de que acecha un peligro. Las personas como yo, que son sensibles a la atmósfera y que a menudo han sufrido ataques violentos, desarrollan este sentido en grado sumo. Rara vez me había fallado.

No puedo explicar por qué falló en esta ocasión. Sin duda estaba preocupada componiendo el discurso que pretendía darle a Kevin. Los hombres debían haber estado tumbados ocultos e inmóviles durante algún tiempo, pues ciertamente hubiera oído los sonidos de alguien bajando por la cuesta.

No salieron del escondite hasta después de que hube pasado al primero de ellos, así que cuando emergieron, simultáneamente, me encontré con la retirada cortada. Un segundo hombre apareció de un hueco frente a mí, otros dos aparecieron más adelante. Se veían muy semejantes con sus turbantes y sus túnicas mugrientas, pero reconocí a uno de ellos. Mohammed no había escapado después de todo. Tuve que admirar su persistencia, pero no me gustó la forma en que me sonreía.

La superficie del acantilado estaba dividida por innumerables grietas y hendiduras. Algunas de las rocas caídas eran lo suficientemente grandes como para ocultar no a uno, sino a varios hombres. ¿A cuántos adversarios debía derrotar? Agarrando con firmeza mi sombrilla, consideré las alternativas con una rapidez de pensamiento que mi prosa medida no puede tratar de reflejar.

Huir, en cualquier dirección, habría sido una insensatez. No podría escalar por la ladera de piedras lo bastante rápido como para librarme de aquéllos que me siguieran. Un rápido avance me habría enviado directamente a los brazos expectantes de dos adversarios, quienes ahora avanzaban lentamente hacia mí. Una retirada —no una huida, sino una retirada calculada y deliberada— hacia el este, en la dirección en que había venido, parecía ofrecer la mejor esperanza. Si pudiera deshacerme del único hombre que me obstruía el camino.

Pero al mismo tiempo que cambié mi sombrilla a mi mano izquierda y alcanzaba mi pistola, esa esperanza se redujo por el traqueteo y el crujido de las rocas. Otro hombre venía del este para apoyar a su compinche, y a una velocidad considerable. No había muchas oportunidades, me temí, de que pudiera dejar incapacitados o eludir a dos hombres

Un arma de mano es poco precisa a corta distancia, y sería mejor salir corriendo. Tendría que intentarlo, por supuesto.

El segundo hombre apareció ante mi vista, y mis dedos se congelaron en la culata de la pistola (que había cambiado de posición en mi bolsillo de una forma que no había previsto). El asombro paralizó cada uno de mis músculos. El hombre era Emerson, sin sombrero, con el rostro encendido y moviéndose sumamente rápido. Con un grito de:

—¡Huye, maldita seas! —se lanzó sobre el asombrado egipcio, que colapsó en tierra en una oleada de tela sucia.

Supuse que la orden iba dirigida a mí, y ciertamente, no estaba en posición de desaprobar la forma en que había sido expresada. La repentina aparición de Emerson y su brusca acción habían dejado a nuestros adversarios en una confusión momentánea, así que no tuve dificultad en dejar atrás al hombre que estaba más próximo a mí. Sin embargo se acercaban por detrás, y cuando Emerson me cogió de la mano y escapó, arrastrándome con él, estaba tan completamente de acuerdo con su decisión que deseé que lograra sobreponerse a sus prejuicios contra las armas de fuego. Un rifle hubiera sido particularmente útil justo entonces.

Estábamos más o menos a un kilómetro y medio del campamento y no veía cómo podríamos llegar sin que nos alcanzaran. ¿Había venido solo? ¿La ayuda estaba en camino? Las preguntas inundaron mi mente pero estaba demasiado sin aliento como para articularlas, lo cual probablemente estaba bien, porque Emerson no estaba obviamente de humor para aceptar un debate. Después de rodear un afloramiento de roca giró bruscamente a la derecha, me atrapó por la cintura y me lanzó hacia arriba por la cuesta rocosa.

—Sigue —jadeó, enfatizando la sugerencia con una fuerte palmada en cierta parte de mi anatomía—. A través de esa abertura. ¡Date prisa!

Mirando hacia arriba, vi la abertura a la que se refería: un irregular hueco negro en la superficie del acantilado. Era de forma casi triangular, estrechándose hacia una grieta que cambiaba a un ángulo afilado para finalizar en la parte superior de la cuesta. Sólo en su parte más ancha había hueco para que pasara un cuerpo. El mío pasó con un pequeño esfuerzo de voluntad por mi parte, y con una considerable asistencia de Emerson empujando desde atrás. No me resistí, aunque la perspectiva de agacharme en la oscuridad, sin tener ni idea de lo que había más allá por debajo, no era especialmente atractiva. No obstante, era más atractiva que la alternativa.

Aterricé algo forzadamente sobre una superficie irregular de cerca de un metro ochenta por debajo de la abertura. El suelo estaba cubierto de piedras y otros objetos que presionaron dolorosamente mis manos desnudas. Mientras luchaba por levantarme oí un crujido desagradable y un grito, seguido por un trueno de roca cayendo. Deduje que Emerson había pateado a uno de nuestros perseguidores en la cara. La confusión resultante le dio tiempo para hacer una entrada más digna en el hueco que la que yo había realizado con los pies por delante, se agachó a mi lado y durante algunos momentos le faltó demasiado el aliento como para hacer nada más que jadear con fuerza.

El espacio en el que estábamos era bastante pequeño. Inmediatamente detrás de nosotros el suelo se inclinaba bruscamente hacia arriba hasta el techo. La anchura no pasaba de metro y medio o metro ochenta, pero por la relativa regularidad de las paredes laterales deduje que debía de ser la entrada a una de las tumbas que Emerson había mencionado.

Emerson recobró el aliento.

—¿Dónde está esa ridícula pistola suya? —Fue su primera pregunta.

La saqué y se la di. Extendiendo su brazo fuera de la abertura, tiró del gatillo tres veces.

—¿Por qué está malgastando las balas? —Exigí—. Sólo hay seis en la pistola, y ni siquiera...

—Estoy pidiendo ayuda —fue la brusca respuesta.

Pedir ayuda no es algo que Emerson haga a menudo. En este caso parecía el único camino sensato. La entrada a la tumba era tan

estrecha y tan inconvenientemente situada que nuestros adversarios sólo podrían atravesarla de uno en uno, con el riesgo considerable de ser golpeados en la cabeza, uno a uno, por Emerson, mientras lo hacían, pero tampoco podíamos salir mientras estuvieran esperándonos. Emerson, por una vez, había aceptado lo inevitable, aunque obviamente no le agradaba.

—Oh —dije—. ¿Entonces ha venido solo?

—Sí —dijo Emerson, muy suavemente. Luego su voz se elevó a la altura de un rugido que ensordeció mis oídos—. ¡Condenada mujer tonta! ¿Qué diantres le ha poseído para hacer una cosa tan idiota?

Retrocedí, pero no fui muy lejos, las manos de Emerson salieron disparadas y agarraron mis hombros. Me estremecí como un terrier frente a una rata, gritando al mismo tiempo. Deformadas por el eco, las palabras eran relativamente ininteligibles, pero entendí la idea.

No creo que le hubiera pegado si muy involuntariamente, estoy segura, su violenta sacudida no hubiera puesto mi cabeza en contacto doloroso con la pared de detrás de mí. Había perdido mi sombrero durante nuestra huída y mi pelo había caído, así que no hubo nada para amortiguar el golpe. Dolió lo suficiente como para remover cualquier inhibición.

Podría haberle golpeado en respuesta. De todos modos, si yo no hubiera estado en un estado de excitabilidad emocional considerable (por varias razones) no lo hubiera hecho. Excepto por algunos gestos juguetones de muy distintas naturaleza (que son irrelevantes para esta narración) nunca había golpeado a Emerson. No habría sido un juego golpear a un adversario que es incapaz de responder. Ciertamente no tuve intención de pegarle en la cara. Mi descontrolado golpe aterrizó justo en su mejilla vendada.

El efecto fue notable. Con un largo jadeo de dolor (y, supongo, de furia), desvió su agarre. Un brazo rodeó mis hombros, el otro mis costillas. Tirando de mí hacia él, presionó sus labios en los míos. Él NUNCA me había besado así antes. Entre la dura fuerza de su brazo y la presión de su boca, mi cabeza se dobló hacia atrás en un ángulo tal que sentí que mi cuello se iba a romper. Entre la barrera inquebrantable de la pared a mi espalda y los músculos duros de su cuerpo, el mío estaba aplastado como en un tornillo de banco. Debido a la constante práctica y el estudio asiduo, los talentos

naturales de Emerson para besar han sido afilados en extremo, pero él nunca me había besado ASÍ antes (y ciertamente esperaba que él nunca hubiera besado a OTRA así antes.) Mis sentidos no estaban siendo cortejados amablemente, estaban siendo asaltados, dominados con maestría, doblegados.

Cuando finalmente me dejó ir, me habría caído si no hubiera sido por la pared contra la que me apoyaba. Cuando el rugido de la sangre en mis oídos se apaciguó, oí otras voces, gritando con duda y alarma. Alzándose sobre todas ellas había una voz que debía ser la de Cyrus, pues gritaba mi nombre, aunque apenas la había reconocido dadas las circunstancias.

—Estamos aquí —gritó Emerson a través de la abertura—. Sanos y salvos. Quédense ahí, la sacaré fuera.

Luego se volvió hacia mí.

—Perdóneme —dijo en voz baja—. Esa fue una acción imperdonable para un caballero... como, a pesar de algunas excentricidades de comportamiento, me gusta considerarme a mí mismo. Tiene mi palabra de honor de que no volverá a suceder.

Estaba demasiado estremecida para contestar, lo que probablemente fue lo mejor, pues si tuviera que haber expresado impulsivamente lo que pensaba, hubiera dicho:

—¡Oh, sí, lo hará... si es que tengo algo que decir al respecto!

Capítulo 12

"Una vez un hombre ha tomado un refrigerio en tu casa y una silla en tu salón, una se siente menos inclinada a tirarlo a un estanque."

No tuve más remedio que confiarme a Cyrus.

—Tenía que ver a Kevin O'Connell —expliqué—. Le dije que podría presentarse, y por eso hizo que Selim me entregara un mensaje suyo ayer.

Me senté en una silla plegable a beber té, pues me sentía con derecho a un fuerte reconstituyente. Emerson, como no, había vuelto de inmediato al trabajo, Cyrus no le había seguido, en ese momento estaba sentado de manera poco elegante en la alfombra a mis pies como un guerrero caído, con la cara oculta en los brazos. Le di un suave golpe con el dedo del pie.

—Lo que necesita —dije— es una buena taza de té caliente.

Cyrus se dio la vuelta y se enderezó. Su cara aún estaba sonrojada, aunque el lívido color que había exhibido originalmente de alguna manera se había desvanecido.

—Nunca he sido un hombre dado a la bebida —dijo, esforzándose por controlar la voz—. Pero comienzo a entender por qué se puede sentir un hombre inclinado a beber. Ni hablar del maldito té. ¿Dónde está esa botella de brandy?

Por supuesto, sólo estaba bromeando. Le tendí una taza de té.

—Concédame el beneficio de su consejo, Cyrus. ¿Qué voy a hacer con Kevin?

—Amelia, es usted la más... No tiene igual. Usted... usted...

—Ya hemos tenido esa conversación, Cyrus. Le dije que sentía haberlo preocupado, pero como puede ver, todo fue para bien. ¡Hemos capturado a Mohammed! ¡Un enemigo menos! Y tan pronto como se le cure la nariz rota, podremos interrogarlo y descubrir quién le contrató.

—Uno menos —dijo Cyrus con pesimismo—. ¿Cuántos faltan? Si va a correr el riesgo de reunir a los demás, mi corazón no aguantará la presión. Le vuelve a sangrar el labio, querida, no puedo soportar verlo.

—El líquido caliente debe haber abierto el corte —murmuré, presionando la servilleta contra el labio—. No es una herida que haya sucedido en la línea de batalla, ¿sabe?, tan sólo es un... un labio mordido.

Nos quedamos los dos en silencio durante un momento pensando, estoy segura, cosas muy distintas. Entonces me sacudí ligeramente y dije con eficiencia:

—Ahora, si volvemos al tema de Kevin.

—Me gustaría matar a ese joven granuja —musitó Cyrus—. De no haber sido por él... Muy bien, Amelia, muy bien. ¿Dónde está y qué quiere que haga con él?

Le expliqué la situación.

—Así que —concluí—, es mejor que nos vayamos de inmediato.

—¿Ahora? —exclamó Cyrus.

—Sin duda. Si nos damos prisa podremos regresar antes de que oscurezca. No espero que vuelvan a atacarnos otra vez tan pronto, los hombres que escaparon apenas pueden haber tenido tiempo para informar del fallo. Sin embargo, es difícil caminar en la oscuridad.

Cyrus dejó la copa con una sardónica sonrisa y se puso de pie.

—¿Va a decírselo a Emerson?

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Estoy segura de que él ya le ha advertido a usted que no me pierda de vista.

—No tuvo que hacerlo —dijo Cyrus, ya no sonreía. No había necesidad de que dijese nada más, su firme mirada y sus labios firmemente sellados proclamaban su resolución. El que se hubiese quitado la perilla había sido, sin duda, una mejora. Me recordaba a aquellos sheriffs fuertes y silenciosos sobre los que había leído en las historias de ficción americana.

Me dejó después de prometerme que estaría listo en cinco minutos.

Yo no necesité mucho más tiempo. Recogí las cosas del té y me até mi cinturón, luego me saqué del bolsillo el pequeño objeto que habían encontrado mis inquietas manos en el suelo cubierto de

rocas de la tumba. Mi tacto estaba entrenado por años de experiencia, por la forma había sabido que no era una piedra sino un objeto moldeado por el hombre, y el mismo instinto entrenado me había inducido a deslizarlo en mi bolsillo.

Era un anillo biselado de loza barata, como aquellos que se encontraban en los pueblos de los trabajadores o cualquier otro sitio.

Algunos llevaban el nombre del faraón reinante, otros estaban adornados por imágenes de distintos dioses. Aquel pertenecía a la segunda variedad. La imagen era de Sobek, el dios cocodrilo.

* * *

Aquella vez no solo me acompañó Cyrus, sino también dos de sus hombres. Era una precaución innecesaria, estaba segura, pero los hombres siempre han disfrutado estando alrededor de armas y flexionando sus supuestos músculos, así que no vi razón alguna para negarles aquel ejercicio inofensivo. Tal y como esperaba, el viaje fue sin incidentes y tras saludar a Selim, que salió de su escondite cuando nos vio, emergimos de la boca del *wadi* y anduvimos la corta distancia hasta la pequeña casa de adobe.

Kevin se había puesto cómodo, sin duda. Lo encontramos sentado a la sombra sobre una mochila frente a la casa, leyendo una novela de esas baratas y sensacionalistas, un vaso en una mano y un cigarro en la otra. Fingió seguir leyendo hasta que casi estuvimos encima de él, entonces se puso en pie de un salto con un teatrero y poco convincente sobresalto de sorpresa.

—Seguro que es uno de esos milagros lo que veo ¡una visión de belleza como las huríes en el paraíso musulmán! Permítame desearle buenas tardes, señora Emerson, querida.

Cuando se acercó a recibirme el sol hizo resplandecer su cabello y enrojeció sus quemadas mejillas. Aquellas pecas, la nariz respingona, la halagadora sonrisa y los grandes ojos azules conformaban la irresistible imagen de un joven caballero irlandés, y despertaron una urgencia irresistible en mi pecho. No intenté resistirme a ella. Le golpeé el extendido brazo con mi sombrilla.

—¡No soy su querida, y ese acento irlandés es tan falso como sus pretensiones de amistad!

Kevin retrocedió frotándose el brazo, y Cyrus, incapaz de ocultar su sonrisa, dijo:

—Creí que iba a usar una amable persuasión. Si quería que le dieran una paliza al tipo, yo mismo podría haberlo hecho por usted.

—Oh, querido —dije, bajando la sombrilla—. Temo que en el estrés de la emoción me he olvidado del objetivo. Deje de encogerse, Kevin, no volveré a pegarle. A menos que me haga enfadar.

—Le aseguro que es algo que me gustaría evitar hacer —dijo Kevin con gran seriedad—. ¿La haría enfadar el que le ofreciera una silla, o más bien una mochila? Me temo que no tengo asientos necesarios para sus acompañantes.

Cyrus ya le había hecho un gesto a sus hombres para que tomaran posiciones a ambos lados de la pequeña estructura, donde pudieran verme desde todas direcciones.

—Yo me quedaré de pie —dijo de manera cortante.

—Por supuesto, recordará al señor Vandergelt —le dije a Kevin, aceptando el asiento que me había ofrecido.

—Ah, pensaba que me era familiar. Han pasado unos cuantos años, y al principio no le reconocí sin la perilla. ¿Cómo va todo, señor? —Comenzó a ofrecerle su mano pero la fría mirada de Cyrus le hizo pensarlo mejor—. ¿Y cómo está el profesor? —continuó Kevin, acuclillándose a mis pies—. ¿Recuperado totalmente, espero, de su... eh... accidente?

—Tengo que concedérselo, Kevin —dije—. No se anda con rodeos. No fue un accidente, como usted bien sabe. Creo que usted lo llamó la maldición de los antiguos dioses de Egipto. Sin duda sus lectores deben estar cansados de maldiciones.

—¡Ay...! quiero decir, oh, no, señora. Los lectores nunca se cansan de leer sobre misterios y sensacionalismos. Por cierto, usted y yo somos más sensatos, y me encantaría aclarar las cosas si conociera los hechos.

Seguía acunando el brazo. Sabía de buena mano que Kevin habría considerado un brazo roto, o menos, uno ligeramente magullado, como un intercambio justo por la historia que deseaba, así que no me conmovió su mirada de herido reproche.

—Le prometo que será el primero en conocer los hechos, tan pronto como puedan hacerse públicos.

El reprensible joven soltó un pequeño cacareo de satisfacción.

—¡Ajá! Así que hay cosas que aún no se conocen. No se moleste

en negarlo, señora Emerson, y no se muerda ese precioso labio suyo. Un hecho en particular que no puede dejar de capturar la imaginación del público lector, ya me es conocido, pues he pasado varios e instructivos días en El Cairo conversando con amistades mutuas.

Pretender saber cosas para engañar y hacer que la víctima lo admitiese era un viejo truco de periodistas y otros villanos. Me reí suavemente.

—Supongo que se refiere al incidente que sucedió en el baile. Fue tan sólo una broma tonta...

—No nos vayamos por las ramas, señora E. Me refiero a la pérdida de memoria del profesor.

—Maldita sea —exclamé—. Los pocos que lo sabían juraron guardar el secreto. ¿Quién...?

—Vaya, ya sabe que no puedo revelar mis fuentes.

Me había cogido, y lo sabía. Su amplia sonrisa tenía el impertinente buen humor de un pequeño y despreciable brownie

[2] irlandés.

En realidad yo tenía una buena idea de quién había "descubierto el pastel", por usar un coloquialismo americano. El único amigo que Kevin y yo teníamos en común que sabía la verdad era Karl von Bork. La relación de Kevin con los otros arqueólogos era superficial y en su mayor parte hostil. Kevin conocía a Karl de sus días en la casa Baskerville, cuando Karl se llevó a la chica que ambos querían, y sin duda le había proporcionado a Kevin una gran satisfacción el haber engañado al inteligente aunque idealista alemán para que confesase más de lo que pretendía.

Cyrus, que había estado escuchando en silencio, habló en ese momento.

—Se está haciendo tarde, Amelia. Dígale que se vaya o déjame golpearle en la cabeza. Mis hombres pueden mantenerlo prisionero aquí hasta que decida...

—No perdamos los estribos —exclamó Kevin con los ojos como platos—. Señora Emerson, señora, usted nunca permitiría...

—Cuando las apuestas están tan altas, puede que no sólo permita sino que hasta aliente una solución así. Odiaría arriesgarme a que llevaran a Cyrus a juicio y que se ganase un montón de

publicidad desagradable por mí... en aras de nuestra amistad, pero yo cometería actos incluso más despreciables para evitar que esta noticia se hiciese pública. Me gustaría poder apelar a su sentido del honor, pero me temo que no tiene; desearía poder confiar en su palabra, pero no puedo.

Me puse en pie con un aire de irrevocabilidad. Cyrus se llevó el rifle al hombro.

—No va dispararle —expliqué cuando Kevin soltó un balido de alarma—. Al menos no creo que lo haga. Cyrus, dígale a sus hombres que lo traten con tanta gentileza como puedan. Kevin, vendré de vez en cuando para ver cómo le va.

En ese momento Kevin demostró ser el hombre que yo siempre había creído que era, a pesar de las pruebas que evidenciaban lo contrario. Se rió. Considerando las circunstancias, fue una imitación bastante convincente de indiferente alegría.

—Usted gana, señora E. No creo que lo diga en serio, pero prefiero no correr el riesgo. ¿Qué debo hacer?

Sólo había una única solución. Si Kevin me daba su palabra de no decir nada sería sincero por completo... en ese momento. Al igual que Ramsés y, me temo, que muchas buenas personas, siempre podría encontrar una excusa engañosa para hacer lo que había prometido no hacer si deseaba con ansias hacerlo. Debíamos mantenerlo confinado, y la prisión más segura a disposición era el *wadi* real.

Tuve que ralentizar mis pasos para igualar los de Kevin, él no estaba tan bien entrenado como creía.

Si no estuviera tan molesta con él, le habría dado un pequeño y amigable sermón sobre las ventajas del entrenamiento físico. En ese momento limité mi sermón a asuntos más importantes, y no fue amigable. Concluí informándole que si le daba cualquier información a Emerson (pues una prohibición directa parecía el camino más corto), nunca jamás le hablaría ni me comunicaría con él.

Una mirada de tristeza y un sonrojo de vergüenza se extendió por la cara del joven hombre.

—Puede creerlo o no, señora Emerson —dijo, con una bien educada voz sin el menor rastro de acento— pero esos actos son demasiado despreciables incluso para que yo los cometa. En

nuestras batallas de ingenio hemos sido oponentes dignos, e incluyo al profesor, quien me ha hecho parecer un idiota tanto como yo lo he hecho sentir avergonzado. He disfrutado en mis competiciones de ingenio con los dos, y aunque puede que no lo admita, creo que usted también. Pero si pensara que cualquier acto mío podría causarle un grave daño a su mente o cuerpo, ninguna recompensa prometida, por muy grande que fuese, podría inducirme a cometerlo.

—Le creo —dije. Y en ese momento lo hacía.

—Gracias. Así que, entonces —dijo Kevin, con las viejas formas —. ¿Cómo va a explicar mi presencia?

—Que Emerson no lo reconozca es un problema, pero su opinión sobre los periodistas no ha cambiado. Usted no puede pasar por arqueólogo, no sabe nada de excavaciones.

—Puedo decir que me he roto el brazo —sugirió Kevin, dirigiéndome una mirada elocuente.

—Podría tener dos brazos rotos y el mismo número de piernas rotas. Emerson le interrogaría y usted revelaría su ignorancia. ¡Ah¡ ¡Lo tengo! ¡La respuesta perfecta!

* * *

—¿Un detective? —La voz de Emerson se fue haciendo más audible con cada sílaba—. ¿Para qué diablos queremos un detective?

Cuando lo expuso de aquella manera, me encontré en apuros para hallar una respuesta sensata. Por lo tanto, respondí de manera que estaba segura lo distraería.

—Ciertamente usted no parece estar haciendo muchos progresos en resolver nuestro pequeño misterio. Tantas interrupciones se están volviendo una molestia.

Me encantó observar a Emerson intentar decidir qué provocación contrarrestar primero. No creí que fuera capaz de resistirse a jugar con la palabra “molestia”, aplicándola, sin duda, a mí, pero quizás fue incapaz de componer una réplica lo suficiente punzante de improviso. En lugar de eso se puso a la defensiva, lo que, como bien podría haberle dicho, siempre era un error.

—Cogí a uno de los cerdos, ¿no es así?

—”Coger” es una palabra poco apropiada. No debería haberle pateado tan fuerte. No puede hablar de manera inteligible con la

nariz y la mandíbula inmovilizadas, y además...

Emerson puso los ojos en blanco, alzó las manos y pasó echando humo junto a Kevin, quien, habiéndose retirado a una distancia prudente durante la discusión, regresó y se sentó en la alfombra a mis pies.

—Se parece bastante al viejo él. ¿Está segura de que...?

—Difícilmente podría equivocarme. Recuerde lo que le dije. Un lapsus y dejaré que Cyrus se encargue de usted como propuso. Y no olvide llamarme señorita Peabody.

Quizás fuera el brillo del sol lo que había suavizado las facciones del joven periodista, pero su voz fue igual de apagada cuando dijo:

—Ese debe haber sido el trozo menos agradable de todos, señora. Cómo puede haber olvidado a una persona como usted...

—No deseo su simpatía, Kevin. Quiero, insisto, su cooperación.

—La tiene señora... señorita Peabody. Supongo que no tiene objeciones a que hable con los otros, ¿con Abdullah, por ejemplo? Después de todo —añadió graciosamente— si se supone que soy un detective, deberé interrogar a la gente.

Era un buen punto. Ahora que era demasiado tarde, deseé haber pensado en un personaje distinto para Kevin, el de un analfabeto sordomudo, por ejemplo.

—¡Oh, qué tela tan enmarañada tejemos cuando practicamos por primera vez el arte del engaño!

Tomando mi perplejo silencio como consentimiento, Kevin se alejó con las manos en los bolsillos, los labios emitiendo un alegre silbido, y pensé en aquel último engaño y a dónde podría llevarnos.

Kevin ya conocía el hecho que había querido esconder de él con mayores ansias. Aún así parecía ser ignorante de otros hechos igualmente importantes, y esos estaba dispuesta a ocultárselos a cualquier coste. Kevin caería sobre la historia del Oasis Perdido como un perro sobre un oloroso hueso maduro, pues era justo el tipo de cuentos fantásticos en los que estaba especializado. La más ligera pista sería suficiente para hacerlo saltar, no se molestaría en corroborarlo, pues la ficción era tan buena como la verdad según los estándares de su profesión. Repasé veloz la lista de personas presentes para asegurarme de que no había peligro de exposición por su parte.

Emerson sólo sabía del asunto lo que yo le había contado y no se

sentía inclinado a creerlo. En cualquier caso, Kevin era la última persona con quien discutiría el tema. No tenía dudas de la discreción de Cyrus. Renè y Charles eran inconscientes, al igual que Abdullah. Bertha mantenía que su "maestro" no le había contado nada. Si mentía... bueno, ella tenía buenas razones para permanecer reticente en aquel asunto. Admitir un conocimiento que había afirmado no conocer probaría que era una mentirosa, y delataría el secreto que su maestro no deseaba más que nosotros que se conociese.

Mi razonamiento era irrefutable. Aliviada de aquella ansiedad (¡y si el resto fuera tan fácil de hacer desaparecer!) fui a echar un vistazo a mi último paciente.

Uno de los hombres de Cyrus montaba guardia fuera del refugio que habíamos levantado para Mohammed. No había necesidad, el rufián estaba tan lleno de láudano que no se habría despertado aún si alguien prendiese fuego a su cama. Odiaba malgastar mis suministros médicos en un espécimen tan vil, pero había sufrido un agudo dolor e incluso aunque la piedad no hubiese atemperado mi ira, no podría haberle colocado la nariz rota mientras se retorcía y gritaba. Creía que la mandíbula sólo estaba magullada, pero ya que no podía estar totalmente segura también la había vendado.

Era una visión espantosa, allí acostado sobre la pila de de alfombras. Ni la caridad cristiana ni las éticas de la profesión en la cual me consideraba una médico formalmente no cualificada aunque capaz, podría haberme hecho tocar la bata andrajosa e infestada de pulgas o lavar el sucio cuerpo. El yeso que le había aplicado en la nariz sobresalía como un grotesco pico de algún monstruo mitológico, burdos mechones de pelo se erizaban en ángulos extraños por debajo y por encima de los vendajes que le cubrían la mayor parte de la mitad inferior del rostro. Una hendidura blanca refulgía bajo cada párpado. La boca abierta y jadeante enseñaba unos dientes color canela y podridos. La luz del farol lanzaba sombras que intensificaban cada horrible rasgo y hacía que la abierta caverna de su boca pareciera un hueco negro.

Le tomé el pulso y escuché su respiración. No había nada más que pudiera hacer, sólo el tiempo y un buen montón de suerte completarían la cura. Recé sinceramente para que se recobrase, pero debo decir que la caridad cristiana tuvo muy poco que ver con

aquel rezo.

Cuando salí el anochecer estaba bastante avanzado, pero la luz del farol que llevaba me mostró una forma que se retiraba. El revoloteo de faldones delató su identidad, ninguno de los hombres caminaba como ella. No la había oído hablar con los guardias, así que debía haberse apartado tan pronto como se dio cuenta de que era yo quien estaba dentro.

Me apresuré tras ella.

—¡Bertha! Espere, quiero hablar con usted. ¿Qué está haciendo aquí?

Tenía una postura sumisa, las manos agarradas, la cabeza inclinada. Con voz suave me dijo:

—Me gustaría ayudarla a cuidar al hombre, *Sitt*. No hay mucho que pueda hacer para mostrar mi gratitud, pero soy hábil en los trabajos de mujeres.

Era como si se hubiera deshecho de su herencia europea deliberadamente. La voz, los modales, la forma de hablar eran, con cada día que pasaba, más y más egipcios. Como era de esperar, aquello me irritó hasta el extremo.

—No hay ningún trabajo que no pueda ser hecho por una mujer —dije—. Tendremos que tener una pequeña charla sobre eso algún día, Bertha. Ahora puede ayudarme mejor si sigue rebuscando en su memoria. Cualquier cosa que pueda recordar podría ser importante, incluso aunque a usted le parezca sin sentido.

—Lo intento, *Sitt* —murmuró.

—¡Y no me llame *Sitt*! Señorita Peabody valdrá, si no puede retorcer su lengua alrededor de pila. Ahora vámonos. El hombre herido no necesita ninguno de los servicios que pueda darle.

Un pequeño jadeo de lo que sonó como diversión salió de sus labios. Concluí que debía haber sido un golpe de tos ahogado, pues nada que yo hubiese dicho podría haber provocado risa.

Cuando nos reunimos para la cena, Kevin ya se había congraciado con Renè y Charlie. No sabía cómo lo había logrado con Renè, pero se había ganado el corazón de Charlie profesando una pasión por los coches de motor.

—Son la energía del futuro —exclamó Kevin con entusiasmo—. La máquina de combustión interna Daimler...

—¿Pero ha visto el Panhard? —le interrumpió Charlie—. La

transmisión con engranajes deslizantes...

Siguieron hablando de manera incomprensible de cosas como embragues y engranajes, mientras Bertha se cernía sobre el hombro de Renè y Emerson nos lanzaba miradas fulminantes de manera imparcial a todos nosotros y yo... yo miraba a Emerson. Parecía ponerlo bastante nervioso, pero no vi nada que me lo impidiese.

Apenas me había hablado desde el emocionante encuentro en la tumba, a excepción de cuando el perder los estribos por la llegada de Kevin superó su reticencia. Al principio me había sentido un pelín descorazonada por su disculpa y consiguiente silencio, yo soy bastante romántica, y había esperado que aquel abrazo apasionado rompiera los lazos que mantenían su memoria esclavizada. Schadenfreude había dicho que no lo haría, de hecho, me advirtió con mucha vehemencia contra la aplicación de un procedimiento así. Aparentemente, el doctor estaba en lo cierto.

Sin embargo, al repasar el incidente sentí que me proporcionaba un poco de ánimo. Podía interpretarse como marcar un paso hacia delante en la relación que yo, de acuerdo con las instrucciones del doctor, intentaba recrear. La irritación había reemplazado a la indiferencia inicial de Emerson, ahora estaba lo suficientemente interesado en seguirme y arriesgarse para salvarme. Estaba preparada para admitir que habría hecho lo mismo por Abdullah o cualquier otro de los hombres, pero ninguna combinación de alivio y enfado le habrían inducido a tratar a Abdullah como me había tratado a mí.

Sin embargo, el beso podría haber significado menos de lo que esperaba. Sabía, y tenía razones, que Emerson era un individuo de sangre caliente. La mera proximidad de una mujer que, aunque no fuese irresistiblemente bonita, fuera considerada por otros como digna de admiración, podría haber sido suficiente para inspirar una respuesta así en un hombre que estaba bajo un considerable estrés emocional.

¿Me atrevería a admitir la verdad? No veo motivos para no hacerlo, ya que estos diarios no serán leídos por otros ojos hasta que logre encontrar un editor digno de ellos (un procedimiento más difícil de lo que había pensado), y no hasta que no haya pasado por una considerable revisión. Deseé y recé porque la memoria de Emerson regresase, pero lo que realmente quería que regresara era

su amor por mí, ya fuese porque lo recordara o porque se forjase otra vez. Ese matrimonio de mentes, basado en una confianza y respeto mutuos (y en otro tipo de atracción cuya importancia yo sería la última en negar) lo era todo para mí. De una forma u otra estaba decidida a recuperarlo y no me importaba realmente cómo lo hiciera. Podría ser un poco difícil explicarle a un hombre que acabara de proponerme matrimonio por primera vez, como él pensaría, que ya tenía un hijo de once años. Sería una gran conmoción recibir el enorme impacto de Ramsés de golpe, en lugar de irse acostumbrando poco a poco a él. No obstante, podría y lo haría lidiar con dificultades mayores que esa, si tan solo... Y así mis emociones oscilaban de un lado al otro como el péndulo de un reloj, ahora subían, ahora bajaban. Tan absorbida me encontraba en mis pensamientos, y en mi contemplación de la espléndida y ceñuda fisonomía de Emerson, que no me di cuenta de que Cyrus se acercaba hasta que una suave tos me hizo levantar la mirada.

—Un penique por sus pensamientos —dijo—. O la cantidad que quiera; deben de ser angustiantes, a juzgar por su cara.

—Únicamente confusos —dije—. Pero los aclararé, Cyrus, no tema. Una vez que Mohammed pueda hablar, puede que encontremos una solución para nuestras dificultades actuales. Es una lástima que fuesen su nariz y su boca las que sufrieran el golpe.

Emerson, que había estado escuchando descaradamente, se tomó aquello como otra de las críticas no tan veladas. Frunciendo el ceño aún con más fiereza, se levantó y comenzó a alejarse a zancadas.

—No se aleje —grité—. En breve serviremos la cena.

No hubo contestación, ni siquiera un gruñido.

—Tengo algo que podría animarla —dijo Cyrus—. Mi sirviente ha estado recogiendo el correo, como siempre, y me trajo las cartas más recientes esta tarde.

—¿Vino hasta aquí? —Tomé el paquete que me tendía—. Cyrus, es usted el hombre más considerado del mundo.

—Bueno, supuse que estaría desando saber qué estaba pasando en la vieja y alegre Inglaterra. Yo también tengo un poco de curiosidad, así que...

—Por supuesto. No tengo secretos para usted, Cyrus. Pero veo que la cena está lista, esperaré hasta después para leer esta epístola en particular, creo que no sólo es gruesa sino que me temo podría

estropearme el apetito.

Por la mirada de admiración de Cyrus pude ver que se tomaba aquello como una demostración de flema británica. En realidad, sentía una cobarde reluctancia a leer la última creación literaria de Ramsés, en la cual esperaba que sólo me contara un gran número de cosas angustiantes sobre las que no podía hacer nada. Si hubiera ocurrido algo serio, Walter habría mandado un telegrama.

Por lo tanto, tras una comida que nadie, a excepción de Kevin, parecía con ganas de comer, nos dispersamos. Emerson no se había unido a nosotros. Supuse que habría cenado con Abdullah y los demás. Ante mi invitación, Cyrus me siguió a la tienda.

El paquete contenía dos cartas procedentes de Chalfont. Reconocí la delicada y precisa letra de Evelyn en una, y decidí guardarla como un capricho, o un antídoto, para después de haber leído la de Ramsés.

"*Queridísimos mamá y papá. Siento deciros que Gargery sigue sin ser un héroe. Sin embargo, tenemos otra heroína.*

Nunca pensé que la tía Evelyn fuera tan capaz. Ha sido una experiencia saludable y humilde para mí y me enseñará, eso espero, a cuestionarme aún con mayor rigurosidad los falsos estereotipos que mantiene nuestra sociedad acerca del comportamiento y el carácter de las mujeres. Yo mismo siempre me creí libre de dichos prejuicios y ciertamente así debería ser, con el ejemplo de anormalidad que mamá siempre ha sido para mí. ¡De qué forma tan curiosa funciona la mente humana! Parece capaz de pasar por alto cualquier prueba que suponga un conflicto, no sólo con sus propios deseos, sino con las creencias preconcebidas tan profundamente asentadas e inconscientemente inculcadas que ya no se reconocen como irracionales. Examinándolo a la fría luz de la razón..."

Antes de girar la página, la cual finalizaba con la última frase que he citado, controlé mi carácter. No serviría a ningún propósito que me descontrolase, puesto que el objeto de mi ira estaba fuera de alcance. Debía haber estado leyendo los artículos psicológicos que le había prohibido estrictamente leer. ¿O no? Seguramente había tenido la intención de hacerlo, ya que algunas de las teorías expresadas eran demasiado sorprendentes para la mente de niños inocentes. No obstante, no podía estar segura. Decirle a Ramsés lo que no debía hacer era un proceso que requería mucho tiempo, y

era casi imposible seguirle el ritmo porque siempre estaba pensando en nuevas atrocidades que cometer.

Dándome cuenta de que estaba dejando que mi mente se desviara, igual que había hecho Ramsés, seguí leyendo.

"... muchas de esas creencias no se sostienen ni por un momento. De hecho, no son más que tontas supersticiones. Entonces, ¿de dónde proceden? Confieso que aún no he encontrado la respuesta.

Es particularmente mortificante descubrirlos en una mente tan racional como la que siempre he pensado que era la mía.

Me encantaría discutir este tema con vosotros, mis queridísimos mamá y papá, pues me interesa en gran medida, pero quizás no es el momento apropiado, pues debéis estar preguntándoos qué incidente en concreto provocó mis especulaciones.

Quizás recordéis que en mi última carta describí el curioso incidente de los perros que ladraban por la noche. Puesto que ladrar era para todo lo que servían, determiné, como creo haber mencionado, que me gustaría tomar medidas para encontrar una variedad más efectiva de animales de guardia.

Veréis, tuve una espantosa premonición..."

Yo también la había tenido.

—Oh, no —jadeé.

—¿Qué? —gritó Cyrus, apenas menos agitado que yo.

*"... una espantosa premonición de que no habíamos visto la última de las invasiones nocturnas. Estaba seguro de que sería imposible convencer al tío Walter de la lógica de mi decisión, así que tuve que llevarlo a cabo por mí mismo, y fue un maldito inconveniente tener que esperar a que todos se fueran a dormir antes de arrastrarme fuera para dejar... (*se me rompe la voz*) dejar...salir... al león... de..."*

—¡Por Dios Todopoderoso! —exclamó Cyrus—. ¡Por piedad, continúe Amelia, no puedo soportar el suspense!

"... su jaula, y luego despertarme al alba para llevarlo de vuelta antes de que otros miembros de la casa lo descubrieran. Nefret me ayudó muy amablemente..."

De nuevo la emoción me abrumó.

—Otra más —dije con voz hueca—. Pensé que uno era lo bastante malo y ahora... Perdóneme, Cyrus. Intentaré no volver a venirme abajo.

"...me ayudó en dos ocasiones. Dijo que estoy creciendo y que

necesito dormir. No hace falta decir, mamá y papá, que lo acepté sin ningún resentimiento, en consonancia con la que era su intención.

Naturalmente había encerrado a los perros y advertido a Bob y a Jerry para que se encerrasen a sí mismos en la casa del guardia mientras el león estaba fuera. Estuvieron de acuerdo en que era un proceso sensato.

El tío Walter me ofendió mortalmente. Sus comentarios sobre el tema del león fueron innecesarios, injustos y extremadamente maleducados, particularmente en vistas del hecho de que mi previsión evitó, o al menos ayudó a evitar, un incidente que podría haber resultado desastroso.

Habiendo anticipado tal acontecimiento, fui el primero en despertar cuando los penetrantes gritos de una mujer en el extremo último del terror, mezclados con los gruñidos de un gran felino, ¡rasgaron la noche!

Por supuesto, había dormido vestido, para así estar totalmente preparado y listo para la acción, tan sólo me llevó un momento manotear hasta encontrar el arma que había dejado a mano (el atizador de la chimenea) y correr escaleras abajo.

La luna iluminaba con una fría luz la tierra (la cual, de hecho, estaba cubierta de escarcha, pues había sido una fría noche). Los contornos de la gran bestia de la jungla y su presa se destacaban con nitidez.

Apresurándome hacia el grupo con el atizador listo, contemplé la de alguna forma desconcertante visión. Había suficiente luz para que pudiera discernir los rasgos de la persona que yacía tendida de costado entre las garras del león. Con un sobresalto de disgusto, la reconocí como Ellis, la nueva doncella de tía Evelyn.

En realidad, el león probablemente no le había hecho daño. Era cierto que estaba gruñendo, pero el sonido contenía un toque de pregunta más que de ferocidad. Tuve la clara impresión de que no sabía qué hacer a continuación. Ellis se había desvanecido, lo que fue, sin duda, un movimiento sensato por su parte.

Mientras pensaba cuál era la mejor manera de proceder, vi a Nefret correr hacia mí, sus pequeños pies desnudos silenciosos sobre la hierba. Su pelo suelto ondeaba tras ella, color plata y dorado bajo la pálida luz, su ligero camisón se inflaba alrededor de sus esbeltos miembros. Era una visión de... (Aquí había algo borrado. Ramsés continuaba.*)... de eficiencia femenina. Tenía un cuchillo en la mano.*

Con su ayuda, persuadí al león para que abandonase su nuevo

juguete. Se alejó gruñendo en voz baja, con los dedos de Nefret retorcidos con cariño en su melena. Las alusiones literarias que se me ocurrieron, sin duda también se te habrán ocurrido a ti, mamá, así que no gastaré papel en describirlas.

Me puse en marcha para conseguir que Ellis recuperara la consciencia, pero no tuve tiempo sino de abofetearla una vez antes de oír un jaleo considerable proveniente de la casa. Había esperado alguna reacción de aquella parte, pero me sorprendió que no hubiese ocurrido antes, pero supongo que las acciones que he descrito sólo ocuparon unos pocos minutos. ¿No es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando uno se encuentra ocupado con actividades interesantes?

Los sonidos que oí me sugirieron algo más serio que la indignación del tío Walter al ser despertado. Aquellos gritos eran estridentes, femeninos, deduje. Así que dejé a Ellis, y me apresuré a determinar el origen.

Como sabréis, la mayoría de las ventanas del castillo son estrechas y pequeñas. La sala de estar es la única que ha sido modernizada; sus ventanas dan hacia el jardín de rosas. Era desde aquella habitación de donde provenía el ruido, y cuando crucé el jardín me sentí afligido al notar que las ventanas estaban abiertas. La habitación estaba a oscuras y al principio no pude discernir qué pasaba: movimientos rápidos, jadeos y exclamaciones de dolor y esfuerzo fue todo lo que escuché. Entonces, los combatientes, pues eso eran, se acercaron a la ventana. Se me cayó el atizador de la paralizada mano cuando los identifiqué.

Uno era un hombre, un tipo descomunal vestido con una corta y pomposa chaqueta y una capucha calada baja sobre los ojos. Sostenía un garrote o un palo grueso, con el cual parecía protegerse de los golpes que le eran dirigidos por...

Pero sin duda os habéis anticipado a mí. El gorro de dormir de la mujer se le había caído y le colgaba de las cintas, el trenzado pelo le caía sobre los hombros. Su cara estaba fija en un feroz gruñido. Distaba mucho de su normal apariencia suave. El instrumento con el que fustigaba al cobarde villano parecía, y así demostró ser, una sombrilla.

Me recuperé a mí mismo y al atizador y me apresuré a ayudarla. Ella no lo necesitaba, pero el granuja habría huido de ella si yo no le hubiera puesto la zancadilla. Lo retuvimos entre los dos. Rasgando la faja de la bata, la tía Evelyn me pidió que le atara los brazos.

Fue en este momento cuando el tío Walter llegó a la escena, seguido

de Gargery y Bob, ambos portando sendos faroles. Habían estado vagando por los terrenos, inseguros de dónde estaba teniendo lugar la acción. (Vagar produce una impresión errónea, de hecho, pues era obvio, debido a la apariencia del tío Walter, que había estado corriendo tan rápido como podía, aunque con poco efecto. Al igual que papá, no le gusta que lo despierten de repente y es lento en reaccionar.)

Bob encendió las lámparas y Gargery terminó de atar las manos y las piernas de nuestro ladrón. Esto se produjo bajo mi dirección, siento decir que el tío Walter perdió la cabeza por completo. Nunca lo he visto tan errático. Se apresuró hacia la tía Evelyn y la sacudió con fuerza. Luego la abrazó con más fiereza de la que nunca he visto... (Había tachado otra frase. Sin embargo, sabía cuál debía haber sido)*...a nadie. Entonces la volvió a sacudir. Por raro que parezca, a la tía Evelyn no pareció importarle.*

No tengo otra hoja de papel, y no puedo conseguirla, ya que el tío Walter me ha confinado a mi habitación hasta nuevo aviso, así que me veo obligado a ser breve. Ellis iba de camino a encontrarse con un amigo, como me explicó, cuando el león la interceptó. (Rose dice que la gente como Ellis se las arregla para encontrar amigos allí donde van. Yo opino que es una característica atractiva.) El ladrón afirmó haber estado buscando cosas de valor. El inspector Cuff se lo llevó a Londres. El inspector Cuff es una persona taciturna. Todo lo que dijo antes de irse con el prisionero fue "Creo que puedo serle de más uso en otro lugar, señorito Ramsés. Tendrá noticias mías a su debido tiempo". En cuanto a la tía Evelyn, dice que tenía la sombrilla desde hacía mucho tiempo. Yo nunca la he visto usarla. Es como la tuya, mamá, muy pesada y sencilla, no como las normales pequeñas de volantes. ¿Me pregunto por qué tendría algo así si nunca esperaba necesitar usarla? Pero ese es otro asunto que podremos discutir en el futuro.

Mi papel me dice que debo detenerme.

Tu amante hijo, Ramsés.

P.D.: Sé que papá está muy ocupado con sus excavaciones, pero me aliviaría en demasía recibir un mensaje de su propia mano."

Cyrus y yo nos quedamos en silencio unos minutos. Entonces él dijo:

—Discúlpeme, Amelia. Vuelvo enseguida.

Cuando regresó llevaba una botella de brandy. Tomé un pequeño sorbo. Cyrus bebió algo más.

—Los comentarios —dije— serían fútiles. Permítame leer ahora la versión de Evelyn.

Pero Evelyn no hacía referencia alguna a los eventos que Ramsés había descrito. Después de los cariñosos saludos y asegurarme que todos estaban bien, explicaba que su principal razón para escribirme era para aclarar en su mente qué es lo que podría estar detrás de los eventos misteriosos que habían ocurrido recientemente.

"Mis propios y pobres poderes de razonamiento son tan inferiores a los tuyos, querida Amelia, que dudo incluso en expresar unos pensamientos que hace mucho deben haberles parecido aparentes a tu clara y decisiva mente. Aún así, me aventuraré a hacerlo, con la esperanza de que por pura casualidad pueda dar con alguna noción que no se te haya ocurrido.

Comencé, como supongo que tú también habrás hecho, por preguntarme cómo podrían haber descubierto esas terribles personas el secreto que con tanto cuidado ocultaste. La historia que anunciaste era plausible, así que nuestros enemigos deben contar con fuentes de información que no son conocidas para el público. Se me han ocurrido algunas posibilidades, he hecho una lista ordenada que aprobarías.

1. Sin querer, alguno de nosotros debe haber traicionado la información que únicamente podría haber venido de una visita al lugar mencionado por el señor Forth. Tú nunca serías lo suficientemente indiscreta para hacerlo, querida Amelia, en cuanto a mí, al buscar en mi consciencia, no puedo pensar en ninguna ocasión en que podría haberlo hecho. No quiero preguntarle a Walter, pues la simple idea de que pueda ser responsable, aun sin querer, de los problemas que han caído sobre nosotros, le rompería el noble corazón. Aún así me pregunto: ¿hablaron él o Radcliff en los artículos que han escrito desde tu regreso, o con sus colegas de arqueología, de cosas que un experto podría reconocer como conocimiento de primera mano? Los artículos aún no se han publicado, ¿pero sin duda deben haber sido leídos al menos por los editores del periódico?

2. Uno de los oficiales del campamento militar quizás tenía más información del asunto de la que creías. ¿El señor Forthright se hizo amigo de alguno de ellos? ¿Les enseñó el mapa? Tú mencionas que en él había lecturas de brújula. Yo sé poco de eso, pero me parece que unos detalles tan precisos levantarían el interés y la especulación inteligente,

particularmente después de que regresaste a Gebel Barkal con Nefret.

3. Dudo si mencionar esto, pues parece incluso más insensato que mis otras ideas tontas, pero no puedo evitar recordar que la joven Nefret conoció a la señorita McIntosh en la escuela. Alguien cuya curiosidad ya hubiese sido despertada podría buscarla con la intención de preguntarle sobre las experiencias. Como sabemos, es muy difícil evitar que se te escapen cosas, y una niña inocente es aún más incauta. Me pregunto, no podría decirlo con mayor firmeza, me pregunto si esa fugaz relación no podría haberse renovado, o haberlo intentado, si ella no le hubiera dado lo que esperaba obtener. Cuando se lo pedí, ella llevó a cabo la Invocación a Isis para nosotros una noche. (No temas, querida Amelia, me aseguré de que pensase que era sólo para nuestro entretenimiento.) Walter no pudo contener el entusiasmo. Reconoció algunas frases de la canción, las cuales dijo que pertenecían a un ritual antiguo. Y sin duda nadie pudo suponer que había aprendido aquel baile, o que le habrían permitido hacerlo, ¡en una misión cristiana!

Así que le pregunté, con igual tacto, te lo aseguro, sobre el hombre que ella llamaba Sir Henry.

El hombre tenía un espeso pelo negro ondulado, con raya en el medio, mostacho, los ojos gris azulados y claros y largas pestañas. Era de estatura media y esbelto, de tez clara y una barbilla algo puntiaguda y nariz estrecha.

Sé que esta descripción es demasiado vaga para ser de mucho uso (especialmente si, siendo mi tonta idea correcta, empleó un disfraz.) No obstante, te la paso porque se me ocurrió otro pensamiento realmente alarmante. Si ésta persona ha fallado en su búsqueda de relacionarse con Nefret podría deberse a que ya no esté en Inglaterra. Tus últimas comunicaciones han intentando tranquilizarnos, querida Amelia, pero te conozco muy bien, y puedo sentir que la formalidad y la frialdad sugieren que nos ocultas algo. No te presionaré para que seas más franca, aprecio el tierno cariño que te hace reluctante a hacer que nos preocupemos. (Aunque debo añadir, mi querida amiga y hermana, que la especulación a menudo conjura miedos mucho peores que la verdad.) La lógica también me obliga a llegar a la conclusión de que si han amenazado a los niños, tú y Radcliffe podríais estar en un peligro aún mayor. ¡Por favor, ten cuidado! ¡Controla tu valiente propensión a meterte de cabeza en el peligro! E intenta controlar a Radcliffe, aunque sé que no es una tarea fácil. Recuérdale, como yo te recuerdo a ti, que

somos aquellos para los que vuestra salud y seguridad son tan importantes como la nuestra. La principal entre ellos es tu hermana que te quiere,

Evelyn."

Las lágrimas me emborronaban la visión cuando leí las últimas líneas. ¡Me sentía bendecida porque me tuvieran tal cariño! ¡Y de qué manera había subestimado a Evelyn! El sermón de Ramsés sobre las ideas preconcebidas no había estado dirigido a mí (al menos, confiaba en que no), pero todo lo que había escrito sobre sí mismo también podría aplicarse a mí. Y yo, de entre todos, debería haber sido más lista. ¿No había visto a Evelyn enfrentarse con temple a la horrible momia? ¿No la había escuchado aceptar una oferta que hacía que cada nervio se estremeciese de repulsión con la esperanza de que al hacerlo pudiese salvar a aquellos a los que amaba? Yo era tan culpable de tener prejuicios contra mi propio sexo como todos los hombres ciegos y tendenciosos a los que había condenado.

Evelyn no había dicho ni una palabra sobre su aventura. En lugar de eso, había puesto todos sus esfuerzos en intentar encontrar una respuesta al misterio. El análisis era brillante, la mente que lo había compuesto eran tan aguda como la mía.

Cyrus había estado releyendo la carta de Ramsés. Sensible a cada cambio de expresión en mí, dijo con amabilidad:

—¿Qué ocurre, Amelia? ¿Malas noticias que Ramsés no mencionó? Encuentro difícil de creer que podría o habría omitido nada, pero...

—No se equivoca al asumir eso. Evelyn es mucho más considerada con mis sentimientos que mi hijo. —Doblé la carta y me la metí en el bolsillo. La dejé descansar ahí, junto a mi corazón, para recordarme mi buena fortuna ¡y mi vergüenza!—. Espero que me perdone por no compartir ésta con usted, Cyrus. —Continué—. Lo que trajo lágrimas a mis ojos fueron las tiernas expresiones de cariño que contiene.

Estaba más que lista para seguir su consejo de descansar, pues había sido un día agotador. Sin embargo, la fatiga nunca me había impedido llevar a cabo mis obligaciones. Primero inspeccioné a mi paciente, cuya condición no había cambiado, y luego fui a buscar a Bertha. Cuanto antes le encontrara un establecimiento adecuado

para ella, mejor, realmente era un incordio tener que jugar a hacer de carabina y a la vez cumplir con mis otros deberes.

De alguna manera no me sorprendió encontrarla sentada junto al casi extinto fuego, hablando con Kevin. Sabiendo que él estaría más que decidido a hablar con ella si convertía su identidad en un misterio, simplemente la había descrito como otra víctima del villano que había atacado a Emerson. Había esperado que Kevin la buscase. Ningún periodista podría resistirse a la misteriosa figura con velo que se deslizaba por ahí seductoramente, y las mujeres victimizadas eran temas particularmente populares. Yo misma podría haber compuesto el titular de la historia, sin duda aparecerían las palabras "esclava de amor". En la privacidad de las páginas de este diario admitiré que estaba dispuesta a arrojar a la pobre Bertha a aquel lobo de la prensa si su historia le distraía de otros aspectos del caso.

Sin embargo, no había razón por la que debería desviarme de alojar a Kevin, así que interrumpí la discusión y envié a Bertha a la cama.

—Será mejor que haga lo mismo, Kevin. Nos levantaremos al alba y será un día largo.

—No para mí —dijo Kevin con una sonrisa perezosa—. Nosotros los detectives tenemos nuestro propio horario. Yendo de acá para allá, preguntando a unos y otros...

—No estará yendo por ahí. Estará conmigo, así podré vigilarlo.

—Ah bien, tenía que intentarlo —murmuró Kevin—. Mientras estoy con usted, señora... señorita Peabody, puede hablarme del atrevido rescate del profesor. Sabe que está destinado a salir a la luz —añadió con una sonrisa desafiante—. Incluso en este momento, algunos de mis colegas más emprendedores están entrevistando a varios ciudadanos de Luxor. Por lo que he oído, usted ha causado una gran sensación. ¿No prefiere que se publiquen los hechos verdaderos antes que las fantasías exageradas de algunos de mis asociados...?

—Oh, cállese y váyase a la cama —le espeté.

Se alejó cantando suavemente alguna melodía sentimental irlandesa de una forma calculada para irritarme. Cuando llegué a mi tienda Bertha ya estaba dormida, o lo fingía. Había tenido toda la intención de preguntarle de qué había hablado con Kevin, pero

en aquel momento tenía otros asuntos en mente. Habiendo buscando descanso, tenía un último momento libre para considerar lo que Evelyn había propuesto.

Sus dos primeras sugerencias ya las había considerado yo misma. He de confesar que no así la tercera, y el disgusto amenazó con inundarme cuando me di cuenta de lo estúpida que había sido. Que apareciese un hombre joven en la escuela el mismo día que Nefret debería haber estado allí, y que insistiese en conocer a algunos de los alumnos era altamente sospechosos, y no podía pensar por qué no me había dado cuenta en el momento. ¿Era posible que los instintos maternales que nunca había creído poseer hubiesen nublado mi normalmente claro intelecto?

Decidí que aquello era altamente improbable.

El incisivo resumen de Evelyn me había dejado claro algo más en lo que debería haber caído mucho antes. No una única circunstancia sospechosa sino una combinación de muchas, una pila de pruebas confirmatorias, sería lo bastante fuerte para inducir al enemigo a actuar con tal violencia y persistencia. Podría haber sido alertado en primer lugar al recordar una conversación con Willoughby Forth, quien parecía haber parloteado con todos los arqueólogos de Egipto. El habilidoso interrogatorio de los oficiales de las Fuerzas Expedicionarias de Sudán añadiría una prueba más. Por mucho que me negase a culpar a Walter en lo más mínimo, le había advertido más de una vez que tuviera cuidado de parecer saber más de lo que debería. Tenía varios rivales amigables en el juego filológico, ¿le había dejado caer insinuaciones a Frank Griffith, o cualquier otro, sobre que estaba a punto de realizar un milagroso avance en el desciframiento del meroítico? Griffith era una persona honesta, nunca había sospechado de él, pero podría haber hablado del asunto con otra persona.

Habiendo establecido por tales medios una posibilidad, el villano buscaría una confirmación mayor, y, ¿qué mejor fuente que la misma Nefret? La joven no era tan ingenua e indefensa como creía Evelyn, pero el parecer de Evelyn era compartido, como indicaba la propia Nefret, por la sociedad. Había numerosas formas de que una relación que había empezado así continuara, y si todo lo demás fallaba, el viejo y fidedigno “accidente fuera de las puertas del parque” bien podría servir. ¡Qué sorprendido estaría el joven

herido al reconocer a la encantadora chica que había conocido en la casa de la señorita McIntosh! ¡Qué reacio estaría a imponerse a nuestra amabilidad! ¡Cuán agradecido estaría al aceptar mi ayuda, las amigables intenciones de los queridos niños!

No había sido necesario. Evelyn había dado en el clavo. Yo había visto a Nefret realizar la Invocación a Isis, y no había manera posible en el mundo de que pudiera haberlo aprendido de una familia de misioneros, ni siquiera en un pueblo nativo estando bajo la supervisión de una familia así. Haría falta un erudito entrenado para reconocer sus orígenes, pero eso también se aplicaba a las otras pruebas.

Aún así nuestro mortal enemigo había seguido con el juego hasta que había descubierto la prueba final, objetos y artefactos que sólo podrían provenir del lugar que Willoughby Forth había supuesto. Debía haber registrado nuestras habitaciones en El Cairo y encontrado los cetros. El ataque que había caído sobre nosotros no había comenzado hasta después de haber pasado varios días en la ciudad.

Evelyn, mi querida y dulce Evelyn, cuya inteligencia yo había tristemente infravalorado, tenía razón en todo. El granuja ya no estaba en Inglaterra. Estaba en Egipto, en nuestro propio campamento. Había sabido que había un traidor entre nosotros. Ahora sabía quién era.

* * *

—¡¿Charlie?!

A la mañana siguiente estuve esperando a que Cyrus saliera de su tienda, a una distancia discreta, por supuesto, no fuera que lo avergonzase al observar sin querer sus abluciones. La feliz sonrisa con la que me saludaba se desvaneció al escuchar mis explicaciones, y el nombre escapó de él con la fuerza de la incredulidad.

—Esta es su primera temporada con usted, Cyrus. No lo conocía con anterioridad.

—No, pero... conozco a su padre, a su familia. No contrataría a un hombre sin...

—Puede que sea el verdadero Charles H. Holly. Los ingenieros y los arqueólogos no son más inmunes a la codicia que los miembros de otras profesiones.

—Quizás sea cierto... Discúlpeme, Amelia, a veces me cuesta

horrores seguir su tren de pensamientos. ¿Seguramente no sospechará de Charlie como su maestro del crimen disfrazado?

—Es posible, aunque improbable. Dudo que Sethos se atreviera a enfrentarse otra vez a mí. No puedo estar en su presencia mucho tiempo sin penetrar cualquier disfraz que pudiese asumir. —Añadí, con algo de aspereza, pues su escéptica expresión me molestó—. Mis razones para sospechar de Charles no tienen nada que ver con Sethos. Él se ajusta a la descripción de un hombre del que tengo razones para creer...

—Ajá. Eso dice usted. ¿Quiere volver a pasar por eso, querida? Me temo que no logré seguirla la primera vez.

Así que se lo expliqué otra vez, y terminé leyéndole la descripción que me había dado Evelyn.

—Pero... pero —tartamudeó Cyrus—, esa descripción no se ajusta a Charlie en ningún aspecto en concreto. Suena más a Renè. No es que yo crea que él...

—Esa es la idea, Cyrus. "Sir Henry" obviamente estaba disfrazado. Se encargaría de cambiar esos aspectos de su apariencia cuando vino a nosotros, el color del pelo, el mostacho. La barbilla puntiaguda y la estrecha nariz encajan con las de Charlie, y Charlie tiene aproximadamente la misma edad.

—Caramba —musitó Cyrus—. ¿Cuántos hombres de esa edad cree que tienen barbillas largas y narices estrechas? ¿Dos millones? ¿Cinco millones?

—Pero sólo uno de ellos está aquí —grité con impaciencia—. ¡Y uno de nosotros es un espía de Sethos! Considere que no sólo el envenenamiento de la comida, sino también la emboscada que me prepararon ayer podrían haber sido realizados por alguien que se anticipara a la idea de que yo seguiría ese camino. Debe haber leído la nota de Kevin y haberse dado cuenta de que yo respondería tan pronto como pudiera.

—Un supuesto que ciertamente habría hecho cualquiera que tuviera el honor de conocerla —dijo Cyrus, dándose golpecitos en la barbilla—. Mi querida chica, no niego que hay algo de verdad en lo que dice. Pero será la primera en estar de acuerdo conmigo en que no puedo condenar a un hombre ante unas pruebas tan ambiguas.

—No estoy sugiriendo un juicio marsupial...

—¿Le ruego me disculpe? —dijo Cyrus, mirándome fijamente.

—Es un término americano, creo. ¿Tiene que ver con los juicios ilegales?

—Ah, ¿se refiere a un juicio de canguros, un juicio amañado?

—Sin duda. Usted me conoce mejor, espero, como para suponer que yo llegaría a conclusiones injustificadas o subvertiría los principios de la justicia británica. De hecho, me siento inclinada a estar de acuerdo con usted en que debemos dejarle seguir creyendo que no está bajo sospecha. Más tarde o más temprano se traicionará a sí mismo y entonces, ¡lo tendremos! Y quizás también a su líder. Una idea excelente, Cyrus. Claro que tendremos que vigilarlo de cerca.

—Supongo que eso sí podría hacerlo —dijo Cyrus con lentitud.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Ahora vaya y busque su café, Cyrus. Parece un poquito lento esta mañana. Espero que no le ofenda.

—Para nada, querida. ¿Me acompañará en el desayuno, espero?

—Primero debo ver cómo va Mohammed. Confieso que me gustaría posponer la tarea, su sola presencia, sin mencionar la variada vida de insectos que invade su persona, me pone la piel de gallina. Y no sugiera, querido Cyrus, que deje la desagradable tarea para otro. Eso no va conmigo. Además, es posible que hoy sea capaz de hablar y no confío en nadie más para interrogarlo.

—Hace tiempo que renuncié a quitarle cualquier idea fija de la cabeza —dijo Cyrus, sonriendo—. Su sentido del deber es igual de extraordinario que su inagotable energía. ¿Quiere que vaya con usted?

Le aseguré que no era necesario, y se fue, meneando la cabeza. Un hábito que había adquirido hacía poco.

Me detuve fuera del refugio para hablar con el guardia. Pertenecía al equipo de Cyrus, un tipo achaparrado y de piel oscura con unos rasgos aquilinos que hablaban de sangre bereber o tuareg. Al igual que los hombres del desierto, llevaba un *khafiya* o pañuelo en vez de un turbante. Me aseguró que había echado vistazos ocasionales a Mohammed a intervalos regulares durante la noche y no había encontrado ningún cambio.

Sin embargo, nada más hacer a un lado la cortina me di cuenta de que había habido un cambio, el cambio más final de todos. Mohammed yacía en la misma posición en la que había estado la

última vez que lo había visto, acostado sobre la espalda, con la boca entreabierta y los ojos entrecerrados. Pero ahora ninguna brizna de aire removía los erizados pelos de su barba, y la sangre había brotado de su boca hasta manchar los vendajes que tenía alrededor de la mandíbula hasta convertirse en un marrón oxidado.

Capítulo 13

"La superstición tiene sus usos prácticos."

- *Sitt Hakim* —dijo una voz a mi espalda—. ¿Admitirá que este caso está más allá de sus habilidades?

Era Emerson, por supuesto, hablando con aquel fastidioso arrastrar de palabras que indicaba que intentaba ser sarcástico. Me giré, sosteniendo la cortina a un lado.

—Está muerto —dije—. ¿Cómo lo supo?

—Requiere poca pericia médica darse cuenta que un hombre no puede vivir mucho tiempo con un cuchillo en el corazón.

No había visto el mango del cuchillo hasta entonces, estaba algo más conmocionada de lo que admitiría, especialmente ante Emerson.

—En su corazón no —dije—. El cuchillo está en el centro del pecho. Es un error que comete mucha gente. Puede que la punta le haya perforado un pulmón. Un hombre en su condición no sobreviviría ni a una herida leve.

Cuadrando los hombros, empecé a acercarme a Mohammed. Emerson me empujó rudamente a un lado y se inclinó sobre el cuerpo. Por muy repulsivo que Mohammed hubiera sido en vida, era incluso más repugnante muerto. Después de unos momentos escuché un desagradable sonido de succión y Emerson se enderezó, con el cuchillo en la mano.

—Lleva muerto tan solo unas horas. La sangre está seca, pero no hay indicios de agarrotamiento en la mandíbula o en las extremidades. El cuchillo es como el que cualquier hombre lleva consigo, sin características distintivas.

—Debemos registrar el lugar —dije firmemente—. Déjeme pasar. Puede que el asesino haya dejado alguna pista.

Emerson me cogió la mano y me empujó fuera del refugio.

—Cuando tiene a alguien que puede hacerlo por usted, no hace falta que lo haga usted misma, Peabody. ¿Dónde está su detective domesticado?

El hombre estaba sentado junto al fuego con los demás, bebiendo té tranquilamente. La respuesta general al lacónico anuncio de Emerson de que Mohammed ya no estaba entre nosotros fue de sorpresa, y del tipo efímero, más que de horror. Charlie pareció igual de sorprendido que los demás, lo que solo confirmaba mis sospechas. Si un espía y un traidor no aprende la manera de enmascarar sus emociones de manera convincente, no dura mucho en su profesión.

Cyrus fue el único en comprender instantáneamente la seriedad del golpe.

—¡Maldita sea! No se sienta mal, querida, usted hizo todo lo que pudo. Una herida seria como esa...

—Ni siquiera los grandes talentos de *Sitt Hakim* podrían haber prevalecido en este caso —dijo Emerson. Había mantenido el cuchillo escondido tras él, en ese momento lo tiró al suelo—. Mohammed fue asesinado, y no por mí. El acto fue cometido en la oscuridad de la noche con este cuchillo.

Los demás miraron el cuchillo como si se tratase de una serpiente enroscada a punto de atacar. Charlie fue el primero en hablar.

—¡Entonces esa persona se mantiene en silencio de manera deliberada! ¡Esto es horrible! ¡Significa que entre nosotros hay un traidor!

Debo decir que lo hizo realmente bien.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Emerson con impaciencia—. Y ahora que es demasiado tarde, sabemos que Mohammed era un peligro para sí mismo o para su líder. ¿Cómo diablos se escapó de su guardia, Vendergelt?

—Es algo que voy a descubrir lo antes posible —dijo Cyrus con gravedad.

—El señor O'Connell querrá acompañarlo —dijo Emerson, mientras Cyrus se ponía en pie.

Kevin no estaba para nada ansioso en ofrecerse voluntario.

—Al menos permítame terminar el desayuno —suplicó—. Si el hombre está muerto, puede esperar un par de minutos más.

—Carece usted del tenaz fervor que se supone caracteriza a su profesión, señor O'Connell —dijo Emerson—. Había esperado que saliera disparado para examinar el cuerpo, estudiar el cadavérico rostro, investigar la herida, buscar manchas de sangre en la ropa y arrastrarse por el suelo a gatas en busca de pruebas. Las pulgas, los piojos y las moscas no molestarán a un hombre de su templado valor, pero deberá cuidarse de los escorpiones.

La cara de Kevin se había vuelto un pelín verde.

—Ya basta, Emerson —le ordené—. Venga, Kevin, iré con usted.

- *Chacun a son gout* [3]

-comentó Emerson, tomando una silla y cogiendo la tetera.

Como era de esperar, Kevin no fue de ninguna ayuda. Después de echarle una mirada a la forma inmóvil de Mohammed, se giró con rapidez y comenzó a garabatear en su libreta mientras yo gateaba por el suelo y llevaba a cabo el resto de acciones sugeridas por Emerson. Sí me permití omitir una: investigar el arma no era necesario, puesto que las manchas en el cuchillo eran indicación suficiente de lo profundo que había penetrado.

Mientras buscaba pruebas, Cyrus interrogaba al guardia. Pude oír la mayor parte de lo que decían, pues la voz de Cyrus era bastante alta y la voz del guardia se alzaba mientras se defendía. Negó con rotundidad que alguien se hubiese acercado durante la noche. Sí, quizás se quedó dormido, nadie le había relevado, y un hombre no podía estar sin dormir indefinidamente, pero su cuerpo había estado bloqueando la entrada al refugio y juró que se habría despertado de inmediato si alguien hubiese intentado pasar.

—No pasa nada, Cyrus —le grité—. El asesino no entró por ahí. Venga a ver esto.

Podría haber pasado por alto la hendidura en la lona de no haber estado buscando algo del estilo. Había sido practicada con un cuchillo bien afilado, probablemente el mismo que penetró el flaco pecho de Mohammed.

—El asesino ni siquiera habría necesitado entrar —dije—. Tan solo meter el brazo y golpear. Debe haber sabido exactamente el lugar donde estaba situado el camastro de Mohammed. Y yo había dejado una lámpara ardiendo, para que el guardia pudiese ver dentro. Buscar pruebas aquí ha sido una pérdida de tiempo.

Miremos si dejó huellas fuera.

Pero por supuesto, no las había dejado. El suelo era demasiado duro para que quedaran impresiones de huellas.

Despedí a Kevin, quien estuvo muy contento de irse. Cogiendo el brazo de Cyrus, lo retuve y dejé que Kevin se adelantase.

—¿Tomará ahora la precaución que le sugerí? —siseé—. ¡Debe detener a Charlie! Estaba dispuesto a hacerlo con Kevin...

—Y aún lo estoy —dijo Cyrus con gravedad—. La arqueología no es la única profesión cuyos miembros pueden ser seducidos por la codicia.

Creo que jadeé en voz alta.

—No estará insinuando...

—¿Quién más podría saber que había recibido una invitación a la que no podría resistirse excepto el hombre que la envió? Desde el principio pensé que había algo raro en eso, sería más probable que un retrógrado como O'Connell la abordase así de repente que pedirle que fuera con él. Prácticamente la acosó para que lo trajese aquí, y ahora ya ve lo que ha pasado... la primera noche después de su llegada.

—No —dije—. ¡No puede ser Kevin!

No era la primera vez que aquellas palabras salían de sopetón de mis labios. Kevin no podía haberlas oído, pero en ese momento giró la cabeza y miró hacia atrás. Quizás fuesen mis sobrecargados nervios o el distorsionado ángulo en que lo vi, pero en su cara había una expresión taimada y hermética más siniestra que cualquier otra que hubiese visto antes en aquel semblante.

Ayudada ineptamente por Kevin, interrogué a los demás en un intento de establecer sus coartadas. No esperaba resultados útiles, y no obtuve ninguno. Todo el mundo declaró haber estado cansados y durmiendo el sueño de los inocentes, y negaron haber oído nada fuera de lo normal. Charles juró que era imposible que Renè hubiese dejado la tienda que compartían sin despertarlo. Renè juraba lo mismo sobre Charles. Aquello no significaba nada. Yo podía, y lo hice, decir lo mismo de Bertha. Pero el ruin acto pudo cometerse en cinco minutos o menos, e inocentes o culpables, todos habíamos estado lo suficientemente cansados para dormir profundamente.

Emerson me observó con una agria diversión que no intentó

ocultar. Finalmente dijo:

—¿Satisfecha, señorita Peabody? Yo podría haberle dicho que esto era una pérdida de tiempo. ¿Soy el único que tiene intenciones de trabajar hoy?

Tomando aquello como la orden que indudablemente era, Renè y Charles siguieron el ejemplo de Emerson, y también el propio Emerson. Así como el gato.

Tenía la moral más bien baja mientras preparaba mi equipo: bloc de notas y lápices, regla de medir y un frasco de agua, velas y cerillas. Si el día seguía como había empezado, no sabía si podría soportarlo. Emerson volvía a llamarme SEÑORITA Peabody. No había requerido mi ayuda en todo el día.

En lugar de avanzar hacia el mayor entendimiento que había esperado, estábamos más alejados que nunca.

La muerte de Mohammed, antes de haber podido hablar, también era descorazonadora.

En caso de haber necesitado algo más para bajarme la moral, el saber dónde íbamos a trabajar ese día habría bastado. Cyrus estaba decidido a investigar la nueva tumba. No había sido mencionada por ninguno de los visitantes anteriores del *wadi*, así que verdaderamente podía ser llamada desconocida, y nada dispara mejor la imaginación de un excavador que la esperanza de ser el primero en entrar en un sepulcro como aquel. Por cierto, obviamente el lugar era conocido por Emerson, pero como Cyrus señalaba hoscamente:

—Aquel infeliz sabe más de lo que dice sobre muchas cosas. No cree que haya nada que valga la pena encontrar o él mismo habría excavado el lugar hace tiempo. Pero él no es quien decide, ¡maldita sea! Tiene que haber algo.

Yo no le había hablado de mi descubrimiento. El anillo de bisel estaba en mi bolsillo incluso en ese momento. Me parecía sentirlo presionando contra mi pecho, lo que era una tontería, porque era muy pequeño y ligero. De haber seguido los dictados de mi conciencia arqueológica, lo habría dejado atrás, metido de manera segura en una caja etiquetada con el lugar y la fecha del descubrimiento. No puedo explicar o defender el vano capricho que me había hecho mantenerlo cerca, como un amuleto que me protegiese del peligro.

Los antiguos dioses demonios con cabeza de animal de Egipto fueron prohibidos por el rey herético, pero es más fácil aprobar edictos que hacerlos cumplir, cuando aquello que se prohibía apelaba a las necesidades y a los deseos apasionados y profundamente arraigados en el ser humano. Nuestras excavaciones anteriores habían revelado pruebas de que la gente común no abandonó a sus queridos dioses domésticos. Sobek era un dios cocodrilo cuyo principal centro de adoración estaba en el Fayum, en el lejano norte. Era la primera vez que se había encontrado una representación suya en Amarna, pero su presencia no era más sorprendente que la de Bes, el pequeño y grotesco patrón del matrimonio, y Thoueris, que protegía a las mujeres embarazadas. Pero para mí, encontrar una imagen del dios cocodrilo allí, después de haber escapado por poco a otra amenaza mortal... ¿Era para sorprenderse que la razón y la superstición batallasen en mi mente?

Primero la serpiente, luego el cocodrilo. ¿Seguía siendo una amenaza para nosotros el tercer destino? Si debíamos creer en las tradiciones de los mitos y las leyendas, sería el más peligroso de todos.

* * *

Los hombres tuvieron que pasar la mayor parte del día despejando la entrada de la tumba, que estaba invadida por piedras caídas. Algunas tenían un tamaño considerable, y el inclinado pedregal se había visto afianzado por las repetidas inundaciones y periodos secos hasta ser consistente como el cemento. Fui yo quien le indiqué a Cyrus que debíamos pasar los escombros por el tamiz. El agua podría haberse filtrado en la tumba a través de la abertura superior, y a través del resto de orificios que aún no habían sido desvelados, en más de una ocasión, y los objetos quizás habían sido expulsados hacia la cuesta.

Tan solo los buenos modales de Cyrus (y, me gustaría creer que también su respeto por mi experiencia profesional) evitaron que objetara vigorosamente a aquel procedimiento, pues llevó mucho tiempo. Fue ya entrado el día cuando se demostró la sabiduría de mis métodos. El fragmento roto que habíamos descubierto habría sido con seguridad pasado por alto por excavadores menos cuidadosos.

Era tan solo una pieza de alabastro (más correctamente, calcita),

de cinco centímetros de largo y sin forma aparente. El mérito de reconocer su importancia fue de Feisal, quien, cómo no, había sido entrenado en mis métodos. Me lo trajo sonriendo, esperando con anticipación un elogio.

—Hay algo escrito en él, *Sitt*. ¿Ve los jeroglíficos?

El entusiasmo que invadió cada centímetro de mi ser al leer aquellos pocos signos fue suficiente para superar, al menos en aquel momento, cualquier otra consideración.

—Nefertiti Neferneferauten, la gran esposa del rey. Es parte de un *shawabti*, Cyrus, ¡un *shawabti* de Nefertiti!

—¿Un *ushebti*? —Cyrus me lo arrebató. Le perdoné aquel momentáneo lapsus de cortesía, al igual que yo, él entendía la importancia de las palabras.

Los *ushebtis*, o *shawabtis* eran de una naturaleza estrictamente funeraria. Eran imágenes de hombres muertos (o mujeres), animados en la otra vida para llevar a cabo servicios para el individuo o trabajar en su lugar. Cuanto más rico era alguien, más de aquellas estatuas poseía. Habían aparecido otros fragmentos de *ushebtis* portando el nombre de Akhenatón, Emerson encontró tres en los días anteriores, en la tumba real. Pero esta era la primera vez que veía o escuchaba de uno con el nombre de la reina.

—Por el Todopoderoso, Amelia, tiene razón —exclamó Cyrus—. Son las partes bajas y parte de los pies de un *ushebti*. No puede venir de la tumba real.

—Eso no es necesariamente cierto.

Lamento decir que ciertos eruditos se inventan teorías fantásticas a partir de pruebas inadecuadas, pero yo nunca he sido propensa a aquella debilidad y sentí que debía advertir a Cyrus acerca de ser demasiado entusiasta.

—Los fragmentos rotos del equipo funerario de Akhenatón, incluyendo los *ushebtis*, pueden haber sido descartados de esta tumba —continué—. Y una violenta inundación podría haberlos llevado a cierta distancia del *wadi*. Pero esto no forma parte de los accesorios de su tumba. El nombre de ella aparece en muchos objetos junto al suyo, pero los *ushebtis* fueron diseñados y llamados solo como la persona muerta.

Cyrus sostenía el maltrecho fragmento con tanto cuidado como si hubiese sido oro sólido

—Entonces debe de provenir de la tumba de ella. ¡Ésta tumba!

—No —dije con pesar—. No lo creo. Si Nefertiti hubiese tenido una tumba separada seguramente habría sido cerca de la de él. Por lo poco que hemos visto de ésta, es pequeña y está sin terminar. Sin embargo, es un descubrimiento extraordinario, Cyrus, le felicito.

—El mérito es suyo, querida.

—Y de Feisal.

—Oh, por supuesto —Cyrus le dio al hijo de Abdullah un caluroso golpe en la espalda—. Una gran propina para ti, amigo mío. Aún mayor si encuentras más piezas como esta.

Sin embargo, cuando el sol nos obligó a parar el trabajo, no había sido descubierto nada más de interés. La frustración de sus esperanzas puso a Cyrus de mal humor, aunque debo decir que fue un modelo de santa paciencia comparado con las demostraciones de las que era capaz Emerson.

—Les aseguro que estoy cansado de intentar lavarme con una taza de agua —rezongó, mientras recorríamos penosamente el camino cubierto de polvo—. Si no encuentro pronto una bañera, no seré la compañía más adecuada para una mula, y mucho menos para una dama.

—La dama no está en mejores condiciones —dije yo con una sonrisa—. Confieso que de todos los inconvenientes que tiene acampar fuera, la ausencia de medios adecuados para mis abluciones es lo que más me molesta. A menos que haya perdido la cuenta, mañana es viernes, los hombres querrán su día de descanso, así que supongo que Emerson tiene intenciones de volver al río.

—No puede dar nada por sentado cuando se trata de ese obstinado macho cabrío —dijo Cyrus pintorescamente.

Prometí hacer lo que estuviese en mi mano para convencer a Emerson. Espero que nadie suponga que fue falta de fuerza espartana lo que me había garantizado un indulto en nuestras labores. A una dama le gusta sentirse fresca y delicada en cualquier situación, y una dama que intenta ganarse el corazón de un caballero no siente mucha confianza en su éxito cuando parece una momia llena de polvo y huele a burro. Sin embargo, esas no eran las razones (al menos, creo que no) para desear dejar el *wadi* real. El lugar comenzaba a oprimirme. Las paredes rocosas parecían cernirse más cerca, las sombras más profundas. Había gateado sobre

manos y piernas a través de túneles llenos de polvo y me había embutido a través de huecos apenas lo suficientemente grandes para admitir mi cuerpo, sin haber sentido nunca aquella sensación de claustrofobia que me afligía en ese momento.

Los otros habían regresado del trabajo, así que fui a buscar a Abdullah. Él y el resto de nuestros hombres tenían su propio campamento, eran unos esnobs espantosos (y tenían todas las razones para serlo, pues eran los trabajadores entrenados más solicitados del país) y siempre se negaban a codearse con hombres inferiores. Había llevado conmigo mi kit médico y cuando vi las alegres miradas con que me dieron la bienvenida sentí vergüenza por no haberme tomado el tiempo para cotillear con ellos, o al menos preguntar si necesitaban alguna atención.

Me sentí aún más avergonzada cuando me mostraron una gran variedad de heridas menores, abarcando desde dedos machacados hasta un feo caso de oftalmía. Después de haber lavado los ojos de Daoud con una solución de ácido bórico y atender otras heridas, les regañé por no haber acudido a mí desde el principio.

—Mañana volveremos al río —dije—. Me estoy quedando sin suministros médicos, y todos necesitamos descansar.

—Emerson no irá —dijo Abdullah con pesimismo.

—Irá *por voluntad propia*, o enrollado en una alfombra y cargado sobre nuestras espaldas —dije.

Los hombres sonrieron de oreja a oreja y se codearon los unos a los otros, y el adusto rostro de Abdullah se iluminó. Pero sacudió la cabeza.

—Usted sabe por qué vino aquí, *Sitt*.

—Desde luego que lo sé. Esperaba atraer a nuestro enemigo para que le volviese a atacar, para así poder capturar al tipo. Hasta ahora, solo ha tenido éxito la mitad del plan. Nos han atacado dos veces...

—A nosotros no, *Sitt Hakim*. A usted.

—Y a Mohammed. Con ese son tres atentados, y no estamos más cerca de la solución que antes.

—Eso ha hecho enfadar a Emerson —dijo Abdullah—. Hoy hizo verdaderas locuras, incluso más de lo que es su costumbre. Una vez casi se me escapó. Por fortuna, Alí le vio irse y lo siguió. Estaba casi al final del *wadi* antes de que Alí le alcanzase.

—¿Qué estaba haciendo? —pregunté.

Abdullah extendió las manos y se encogió de hombros.

—¿Quién puede seguir los pensamientos del Padre de las Maldiciones? Quizás tenía la esperanza de que estuvieran esperando a tenerlo a solas.

—Mayor razón para persuadirlo de dejar este lugar —dije firmemente—. Es demasiado peligroso. Iré a buscarlo.

—Yo tendré la alfombra lista, *Sitt* —dijo Abdullah.

Emerson no estaba en su tienda. Estaba oscureciendo, la noche se acercaba a la estrecha grieta como agua oscura llenando un bol. Tropezando sobre las piedras y jurando en voz baja (una indicación, si se necesitaba alguna, de que mi estado mental estaba lejos de la calma que normalmente lo caracterizaba), por fin olí a tabaco y distinguí el brillo rojo de su pipa. Estaba sentado sobre una roca a alguna distancia del fuego. Al principio tomé la oscura forma a sus pies por otra roca. Entonces su contorno se movió, como sombras en movimiento.

—Levántate de una vez, Bertha —dije con brusquedad—. Una dama no se agacha en el suelo.

—Yo le ofrecí una roca —dijo Emerson suavemente—. Así que ahórreme el sermón que estoy seguro estaba a punto de soltarme. Ella necesitaba consuelo y alivio, como necesitaría cualquier mujer en sus circunstancias. No esperaría que un caballero inglés como yo rechazase a una dama en apuros.

—Podría haber acudido a mí —temí que mi tono fuese aún un poco crítico—. ¿Qué pasa, Bertha?

—¿Cómo puede preguntar eso? —Ella continuó agachada a los pies de Emerson, y me pareció verla apretarse aún más, si es que era posible—. Él está ahí fuera, observando y esperando. Puedo sentir sus ojos sobre mí. Está jugando conmigo, como un gato con un ratón. Sus guardias no sirven de nada, él puede ir y venir como le plazca, y cuando desee atacarme, lo hará. —Se puso de pie y se quedó allí, balanceándose. Incluso en la oscuridad, pude ver el agitado temblor de sus ropas—. ¡Este lugar es horrible! Se cierra a nuestro alrededor como una tumba gigante, y cada roca, cada grieta oculta un enemigo. ¿Está hecha de hielo o piedra que no puede sentirlo?

Le habría abofeteado sonoramente en la mejilla de haber podido

localizar aquella parte del cuerpo con precisión. Alargando la mano a ciegas, agarré alguna parte (un brazo, creo) y lo sacudí con vigor.

—Ya basta, Bertha. Ninguno de nosotros está encantado de estar aquí, pero una exhibición de histeria poco femenina no ayudará en el asunto.

Una voz repitió desde la oscuridad.

—¿Poco femenina?

Ignorándole, continué:

—Solo tendrá que aguantar una noche más aquí. Nos iremos mañana.

—¿Lo dice en serio? ¿De verdad?

Emerson debía haber inhalado sin querer una gran cantidad de humo. Comenzó a toser con violencia.

—Sí —dije en voz alta—. Es verdad. Ahora vaya y... y... oh, no me importa lo que diablos haga, solo deje de arrodillarse, llorar y poner de los nervios a todo el mundo.

Se alejó, deslizándose sobre el irregular suelo con tanta facilidad como si pudiese ver en la oscuridad. Emerson había logrado controlar su respiración. Señaló:

—Nada parece afectar sus nervios, SEÑORITA Peabody. O su enorme autoconfianza. Así que ha decidido que nos vamos, ¿eh?

—Una serie de circunstancias que deberían ser aparentes para cualquier individuo razonable exigen un breve interludio para descansar y reorganizarnos. No puedo recopilar los calcos y las comprensiones que hice en la tumba real bajo estas condiciones. Los hombres tienen derecho a su día de descanso, y yo he usado la mayoría de mis suministros médicos en Mohammed, y lo que es más... Dios bendito, ¿por qué estoy discutiendo con usted?

—Sería una novedad para usted dignarse a explicar sus decisiones —replicó Emerson, con la misma suave y ominosa voz—. ¿Puedo suponer que ha corrompido a Abdullah y el resto de los hombres, al igual que a su fiel seguidor Vandergelt? No puedo evitar que haga lo que quiera, pero, ¿qué me impide a mí el quedarme aquí?

—Abdullah y el resto de hombres, así como mi fiel seguidor Vandergelt —contesté elegantemente—. Ahora vuelva al fuego. No se siente aquí en la oscuridad invitando a que alguien le apuñale por la espalda.

—Me sentaré donde quiera, SEÑORITA Peadoby, tanto tiempo como guste. Buenas noches.

* * *

Para su decepción, estoy segura, nadie intentó apuñalar a Emerson por la espalda. No tardó mucho en unirse a nosotros al lado del fuego. Le esperé antes de hacer el anuncio, ya que no es costumbre mía minar su autoridad a sus espaldas. Había descubierto que una confrontación directa y una pelea rápida, a la larga ahorraban tiempo.

La pelea no se produjo, ni las noticias de nuestra partida produjeron la sorpresa ni el placer que había esperado. Parecía que todo el mundo lo había dado por sentado.

—Después de todo, el viernes es el día sagrado musulmán —señaló Charlie—. Nos figuramos que un jefe culto como el señor Vendergelt sería comprensivo con los derechos de los hombres trabajadores y estaría de acuerdo en que nosotros le corresponderíamos con lo mismo. —Le dirigió una pícara sonrisa a su empleador.

Cyrus resopló, de manera parecida a como lo habría hecho Emerson. Emerson ni siquiera gruñó.

Me pregunté qué se traía entre manos. No obstante, unos pocos minutos de meditación me dijeron el porqué. Había esperado atraer a nuestro enemigo y exponerlo. Hasta ahora, el enemigo había rechazado aceptar el desafío, como haría cualquier persona sensata. Había enviado matones contratados y espías para que hicieran el trabajo sucio, y si él hubiese estado en la escena lo habría estado bajo la protección de la oscuridad. Dudo que lo hubiese hecho. Su modus operandi, si se me permite emplear aquel término técnico, estaba basado en el principio de liderar a su regimiento desde atrás. No se había atrevido a enfrentarse a Emerson hasta que éste último estuvo encadenado e indefenso.

La impaciencia era uno de los fallos más evidentes de Emerson, y aunque «testarudo» es una palabra demasiado suave para él, no se niega a aceptar una conclusión cuando le es impuesta. Su estratagema no había tenido éxito, no era probable que lo tuviese. Por supuesto, yo me había dado cuenta desde el principio, y si Emerson hubiese estado dispuesto a escuchar las razones se las habría dicho. Pero no había estado dispuesto a escucharme, la

conclusión había sido impuesta sobre él, y se estaba aburriendo de luchar contra las atenciones que lo distraían de su trabajo arqueológico y de no producir resultados efectivos. Había llegado la hora de cambiar de premisa.

Al menos, reflexioné, no había sido una completa pérdida de tiempo. Eliminar a Mohammed era una bendición dudosa; no dudaba de que Sethos pudiera encontrar tantos asesinos despreciables como quisiera. Pero nosotros (uso la palabra desde el punto de vista editorial) habíamos hecho un buen trabajo en la tumba real, y teníamos algunas ideas sobre sitios prometedores para nuevas excavaciones. Kevin estaba bajo firme control, no vagabundeando por el país causando problemas, y lo admitiese Cyrus o no, lo que no hacía, yo sabía que Charlie era el hombre al que debíamos vigilar.

Me alegraba de no haber cedido a mi primer impulso sin pensar y haberlo puesto bajo arresto. Vigilar sus movimientos en secreto podría guiarnos hasta su jefe.

Lo que más me consolaba (¿me atrevería a admitirlo?) era el hecho de que habíamos sobrevivido a dos de los aterradores destinos mencionados en la antigua historia. No me atrevía a reconocerlo ante nadie más por miedo a que se rieran de mí; pero como verá, señor Lector, los instintos de una mujer son más agudos que la fría lógica a la hora de discernir las misteriosas formas en que trabaja el destino.

* * *

Cuando nos pusimos en camino la mañana siguiente todos estábamos de buen humor. Íbamos a pie; no necesitaríamos a los burros ya que íbamos a dejar las tiendas y la mayor parte del equipo atrás. La risa musical de Bertha resonaba frecuentemente en las paredes rocosas, contenía una nota de anticipación que me hizo darme cuenta que después de todo, era muy joven. Habituada como estoy a las durezas del viaje por el desierto, me descubrí esperando con gran anticipación un baño y un cambio de ropa. Había traído conmigo tres de los trajes de trabajo, todos estaban en un estado horroroso, llenos de polvo y arrugados, pues, por supuesto, no había podido lavarlos.

Sentí como si me hubiera quitado un peso invisible de los hombros cuando salimos de la ancha boca del *wadi* y vi la planicie

que se extendía ante nosotros. Aire libre, luz del sol, ¡distancia!, se presentaban como un alivio indescriptible después de aquellos días de confinamiento. El sol estaba en lo alto y el desierto se estremecía con el calor, pero más allá de todo eso, el fresco verde de los cultivos y el destello del agua era refrescante para los ojos.

Nuestro camino nos llevó por la parte norte de las bajas colinas que rodeaban el Pueblo Oriental. Nadie sugirió parar a descansar, aunque llevábamos caminando dos horas, todos estábamos ansiosos por continuar. Emerson había tomado la delantera, como era su irritante costumbre, con el gato sobre su hombro y Abdullah pegado a sus talones. Bertha y los dos jóvenes se habían quedado atrás. Estoy segura de que no necesito decir que Cyrus estaba a mi lado, como siempre.

Lo único que rompía la quietud eran nuestras voces. Sin embargo, poco a poco nos dimos cuenta de que se escuchaba otro sonido fuerte, agudo y monótono, como el repiqueteo mecánico de una campana. Aumentaba a medida que nos acercábamos al final del risco. Delante y a la izquierda vi los muros de la pequeña casa que Cyrus había hecho construir. Quizás el sonido proviniese de allí.

Emerson también lo había oído. Se detuvo y ladeó la cabeza. Bajó el gato al suelo y se giró, encaminándose a la casa.

El sol me daba en los hombros y la cabeza con la fuerza de un horno, pero un repentino frío caló cada centímetro de mi cuerpo. Había reconocido el sonido. Era el aullido de un perro.

Me zafé de Cyrus y eché a correr.

—¡Emerson! —grité—. ¡No vaya ahí! ¡Emerson, deténgase!

Él me miró y continuó.

Aunque a Emerson no le guste demostrar ninguna emoción suave, le gustan los animales tanto como a mí. Sus esfuerzos en favor de las criaturas maltratadas y amenazadas no llegan a la extravagancia a la que es propenso su hijo, pero a menudo había interferido para rescatar zorros de sabuesos y cazadores. Los gritos del perro sugerían que sentía dolor y angustia. Atraían a Emerson con tanta fuerza como deberían haber hecho conmigo, en el caso de que no hubiese anticipado el peligro que provenía de aquella fuente. Guardé el aliento para correr. Cuando es necesario, puedo adquirir un paso bastante rápido, pero en esta ocasión creo que

rompí mi propio record: Emerson había alcanzado la casa antes de que llegase hasta él. Se detuvo, la mano en el pestillo, y me miró con curiosidad.

—De alguna manera la criatura se ha quedado encerrada dentro. ¿Qué...?

Incapaz de articular nada por la necesidad de aliento, me tiré contra él.

Lo que demostró ser un error, por el cual creo que debo ser excusada. No había visto que ya tenía los dedos alrededor del picaporte.

Al oír nuestras voces, el perro había comenzado a arrojarse contra la puerta. Se abrió de golpe. Emerson se tambaleó contra la pared y yo caí pesadamente al suelo.

Los perros paria de los pueblos son criaturas esqueléticas y muertas de hambre de razas indeterminadas. No son mascotas, sino bestias feroces que tienen buenas razones para temer y odiar a los seres humanos. Aquellos que sobreviven a las durezas de los primeros años lo hacen porque son más duros y más despiadados que sus congéneres. Y aquél estaba rabioso.

Habría ido directamente contra la garganta de Emerson si yo no lo hubiese lanzado a un lado. Ahora atacaba al primer objeto que veía, mi pie. Una sanguinolenta espuma rosácea salpicó de su mandíbula cuando hundió los dientes en mi bota, sacudiéndola, mordiéndola. Yo aún llevaba la sombrilla en la mano. La bajé sobre la cabeza del perro. El golpe hubiese aturdido a un animal menos frenético. Con este solo conseguí que atacase con mayor furia.

Emerson me arrancó la sombrilla. Levantándola sobre la cabeza, golpeó con toda su fuerza. Oí el crack de un hueso y por fin, con un aullido agónico que me perseguiría en mis recuerdos para siempre, la bestia rodó a un lado, revolviéndose y pateando. Emerson volvió a golpear. El sonido fue menos agudo esta vez pero igualmente escalofriante.

Emerson me sujetó por debajo de los brazos y me arrastró lejos del cuerpo del perro. Su cara estaba tan blanca como la venda de su mejilla, aún más blanco si debo ser exacta, pues la venda estaba muy sucia, y cuando esa mañana me había ofrecido a cambiársela se negó. Abdullah estaba cerca, con el cuchillo en la mano. Estaba quieto como una estatua y también se había puesto pálido.

Arrodillándose delante de mí, Emerson levantó la mano y cogió el cuchillo de Abdullah.

—Enciende una fogata —dijo.

Abdullah lo miró sin comprender durante un momento, entonces asintió.

Teníamos combustible a mano, como parte de los suministros de Kevin. Fui vagamente consciente de los rápidos movimientos de Abdullah, pero confieso que la mayor parte de mi atención se concentraba en mi bota, la cual estaba siendo cortada por Emerson. Los cordones estaban llenos de nudos y pegajosos por la saliva, y la parte de la bota alrededor del tobillo había quedado hecha jirones.

—¡No lo toque! —exclamé—. Siempre tiene arañazos o corte en las manos, y una herida abierta...

Me vi interrumpida por un grito de dolor que no pude reprimir, ya que Emerson había cogido la bota con un agarre salvaje y había tirado de ella. Cyrus rodeó la esquina de la casa a tiempo de oír mi exclamación. La furia le ensombreció la frente y creo que estuvo a punto de lanzarse contra Emerson cuando vio el cuerpo del perro. El color le abandonó la cara cuando, con la rápida inteligencia que le era propia, comprendió el significado de la escena.

—¡Dios del cielo! —gritó—. ¿El...?

—Eso es lo que intento determinar, maldito idiota —dijo Emerson, inspeccionando mi sucia media con la intensa concentración de un científico mirando por el microscopio—. Y no toque el...

El sonido que emitieron sus labios no fue un jadeo o un gruñido. Fue un improperio entre dientes. Yo también lo había visto, aquel pequeño arañazo, de apenas unos dos centímetros de largo. Pero suficiente para significar mi muerte.

Emerson me sacó la media con cuidado y cogió mi pie desnudo en la mano.

No se debe ser vanidosa con la apariencia de uno mismo, y el cielo sabía que yo tenía pocas razones para ello, pero en la privacidad de estas páginas confesaré que siempre he creído que tengo unos pies más bien pequeños. Pequeños y delgados, con altos arcos, habían sido descritos en términos apreciativos nada menos que por Emerson mismo, una autoridad en la materia. Ahora lo miraba fijamente, no al apéndice sino al pequeño rasguño en mi

tobillo. La piel apenas estaba desgarrada. Solo había unas pocas gotas de sangre.

Por un momento nadie habló. Entonces Abdullah dijo:

—El fuego arde bien, Padre de las Maldiciones. —Alargó la mano. Pensé que temblaba un poco.

Emerson le dio el cuchillo.

De haber estado allí, Ramsés ya habría hablado. Kevin era casi igual de perniciosamente locuaz que mi hijo, así que no me sorprendí cuando fue el primero en romper el silencio. Sus pecas destacaban oscuras contra la palidez de su cara.

—Es tan solo un arañazo. Quizás el perro no estaba rabioso. Quizás...

—Si alguien no hace callar a ese estúpido bocazas irlandés le voy a golpear —dijo Emerson.

—No podemos permitirnos correr ese riesgo, Kevin —dije—. Ahora voy a incorporarme...

—No se va a incorporar —dijo Emerson, con el mismo tono distante—. Vandergelt, eche una mano. Colóquele la mochila debajo de la cabeza y mire a ver si puede encontrar una botella de brandy.

—Yo siempre llevo una petaca de brandy —dije, tanteando mi cinturón—. Con intención médica, por supuesto. Hay agua en la otra petaca.

Emerson me quitó el brandy y le arrancó el tapón. Me lo bebí como un borracho empedernido, pues el martirio innecesario no es algo que me guste. Solo deseé poder beber lo suficiente como para que la horrenda cosa me intoxicara y me hiciera perder el conocimiento, pero sabía que si lo consumía demasiado rápido solo sentiría náuseas.

Mejor con náuseas, borracha o con dolor, que muerta. La hidrofobia es un mal inevitable, y sería difícil pensar en una manera más desagradable de morir.

Cuando volvió Abdullah, mi cabeza ya estaba dando vueltas y me alegraba de estar recostada contra el soporte que Cyrus me había preparado. Se arrodilló a mi lado, su cara era una máscara de angustia compasiva y me cogió la mano en las suyas. La hoja del cuchillo brillaba roja como una cereza debido al calor. Abdullah había envuelto un paño alrededor del mango. Emerson lo cogió de

su mano.

Por supuesto, es una sensación bastante incómoda. Extrañamente, lo que más me preocupaba era el siseo y el hedor de la carne quemada. Alguien gritó. Probablemente fui yo.

Cuando volví en mí sentí que los brazos de alguien me sujetaban. No eran los de Emerson, parpadeando borrosamente lo vi de pie a mi lado, de espaldas a mí.

—Todo ha terminado, querida Amelia —dijo Cyrus, abrazándome más fuerte—. Se acabó y está a salvo, gracias a Dios.

—Excelente —dije, y volví a desmayarme.

La siguiente vez que me desperté no necesité mirar para saber quién me cargaba en sus brazos. Había estado inconsciente durante algún tiempo, pero cuando abrí los ojos vi hojas de palmera sobre mi cabeza. Un pollo graznó y batió las alas. Emerson debía haberlo apartado de una patada. Eso no era propio de él, normalmente pasaba por encima.

—¿Está despierta? —preguntó, cuando me removí débilmente—. Permítame ser el primero en felicitarla por comportarse de manera femenina.

Giré la cabeza y lo miré. El sudor le había bajado por las mejillas y se le había secado, dejando marcas en el polvo que las embadurnaba.

—Ya puede bajarme —dije—. Puedo caminar.

—Oh, no sea zopenca, Peabody —fue la irritada respuesta.

—Déjeme llevarla —rogó Cyrus, como siempre a mano.

—No hace falta. Ya casi estamos.

—¿Cómo se siente, querida? —me preguntó Cyrus.

—Bastante bien —murmuré yo—. Bien, aunque algo rara. Parece que mi cabeza está desconectada del resto de mí. Asegúrese de que no está flotando por ahí, Cyrus. Es de gran utilidad, ¿sabe? Para ponerse el sombrero encima.

—Está delirando —dijo Cyrus ansioso.

—Está completamente borracha —dijo Emerson—.Es una sensación interesante ¿eh, Peabody?

—Sí, así es. No tenía ni idea.

Estaba a punto de continuar explicando algunos de los efectos que estaba experimentando, cuando oí el sonido de pies corriendo y una voz que gritó:

—¡Emerson! Oh, Padre de las Maldiciones, ¡espéreme! No pasa nada. El perro no estaba rabioso. Ella está a salvo, no morirá.

Los brazos de Emerson se apretaron como un tornillo y luego se relajaron. Se giró, y vi a Abdullah corriendo hacia nosotros, sacudiendo los brazos. Estaba sonriendo de oreja a oreja y cada pocos pasos daba un absurdo salto diminuto, como un niño dando saltitos.

Habíamos llegado al centro del pueblo. La procesión que nos seguía desde los campos de cultivo: hombres, mujeres, niños, pollos y cabras, se reunieron a nuestro alrededor. La vida en esa clase de pueblos era muy aburrida.

Cualquier tipo de animación atraía una multitud.

—¿Y bien? —dijo Emerson con frialdad, cuando su capataz nos dio alcance, jadeante.

—Tenía un palo metido en las mandíbulas para mantenerle la boca abierta —jadeó Abdullah—. Los fragmentos lo atravesaron con fuerza cuando el palo se rompió por fin. Y eso... —nos enseñó una cuerda sucia y manchada de sangre hecha jirones-... estaba atada con fuerza alrededor de su...

—No importa —dijo Emerson, echándome un vistazo.

—¡Qué horrible! —exclamé—. ¡Pobre criatura! Deja que ponga las manos encima de ese villano y yo... oh, querido. Oh, querido, de pronto no me siento muy bien. Creo que la ira me ha debilitado el... Emerson, es mejor que me baje inmediatamente.

* * *

Aunque después me sentí mucho mejor, descubrí, para mi angustia, que no podía permanecer de pie. No era mi pie el que lo evitaba, aunque me dolía como el demonio, sino el hecho de que mis rodillas no dejaban de doblarse en ángulos extraños. No habría supuesto nunca que la anatomía de la rodilla permitiese una flexibilidad así.

—No es una experiencia tan placentera como creía, ¿verdad? —dijo Emerson—. Y lo peor está aún por venir. Si cree que ahora le duele la cabeza, espere a mañana.

Se veía tan hermoso, sus ojos azules brillaban con divertida malicia, su pelo se ondulaba húmedo hacia atrás en su frente y su inquebrantable forma estaba vestida con ropa limpia aunque arrugada, ni siquiera fui capaz de sentirme resentida por su

diversión.

Alguien le había cambiado el sucio vendaje, supuse que habría sido Bertha. Ella me había atendido como una enfermera entrenada, con destreza y gentileza, ayudándome a quitarme las sucias ropas, pues mis manos no parecían funcionar mejor que mis rodillas, y me había ayudado con el resto de elementos del baño. Cyrus había estado esperando para llevarme al salón, donde estábamos reunidos en ese momento, refrescando el hombre interior (y la mujer) al igual que habíamos refrescado el exterior. Era ciertamente un grupo más presentable que el equipo de cansados, sucios y nerviosos individuos que habían subido a tropezones al barco.

Arreglándome las faldas, me acomodé en el diván y permití que Cyrus colocase mi pie en alto sobre un taburete.

—Siempre con sus bromas, Emerson —dije—. Me siento perfectamente bien. Confieso que ha sido un alivio saber que no tendré hidrofobia. ¡Cuando pienso en el valor de Abdullah para examinar aquél desdichado perro! Él mismo podía haber contraído la enfermedad.

—Es una pena que no hubiese pensado en examinar al perro antes —dijo Cyrus crítico—. Le habría ahorrado toda esa agonía, querida.

—Fue idea mía examinar al perro —dijo Emerson—. Encontrar en tan poco tiempo un animal con el estado apropiado de rabia no es tan fácil como pueda suponer, y pocos hombres, por muy curtidos que estén, se arriesgarían a manipularlo. Sin embargo, la idea no se me ocurrió inmediatamente, y la cauterización no podía prolongarse más tiempo. Con este tipo de heridas, cada segundo cuenta. Una vez que la enfermedad accede al torrente sanguíneo... Bueno, no hace falta pensar en eso. El perro fue torturado deliberadamente y encerrado en la casa para esperar a que llegásemos. ¿Quién sabía que cogeríamos ese camino?

—Todo el mundo, creo —dijo Charlie—. Este es el día de descanso, asumimos...

—Exactamente —dije yo—. Esa línea de investigación no nos llevará a ningún sitio, Emerson. El villano debe haber pensado que valía la pena intentarlo. Todo lo que podía perder era un pobre perro. ¡Gracias a Dios que llegamos cuando lo hicimos! Por lo menos ya ha acabado su sufrimiento.

—Es tan propio de usted pensar así —murmuró Cyrus, cogiéndome de la mano.

—Ajá —dijo Emerson—. Será mejor que piense en lo que habría pasado si Abdullah no hubiese examinado al perro.

—Habríamos tenido que aguantar días, semanas de suspense —dijo Kevin con seriedad—. Ni siquiera la cauterización habría asegurado...

—No, no —dijo Emerson con impaciencia—. Su empático sufrimiento, O'Connell, no sería de interés para nuestro atacante. ¿Qué esperaba él ganar con esto?

—El placer de imaginarle a usted en la horrorosa agonía de la hidrofobia —sugerí—. Violentos accesos de tos, convulsiones tetánicas, depresión extrema, excitabilidad...

Emerson me dirigió una mirada de desaprobación.

—Es tan mala como O'Connell. Es a usted a quien atacó el perro, no a mí.

—Pero usted era la víctima prevista —insistí—. Siempre va por delante del resto de nosotros, habría sido el primero en oír los gritos del pobre animal, y cualquiera que conozca su carácter se daría cuenta de que habría respondido, inevitablemente, a una...

—Al igual que hizo usted. —Los ojos de Emerson estaban fijos en mi rostro—. Corrió como alma que lleva el diablo, Peabody. ¿Cómo sabía que el perro constituía un peligro?

Había esperado que no se preguntase eso.

—No sea ridículo —dije, con una buena demostración de irritabilidad—. No me preocupaba por el perro, me preocupaba que hubiese sido empleado como medio de atraerle a alguna trampa de algún tipo, eso es todo. Siempre se está apresurando a meterse allí donde los ángeles temen...

—A diferencia de usted —me interrumpió Emerson—. ¿Supongo que tropezó y cayó contra mí sin querer?

—Así es —dije, con mi tono más digno.

—Ajá —dijo Emerson—. Bueno. No importa cuál de los dos fuera la víctima prevista. ¿Qué habríamos hecho si hubiésemos creído que el perro tenía la rabia?

Cyrus me apretó con fuerza la mano.

—Habría ordenado un tren y la habría enviado directa a El Cairo, por supuesto. El tratamiento de Pasteur debe estar disponible

en los hospitales de allí.

—Muy bien, Vandergelt —dijo Emerson—. Y en algún momento del camino, sospecho que un grupo de simpáticos extranjeros le habría relevado de su carga. A menos... oh, ¡maldita sea! —Se puso de pie de un salto, los ojos casi se le salían de las órbitas—. ¡Qué idiota soy! —Y sin más añadidura salió presuroso de la habitación, dejando la puerta oscilando sobre los goznes.

—¡Oh, maldita sea! —repetí con igual vehemencia—. ¡Vaya tras él, Cyrus! Malditas sean mis faldas, mi pie y mis rodillas... ¡Apúrese, le digo!

Rara vez me desobedecían cuando empleaba aquel tono (y cuando lo hacían, siempre era Ramsés). Cyrus me dirigió una mirada de sobresalto antes de ir tras Emerson. Charles miró a Renè. Renè miró a Charles. Charles se encogió de hombros. Como si fuesen uno, se levantaron y dejaron la habitación.

Kevin permanecía en la puerta, indeciso, un pie fuera y otro dentro.

—¿A dónde va?

—No tengo la menor idea. Solo puedo suponer que es a algún lugar donde no debería estar... seguramente no solo y sin protección. Vuelva y siéntese, Kevin, ya no va a cogerlos. Si esa era su intención.

Kevin pareció herido. Antes de poder proclamar su coraje y fervor, Bertha corrió hacia él y lo cogió del brazo.

—¡No vaya! ¡Quédese y protéjanos! Podría ser una artimaña...

—¿Por parte de Emerson? —pregunté irónica—. Estamos a plena luz del día y la mayoría de los hombres aún están a bordo. Siéntese, Bertha, y deje de llorar.

Kevin, con su vanidad masculina sosegada por el ruego de una mujer indefensa, deslizó un brazo alrededor de la menuda y temblorosa forma y llevó a la chica al sofá. Ella se sentó mirándome fijamente, los oscuros ojos como platos. Entonces se arrancó el velo del rostro, como si la asfixiase.

—Él llegó allí antes que usted —dijo—. ¿Entonces por qué la atacó el perro a usted?

—Me metí en su camino —dije.

—¿Por casualidad? No me lo creo. Vi lo rápido que corrió. ¡Debe de quererlo mucho!

—Cualquiera habría hecho lo mismo —dije cortante, pues no tengo la costumbre de discutir mis sentimientos personales con jóvenes desconocidas.

—Yo no —dijo Kevin con franqueza—. Al menos no si me hubiesen dado el tiempo para pensar antes de actuar. —Suspiró con fuerza y le palmeó la mano a Bertha—. ¡Ay!, pero ese es el maleficio del maldito código moral británico. Nos lo machacan desde la niñez y es parte de nuestra naturaleza. He hecho lo que he podido para conquistarlo, pero ha habido veces en que he actuado instintivamente como un caballero en lugar de pensar primero en mi preciada piel.

—No muchas —dije.

Bertha temblaba violentamente. Kevin se sentó junto a ella y comenzó a canturrearle palabras de consuelo con un acento particularmente repugnante. No les presté mayor atención. Tenía los ojos fijos en las amplias ventanas del salón, a través de las cuales había contemplado a Emerson marcharse a toda prisa orilla arriba camino del pueblo, sin sombrero y sin chaqueta, con el pelo volando salvaje con la brisa. Los otros le habían seguido, pero tampoco les presté atención, ni siquiera en mi mente.

Antes de haberme atrevido a desearlo, estaban de vuelta. Podría haber llorado de alivio. Cyrus debía haberlo detenido y persuadido de atender a razones; o, con mayor probabilidad, Emerson se lo había pensado mejor. Por regla general, no era susceptible a la persuasión, aunque sí era razonable.

Cyrus y él caminaban lado a lado, con los dos hombres jóvenes siguiéndoles la pista a una distancia respetuosa. Era agradable ver tal amistad entre ambos, parecían estar metidos en una seria conversación, y habría dado lo que fuese por escuchar lo que decían. No importaba, pensé, se lo sacaría después a Cyrus.

Capítulo 14

"Los hombres siempre encuentran alguna grandilocuente excusa para complacerse a sí mismos."

¡La serpiente, el cocodrilo y el perro, nos habíamos enfrentado con todos ellos y los habíamos vencido! De las tres eventualidades, la última había sido la más sutil y la más peligrosa; si Emerson no hubiera pensado en examinar el cadáver del perro, yo podría estar ahora mismo en las garras de nuestro archienemigo. No le culpaba por no haber pensado antes en ello. La idea, a pesar de ser irrefutablemente lógica, tampoco se me había ocurrido a mí. Me encontraba un tanto distraída en aquel momento. Sólo aquellos que se han enfrentado a ello pueden comprender del todo el morboso terror que se apodera del alma ante la mera posibilidad de contraer esa espantosa infección. La cauterización es el tratamiento más efectivo, pero no garantiza la cura.

Emerson mismo se encontraba un tanto distraído. Recuerdo su rostro decidido y pálido al inclinarse sobre mí, la tensión de sus labios apretados mientras se preparaba para apoyar el acero candente contra mi carne. Pero aquellas firmes manos no habían vacilado, no se habían humedecido aquellos agudos ojos azules.

Naturalmente, uno espera tal fortaleza en un hombre del carácter de Emerson.

No obstante, no le hubiera reprochado si se hubiera enjugado unas pocas lágrimas viriles.

Los ojos que ahora me miraban no eran brillantes como zafiros sino de un gris acerado, los míos reflejados en el espejo de mi tocador. Después del almuerzo, nos habíamos dispersado hacia nuestras habitaciones. Los otros estaban durmiendo la siesta, se suponía que yo hacía lo mismo. Cyrus me había puesto en la cama y me mandó que descansara; Emerson, al pasar frente a la puerta,

había dicho en voz alta:

—Intente dormir la mona, SEÑORITA Peabody, es lo que normalmente funciona para mí.

¿Cómo podría dormir? Mi mente bullía con pensamientos confusos. Me las arreglé para andar cojeando hasta el tocador, no porque contemplar mis propias facciones me diera ninguna satisfacción, sino porque reflexionaba más eficientemente estando en posición erguida.

Cuando Cyrus me cargó hasta el dormitorio había aprovechado la oportunidad para interrogarlo con respecto a la conversación que había acertado a oír, o, para ser más precisos, acertado a observar.

—Solo intentaba hacerle entrar en razón, querida mía —fue la respuesta—. Se dirigía de regreso al desierto cuando le dimos alcance, quería echarle otro vistazo al cadáver del perro —dijo—. No se preocupe, se lo pensó mejor.

¡Ojalá así fuera! Pero tenía mis dudas. Nunca he sido capaz de hacer entrar en razón a Emerson con tanta facilidad.

Algo extra sobre lo que reflexionar me lo brindaron las cartas que encontré esperándome. El mensajero de Cyrus, al oír de nuestro inminente regreso del *wadi*, las había llevado hasta mi habitación. Pospuse el placer de leer la última epístola de Ramsés hasta después de haber leído las otras, ya que no tenía razón para suponer que me Aliviaría de mis preocupaciones.

Una breve nota de parte de Howard Carter, desde Luxor, me informaba que la ciudad era un enjambre de periodistas que los perseguían a él y a nuestros otros amigos exigiendo entrevistas.

"*Ayer estaba en la sala hipóstila de Karnak*," me escribía, "*cuando una cabeza apareció de repente por detrás de una de las columnas y una voz me gritó:*

¿Es verdad, señor Carter, que la señora Emerson rompió dos de sus sombrillas durante el rescate de su esposo?"

"Respondí gritándole una negativa por supuesto, pero prepárese, señora E., para los peores excesos de la ficción periodística. Me imagino, no obstante, que ya está acostumbrada a eso."

Otros mensajes de amigos de El Cairo informaban de asaltos igualmente exasperantes y de rumores incluso más ofensivos.

La carta del secretario de Sir Evelyn Baring, a la cual él había agregado una solícita (y obviamente desconcertada) nota escrita de

su propia mano, me brindó más consuelo. Había resultado imposible localizar en tan poco tiempo a todos los individuos de la lista que le envié, pero las investigaciones avanzaban y mientras estudiaba las anotaciones hechas comencé a preguntarme si mi teoría no podría estar equivocada después de todo. Aquellos de nuestros antiguos enemigos que habían sido encarcelados estaban aún en sus celdas. Ahmet el Piojo apareció en el Támesis algunos meses antes. No me sorprendía que un consumidor y tratante de opio no tuviera una larga expectativa de vida. Eso dejaba... conté... seis. No había garantías de que todos, los seis, no estuvieran siguiéndonos el rastro, pero la reducción de su número me brindó una ilógica sensación de ánimo. No podía aplazarlo por más tiempo. Dando un suspiro, abrí la carta de Ramsés.

Queridísimos mamá y papá, he llegado a la conclusión de que mis talentos radican en la esfera intelectual más que en la física, al menos por el momento presente. Sirve de poco consuelo darme cuenta de que mis incompetencias físicas se enmendarán en cierta medida con el transcurso del proceso natural del tiempo, o, para ponerlo en términos más coloquiales, cuando crezca. No me atrevo a esperar que alguna vez pueda lograr alcanzar el grado de fuerza y ferocidad que distinguen a papá, sin embargo, los talentos naturales que poseo pueden ser desarrollados con ejercitación constante y la práctica de destrezas particulares. Ya he comenzado con este régimen y tengo intención de continuarlo.

Un helado estremecimiento se apoderó de mis extremidades. No era capaz de abrigar una falsa ilusión con respecto a la clase de destrezas que Ramsés tenía en mente. La mayoría de ellas involucraba el lanzamiento de objetos filosos o misiles explosivos. Probablemente era mejor que no hubiera whisky en la habitación y que mi pie estuviera demasiado dolorido como para permitirme desplazarme tan lejos como hasta el salón. Igual que Cyrus, estaba comenzando a entender cómo un individuo podía llegar a aficionarse a la bebida.

Me obligué a mí misma a continuar leyendo, preguntándome cuándo, si es que alguna vez lo hacía, llegaría Ramsés al meollo del asunto.

Debo confesar, dado que la honestidad es una virtud que mamá siempre ha tratado de inculcarme (aunque hay veces que sospecho causa

más daño que beneficio), que yo no fui el único que concibió el plan que, espero, ofrecerá una solución a nuestras presentes dificultades. La inspiración provino de una fuente imprevista. Me he encontrado con varias fuentes inesperadas en las últimas semanas y espero haberme corregido de las ideas preconcebidas que tenía al respecto, aunque, como he dicho, anhelo poder discutir este fascinante tema con vosotros en un futuro.

Pero permitidme describir el evento en el orden adecuado, como a mamá le gustaría.

Gracias a la gentil intervención a mi favor de la tía Evelyn, solo estuve restringido a mi habitación durante veinticuatro horas. Una vez en libertad, me encontré con que no tenía nada que hacer. Los niños, como sabéis, están en la escuela. Nefret se encontraba leyendo Orgullo y Prejuicio y estaba completamente absorta en lo que siempre me ha parecido una historia más bien tonta. Las damas que conozco no son para nada como las que aparecen en el libro. La pequeña Amelia se ofreció muy amablemente a jugar conmigo al parchís, pero no estaba de humor para estar en compañía infantil. (No temas, mamá, fui de lo más cortés. No heriría los sentimientos de la querida niña por nada del mundo).

Normalmente me hubiera dirigido a la biblioteca para continuar con mis investigaciones sobre la gramática egipcia, pero parecía lo más prudente permanecer por un tiempo fuera de la vista de tío Walter. Por lo tanto procedí a dirigirme a la sala de estar de tía Evelyn, con intención de realizar más averiguaciones (con el mayor tacto posible, no necesito decirlo) del por qué poseía ella una gran sombrilla negra.

Ella no se encontraba allí, pero Rose sí, estaba ordenando la habitación. Me ofrecí a ayudarle a quitar el polvo pero ella rehusó muy decidida. Sin embargo, no tuvo objeciones en entablar una conversación.

Los excitantes sucesos de la noche anterior, salvo uno, eran por supuesto lo más importante en nuestros pensamientos. Ya le había contado a Rose todo al respecto pero me pidió que se lo contara de nuevo, así que de buena gana la complací. (Tampoco sabía por qué la tía Evelyn tenía una sombrilla, y rehusó hacer conjeturas). El tema al que continuaba retornando era el reprensible comportamiento de Ellis. No se lleva bien con Ellis, como creo que os he contado. Ellis es mucho más joven que Rose. También es más delgada que Rose y tiene el cabello rubio brillante. No sé en qué, si en algo, tienen que ver estos hechos con

que Rose no se lleve bien con Ellis. Sólo tomo nota de como son las cosas.

- Nada mejor de lo que debería ser —decía Rose desdeñosamente—. Le dije a la señorita Evelyn que no lo haría bien. Conozco a las de su clase.

- ¿Qué clase es esa? —pregunté.

Antes de que me pudiera contestar, suponiendo que tuviera la intención de hacerlo, entró tía Evelyn. Me hizo señas para que me uniera a ella en el sofá, lo que hice con gusto, y sacó su bordado. Me produjo una sensación extraña verla sentada allí, tan pulcra y sosegada como la dama de un cuadro, mientras recordaba a la feroz doncella guerrera de la otra noche.

- No dejéis que interrumpa vuestra conversación -dijo con su suave voz-. Sé que vosotros dos disfrutáis charlando juntos, os ruego que continuéis como si yo no estuviera aquí.

- Estábamos hablando sobre Ellis —dije—. Rose conoce a las de su clase. Estaba intentando descubrir a qué clase se refería.

Rose se puso toda roja y empezó a encerar con vigor la mesita de té.

- Rose, Rose —dijo dulcemente tía Evelyn—. No debes ser tan poco caritativa.

No sé qué fue lo que envalentonó a Rose y la animó a hablar. Por lo general solo farfulla "Sí, señora", y empuja los muebles de aquí para allá. Solo puedo atribuir su franqueza en esta ocasión a una de esas premoniciones que mamá y yo, y aparentemente otros, tienen ocasionalmente.

Aún estaba con la cara toda colorada, pero elevó la voz para hablar con firmeza.

- Discúlpeme, señorita Evelyn, pero creo que debe saberlo. Siempre está curioseando a hurtadillas. Un día la pillé saliendo de la habitación del señorito Ramsés. No tiene nada que hacer allí, como usted sabe, señora. La habitación del señorito Ramsés es mi trabajo. Y qué estaba haciendo fuera de la casa a esa hora de la noche, si se puede preguntar.

Fue extraordinario, mamá y papá, cómo se nos ocurrió a todos en el mismo momento. Nos miramos fijamente unos a otros con una absurda conjetura en mente. Solo que no era para nada absurda en realidad. Tía Evelyn fue la primera en hablar.

- ¿Dijiste la habitación del señorito Ramsés, Rose? ¿Qué podría haber querido hacer allí?

Me di un golpe en la frente. (He leído libros donde la gente hace eso, pero dudo que lo hagan realmente. No más de una vez, en todo caso).

- Podemos aventurar una conjetura, ¿no es así? —exclamé—. ¿Hace cuánto tiempo que Ellis llegó aquí, tía Evelyn?

La consiguiente discusión fue de lo más animada y las conclusiones a las que llegamos fueron unánimes.

Mi desazón fue grande al haber pasado por alto a un culpable tan obvio como aquél, pero fui yo, queridos mamá y papá, quien propuso el plan.

- Dejémosle encontrar lo que busca —exclamé—. Dejémosla marcharse, llevándoselo consigo y sin la más mínima sospecha de que sabemos cuáles son sus intenciones.

*La tía Evelyn y Rose aclamaron esta idea con tan lisonjeros elogios que me sentí abrumado por el embarazo. Aún más halagador fue que asumieran que sería capaz de producir un facsímil razonable del documento en cuestión; como sabéis, queridos mamá y papá, el original se encuentra en... de papá (*las últimas palabras están tachadas)*... en otro sitio.*

Me puse a trabajar de inmediato. (La falsificación es un hobby fascinante. Lo he añadido a mi lista de habilidades útiles para ser perfeccionada con la práctica). Sintiendo que la verosimilitud era vital en este caso, utilicé una hoja de una de las libretas de apuntes de papá. (La de la excavación de Dahshoor, que había traído conmigo con el fin de estudiar su reconstrucción de la pirámide del templo. Hay varios puntos que quisiera plantearle más adelante). Para resumir: tuve que avejentar el papel apropiadamente, por supuesto, esto requirió algo de experimentación antes de llegar a la solución de hornear el papel en el horno, luego de ajar los bordes y salpicarlo con agua. Luego tracé una copia del mapa, cuyos contornos tenía buenas razones para recordar, sobre otra página de la libreta, y repetí el proceso. El resultado fue de lo más satisfactorio. No necesito deciros, queridos padres, que las lecturas de la brújula que anoté no eran las que estaban en el original. Realicé también otras pocas alteraciones.

La siguiente cuestión era ¿dónde ocultar el documento? La biblioteca parecía ser el lugar más apropiado, pero estuvimos de acuerdo en que sería más conveniente dirigir la atención de Ellis hacia el lugar preciso.

Sin la entusiasta colaboración y el notable talento dramático de Rose, el plan nunca hubiera tenido éxito. La biblioteca es, al parecer,

otra de esas zonas en las que Ellis no tiene razones para entrar. (Me imagino que estás enterada de esto, mamá, yo no lo sabía, y he encontrado sumamente interesante la comparación entre los correspondiente deberes y el relativo status social que de ello depende). Mary Ann, la doncella de tía Evelyn, es responsable de esa estancia. Fue necesario, por consiguiente, librarnos de Mary Ann, dado que no tiene el tipo de temperamento que se presta al engaño, y además, sentíamos que cuantas menos personas supieran de nuestras intenciones, mejor.

Antes de girar la página tuve tiempo de esperar que no se hubieran desecho de la pobre Mary Ann con demasiada fuerza. Era una amable mujer de cabellos grises que nunca había hecho ningún daño.

El incidente del león hizo trizas, según dijo Mary Ann, unos nervios ya crispados por otros acontecimientos, por lo que no fue difícil persuadirla de tomarse unos cuantos días de vacaciones. (No es difícil persuadir a Mary Ann para que haga cualquier cosa). Tan pronto como se marchó a la estación, Rose cayó por las escaleras de atrás y se torció el tobillo. (No se lo torció realmente, mamá y papá, pero la actuación que representó fue extraordinariamente convincente). Eso significó que Ellis tuvo que ponerse a trabajar llevando a cabo algunas de las obligaciones que en realidad correspondían a Mary Ann y Rose.

La afabilidad con la que accedió a encargarse de la tarea de ordenar la biblioteca constituyó la prueba final de su villanía. Según Rose y tía Evelyn, lo apropiado para la doncella de una dama hubiera sido renunciar, antes que aceptar una tarea indigna. (Fascinante, ¿no es así? No tenía idea de que actitudes tan antidemocráticas se extendieran hasta las dependencias de los sirvientes).

Dos detalles más eran necesarios: sacar al tío Walter de la biblioteca mientras Ellis la registraba, y darle una muy clara indirecta de dónde buscar. Tía Evelyn nos aseguró que ella podía manejar la primera dificultad.

(Estuvieron fuera toda la tarde. No sé qué estuvieron haciendo). Yo mismo tomé la responsabilidad de encargarme de la segunda cuestión. Me atrevería a decir que mi actuación no hubiera convencido a mamá, pero Ellis no es muy inteligente. Permití que me pillara en el acto de leer los papeles que tío Walter mantiene guardados en un cajón con llave de su escritorio. El sobresalto culpable con el que pretendí notar su presencia y la precipitación con la que regresé los papeles al cajón,

sumaron verosimilitud a mi representación. En mi apuro por salir de la habitación, olvidé, por supuesto, cerrar con llave el cajón.

Es un gran placer para mí el informaros, mamá y papá, que nuestra estratagema ha dado resultado.

Ellis se ha marchado, con todas sus pertenencias, y el documento falso también ha desaparecido.

Ahora llegamos, queridos mamá y papá, a la mejor parte del complot. (La modestia me impide mencionar de quién fue la idea). Tan pronto como nuestros planes se hubieron concretado con éxito, hicimos uso de ese conveniente aparato, el teléfono, para contactar con el inspector Cuff y explicarle la situación.

Él fingió no estar sorprendido. De hecho, aseguró haber sospechado de Ellis todo el tiempo, y que una de las razones por las que se había ido a Londres era para investigar sus antecedentes. Nos aseguró que a Ellis se la seguiría desde el momento en que dejara la casa.

No esperamos un informe del inspector hasta dentro de varios días, pero voy a despachar ésta de inmediato para que os alcance tan pronto como sea posible, dado que estoy seguro que con el documento en su poder, los sujetos desconocidos que se han comportado de forma tan desagradable dejarán de molestaros con sus atenciones. Vuestro leal hijo, Ramsés.

P.D: Aún soy de la opinión que mi lugar está a vuestro lado, ya que parece ser, queridísimos padres, que atraéis a las personas más peligrosas. Ahora poseo la suma de siete libras con siete chelines.

Me tomó algún tiempo recuperarme de la intensa impresión causada por este extraordinario documento. Atribuyo la confusión que se apoderó de mí, en parte a mi debilitada condición, aunque el contenido de la carta era suficiente como para precipitar a cualquiera a un estado de desquiciada agitación. No me atrevía a imaginar lo que diría Emerson cuando descubriera que sus preciosas notas de excavación habían sido destrozadas con el propósito de realizar una falsificación. Me estremecía al considerar dónde había aprendido Ramsés a forzar cerraduras, otra “destreza útil”, supongo que alegaría él (¿De Gargery? ¿Del Inspector Cuff? ¿¿De Rose??). En cuanto al pobre Walter, sus nervios probablemente estaban tan crispados como los de la sufrida Mary Ann, aunque era gratificante enterarme de que su relación con Evelyn se encontraba en tan excelentes términos.

Puse a un lado estas cuestiones con el objeto de centrarme en la noticia más importante de Ramsés. La imagen de Rose, Evelyn, y Ramsés conspirando para engañar a una doncella traidora era tan deliciosa que casi podía perdonar a mi espantoso niño por todos sus pecados, con excepción de su tedioso estilo literario. Sin embargo, pronto se me ocurrió algo que me dio que pensar. La carta estaba fechada diez días atrás. Sethos debía haberse enterado del éxito de sus cómplices antes de esto, ella debía haberle telegrafiado de inmediato, o al menos así lo suponía yo. Y aun así los ataques contra nosotros no habían cesado. Uno, posiblemente dos, habían ocurrido después de que la noticia pudiera haberle alcanzado.

La serpiente, el cocodrilo y el perro... No había otras eventualidades mencionadas en la pequeña historia. ¿Iba a comenzar todo de nuevo?

Quizás fue lo puramente absurdo de la idea lo que me aclaró la mente. Quizás fue la esperanza de que la estratagema de Ramsés hubiera resultado efectiva, que las nuevas noticias no hubieran alcanzado aún al Maestro del Crimen. En todo caso, me encontré preguntándome si las similitudes con el cuento de hadas egipcio no eran algo más que una coincidencia o una influencia sobrenatural. ¿Podía ser deliberado el paralelismo? La mente que había concebido la compleja conspiración ¿había sido influenciada por "El Cuento del Príncipe Condenado"?

Varias personas sabían que yo estaba estudiando ese relato. El nombre del señor Neville fue el primero en venirme a la mente, pero él lo había mencionado cuando estábamos cenando, durante aquella velada en El Cairo. Muchos de nuestros amigos estuvieron presentes. ¿Había estado Sethos entre ellos?

La idea tenía cierta atracción insana. Bien pudiera haber constituido un desafío para aquel siniestro maestro del disfraz la posibilidad de interpretar el rol de un individuo tan bien conocido y característico en apariencia como el Reverendo Sayce, por ejemplo. No lo creía así, sin embargo. Nadie tenía un mayor respeto por las habilidades de Sethos que yo, pero no habría necesidad de que asumiera tal riesgo. Tenía aliados secretos y gente a su servicio de un extremo al otro del mundo arqueológico. Uno de nuestros huéspedes pudo haber mencionado mi interés en el pequeño cuento de hadas a un individuo de aquellos. Lamentablemente me veía

obligada a admitir que esta línea de investigación no sería más fructífera que las otras que había considerado. Llevaba de vuelta al mismo grupo que siempre he sospechado suministraba información al Maestro del Crimen: los arqueólogos. Alguno de ellos pudieron haberlo hecho del modo más inocente.

Cada pista se deshacía entre mis dedos cuando intentaba agarrarme de ella. Notando la habilidad con la que el villano barbudo había insertado la aguja hipodérmica en la vena de Emerson, pensé que podría haber tenido alguna educación médica formal. Esa sospecha no me servía de nada, ahora que sabía que Sethos era el hombre en cuestión.

Se había mostrado a sí mismo en varias ocasiones, como bien familiarizado con el uso y aplicación de diversas drogas. De hecho, me recordé a mí misma, la mayoría de los excavadores estaban familiarizados con las técnicas médicas simples, dado que frecuentemente se veían obligados a lidiar con heridas incurridas en el terreno.

Otra línea de indagación que al principio había esperado pudiera limitar el campo de los sospechosos, no logró nada por el estilo. Los oficiales de las Fuerzas Expedicionarias del Sudán no se encontraban, todos ellos, en Sudán. Después de la caída de Jartum, muchos habían sido licenciados. Yo misma había visto un rostro familiar en el vestíbulo del Shepheard.

Había olvidado su nombre, pero ahora recordaba dónde me lo había encontrado, en la casa del General Rundle, en Sanam Abu Dom. Sethos no necesitaba haber estado en Sudán para adquirir información de los oficiales que sabían de nuestra expedición. Con un estallido de frustración, golpeé la mesa con el puño. Botellas y tarros se sacudieron violentamente, volcándose un pequeño frasco de colonia.

Al ruido sordo del frasco caído le hizo eco un golpe en la puerta. Había un solo individuo que anhelaba ver en ese momento, y sabía que no era él; Emerson no llamaba a la puerta tocando suavemente.

—Pase —dije sin entusiasmo.

Era Bertha. El cambio en su apariencia era tan asombroso que olvidé mis dolorosas cavilaciones por un momento. Llevaba la cabeza y la cara descubiertas, había dejado de lado el negro fúnebre por una túnica a rayas azules y blancas. Era la *galabiyya* de un

hombre, las mujeres casadas siempre usaban el color negro, y dado que a las niñas las urgían a casarse a una edad indecentemente temprana, ninguna vestimenta femenina le hubiera quedado bien a la figura madura de Bertha. Si bien era un tanto amplia para ella, la túnica mostraba favorablemente su figura, dado que la tela era fina y sospeché que no usaba nada debajo de ella. El cabello trenzado le caía sobre el hombro en una brillante cuerda, tan ancha como mi muñeca. Su rostro estaba despejado y sin marcas, su tez era tan clara como la mía. Antes de que pudiera hacer un comentario sobre esto, ella dijo:

—Vine a ver si necesitaba algo. La quemadura debe dolerle muchísimo.

De hecho, me daba unas furiosas punzadas, pero no creía que el malestar se aliviara haciendo hincapié sobre ello.

—Sólo el tiempo puede aliviarla. Estamos un tanto escasos de hielo por aquí.

—Algo para ayudarla a dormir, entonces.

—No puedo darme el lujo de embotar mis sentidos con drogas, Bertha. Tal como estamos ya somos demasiado vulnerables.

—¿No aceptaría recostarse, entonces?

—Supongo que bien podría hacerlo. No, no necesito apoyarme en usted. Solo páseme esa sombrilla, ¿quiere?

No era la que había llevado aquella mañana. Dudo que pudiera tocarla otra vez. Afortunadamente siempre tengo varias de más.

Bertha me ayudó a arreglar mis prendas y me alcanzó un vaso de agua. Me sentía un pelín afiebrada, por lo que, cuando humedeció un pañuelo y empezó a pasármelo por la cara, no me opuse. Sus manos eran muy diestras y gentiles. Eso me dio una idea, y cuando terminó, le dije:

—Me alegro que haya venido, Bertha. He estado deseado hablar con usted. ¿Ha pensado alguna vez en capacitarse como enfermera?

La pregunta pareció sorprenderla muchísimo. Sin embargo, estoy acostumbrada a que la gente reaccione de esa manera a mis comentarios. Aquellos cuyas mentes no funcionan con la agilidad de la mía, con frecuencia fallan al intentar seguir mi tren de pensamientos.

—Debemos pensar en algo que pueda hacer —expliqué—. La profesión de enfermera está abierta a las damas, y a pesar de que

preferiría ver a las mujeres abriéndose camino en ocupaciones que hasta ahora han sido dominadas por los hombres, no me parece que usted tenga la fuerza de carácter necesaria en una reformista social. Puede que la enfermería le vaya bien, si es capaz de superar esos remilgos.

—Remilgos —repitió pensativamente—. Creo que es posible que lo haga.

—Solo se trata de una sugerencia. Sin embargo, debería pensar un poco en el asunto. La enviaré de regreso a Inglaterra tan pronto como esta situación se haya resuelto. Lo haría ahora mismo, ya que francamente, sería un alivio librarme de la responsabilidad que representa, si pensara que consentiría en marcharse.

—No accederé. No hasta que... la situación se solucione. —Con las manos recogidas en su regazo, el rostro compuesto, me estudió con considerable atención durante un momento y luego dijo—: ¿Haría eso por mí? ¿Por qué lo haría?

Desvié la mirada mientras me observaba con atención. El cambio en ella era de lo más notable, pero mi reticencia a responder era debida más bien a otra causa, una que no me atribuía mucho mérito. Vencí esa reluctancia, como espero superar siempre las debilidades del carácter.

—Vi lo que hizo, Bertha, aquella noche en que fui en busca de Emerson. Si usted no se hubiera arrojado contra la puerta e intentado resistir contra el hombre que intentaba asesinarlo, es posible que yo no hubiera llegado a sacar la pistola a tiempo. Esa acción fue la de una mujer verdaderamente valiente.

Una tímida sonrisa se insinuó en las comisuras de sus labios.

—Quizás fue como dijo O'Connell, que no tuve tiempo de pensar antes de actuar.

—Más mérito aún para usted, entonces. Sus instintos son más juiciosos que sus actos conscientes. Oh, confieso haber tenido algunas dudas con respecto a usted. Se reirá —dije, riendo— cuando le cuente que en un momento sospeché que pudiera ser usted un hombre.

En vez de reírse, elevó las cejas y pasó las manos lentamente sobre su cuerpo. La tela, ajustándose, se adhirió a él de un modo que no dejó lugar a dudas.

—¿El hombre al que usted llama Sethos? —preguntó—. Incluso

bajo un velo y una túnica, sólo un hombre muy listo podría llevar a cabo semejante mascarada.

—Es un hombre muy listo. Debería conocerle.

—No creo que fuera él.

—Debe haberlo sido. Aunque no hubiera creído que pudiera usar a una mujer como hizo con usted... Ah, bueno, eso solo sirve para demostrar que incluso una juez del carácter tan perspicaz como yo puede ser engañada alguna vez. Eligió un seudónimo apropiado en este caso, la serpiente rastrera y ladina que engañó a Eva.

Bertha se inclinó hacia mí.

—¿Qué apariencia tiene?

—Ah, vea, ahí está el problema. Sus ojos son de un tono indeterminado, pueden parecer grises o azules o marrones, o incluso negros. Sus otras facciones son igualmente susceptibles de alteración. Me explicó cómo utiliza algunos de los recursos que tiene para modificarlas.

—Entonces, usted ha hablado con él, ha estado en su presencia.

—Esto... sí —dije.

—Pero seguramente —dijo Bertha, observándome— ningún hombre puede disfrazarse, no del todo, ante los ojos de una mujer que... que es una observadora tan sagaz como usted. ¿Era joven?

—Es más fácil fingir edad avanzada que juventud —admití—. Y en su intento de... en su consumada vanidad, expuso ciertas características que son probablemente suyas. Es casi de la estatura de Emerson, si acaso un escaso centímetro más bajo, y bien formado. Sus pasos tenían la elasticidad y la fuerza física de la juventud, su... Creo que he dicho todo lo que puedo. Por lo que vi de su antiguo amo, esas características le cuadran.

—Sí. —Nos quedamos sentadas meditando en silencio por un rato, cada una ocupada con sus propios pensamientos. Luego ella se levantó—. Debería usted descansar. ¿Puedo preguntarle una cosa antes de marcharme?

—Desde luego.

—¿La recuerda él?

—Tiene buenas razones para... Oh. ¿Se refiere a Emerson? — Estaba cansada, un suspiro escapó de entre mis labios—. Todavía no.

—Él se preocupa por usted. Lo vi en su rostro cuando sostenía el

cuchillo contra su pie.

—No hay duda de que intenta levantarme el ánimo, Bertha, y aprecio la intención, pero me temo que no llega a entender el carácter inglés. Emerson hubiera hecho lo mismo por cualquiera que sufriera y hubiera sentido la misma lástima por... por Abdullah. En particular por Abdullah. Ahora, márchese y piense seriamente en la enfermería.

Quería estar sola. Sus palabras, aunque fueron dichas con buena intención, me hirieron en lo más vivo. Cuán desesperadamente ansiaba creer que la preocupación de Emerson por mí era más que la que cualquier caballero inglés hubiera demostrado hacia cualquier enfermo. Por desgracia, no podía engañarme a mí misma. Y Emerson (a pesar de ciertas excentricidades), era sin lugar a dudas un caballero inglés.

Aunque aquella noche no me sentía exactamente tan enérgica como de costumbre, insistí en reunirme con los otros. Confieso que me sentí como una de las heroínas de ficción cuando entré en el salón, apoyándome con garbo en mi amigo Cyrus, que me sujetaba respetuosamente. Iba ataviada con mi más elegante salto de cama. Era el mismo que había usado aquella noche en Luxor, cuando Cyrus acudió a mi habitación con el telegrama de Walter, y mientras abrochaba los ganchitos y ataba los lazos, recordé la extrema angustia que había sufrido durante aquel período interminable. Era un saludable recordatorio. Sin importar qué peligros nos quedaran aún por enfrentar, sin importar cuán incierto fuera mi éxito en reconquistar la estima de Emerson, ningún tormento podría compararse con aquellas terribles horas cuando no sabía siquiera si vivía, o si alguna vez podría regresar a mi lado.

Los rostros de aquellos que se levantaron para recibirme eran todo sonrisas de bienvenida y (si puedo no ser considerada presuntuosa por mencionarlo) admiración. El rostro que había esperado ver no se encontraba entre ellos.

Él no estaba allí.

—¡Condenado sea! —dije involuntariamente.

Cyrus hizo una pausa en el acto de depositarme sobre el sofá.

—¿Le he hecho daño? Soy un viejo patoso...

—No, no, no me ha lastimado. Solo bájeme, Cyrus.

Renè se adelantó con un vaso en la mano. Su expresión indicaba

que al menos él apreciaba la seda amarilla y el encaje chantilly. Por supuesto, era francés.

—No, gracias —dije—. No me apetece jerez.

—Aquí tiene, señora. —Kevin apartó a Renè a un lado—. Justo lo que ordenó el doctor. Me tomé la libertad de hacerlo bien fuerte. Para el dolor, ya sabe.

El brillo en sus ojos mientras me entregaba el vaso trajo a mis labios una involuntaria sonrisa de respuesta.

Sabía que estaba recordando cierta ocasión en Londres, cuando me había invitado a uno de esos curiosos establecimientos conocidos, creo, como taberna, y se había ahogado con su propia bebida cuando yo ordené un whisky con soda. Kevin no, pensé otra vez, no el joven que luchó a mi lado contra los sacerdotes enmascarados, quien había permanecido de pie a nuestro lado, cuando no estaba escribiendo sobre nosotros historias insultantes durante el caso del asesinato de Baskerville.

—Y si me permite decirlo —continuó Kevin jovialmente—, qué bien le sienta ese vestido amarillo con las mejillas besadas por el sol y esos bucles negro azabache, seño... eh... señorita Peabody.

—No importa —dije—. Él no está aquí. ¿A dónde demonios ha ido ahora?

Se hizo un breve e incómodo silencio. Se intercambiaron miradas.

—No se preocupe, señora —dijo Charles—. Abdullah fue con él.

Con cuidado, apoyé el vaso sobre la mesa antes de hablar.

—Fue —dije—. ¿A dónde fue?

Todas las miradas, incluyendo la mía, estaban fijas en Charles. Se libró del apuro por la llegada del mismo Emerson. Como de costumbre, dejó la puerta abierta. Echándome una mirada, comentó:

—¿Una copa para curar la resaca, SEÑORITA Peabody? —antes de dirigirse a la mesa y servirse un whisky con soda bien cargado para sí mismo.

Varias respuestas me vinieron a la mente. Descartándolas todas como innecesariamente provocativas e improductivas en la búsqueda de información, dije:

—¿Tuvo suerte?

Emerson se volvió, apoyándose contra la mesa con el vaso en la

mano. Su expresión provocó mis más extremas sospechas. Conocía bien esa mirada, el brillo de aquellos ojos azul zafiro, el ángulo de sus cejas, el tic en la comisura de la boca. "Engreído" no es quizás la palabra exacta. Siempre sugiere, al menos para mí, una cierta formalidad que nunca podría, bajo ninguna circunstancia, aplicarse a Emerson. "Satisfecho de sí mismo" está más cerca del blanco.

—¿Suerte? —repitió—. Supongo que usted lo llamaría así, yo prefiero pensar en ello como el resultado de la experiencia y la capacitación. He encontrado otra estela fronteriza. Pensé que debería haber otra a lo largo del perímetro norte. Está en una condición lamentable, así que nos corresponde a nosotros copiar la inscripción tan pronto como sea posible.

Charles se atragantó con su jerez.

—Mis disculpas —jadeó, presionando una servilleta contra sus labios.

—Bien —dijo afablemente Emerson—. Domine su deleite, Charles, le prometo que será el primero en probar suerte.

—Gracias, señor —dijo Charles.

* * *

—No puedo imaginarme qué está mal conmigo —exclamé, presionándome la cabeza con las manos, que me daba punzadas—. Normalmente puedo seguir el hilo de los pensamientos de Emerson, incluso cuando es incomprensible para la gente normal, pero me tiene desconcertada y ahora no sé cómo entenderlo. Algo se trae entre manos, pero ¿qué?

No estaba hablando conmigo misma, sino con Cyrus. Había insistido en llevarme de regreso a mi habitación inmediatamente después de la cena. Dado que no hubo otros voluntarios, acepté la oferta, ya que no me sentía del todo bien.

No respondió de inmediato, preocupado con la dificultad de abrir la puerta mientras sus dos manos soportaban mi peso.

—Permítame —le dije, alcanzando el picaporte.

El eficiente encargado de Cyrus había ordenado la habitación y dejado una lámpara encendida. No fue hasta que Cyrus estuvo a punto de depositarme sobre la cama, que observé algo que arrancó un grito de mis labios.

—¡Maldición! ¡Alguien ha estado revisando mis papeles!

Cyrus echó un vistazo alrededor de la habitación. Siendo

hombre, no vio nada fuera de lugar.

—El encargado... —comenzó.

—No hubiera tenido excusa para abrir la caja en la cual conservo mis cartas y documentos personales. ¿Lo ve? Sobresale una esquina de papel. ¡Espero que no piense que soy tan desordenada! ¿Me alcanzaría la caja, por favor?

Se trataba de un recipiente de metal del tipo que usan los abogados, no la había cerrado con llave, dado que los únicos papeles que contenía actualmente eran las cartas que había recibido y mis notas de "El Cuento Del Príncipe Condenado". El calco que había hecho en la tumba real y mis notas sobre la excavación se encontraban en otro portafolio.

Examiné minuciosa pero rápidamente la pila de papeles.

—No hay duda al respecto —dije con gravedad—. Ni siquiera se molestó en volver a ponerlos en el mismo orden. O es criminalmente inexperto, o no le importaba si detectaba los resultados de su esfuerzo.

—¿Falta algo? —preguntó Cyrus.

—Aquí, nada. Ehm... Cyrus, ¿le importaría volverse de espaldas un momento?

Me dirigió una mirada inquisitiva y algo dolida, pero accedió de inmediato. El susurro de la ropa de cama debió haberlo vuelto loco de curiosidad, sus hombros no dejaban de estremecerse. Pero como el caballero que era, permaneció inmóvil hasta que le dije que se diera vuelta.

—Todavía más extraño —dije, frunciendo el ceño—. No falta nada en absoluto. Uno hubiera pensado...

—¿Que un ladrón cualificado buscaría primero bajo el colchón? —preguntó Cyrus, elevando las cejas—. No preguntaré qué tiene ahí, Amelia, pero seguro que puede encontrar un lugar mejor para esconderlo. Da igual, el hecho de que su tesoro, cualquiera que sea, no haya sido robado, ¿no sugiere que fue solo un sirviente curioso quien registró sus papeles?

—Sugiere, para mí, que el motivo por el que lo ha hecho es incluso más siniestro de lo que podría suponer, dado que no soy capaz de determinar cuál es.

—Oh —dijo Cyrus. Se rascó la barbilla.

Su cuerpo de complexión delgada y toscas facciones, el

arquetipo de la masculinidad, se veía completamente fuera de lugar en la bonita y lujosa habitación. Le invité a tomar asiento y lo hizo, incómodo, en el borde de una delicada silla.

—No me extraña que se sienta mal, querida mía —dijo él—. La mayoría de los hombres se encontraría al límite de sus fuerzas después de una experiencia parecida. Desearía que se tomara las cosas con calma.

Ignoré esta ridícula sugerencia.

—Dado que la especulación ociosa con respecto a los motivos del fisgón es una pérdida de tiempo, permítame retornar al tema de Emerson. Está extremadamente satisfecho de sí mismo, Cyrus. Ésa es una mala señal. Sólo puede significar que ha descubierto una pista de la identidad o del paradero de nuestro enemigo, algún hecho ya conocido para él, o no hubiera provocado su grito de "¡Pero qué idiota que soy!" ¿Qué puede ser? Si Emerson puede pensar en ello, yo debo ser capaz de hacerlo. Estaba hablando sobre llevarme a El Cairo, desconocidos en el tren... asistencia médica... ¡Por supuesto! ¡Pero qué idiota que soy!

La delicada silla crujió de forma inquietante cuando Cyrus cambió de postura. Estaba demasiado excitada como para notar esa evidencia de incomodidad.

—Siga mi razonamiento, Cyrus —exclamé—. Si creyéramos que yo o Emerson, que era la víctima prevista, hubiera sido infectado, nos habríamos puesto en camino hacia El Cairo. Nuestros enemigos nos hubieran interceptado. Pero ¿por qué esperar hasta que estuviéramos en el tren? Tendrían una mejor oportunidad de tender una emboscada a nuestro grupo entre aquí y Derut, o en la *falúa* que nos llevaría a través del río o a lo largo de la carretera hasta la estación del ferrocarril. Estuvo aquí, Cyrus, aquí en la aldea, con el *'Omdeh*, con toda probabilidad, porque allí es dónde encuentran alojamiento los turistas y ¡allí es a donde iba Emerson, a la casa del *'Omdeh*! Si usted no hubiera...

La silla produjo una serie de alarmantes crujidos. Cyrus se reclinó hacia atrás, con los ojos fijos en el cielo raso.

—Cyrus —dije muy suavemente—. Usted lo sabía. Me mintió, Cyrus. Le pregunté a dónde había ido Emerson y me dijo que...

—Fue por su propio bien —protestó Cyrus—. ¡Maldita sea, Amelia!, algunas veces me da sustos de padre y señor mío, la forma

en que descifra las cosas. ¿Está segura de que no practica la brujería a escondidas?

—Ojalá lo hiciera. Me gustaría ser capaz de echarles maldiciones a ciertas personas. Hable, Cyrus. Dígamelo todo.

Había estado absolutamente en lo cierto, por supuesto. Un grupo de turistas había llegado a caballo esa mañana. Habían solicitado la hospitalidad del *'Omdeh,* pero cambiaron de parecer y se marcharon algo abruptamente, poco tiempo después de que regresáramos.

—Ellos, o alguien que les informaba, debe haber oído a Abdullah anunciando que el perro no estaba rabioso —dije pensativa.

—Toda la bendita campiña escuchó a Abdullah —resopló Cyrus.

—No fue su culpa. No fue culpa de nadie. ¡Así que esa es la razón por la que Emerson anduviera deambulando esta tarde por los acantilados del norte! Cree que los "turistas" se encuentran todavía por los alrededores. Bien puede ser así, no es factible que nuestro enemigo se dé ahora por vencido. Y, por supuesto, Emerson tiene la intención de ocuparse del sujeto personalmente. No puedo permitirlo. ¿Dónde se encuentra Abdullah? Debo...

Empecé a deslizar mis pies fuera de la cama. Cyrus acudió a mi lado de un salto, suave pero firmemente me obligó a recostarme.

—Amelia, si no termina con esto, la sujetaré de la nariz y verteré por su garganta una dosis de láudano. Sólo agravará su herida si no le da la oportunidad de sanar.

—Está en lo correcto, Cyrus, por supuesto —dije—. ¡Es tan condenadamente inconveniente! Ni siquiera puedo caminar de un lado a otro para desahogar mis sentimientos reprimidos.

¡Cuán rápidamente había superado su embarazo de estar a solas conmigo en mi habitación! Ahora estaba incluso sentado en la cama, y sus manos aún descansaban sobre mis hombros. Me miró profundamente a los ojos.

—Amelia...

—¿Sería tan amable de traerme un vaso de agua, Cyrus?

—En un minuto. Tiene que escuchar lo que tengo que decir, Amelia. No puedo aguantar esto por más tiempo.

Por respeto a unos sentimientos que eran, estoy convencida, profundos y genuinos, no tomaré nota de las palabras con las que fueron expresados. Puras y varoniles, como Cyrus mismo. Cuando

hizo una pausa solo pude negar con la cabeza y decir:

—Lo siento, Cyrus.

—Entonces... ¿no hay esperanza?

—Olvida con quién habla, amigo mío.

—No soy yo el que se ha olvidado —dijo Cyrus con rudeza—. Él no la merece, Amelia. ¡Déjelo ir!

—Nunca —dije—. Nunca, ni aunque me tome toda la vida.

Fue un momento dramático. Creo que mi voz y mi expresión estaban llenas de convicción. Definitivamente esa era mi intención.

Cyrus retiró las manos de mis hombros y se apartó. Dije dulcemente:

—Confunde nuestra amistad con sentimientos más profundos, Cyrus. Un día encontrará a una mujer digna de su cariño. — Permanecía sentado en silencio con los hombros encorvados. Siempre he pensado que una pizca de humor puede aliviar situaciones difíciles, así que añadí alegremente—: ¡Y solo piense, es de lo más improbable que ella vaya a tener un hijo como Ramsés!

Cyrus enderezó sus anchos hombros.

—Nadie más podría tener un hijo como Ramsés. No obstante, si su intención es que me sirva de consuelo... Bien, no diré más. ¿Quiere que vaya ahora a buscar a Abdullah? Supongo que si no lo hago se levantará usted de la cama e irá renqueando en su busca.

Lo había tomado como un hombre. No esperaba menos de él.

* * *

Abdullah lucía incluso más fuera de lugar en mi habitación de lo que lo hiciera Cyrus. Observó atentamente los volantes y festones con el ceño fruncido en profunda sospecha, y rehusó aceptar la silla que le ofrecí. No me llevó mucho tiempo obligarlo a confesar que él también me había engañado.

—Pero *Sitt*, no me preguntó —fue su débil excusa.

—No deberías haber esperado a que te preguntara. ¿Por qué no viniste a decírmelo de inmediato? Oh, no importa —dije con impaciencia, mientras Abdullah ponía los ojos en blanco y trataba de pensar en otra mentira—. Dime ahora mismo, qué averiguasteis esta tarde.

No mucho tiempo después, Abdullah estaba confortablemente sentado de cuclillas en el suelo, al lado de la cama, y nos encontrábamos absortos conferenciando amistosamente.

Acompañado por Abdullah, Daoud y Ali (al menos había tenido la suficiente sensatez como para llevarlos consigo), Emerson había intentado averiguar a dónde habían ido los misteriosos turistas. Ningún barquero admitió haberlos llevado al otro lado del río y no era probable que hubieran mentido dado que, como lo expresó inocentemente Abdullah, "las amenazas del Padre de las Maldiciones son más convincentes que cualquier soborno". Eso significaba que los hombres que buscábamos aún se encontraban en la ribera oriental. Un conductor de camellos ambulante confirmó esta suposición, había visto un grupo de jinetes dirigiéndose hacia el extremo norte de la planicie, donde los acantilados viran acercándose al río.

—Entonces los perdimos —dijo Abdullah—. Pero deben tener un campamento en algún lado entre las colinas o en el gran desierto, *Sitt*. No buscamos más allá, se estaba haciendo tarde y Emerson dijo que debíamos regresar. Parecía estar muy satisfecho.

—Por supuesto que lo está, maldito sea —mascullé, apretando los puños—. Eso explica su repentino interés en las estelas fronterizas, sólo es una excusa para registrar el área y con algo de suerte, como probablemente diría Emerson, ser atacado violentamente otra vez. Además, él cree que yo estoy fuera de servicio y no puedo interferir con su estúpido plan. ¡Bien! Solo espera hasta que vea...

Un tic nervioso casi imperceptible de la barba de Abdullah hizo que me detuviera abruptamente. El suyo es un semblante particularmente impasible, o así ingenuamente se lo imagina él. Dado que también cree que poseo poderes ocultos, encuentra difícil ocultar de mí sus pensamientos.

—Abdullah —le dije—. Padre mío. Mi estimado amigo. Si Emerson intenta dejar el barco esta noche, tienes que detenerlo, por cualquier medio que sea necesario, incluyendo la violencia. Y si le cuentas nuestra conversación...

Hice una pausa, para dar impacto a mis palabras, habiendo aprendido que las amenazas no expresadas son las más aterradoras. Además, realmente no podría pensar en una amenaza que fuera capaz de llevar a cabo.

—Escucho y obedezco. —Abdullah se puso de pie con un airoso revuelo de sus vestiduras. La expresión formal de sumisión me

hubiera impresionado más si no hubiera estado intentando reprimir una sonrisa. Añadió—: Es muy difícil, *Sitt*, caminar sobre el filo del cuchillo entre tus órdenes y las de Emerson. Él me dijo la misma cosa no hace ni una hora.

Capítulo 15

"El martirio es con frecuencia el resultado de la excesiva culpabilidad."

Me levanté al amanecer y me vestí, el cinturón de herramientas rodeaba mi cintura y llevaba mi sombrilla en la mano. Mi apariencia marcial solo estaba ligeramente estropeada por la zapatilla azul pálido de lana en mi pie izquierdo. Apoyándome sobre la sombrilla fui hasta el comedor. (Las escaleras presentaron cierta dificultad hasta que pensé en subirlas en una posición sentada.)

Hubo menos alboroto y quejas de lo que había esperado. Kevin me recibió con una sonrisa pícara y la débil queja de Cyrus "Amelia, de verdad no creo que deba..." nunca fue completada. Emerson miró la zapatilla de lana azul pálido, arqueó las cejas, abrió la boca, la cerró y alargó la mano para coger otro trozo de pan.

Después de que termináramos de comer, Cyrus salió para asegurarse de que los burros estuvieran listos. Bertha, seguida por los tres jóvenes como gansos detrás de una linda gansa, se había ofrecido a recoger mis bártulos, una oferta que estuve encantada de aceptar

—Un momento, Emerson —dije, cuando él empujó su silla apartándola de la mesa—. Quiero hablarle un minuto, sobre Charles.

Él no lo había esperado. Deteniéndose con la mano sobre el respaldo de la silla, me estudió suspicazmente con la cabeza inclinada.

—¿Qué pasa con él?

—¿No le habló de su miedo a las alturas? Oh querido, me temía que no lo haría. Los hombres son tan...

—Me lo dijo —me interrumpió Emerson. Las cejas se unieron en

un ceño—. No puedo imaginarme como esperaba graduarse como arqueólogo. Qué pasa con las tumbas en los acantilados, las pirámides, y...

—Entonces todo está bien —dije, reconociendo el inicio de uno de los famosos sermones de Emerson—. Fue muy cruel por su parte burlarse ayer de él por eso.

—No me empuje demasiado, Peabody —dijo Emerson entre los apretados dientes—. Estoy conteniendo mi temperamento con las dos manos. ¿Cómo se atreve a aparecer esta mañana con esa ridícula zapatilla luciendo esa expresión de exasperante autoconfianza? ¡Debería encerrarla en su habitación y atarla a la cama! ¡Por el cielo, que lo haré!

Aunque mi sombrilla estaba sujeta a la muñeca por una pequeña cinta no intenté evitar que él me arrastrara a sus brazos. Soy una mujer decidida, pero incluso la mejor de nosotras no siempre es capaz de resistirse a la tentación. Cuando se dirigió hacia las escaleras, le dije con firmeza:

—Lléveme directamente a uno de los burros, si le parece. También podría ahorrarse tiempo y problemas, Emerson, ningún método que emplee será suficiente para mantenerme en esa habitación si yo decido dejarla.

Emerson me depositó sobre el burro y bramó, gritándole a Abdullah, ya que sabía que no tenía sentido gritarme a mí. Abdullah me miraba, si hubiera sido inglés hubiera guiñado el ojo.

Pronto estuvimos en camino. Bertha y yo montábamos en burro. Después de considerar las opciones con un extraño aire de deliberación, el gato eligió montar conmigo. Los otros caminaron, incluyendo a Kevin, a pesar de sus lastimosas objeciones. Nuestro camino nos dirigía casi hacia el norte a lo largo de la pista del árido desierto, que atravesaba el montañoso desfiladero de uno de los extremos de la planicie de Amarna y corría paralelo al río antes de elevarse hacia los riscos, camino del sur. No había marcas excepto las huellas de hombres y burros, a cada lado de los secos residuos que yacían inútiles bajo el sol. Sin embargo, una vez fue el camino principal de una gran ciudad, bordeado con las hermosas casas y los templos pintados. Desde la Ventana de la Comparecencia del palacio del rey este había lanzado collares de oro a los cortesanos favoritos. Ahora solo quedaban montículos bajos y huecos

hundidos, el tiempo y la arena siempre invasora habían destruido las evidencias de la efímera presencia del hombre, como destruirían un día todo rastro de nosotros.

La distancia desde Haggi Qandil al límite norte es apenas de poco más de seis kilómetros. El sol ya calentaba. Kevin resoplaba, gruñía y se secaba su empapada frente. Le ofrecí mi sombrilla, pero la rechazó... alguna estúpida noción de parecer impropio de un hombre, supongo. Solo esperaba que no me causara molestias derrumbándose por una insolación. A diferencia de los otros él no estaba acostumbrado al clima, y Emerson no reducía el paso por ningún hombre... o mujer.

A la derecha, a varios kilómetros de distancia, estaban las tumbas del norte y la estela fronteriza que vimos el primer día. Emerson no se desvió. Mientras seguíamos los riscos se curvaron más claramente hacia el río, hasta que solo un estrecho espacio de unos pocos cientos de metros los separaban de la orilla. La sombra que ofrecían fue bienvenida, pero empecé a sentir la misma sensación de opresión que me había oprimido mientras estábamos acampando en el *wadi* real. La cara de roca estaba incluso más rota aquí (o eso le parecía a mis angustiados ojos), no solo por las grietas y los innumerables *wadis* pequeños sino por los restos de antiguas canteras.

Por fin Emerson hizo una parada y miró hacia arriba, Anubis saltó de mi regazo y fue a quedarse con él.

En lo alto, sobre la pared de piedra, vi relieves fragmentados e hileras de signos jeroglíficos. Así que había una estela. No me habría sorprendido descubrir que Emerson se había inventado una. Ésta era una nueva... nueva para los arqueólogos, quiero decir, dado que realmente era muy antigua y desgastada... y mucho más hacia el norte que cualquiera de las otras. Un leve temblor de fiebre arqueológica me atravesó, pero pasó con rapidez. Estaba segura que Emerson no había llegado hasta aquí para añadir unos pocos jeroglíficos más a los textos de las estelas limítrofes.

Cyrus se las apañó para no jurar en voz alta, aunque se ahogó con la palabra no pronunciable.

—Santa... esto...Jesús. ¡Todo este camino... para esto!

—Probablemente el texto sea idéntico a los otros —repliqué —. Pero sabe lo estropeados que están todos... podremos encontrar aquí

una parte que no haya sobrevivido en otra parte y encontrar algunas de las secciones desaparecidas.

—Bien, seguro que no van a encontrar nada —declaró Cyrus—. Solo una lagartija podría deslizarse por ese risco. Venga y siéntese a la sombra, querida... lo que hay de ella.

Me levantó del burro y me acomodó sobre la alfombra que Bertha había extendido. Los hombres ya estaban descargando los burros de carga. Renè y Charles, aguijoneados por los cáusticos comentarios de Emerson, arrimaron el hombro. Kevin se arrojó a mis pies con un suspiro de mártir y suplicó agua, vertí una taza para el afligido periodista y le recordé que era su culpa que estuviera sediento y acalorado.

—La curiosidad mató al gato, usted lo sabe Kevin. Espero que no sea el responsable de su propia muerte.

—Hablando de gatos —dijo Kevin— hábleme de esa criatura de aspecto diabólico que sigue al profesor a todas partes. La primera vez que lo vi, pensé que era el que usted adoptó tras el asunto Baskerville, pero este parece ser mucho más salvaje y menos civilizado.

—Nos ocupamos temporalmente de él por un amigo —repliqué —. No hay ninguna historia nueva en esto, Kevin. ¿Me perdona? Quiero ver qué están haciendo.

—¿Debería usted andar con ese tobillo? —preguntó Kevin, mientras me ponía de pie con ayuda de mi confiable sombrilla.

—No está roto ni es una torcedura, solo es un dolor insignificante. Quédese aquí Kevin, no le necesito.

Bajo la dirección de Emerson los hombres estaban instalando un andamio rudimentario, sujetando las tiras de madera con cuerdas. Era una trama horrible y destartalada, pero yo sabía que era un trasto más fuerte de lo que parecía. Con frecuencia había visto a nuestros hombres escabullirse arriba y abajo por tales estructuras con la despreocupación de los equilibristas, aparentemente inconscientes de la forma en que los tablones crujían y se balanceaban. Esta vez sabía que tendría que soportar un peso mayor.

Cyrus estaba tan absorto en el trabajo que no me vio hasta que estuve de pie cerca de él. No hice caso de sus protestas y sus intentos de sujetarme. Me siguió, todavía protestando, mientras yo

cojeaba.

Más allá del lomo de la roca un barranco marcaba un ángulo agudo dentro del risco. El habitual cúmulo de piedras rotas y guijarros depositados en el suelo cubrían su base, y las paredes estaban teñidas con negras sombras donde grietas de todo tamaño y forma rompían las paredes de roca.

Levanté la vista y mi corazón dio un gran salto cuando vi la figura de un hombre dibujada contra el cielo. Entonces reconocí a Ali. Inclinándose con precariedad sobre el borde, ayudaba a otro de los hombres a trepar detrás de él. Volviéndose, miraron hacia abajo, no hacia mí sino a aquellos que rodeaban la esquina del risco.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Cyrus curioso.

—Ali y Daoud están bajando cuerdas. Los hombres de debajo las sujetarán a la parte alta del andamio. No hay otra forma de anclar la estructura, ya que hasta las puntas de acero, que no tenemos, serían difíciles de introducir en la roca sólida. Emerson se atará otra cuerda alrededor de la cintura como medida de seguridad. Al menos espero que lo haga.

—Si no lo hace, usted se lo recordará —dijo Cyrus con una sonrisa.

—Ciertamente, será mejor que vaya y me asegure.

Antes de acercarnos, me giré para echar otro vistazo al desolado valle detrás de nosotros y al risco que lo cerraba por la parte norte. El tambaleante andamio y aquellos sobre él estaban completamente expuestos a cualquiera que estuviera escondido tumbado detrás de las derruidas rocas de la cima.

—Usted y sus hombres todavía están armados, por lo que veo —dije.

—Y así seguiremos —dijo Cyrus en tono grave. Haciendo sombra con la mano sobre los ojos, miró hacia arriba—. Sí, ese sería un buen sitio para un centinela. Enviaré a uno de los chicos, si usted regresa y se sienta.

No me dio oportunidad de discutir, me levantó y me llevó a grandes zancadas de regreso a la alfombra. Emerson ya estaba sobre el andamio y Renè estaba trepando para reunirse con él. Ambos, me alivió observarlo, llevaban cuerdas de seguridad.

El sol se elevaba más alto y la sombra se encogía. La previsión de Cyrus había tenido en cuenta incluso eso, sus hombres

construyeron un pequeño refugio, con piedras amontonadas y lonas estiradas sobre ellas. Cuando los hombres pararon para comer y descansar, la temperatura ya superaba los treinta grados. De todos ellos, Renè parecía el más exhausto, lo que no era extraño, dado que había estado sobre el andamio bajo el ardiente sol durante varias horas.

Conforme la tarde transcurría sin incidentes, la inquietud a la cual me había enfrentado durante el día debería haberse aligerado en lugar de aumentar, hora tras hora, hasta que cada centímetro de mi piel se sentía despellejada y expuesta.

Me sorprendió y me sentí aliviada cuando Emerson anunció que pararíamos el resto del día. Faltaban bastantes horas hasta el atardecer: yo había esperado que quisiera seguir, como siempre hacia, hasta el último momento posible.

El anuncio fue acogido con un suspiro universal de agradecimiento. Con las manos en las caderas y fresco como siempre, Emerson deslizó sus ojos desdeñosos sobre sus sudorosos subordinados y frunció el ceño hacia Kevin, que estaba reclinado elegantemente a los pies de Bertha.

—Mañana puede emplear sus talentos de detective en otro sitio —anunció—. Es un fastidio, señor O'Connell, escucharle gruñir y protestar me distrae, y a no ser que me equivoque en mis suposiciones, está al borde de la extenuación por el calor. El resto de ustedes no están mucho mejor. Deberíamos regresar.

Aunque por lo común el calor seco asfixiante de mi amado Egipto es más de mi gusto que el clima de mi páramo nativo, podría haber tenido una temperatura más baja aquella tarde. No obstante, estaba más inclinada a creer que era el nerviosismo, por Emerson no por mí misma, lo que me hacía sentir tan caliente y miserable. Aquella sensación se redujo cuando comenzamos el camino a casa, por una vez me había equivocado, el peligro que esperaba no se había materializado. Me recordé a mí misma que iba perfectamente con el carácter de Emerson distraerse de las amenazas a la vida y abstraerse por un descubrimiento arqueológico, pero estaba segura que no había abandonado, solo pospuesto, cualquier plan subrepticio que tuviera en mente. Tendría que vigilarlo de cerca aquella noche.

Reflexionando de esta manera, procuraba adelantarme al

próximo movimiento de Emerson, letárgica por el calor, calmada por el ritmo sin prisa del burro, me sentí en una especie de duerme vela. No estaba dormida. El burro debió dar un traspié, o yo no habría estado a punto de ser lanzada de cabeza desde su lomo. Una mano me estabilizó al mismo tiempo, parpadeando vi la cara de Cyrus a mi lado.

—Agárrese un poco más, querida —dijo—. Estamos a mitad de camino a casa.

Miré alrededor. A mi derecha el poblado de El Til se acurrucaba entre las palmeras. Una ligera brisa traía desde el río el aroma de fuegos de cocina. La órbita hinchada y derretida del sol colgaba bajo sobre los acantilados del oeste... el dios de Akhenatón, el Atón viviente, casi estaba dejando el mundo rumbo a la oscuridad y a un sueño como la muerte. Pero se elevaría de nuevo como se había elevado miles y miles de veces, para llenar cada campo con su calor y despertar a toda criatura viva para alabar su llegada.

Yo era dada, con frecuencia, a las fantasías poéticas. Sin embargo, hubiera deseado que no me encontraran en aquel momento particular. Me costaron varios segundos preciosos.

Bertha montaba junto a mí, silenciosa como una estatua. Los burros se habían adelantado a los cansados hombres, pude verlos andando tras nosotras en una procesión andrajosa. Kevin estaba entre los últimos rezagados, su encendido cabello llameaba con los rayos del declinante sol. Charlie caminaba a su lado, ralentizando sus pasos a los de su cojeante amigo. Renè...

Le arrebaté las riendas a Cyrus y paré al burro de golpe.

—¿Dónde está? —grité— ¿Dónde está Emerson?

—Ya viene —respondió Cyrus—. Justo detrás, Abdullah y él se han parado para...

—Abdullah, tampoco lo veo. Ni a tus dos guardas. ¡Ni al gato!

La verdad, la terrible verdad me golpeó como una descarga eléctrica.

—Maldito sea Cyrus —grité—. ¿Cómo se atreve? ¡Nunca le perdonaré esto!

Lamenté mucho tener que golpearlo, pero no habría podido alejarme de él de otra manera. Cyrus estaba intentando arrancar las riendas de mi mano cuando mi sombrilla le apartó el brazo. Esquivando un segundo golpe tropezó con sus pies y cayó. Clavé

mis rodillas en los flancos del burro.

Creo que fue mi grito de dolor lo que inspiró la rápida velocidad del burro. Había olvidado que llevaba solo una zapatilla en el pie herido. Dado que nadie salvo el burro podía oírme, me permití usar unas pocas expresiones que había aprendido de Emerson. Me ayudaron a aliviar mis sentimientos, pero no mucho.

Todos ellos conspiraron contra mí: Cyrus, Abdullah, y por supuesto Emerson. Era un pequeño consuelo saber que se habían tenido que unir los tres para superarme ¿Cuánto tiempo habían estado planeándolo? Desde la noche anterior, al menos; la expedición de hoy había sido diseñada solo para quitarme del camino y agotarme para que el final del largo y cansado día mi vigilancia se relajara. Apreté los dientes.

¡Qué truco más ruin e indigno!

Nunca había golpeado a un animal y tampoco lo hice en esta ocasión. El sonido de mi voz gritando: "Yalla, Yalla" era suficiente estímulo. Con las orejas bajas, el burro arrancó con una velocidad que probablemente nunca había alcanzado antes. Como a todos los burros de mi expedición, se le estaban dando buenos cuidados desde que llegó a mis manos, y ahora la amabilidad había dado frutos útiles, como las Escrituras nos aseguran que debe ser.

Mientras cabalgaba forcé mis ojos con la esperanza de ver una forma moviéndose entre las estribaciones. No vi nada, la tierra desigual ofrecía amplias oportunidades para ocultarse, y su polvorienta vestimenta se mezclaría con la pálida sombra de las rocas. Había ido por aquel sendero, estaba segura, siguiendo la curva del arco mientras el resto del grupo se encaminaba directo al sur a lo largo del camino real. Solo podía suponer cual era su destino final, pero conocía su propósito tan claramente como si le hubiera oído proclamarlo. De alguna manera, por algún medio que me eludía, había arreglado un encuentro con nuestro mortal enemigo.

Esperaba interceptarlo antes de que llegara a donde fuera que se estaba dirigiendo. Los burros habían caminado con lentitud. El paso de Emerson podía igualar los suyos, incluso sobre el áspero suelo. Cortando a través de la planicie en ángulo, yo pensaba cruzarme con él, no en el punto donde suponía que debía estar en este momento, sino en algún punto delante de donde estaría cuando yo

llegara. No podía estar muy lejos de su deseado destino, incluso ahora Emerson no sería bastante loco como para abordar a tan peligroso enemigo en la oscuridad. Al menos Abdullah estaba con él, y dos hombres armados. Quizás la situación no fuera tan desesperada como había temido. No obstante, no me arrepentía de mis acciones. La naturaleza impulsiva de Emerson requería la restricción de un calabozo individual.

Esperaba que me persiguieran, pero no miré atrás. Mis ojos estaban fijos en los riscos que estaban dibujándose más cerca, y mientras me daba cuenta de adonde me estaba dirigiendo, una mano parecía agarrar mi garganta y estrujarla. A la izquierda una hilera de oscuros rectángulos rompía el brillante rosado de los riscos teñidos por el color del atardecer. Allí estaban las entradas de las tumbas del norte, el lugar de descanso final de los nobles de la corte de Akhenatón. A la derecha, no muy distante, estaba la entrada al *wadi* real. ¿Era aquel lugar de mal presagio el que Emerson había seleccionado para el escenario del último acto del drama?

No, no lo era. La entrada estaba a alguna distancia cuando le vi. Por una vez llevaba puesto su casco blanco, así que incluso el inconfundible cabello negro estaba cubierto. Era una nube de humo lo que traicionaba su presencia. Colocado cómodamente sobre una roca, estaba fumando su pipa y observando mi aproximación. Acomodado plácidamente en otra roca cercana estaba el gato, Annubis, observando a Emerson. En el suelo junto al pie de Emerson había un rifle.

Levantándose, obligó al burro a parar arrancando las riendas de mi mano.

—Omnipresente es ciertamente una palabra para usted —dijo—. Inoportuna es otra que me viene a la cabeza.

No estaba engañada por la calma de su voz, ya que tenía la ronroneante nota baja que indicaba que Emerson estaba realmente furioso, tan opuesta a sus pequeños ataques de genio. Sus ojos pasaron de mi cara a la del jinete que se nos echaba encima. Cyrus debía haber tomado el burro de Bertha. Esperaba que no hubiera fustigado a la pobre bestia para llegar tan rápido.

—¿No puedo confiar en usted para cumplir la más sencilla tarea, Vandergelt? —Preguntó Emerson.

Cyrus desmontó.

—La ataré al burro. Le sujetaré las manos mientras...

Blandí mi sombrilla.

—El primero que me ponga una mano encima o al burro...

—Es demasiado tarde —dijo Emerson—. Él o uno de sus hombres, está detrás de aquella cresta justo al norte de nosotros. Hay otro al sur. Es una suposición segura que están armados, y vosotros debéis ser un blanco tentador en el llano abierto. Dejó que os aproximarais desarmados, así pudo reunirnos en su pequeña trampa antes de tirar fuerte de los cordones.

Se puso de pie, estirándose.

—¡Agáchese! —exclamé.

—Ninguno de ellos puede tenernos en su línea de tiro sin exponerse ellos mismos a Abdullah o a uno de los hombres de Vandergelt —dijo Emerson—. Es la razón por la que seleccioné este lugar... —Se volvió—. Detrás de ese pequeño espolón de roca está la entrada a una caverna. Cuando la descubrí por primera vez unos años atrás pensé que podría ser una tumba, pero nunca lo fue...

El agudo estampido de un rifle interrumpió su sermón y lanzó alguna duda sobre la exactitud de su valoración de nuestra situación presente. Esquirlas de piedra salpicaron desde el risco. Alguna debió haber golpeado al pobre burro, porque con un asustado rebuzno se desbocó, arrancando las riendas de mi mano. El otro burro lo siguió. Deteniéndose solo lo suficiente para agarrar el rifle, Emerson corrió, empujándome delante de él.

Tras el espolón de roca que había indicado, había hueco no para una sino para una docena de grietas y fisuras. A través de una de aquellas, que no parecía diferente de las otras, me empujó Emerson. Cyrus estaba justo detrás.

El espacio interior era más o menos circular y de unos tres metros de diámetro. Se estrechaba hacia el fondo como un túnel y se dirigía a la oscuridad... cuán lejos, no pude verlo.

Emerson giró la cara hacia Cyrus.

—Se suponía que Abdullah estaba cubriendo a ese tipo —dijo con un ominoso gruñido—. ¿Dónde están sus hombres, Vandergelt?

Una serie de disparos golpearon la cara más cercana del risco. No hubo fuego de respuesta.

Emerson soltó un largo suspiro.

—Bien, bien. ¿Supongo que el arma que tan amablemente me dejó...? Sí, ya veo. Una bala en la recamara. Un toque poético, ya. Debería usarla en usted.

Cyrus dio un paso hacia delante hasta que la boca del arma tocó su pecho. La luz casi se había ido, solo podía ver sus contornos mientras se enfrentaban el uno al otro.

—Eso no importa ahora —dijo Cyrus con frialdad—. Lo que importa... —Me señaló.

—Mmm, sí —Emerson apoyó el rifle contra la pared y flexionó las manos—. Hay otra forma de salir de aquí.

—¿Qué? —gritó Cyrus con entusiasmo.

—Oh, vamos, hombre, ¿no supondrá que sería lo bastante estúpido como para conducirnos a una muerte final? Tenía esto en mente como una vía de escape en caso de que mis planes salieran mal. Lo cual —dijo Emerson cáusticamente— ciertamente han hecho. El problema es que la salida del túnel es muy estrecha. Apenas pude atravesarla la última vez. Solo podremos escapar si no ha sido bloqueada desde entonces.

—¿Entonces a qué estamos esperando? —Exigí. No había hablado antes porque mi cerebro estaba tambaleándose bajo el impacto de las pésimas implicaciones que había contenido el discurso de Emerson ¿Por qué no habían devuelto Abdullah y los dos hombres de Cyrus el fuego de nuestros atacantes? De todos los rifles que pertenecían a Cyrus, ¿el que le había dado a Abdullah también había resultado ineficaz? La sugerencia de traición, del hombre al que había considerado un amigo querido y de confianza, era casi demasiada para soportarla.

La traición no había sido dirigida contra mí, ya que Cyrus no había anticipado que yo estaría presente. Sabía demasiado bien qué motivo podría tener para traicionar a Emerson.

Pero este no era el momento del castigo. Ahora todos nosotros estábamos en peligro, escapar era la consideración más importante. ¡Tan complacida que estaba de haberme apurado al lado de Emerson!

—¿Qué estamos esperando?

Lo repetí.

—Solo esto —dijo Emerson. Me sujetó con gentileza por el hombro y me golpeó en la barbilla con su puño cerrado.

Cuando Emerson golpea a la gente, golpea tan fuerte como puede, lo que es bastante duro de hecho. Presumo que no estando acostumbrado a juzgar la cantidad de fuerza necesaria en una situación como esta, la infravaloró.

No creo que estuviera inconsciente más de unos pocos segundos. Me había recogido mientras caía, cuando mis sentidos volvieron me di cuenta que mi cabeza yacía contra su pecho, y que estaba hablando.

—...si no lo saben ya, que estamos desarmados. Alguien debe retenerlos un tiempo. Si usted está atascado como un corcho cuando ellos irrumpan...

—Sí, lo entiendo.

—Debería ser capaz de atravesarlo, sus hombros son un poco más estrechos que los míos. Si no puede, trate de bloquear el túnel desde el otro lado. Y mantenga esa condenada sombrilla alejada de ella o le apaleará la espalda.

Cyrus dijo en voz baja.

—Si no puedo abrirme paso, volveré y lucharé con usted.

—Entonces, es usted el más loco —dijo Emerson con aspereza—. Tómela hombre, y váyase.

Innecesario decir que yo no tenía intención de permitir tal plan. No obstante, sabía que debía esperar el momento adecuado, si mostraba mi intención a Emerson, él me golpearía de nuevo, quizás más fuerte. Prefería correr el riesgo con Cyrus. La sombrilla me colgaba de la muñeca, sujeta por la pequeña correa. Me quedé flácida e inmóvil mientras Emerson me pasaba a los brazos de Cyrus. Había pensado que me daría un último y duradero abrazo antes de hacerlo, pero no lo hizo, posiblemente porque otra bala golpeando más cerca de la entrada roció el interior de la cueva con esquirlas de piedra.

Emerson no se había metido en un melodrama vano (aunque, como todos los hombres, es proclive a los gestos grandilocuentes). Confiaba absolutamente en poder retener a cualquier número de hombres armados sin ayuda. ¡Y tenía el descaro de sermonearme a mí sobre el exceso de confianza! Si podíamos sobrevivir bastante tiempo, había una buena posibilidad de rescate. Cualquiera que fuera la intención de Cyrus (y no podía creer que la acusación de Emerson fuera cierta, debía haber un error) él también estaba en

peligro ahora, y sus hombres no lo abandonarían. No si querían ser pagados, en cualquier caso. Renè y Charles le habían visto seguirme, nuestros leales hombres se apresurarían en mi ayuda incluso antes de haber escuchado el ominoso eco de las armas de fuego. Sí, vendrían... y nosotros, los tres, podríamos defender la estrecha entrada de la cueva hasta que lo hicieran.

La oscuridad del estigio nos envolvió tan pronto como Cyrus entró en el túnel. Era estrecho, pero el techo era lo bastante alto para permitirle caminar erguido, al menos al principio. Supe cuándo se hizo más bajo porque Cyrus se tambaleó con un grito cuando su cabeza lo golpeó.

Este parecía el momento oportuno. No quería esperar hasta que estuviéramos en algún espacio demasiado limitado para permitir los movimientos. Sujetando con firmeza mi sombrilla me tense, enderecé mis miembros inferiores, y me deslicé limpiamente fuera de su alcance. Entre el golpe de la cabeza y lo repentino de mi movimiento le sorprendí con la guardia baja, así que fui capaz de deslizarme más allá de él y apresurarme en mi camino. Era vagamente consciente de que mi pie herido ardía como el fuego, pero no ralentizó mi paso. Estando ahora acostumbrada a los caprichos de bolsillos y pistolas, fui capaz de extraer la segunda del primero sin dificultad.

No había ido muy lejos cuando escuché voces, y los tonos tranquilos y mesurados, la ausencia de cualquier sonido de altercado, me sorprendió tanto que ralenticé mi paso impetuoso. ¿Era un rescate, tan pronto? Debía asegurarme de no herir a un amigo antes de disparar mi pistola. Haciendo una pausa al final del túnel, me asomé cautelosamente a la cueva.

Él llevaba una linterna en una mano, y en la otra, en la mano derecha, sostenía un objeto que explicaba la necesidad de luz. Es difícil estar seguro de golpear en la oscuridad a un blanco que se movía rápidamente, especialmente cuando el blanco está intentando golpearte. El objeto no era un rifle, era alguna clase de arma de mano.

No soy una autoridad en pistolas. Todo lo que pude ver era que era mucho más larga que la mía.

Los mechones dorados de Vincey estaban un poco revueltos por el aire, por otra parte estaba tan pulcro y sereno como había estado

en aquella fatídica noche cuando lo conocí por primera vez. El feo ángulo de su mandíbula se suavizó mientras sonreía.

—No intentes alcanzar tu arma —dijo en tono agradable.

Emerson miró fijamente al rifle, el cual yacía en el suelo a pocos metros.

—Está vacío.

—Ya lo suponía dado que no nos devolviste el fuego. Me habría llevado un tiempo encontrar tu escondite si Anubis no me hubiera guiado amablemente. Fuiste sabio al proponer una tregua, aunque debo advertirte que no esperes que surja alguna ventaja de ello.

—Ah, bueno, uno nunca sabe —dijo Emerson. Sus ojos fueron al gato, el cual permanecía a mitad camino entre los dos hombres, sus ojos se movían de uno al otro mientras su cola se erizaba—. Pensé que serías incapaz de resistirte a mi invitación, Vincey. Observé el placer infantil que obtienes al regodearte de la gente.

La sonrisa de Vincey se amplió.

—Espero que no vayas a reclamar que no aceptaste mi cuidadosamente preparada excusa. En retrospectiva, mi querido Emerson, con seguridad.

Con la espalda contra la áspera pared a mi derecha, Emerson observaba atentamente al otro hombre.

—Debes tomarme por un loco —dijo curvando el labio—. Vi mucho de ti durante aquellos días cuando fui tu huésped. Cuantas horas de conversación agradable disfrutamos, tú ganduleando en aquel sillón acolchado de mal gusto y yo en... ¿una posición menos confortable? Difícilmente podía haberme equivocado sobre tu identidad. ¿Cómo te las arreglaste para envolver a von Bork en este sucio asunto?

—Esa pequeña enfermiza esposa suya necesita atención médica —fue la réplica—. El sentimentalismo es una debilidad, un hombre inteligente sabe cómo utilizar eso en su beneficio.

Una mano agarró mi brazo. Me la sacudí. No había nada que Cyrus pudiera hacer ahora... Él sabía que si intentaba agarrarme yo pelearía y eso traicionaría nuestra presencia al sonriente canalla con la enorme arma.

Emerson sacudió la cabeza.

—Has jugado bien tus manos en el pasado, lo admito, pero ya tienes perdido este último movimiento. Mis amigos están de

camino. No puedes esperar sacarme de aquí antes de que ellos...

—Me temo que no lo entiendes. Las reglas del juego han cambiado. Ya no necesito la información. Espero obtenerla de ti. Cuando deje este lugar, tú no vendrás conmigo.

—Mmm —Emerson se frotó la mandíbula—. Siempre pensé en ti como un hombre de tipo práctico, Vincey... Si tienes lo que quieres, ¿por qué arriesgas tu cuello corriendo tras de mí?

La sonrisa de Vincey se amplió hasta estirar los músculos de su cara en una horrible mueca.

—Porque tú continuarías arriesgando el tuyo para evitar que llevara a cabo mi plan. No puedo tenerte respirando en mi cuello el resto de mi vida. Admito que obtendría un cierto placer personal, llámalo sentimentalismo si quieres, al asesinarte. Me desafías, frustras mis asuntos más mortíferos... y lo peor de todo, tienes la audacia de tratarme con condescendencia cuando yo estoy sin un cuarto. —Su voz se elevaba en extremo—. Voy a hacer esto lentamente. La primera bala en la pierna, creo. Luego un brazo... o quizás la otra pierna...

Solo me había demorado porque tenía curiosidad sobre lo que él tenía que decir. Apuntando con cuidado, apreté el gatillo.

Prudentemente, Emerson se dejó caer el suelo. La bala golpeó a Vincey en el brazo izquierdo. Dejó caer la linterna, pero la herida debió ser leve, porque con un violento juramento se dio la vuelta y apuntó la pistola en mi dirección. Apunté la mía hacia él, pero algo estropeó mi puntería, debía haber sido Cyrus dándome un tirón, o el hecho de que una bala golpeara la pared detrás de mí, sobresaltándome. Mis dos siguientes disparos, disparados en rápida sucesión, no acertaron a nada. Uno de ellos, me angustié al observarlo, golpeó el suelo bastante cerca de la mano extendida de Emerson. Disparé de nuevo... y escuché el percutor caer sobre una cámara vacía. Había olvidado rellenar la pistola después de que Emerson la utilizara para pedir ayuda.

No había nada más que hacer salvo un ataque directo. Salí disparada desde la boca del túnel, directa hacia Vincey. Desafortunadamente la misma idea se le había ocurrido a Emerson. Colisionamos con fuerza, mientras perdíamos el equilibrio, él deslizó los brazos a mi alrededor e intentó girarme de manera que él quedara arriba. De nuevo, nuestras mentes funcionaron como

una. Mis esfuerzos tuvieron éxito, aterricé encima de él, y procuré cubrir su cuerpo con el mío.

Era un poco difícil seguir la pista de lo que estaba ocurriendo, ya que estaba afanosamente ocupada en tratar de proteger a Emerson, quien seguía retorciéndose. Vincey había estado un tanto confundido, creo, por la rápida y aparente aleatoriedad de nuestra acción. Dudó un perceptible momento antes de apuntar cuidadosamente.

Cerré los ojos y me aferré a Emerson. Moriríamos uno en brazos del otro, como él se había propuesto una vez. La idea no me gustaba más ahora de lo que lo había hecho en aquella ocasión.

Los ecos de un disparo me ensordecieron. Me llevó algún tiempo darme cuenta de que estaba respirando... ilesa y sin heridas... y que habían sido dos disparos, tan cercanos que los estallidos se habían fundido en uno.

Abrí los ojos.

Directamente delante de mí estaba el brazo de Emerson. Su codo estaba apoyado contra el suelo, en su mano estaba el rifle, el cual apuntaba hacia arriba en un ángulo oblicuo, sobre el gatillo estaba su dedo.

Ahora entendía por qué Emerson había atraído a su enemigo a la cueva y dejado el arma apoyada sobre el suelo, como si no le fuera útil. Solo tenía una bala. Se había asegurado de utilizarla de la manera más efectiva posible.

Apartándome a un lado, se puso de pie. Yo rodé y me senté, mis oídos aún sonaban por el ruido, la cabeza me daba vueltas. Cuando una se ha resignado a la muerte, lleva un tiempo acostumbrarse a estar viva.

Vincey yacía desplomado en el suelo, en un charco de sangre. Otro hombre yacía cerca de él. Estaba sobre la espalda, la bala de Vincey, la que se suponía era para nosotros, le había acertado justo en el pecho y lo había arrojado hacia atrás. La luz de la linterna se derramaba dulcemente sobre su cara inmóvil y sobre las manos quietas, extendidas y vacías.

Capítulo 16

"Fortaleza física y sensibilidad moral, combinada con un corazón tierno, es exactamente lo que se quiere en un marido."

—¡Demasiado tarde! —grité, retorciéndome las manos—. ¡Él dio su vida por nosotros! ¡Oh Charlie, si hubiera llegado solo cinco minutos antes!

En realidad, no había transcurrido mucho tiempo antes de que llegaran nuestros salvadores. Charlie había sido el primero en entrar y ahora se arrodillaba, con la cabeza inclinada, junto al cuerpo de su amable patrón. Su dolor era tan auténtico que me arrepentí de haber sospechado de él.

—Dudo que hubiera importado —dijo Emerson—. Al primer sonido de que se acercaba, Vincey podría haber actuado y el resultado probablemente habría sido el mismo.

—Tiene razón —dije—. Perdóneme Charlie. Yo le tenía mucho cariño, y ya ve, el dio su vida por... ¿Qué ha dicho, Emerson?

—Nada —contestó Emerson.

Charlie se puso lentamente en pie con la cara marcada por el dolor y la tristeza. Le reiteré mi disculpa. Él trató de sonreír.

—Siempre me lamentaré, señora. Puede dejárnoslo a nosotros ahora... a Renè y a mí. Usted misma se ve en bastante mala forma. Porque no va y consuela a Abdullah, estaba intentando luchar contra dos tipos con rifles la última vez que lo vi.

Apartamos a Abdullah de sus víctimas, quienes solo habían estado tratando de defenderse, y huyeron tan pronto como pudieron.

—Las explicaciones vendrán a su debido tiempo, Abdullah —dije con dulzura—. Fue todo un error.

—Mientras no les haya pasado nada —murmuró Abdullah. Ya que estaba demasiado oscuro para ver con claridad, se olvidó de sí

mismo para recorrer con manos ansiosas el contorno de Emerson, y me atrevo a decir que hubiera hecho lo mismo conmigo, si no hubiera prevalecido el decoro.

Nuestros leales hombres discutieron por el privilegio de llevarme en brazos, así que les permití hacerlo por turnos. Emerson no cedió a nadie el gato de sus brazos, caminaba tan enfurruñado que no parecía escuchar las persistentes preguntas de Abdullah. Finalmente dije:

—Abdullah, te contaremos la historia completa después que hayamos descansado. En este momento confórmate con saber que todo acabó. Eh... acabó, ¿no es así, Emerson? ¡Emerson!

—¿Qué? Oh, sí, eso creo. Hubo otros involucrados, muchos, pero la mayoría fueron engañados por Vincey o eran matones a sueldo. Él era el alma de todo. Ahora que se ha ido, creo que no tenemos nada más que temer.

—¿Lo mataste, Oh Padre de las Maldiciones? —preguntó Abdullah con entusiasmo.

—Sí —contestó Emerson.

—Bien —dijo Abdullah.

No fue hasta que alcanzamos el *Nefertiti* que Emerson bajó a Anubis al suelo y me tomó de los brazos de Daoud, a quien había correspondido ese turno.

—Descansad y comed, amigos míos —dijo—. Vendremos a veros más tarde.

Anubis nos precedió por la pasarela. Mientras lo veía trotar rápidamente por ella, aparentemente muy dispuesto a abandonar a su fenecido amo sin la más mínima muestra de arrepentimiento o remordimiento, casi podía compartir el supersticioso miedo de Abdullah por la criatura.

—Vincey lo entrenó para responder a un silbato —dije en voz baja—. De ese modo fue capaz de secuestrarte y esta noche...

—Esta noche respondió como yo lo había entrenado —dijo Emerson—. No quería matar a Vincey, aunque estaba preparado para hacerlo si no tenía otra elección. Había comenzado a molestarme. No obstante, podría haberlo capturado con vida y esperaba que siguiera al gato cuando este me siguiera.

—¿Entrenado? —Exclamé—. ¿Cómo?

—Con pollo —dijo Emerson. Parándose frente a mi puerta,

extendió la mano y giró el pomo—. Y por supuesto, el efecto de mi carismática personalidad.

El camarero había encendido las lámparas. Cuando la puerta se abrió, proferí un grito, pues frente a mí se hallaban un par de formas borrosas pero horrorosas con sus ropas andrajosas, ojos enrojecidos con mirada salvaje, rostros demacrados grises de polvo.

Era nuestro reflejo en el espejo de cuerpo entero. Emerson apartó al gato a un lado, cerró la puerta de un puntapié y dejándome en la cama, se derrumbó a mi lado con un profundo gemido.

—¿Nos estamos haciendo viejos, Peabody? Me siento un poco cansado.

—Oh, no, querido —contesté distraídamente—. Cualquiera estaría cansado después de semejante día.

Emerson se incorporó.

—Tus argumentos no me convencen. Déjame ponerlo a prueba.

Y, agarrándome firmemente, me arrastró contra él y bajó su boca sobre la mía.

Continuó besándome durante largo rato, añadiendo otras pruebas que casi me distraen de la sorprendente revelación que había explotado con fuerza en mi aturdido cerebro. Finalmente conseguí liberar mis labios lo suficiente para jadear.

—¡Emerson! Te das cuenta de que soy...

—¿Mi esposa? —Emerson se alejó un poco—. Ciertamente eso espero, Peabody, porque si no lo eres, lo que estoy a punto de hacer es posiblemente ilegal, ciertamente inmoral y probablemente indigno de un caballero inglés. Malditos sean estos condenados ojales, siempre son demasiado...

De todas formas la blusa estaba arruinada.

* * *

Más tarde (mucho más tarde, en realidad) murmuré:

—¿Cuándo recordaste, Emerson?

Su brazo me rodeaba, mi cabeza descansaba sobre su pecho y yo sentía que el Cielo no podía contener mayor felicidad. (Aunque solo admitiré tan heterodoxa opinión en las páginas de este diario privado).

Estábamos en perfecta comunión y siempre seguiría siendo así, de modo que ¿cómo podía la discordia arruinar tal entendimiento?

—Fue un momento memorable —contestó Emerson—. Viéndote venir hecha un basilisco, ondeando esa pequeña pistola absurda, sin la más mínima consideración por tu propia seguridad... y entonces, dijiste esas palabras que rompieron el hechizo: "¡Otra camisa arruinada!"

—¡Oh Emerson, qué poco romántico! Hubiera pensado... — Empujé lejos su brazo y me incorporé. Él trató de alcanzarme. Me puse a cuatro patas.

—¡Maldito seas, Emerson! —Exclamé vehementemente—. ¡Eso fue hace días, días y días! Quieres decir que me mantuviste flotando en el limbo, sufriendo la agonía de la duda, temiendo lo peor, durante días y días y días y...

—¡Cálmate, Peabody! —Emerson se incorporó hasta sentarse y se recostó contra las almohadas—. No era tan simple como eso. Ven aquí y te lo explicaré.

—Ninguna explicación puede ser suficiente —grité—. Eres el más...

—Ven aquí, Peabody —dijo Emerson.

Fui.

Después de una pausa, Emerson comenzó su explicación.

—Ese momento de revelación me dejó hecho pedazos, fue tan chocante como una descarga eléctrica e igual de breve. Durante los siguientes días siguieron llegando fragmentos de recuerdos olvidados, pero me costó unos días unir todas las piezas y ponerlas en su lugar. Decir que estaba en un estado de confusión es menospreciar la situación. Admitirás, creo, que la situación era un tanto compleja.

—Bueno...

—Lo mismo puede decirse, por supuesto, de todas las situaciones en las que te las has arreglado para meternos —empezó Emerson. Yo no podía ver su cara desde la postura en la que estaba en ese momento, pero por su voz podía decir que estaba sonriendo—. En este caso pareció más inteligente seguir mi propio consejo hasta que tuve las cosas claras en mi mente. A menudo tengo problemas haciéndolo incluso cuando no tengo amnesia a la que enfrentarme.

—Tu sentido del humor, cariño, es una de tus cualidades más atractivas. Sin embargo, ahora mismo...

—Muy cierto, mi querida Peabody. Este delicioso interludio no

puede prolongarse, hay unos pocos cabos sueltos por atar. Permíteme ser breve. La lealtad de al menos uno de nuestros compañeros estaba en serias dudas. Las únicas personas en las que estaba seguro que podía confiar erais tú y Abdullah... y nuestros otros hombres, por supuesto. Confiar en cualquiera de vosotros hubiera sido poneros en peligro y complicar aún más la situación... si fuese posible.

Dejó de hablar... e hizo algo más. Por mucho como disfrutaba de la sensación, reconocí una de las viejas tácticas de distracción de Emerson. Su explicación había sido muy simplista y poco convincente.

Sin embargo, su recordatorio de las graves obligaciones que aún debíamos encarar me espabiló y con firmeza, aunque de mala gana, me aparté de su abrazo.

—Qué egoísta es la alegría —dije tristemente—. Casi me había olvidado del pobre y noble Cyrus. Debo ayudar a Charlie y Renè a hacer los arreglos necesarios. Después, debemos tranquilizar a nuestros seres queridos en Inglaterra y amenazar a Kevin O'Connell para que guarde silencio y... muchas cosas más. Debes escribir a Ramsés de una vez, Emerson. ¿Creo que... eh... recuerdas a Ramsés?

—Ramsés —dijo Emerson, con una sonrisa— fue el más difícil de asimilar de todos mis recuerdos. Aparentemente, cariño, nuestro hijo es bastante increíble. No te preocupes, ya le he escrito.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo hiciste...? Maldito seas, Emerson, ¿fuiste tú quien registró mi habitación? Debí haberlo supuesto, nadie más habría armado semejante lío.

—Tenía que saber qué le estaba ocurriendo a nuestra familia, Amelia. Ya estaba bastante receloso antes como para tomar la precaución de advertir a Walter, pero cuando mi memoria volvió, empecé a preocuparme por ellos. Las cartas de Ramsés me conmovieron enormemente, y no podía dejar al pobre muchacho preocupándose por mi suerte.

—Me dejaste preocupada a mí —le espeté—. Solo dime una cosa antes de que nos levantemos y peleemos de nuevo, por así decirlo. Cuando me besaste en la tumba...

—No era la primera vez que te besaba en una tumba —dijo Emerson, sonriendo—. Quizás fue el ambiente lo que rompió mi autocontrol. Estaba un poco molesto contigo, Peabody. Me habías

asustado a muerte.

—Era muy consciente de eso. Y tú eras bien consciente de nuestra relación, no trates de decirme lo contrario. Aun así, tú... ¡tú nunca me habías besado así antes!

—Ah —dijo Emerson— pero lo disfrutaste, ¿no es así?

—Bueno... Emerson, estoy seriamente molesta contigo. Tú lo disfrutaste también, ¿no es así? Mangoneándome, burlándote de mí, insultándome...

—Experimenté una cierta excitación —admitió Emerson—. Como en los días de nuestra juventud, ¿eh, Peabody? Y confieso que disfruté el ser cortejado de nuevo. No es que tus métodos para ganar el corazón de un hombre sean exactamente... Peabody, ¡deja eso! Realmente eres la más...

Entre la risa, la furia y otra emoción que no necesita ser descrita, había perdido el control de mí misma. No sé cómo se habrían desarrollado las cosas porque un golpe en la puerta las interrumpió justo cuando se estaban poniendo interesantes. Jurando, Emerson fue a ocultarse en el baño, yo tomé la primera prenda que tenía a mano y me dirigí a la puerta.

Ver la cara triste de Renè me puso seria. Él estaba intentando controlar su dolor con varonil fortaleza, pero este era claro para ojos sensibles como los míos.

—Perdóneme por molestarla —dijo—. Pero creo que querría saberlo. Nos lo llevamos a Luxor, señora Emerson. Él había expresado su deseo de ser enterrado allí, cerca del Valle de los Reyes, donde ha pasado los años más felices de su vida. Debemos partir de una vez si queremos coger el tren de El Cairo. Usted entenderá la necesidad de evitar el retraso...

Lo entendía y agradecía la delicadeza con la que él había expresado este desagradable hecho. Me limpié una lágrima.

—Debo despedirme de él, Renè. Él dio su vida...

—Sí, querida señora, pero me temo que no hay tiempo. Es mejor de esta manera. Él querría que lo recordara como... como era. —Los labios de Renè temblaron y se giró para ocultar el rostro.

—Os seguiremos, entonces, tan pronto como sea posible —dije, palmeándolo en el hombro—. Debe avisarse a sus amigos, ellos podrían desear asistir a la ceremonia conmemorativa. Diré unas palabras acerca de ese bello y apropiado pasaje de la Biblia: “No

hay mayor amor que éste, que un hombre dé su vida por sus amigos".

Renè me miró.

—Déjenoslo todo a nosotros, *madam*. ¿Permanecerá usted en el Castillo cuando esté en Luxor? Estoy seguro que al señor Vandergelt le gustaría.

—Muy bien. —Le di mi mano. Con un elegante gesto galo, se la llevó a sus labios.

- *Mes hommages, chere madame. Adieu, et bonne chance*

[4].

* * *

Sabía que nuestro pequeño grupo estaría tristemente reducido en número por la noche, pero no me esperaba encontrar el salón desierto a excepción de Kevin. Él estaba garabateando en su horroroso cuaderno, por supuesto. Cuando me vio hizo un débil intento de incorporarse.

—Siéntese —dije, haciéndolo yo misma—. Y no pretenda estar superado por el cansancio o el dolor.

—Estoy afligido por el pobre Vandergelt —dijo Kevin—. Pero si un hombre tiene que irse... y todos los hombres hemos de hacerlo... así fue como el habría deseado que fuera. "No hay mayor amor..."

—Sin duda citará eso en su historia —dije con severidad—. Debemos discutir eso, Kevin, pero ¿dónde están todos?

—Renè y Charlie han salido para Derut con...

—Sí, lo sé. ¿Qué hay de Bertha?

—En su habitación, creo. Le pedí el placer de tener una conversación con ella, pero me rechazó. Y acerca de su... eh... el profesor...

—Él está aquí —dije, mientras Emerson entraba.

Para mis amorosos ojos él nunca había parecido más guapo. Su húmedo cabello eran brillantes ondas, solo la fea cicatriz a medio curar mancillaba la perfección de sus cincelados rasgos. Con una sonrisa para mí y un ceño fruncido para Kevin, se dirigió al aparador.

—¿Lo habitual, Peabody? —preguntó.

—Si haces el favor, querido. Podríamos hacer un brindis, por los

amigos ausentes y el amor que el amor...

—Vigila tu lengua, Peabody. Ese maldito periodista está escribiendo cada palabra.

Me alcanzó mi vaso y entonces se encaró con Kevin, quien tenía la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Quiero ver su historia antes de que la envíe, O'Connell. Y si contiene algo difamatorio, le voy romper ambos brazos.

Kevin tragó saliva.

—Usted... usted acaba de destruir mi ventaja, profesor. ¡Ha recobrado la memoria!

—¿Es ese el absurdo cuento al que está dando vueltas? Qué interesante. Me pregunto cuánto me darán los tribunales en concepto de daños cuando le demande por los perjuicios ocasionados.

—Pero yo nunca... créame señor... —tartamudeó Kevin, tratando de cubrir el papel con los codos.

—Bien —dijo Emerson, enseñando los dientes—. Ahora, señor O'Connell, voy a darle su próximo envío. Podría querer tomar notas —añadió cortésmente.

Fue, lo confieso, una mentira tan ingeniosa como las que podría inventarme yo misma. Emerson omitió todas las referencias al asunto de Forth, describiendo a Vincey como "otro de esos viejos enemigos que siguen apareciendo". Sus vívidas descripciones de nuestros varios encuentros emocionantes con Vincey, hicieron a Kevin garabatear furiosamente.

—Entonces —concluyó Emerson— cansado de sus atenciones, me quedé esperándolo esta noche, con la ayuda de Abdullah y dos de los guardias del señor Vandergelt, quien amablemente me los prestó. Se suponía que Vandergelt mantendría a la señora Emerson fuera del camino. No tuvo éxito, debido a su incurable hábito de...

—El amor le permitió adivinar las intenciones de su adorado esposo —murmuró Kevin, deslizando la pluma por la página—. Y la devoción dio alas a su corcel mientras ella...

—Si se atreve a publicar eso, Kevin... —dije-... Le romperé ambos brazos.

—Humm —dijo audiblemente Emerson—. Déjame acabar. Debido a un inevitable... eh... malentendido por parte de mis asistentes, Vincey fue capaz de burlarlos y entrar en la cueva en la

que nos habíamos refugiado.

—Tras lo que siguió un breve altercado, en el transcurso del cual Vincey disparó a Vandergelt. Yo fui... eh... incapaz de alcanzar mi propia arma a tiempo de evitarlo, pero mi bala alcanzó su objetivo un momento después.

—Un poco conciso y monótono —murmuró Kevin—. No importa, puedo completar los detalles. Así que, ¿cuáles fueron los motivos del tipejo, profesor?

—Venganza —respondió Emerson, cruzándose de brazos—. Por una vieja e imaginaria herida.

—"Años de darle vueltas a una vieja e imaginaria herida le volvieron loco...". ¿Le importaría ser más explícito? No —musitó Kevin—. Ya veo que no. ¿ Y el ataque a la Señora E.?

—Venganza —repitió con firmeza Emerson.

—Sí, por supuesto. "Sabiendo que ni siquiera un dardo podría golpear más profundamente su corazón que dañar a su..." Sí, esa es la tónica. Puedo enrollarme sobre ello en una página.

—Es usted incorregible, señor O'Connell —dijo Emerson, sin poder reprimir una sonrisa—. Recuerde que insisto en verlo antes de que lo envíe. Vamos Peabody, le prometí a Abdullah que hablaríamos con él.

La historia que les contó Emerson a nuestros hombres era algo distinta. Fue como volver casa de nuevo, sentados sobre cajas de embalaje en la cubierta con los hombres congregados alrededor, fumando y escuchando, con ocasionales "¡Aaaah!", y murmullos de asombro interrumpiendo el relato. Las estrellas brillaban en lo alto y una suave brisa agitaba el cabello de Emerson.

Algunas cosas que decía Emerson eran nuevas para mí también. Por supuesto, Él había tenido ventaja sobre mí, después de haber "disfrutado" de la hospitalidad de Vincey tanto tiempo, como él la llamaba. Y cuando pensé en ese villano despreciable, descansando a gusto en su cómoda silla y regodeándose en el sufrimiento de su prisionero, solo lamentaba que Emerson lo hubiera despachado tan rápidamente. Había visto la incongruencia de esa pieza del mobiliario en la asquerosa perrera donde Emerson había estado prisionero, pero no fue hasta que escuché la nota en la voz de Emerson cuando se refirió a ello, que comprendí completamente como un inofensivo objeto como un lujoso sillón rojo podía

convertirse en un símbolo de sutil e insidiosa crueldad. Nunca sería capaz de sentarme en uno de ese color de nuevo.

La coartada de Vincey había sido totalmente creíble para mí. Las pruebas escritas de su residencia en Siria habían sido falsificadas, por supuesto, pero incluso si me las hubiera cuestionado nunca habría comprobado su validez hasta que fuera demasiado tarde. Ni había tenido la razón de Emerson para dudar del pobre Karl von Bork (me recordé a mí misma que debía preguntar acerca de Mary y ver cómo podía serle de ayuda), especialmente cuando Bertha confirmó...

—¿Qué? —grité, cuando Emerson llegó a esa parte en su relato —. ¿Bertha fue la espía de Vincey durante todo el tiempo?

—Punto para mí —comentó Emerson con una sonrisa de autosatisfacción y un gesto vulgar.

—Pero sus moretones, su valiente gesto de lanzarse a sí misma contra la puerta de tu celda para evitar que el guarda entrara...

—Solo estaba intentando salir —dijo Emerson—. No quería ser parte de un asesinato y estaba frenética por escapar. Verte aparecer descendiendo del techo como un demonio en una pantomima fue suficiente para hacer entrar en pánico a cualquiera. Yo mismo estaba...

—Por favor, Emerson —dije con tanta dignidad como pude reunir. No fue mucha, la horrible y pequeña criatura me había engañado por completo. Quise retorcerme cuando recordé decirle que debería superar su aprensión. ¡Aprensión! Debía haber sido ella, entonces, quien apuñaló a Mohammed.

—Sí —dijo Emerson cuando manifesté esta idea —. Ella era tan mortífera y astuta como una serpiente. No es de extrañar, si piensas en la vida que ha llevado.

—Supongo que la triste historia de verse arrastrada a la pobreza por la muerte de su padre fue una mentira también —dije, apretando los dientes.

—Oh, ¿eso es lo que te dijo? Me temo que... eh... su carrera comenzó mucho antes, Peabody, ella ha sido pareja de Vincey durante varios años. Una de sus compañeras... y sobre sus moretones, eran todo pintura y relleno. ¿No despertó tus sospechas que rechazara tu atención médica y mantuviera su cara oculta hasta que las supuestas heridas pudieran sanar?

—Oh, maldita sea —dije. Abdullah se había tapado la cara con la manga y varios de los hombres más jóvenes estaban riéndose audiblemente—. ¿Fue por eso que tú fuiste a...? No importa.

—Me había propuesto ganármela desde el principio —dijo Emerson. Su voz era muy seria—. Apelando, no a lo mejor de su naturaleza, sino a su propio interés. Ella es una mujer joven, brillantemente inteligente, con menos principios que un gato. Vincey fue solo el último de sus... eh... socios. El afecto no tiene nada que ver en esas relaciones, ella cambió su lealtad tan a menudo como dictó la conveniencia, buscando, prefiero imaginar, un hombre cuya inteligencia amoral fuera igual a la suya. Las mujeres son tristemente menospreciadas en las actividades criminales, y en otras, la sociedad les dificulta emplear sus talentos naturales sin la asistencia de un compañero masculino. Me temo, Peabody, que tu honorable y franco carácter te limita a la hora de lidiar con personas así. Tú siempre intentas sacar las virtudes ocultas de la gente. Bertha no tenía ninguna.

Le dejé disfrutar de su triunfo, aunque por supuesto, estaba equivocado. Yo recordaba la expresión en la cara de la chica cuando dijo "Cómo debe amarlo". No había sido una de menosprecio o desprecio. Sabía que a ella le había calado hondo. Y yo no dudaba que los espléndidos atributos de Emerson, de su carácter, quiero decir, la habían dulcificado, como habían afectado a muchas otras mujeres.

—Entonces, ella le llevó tu mensaje a Vincey —dije—. Cuando le informaste que acudirías a la cita esta noche.

—La cita —repitió Emerson pensativamente—. Ciertamente lo fue, ¿verdad? Tienes razón Peabody. Ella nunca perdió el contacto con él. Varios de los habitantes del pueblo estaban a su servicio, todo lo que tuvo que hacer fue pasarle con disimulo la nota a Hassan o a Yusuf cuando pasamos por el pueblo. Mientras estuvimos en el Valle de los Reyes, ella se comunicó con él dejándole mensajes en un lugar seleccionado no lejos de nuestro campamento. Uno de los habitantes del pueblo servía como correo, esos pillos conocen cada centímetro de los acantilados y pueden arrastrarse de dentro a afuera y de arriba abajo sin ser vistos.

»No logré convencerla de que estaría mejor con nosotros que con Vincey hasta después de que regresamos ayer a la *dahabiyya*. Ella...

¿De qué te estás riendo, Peabody?

—De nada, mi amor. Continúa.

—Bah —dijo Emerson—. Le expuse todo el caso y le prometí inmunidad si se unía a nosotros, y la prisión si no lo hacía. El mensaje que envió esta mañana no la incrimina, solo era una aviso para Vincey acerca de que yo podría estar esta tarde por los acantilados del norte.

—Pero —dijo Abdullah, que no estaba especialmente interesado en las malignas maquinaciones de una mujer y mucho menos en sus comunicaciones—. ¿Por qué los hombres que se suponían debían defenderte, en lugar de eso te tomaron prisionero? ¿Estaban ellos también en nómina del hombre malvado? Seguramente Vandergelt *Effendi* no...

—Eso es cierto, Abdullah —dije yo—. Emerson, creo que es hora de irnos. No has comido y debes estar muy cansado.

Emerson aceptó mi sugerencia. No era un tema que me importara discutir. Con el recuerdo del sacrificio de Cyrus tan reciente en mi mente, no podía y no quería pensar en cuán cerca nos había llevado el desastre. Sabía el motivo que le había impulsado hacia el más innoble gesto de su noble vida y, me culpaba a mí misma por fallar en darme cuenta de la profundidad de sus sentimientos hacia mí. Debió ser mi rechazo lo que le había conducido a la locura. La locura temporal era la explicación más amable y más probable para su traición hacia Emerson... la cual redimió con su vida.

Bertha no vino a cenar. Cuando fuimos a buscarla encontramos su habitación vacía y sus escasas pertenencias habían desaparecido. Tras preguntar nos enteramos de que una mujer de su descripción, que podría, lo admito, haber encajado con la mayoría de las mujeres del pueblo, había alquilado un barco para cruzar el río varias horas antes.

Para mi sorpresa, Emerson no se sorprendió, o al menos fingió muy bien no estarlo. Si he de ser sincera, lo que siempre trato de ser (al menos en las páginas de este diario privado), fue un alivio tenerla fuera de la vista. Cuánto le debíamos era cuestionable. Si uno ponía en una balanza el mal contra el bien, dudaba que la deuda hubiera sido a su favor. Era una mujer, y había sido puesta a prueba, pero realmente, como le comenté a Emerson, hubiera sido

difícil encontrar una profesión apropiada para una persona así.

—Humm —dijo Emerson, tocándose con los dedos el hoyuelo de su barbilla—. Más bien sospecho, Peabody, que encontrará por sí misma una profesión que le encaje.

Se negó a dar más detalles acerca de este comentario enigmático, así que no lo presioné por temor a provocar sentimientos que podrían estropear las actividades que tenía previstas para el resto de la noche.

* * *

Gracias a la diligente asistencia del mayordomo de Cyrus, fuimos capaces de coger el tren de la tarde al día siguiente. Se despidió de nosotros encomendándonos a Dios cuando le dimos las gracias y nos despedimos, y yo le aseguré que si necesitaba una recomendación, estaría feliz de proporcionarle la alabanza que su excelente servicio merecía. Fue triste decirle adiós al *Nefertiti*. Dudaba que la volviésemos a ver de nuevo así pues como he dicho, esos barcos de vela tan elegantes estaban desapareciendo de escena.

Emerson durmió buena parte del camino, con Anubis acurrucado en el asiento junto él. Al parecer habíamos adquirido otro gato. La criatura seguía a Emerson tan devotamente como Bastet lo hacía con Ramsés, y yo conocía la naturaleza sentimental de mi marido lo suficientemente bien como para estar segura de que no abandonaría al animal... especialmente cuando le mostraba tan halagadora atención. El cambio de lealtad de Anubis no era una señal de la sangre fría con que buscaba su propio interés, sino que demostraba una inteligente apreciación del superior carácter de Emerson. Me preguntaba qué haría Bastet con el recién llegado. Las posibilidades eran un poco alarmantes.

Pero ese día había poco espacio en mi corazón para presagios oscuros. Me había traído un libro de la excelente librería de Cyrus, pero leí muy poco, fue placer suficiente ver como subía y bajaba el pecho de mi marido, escuchar su profunda y sonora respiración y, ocasionalmente, ceder a la tentación de acariciar las líneas de cansancio que aún marcaban su rostro. Cada vez que lo hacía, Emerson murmuraba "¡Malditas moscas!" y trataba de "matar" mi mano. En esos momentos, la felicidad que me llenaba era poco menos que insoportable. Pronto nuestros seres queridos en casa conocerían la misma felicidad. Habíamos enviado telegramas esa

mañana temprano con mensajes de afecto eterno y la seguridad de que todo estaba bien.

La noche había extendido sus cibelinas alas sobre la antigua ciudad cuando llegamos. Alquilamos un carruaje que nos llevara directamente al Castillo. Mientras se sacudía por el camino miré atrás y vi, o me pareció ver, una forma familiar desaparecer en las sombras. Pero no, me dije a mí misma, no podía ser. Kevin se había ido bastantes horas antes que nosotros, para coger el tren hacia El Cairo.

Las lámparas del carruaje brillaban tenuemente en la oscuridad. El paso lento de los cascos de los caballos formaba un acompañamiento adecuado para mis melancólicos pensamientos. Era difícil imaginar el Castillo, del que Cyrus se había enorgullecido tanto, sin él, cada habitación, cada pasadizo sería perseguido por un fantasma alto y amable. Me pareció que Emerson debía sentir lo mismo. Por respeto a mis sentimientos, él permaneció pensativamente en silencio, sujetando mis manos entre las suyas.

Supuse que Renè había avisado a los sirvientes de nuestra llegada inminente, y de hecho fuimos recibidos por el mayordomo como invitados bienvenidos y esperados. Inclinándose, abrió paso, pero cuando me di cuenta de hacia dónde nos llevaba, me detuve.

—No puedo hacerle frente, Emerson. No la biblioteca... no esta noche. Pasamos muchas noches juntos en esa habitación, era su favorita...

Pero Anubis nos había precedido a lo largo del vestíbulo y el sirviente abrió la puerta. El olor a humo, el humo de un buen cigarro, alcanzó mis fosas nasales. Desde un sillón de cuero cerca de la larga mesa, con libros y periódicos dispersos, se levantó un hombre. Cigarro, perilla, un traje de lino a medida...

Era el fantasma de Cyrus Vandergelt, exactamente con la apariencia que tenía en vida.

* * *

No me desmayé. Emerson afirma que lo hice, pero él siempre está tratando de encontrar pruebas en mí de la conducta que él denomina de “dama remilgada”. Es cierto, ¿y quién puede culparme?, que mis rodillas cedieron y una niebla gris se arremolinó frente a mis ojos. Cuando se aclaró, me di cuenta que estaba sentada en el sofá con Emerson palmeándome las manos y

Cyrus inclinándose sobre mí, su perilla temblando con amable preocupación.

—Oh buen Dios —grité... pero el Lector se puede imaginar las agitadas iteraciones que escaparon de mis labios en el transcurso de los siguientes minutos. El cálido apretón de las manos de Cyrus me aseguró de que era él y no su fantasma, la aplicación de un estimulante suave me restablecieron a mi calma habitual y, en poco tiempo estábamos ocupados en satisfacer nuestra mutua curiosidad.

Cyrus se quedó pasmado al descubrir que se suponía que estaba muerto.

—He llegado aquí hace solo una hora —exclamó—. Los sirvientes me dijeron que os esperaban, lo que seguramente eran buenas noticias, pero no me dijeron que yo estaba muerto. Uno pensaría que alguno de ellos podría haberlo mencionado. ¿Cómo he muerto?

—Mejor escuchemos primero su historia —dijo Emerson, dirigiéndome una extraña mirada—. ¿Dónde ha estado durante las últimas semanas?

Mientras escuchaba, una extraña sensación se apoderó de mí. No era la primera vez que escuchaba un relato así.

—Me secuestraron justo después que bajé del tren en El Cairo —dijo Cyrus—. Sentí un pequeño pinchazo en el brazo... creí que un mosquito me había picado. Después todo fue borroso. Recuerdo una pareja de sujetos metiéndome en un carruaje, y así fue, hasta que desperté en lo que parecía un hotel de lujo... habitación, baño, un extravagante salón con recargadas sillas y estanterías. La única diferencia era que no había manillas en las puertas.

Le habían tratado con perfecta cortesía, nos aseguró. La comida había sido preparada por un excelente chef y servida por sirvientes que hicieron todo por él, excepto responder a sus preguntas.

—Estaba empezando a pensar si iba a pasar el resto de mi vida allí —admitió Cyrus—. Anoche me fui a la cama como siempre, supongo que fue anoche, y si pueden creerme, esta mañana me desperté en un compartimento de primera clase en el expreso Cairo-Luxor. Provoqué una conmoción, como pueden esperar. El conductor me sonrió y me miró con malicia, informándome que yo estaba un poco pachucho cuando mis amigos me subieron al tren. Ellos le habían dado mi billete, directo hasta Luxor, así que todo

estaba bien. Amigos, puedo deciros que estaba un poco aturdido, pero decidí que bien podía venir aquí y después intentar descifrar qué estaba pasando. Tengo el presentimiento de que ustedes pueden decírmelo.

—Creo que podemos —dijo Emerson, echándome una mirada.

Yo estaba sin palabras. Visiblemente satisfecho de ser el narrador elegido, Emerson emprendió su relato. Ni una palabra, apenas una respiración, se oyó hasta que terminó.

—¡Ah, caramba! —exclamó Cyrus—. Se lo diré directamente, Emerson, no creería un cuento como ese si alguien más me lo dijera. De todos modos, creo que no me lo creo. ¿Cómo pudo alguien engañarlos para haceros creer que era yo? Me conocen desde hace años.

Yo estaba estudiando la cara delgada y arrugada de Cyrus. Los años no habían sido tan benignos con mi viejo amigo como había creído, debí de haber sabido que ese esbelto y alto (por unos centímetros no demasiado alto) cuerpo y ese bien conservado rostro no eran suyos. ¡La perilla tampoco había sido la suya! Qué aliviado debía de haber estado Sethos de prescindir de ella.

Naturalmente, yo expuse los hechos con más tacto.

—No le habíamos visto en varios años, Cyrus. Su imitación de su forma de hablar y modales era perfecta, él era un imitador nato y tuvo varios días para estudiarle, a escondidas, después de que dejó El Cairo. Su arma más eficaz fue, sin embargo, la psicológica. La gente ve lo que espera ver... lo que les han dicho que están viendo. Y una vez que se han convencido de tal creencia, ninguna prueba en contra puede persuadirlos de que están equivocados.

—No importa el galimatías psicológico, Amelia —gruñó Emerson—. ¿Supongo Vandergelt, que no tiene en su personal a ningún tipo llamado Renè D'Arcy y Charles H. Holly?

—¿Personal? No tengo. Hofman me abandonó el año pasado para trabajar con el Fondo de Exploración Egipcio. Iba a buscar un asistente en El Cairo. Hay un jovencito llamado Weigall...

—No, no, él no serviría —exclamó Emerson—. No carece de habilidades, pero su propensión por...

—Emerson, por favor, no te desvíes el tema —dije—. Al igual que Cyrus, estoy encontrando esto difícil de creer. Esos dos jóvenes agradables eran lugartenientes de... de...

Emerson trató arduamente de decirlo, pero no pudo arreglárselas.

—...del... del... Maestro... Eh... sí. Deberíamos haber sabido que no eran arqueólogos. El miedo a las alturas de Holly era sospechoso, y ninguno de ellos mostraban el grado de conocimiento que debían tener, pero hay pocos excavadores que valgan un comino hoy en día. No sé hacia donde está yendo el campo con cosas así y... Sí, Peabody, lo sé; me estoy desviando del tema. Eran... eh... sus hombres, tal y como comencé a sospechar cuando lo sacaron de allí tan precipitadamente. Los tripulantes de la *dahabiyyah* estaban contratados, al igual que los guardias.

—¡Oh, querido! —murmuré sin poder contenerme—. Cyrus... Emerson... Espero que podáis disculparme, pero en estos momentos estoy más allá de cualquier pensamiento razonable. Quizás todos deberíamos tener una buena noche de sueño y discutir esto por la mañana.

Cyrus era demasiado caballero (a su tosco estilo americano) para resistirse a tal ruego. Asegurándome que los sirvientes tenían nuestras habitaciones preparadas, me escoltó hasta la puerta.

—Ha sido un día ajetreado para todos nosotros, sin duda —dijo —. Señora Amelia, querida... espero que crea que yo hubiera estado ansioso por servirla como ese granuja caradura pareció estarlo. Lo que me recuerda...

—Eso fue lo que hizo su mascarada tan convincente, Cyrus —dije—. Que él actuara como usted lo habría hecho. Mi querido viejo amigo, el día de hoy nos ha traído un final feliz. Estoy muy contenta, muy, muy contenta, de que los informes de su muerte fueran exagerados.

Como esperaba, mi pequeña broma lo distrajo y le hizo reír.

—Buen trabajo, Peabody —dijo Emerson, mientras subíamos las escaleras del brazo—. Pero solo has pospuesto lo inevitable. Entre ahora y mañana por la mañana será mejor que lleguemos a una buena explicación para las enérgicas actividades de Sethos por y contra nosotros.

—No estoy segura de que yo misma haya comprendido plenamente sus motivos —admití.

—Entonces eres o estúpida, lo cual no creo, o insincera, lo que resulta igualmente improbable —dijo Emerson fríamente—. ¿Te

gustaría que te los explicara?

—Emerson, si vas a pretender que sabías todo este tiempo que ese hombre no era Cyrus Vandergelt, yo podría... podría obligarte a...

No terminé la frase. Emerson había cerrado la puerta de nuestra habitación después de entrar. Cogiéndome en brazos, me abrazó. Fue un momento sagrado... una silenciosa pero ferviente reafirmación de los votos que nos habíamos hecho el uno al otro en ese feliz día en que dos se habían convertido en uno.

Uno de los momentos cumbre en la vida de una mujer deber ser cuando oye de los labios del hombre que ama, sin incitaciones ni pequeñas indirectas, las precisas palabras que secretamente anhela escuchar. (Es, creo, un fenómeno poco frecuente).

—Te amo desde el primer momento, Peabody —dijo Emerson, su voz ahogada contra mi pelo—. Incluso antes de recordarte. Desde el momento en que te dejaste caer desde el techo blandiendo esa pistola, supe que eras la única mujer para mí... ya que incluso con pantalones, cariño, tu sexo es inequívoco. Todos esos días fui como un hombre vagando en la niebla, buscando algo desesperadamente deseado...

—Pero tú no sabías qué era —murmuré con ternura.

Emerson rompió el abrazo sin soltarme, y me frunció el ceño.

—¿Por quién me tomas, por un estudiante trastornado? Por supuesto que sabía lo que era. Sólo parecía que no había una forma fácil y honorable de conseguirlo. Por todo lo que sabía entonces, yo tenía una aburrida esposa convencional y una docena de aburridos niños convencionales en alguna parte de mi pasado. Y tú ciertamente no te comportabas como una esposa convencional. ¿Por qué diablos no me metiste la verdad en la cabeza? Tal mesura no es propia de ti, Peabody.

—Hay un tal *Herr Doktor* Schadenfreude —dije—. Que insiste que...

Una vez que acabé de explicarlo, Emerson asintió.

—Sí, ya veo. Creo que eso completa la última porción del rompecabezas. ¿Quieres que te diga cómo reconstruí la historia?

* * *

—Para responder a la pregunta que me hiciste hace tiempo... no, no sabía quién diablos era Vandergelt. ¡No sabía quién diablos era

nadie! Cuando recuperé mis recuerdos ni siquiera me cuestioné el hecho de que pareciera haber rejuvenecido en lugar de envejecer desde la última vez que lo vi. Lo acepté porque tú y los otros lo hicisteis.

»No sospeché de él entonces, pero mucho antes, cuando aún estábamos en El Cairo, había comenzado a preguntarme si no se nos había asignado un ángel guardián. ¿No te pareció curioso que nos las arregláramos para escapar de muchos encuentros desagradables debido a la aparentemente fortuita aparición de salvadores?

»La primera vez, cuando te secuestraron en el baile de disfraces, me las arreglé por pura buena suerte... bueno, si insistes, mi querida Peabody, un cierto grado de agilidad física y mental de mi parte, me llevaron de vuelta a tiempo de recuperarte de tu secuestrador. Era Vincey, por supuesto. ¿Supongo que tú habrías informado a todos nuestros colegas arqueólogos de que íbamos a acudir al evento? No sería difícil encontrar el bazar y dar con el comerciante a quien la famosa *Sitt Hakim* había comprado artículos de indumentaria masculina.

»Nuestras aventuras posteriores empezaron a asumir un cariz distinto. El oficial de policía que llevó a sus hombres a una parte de El Cairo a la que la policía nunca va, a tiempo de ahuyentar a los matones a sueldo que nos habían acorralado, el joven y torpe estudiante alemán de arqueología que disparó un tiro de advertencia justo cuando un trabajador, que posteriormente no pudo ser hallado, trató de alejarte con promesas de una tumba, lo que tampoco se materializó, el tipo del bazar, que se desplomó y fue sacado por sus amigos, ¿no te diste cuenta de eso, verdad? Yo lo hice, y confirmó mi presentimiento de que debíamos salir de El Cairo tan pronto como fuera posible.

»Abdullah me contó sobre la pandilla de jóvenes americanos borrachos que milagrosamente aparecieron en escena a tiempo de evitar que te cogieran el día que Vincey me atrapó. Se hizo evidente para mí que había dos grupos distintos interesados en nosotros. Uno estaba empeñado en capturarnos a uno o a ambos, no parecía importarle cual. El otro trataba de protegernos de los atacantes, pero la excelente planificación del incidente en el que fui hecho prisionero indica que eras tú quien preocupaba al ángel guardián.

»Nunca sabremos la verdad, pero estoy seguro de que mi

reconstrucción de las actividades de Sethos es bastante exacta. Él estuvo enterado desde el principio de las actividades de Forth y, como ambos nos dimos cuenta, era la persona más idónea para hacerlo. Él, maldición, odio darle crédito al tipo, pero debo hacerlo, él tenía las manos atadas. Te había prometido que no interferiría contigo de nuevo, y mantuvo su promesa, ¡maldito sea!, hasta el momento en que se dio cuenta de que había otros tras el tesoro de Forth y que tú podrías estar en peligro debido a ellos. Eso le dio la excusa para romper su juramento.

»Tan pronto como le llegaron las noticias del intento de secuestro en el baile, entró en escena, organizando a sus hombres. De un modo o de otro, él debió de estar observándote día y noche. Eso sí, no sentía obligación de protegerme a MÍ. Desde su punto de vista, el resultado más deseable de sus negocios sería tu supervivencia y mi deceso, pero él era, ¡maldito cabrón!, demasiado honorable como para abstenerse de realizar una acción directa en mi contra. Todos los ataques estuvieron instigados por Vincey. Sethos solo intervino para protegerte de todo daño. Para ello, estuvo obligado a ayudarme a mí también, pero debió haber rezado a quienquiera que sea el dios en que crea, que Vincey tuviera éxito en quitarme de en medio.

»Por último, consiguió su deseo. Yo no estaba y él esperaba que tú pronto fueras una viuda afligida.

»Cyrus Vandergelt, un viejo amigo de confianza, apareció en escena, lleno de tierna simpatía y poco más. Fue gracias a tus esfuerzos, mi querida Peabody, y tu devoto amigo Abdullah, que sobreviví. Casi podría sentir pena por Vandergelt-Sethos, ¡qué golpe debió de ser para él cuando me arrastraste a la tierra de los vivos!

»Se recuperó rápido... malditos sean sus ojos... y con característica ingenuidad encontró un medio, tal y como esperaba, para librarse de mí, manteniendo la letra sino el espíritu de su juramento. Debo admitir que Schadenfreude fue una brillante inspiración. Me pregunto, ¿existe tal hombre? Sí, pero seguramente ¿debe de haberte llamado la atención, como una extraña coincidencia que él pareciera estar, en ese momento, en Luxor? Bueno, bueno, entiendo que yo habría estado igualmente perturbado de haber estado nuestras posiciones invertidas.

»El Schadenfreude que me visitó era otro de los cómplices de

Sethos, bien metido en su papel. ¡Qué mezcla tan absurda de locas teorías presentó! El objetivo, por supuesto, era mantenernos separados y peleados entre nosotros. Peabody, tú, adorable idiota, si hubieras tenido el tino de eh... forzar... tus atenciones sobre mí, como tú dirías... Pero creo que entiendo la mezcla de modestia y romanticismo quijotesco que te impidió hacerlo. Aunque cómo pudiste dudar...

(Un breve interludio interrumpió el curso de la narración)

»Así que allí estábamos, en Amarna, con Vincey aún tras nuestros talones y Vandergelt-Sethos cortejándote con todos los recursos de lujo y devota atención que pudo encontrar. Fue un bonito contraste con mi comportamiento, ¡lo confieso! Cualquier mujer sensata, querida, me habría descartado como a un mal empleo y aceptado las devotas atenciones de un más joven y adorable millonario americano. Él esperaba que sus artimañas triunfaran y esperaba incluso más, que Vincey tuviera éxito en eliminarme. Pero tú te mantuviste firme. No sólo rechazando sus avances... al menos espero que lo hicieras, Peabody, porque si pienso aunque solo sea por un momento, que habías considerado rendirte... Aceptaré tus garantías, querida. No solo lo rechazaste, sino que me seguiste como un perro fiel y arriesgaste tu vida una y otra vez para mantenerme al margen de las consecuencias de mi comportamiento imprudente. Debiste enloquecer a Sethos.

»Al final, no pudo soportarlo más. Debes haberte dado cuenta de que yo no tenía la más leve sospecha sobre Vandergelt, o no habría conspirado con él para tenderle una emboscada a Vincey. Incluso entonces, ¡maldita sea!, se abstuvo de tomar medidas directas contra mí. Sin embargo, hizo todo lo que pudo para asegurar mi muerte sin disparar el tiro. Los dos hombres que envió conmigo tenían órdenes de no intervenir con Vincey, también evitaron que Abdullah viniera en mi ayuda. No podría haberme defendido. Como verás, el rifle que me prestó solo tenía una bala. Aún se me escapa el significado de ese pequeño detalle. ¡Quizás se suponía que la utilizara en mí en lugar de enfrentarme a ser capturado! O quizás esperaba que probara el arma y si la hubiera encontrado descargada, me hubiera retirado a una posición que era claramente insostenible.

»Prefiero imaginar que una vez que Vincey me hubiera matado,

los dos guardias habrían despachado a Vincey. Un final feliz desde el punto de vista de Sethos, con tu enemigo y tu inconveniente marido muertos, tú podrías finalmente encontrar consuelo en los brazos de tu devoto amigo. Tarde o temprano, si interpreto bien su carácter, habría confesado su verdadera identidad y devuelto a Vandergelt al lugar que le corresponde.

»No podría haber continuado la farsa indefinidamente, no le habría encajado hacerlo. Habría jurado abandonar sus actividades delictivas... te habría dicho, como hizo antes, que tú y solo tú podías transformarlo de malo a bueno... ¡Maldita sea la vanidad del tipo!

»Gracias a tu inveterada costumbre de entrometerte, mi queridísima Peabody, las cosas no salieron como Sethos las había planeado. Presentí la verdad en el momento en que nos enfrentamos uno al otro, con la prueba de su inconfundible traición y su devoción hacia ti igualmente clara. No me habló como Vandergelt en esos últimos momentos. Espero que no creas, Peabody, que estaba haciendo un gesto noble cuando te entregué a él. Tenía la completa intención de salir de la emboscada con la piel entera y golpear a Vandergelt, o quien quiera que fuera, hasta convertirlo en pulpa.

»A la postre... no puedo evaluar justamente su carácter. Al final, atacó, con las manos desnudas, a un asesino con un rifle, y aceptó la bala dirigida a nosotros... por ti. Nada en su vida fue tan oportuno como su salida de ella.

»De hecho —concluyó Emerson— nada más en su vida fue genuino en lo más mínimo. Solo espero, mi querida Peabody, que no estés en peligro de sucumbir a ese sentimentalismo sensiblero que a veces observo en ti. Si descubro que has creado un pequeño altar con velas y flores frescas, lo romperé en pedazos.

—¡Como si fuera a hacer algo tan absurdo! Sin embargo, él tenía un código de honor, Emerson. Y seguramente su último acto debe expiar en alguna medida...

Emerson puso fin a la discusión de una manera particularmente contundente.

* * *

Algo más tarde, yacía observando el lento avance de la luz de la luna sobre el suelo y disfrutando la más exquisita de las

sensaciones. Sabía que corría el riesgo de romper ese estado de ánimo celestial si hablaba, y aun así sentía que debía decir algo más.

—Debes admitir que Sethos era capaz de inspirar una considerable devoción por parte de sus subordinados, y que ellos cumplieron sus últimos deseos como él habría querido... liberando a Cyrus y enviándonoslo para aliviar nuestro dolor a la mayor brevedad posible. Me pregunto a dónde llevaron...

El hombro de Emerson estaba ahora tan rígido como una roca.

—Podrías hacer un cenotafio

[5] —sugirió con un sarcasmo inenarrable—. Creo que una serpiente enroscada podría ser un adorno apropiado.

—Es curioso que menciones eso Emerson. ¿Recuerdas el pequeño cuento de hadas que he estado traduciendo, “El cuento del Príncipe Condenado”?

—¿Qué pasa con eso? —el tono de Emerson era un poco más afable, pero yo había tenido tiempo para considerar lo que había empezado a decir. Él se burlaría de mí durante el resto de mi vida si admitía las supersticiosas fantasías en las que me había entretenido sobre esa inofensiva historia.

—Creo que sé cómo acaba.

—¿Ah, sí? —Emerson volvió a colocar el brazo que había retirado cuando empecé a hablar.

—La princesa lo salvó, por supuesto. Derrotando al cocodrilo y al perro, como había hecho con la serpiente.

—Eso es un final poco egipcio, Peabody —me acercó—. Hay algunos interesantes, aunque coincidentes paralelismos en los dos casos, creo, ¿no es así? El príncipe era tan imprudente y obtuso como cierto individuo que podría nombrar, y no tengo duda de que la valiente princesa salvó su despreciable cuello tan persistente e inteligentemente como tú hiciste con el mío, mi amor. Incluso el perro... Sin embargo, nosotros no encontramos cocodrilos o serpientes. A menos que Sethos pueda ser considerado...

—Mi amor. —A pesar de que cada nervio de mi cuerpo vibraba de éxtasis ante su elocuente y generoso homenaje, me sentí obligada a protestar—. Ya hemos hablado suficiente sobre Sethos. “*De mortuis nil nisi bonum*”

[6], ya sabes.

—De hecho, no lo sé —murmuró Emerson—. Desearía hacerlo.

—No entiendo, Emerson.

—Bien —dijo Emerson.

Antes de que pudiera preguntar más, procedió a iniciar ciertas actividades que requirieron mi completa atención y pusieron fin a la discusión. Los poderes de Emerson en esa área particular han sido siempre extraordinarios, y, como tuvo ocasión de señalar en el curso del proceso, tenía un montón de tiempo perdido que recuperar.

* * *

«ÚLTIMA HORA, de nuestro enviado especial en Luxor. ASOMBROSA RESURRECCIÓN DEL MILLONARIO ARQUEÓLOGO AMERICANO. Señora Amelia P. Emerson: “ La Divina Providencia respondió mis plegarias”. Profesor Emerson: “Los brillantes talentos médicos de la señora Emerson han logrado un milagro.”»

«El anterior envío de este corresponsal, reportando la trágica muerte del millonario arqueólogo americano Cyrus Vandergelt, resultó ser un tanto impreciso. Las heridas del señor Vandergelt, recibidas en el curso de los emocionantes eventos descritos ayer en el *Yell*, no fueron tan graves como se presumía. Las noticias fueron acogidas en las oficinas arqueológicas con...»

* * *

Queridísimos mamá y papá:

Con puro éxtasis anticipo la dicha que experimentaréis cuando os diga que unos pocos días después de recibir esta carta, podréis abrazarme.

Podréis abrazar también a Gargery, si os sentís inclinados a ello, aunque creo que tales demostraciones le avergonzarían bastante. Le debéis cuarenta y una libras y seis chelines.

Fin

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y FRASES EN ÁRABE

AFRIT: Demonio maligno.

ALLAH YIMESSIKUM BIL-KHEIR: que Dios le ofrezca una buena noche.

AMERIKANI: americano.

ALEMANI: alemán.

ASALAMU ALAIKUM: La paz sea contigo.

BACSHISH: Propina.

BURKO: velo facial.

DAHABIYYA: Barca de recreo o vivienda, en forma de media luna, cuya popa y proa no se sumergen en el agua.

DRAGOMAN: intérprete y guía de los países dónde se habla el árabe, el turco o el persa.

EFFENDI*:* Señor.

FAHDDLE: chismorrear.

FALÚA*:* Barco de vela del Nilo.

FARAGIYYA: túnica exterior llevada principalmente por eruditos.

FELLAH (Pl. *fellahin):* Campesino.

FERANSDWI: francés.

GALABIYYA: Túnica suelta que usan los hombres.

GUARNAWIS: habitantes de Gurna.

HABIB: amigo.

HAKIM: Doctor.

HEZAAM: faja.

INGLIZI: ingleses

JAFFIYA: tocado que luce la gente del desierto.

JINNI (pl. *jinn*): demonios.

JUBBA: vestido.
MARHABA*:* Bienvenido.
MASHARABIYYA*:* Celosía.
MASTABA *:* Bancos de piedra o adobe en la entrada de los edificios.
NARGUILE*:* Pipa de agua.
'OMDEH: magistrado local.
REIS: capitán, capataz.
SABIL: fuente.
SITT: señora.
SUFRAYI*:* Camarero.
SUK: zoco, mercado.
TUAREG: tribu del desierto.
UKAFI: ¡Alto!
USHABTI: Estatuilla.
WADI: valle o paso de agua, por lo general seco, cañón.
YALLA: vamos, de prisa.
ZEMR: tipo de oboe.

[1] John Knox (1514-1572) fue un sacerdote escocés, líder de la Reforma Protestante en Escocia. Es considerado el fundador de presbiterianismo. Si te interesa ver su apariencia visita esta dirección http://es.wikipedia.org/wiki/John_Knox *(N. de la T.)*

[2] Se refiere al Brownie, criatura élfica del folklore escocés e inglés que se encargan de ayudar en las tareas de la casa de noche, a cambio de pequeños regalos de comida.

[3] Cada uno tiene su gusto.

[4] En francés en el original; Mis respetos, señora. Adiós y buena suerte.

[5] Un *cenotafio* es una tumba vacía, o monumento funerario erigido en honor de una persona, o grupo de personas, para los que se desea guardar un recuerdo. *(N. de la T.)*

[6] De los muertos no digas nada a menos que sea algo bueno. *(N. de la T.)*

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
05/04/2013